TRATADOS DE CRITICA LITERARIA

Dionisio de Halicarnaso

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

DIONISIO DE HALICARNASO

TRATADOS DE CRÍTICA LITERARIA

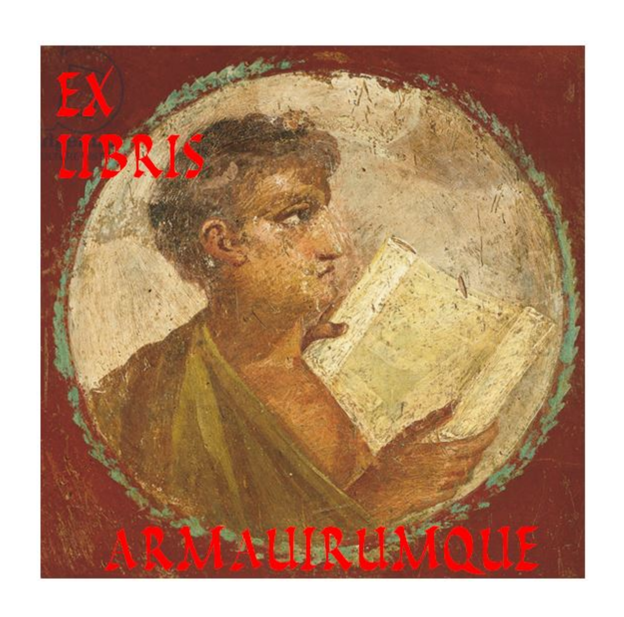
SOBRE LOS ORADORES ANTIGUOS • SOBRE LISIAS • SOBRE ISÓCRATES • SOBRE ISEO • SOBRE DEMÓSTENES • SOBRE TUCÍDIDES • SOBRE LA IMITACIÓN

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JUAN PEDRO OLIVER SEGURA

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 334



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Amanda Ledesma.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 12334-2005.

ISBN 84-249-2759-1

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

1. *Dionisio en Roma: las corrientes literarias y filosóficas de su época*

Dionisio, hijo de Alejandro, era natural de Halicarnaso, ciudad de Caria entonces venida a menos[1]. Y, tal como hicieron en esa misma época el geógrafo Estrabón, el poeta Partenio y otros muchos griegos, viajó a Roma, donde se estableció durante veintidós años, desde el 30 al 8 a. C[2]. Dio-

[1] Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Historia antigua de Roma* I 8, 4. Para más detalles sobre Dionisio remitimos a la introducción de G. AUJAC (DENYS D'HALICARNASSE, *Opuscules rhétoriques I*, París, 1978) y a la de DOMINGO PLÁCIDO a las obras de Dionisio en esta misma colección (DION. HALIC., *Historia antigua de Roma* I-III, Madrid, 1984, B. C. G. núm. 73). En adelante las obras de DION. HALIC. se abreviarán así (indicamos aquí la numeración romana de G. AUJAC): *Sobre los oradores antiguos* (I) = *Or. ant.; Sobre Lisias* (II) = *Lis.; Sobre Isócrates* (III) = *Isóc.; Sobre Iseo* (IV) = *Iseo; Sobre Demóstenes* (V) = *Dem.* (compuesto de hecho por el *Demóstenes-1* y el *Demóstenes-2); Sobre la composición literaria* (VI) = *Comp.; Sobre Tucídides* (VII) = *Tuc.; Carta segunda a Ameo* (VIII) = *Seg. Ameo; Sobre la imitación* (IX) = *Im.; Carta primera a Ameo* (X) = *Pr. Ameo; Carta a Pompeyo Gémino* (XI) = *Pomp.; Sobre Dinarco* (XII) = *Din.; Historia antigua de Roma* = *Hist. Rom.*

[2] Cf. *Hist. Rom.* I 7, 2. Además de buscar el mejor ambiente para escribir su obra histórica sobre Roma, quizá DION. HALIC. se vio acuciado

nisio necesitaba documentarse sobre el pasado de Roma y aprender latín, pues se había propuesto escribir en griego, quizá emulando a su paisano Heródoto, una historia sobre la época más antigua de Roma, desde los inicios hasta la primera guerra púnica, esto es, la época que había dejado Polibio sin escribir. Con esta obra Dionisio quería superar a todas las historias precedentes sobre la Roma antigua, tanto las escritas por griegos[3] como por romanos que escribieron en griego[4]. Esta magna empresa, que fructificó en una voluminosa obra en veinte libros, le ocupó los veintidós años de estancia en Roma. Sin embargo, aunque Dionisio se considera ante todo un historiador y fue esta obra histórica la que le dio fama[5], a la vez que escribía la historia primitiva de Roma también impartía clases «diarias» de retórica a jóvenes alumnos[6] y redactaba tratados de crítica literaria para estudiosos de retórica y lectores familiarizados con la litera-

---

por problemas económicos, pues parece renegar de su región de origen, la Caria (cf. *Or. ant.* 1, 7), y adoptar a Roma como su verdadera patria.

[3] Cf. *Hist. Rom.* I 5, 4 - 6, 1.

[4] DIONISIO cita a Quinto Fabio Píctor y a Lucio Cincio Alimento (cf. *Hist. Rom.* I 6, 2). Pero junto a este grupo de historiadores helenizantes que escribe en griego, la denominada «primitiva analística», se mantuvo una tradición histórica escrita en latín que comienza con los *Anales de los pontífices* y continúa con los *Anales* de ENNIO, los *Orígenes* de CATÓN, etc. Además, DIONISIO no se olvida de citar a los historiadores romanos que utilizó como fuente: Porcio Catón, Fabio Máximo, su amigo Quinto Elio Tuberón, etc. (cf. *Hist. Rom.* I 7, 3; 80, 1).

[5] Por ejemplo, ESTRABÓN, al citar a los ciudadanos ilustres de Halicarnaso, dice «y en nuestro días el historiador Dionisio» (cf. *Geografía* XIV 2, 16).

[6] Por ejemplo, el tratado *Comp.* lo dedica a su alumno Rufo Metilio en el día que cumple la mayoría de edad, pues considera que será una excelente herramienta «especialmente para vosotros los jóvenes que recientemente habéis emprendido el estudio» de la retórica (cf. *Comp.* 1, 4). Allí habla de clases «diarias» (cf. ibídem § 20, 23).

tura griega[7]: entre historiadores y oradores no había entonces una barrera infranqueable, pues la historia se consideraba también una tarea propia de oradores[8]. Pero fue sin duda la actividad docente la que le proporcionó un medio de subsistencia lo suficientemente desahogado como para dedicarse a escribir y poder relacionarse con las familias más nobles de Roma, pues en Roma el aprendizaje de la retórica se hacía en griego y no en latín[9]. Entre los personajes ilustres de la política romana que Dionisio trató estaban el cónsul Q. Elio Tuberón[10], a quien dedica el tratado *Tuc.*, y Rufo Metilo, uno de sus alumnos predilectos —probablemente el que luego sería procónsul de Acaya—, a quien dedica el *Sobre la composición literaria.* Los demás personajes a quienes dedica el resto de sus obras o dirige sus cartas nos son desconocidos: un tal Ameo, a quien dedica su extenso trabajo *Sobre los oradores áticos* y dos cartas, y el desconocido destinatario de la *Carta a Pompeyo Gémino;* por otro lado, no está clara la identificación del Demetrio a quien dedica el tratado *Sobre la imitación*[11]. Y, si en sus relaciones con políticos se mantuvo en un discreto segundo plano, algo parecido le ocurrió en el campo de la literatura, pues, aunque

---

[7] Son continuas las alusiones a los lectores —de lengua griega— a los que supone conocedores de los discursos de los grandes autores griegos y de los tratados de retórica (cf. *Lis.* 8, 5; 20, 2; *Isóc.* 4, 3; *Iseo* 14, 1; 15, 4; *Dem.* 13, 10; 14, 2; 38, 6; 42, 1; 46, 4; 49, 1; 50, 11; *Tuc.* 3, 2; 8, 3; 54, 1).

[8] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 62.

[9] Quintiliano nos informa de que los niños romanos aprendían antes a leer y escribir en griego que en latín *(Inst. orat.* I 1, 12-14); y Cicerón dice que la declamaciones las hacía casi siempre en griego para que sus profesores pudieran corregirle, y que después los recursos estilísticos aprendidos los aplicaba al latín (cf. Cicerón, *Bruto* 310; Suetonio, *Sobre los gramáticos y los oradores* 25, 3; 26, 1).

[10] Sobre Q. Elio Tuberón véase n. a *Tuc.* 1, 1.

[11] Cf. *Pomp.* 3, 1; *Im.* 1, 5 y n.

afirma que para asesorarse sobre la historia de Roma trató con los hombres «más doctos» *(tôn logiōtátōn)*[12], no parece haber entrado en el círculo de los grandes escritores latinos de la época, a los que por cierto nunca cita, los protegidos de Mecenas[13] y Augusto: Horacio, Ovidio, Vario, Propercio, Tibulo, Tito Livio... y Virgilio, que por entonces también componía un gran poema épico sobre los orígenes de Roma. Da la impresión de que Dionisio, ajeno a la política y a la vida social romana de su tiempo, se ha refugiado en un pequeño círculo de amigos desde donde, por un lado, investiga el pasado remoto de Roma y, por otro, lucha por preservar el glorioso pasado de la antigua retórica ateniense. Pero lo cierto es que siempre conservará un gratísimo recuerdo de su estancia en Roma[14] y que sin duda entre su alumnado se encontraban jóvenes romanos de nobles familias que aspiraban a una brillante carrera política.

Como profesor de retórica se vio obligado a tomar partido entre las muchas escuelas y corrientes literarias que entonces imperaban en Roma. Quizá la polémica más importante fue la que surgió a partir del año 100 a. C. con la llegada a Roma de oradores y maestros de retórica venidos desde las distintas ciudades del mundo griego, y que acabaron enfrentados en dos bandos irreconciliables: aticistas y asianistas[15]. El estilo asianista era pomposo y hueco, con ritmos, antítesis y paralelismos artificiosos, en la línea de

---

[12] Cf. *Hist. Rom.* I 7, 3.

[13] Según algunos estudiosos Dionisio estaba más cerca del ambiente de Quinto Elio Tuberón que del círculo de Mecenas (cf. D. PLÁCIDO, *ob. cit.*, págs. 15-16).

[14] Cf. *Hist. Rom.* I 6, 5.

[15] Véase, por ejemplo, U. VON WILAMOWITZ, «Asianismus und atticismus», *Hermes* 35 (1900), 1-52; J. WISSE, «Greeks, Romans, and the Rise of Atticism» en J. G. J. ABBENES, S. R. SLINGS, I. SLUITER (eds.), *Greek Literary Theory after Aristotle*, Amsterdam, 1995, págs. 65-82; etc.

Gorgias, y utilizaba como dialecto la coiné; a su vez, dentro del asianismo, unos hacían más hincapié en el aspecto conceptual y otros, la mayoría, en los aspectos formales[16]. Según Dionisio los oradores asianistas eran incultos, carecían de ideales filosóficos y políticos y sus discursos eran vulgares y aburridos[17]. El asianismo nació y proliferó en Asia Menor hasta llegar a Roma, donde, al parecer, en época de Dionisio aún gozaba de gran éxito[18]. El iniciador y máximo representante del asianismo fue el historiador Hegesias *(circa* s. III a. C.), originario de Magnesia, ciudad de Jonia, y autor de una *Historia de Alejandro;* fue objeto de burla y muy criticado por los autores clásicos[19]. Contra los asianistas arremete Dionisio en el tratado *Or. ant.*

Frente al asianismo surgió como reacción el aticismo, que proponía la imitación del estilo sobrio de los oradores atenienses[20] y la vuelta al dialecto ático de los siglos V-IV a. C.[21]. En verdad, la imitación de Lisias, de Demóstenes, de Tucídides, etc. ya existía en vida de estos autores y en las generaciones siguientes[22]; pero tomó cuerpo de doctrina

---

16 CICERÓN distingue estos dos movimientos dentro del asianismo: el conceptual, representado por Hierocles de Alabanda y su hermano Menecles (maestro de otros dos paisanos pero formados en la escuela de Rodas, Apolonio el Blando y Apolonio Molón, que a su vez fue maestro de Cicerón), y el que atendía más a los aspectos formales, representado por Esquilo de Cnido y Esquines de Mileto (cf. *Bruto* 325; *Sobre el orador* II 95).

17 Cf. *Or. ant.* 1, 3-7.

18 Cf. *Or. ant.* 1, 7; 2, 5; 3, 3.

19 Cf. ESTRABÓN, XIV 1, 41; CICERÓN, *Bruto* 286-287 y *El orador* 226 y 230; Ps. LONGINO, *Sobre lo sublime* III 2; etc. El propio DIONISIO lo pone a los pies de los caballos (cf. *Comp.* 4, 11; 18, 22-29).

20 CICERÓN definió muy bien el estilo ático (cf. *El orador* 76-90).

21 DION. HALIC. prefería la lengua del s. IV al «ático arcaico» del s. V (cf. *Lis.* 2, 1).

22 Por ejemplo, fueron ya aticistas Carisio de Atenas y Demócares, sobrino de Demóstenes (cf. CICERÓN, *Bruto* 286).

cuando apareció el asianismo. S. Usher[23] apunta otra posible y curiosa causa que despertó el interés por el estudio del dialecto ático: los bibliotecarios de Pérgamo y de Alejandría necesitaban distinguir, antes de adquirir los manuscritos más valiosos —las obras de los clásicos atenienses—, los textos auténticos de las imitaciones. Así Crates de Malos, director de la biblioteca de Pérgamo en el s. II a. C., escribió un tratado *Sobre el estilo ático*[24]. Pero la polémica entre aticistas y asianistas no afectaba tanto a cuestiones de dialecto como a los adornos de la expresión[25]. Cicerón, un orador ecléctico y simpatizante de la escuela de Rodas, alude en varias ocasiones a la controversia entre asianistas y aticistas[26], y afirma que el asianismo era más propio de la etapa juvenil de los oradores y el aticismo de la madurez[27]. Dionisio, en una imagen que recuerda el mito de «Heracles en la encrucijada», compara el aticismo con la esposa virtuosa

[23] S. Usher, *Dionysius of Halicarnassus. The critical Essays* I, Londres 1974, pág. XV.

[24] Fueron muchos más los autores que escribieron léxicos y tratados sobre el dialecto ático: Aristófanes de Bizancio, *Palabras áticas* (s. III-II a. C.); Filóxeno de Alejandría, *Sobre el griego puro* (s. I a. C.); Elio Dionisio de Halicarnaso (distinto de nuestro autor; véase n. a *Dem.* 1, 1), *Sobre palabras áticas* (s. II d. C.); Pausanias de Siria, *Compendio de palabras áticas*; Julio Pólux o Polideuces de Náucratis, *Onomástico* (s. II d. C.); Frínico el Aticista, *Selección de frases y palabras áticas* (s. II d. C.); Harpocración, *Léxico de los diez oradores* (s. II d. C.); Meris, *Palabras áticas* (s. II-III d. C.); Oro de Alejandría, *Compendio de palabras áticas* (s. V); etc. En la corriente contraria tenemos un léxico anónimo del s. II-III d. C., conocido como el Antiaticista, que recoge palabras excluidas por los aticistas, pero que estaban bien atestiguadas, y las burlas de Luciano (cf. *El maestro de oradores* 16 ss.) o las que dirigió Ateneo a un tal Ulpiano al que llama «*Keitoúkeitos*», literalmente «Estáonoestá» (se entiende «atestiguado en los autores áticos»; cf. *Deipnosofistas* I 2).

[25] Cf. Cicerón, *Sobre la mejor clase de oradores* 12.

[26] Cf. *Bruto* 284-287 y *El orador* 23-27.

[27] Cf. Cicerón, *Bruto* 325.

que se ha criado en el propio país y el asianismo con la cortesana extranjera que viste hermosas galas, muy seductora pero carente de toda sensatez[28]. El movimiento aticista sería la semilla que más adelante, al final del s. I d. C., fructificó en otro movimiento mucho más importante y que atrajo a muy ilustres oradores griegos, la denominada «Segunda Sofística»[29]. Dionisio fue un ferviente defensor del aticismo y, antes de él, Apolodoro de Pérgamo y su discípulo Cecilio de Caleacte (Sicilia), de origen judío y contemporáneo de Dionisio, que fue autor de dos tratados en defensa del aticismo: *¿En qué difiere la imitación aticista de la asianista?* y *Contra los frigios* (i. e. contra los asianistas)[30].

También en otro tratado, el *Sobre Dinarco*, Dionisio censura a la prestigiosa, y más moderada, escuela de Rodas[31], que tendrá una gran influencia en Roma a través de Apolonio Molón —aunque de Alabanda (Caria), se había formado en Rodas—, de Cicerón, alumno de Molón, del autor de la *Retórica a Herenio* y de Teodoro.

Además, desde muy antiguo había dos teorías enfrentadas para explicar el origen y el funcionamiento del lenguaje, lo que afectaba al modo de valorar las obras literarias. Unos defendían la «analogía», doctrina filosófica-lingüística de los gramáticos alejandrinos que explicaban la regularidad de las reglas gramaticales (y retóricas) por ser el lenguaje, según ellos, un sistema «lógico» surgido de la convención

[28] Cf. *Or. ant.* 5 y n.

[29] Con este nombre lo bautizó FILÓSTRATO (cf. *Vidas de los sofistas* 507).

[30] Cf. *Suda*, s. v. «*Kekílios*» = kappa 1165. Más adelante (apartado 4. de esta Introducción) trataremos de la posible influencia de Cecilio sobre Dionisio.

[31] Cf. *Din.* 8, 3-4. Los profesores de la escuela de Rodas, que en la polémica entre asianistas y aticistas mantenían una actitud ecléctica, enseñaban unas meticulosas clasificaciones de las figuras retóricas.

social *(nómos, thésis)*, como propuso Demócrito y defendían los epicúreos[32]: en el análisis de los textos eran partidarios de centrarse más en el contenido que en los aspectos formales, como la sonoridad y la eufonía de las palabras. La otra corriente defendía la «anomalía», doctrina que explicaba las irregularidades gramaticales porque el lenguaje habría nacido como imitación de la naturaleza *(phýsis)* y porque la asignación de las palabras a las cosas habría sido no producto de un acuerdo social sino del azar *(eikêi)*, teoría defendida por Heráclito, Crátilo, Platón, los estoicos y el propio Dionisio[33]: para estos la sonoridad de la palabra encerraba por sí misma un significado, y de ahí la importancia que daban a la eufonía en el análisis del texto, sobre todo en poesía.

Estas dos corrientes, «analogistas» y «anomalistas», afectó también a la forma de concebir la enseñanza de la retórica y, hacia la mitad del s. I a. C., acabarían constituyéndose en dos escuelas irreconciliables: «apolodoros» y «teodoros»[34]. La escuela de Apolodoro de Pérgamo, maestro de Cecilio y preceptor de Augusto, proponía una enseñanza basada en la memorización de una vasta preceptiva, defendía la «analogía» y era rigurosamente aticista. La escuela de Teodoro de Gádara (Palestina), entre cuyos seguidores ha-

---

[32] En realidad Epicuro propuso un teoría de compromiso: primero el lenguaje habría nacido de modo natural entre los hombres, pero después, para perfeccionarlo, se habría llegado a un acuerdo en cada comunidad (cf. DIÓGENES LAERCIO, X 75-76).

[33] Sobre la postura de DIONISIO, defensor del origen natural y azaroso del lenguaje, cf. *Comp.* 3, 16; 16, 2-3; *Dem.* 56, 2. Por otro lado, la alineación de los filósofos en uno u otro bando que hemos presentado antes es mucho más compleja y problemática (véase en esta misma colección la Introducción de J. L. CALVO al *Crátilo* en *Platón. Diálogos* II, Madrid, 1992).

[34] Cf. ESTRABÓN, XIII 4, 3; QUINTILIANO, *Inst. orat.* III 1, 17-18; *Anónimo Segueriano* 26; 49 ss.

bría que contar al autor del *Sobre lo sublime*, era menos dogmática, proponía un aprendizaje natural mediante la lectura e imitación de los autores clásicos, defendía la «anomalía» y daba menos importancia al aticismo. En definitiva en esta polémica se debatía si la retórica era producto de la *téchnē* o, como defendía Dionisio[35], de la *phýsis* (en latín *doctrina* frente a *ingenium)*. En una primera etapa parece que Dionisio se identificaría más con los «apolodoros» y Cecilio para después ir acercándose más a las posturas de los «teodoros» (aunque en verdad Dionisio no cita nunca estas escuelas).

Otra polémica, esta vez filosófica, dividía también a los oradores entre «isocráticos» y «aristotélicos». La escuela peripatética se había difundido en Roma desde que las obras de Aristóteles y Teofrasto fueron editadas en esta ciudad hacia el 47 a. C.[36]. Ya Cicerón, que no pudo conocer esta edición, testimonia la rivalidad entre los seguidores de Aristóteles e Isócrates[37]; pero lo cierto es que remontaba a la rivalidad personal de Aristóteles e Isócrates por atraerse a los mejores alumnos —ambos rivalizaron por llevarse como

---

[35] Cf. *Din.* 7, 5-6.

[36] El año 87 a. C. Sila hizo traer desde Atenas los libros de la biblioteca de Apelicón de Teos, que guardaba la mayoría de los libros de Aristóteles y Teofrasto y que fueron estudiados, catalogados y editados en Roma por el gramático Tiranión y por su discípulo Andrónico de Rodas (cf. Plutarco, *Sila* 26, 1-2).

[37] Cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 141; *Tusculanas* I 7. Sabemos que esa rivalidad entre los seguidores de ambos fue muy temprana. Cefisodoro, discípulo de Isócrates, ya escribió unas *Réplicas a Aristóteles*, que Dionisio califica como una «defensa admirable» (cf. *Isóc.* 18, 2-4; Eusebio de Cesarea, *Prep. Evang.* XIV 6, 9-10). Y al contrario, un filósofo peripatético, Jerónimo de Rodas (s. iii a. C.), censura con dureza a Isócrates (cf. *Isóc.* 13, 3).

alumno a Alejandro Magno[38]—, y acabó planteándose como un certamen entre filosofía y retórica por alcanzar la supremacía en los estudios de los jóvenes griegos; y, cómo no, sobre a cuál de estas disciplinas correspondía el gobierno de las ciudades, un viejo debate que encontramos en Platón (es probable que ya Platón se hubiera burlado de Isócrates[39]). Pero quizá esta polémica la inició Aristóteles al acusar a Isócrates de falta de principios por escribir discursos adulatorios[40]. Sin embargo Isócrates, que nunca se llamó orador y que consideraba a los filósofos socráticos simples amantes de las discusiones[41], proclamaba haberse dedicado toda su vida a la enseñanza de la filosofía[42], identificando así retórica con filosofía, cuando en realidad estaba convirtiendo la filosofía en una hija menor de la retórica. Dionisio es partidario de esta concepción isocrática de la retórica, que él llama «oratoria filosófica» o «filosofía política[43]», título de uno de sus tratados mencionado antes. Dionisio declara

---

[38] Filipo confió la educación de Alejandro a su paisano Aristóteles; pero Isócrates, que al parecer no tuvo éxito ante Filipo, escribió un carta al propio Alejandro en la que, sin decirlo claramente, se le ofrecía como profesor (cf. ISÓCRATES, *Carta a Alejandro* V 3-4).

[39] Véase nuestra Sinopsis al *Isóc.*

[40] ARISTÓTELES, en el discurso perdido *Sobre la retórica o Grilo*, habría censurado a todos aquellos que escribían discursos huecos con fines espurios. Cuando Grilo, el hijo de Jenofonte, murió heroicamente en la batalla de Mantinea, muchos escribieron discursos elogiando la figura de Grilo con el único fin de halagar a su padre, y entre estos autores Aristóteles citó a Isócrates (cf. DIÓGENES LAERCIO, II 55).

[41] Cf. *Isóc.* 1, 4; ISÓCRATES, *Contra los sofistas* XIII pássim; *Sobre el intercambio de haciendas (antídosis)* XV 261-263. Pero en ese desprecio hacia los sofistas es posible que se le anticipara Lisias (cf. *Lis.* 30, 3 y n.).

[42] ISÓCRATES se declara un maestro de la sabiduría y educador de los jóvenes: tácitamente se compara a sí mismo con Sócrates; cf. *Sobre el intercambio de haciendas (antídosis)* XV 30; 173-176.

[43] Cf. *Or. ant.* 1, 2; 4, 2; *Tuc.* 2, 3.

abiertamente la superioridad de la retórica sobre la filosofía[44]. Así, mientras Platón despreciaba la retórica por considerarla una técnica que servía para embaucar mediante la palabra, y a los oradores gentes que hablaban sin saber nada realmente, Aristóteles, en cambio, defendía su derecho a estudiar la retórica y replicaba con el siguiente verso: «Sería deplorable guardar silencio y dejar hablar a Isócrates»[45]. Con este argumento Aristóteles se arrogó el derecho, como otros muchos filósofos, de escribir tratados de retórica. Dentro de esta larga polémica entre partidarios de Aristóteles y de Isócrates, por el que Dionisio siente evidente simpatía, se debe enmarcar, además del tratado *En defensa de la filosofía política*, el *Isóc.* y, sobre todo, la *Carta primera a Ameo*[46], escrita contra los seguidores de Aristóteles, que querían hacer depender la elocuencia de Demóstenes de los tratados de retórica de Aristóteles: para Dionisio la genialidad de Demóstenes estaba por encima de las rígidas clasificaciones de Aristóteles. Sin embargo, Dionisio sigue en muchos puntos la teoría aristotélica[47]: acepta que la «virtud» *(aretḗ)* es

---

[44] Cf. *Isóc.* 9, 10.

[45] Aristóteles alteró los versos del *Filoctetes* que originalmente decían: «Sería deplorable callar y dejar hablar a los bárbaros» (cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 141; QUINTILIANO, *Inst. orat.* III 1, 14; y, sin citar la fuente, en PLUTARCO, *Contra Colotes* 1108B). Sobre este verso y la polémica entre Aristóteles e Isócrates véase W. JAEGER, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, 1957, pág. 939 y n. 108.

[46] Cf. *Pr. Ameo* 1, 1 y pássim. DION. HALIC. fue seguidor y admirador de Isócrates (cf. *Lis.* 16, 5; *Isóc.* 4, 4; *Im.*, *Fr.* 1 y n.; etc.).

[47] DION. HALIC. conocía bien la obra de Aristóteles (cf. *Pr. Ameo* 6, 1-8, 1; *Comp.* 25, 14; etc.). Sobre la influencia de la escuela peripatética en Dionisio véase S. F. BONNER, «Dionysius of Halicarnassus and the peripatetic Mean of Style», *Class. Philol.* 33 (1938), 257-266; y H. P. BREITENBACH, «The *De compositione* of Dionysius of Halicarnassus considered with reference to the *Rhetoric* of Aristotle», *Class. Philol.* 6 (1911), 163-179.

el «término medio» *(mesótēs)* entre el vicio por «defecto» *(élleipsis)* y el vicio por «exceso» *(hyperbolḗ)*[48]; coincide en que la prosa contiene ciertos ritmos como la poesía[49]; y entiende el arte como una imitación, donde las palabras deben imitar a los hechos[50]. Pero discrepa con Aristóteles en dos puntos: da más importancia al estilo y a los aspectos formales que a la argumentación y a los elementos pasionales; y, segundo, cree que la oratoria, tal como la entendía Isócrates, debe poseer siempre elevados valores éticos y políticos. Con Teofrasto, discípulo de Aristóteles, unas veces Dionisio mantiene puntos de vista coincidentes —incluso recurrió a él para las virtudes formales y utilizó su terminología—, pero otras veces discrepa[51].

---

[48] Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1104a 24 y pássim; Dion. Halic., *Comp.* 24, 2; *Dem.* 15, 7.

[49] Cf. Aristóteles, *Retórica* 1408b 29; Dion. Halic. *Comp.* 25, 14-15; *Dem.* 48, 9. Su discípulo Teofrasto sigue manteniendo esa misma concepción (cf. Cicerón, *Sobre el orador* III 184).

[50] Cf. *Lis.* 4, 5; 8, 7; véase nuestra Sinopsis al *Im.*

[51] Coincide con Teofrasto en que las tres cualidades que dan a la expresión grandeza, dignidad y elegancia son la elección de las palabras, la armonía entre ellas y las figuras que las adornan (cf. *Isóc.* 3, 1); y probablemente se sirvió de su tratado *Sobre el estilo* para cuestiones de terminología (véase el apartado 5. de esta Introducción; y cf. Cicerón, *El orador* 79; Dion. Halic., *Lis.* 14, 2 y n.). Al parecer Teofrasto distinguía tres estilos (elevado, llano e intermedio; cf. *Dem.* 1, 3 y n.), pero Dion. Halic. sigue la teoría estoica de los dos estilos, pues el estilo intermedio era el empleo alternativo del elevado o el llano según lo exigieran los hechos (véase n. a *Dem.* 3, 1). Y discrepa de Teofrasto en que fuera Trasímaco y no Lisias el primero en utilizar una expresión «densa», *strongýlē* (cf. *Lis.* 6, 1); le reprocha su crítica a un pasaje de un discurso de Lisias, pues sencillamente no lo había escrito Lisias (cf. *Lis.* 14); y, sobre todo, se aparta de Teofrasto porque este da demasiada importancia a la elección de las palabras, *eklogḗ*, y no presta atención a la forma de engarzarlas, *sýnthesis*, a fin de conseguir armonías eufónicas (cf. *Comp.* 16, 15-18).

Dionisio, como pude deducirse por las muchas críticas que dirige contra Platón[52], al que pone por detrás de Lisias en cuanto a categoría literaria, tampoco era simpatizante del platonismo, debido con toda probabilidad a las críticas que hizo Platón a la retórica frente a la filosofía. Y tampoco le gustaba el estilo literario de algunos de los *Diálogos:* Dionisio, siguiendo a Cecilio de Caleacte, considera a Lisias superior a Platón y escribe la *Carta a Pompeyo Gémino* para justificar las críticas que había hecho contra Platón en el *Dem.* Además, tampoco hay alabanza alguna para la doctrina platónica, aunque alaba el *Crátilo,* donde Platón defiende el origen natural del lenguaje[53]; y también es platónica su concepción de la imitación, pues cree que el alma, a través de la simple contemplación, se impregna de las virtudes del objeto imitado[54].

Dionisio también está contra los que epicúreos. Desde la llegada a Roma de Filodemo de Gádara (Palestina), hacia el 75 a. C., el epicureísmo se extendió rápidamente entre las familias de la alta sociedad romana[55]. Pero para los epicúreos, que rehuían la actividad política, la retórica era un juego de palabras al que no había que dedicar mucho tiempo[56]:

[52] Cf. *Dem.* 5, 4-6, 5; 23, 4-6; etc.; *Pomp.* 1, 1; 2, 1-6. Incluso pone a Lisias por encima de Platón, coincidiendo también en este punto con Cecilio de Caleacte (cf. Ps.-Longino, *Sobre lo sublime* 32, 8).

[53] Cf. *Comp.* 16, 4.

[54] Cf. *Im.* 1, 2.

[55] Filodemo se instaló en una lujosa villa que le cedieron en Herculano, donde se han hallado numerosos fragmentos papiráceos sobre los más variados temas, siempre desde el punto de vista epicúreo, entre ellos un tratado *Sobre la retórica* y otro *Sobre el estilo.* Filodemo influyó en Virgilio, Horacio y Cicerón, que lo cita elogiosamente (cf. *Del supremo bien y del supremo mal* II 119; y bajo el nombre de «el Griego» en la *Carta a Pisón* 68 ss.).

[56] Cf. Dion. Halic., *Comp.* 24, 8. La concepción de Dion. Halic. es la contraria, pues la oratoria es un arte al que hay que dedicar mucho

un entretenimiento inútil comparado con la utilidad de la filosofía. Solo se servirán de ella en causas judiciales ineludibles y para mejorar el estilo literario de los tratados filosóficos. Además, los epicúreos, como hemos visto, eran «analogistas» y Dionisio «anomalista». Sabemos por Diógenes Laercio[57] que Dionisio escribió contra esta concepción de la retórica y contra Epicuro: sin duda lo hizo en el tratado mencionado antes, *En defensa de la filosofía política*[58].

En cuanto a los estoicos, el propio título del tratado *En defensa de la filosofía política* nos indica sus simpatías con esta esuela, que concebía la retórica como un medio para conseguir fines justos y el bien de todos los hombres en general, tal como, según Dionisio, la practicaban los magistrados romanos[59]; además, tanto los estoicos como Dionisio eran «anomalistas». No obstante, Dionisio nunca se declara seguidor del estoicismo ni se identifica con ellos[60].

---

tiempo y trabajo (cf. *Lis.* 8, 5-6; etc.). CICERÓN también consideraba la escuela epicúrea como la menos apropiada para la retórica (cf. *Bruto* 131; *Sobre el orador* III 63; etc.).

[57] DIÓGENES LAERCIO (cf. X 4) cita a Dionisio, junto a Posidonio el estoico y a los peripatéticos Nicolao de Damasco y Soción, entre los detractores de Epicuro.

[58] DIONISIO dice que sólo en el tratado *En defensa de la filosofía política* entró en polémicas e hizo acusaciones contra otros (cf. *Tuc.* 2, 3 y n.; *Comp.* 24, 8).

[59] Para los estoicos el orador, imitando al sabio estoico, debía ser un «*vir bonus*»: tal era la oratoria que practicaban los políticos romanos de su tiempo (cf. *Or. ant.* 3, 1).

[60] DION. HALIC. también parece seguir la teoría estoica de los dos estilos frente a los tres que proponía la escuela aristotélica (cf. *Dem.* 3, 1 y n.); incluso, al parecer, los elogió en el tratado *Im.*, aunque el autor del *Epítome* no lo recoja (cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 84 = *Im.* 4). Pero también censura a los tratadistas de la escuela estoica (cf. *Comp.* 4, 16-21). Los estoicos, en efecto, tenían fama de malos oradores por su rudeza y estilo demasiado simple y descuidado, pues se ocupaban más de los argumentos —la dialéctica— que de las cuestiones formales (cf. CICERÓN,

Por lo demás, Dionisio está muy alejado de otras escuelas, como la pitagórica[61], la escéptica o la cínica.

2. *Dionisio como crítico literario y profesor de retórica*

Por las breves alusiones que hace Dionisio sobre su persona deducimos que fue un profesor prestigioso, seguro de sus criterios estilísticos[62] y orgulloso de sus conocimientos históricos y literarios, adquiridos con vastísimas lecturas. Es además un hombre claro y sincero: Dionisio reniega abiertamente de sus orígenes y quiere proclamar bien alto que ni se identifica con el asianismo que imperaba en la tierra en la que había nacido ni, como griego, está contra Roma, pues elogia la política imperial de Augusto[63]. Por lo demás es de ideas conservadoras: no duda en reprobar a Tucídides por burlarse de los que creen en los oráculos y la adivinación[64]. Su estricta moral le lleva a censurar a un autor que narre hechos poco edificantes, como cuando critica a Tucídides porque ha elegido como tema una guerra civil entre griegos[65] o porque sus personajes hablan a veces sin ética alguna: olvida Dionisio que Tucídides se limita a reflejar del modo más exacto posible lo que en la guerra del Peloponeso los griegos de uno y otro bando hicieron o dijeron[66]. ¿O aca-

Bruto 118-119); y, además, no ponían la suficiente fuerza y pasión en el discurso debido a su resignación e indolencia ante los hechos, de modo que no conectaban con los intereses del hombre corriente (cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 65-66).

[61] La única alusión a la escuela pitagórica, por cierto muy elogiosa, es con toda seguridad una interpolación del autor del *Epítome* (cf. *Im.* 4, 1 y n.).

[62] Cf. *Dem.* 23, 3.

[63] Cf. *Or. ant.* 1, 7; 3, 1.

[64] Cf. *Tuc.* 40, 3.

[65] Cf. *Pomp.* 3, 5-6.

[66] Así, por ejemplo, censura el discurso que los generales atenienses dirigen a los melios (cf. *Tuc.* 38, 2; 41, 5-7).

so debe el historiador silenciar o distorsionar los hechos?[67]. También, en alguna ocasión excepcional, se deja llevar por sus fobias y no obra con equidad, como cuando enfrenta a Platón y Demóstenes en un certamen desigual[68]. También alguna vez se olvida de la ética que tanto defiende: en los discursos judiciales no le importa si se defiende una causa justa o injusta, sino si el orador consigue o no que parezca justa[69]. Pero, salvo esas contadas excepciones, Dionisio es, o intenta ser, un crítico literario imparcial y honesto[70]. En las cuestiones polémicas desecha las opiniones de aquellos autores que pueden tener algún interés particular y se queda sólo con los que considera objetivos[71]. Es moderado en sus juicios, con gran respeto hacia sus adversarios: siempre atenúa sus aseveraciones, que expone con frecuencia en forma de lítote. Y nunca da los nombres de sus adversarios (para desgracia nuestra), pues trata de evitar las polémicas literarias, que le resultan estériles y desagradables[72].

Como crítico literario Dionisio posee excelentes cualidades: una fina sensibilidad para dejarse arrastrar por la lectura[73], una poderosa mente analítica para desmenuzar el tex-

---

[67] Acerca de cómo entendía Dionisio que debía escribirse la historia, véase la Introducción de D. Plácido a *Dionisio. Historia antigua de Roma* (ob. cit.).

[68] Por ejemplo, su animadversión hacia Platón le lleva a hacer comparaciones injustas, quizá sin ser consciente (cf. *Dem.* 32, 1-2 y n.).

[69] Cf. *Lis.* 18, 4; *Iseo* 4, 5; *Dem.* 45, 5.

[70] Por ejemplo, después de enumerar las virtudes de su admirado Lisias, no duda en oponer inmediatamente sus defectos (cf. *Lis.* 13, 4-5); intenta que el *agōn* entre Platón y Demóstenes se dé en igualdad de condiciones, aunque, como acabamos de ver, no puede encontrar un pasaje apropiado (cf. *Dem.* 23, 7); etc.

[71] Cf. *Isóc.* 18, 3-4.

[72] Cf. *Hist. Rom.* I 1, 1; *Tuc.* 52, 1: sólo reconoce una excepción a este comportamiento exquisito (cf. *Tuc.* 2, 3).

[73] Cf. *Dem.* 22, 1-3.

to y un fino olfato para detectar las peculiaridades estilísticas de los escritores que leía, lo que le permitía pronunciarse, junto con un estudio cronológico, sobre la paternidad de un discurso determinado. Por su carácter Dionisio huye de los extremos y prefiere el estilo «intermedio», un estilo que imitaba el lenguaje natural[74] y no es ni demasiado humilde ni tampoco grandilocuente: el orador debía pensar en un público de cultura media, ni demasiado erudito ni demasiado ignorante[75]. Su mentalidad abierta le lleva a ir modificando sus juicios conforme estudia a los autores o conoce las teorías de sus adversarios, siempre dispuesto a aceptar las opiniones de otros[76]. No posee una teoría cerrada sobre la retórica y la crítica literaria, sino que la va construyendo y perfeccionando a medida que va estudiando los distintos autores y profundiza en el análisis literario. Al principio, llevado de su pasión aticista, considera la escrupulosidad dialectal la virtud más importante en la valoración del estilo de un orador[77]. Cree también, en esa primera etapa, que el mejor estilo se consigue a base de sumar pequeñas virtudes y evitar los defectos, sin darse cuenta de que así se consigue un estilo correcto pero incapaz de emocionar al lector: esta misma crítica es la que el autor del *Sobre lo sublime* dirige con toda razón a Cecilio[78]. Aunque Dionisio siempre aconseja, a la hora de emitir un juicio, dejarse llevar por el ins-

---

[74] Cf. *Comp.* 3, 16; 5, 1-2; CICERÓN, *El orador* 58.

[75] Cf. *Dem.* 15, 2-6. Incluso un lenguaje grandioso debía complacer tanto al vulgo como a la minoría selecta (cf. *Tuc.* 27, 2-3).

[76] Cf. *Lis.* 20, 1.

[77] Cf. *Lis.* 2, 2.

[78] Es evidente que cualquiera preferiría ser un Homero, y cometer algunos pequeños errores, que no un autor mediocre que no comete deslices; o ser un gran río como el Nilo, el Danubio o el Rin que no un pequeño riachuelo de aguas transparentes; etc. (cf. *Sobre lo sublime* 33-35).

tinto o percepción irracional[79], tal vez era demasiado frío y racional como crítico literario, pues juzga a un autor más por sus pequeños fallos que por sus grandes aciertos, lo que le llevó a censurar a algunos escritores por detalles nimios, como por ejemplo a Platón[80]; o a no apreciar el valor literario de algunos pasajes «caóticos» de Tucídides al que, si bien le reconoce su maestría para describir el dramatismo de ciertos hechos bélicos, le reprocha que no le dedique la misma extensión a sucesos que son similares: para Dionisio, al parecer, la importancia de un hecho bélico depende del número de muertos y no del dramatismo de la situación o de su interés como ejemplo del comportamiento humano[81].

Pero digamos en su favor que Dionisio va ganando como crítico literario con el tiempo: de preferir un estilo sin ornato y como principales virtudes la pureza dialectal y la gracia, como el estilo de Lisias, pasó a valorar por encima de todo una expresión adornada con todas aquellas virtudes que hacían sobresalir a Demóstenes por encima de los demás, un estilo capaz de conmover y arrastrar al público[82]. La evolución de los gustos literarios de Dionisio habría sido la siguiente. Primero prefiere el estilo de Lisias por considerar que un estilo sencillo y claro era el más adecuado para alumnos que desean iniciarse en la oratoria y aprender un ático puro. Después parece valorar más a Isócrates, arrastrado sin duda por los jóvenes romanos que aspiraban a una

---

[79] Cf. *Lis.* 11, 4 y 8; *Dem.* 24, 11; 50, 3; *Tuc.* 4, 3; 27, 1 y 4; 50, 1.

[80] Cf. *Dem.* 7, 3 ss.; 24, 2 ss.; etc. Es el mismo reproche que el Ps. Longino dirige a Cecilio de Caleacte con respecto a Platón (cf. *Sobre lo sublime* 32, 8).

[81] Cf. *Tuc.* 15, 3-4.

[82] Por ejemplo, de considerar la pureza dialectal como la virtud más importante (cf. *Lis.* 2, 2) pasa a considerarla simplemente un requisito, sin que siquiera la cite cuando enumera las virtudes que hacen a Demóstenes superior a los demás (cf. *Dem.* 34, 2-6).

brillante carrera política, a los que le interesaba más la oratoria política de Isócrates que los pleitos locales de los que se ocupó Lisias[83]; pero cada vez es más severo con Isócrates y vemos que su análisis estilístico va adquiriendo más riqueza y profundidad[84]. Más adelante comienza los trabajos preparatorios sobre el estilo de Demóstenes, comenzando por el estudio de Iseo, maestro de Demóstenes; entonces pone ya el estilo de Demóstenes a la misma altura que el de Lisias y, finalmente, el «frío» Dionisio sentirá por primera vez cómo su ánimo es seducido y arrastrado por la elocuencia de este orador, al que le otorga el primer puesto en la prosa griega, muy por encima de Lisias[85]: si el empleo del lenguaje figurado era considerado al principio un vicio, en Demóstenes será una virtud[86]. La categoría de un orador no dependerá de si comete muy pocos errores ni tampoco si domina muchas pequeñas virtudes, pues tal es el método que sigue en el *Lis.*, sino de la capacidad de crear un estado de ánimo especial en el público mediante el empleo de los recursos más apropiados[87], a veces empleados inconscientemente, como era la «gracia» en Lisias y la «armonía» en Demóstenes. Pero es más, Dionisio cree haber encontrado el secreto de la belleza literaria, pues, aunque todos aceptan que un pasaje bello debe poseer musicalidad, ritmo métrico, variedad y adecuación[88], Dionisio ha descubierto que estos elementos dependen de la adecuada disposición de las pala-

---

83 Cf. *Isóc.* 4, 4 ss.

84 Por ejemplo, sobre el estilo de Isócrates cf. *Isóc.* 2, 5 - 3, 3 frente a la crítica mucho más severa, extensa y rigurosa en *Dem.* 4, 4-5; 18, 3 - 20, 9.

85 Véase *infra* apartado 3. de esta Introducción.

86 Cf. *Lis.* 3 frente a *Dem.* 50, 11 y n; 56, 5.

87 Cf. *Dem.* 58, 3.

88 Cf. *Dem.* 47.

bras, lo que él llama «armonía», tema al que dedica un tratado, el *Sobre la composición literaria*. Finalmente, olvidándose de otros oradores, vuelve a escribir un segundo tratado sobre Demóstenes para mostrar cómo este orador consigue la armonía más perfecta de un modo inconsciente.

Dionisio no quiere escribir uno de esos manuales de retórica en los que abundan clasificaciones prolijas e innumerables vocablos técnicos, que se remontaban a la *Técnica* o *Arte retórica*[89] de Córax y Tisias. Sus tratados nada tienen que ver con los manuales de retórica al uso, porque los suyos son estudios críticos y exhaustivos del estilo de los autores y no un catálogo de reglas sobre lo que se debe y no se debe hacer cuando se componen discursos. Con sus tratados

---

[89] Dionisio alude con frecuencia, y con respeto, a los manuales de retórica, *téchnē (rhētoriké)*, y a sus autores, los tratadistas, *technográphoi*, pero sin citar sus nombres (cf. *Lis.* 24, 1 y 4; *Iseo* 14, 5; *Dem.* 34, 7; etc.); y así, sin citar a los autores, actúa también el Ps. Longino (cf. *Sobre lo sublime* 12, 1). Pero evidentemente Dionisio conocía a muchos de ellos (cf. *Pr. Ameo* 2, 3). Quizá Córax y su discípulo Tisias, el maestro de Lisias e Isócrates, fueron los primeros en escribir un manual de retórica o *Arte* (cf. Aristóteles, *Retórica* 1402a 18; Platón, *Fedro* 273a ss.; Cicerón, *Bruto* 46-48). Pero el más conocido fue el *Arte* de Gorgias (cf. *Frs.* 12-14 DK; Diógenes Laercio, VIII 58), que tan poco gustaba a Dion. Halic. (cf. *Comp.* 12, 6). A estos manuales siguieron otros muchos: el *Arte* de Trasímaco de Calcedonia (cf. *Iseo* 20, 3); el *Arte* de Teodoro de Bizancio y el de Licimnio (cf. Aristóteles, *Retórica* 1400b 16; 1414b 18); los versos mnemotécnicos de Eveno de Paros (cf. Platón, *Fedro* 267a); el del propio Lisias (cf. Ps.-Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 836B); las *Artes retóricas* de Antifonte de Ramnunte, aunque probablemente espurias (cf. Casio Longino, *Arte retórica* 576); la *Retórica a Alejandro* de Anaxímenes de Lámpsaco; el *Arte* de Teodectes y la *Retórica* de Aristóteles (cf. Diógenes Laercio, V 24); el *Arte* de Teofrasto (cf. Diógenes Laercio, V 48); el del estoico Cleantes (cf. Cicerón, *De finibus* IV 7); el de Apolodoro de Pérgamo (cf. Estrabón, XIII 4, 3) y el de su rival, Teodoro de Gádara (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* II 15, 21); el de Cecilio de Caleacte; etc. (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* III 1 15-16).

Dionisio pretende alcanzar tres objetivos: formar a los jóvenes alumnos que aspiran a ser futuros oradores, perfeccionar el estilo de los que ya lo son y enseñar a los simples lectores a reconocer el estilo de cada orador y saber valorar su talento literario[90]. A tal fin Dionisio va analizando y señalando qué virtudes están presentes, cuáles faltan y cuáles están mal utilizadas.

Sin embargo, primero Dionisio debe pronunciarse sobre cuáles eran los mejores oradores. Poco a poco entre los tratadistas de retórica se fue formando un canon de oradores áticos, que quedó fijado en un número de diez, por obra quizá de Cecilio de Caleacte; pero al parecer Dionisio no llegó a conocer este canon[91]. Los diez oradores eran: Antifonte, Andócides, Lisias, Isócrates, Iseo, Esquines, Licurgo, Demóstenes, Hiperides y Dinarco[92]. Ahora bien, ¿qué oradores de ellos debían elegirse como modelos, puesto que sus estilos eran muy diferentes? ¿Demóstenes o acaso Lisias? ¿Y por qué no los discursos que encontramos en las obras de un filósofo como Platón o de un historiador como Tucídides? ¿Elegimos un solo orador o todos a la vez?[93]. Sin duda lo más razonable es elegir lo mejor de cada uno ofreciendo los pasajes más logrados, pero señalando también los vicios que

---

[90] Cf. *Lis.* 10, 3; *Dem.* 9, 12; *Tuc.* 1, 2; etc.

[91] CECILIO escribió un tratado *Sobre el estilo de los diez oradores* (cf. *Suda*, s. v. *Kekílios* = kappa 1165). Sin embargo, DION. HALIC. seleccioa sólo a seis oradores y no a diez (cf. *Or. ant.* 4, 5; *Im.* 5). Posteriormente el canon de los «Diez oradores» fue conocido por PS. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores*; HARPOCRACIÓN, *Léxico de los diez oradores*; HERMÓGENES, *Sobre las formas de estilo* II 401; etc.

[92] Éstos son los diez oradores biografiados en las *Vidas de los diez oradores*, obra atribuida erróneamente a Plutarco.

[93] Esta era una pregunta forzosa para todo aquel que quería iniciarse en la oratoria aticista (cf. CICERÓN, *Bruto* 285). DION. HALIC. trató este tema en el libro segundo del *Sobre la Imitación*.

debían evitarse[94]. Ante la inmensa tarea de escribir sobre los diez oradores Dionisio se propone en principio escribir sólo sobre los oradores e historiadores más ilustres[95]. Pero el proyecto inicial de Dionisio va a ir modificándose a medida que escribe los tratados.

3. *Los tratados de crítica literaria: cronología*

Dionisio es un escritor infatigable que escribe con un ritmo frenético, capaz de llevar varias actividades literarias simultáneamente. Así, mientras iba redactando la *Historia antigua de Roma*, componía algún tratado de crítica literaria, escribía cartas y preparaba e impartía clases de retórica: en estos casos no tiene sentido hablar de que un escrito sea anterior a los otros. Además, a veces interrumpía un tratado para comenzar otro[96] o nos advierte de que aún tenía un tratado sin terminar[97]. Otras veces, para no alargar demasiado el escrito, deja un tema sin tocar en profundidad o promete estudiarlo más adelante o incluso dedicarle en el futuro un tratado, cosa que no tiene tiempo de cumplir[98], aunque al parecer tardaba sólo un año en terminar un tratado[99].

En cuanto a la cronología de los tratados hemos de basarnos en las pocas alusiones que hace Dionisio sobre ellos

---

[94] Cf. *Dem.* 33, 2-3; *Tuc.* 1, 2.

[95] Cf. *Or. ant.* 4, 5.

[96] Cf. *Tuc.* 1, 4.

[97] Cf. *Pomp.* 3, 1.

[98] Dionisio deja con frecuencia temas sin tratar en profundidad bien por la premura de tiempo (cf. *Lis.* 10, 3; *Isóc.* 15, 1; 20, 5; *Iseo* 15, 4; *Dem.* 14, 2; 42, 1; etc.) o bien para no hacer un tratado demasiado largo (cf. *Isóc.* 10, 1; *Iseo* 20, 6; *Dem.* 8, 1; 13, 5; 46, 2-3; *Tuc.* 4, 3; 33, 2; 41, 1; 43, 2; 55, 2). Y otras veces promete tratar un tema en otra ocasión o dedicarle un tratado, cosa que luego no cumple (cf. *Lis.* 6, 4; *Dem.* 32, 3; *Comp.* 1, 10; *Pr. Ameo* 3, 1).

[99] Cf. *Comp.* 1, 11.

en sus propios escritos, a menudo vagos y contradictorios, y en la evolución de sus gustos literarios. En principio se está de acuerdo en que, mientras preparaba la edición de la *Historia antigua de Roma*, a la que precedieron unas *Cronologías* de datación incierta, fueron apareciendo los tratados de crítica literaria, para los que proponemos el siguiente orden cronológico (ponemos entre paréntesis los tratados que no se han conservado):

- *(En defensa de la filosofía política.)*
- *Sobre la imitación,* del que conservamos solo algunos fragmentos de los libros I y II, nada del III y un *Epítome* del libro II.
- *Sobre los oradores áticos* (I), también llamado *Sobre los oradores antiguos* o *Sobre los estilos,* que lo componen cuatro tratados publicados conjuntamente:
  - *Sobre Lisias.*
  - *Sobre Isócrates.*
  - *Sobre Iseo.*
  - *Sobre los oradores antiguos*: es un breve preámbulo al *Sobre los oradores áticos* (I), con el que no debe confundirse, y que sin duda compuso después del *Iseo.*
- (Los tres tratados sobre la autenticidad de los discursos de Lisias, Isócrates e Iseo).
- *Carta primera a Ameo,* en la que defiende la originalidad de Demóstenes con respecto a los manuales de Aristóteles.
- *(Sobre la autenticidad de los discursos de Demóstenes)*
- *Sobre los oradores áticos* (II), que incluye únicamente:

- *Demóstenes-1* = *Sobre Demóstenes* 1-33, del que hemos perdido el principio.
- *Sobre Tucídides.*
- *Carta a Pompeyo Gémino,* en la que justifica las críticas que hizo a Platón en el *Dem.* y reproduce un extenso pasaje, dedicado a los historiadores, del libro II del *Sobre la imitación.*
- *Carta segunda a Ameo,* en la que justifica sus críticas a Tucídides.
- *Sobre Dinarco* (falta el final).
- *Sobre la Composición literaria,* del que se ha conservado también un *Epítome*[100].
- *Demóstenes-2* = *Sobre Demóstenes* 34-58, editado siempre conjuntamente con el *Demóstenes-1* y sin advertir que son dos tratados diferentes.
- *(Sobre las figuras del lenguaje.)*
- *(Cronologías,* estudio histórico de datación incierta.)
- *Historia antigua de Roma* en veinte libros.

Por otro lado a Dionisio de Halicarnaso se le atribuyó un manual que trataba de los discursos epidícticos y que lleva por título el *Arte de los panegíricos*, más conocido como *Arte retórica*[101]; pero se trata de una obra muy tardía, probablemente del s. III d. C.

En cambio hemos perdido las siguientes obras: tres ensayos en los que analizaba la autenticidad de los discursos de Lisias, Isócrates y Demóstenes (es poco probable que escribiera uno sobre Iseo); el tratado *En defensa de la filosofía*

---

[100] Este epítome del *Comp.* carece de valor, pues afortunadamente conservamos el original; pero revela la importancia y popularidad que alcanzó este tratado en la Antigüedad.

[101] El *Arte* del Ps. Dionisio ha sido editado junto a las demás obras de Dionisio por H. Usener y L. Radermacher, Stuttgart, 1965, t. VI.

política; y el tratado *Sobre las figuras del lenguaje,* un tema que siempre le pareció muy complejo, pero que al final se atrevió a redactar.

Los tratados que Dionisio prometió escribir, pero que probablemente nunca llegó a publicar, fueron: ese tercer libro del tratado *Sobre la imitación*, que debería titularse «Cómo debe hacerse la imitación»; el *Sobre la elección de las palabras*[102]; el *Sobre Hiperides* y el *Sobre Esquines.* Y tampoco escribió, o se ha perdido, un tratado en el que pensaba demostrar, mediante un análisis detallado, los defectos de estilo de Platón[103] y otro sobre la maestría de Demóstenes para tratar los temas, que anuncia al final del *Dem.*

A continuación explicamos el porqué del orden que proponíamos antes[104].

---

[102] Cf. *Comp.* 1, 10-11. Ese tratado sería un complemento del *Comp.* (conviene recordar que el título de este último tratado en griego es *Perì synthéseōs onomátōn,* «sobre la disposición de las palabras», siguiente fase en la elaboración del discurso, una vez hecha la «elección de las palabras»).

[103] Cf. *Dem.* 32, 3. Las críticas a Platón, a las que se refiere en *Pomp.* 1, 1, eran las que exponía en el *Dem.* 5, 1 - 7, 7, y que vuelve a copiar en *Pomp.* 2, 1.

[104] La cronología de los tratados ha sido muy debatida, y de ahí el orden tan dispar en las diferentes ediciones. Los puntos más polémicos son la fecha de composición del *Im.* y la del *Dem.*, que sin duda lo componen dos tratados escritos en fechas muy diferentes. Sin embargo, algunos estudiosos, por no ver claro el punto de unión de los dos tratados, no admiten este hecho, como S. F. Bonner, *The Literary Treatises of Dionysius of Halicarnassus. A Study in the Development of critical Method,* Estrasburgo, 1907 (Cambridge, 1939; Amsterdam, 1969), p. 31-33; y G. Pavano, «Sulla cronologia degli scritti retorici di Dionisio d'Alicarnasso». *Atti dell'Academia di Scienze, Letere e Arti di Palermo* 4 (1942), 211-363. Pero el estudio de P. Costil nos parece que sigue siendo muy esclarecedor, *L'esthétique littéraire de Denys d'Halicarnasse,* París, 1949 (esta tesis doctoral mecanografiada la hemos conocido gracias a la introducción de G. Aujac, *Denys d'Halicarnasse. Opuscules rhétoriques* I París, 1978,

Aunque Dionisio es un historiador, su actividad docente como preparador de futuros oradores le llevó en seguida a interesarse por los grandes oradores griegos, lo que le obligó a entrar en polémicas literarias y filosóficas en las que estaban inmersos los maestros de oratoria y los oradores. Su primera obra sería, pues, el tratado hoy perdido contra los epicúreos y asianistas, *En defensas de la filosofía política*, anterior al *Tuc.* y al *Or. ant.*; y lo hizo con una pasión impropia de su carácter; en cuanto al fondo defendía el ideal isocrático de oratoria y en cuanto a la forma la expresión pura y sencilla de Lisias[105].

Por esta misma época, y con el fin de orientar a sus alumnos y a los amantes de la literatura griega, se ve en la necesidad de pronunciarse sobre el estilo de los autores griegos más importantes para señalar las virtudes y defectos de cada uno: es el *Im.*, que a la larga se convirtió en un manual de literatura griega para estudiantes romanos. Incluso Quintiliano recurrió a él para ofrecer un breve panorama de la literatura griega[106]. Incluía a poetas, autores dramáticos, historiadores, filósofos y oradores (y entre estos a Lisias, Isócrates, Licurgo, Demóstenes, Esquines e Hiperides); pero en esta época le interesan más los historiadores que los oradores, y aún es muy radical en sus juicios. Le seguirían, por consiguiente, los dos primeros libros del tratado *Sobre la imitación,* que son anteriores al *Tuc.*[107]; pero el libro tercero aún estaba sin concluir —y probablemente nunca conclu-

págs. 22-28). Así pues, seguimos en general sus conclusiones, que nos parecen de una gran coherencia (excepto para el *Im.* y la *Pr. Ameo).*

[105] Cf. *Or. ant.* 4, 2; *Tuc.* 2, 3. Y véase supra apartado 1. de esta Introducción.

[106] Cf. *Inst. orat.* X 1, 46-84.

[107] Cf. *Tuc.* 1, 1.

yó— cuando escribía la *Carta a Pompeyo Gémino*[108]. Sin embargo, algunos estudiosos, entre ellos G. Aujac, se inclinan por una época tardía para el *Im.*: entre la primera parte del tratado *Dem.* (= *Demóstenes*-1) y el *Tuc.*[109]. Esta datación suscita problemas para los que no hay respuesta satisfactoria. Pues, ¿cómo explicar que Dionisio dedique un tratado a Iseo y que después en el *Im.* no lo mencione?; ¿y cómo explicar que en el *Im.* elogie a Licurgo y que nunca más, ni antes ni después, vuelva a citarlo?; ¿o cómo explicar que después de escribir el *Demóstenes*-1 sea aún Hiperides el más elogiado[110], a quien por cierto no dedica ningún ensayo?; ¿o cómo explicar la vehemencia con la que Dionisio juzga a Tucídides en el *Im.* y el juicio, también negativo pero mucho más sosegado e imparcial[111], en el *Tuc.*, si están tan próximos en el tiempo?; y, finalmente, ¿cómo situar el *Im.* entre el *Demóstenes*-1 y el *Tuc.*, cuando no hubo tiempo entre uno y otro, pues interrumpió el *Dem.* para escribir el *Tuc.*[112]? Sólo una datación temprana da respuesta a estas interrogantes: al principio Dionisio prefería a Licurgo e Hipe-

---

[108] Cf. *Pomp.* 3, 1. Los parágrafos 3, 2 - 6, 11 (= *Im.*, *Fr.* 7) son un resumen del segundo libro del *Im.*

[109] Cf. *ob. cit.*, t. V, pág. 11. Los defensores de esta datación se apoyan en las propias palabras de DION. HALIC., al interpretar el *pepoíēka*, «lo he hecho», y el *ho dè trítos... atelḗs,* «el tercer libro... sin terminar» (cf. *Pomp.* 3, 1), como que acaba de escribir los dos primeros libros y está redactando el tercero; pero también podría ser que tuviera escritos los dos primeros libros desde hacía mucho tiempo y que el tema dejó de interesarle, por lo que ya no escribió el tercero (véase nuestra Sinopsis al *Im.*). El otro argumento es el elogio de DIONISIO a Demóstenes en el *Fr.* 1 del *Im.*, pues de haber sido una obra más temprana ese elogio habría sido para Lisias; pero nosotros no creemos que esas palabras sean de Dionisio sino de Siriano (véase n. a «de Peania» en el *Im.*, *Fr.* 1).

[110] Cf. *Im.* 5, 6.

[111] Cf. *Tuc.* 52, 1.

[112] Cf. *Tuc.* 1, 4.

rides, pero en seguida se olvidó de ellos subyugado por el genio de Demóstenes, lo que a su vez despertó en él cierto interés por su maestro, Iseo[113]. La proximidad en el tiempo del *Im.* y del *Lis.* e *Isóc.* explicaría también otro hecho insólito: el que Dionisio utilizara pasajes del primer tratado para incluirlos en los otros dos, puesto que su opinión aún no había variado gran cosa[114]. Además, de la misma manera que el análisis superficial y vehemente de Tucídides en el *Im.* es anterior al análisis detallado y profundo del *Tuc.*[115], así también los análisis tan superficiales de los estilos de Lisias, Isócrates, Demóstenes y Tucídides en el *Im.* serían anteriores al *Lis.*, al *Isóc.*, al *Dem.* y al *Tuc.*[116].

Después comienza a centrarse en el estudio de los oradores, empujado por las clases que impartía de retórica, y concibe un gran proyecto: escribir una extensa obra sobre los grandes oradores griegos, el *Sobre los oradores áticos*, que se conoce también como *Sobre los oradores antiguos* o *Sobre los estilos*[117]. La divide en dos secciones: la primera parte, el *Sobre los oradores áticos* I, la componen los tratados de los tres oradores de la primera generación y siguen

---

[113] Cf. *Iseo* 20, 5.

[114] Siriano cita unos pasajes del *Im.* (*Frs.* 5, 6a y 6b) que coinciden con *Lis.* 3, 1-2; 8, 5-6; 8, 6. Y el *Fr.* 4 con *Isóc.* 2, 5.

[115] Compárese, por ejemplo, el *Im.*, *Fr.* 7 (= *Pomp.* 3, 9), donde se evidencia el ardor juvenil de la crítica, con el *Tuc.* 10.

[116] Confróntese la forma tan breve y poco rigurosa con que examina las virtudes formales de los estilos de Heródoto y Tucídides en el *Im.*, *Fr.* 7 (= *Pomp.* 3, 16-21) con la minuciosidad con que analiza la expresión de Lisias en el *Lis.* 2 - 11.

[117] En efecto, a este conjunto de cinco tratados se le denomina unas veces como *Sobre los oradores áticos* (cf. *Pomp.* 2, 1); otras, *Sobre los estilos* (gr. *Perì charaktērōn;* cf. las palabras de Siriano que preceden al *Dem.* 1, 1; *Im.*, *Fr.* 4; etc.); y otras *Sobre los oradores antiguos* (cf. *Seg. Ameo* 1, 1), con lo cual puede confundirse con el breve preámbulo general del mismo título, el *Or. ant.*

un orden cronológico[118]: el *Lis.*, el *Isóc.*, el *Iseo*, y el *Or. ant.*, que es un breve preámbulo para la publicación de esta primera parte, pero escrito después del *Iseo*[119].

A la vez que redactaba estos tratados preparaba los estudios, todos ellos perdidos, sobre la autenticidad de los discursos de los autores que estudiaba: Lisias e Isócrates, pero quizá no sobre Iseo[120]. Aunque probablemente los iba redactando al mismo tiempo que escribía el tratado de cada autor, al parecer los publicaba después[121]. En cuanto a su forma de composición y método no debían diferir mucho del *Sobre Dinarco:* aunque recurre a datos cronológicos, el análisis se basa en criterios de estilo[122].

Después del *Iseo* escribiría la *Carta primera a Ameo,* pues en el epílogo del *Iseo* y en esta carta proclama por primera vez la superioridad de Demóstenes sobre los demás oradores (lo que antes había dicho de Lisias lo dice ahora de

---

[118] DION. HALIC. se refiere a estos tres estudios como una obra conjunta e independiente (cf. *Dem.* 2, 3 y n.) y siguen ese orden cronológico (cf. *Or. ant.* 4, 4-5; *Iseo* 20, 6). En efecto, el *Isóc.* es posterior al *Lis.* (cf. *Lis.* 34, 1; *Isóc.* 11, 1-2); el *Iseo* es posterior al *Lis.* (cf. *Iseo* 20, 4) y al *Isóc.* (cf. *Iseo* 19, 2 y 4); el *Dem.* es posterior al *Lis.* (cf. *Dem.* 2, 3) y al *Isóc.* (cf. *Dem.* 4, 1); etc.

[119] Este pequeño tratado fue escrito una vez redactados los otos tres tratados, como preámbulo a la publicación del *Sobre los oradores áticos* I, y así lo confirma el participio de pasado *grapheîsēs*, «ha sido escrita, ha sido dedicada», refiriéndose a la primera sección (cf. *Or. ant.* 4, 5; *Iseo* 18, 2 y n.).

[120] El título de cada uno sería probablemente como el que lleva el tratado de CECILIO DE CALEACTE, *Sobre Demóstenes, qué discursos son auténticos y cuáles espurios* (cf. *Suda,* s. v. «*Kekílios*» = kappa 1165). DION. HALIC. estudió la autenticidad de los discursos de Lisias e Isócrates (cf. PS. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 836A y 838D; DION. HALIC., *Lis.* 12, 9; 14, 7 y n.); pero probablemente no de Iseo (cf. *Iseo* 2, 2 y n.).

[121] Cf. *Lis.* 12, 9; 14, 7 y n.

[122] Cf. *Lis.* 11, 7 - 12, 1; 12, 6 y 8; *Din.* 4, 5 frente a 7, 1-4.

Demóstenes[123]) y revindica la originalidad e independencia de Demóstenes con respecto a los tratados de retórica de Aristóteles. La datación de la *Pr. Ameo* no es del todo segura, porque ni hay alusiones a otras obras de Dionisio ni Dionisio la menciona nunca. Advertimos, sin embargo, que para P. Costil es el primero de los tratados conservados de Dionisio: pero, ¿cómo justificar ese elogio tan temprano a Demóstenes?

Dionisio comienza ahora la segunda parte del *Sobre los oradores áticos* II[124], en la que pensaba incluir los tratados del los tres oradores de la siguiente generación; pero quedó integrada solamente por el *Dem.* 1-33 (= *Demóstenes*-1), puesto que no llegó a escribir los tratados sobre Hiperides y Esquines. Los dos estudios preparatorios sobre Demóstenes, el *Iseo* y la carta *Pr. Ameo*, le han ido cambiando sus preferencias literarias. Dionisio ha comprobado que entre el estilo de Demóstenes y el de Iseo, su maestro, hay un abismo. Este hecho lo va confirmando además conforme redacta, simultáneamente, el tratado preparatorio *Sobre los discursos auténticos y espurios de Demóstenes*[125]. Así, en la parte inicial del *Demóstenes-1*, Dionisio ya declaraba abiertamente

[123] Cf. *Iseo* 20, 5; *Pr. Ameo* 2, 3 y *Lis.* 1, 5.

[124] Cf. *Or. ant.* 4, 5; *Iseo* 20, 7. El *Demóstenes*-1 fue escrito una vez terminada la primera parte, el *Sobre los oradores áticos* I (cf. *Dem.* 2, 3; 4, 1); y se supone que inmediatamente después del *Iseo*, pues Iseo fue incluido simplemente por el hecho de ser el maestro de Demóstenes.

[125] Cf. Harpocración, *Léxico de los diez oradores* 113, s. v. *«Enepískēmma»; Din.* 11, 4; 13, 4; *Dem.* 57, 3 y n.; y quizá 44, 3, de donde se deduce que este tratado perdido era anterior al *Din.* y al *Demóstenes*-2, pero muy probablemente posterior o simultáneo del *Demóstenes*-1, como en los casos de Lisias e Isócrates.

la superioridad de Demóstenes sobre todos los demás autores[126].

Cuando redactaba el *Dem.*, lo interrumpe bruscamente (probablemente en el § 33, 4) para redactar el tratado *Tuc.*[127] (la segunda parte del *Dem.* la redactará mucho tiempo después), de modo que el *Dem.* está compuesto en realidad por el *Demóstenes*-1 y el *Demóstenes*-2.

A continuación del *Tuc.* redactaría dos cartas para justificar sus juicios negativos sobre Platón y sobre Tucídides: la *Carta a Pompeyo Gémino*, en la que explica las críticas que hizo a Platón en el *Demóstenes*-1[128], y la *Carta segunda a Ameo*, para aclarar ciertas cuestiones del tratado *Tuc.*, muy crítico con el historiador[129].

De esta época sería también el *Sobre Dinarco*, que trata de la autenticidad de los discursos atribuidos a este orador, y que es posterior a los tratados *Sobre los oradores áticos* y al tratado perdido *Sobre la autenticidad de los discursos de Demóstenes*[130]. Pero parece que en esos momentos Dionisio aún no había renunciado a escribir los tratados sobre Esquines e Hiperides[131], lo que confirmaría que aún no había co-

---

[126] Cuando escribe el tratado *Iseo*, antes de comenzar el ensayo sobre Demóstenes, mantiene todavía una opinión peyorativa sobre Demóstenes (cf. *Iseo* 4, 5); después, en la carta *Pr. Ameo*, veíamos como ya equiparaba a Demóstenes con su admirado Lisias (cf. *Pr. Ameo* 2, 3 y *Lis.* 1, 5); y ya en el *Demóstenes*-1 proclama la supremacía de Demóstenes sobre los demás oradores, filósofos e historiadores (cf. *Dem.* 8, 2; 33, 1-4; *Tuc.* 53, 1), algo que por lo demás todo el mundo admitía (cf. Cicerón, *El orador* 23; *Sobre el orador* I 260; *Bruto* 35; Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 34, 4; etc.).

[127] Cf. *Tuc.* 1, 4.

[128] Cf. *Pomp.* 2, 1 = *Dem.* 5-7.

[129] Cf. *Tuc.* 2, 2 y pássim; *Seg. Ameo* 1, 1; y 2, 2 = *Tuc.* 24, 1-12.

[130] Cf. *Din.* 11, 4; 13, 4.

[131] Cf. *Din.* 1, 1 (aquí este tratado *Sobre los oradores áticos* recibe el título de *Sobre los oradores antiguos)*. Los tratados sobre Hiperides y Es-

menzado su estudio sobre la armonía, que le llevó a escribir el *Comp.* y el *Demóstenes*-2, lo que le hizo olvidar los tratados sobre Esquines e Hiperides.

A partir de aquí Dionisio da un gran giro en sus criterios estilísticos: publica el tratado *Sobre la composición literaria,* en el que estudia la importancia de la disposición de las palabras para producir los ritmos y las armonías del lenguaje (los sonidos que se forman al engarzar las palabras). Este célebre tratado es posterior al *Demóstenes*-1 (= *Dem.* 1-33)[132], pero anterior al *Demóstenes*-2 (= *Dem.* 34-58).

A continuación vendría el *Demóstenes*-2, pues Dionisio cree que Demóstenes domina inconscientemente el arte de disponer las palabras para conseguir la armonía, de modo que se olvida de los tratados prometidos sobre Esquines e Hiperides y vuelve por segunda vez al estudio de Demóstenes. El *Demóstenes*-2 es posterior al *Comp.*[133]. Y, aunque en un principio circuló separadamente del *Demóstenes*-1[134], terminaría añadiéndose a este para formar, tal como lo conocemos hoy, el *Dem.*

Cuando concluye el *Demóstenes*-2 Dionisio parece estar en una avanzada edad y anuncia un nuevo tratado que no llegó a escribir, el *Sobre la maestría de Demóstenes para tratar los temas*[135].

---

quines habían sido prometidos por Dionisio en el *Or. ant.* 4, 5 e *Iseo* 20, 7.

[132] Cf. *Comp.* 18, 14. En ese párrafo Dionisio dice haber demostrado en otro lugar ciertos errores de Platón, y con toda probabilidad alude al *Dem.* 5 ss. (y concretamente al § 6, 2).

[133] En dos ocasiones cita el *Comp.* en el *Demóstenes*-2 (cf. *Dem.* 49, 2; 50, 10); además, repite en este tratado (cf. 51, 2 - 52, 5) casi lo mismo que decía en el *Comp.* 25, 32-43.

[134] Véanse notas a *Dem.* 40, 12 y 46, 4.

[135] Cf. *Dem.* 58, 5. El «si la divinidad nos mantiene vivos» parece menos retórico que la condicional del *Comp.* 1, 11.

Por último compondría el tratado *Sobre las figuras del lenguaje,* obra que Dionisio no cita nunca y que aún estaba sin redactar cuando escribía el *Comp.* y el *Demóstenes*-2[136], pero que Quintiliano sí leyó[137].

Probablemente a partir de aquí se dedica por entero a la publicación de la *Hist. Rom.* en veinte libros, cuyo primer libro, en todo caso, es posterior al 7 a. C y, por tanto, posterior a su marcha de Roma[138] —Dionisio se limitaría a revisar antes de su publicación la obra que ya tenía escrita y de la que había leído muchos pasajes ante el círculo de sus amigos[139] en Roma—. De las *Cronologías,* en las que trataba de datar paralelamente los acontecimientos de la historia de Roma y de Grecia, solo podemos decir que fueron un estudio preparatorio publicado antes de la *Hist. Rom.*[140].

4. *Estructura de los tratados y terminología*

Aunque Dionisio persigue un esquema ideal para el estudio de los oradores, hay grandes divergencias entre los cinco tratados, siendo más riguroso y sistemático el esquema del *Lis.* y más caóticos, pero más extensos, los del *Dem.*

---

[136] Cf. *Comp.* 8, 2 y *Dem.* 39, 3.

[137] QUINTILIANO afirma que Cecilio y Dionisio, entre otros, estudiaron este tema (cf. *Inst. orat.* IX 3, 89); DIONISIO se había limitado a señalar la complejidad del tema sin prometer ningún tratado (cf. *Comp.* 8, 2; *Dem.* 39, 3).

[138] DIONISIO nos proporciona un valioso dato al referirse al año en que fueron cónsules Claudio Nerón, por segunda vez, y Calpurnio Pisón: sabemos que ese año fue el 7 a. C. (cf. *Hist. Rom.* I 3, 4); y su marcha de Roma, según nos dice en otro pasaje, fue veintidós años después de su llegada; esto es, el año anterior, el 8 a. C. (cf. ibídem I 7, 2; 6, 5).

[139] Como muestra de este intercambio de lecturas, escritos y cartas entre amigos cf. *Pomp.* 1, 1.

[140] Cf. *Hist. Rom.* I 74, 2-4. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA cita esta obra con el título de *Chrónoi* (cf. *Stromata* I 21, 102, 1).

y del *Tuc.* Como crítico literario, a Dionisio le interesan menos «los hechos» *(tà prágmata)* y las «ideas» *(noēmata)* que la forma de expresarlos, la «expresión» *(léxis, phrásis, hermēneía)*[141]. Dionisio sólo ha estudiado a autores que escriben en prosa, ciñéndose únicamente a dos géneros literarios, el «discurso» *(lógos),* y la «narración» histórica *(diḗgēsis).* Dionisio se limita a ir comprobando minuciosamente si todas las «virtudes» *(aretaí)* que prescriben los tratadistas para cada aspecto o apartado del discurso se encuentran en el autor estudiado y, después, si es posible, descubrir lo que es característico de ese autor, el sello estilístico *(charaktḗr),* de modo que cualquier lector pueda reconocer la autoría de un discurso leyendo sólo unos pasajes. Puesto que Dionisio analiza todos los componentes del discurso, aunque en cada tratado lo hace en un orden y con una extensión diferente, el esquema ideal de los tratados sería el siguiente (muy semejante al que encontramos en el *Lis.):*

1. «Vida» *(bíos)* del autor.
2. Virtudes en cada fase de la «elaboración del discurso» *(érga toû rhḗtoros):*
   a) la «invención» *(heúresis)* o búsqueda de las ideas y temas;
   b) la «distribución» *(oikonomía)* y organización de las ideas;

---

[141] Como sinónimos de *léxis* se emplea también en griego *hermēneía* y *phrásis.* Pero el término *léxis*, que nosotros traducimos por «expresión» (latín, *elocutio),* también sirve para referirse a cada una de las formas de expresión, es decir, a los diferentes «formas de estilos» *(idéai tês léxeōs;* latín, *genera dicendi):* elevado, medio y llano, con sus numerosas variedades (florido, grandilocuente, sublime, etc.). Sin embargo, para referirse al estilo personal de un autor en griego se utiliza el término *charaktḗr* (véase n. siguiente).

c) la «redacción» *(léxis)* del discurso, que comprende dos fases, la «elección» *(eklogḗ)* de las palabras y la «disposición» *(sýnthesis)* de palabras y frases;
d) la «memorización» *(mnḗmē)* del discurso;
e) la «pronunciación» *(hypókrisis)* del discurso.

Las dos primeras fases, *a)* y *b)*, están dedicadas al «tratamiento de los hechos» *(ho pragmatikòs tópos)*, mientras que la tercera, *c)*, a la «forma de expresarlos» *(léxis)*, que es el apartado que más interesa a Dionisio (después de la «Vida» del orador Dionisio suele empezar con este apartado = 3.). Una vez que el orador ha redactado el discurso los apartados *d)* y *e)* son más mecánicos y Dionisio apenas los menciona.

3. Virtudes de la «expresión» *(léxis, phrásis, hermēneía)*, que se corresponde con el apartado 2. *c)*. El conjunto de virtudes y defectos característicos de un autor nos da el «estilo personal» *(charachtḗr)* de ese autor. Las virtudes de la expresión son:

a) la «pureza» dialectal *(katharótēs)*;
b) la «claridad» de la expresión *(saphḗneia)*;
c) la «brevedad» *(brachylogía)* y la «concisión» *(syntomía)*;
d) la «viveza» *(enárgeia)* en la descripción;
e) la «elección» *(eklogḗ)* de las palabras adecuadas;
f) la «disposición» *(sýnthesis)* apropiada de las palabras y de los demás elementos del lenguaje para conseguir tanto el «ritmo métrico» *(eurythmía, eumetría)* —mediante sílabas largas y breves—, como el «ritmo melódico» *(eurythmía, euméleia)* —mediante el acento tonal— y la «armonía» *(harmonía)*, que debe entenderse como «el sonido eufónico que se produce al enlazar unas palabras

con otras», y puede ser «claveteada» *(austerá)* o «pulida» *(glaphyrá);*

g) el «ornato» *(kósmos)* y demás «recursos estilísticos» *(kataskeuḗ)* de la expresión, con los que se consigue el lenguaje literario o «figurado» *(tropikḗ)* al introducir cambios en el «lenguaje habitual» *(synḗtheia)* —esos cambios son las llamadas «figuras del lenguaje» *(schḗmata),* entre las que ocupan un lugar destacado los «tropos» *(trópoi)*—;

h) otras virtudes de la expresión son la «gracia» *(cháris),* la «emoción» *(páthos),* etc.;

i) y la más importante de todas, la «adecuación» *(tò prépon)* del lenguaje a los hechos narrados: si el lenguaje es inferior a los hechos, es un estilo «humilde» *(tapeinós),* y si el lenguaje es más elevado que los hechos, es un estilo «frío» *(psychrós).*

4. Elección de la «clase de estilo» *(idéa tês léxeōs)* apropiada a los hechos:

a) «llano» *(ischnós);*

b) «intermedio» *(mésos),* llamado también «mixto» *(miktós),* «elegante» *(glaphyrós),* «adornado» *(períergos, perissós)* y «florido» *(anthērós);*

c) «elevado» *(hypsēlós),* al que se denomina también «grave» *(barýs, semnós),* «grandioso» *(hadrós),* «grandilocuente» *(megaloprepḗs),* «vehemente» *(deinós),* que alcanza «lo sublime» *(tò hýpsos),* etc.

5. Las virtudes del autor en cada «género del discurso» *(génos toû lógou):*

a) el discurso «judicial» *(dikanikós);*

b) el discurso «deliberativo» *(symbouleutikós* o *dēmēgorikós);*

c) el discurso «epidictico» o «de aparato» *(epideiktikós* o *panēgyrikós).*
d) La «narración» histórica *(diḗgēsis)* también será objeto de estudio en el *Tuc.*

6. Virtudes en cada «parte del discurso» *(méros toû lógou):*

a) «exordio» *(prooímion);*
b) «exposición» *(próthesis):* realizada en forma de narración *(diḗgēsis)* o enumeración *(diaíresis);*
c) «argumentación» *(pístis),* que podía hacerse probando los hechos (la *apódeixis* o demostración) o refutándolos (la *lýsis* o refutación);
d) «epílogo» *(epílogos).*

Pero, para reconocer el estilo de un autor *(charaktḗr*[142]), no basta con decir qué virtudes, según las «reglas» *(parangélmata)* de la preceptiva oratoria, domina un autor y cuáles no. Del mismo modo que el hecho de que sus escritos contengan todas esas virtudes tampoco indica que posea un estilo sublime, sino quizá simplemente correcto. Para mostrar mejor las características del estilo de un autor Dionisio ofrece numerosos pasajes de sus obras, a veces bastantes extensos; y en muchas ocasiones hace además una «confrontación» *(sýnkrisis)* de dos pasajes de autores diferentes sobre un tema parecido para destacar con más claridad las características de uno y otro.

La terminología que emplea Dionisio no es del todo original, pues pertenece a una larga tradición que presenta bas-

[142] El término *charaktḗr* (latín, *stilus)* se refiere al «estilo literario» característico de un autor, por oposición a las tres clases de estilos o niveles de expresión que veíamos en la n. anterior. Si queremos referirnos al «carácter» de una persona en griego se utiliza el término *êthos.*

tantes coincidencias con la escuela peripatética, y en concreto con Teofrasto. En un interesante pasaje de Cicerón sobre el estilo aticista[143], en el que termina citando a Teofrasto, se pueden rastrear los términos griegos que Cicerón traduce al latín y que son casi un calco del catálogo de virtudes que Dionisio elogiará en Lisias (cf. *Lis.* 3, 1 ss.): el empleo del «lenguaje habitual» *(consuetudo,* gr. *synḗtheia);* no caer en el «ritmo métrico» *(numerus,* gr. *rhythmós);* el uso moderado del «hiato» *(hiatus,* gr. *anakopḗ);* la construcción de las frases «cuidadosamente descuidada» *(neglegentia diligens,* gr. *pepoíētai tò apoíēton);* la expresión «sin adornos» *(inornata,* gr. *akósmētos).* Y añade Cicerón las cuatro virtudes que exigía Teofrasto: la lengua será un latín puro *(sermo purus et Latinus,* gr. *katharótēs, hellēnismós);* se expresará «con claridad y sencillez» *(dilucide planeque;* gr. *saphôs kaì aphelôs);* se elegirá lo que sea «adecuado» *(quid deceat,* gr. *tò prépon);* y se emplearán unos «recursos estilísticos agradables» *(ornatum suave,* gr. *kataskeuḕ hēdeîa).* También Dionisio admite sin más las tres cualidades que, según Teofrasto, engrandecen la expresión: la «elección de las palabras» *(eklogḕ tôn onomátōn),* la «armonía que surge de ellas» *(harmonía ek toútōn)* y las «figuras que las adornan» *(schḗmata tà perilambánonta autá)*[144].

Pero el «estilo de un autor» *(charaktḗr)* se distingue sutilmente de otro por pequeñas diferencias de matiz, y para expresarlas los tratadistas de retórica, y Dionisio, se vieron obligados a ampliar el léxico incorporando términos de otros ámbitos ajenos al campo de la literatura. Por ejemplo, los críticos acuden a otras actividades artísticas, pues la labor

[143] Cf. Cicerón, *El orador* 76-79.

[144] Cf. *Isóc.* 3, 1.

del orador es comparada con la de los músicos[145], la de los pintores y escultores[146], la del ceramista[147] (por ejemplo, *charaktḗr,* «estilo», es la marca grabada por el alfarero sobre la pieza de cerámica, su firma), o incluso la de los atletas[148]... Pero, puesto que en la antigüedad la literatura era oral —también los textos escritos se leían en voz alta y se gesticulaba— y a veces, como en la lírica y los coros de las tragedias, era además cantada, es natural que los críticos literarios acudieran primero al ámbito del teatro y de la música para describir un estilo. Por ejemplo, la *hypókrisis,* «pronunciación del discurso», es un término tomado del teatro (era la «interpretación»: un orador debe aprender mucho de los actores); y así otros muchos términos teatrales. Y, además de términos que aluden a los sentidos del oído y de la vista, también se recurre al sentido de gusto y el olfato: no queremos olvidar el gran acierto de Cicerón al comparar, con suma maestría e ingenio, las cualidades del estilo con las del vino[149].

Pero Dionisio no es muy riguroso en la terminología, pues vocablos que opone en un pasaje los encontramos después empleados como sinónimos y viceversa[150]; y en ocasiones él mismo reconoce que no sabe qué término emplear[151].

---

[145] Cf. *Lis.* 11, 3; *Dem.* 2, 4; 40, 6-7; 48, 4-7; 49, 1; 51, 2; *Comp.* 21, 5; 25, 38-39; etc.

[146] Cf. *Isóc.* 3, 6; 11, 5; 13, 2; *Iseo* 4, 1; *Dem.* 41, 1; 50, 4; 51, 4 y 7; *Tuc.* 4, 2; *Im.* 1, 4-5; *Comp.* 25, 35; *Din.* 7, 7.

[147] Cf. *Dem.* 21, 3; 43, 11.

[148] Cf. *Isóc.* 11, 5; *Dem.* 18, 5 y n.

[149] Cf. *Bruto* 287-288.

[150] Por ejemplo, a propósito de «epiquerema» y «entimema», véase n. a *Iseo* 16, 3. Y así se podrían añadir muchos más ejemplos.

[151] Cf. *Dem.* 9, 10; 48, 1.

5. *Tradición y originalidad de los tratados: las armonías*

Dionisio es consciente de la originalidad del tema de sus tratados[152] y de la rigurosidad y objetividad de su método. En efecto, no tenemos constancia de que anteriormente alguien hubiera estudiado los estilos literarios de los diferentes escritores siguiendo un análisis formal basado en el examen exhaustivo de las virtudes literarias. No obstante, convendría destacar algunos precedentes remotos en los que encontramos crítica literaria, que nada tienen que ver con los manuales de retórica que veíamos antes (tales eran la *Téchnē* de Gorgias, Trasímaco, Aristóteles, etc.) ni con los tratados de poética, donde se valora más la composición literaria, la fuerza de los personajes, el argumento, etc. que el estilo formal (tal sería la *Poética* de Aristóteles). Sin duda el nacimiento y desarrollo de la crítica literaria, como la oratoria[153], están asociados en Grecia al sistema democrático ateniense: los ciudadanos, basándose sólo en las palabras de un ciudadano, debían pronunciarse con frecuencia sobre la culpabilidad o inocencia de un acusado o sobre cuestiones de vital importancia para la vida política de la ciudad. Pero fue el público del teatro el que, sin estar ya presionado por in-

---

[152] Cf. *Or. ant.* 4, 2.

[153] En verdad el gusto de los griegos por los discursos se remontaba a Homero; pero la retórica, como arte que se puede enseñar y aprender, nace, según Aristóteles, en Sicilia con Córax y Tisias, como instrumento de los ciudadanos particulares para recuperar sus bienes en los pleitos (cf. Cicerón, *Bruto* 46). Después otro siciliano, Gorgias, la lleva a Atenas, donde se difunde rápidamente y con enorme éxito, pero ya no solo se aplica al campo judicial sino también al político: en una democracia quien aspire a gobernar debe dominar el arte de hablar ante la asamblea (cf. Aristóteles, *Política* 1305a 11-13). Y, finalmente, se pronuncian discursos por el simple placer de oír hablar (recuérdense los discursos sobre el amor en el *Banquete* de Platón). Es evidente que el interés por la retórica llevó aparejado el nacimiento y desarrollo de la crítica literaria.

tereses personales o partidistas, discutía a favor o en contra del estilo de los autores, defendiendo o discrepando del veredicto de los jueces en los certámenes de tragedias: de ese tipo de crítica literaria, en tono jocoso, tenemos un magnífico ejemplo en el juicio que hace Aristófanes sobre los estilos de Esquilo y Eurípides en *Las ranas*. Después, ya en plan serio, encontramos en el *Fedro* el extenso comentario crítico de Platón al discurso que compuso Lisias sobre el amor, un juicio bastante negativo para Lisias, y que por cierto Dionisio no cita en su tratado *Lis.* Hay que recordar también los muchos juicios que emite Cicerón sobre el valor literario de numerosas obras y discursos, sobre el estilo de muchos autores y oradores griegos, la larga definición que nos da del estilo aticista[154], etc. Pero curiosamente Dionisio nunca cita a Cicerón, cuya obra evidentemente conoció[155]. Sin embargo, Dionisio no parece interesarse nunca por la literatura escrita en latín, lengua en la que probablemente no se sentiría muy seguro como crítico literario; y quizá también porque pensaba que nada iba a aprender de unos oradores que lo habían aprendido todo de los griegos. El hecho es que nunca antes se había llevado a cabo un análisis formal y riguroso del estilo particular de un autor. Quizá solamente Cecilio de Caleacte, según podemos deducir por los títulos de sus tratados, hizo algo parecido a Dionisio[156]; pero pare-

---

[154] Cf. Cicerón, *El orador* 76-90.

[155] Cf. Cicerón, *El orador* 25 y Dion. Halic., *Or. ant.* 1, 7; o también Cicerón, *Bruto* 70 y Dion. Halic., *Dem.* 50, 4; o bien las muchas coincidencias entre el catálogo de virtudes que Dionisio encuentra en Lisias y las virtudes propias del estilo aticista según Cicerón, *El orador* 76-79. Quizá Dionisio sintió cierta animadversión personal hacía Cicerón porque fue el causante de que su amigo Quinto Elio Tuberón se retirara de la oratoria (véase n. a *Tuc.* 1, 1).

[156] Por ejemplo, estos son algunos de los títulos de sus tratados perdidos (cf. *Suda*, s. v. «*Kekílios*» = kappa 1165): *Sobre el estilo de los diez*

ce que Dionisio, aunque conoció los tratados de su amigo Cecilio y compartió con él gustos y criterios, al menos en la primera época[157], acabó utilizando un método mucho más riguroso y exhaustivo y, en cualquier caso, eclipsó los tratados de Cecilio, que además recibiría un severo correctivo por parte del genial autor del *Sobre lo sublime*[158]: Cecilio era seguidor de la escuela de Apolodoro y el Ps. Longino pertenecía probablemente a la escuela de Teodoro. Pero resulta muy curioso que el Ps. Longino, que escribió para refutar las opiniones de Cecilio (cf. ibídem I 1), no cite a Dionisio. Más problemática es la utilización que Dionisio pudo hacer de las obras del epicúreo Filodemo de Gádara, del que toma algunas líneas casi literales sin citarlo; pero se trata de citas que Filodemo extrae a su vez de otros autores[159].

---

oradores; Sobre Demóstenes: ¿cuáles son los discursos auténticos y cuáles los espurios?; Comparación de Demóstenes y Cicerón; Comparación de Demóstenes y Esquines; otro *Sobre Lisias* (cf. *Sobre lo sublime* 32, 8); etc.

[157] Es un hecho evidente que DIONISIO conocía la persona y la obra de su «queridísimo» Cecilio, pues escribe *(Pomp.* 3, 20): «Sin embargo a mí y a mi queridísimo Cecilio nos parece que...» Y, por ejemplo, ambos fijaban en doscientos treinta y tres el número de discurso auténticos de Lisias (cf. Ps. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 836A). Sin embargo, otras veces presentan discrepancias: mientras Cecilio popularizó el canon de los «diez oradores», DIONISIO sólo menciona a seis (cf. *Or. ant.* 4, 5); Dionisio atribuye a Isócrates veinticinco discursos auténticos y Cecilio veintiocho (cf. Ps. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 838D); y en su último tratado, el *Demóstenes*-2, parece que censura implícitamente a Cecilio por criticar el abuso de pleonasmos en Demóstenes (cf. *Dem.* 58, 3 y n.); etc. Da la impresión de que Dionisio, al ir evolucionando en sus criterios literarios, se fue apartando de los principios estilísticos que defendía Cecilio.

[158] Cecilio escribió un tratado *Sobre lo sublime;* pero un autor anónimo, conocido como Ps. LONGINO, le replicó genialmente en el célebre tratado del mismo título (cf. *Sobre lo sublime* 1, 1).

[159] Cf. *Isóc.* 13, 3 y n.

Una de las grandes aportaciones de Dionisio a la crítica literaria es su teoría de las armonías, teoría que va descubriendo y exponiendo progresivamente[160]. La armonía, que Dionisio nunca define, es la belleza que producen las palabras según su disposición en la frase, tanto desde el punto de vista semántico como sonoro, y especialmente los sonidos que producen los fonemas extremos de una palabra al chocar con las palabras contiguas. Hay dos clases de armonías: la austera o claveteada *(austērá)* y la pulida *(glaphyrá);* y también una mixta (no un grado intermedio entre las dos, sino el recurrir a una u otra según lo pidan las circunstancias). En la claveteada hay choques bruscos entre los elementos contiguos (hiatos y encuentro consonánticos) y las palabras están bien asentadas, como fijadas por clavos; en la pulida se pasa suavemente de un elemento a otro (sinalefa) y las palabras parecen deslizarse en un movimiento continuo. La sintaxis de la claveteada se base en frases cortas y sintagmas *(kómma),* la pulida en largos períodos. La claveteada levanta «pasiones y emociones» *(páthē);* la pulida, mejora o cambia el carácter *(êthos),* es decir, el modo de pensar y actuar. La primera es masculina; la pulida, femenina. La claveteada busca la belleza *(kalón)* y la pulida, lo agradable *(hēdýs).* La claveteada es más adecuada para la argumentación y el epílogo, la pulida para el exordio y la narración[161]. Los efectos sonoros de la disposición de las palabras ya eran cuidados por Cicerón, que certeramente compara el arte de disponer las palabras con la colocación de las teselas de un mosaico, y aconseja evitar los hiatos y las uniones ásperas en favor de las suaves y ligeras[162]. Pero lo cierto es que Dionisio nunca acaba de demostrar con los ejemplos que aporta

---

[160] Cf. *Lis.* 3, 8 y n.

[161] Cf. *Dem.* 35, 1 ss.; 38, 1 ss.; 40, 1 ss.; 41, 1 ss.; etc.

[162] Cf. CICERÓN, *Sobre el orador* III 171-172.

que la belleza de la expresión dependa únicamente, o principalmente, de la armonía.

Después de Dionisio nadie aplicó su método al estudio del estilo de otros autores. Pues, aunque los tratados de Dionisio habían supuesto un gran paso adelante en el campo de la crítica literaria y habían aportado un punto vista original, su método adolecía de graves defectos. Primero, porque había llegado a conclusiones decepcionantes: que Lisias era superior a Platón y a Demóstenes y que Tucídides no fue un buen historiador (pero sin advertir que Dionisio con el tiempo fue corrigiendo esas opiniones); segundo, porque, a pesar de que buscaba criterios objetivos, al final la decisión última es siempre subjetiva (la «gracia» de Lisias, la impresión «irracional» que provoca en nosotros la lectura del texto, etc.); tercero, porque las virtudes formales de los textos que Dionisio analiza sólo son aplicables al griego (el hiato, la pureza dialectal, los efectos sonoros de la armonía, etc.); y, en definitiva, porque era un método ineficaz para descubrir la genialidad de un escritor, algo que se hizo patente a partir del tratado *Sobre lo sublime*. No obstante, sus tratados fueron una referencia obligada para todos aquellos que se dedicaron a la crítica literaria y a la composición de discursos: Hermógenes, Quintiliano, Siriano, etc. Y en la España del renacimiento fue relativamente bien conocido[163]. Pero la falta de traducciones hizo que después apenas fuese conocido como crítico literario, pues, como señala M. Menéndez Pelayo, sólo se sabía de Dionisio a través de la «pésima» traducción que en 1797-1805 hizo A. García de Arrieta del

[163] Para más detalles remitimos a la Introducción de M. A. Márquez a *Dionisio de Halicarnaso. Sobre la composición...*, pág. 21.

célebre tratado del francés Batteux, *Principes de la Littérature...*, París, 1764[164].

Pero casi todos los estudiosos lo consideraron un crítico de segunda categoría, y para Wilamowitz fue simplemente un «pobre colega» *(arme Geselle)*. En nuestra opinión Dionisio ha sido tratado con injusta dureza por los críticos posteriores: quizá cayó sobre él la maldición de Platón y Tucídides, justamente dolidos con un crítico tan puntilloso.

6. *Manuscritos y ediciones*

Los manuscritos de Dionisio que contienen los tratados de crítica literaria que traducimos aquí son:

F Laurentinus XIL 15, s. x - xi: contiene, además de otras obras, el *Or. ant., Lis., Isóc.* e *Iseo*. Este manuscrito, originario de Bizancio, sirvió de modelo al *Vaticanus graecus* 64, año 1269.

Z: es un arquetipo, hoy desparecido, que en el s. xv sirvió de modelo a cinco manuscritos:

V: Marcianus app. gr. X 34 = *coll* 1449

A: Ambrosianus gr. 267 = D 119 sup. (= *M* en Radermacher)

I: Estensis α K 5, 15 = *gr.* 68

K: Ambrosianus gr. 979 = D 473

[164] A finales del s. XIX M. MENÉNDEZ PELAYO nos describe este lamentable panorama en su *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1883-1891, t. III, pág. 183 (habla de BATTEUX, *Principios filosóficos de Literatura, o curso razonado de Bellas Letras... Obra escrita en francés... traducida al castellano... por D. Agustín García de Arrieta)*: «mediante ella se hicieron familiares a nuestros críticos, no solo los tratados de Longino y Dionisio de Halicarnaso, pésimamente traducidos por cierto, sino...». Pero lo peor es que BATTEUX no hacía ninguna traducción de los tratados, sino simples comentarios a los tratados de Dionisio.

J: Parisinus graecus 1743, que a su vez fue el modelo de los manuscritos:
T: Palatinus Vaticanus gr. 58 (= *P* en Radermacher)
B: Parisinus graecus 1742
Δ: un grupo de tres manuscritos que solo contienen el *Lis.:*
C: Parisinus graecus 2131
D: Parisinus graecus 2944
G: Guelferbytanus 806

Para algunos breves pasajes del *Lis.*, del *Isóc.* y del *Iseo,* para el *Dem.* 1, 1 y para los *Frs.* 1-6 del *Im.* hay que recurrir a diversas obras de Siriano, cuyos manuscritos, en la edición de Rabe, son:

P: Parisinus graecus 1983, s. x
R: Parisinus graecus 2977, s. xi
V: Marcianus graecus 433, s. xiii
S: Messanensis S. Salv. 118, s. xiii

Para el texto del *Epítome* del libro II del *Sobre la imitación* (no debe confundirse con el *Epítome* del *Sobre la composición literaria):*

P: Parisinus graecus 1741, s. x, del que dependen otros dos muy tardíos:
H: Estensis α T 9. 2, s. xv = *gr.* 39
W: Ambrosianus C 32, s. xv = *gr.* 175

La primera edición de los tratados de retórica fue la del *Isóc.*, de Demetrio Chalcondyle, Milán, 1493. La primera edición de las *Obras completas* de Dionisio de Halicarnaso fue la de Sylburg, Frankfurt, 1586. Siguieron muchas otras ediciones, casi siempre parciales. Una importante edición

fue la J. J. Reiske, *Obras completas*, Leipzig, 1774-1777 (los tratados de retórica ocupan los volúmenes V y VI). Después encontramos la conocida edición de H. Usener y L. Radermacher, *Obras completas*, Leipzig, 1899, reeditados en Stuttgart, 1965, col. «Teubner» (los tratados aquí traducidos ocupan los volúmenes V-VI). Hay otras ediciones parciales, sobre todo del tratado *Sobre la composición literaria;* y de los tratados aquí traducidos podemos señalar la edición con traducción italiana del *Tuc.* de G. Pavano, *Dionisio d'Alicarnasso. Saggio su Tucidide*, Palermo, 1958. Y después dos ediciones completas acompañadas de excelentes traducciones: la inglesa de S. Usher, *The Critical Essays* I, Cambridge, 1974, col. «Loeb», y la francesa de G. Aujac, *Opuscules rhétoriques* I, II, IV y V, París, 1978, 1988 y 1991, col. «Les Belles Lettres», con extensas introducciones y valiosísimas notas.

7. *Traducciones*

Sólo conocemos dos traducciones que contengan todos los tratados que aquí se incluyen: una, la inglesa que acompaña a la edición de S. Usher, y otra, la francesa que acompaña a la edición de G. Aujac, ambas citadas en el apartado anterior. En español, que nosotros sepamos, sólo existía hasta ahora la traducción del tratado *Tuc.* y de los fragmentos del *Sobre la imitación* de V. Bécares Botas, *Dionisio de Halicarnaso. Tres ensayos de crítica literaria*, Madrid, 1992. Recordemos que los restantes tratados de crítica literaria han sido traducidos en esta misma colección por M. Á. Márquez Guerrero y G. Galán Vioque, *Dionisio de Halicarnaso. Sobre la composición literaria. Sobre Dinarco. Primera Carta a Ameo. Carta a Pompeyo Gémino. Segunda carta a Ameo*, Madrid, 2001, B. C. G. 287.

En cuanto a los pasajes de otros autores griegos que encontramos en los tratados de Dionisio, aunque hay excelentes traducciones en español, hemos decidido realizar una nueva por dos motivos principales: primero, porque el texto griego que ofrece Dionisio presenta siempre pequeñas variantes textuales con respecto a las lecturas que los códices de esos autores nos han transmitido, e incluso en Dionisio encontramos variantes textuales para un mismo pasaje que nos ofrezca en varios lugares, quizá porque suele citar de memoria; y, segundo, porque Dionisio quiere destacar ciertos aspectos formales que, lógicamente, el traductor nunca se propuso reflejar.

8. *Variantes textuales*

Se ha seguido para la presente traducción la edición de G. Aujac, de la que nos apartamos en lo siguientes pasajes:

G. Aujac	Lectura adoptada
Lis. 25, 12: ἀδελφὸς	«ἀδελφὸς (Nosotros)
Lis. 25, 13: «Καὶ	Καὶ (Nosotros)
Iseo 3, 6: ἐν τῷ ἰδίῳ χωρίῳ	ἐν παραδόξῳ χωρίῳ (Nosotros)
Dem. 1, 1: φογὼν δ' τόν ἀνθρ.	φυγὼν δ' τὸν ἀνθρ. (Demás editores)
Dem. 3, 4: ⟨ἐμπίπτειν συνεχῶς ἐᾶν εἰς⟩	⟨ἐμπίπτειν συνεχῶς εἰς⟩ (Nosotros)
Dem. 3, 4: γιγνώσκει εἰπεῖν	γιγνώσκει μὴ εἰπεῖν (Nosotros)
Dem. 3, 4: [ἐκείνων] τῆς ἡμετέρας γνώμης	ἐκείνων τῆς [ἡμετέρας] γνώμης (Nosotros)
Dem. 9, 12: λόγοις⟩ μὴ	λόγοις τὰ⟩ μὴ (Usher)
Dem. 12, 1, 6: ἦν ἡμῖν	ἦν ἡμῖν (Demás editores)
Dem. 12, 1, 8: εἷς μὲν αὐτῶν	εἷς μὲν αὐτῶν (Demás editores)
Dem. 25, 3: λοιπὸν ἦν	λοιπὸν ἦν (Demás editores)
Dem. 38, 5: ὁπότ' ἂν	ὁπότ' ἂν (Demás editores)

G. Aujac	Lectura adoptada
Dem. 39, 6: καὶ τοῦ καταλλήλου	μηδὲ ἀκατάλληλον (Z)
Dem. 47, 4: ἑκατέρᾳ σχηματιζόμενα	ἑκάτερα σχηματιζόμενα (Z)
Dem. 48, 8: τῆς τε ἐμμελείας	τὰς τε ἐμμελείας (Demás editores)
Dem. 54, 8: ⟨οὐ⟩ λείπεται	λείπεται (Códices)
Dem. 54, 8: μέρος. ⟨...⟩	μέρος. ⟨ἡδὺς λόγος...⟩ (Nosotros)
Dem. 54, 8: ἔνειμαν ἐν	ἅμα ἐν (Z)
Tuc. 5, 5: περιγαφήν	περιγραφήν (Demás editores)
Tuc. 23, 8: οὐδὲν [ἐν ταύταις]	οὐδ᾽ ἐν ταύταις (Nosotros)
Tuc. 41, 5: ἁμαρτάνουσαν	ἁμαρτάνουσαν (Demás editores)
Tuc. 48, 5, 78.1: τῇ ἐμῇ	τῇ ἐμῇ (Demás editores)
Im., *Fr.* 1: ἅ περ ... ἀπειργάσετο.	[ἅ περ ... ἀπειργάσετο.] (Nosotros)

BIBLIOGRAFÍA

J. W. H. Atkins, *Literary Criticism in Antiquity* II, Cambridge, 1934 (Londres, 1952).

G. Aujac, *Denys d'Halicarnasse. Opuscules rhétoriques* I-V, París, 1978-1992, col. «Les Belles Lettres».

V. Bécares Botas, *Diccionario de terminología gramatical griega*, Salamanca, 1985.

—, *Dionisio de Halicarnaso. Tres ensayos de crítica literaria*, (introducción y traducción de *Tucídides, La composición literaria* y *La imitación*) Madrid, 1992.

F. Blass, *Die attische Beredsamkeit* I-III, Leipzig, 1887-1898.

S. F. Bonner, «Dionysius of Halicarnassus and the peripatetic Mean of Style», *Classical Philology* 33 (1938), 257-266.

—, *The Literary Treatises of Dionysius of Halicarnassus. A Study in the Development of critical Method,* Estrasburgo, 1907 (Cambridge, 1939; Amsterdam, 1969).

G. Bowersock, *August and the Greek world,* Oxford, 1965.

S. Cagnazzi, «Politica e retorica nel preambolo del *Peri ton archaion rhetoron* de Dionigi di Alicarnasso», *RFIC* 109 (1981), 52-59.

P. Costil, *L'esthétique littéraire de Denys d'Halicarnasse*, París, 1949.

J. van W. Cronié, *Dionysius of Halicarnassus:* De Demosthene. *A critical Appraisal of the Status quaestionis*, Hildesheim, 1986.

J. D. Denniston, *Greek Literary Criticism*, Londres, 1924.

M. Egger, *Denys d'Halicarnasse. Essai sur la critique littéraire et la rhétorique chez les Grecs du siècle d'Auguste*, París, 1902.

G. Galán Vioque y M. A. Márquez Guerrero, *Dionisio de Halicarnaso. Sobre la composición literaria, Sobre Dinarco, Primera carta a Amero, Carta a Pompeyo Gémino, Segunda carta a Ameo* (introducción y traducción) Madrid, 2001, B. C. G. núm. 287.

U. Galli, «L'Opera retorica di Dionigi d'Alicarnasso», *Studi Ital. di Filol. Class.* 19 (1912), 237-273.

Th. Gelzer, «Klassizismus, Attizismus und Assianismus», *Entretiens Hardt* 25 (1979), 1-41.

G. P. Goold, «A Greek Professorial Circle», *Transactions of the American Philological Association* 92 (1961), 168-192.

G. M. A. Grube, *The Greek and Roman Critics*, Londres, 1965.

—, «Dionysius of Halicarnassus on Thucydides», *Phoenix* 4 (1950), 95-110.

Th. Hidber, *Das klassizistische Manifest des Dionys von Halikarnass: die Praefatio zu De Oratoribus Veteribus*, Stuttgart/Leipzig, 1996. Se compone de introducción, texto griego (sigue la edición de Usener-Radermacher, sin ofrecer aparato crítico), traducción y comentario del *Sobre los oradores antiguos*.

A. Hurts, «Un critique grec dans la Rome d'Auguste: Denys d'Halicarnasse», *ANRW* 30 (1982), 839-865.

E. Kalinka, «Die Arbeitsweise des Rhetors Dionys», *Wiener Studien* 43 (1924), 157-168; y 44 (1925), 46-68.

G. A. Kennedy, *The Art of Persuasion in Greece*, Princeton, 1963.

—, *The Art of Rhetoric in the Roman World 300 B.C. – A.D. 300*, Princeton, 1972.

—, *A new History of Classical Rhetoric. An extensive Revision and Abridgment of The Art of Persuasion in Greece, The Art of Rhetoric in the Roman World...*, Princeton, 1994.

H. Koller, *Die Mimesis in der Antike*, Berna, 1954.

R. KREMER, *Über das rhetorische System des Dionys von Halikarnass*, Estrasburgo, 1907.

H. LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft.* (3 vols.), Múnich, 1960; trad. esp. de J. PÉREZ RIESCO, *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, Madrid, 1966-1969.

J. F. LOCKWOOD, «The Metaphorical Terminology of Dionysius of Halicarnassus», *Classical Quarterly* 31 (1937), 192-203.

A. LÓPEZ EIRE, *Poéticas y retóricas griegas*, Madrid, 2002.

E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, Leipzig-Berlín, 1923.

G. PAVANO, *Dionisio d'Alicarnasso. Saggio su Tucidide*, Palermo, 1958.

—, «Sulla cronologia degli scritti retorici di Dionisio d'Alicarnasso», *Atti dell'Academia di Scienze, Lettere e Arti di Palermo* 4 (1942), 211-363.

E. PERNOT, *La Rhétorique dans l'Antiquité*, París, 2000.

D. PLÁCIDO, *Dionisio de Halicarnaso. Historia antigua de Roma* I, «Introducción», Madrid, 1984, B. C. G. 73.

W. PRITCHETT, *Dionysius of Halicarnassus: On Thucydides*, Berkeley, 1975 (traducción y comentario).

W. RHYS ROBERTS, *Greek Rhetoric and Literary Criticism*, Londres, 1928.

—, «The Literary Circle of Dionysius of Halicarnassus», *Classical Review* 14 (1900), 439-442.

D. A. RUSSELL, *Criticism in Antiquity*, Londres, 1981.

D. M. SCHENKEVELD, «Theories of evaluation in the rhetorical treatises of Dionysius of Halicarnassus», *Mus. Phil. Lond.* 93 (1971), I 93-107.

—, «Linguistic Theories in the Rhetorical Works of Dionysius of Halicarnassus», *Glotta* 61 (1983), 67-94.

L. SPENGEL, *Rhetores Graeci*, Leipzig, 1853-1856 (1965).

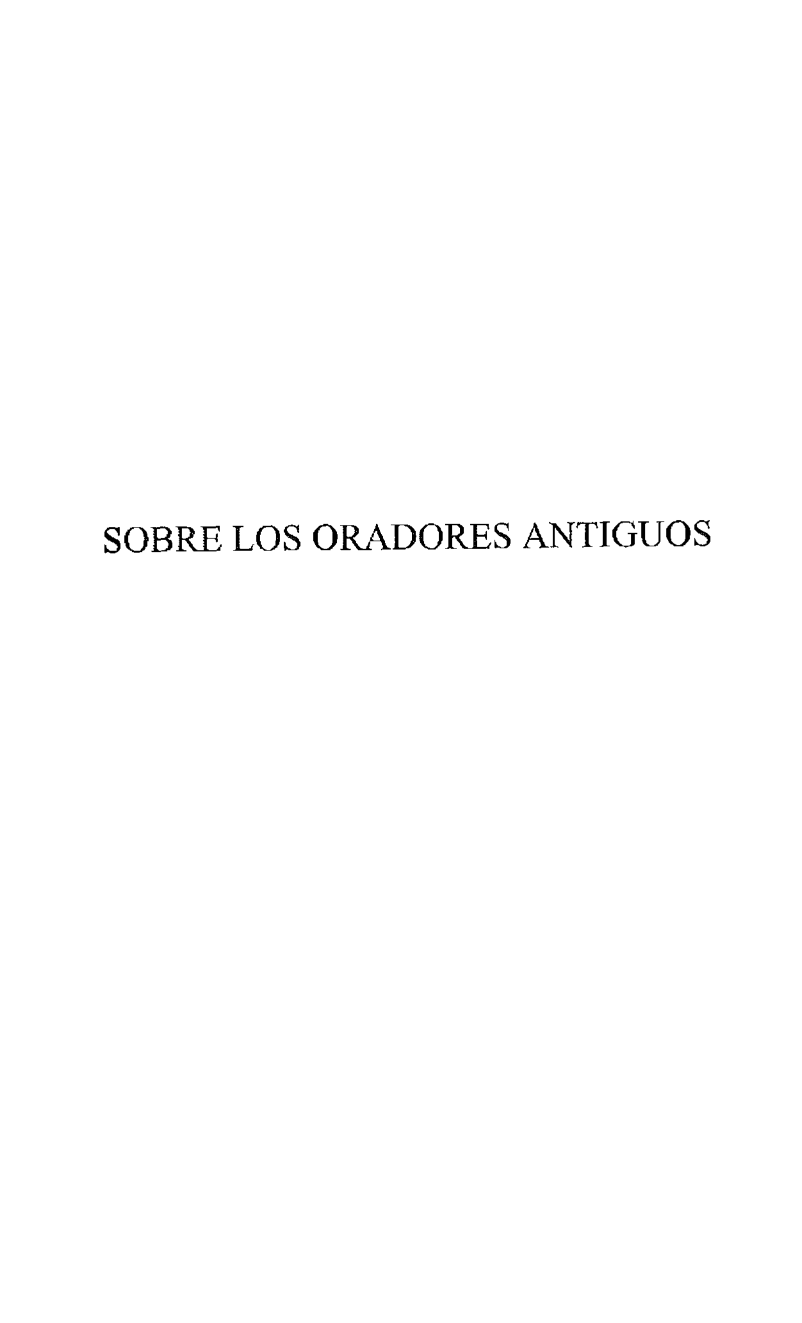
M. UNTERSTEINER, «Dionisio di Alicarnasso fondatore della critica pseudoepigrafica», *Anales de Filología Clásica* 7 (1959), 72-93.

H. USENER, L. RADERMACHER, *Dionysii Halicarnasei quae extant opuscula* V-VI, Leipzig, 1899 (Stuttgart, 1965), col. «B. G. Teubner».

S. USHER, *Dionysius of Halicarnassus. The critical Essays* I-II, Londres, 1974 y 1985, col. «Loeb».

—, «The style of Dionysius of Halicarnassus in the *'Antiquitates Romanae'*», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II 30, 1, Berlín, W. de Gruyter, 1982, 817-838.

J. WISSE, «Greeks, Romans, and the Rise of Atticism», en J. G. J ABBENES, S. R. SLINGS, I. SLUITER (eds.), *Greek Literary Theory after Aristotle*, Amsterdam, 1995, págs. 65-82.



SOBRE LOS ORADORES ANTIGUOS

SINOPSIS

Dionisio de Halicarnaso compuso este breve tratado como preámbulo al *Sobre los oradores áticos*, cuando decidió publicar juntos los tratados *Sobre Lisias, Sobre Isócrates* y *Sobre Iseo;* aunque colocado al principio, lo escribió después del *Sobre Iseo* (véase Introducción, apartado 3.). Fue entonces cuando concibió un plan más ambicioso: estos tres tratados constituirían un primer tomo, al que seguiría un segundo tomo, el *Sobre los oradores áticos* II, que incluiría otros tres tratados sobre sendos oradores de la siguiente generación: el *Sobre Demóstenes* y dos que no llegó a escribir, el *Sobre Hiperides* y el *Sobre Esquines;* después pensaba redactar también otra obra dedicada a los historiadores, de la que sólo escribió el tratado *Sobre Tucídides*.

El *Sobre los oradores antiguos* pertenece a su primera época, cuando comienza a tomar posiciones en sus gustos literarios y a polemizar con seguidores de otras corrientes literarias y filosóficas: aquí se declara partidario del aticismo y del modelo de oratoria política que proponía Isócrates (véase Introducción, apartado 1.). Identifica, con un ejemplo que recuerda al mito de Heracles en la encrucijada, el aticismo o antigua Musa ática con la mujer honrada que se viste con sencillez, y el asianismo con la mujer vacía e insensata que se embellece con lujosas galas (§ 1, 5-6).

Reniega de su patria, la Caria (§ 1, 7), y elogia a la ciudad de Roma, pues ve cómo los antiguos gustos literarios de la Grecia clásica se imponen en todo el Imperio, bien fuera por imitación de

lo que ocurría ya en Roma bien fuera «por imposición» de los gobernantes romanos (§ 3, 1). El estudio de Th. Hidber *(Das klassizistische Manifest...)* ha puesto de actualidad este opúsculo de Dionisio, aunque sus conclusiones acerca del aticismo y la actitud de Dionisio ante Roma han sido muy contestadas.

Este breve preámbulo es, pues, una declaración de principios —políticos y literarios— y un avance provisional de sus proyectos como crítico literario, con una estructura muy simple:

1. Defensa de la oratoria filosófica frente a la nueva oratoria venida de Asia Menor: aticismo frente a asianismo (§§ 1 - 2).
2. Alabanza a Roma y a sus gobernantes por imponer los antiguos gustos literarios (§ 3).
3. Plan de la obra sobre los oradores e historiadores griegos de la antigüedad (§ 4).

SOBRE LOS ORADORES ANTIGUOS

Prólogo

Muchas gracias había que dar a nuestra época[1], excelentísimo Ameo[2], porque algunos géneros literarios se ejerciten hoy día con más belleza que antaño; y, sobre todo, porque el estudio del discurso público[3] haya hecho un progreso muy positivo y no pequeño. En efecto, a lo largo de los siglos prece- 1 2

[1] La estancia de Dionisio en Roma se extiende desde el año 30 al 8 a. C.; esto es, coincide con los primeros años del reinado de Augusto. Dionisio, pues, comienza con un elogio de la nueva etapa imperial; pero este encomio tácito a Augusto no es solo un acto de obligada cortesía política, sino un reconocimiento de gratitud hacia la ciudad que tantos beneficios le dio y en donde triunfaban los gustos literarios que él defendía (cf. *Hist. Rom.* I 6, 5).

[2] Personaje desconocido a quien dedica todo su extenso trabajo *Sobre los oradores áticos (= Or. ant., Lis., Isóc., Iseo* y también el *Dem.*; cf. ibidem §§ 13, 4 y 7, y especialmente 49, 2; 58, 5); también le dedicará dos cartas *(Pr. Ameo* y *Seg. Ameo;* véase la Introducción, apartado 1.).

[3] El término *politikoì lógoi* es de gran complejidad (remitimos a la extensa n. *ad locum* de G. Aujac); pero, simplificando, podemos decir que se alude con él a todo discurso público de interés general, sinónimo de «oratoria», por oposición a *idiōtikoì lógoi,* discursos de interés privado y sin valor literario (cf. *Dem.* 13, 4; 56, 4): eran discursos improvisados entre familiares y amigos o sobre asuntos judiciales de poca importancia

dentes la antigua oratoria filosófica[4] se desvanecía, injuriada y víctima de terribles ultrajes: tras la muerte de Alejandro de Macedonia comenzó a desinflarse y a extinguirse lentamente, y poco faltó para que en nuestros días llegase a su
3 definitiva desaparición[5]. Otra clase de oratoria[6] ocupó su lugar. Pero ésta, imposible de soportar por su teatralidad

---

(como ejemplo, cf. LONGO, *Dafnis y Cloe* II 15, 2-3; 16, 1-3). Dentro de los *politikoì lógoi* podemos distinguir los tres géneros tradicionales: el género judicial *(dikanikòn génos)*, el deliberativo *(symbouleutikòn* o *dēmēgorikòn génos)* y el epidíctico o de aparato *(epideiktikòn génos)*. Pero también con el término *politikoì lógoi* se alude a los «discursos ficticios», esto es, aquellos que nunca fueron pronunciados realmente ante un público, por oposición a los que sí lo fueron, los denominados «discursos verdaderos» pronunciados en debates reales *(alēthinoì agônes;* cf. *Lis.* 6, 1 y 3; *Dem.* 30, 3; etc.). Así pues, *politikoì lógoi* son los discursos que encontramos en las obras de autores como Platón (cf. *Dem.* 23, 10 ss.), Heródoto (cf. *Dem.* 41, 4), Tucídides, etc.; e incluso en oradores como Isócrates, que nunca habló en público (cf. *Isóc.* 1, 2-3).

[4] La oratoria filosófica, sinónimo de filosofía política (cf. *infra* § 4, 2 y n.), era la clase de oratoria que enseñó Isócrates y con la que DIONISIO se identifica plenamente en esta primera etapa (cf. *Isóc.* 4, 4 ss.; véase también la Introducción, apartado 1.).

[5] Efectivamente, con la muerte de Alejandro Magno acaba el gran esplendor de la literatura clásica en todos los géneros. En cuanto a la retórica, Demóstenes, el mejor orador griego, murió en el 322 a. C., un año después de Alejandro; Esquines murió en el exilio algo más tarde, hacia el 314; y Dinarco, el último de los grandes oradores, murió hacia el 290 a. C. Después de Alejandro la oratoria griega entra en un gran declive y no hay figuras destacadas hasta la segunda sofística. Entre Esquines y Nicetes de Esmirna, contemporáneo de Nerón, ¡casi cuatro siglos!, FILÓSTRATO sólo cita de pasada a tres: Ariobarzanes de Cilicia, Jenofrón de Sicilia y Pitágoras de Cirene (cf. *Vida de los sofistas* 511). A esta brevísima lista sólo habría que añadir a Hegesias de Magnesia, máximo representante del asianismo (véase la Introducción, apartado 1.), a Hermágoras de Temnos, a Apolonio Molón, a su maestro y paisano, Megacles de Alabanda, a Apolodoro de Pérgamo, a Teodoro de Gádara y a algún otro de los rétores que enseñaban en Roma (cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* III 1, 16; etc.).

[6] Se refiere a la corriente asianista (véase la Introducción, apartado 1).

desvergonzada, era grosera y no se ocupaba de la filosofía
ni de ninguna otra enseñanza noble, sino que tenía como fin
oculto engañar a la gente aprovechándose de su ignorancia.
Así, no solo vivía entre la abundancia y el lujo, con un aire 4
más fastuoso que la otra, sino que las magistraturas y el go-
bierno de las ciudades, aunque correspondían a la oratoria
filosófica, los tomaba para sí. Pero era vulgar y muy des-
agradable, y acabó por hacer a Grecia semejante a las casas
de esos hombres licenciosos y perversos. Pues igual que en 5
tales casas la esposa, noble y sensata, no es dueña de ningu-
no de sus propios bienes, sino que el honor de administrar
toda la hacienda ha recaído en una amante insensata, que es-
tá allí para perdición del hogar e injuria y amenaza a la
otra[7], del mismo modo la antigua y autóctona Musa[8] ática 6
adquirió en cada ciudad, pero sobre todo en las de mayor
nivel cultural —esta fue la peor de las desgracias—, una fi-
gura innoble y quedó despojada de sus mejores galas. Entre 7
tanto, la que llegó ayer o anteayer de los lugares más extra-
ños de Asia, ya fuera misia, frigia o cualquier adefesio de

---

[7] Este símil de las dos mujeres recuerda el célebre mito de Heracles en la encrucijada que contó Pródico (cf. Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates* II 1, 21-33).

[8] Esta referencia a la Musa ática justifica la prosopopeya del pasaje. Pero la única mención a la Musa ática la encontramos referida a Jenofonte, a quien llamaban la «Musa ática» por la dulzura de su expresión (cf. Diógenes Laercio, II 57). En efecto, ninguna de las nueve musas, cuyos nombres se remontan a Hesíodo (cf. *Teogonía* 77-78), se conocía con este nombre, y ninguna de ellas se ocupaba de la retórica. La atribución de un arte a cada musa era aún confusa e incompleta en tiempos de Platón (cf. *Fedro* 259c-d); e incluso a Horacio, un contemporáneo de Dionisio que, a la manera de Hesíodo, se declara «sacerdote» de las musas (cf. *Odas* III 1), unas veces le inspira Melpómene (cf. *Odas* I 24; etc.), otras Clío (cf. *Odas* I 12), otras Calíope (cf. *Odas* III 4) y otras Euterpe y Polimnia (cf. *Odas* I 1).

Caria[9], se atribuía el honor de dirigir las ciudades griegas tras expulsar de la actividad pública a la otra: ¡Sí, la ignorante e irreflexiva expulsó a la que era filósofa y sensata!

2 Pero no solo, como dice Píndaro[10], *de los hombres justos el tiempo es su más excelso salvador*[11], sino también, ¡por Zeus!, de las artes, de las letras y de todas las demás
2 ocupaciones importantes. Nuestra época lo ha demostrado, bien por imperativo de algún dios, bien porque el período cíclico natural ha vuelto a su primitiva posición[12] o bien porque algún impulso humano empuja a la mayoría de los hombres a las mismas metas[13]. Pues ha sido nuestra época

[9] Regiones de Asia Menor muy atrasadas culturalmente en las que el asianismo tenía una preponderancia absoluta (cf. § 2, 4). Curiosamente la patria de Dionisio, Halicarnaso, ciudad griega enclavada en la antigua Jonia, se convirtió en la capital de la Caria cuando el sátrapa Mausolo trasladó allí la capital de su reino; después la Caria y Halicarnaso pasaron a formar parte del reino de los Ptolomeos y finalmente de Roma. Pero Dionisio reniega de la Caria y se considera tan griego y tan jonio como su paisano Heródoto. Con esta alusión al mal gusto imperante en Misia, Frigia y Caria Dionisio parece estar parafraseando a CICERÓN (cf. *El orador* 25).

[10] Píndaro, poeta lírico de Tebas (c. 518 - 436 a. C.), compuso hermosos epinicios a los campeones de los juegos atléticos, cantos corales, etc. En cuanto a la opinión de DION. HALIC. sobre su estilo cf. *Dem.* 7, 7; 26, 3-4; 39, 7; *Comp.* 22, 10 ss.; *Im.* 2, 5-6.

[11] PÍNDARO, *Fr.* 159 SNELL.

[12] La teoría de una regeneración cíclica del mundo y de la historia es reflejo de la vieja creencia en la conflagración universal, *ekpýrōsis*, y en un posterior renacimiento del mundo, *palingenesía*. Se remonta a EMPÉDOCLES, que habla de una doble generación *(génesis)* y una doble desaparición *(apóleipsis;* cf. *Frs.* 17 y 35 DK); también fue defendida por HERÁCLITO (cf. *Frs.* 30, 31 y 65 DK; ARISTÓTELES, *Acerca del cielo* 279b16), los pitagóricos (cf. *Fr.* 14.1 DK; PLATÓN, *Político* 269c-d), los estoicos (cf. EPICTETO, III 13, 4; MARCO AURELIO, X 7; XI 1; etc.) e incluso por Epicuro (cf. DIÓGENES LAERCIO, X 73).

[13] Dionisio alude a los cambios en los gustos literarios impuestos por personas relevantes, en este caso los magistrados romanos. Así pues, tres

quien ha permitido a la antigua y prudente retórica recuperar el justo prestigio del que ya antes gozaba merecidamente, mientras impedía a la nueva e insensata retórica recoger el fruto de una gloria que no le correspondía y gozar de bienes ajenos.

Pero quizá no sería justo alabar por este solo hecho a 3 nuestro tiempo y a los hombres que se asocian para practicar la filosofía[14], pues ellos fueron los primeros en dar a lo que es mejor un puesto más honorable que a lo que es inferior (con razón dice el refrán que *el que comienza un trabajo tiene ya hecha la mitad de él*[15]), sino también porque nuestro tiempo fue la causa de que este cambio fuera rápido y el progreso grande. Pues, salvo algunas ciudades de Asia en 4 las que el aprendizaje de las cosas bellas resulta lento por la incultura, las demás han dejado de apreciar los discursos vulgares, fríos e insulsos. Y los que antes tenían un alto 5 concepto de ellos ahora se avergüenzan y se pasan poco a poco al bando contrario, excepto algunos que ya no tienen remedio. Y es que los que últimamente eligen el estudio de

---

son las posibles causas de este cambio: una divina, otra natural y otra humana.

[14] Los filósofos, a diferencia de los oradores, se agrupan en escuelas para practicar la filosofía. Aquí parece referirse a los estoicos, la escuela con la que Dionisio parece identificarse más (véase la Introducción, apartado 1.).

[15] Aforismo griego que se encuentra por primera vez en Platón, que a su vez atribuye a Hesíodo (cf. Hesíodo, *Trabajos y días* 40; Platón, *Leyes* 690e y 753e; *República* 377a; véase también Aristóteles, *Política* 1303b 29; Demetrio, *Sobre el estilo* 122; Luciano, *Hermotimo* 3; y otros muchos autores como Plutarco, Filón, Galeno, Polibio, etc.); Jámblico, sin embargo, la atribuía al propio Pitágoras (cf. *Vida de Pitágoras* 29, 162). En latín se decía «*Dimidium facti, qui coepit, habet*» (cf. Horacio, *Epístolas* I 2, 40). El refrán castizo equivalente, tal como lo dice Cervantes, sería «El comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas» (cf. Cervantes, *Don Quijote* II 41).

la oratoria desprecian esa clase de discursos y se burlan de su seriedad.

3 Creo que la causa y el origen de tan gran cambio fueron la todopoderosa Roma —al obligar a toda la población de las ciudades a fijar en ella la mirada— y sus gobernantes, que administran los asuntos públicos según la virtud y con los más elevados fines y demuestran en la emisión de las sentencias haber recibido una excelente educación y poseer un noble carácter. Así, la parte juiciosa de la ciudad, dirigida por ellos, ha ido adquiriendo cada vez mayor pujanza, mientras la parte insensata ha sido obligada a comportarse
2 con sensatez. Hoy, por ejemplo, se escriben muchos libros de historia[16] que merecen nuestra atención, y se publican muchos discursos amenos[17] y tratados filosóficos[18] no desdeñables, ¡por Zeus!, y otros muchos escritos hermosos que, gracias al extremado celo que griegos y romanos ponen en ellos, han progresado y, como es natural, seguirán progre-
3 sando. No me extrañaría que, habiéndose producido tan gran cambio en este breve tiempo, aquel fervor por los discursos

---

[16] El propio Dionisio es autor de una importante y voluminosa historia sobre la Roma antigua y se había documentado muy bien sobre el tema (véase la Introducción, apartado 1.). Contemporáneo suyo fue el historiador y geógrafo Estrabón. Pero es digno de notar la escasez de figuras importantes en la literatura griega, mientras la Roma de Augusto está en plena edad de oro: Propercio, Virgilio, Horacio, Tibulo, Ovido, Tito Livio, etc.

[17] Una y otra vez Dionisio califica los discursos asianistas como «vulgares, cargantes» *(phortikoí)*, mientras que los aticistas son «amenos, agradables» *(charíentes)*. Sin embargo, no hay buenos oradores griegos en esta época: es necesario esperar a la segunda sofística.

[18] No hay grandes figuras griegas en el campo de la filosofía que sean contemporáneas de Dionisio. Y, puesto que polemizó contra epicúreos y peripatéticos (véase la Introducción, apartado 1.), solo podría referirse al estoico Posidonio de Apamea (Siria), aunque este habría muerto unos años antes de la llegada de Dionisio a Roma.

absurdos no se prolongue más allá de una generación: si lo que tenía la supremacía se ha convertido en algo insignificante, es fácil que lo insignificante acabe en la nada.

Pero dejaré ya de dar gracias a la época que hace posible 4
este cambio de situación, de alabar a los que saben elegir lo mejor, de hacer conjeturas sobre el futuro a partir del pasado y todas las cosas semejantes a estas que cualquier otro podría decir. Mi intención es hablar de aquellos asuntos gracias a las cuales lo mejor pueda alcanzar aún más pujanza, eligiendo para mi estudio un tema que despierte el interés común, que sea beneficioso para todos los hombres[19] y capaz de procurar el máximo provecho.

Éste es: «Quiénes son los oradores y los historiadores 2
más importantes de la antigüedad, cuáles fueron sus preferencias en la vida y en los discursos y qué hay que tomar y qué evitar de cada uno». ¡Bello objeto de estudio y muy necesario para los que se ejercitan en la filosofía política[20]! Pero, ¡por Zeus!, en modo alguno frecuente ni trillado por
los tratadistas anteriores. Al menos yo no sé de ningún es- 3
crito de tales características, aunque he llevado a cabo una larga investigación sobre el asunto[21]. Sin embargo, no lo

---

[19] El término griego es *philánthrōpos*, «filantrópico», que tiene un marcado carácter estoico. Por lo demás, estas palabras sobre la elección del tema recuerdan a las que Dionisio escribe a propósito de su obra sobre la historia de Roma (cf. *Hist. Rom.* I 2, 1).

[20] Dionisio escribió con este mismo título un tratado, *En defensa de la filosofía política* (cf. *Tuc.* 2, 3), en el que defendía el concepto isocrático de oratoria (véase la Introducción, apartado 1). Este término griego, «*politikḕ philosophía*», también lo encontramos en su contemporáneo Estrabón, I 1, 18; pero otras veces Dionisio la llama «verdadera filosofía» (cf. *Isóc.* 4, 4) o también «oratoria filosófica» (en griego «*philósophos rhētorikḗ*»; cf. supra § 1, 2; *Pomp.* 6, 5).

[21] Sobre la originalidad de Dionisio al analizar el estilo de los oradores véase la Introducción, apartado 5.

afirmo por saberlo con toda evidencia, pues tal vez existan
algunos tratados de este género que se me hayan escapado.
Además, sería muy presuntuoso, y casi rayano en la locura,
ponerse uno mismo como árbitro de la historicidad de cada
cuestión y declarar que no ha sucedido algo que es posible
4 que haya sucedido. Sobre todo esto, como decía, nada puedo
asegurar.

Pero, como hay muchos buenos oradores e historiadores
dignos de estudio, renunciaré a escribir sobre todos ellos,
pues veo que se requeriría una obra muy voluminosa. Elegi-
ré sólo a los más interesantes y hablaré de cada uno de ellos
por orden cronológico: ahora sobre los oradores y, si ha lu-
5 gar, también sobre los historiadores. Los oradores seleccio-
nados serán tres de los más antiguos —Lisias[22], Isócrates[23]
e Iseo[24]— y tres que florecieron en la generación siguiente
—Demóstenes[25], Hiperides[26] y Esquines[27]—. Ellos son, a
mi juicio, superiores a los demás. En consecuencia, el estu-

[22] Véase la Sinopsis al tratado *Lis.*

[23] Véase la Sinopsis al tratado *Isóc.*

[24] Véase la Sinopsis al tratado *Iseo.*

[25] Véase la Sinopsis al tratado *Dem.*

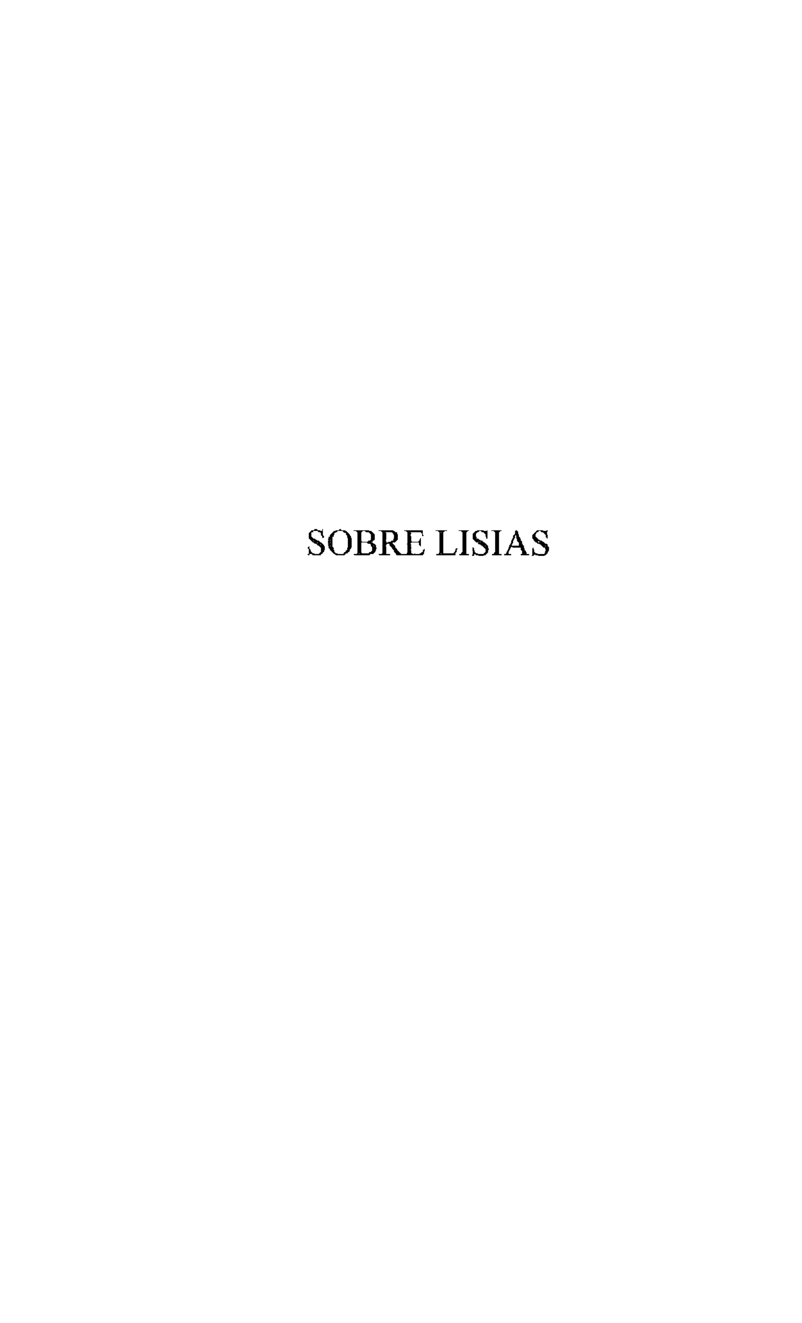
[26] Político y orador ateniense (c. 390 – 322 a. C.), incluido en el canon de los diez oradores áticos. Desgraciadamente su obra la conocemos por restos papiráceos. Dionisio no llegó a escribir el tratado sobre él (véase Introducción, apartado 3), pero si unas líneas muy elogiosas en el *Im.* 5, 6.

[27] Orador ateniense (c. 389-322 a. C.) del que conservamos tres discursos completos y doce cartas espurias. Defendió la causa de Filipo y fue rival irreconciliable de Demóstenes, que consiguió enviarlo al exilio. Dionisio le concede el segundo puesto en la oratoria, pero en la cabeza de un pelotón muy alejado de Demóstenes (cf. *Dem.* 35, 3). Dionisio tampoco llegó a escribir el tratado sobre este orador (véase Introducción, apartado 3.), aunque sí conservamos unas breves líneas sobre su estilo (cf. *Im.* 5, 5).

dio será dividido en dos secciones[28] y se comenzará con la que se ha dedicado a los más antiguos.

Dichas estas advertencias, es el momento de volver sobre el asunto propuesto. 6

[28] La primera sección lleva el título de *Sobre los oradores áticos* I, compuesta por los tratados dedicados a tres oradores de la primera generación, el *Lis.*, el *Isóc.* y el *Iseo*. La segunda sección es el tratado *Sobre los oradores áticos* II, dedicada a tres oradores de la siguiente generación, Demóstenes, Hiperides y Esquines; pero sólo escribirá el *Dem.*, y de este tratado sólo pertenece a esta sección la primera parte (§§ 1 - 33 = *Demóstenes*-1), pues el texto siguiente (§§ 34 - 58 = *Demóstenes*-2), es un tratado que Dionisio escribió mucho más tarde. En cuanto a los historiadores sólo redactó el *Tuc.* (véase la Introducción, apartado 3).



SOBRE LISIAS

SINOPSIS

Lisias (Atenas, c. 458-380 a. C.) era hijo de Céfalo, un acaudalado meteco originario de Sicilia, amigo de Sócrates y Pericles. A los quince años Lisias marcha a Turios (Magna Grecia), donde se forma como orador. Tras el desastre de Sicilia es expulsado de Turios, como todos los atenienses, y de nuevo regresa a Atenas cuando contaba cuarenta y seis años. Allí se dedicó a impartir clases de retórica y a escribir discursos de diverso género, como el discurso sobre el amor que en el *Fedro* platónico comentan Sócrates y Fedro. Pero de nuevo se vio obligado a abandonar Atenas durante la tiranía de los Treinta, hasta que, restaurada de nuevo la democracia, vuelve del exilio y consigue por breve tiempo la ciudadanía. Denuncia entonces a Eratóstenes por el asesinato de su hermano Polemarco: quizá fue el único discurso que pronunció, y probablemente sin éxito; no obstante, consigue con él gran fama como orador y se dedica desde entonces a escribir discursos para otros, convirtiéndose en el más reputado *logógrafo* de Atenas. Conservamos treinta y cinco discursos de los cuatrocientos veinticinco que se le atribuían, casi todos judiciales, aunque solo doscientos treinta y tres serían suyos; y se decía que perdió sólo dos procesos (cf. § 17, 7; Ps.-Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 836A). Para más detalles sobre Lisias remitimos a la introducción, traducción y notas de J. L. Calvo Martínez, *Lisias* I y II, Madrid, 1988-1995, núms. 122 y 209 en esta misma colección.

El primero que hizo una crítica de Lisias, entre palos y alabanzas, fue Platón, que elogia de su estilo la elección de las palabras,

la capacidad de agradar y el que cada enunciado esté bien pulido y expresado con claridad, densidad y exactitud; pero le reprocha defectos en la organización del discurso y en la invención, pues Lisias se repite, deja cosas por decir, dice otras que son simples puerilidades y, en resumen, posee un estilo humilde; además Platón tampoco está de acuerdo con el contenido y, por si fuera poco, lo considera muy inferior al joven Isócrates (cf. *Fedro* 234c-e, 257c, 264b y 278e). Aristóteles cita dos pasajes de Lisias, aunque no se digna a nombrarlo (cf. *Retórica* 1399b 16 y, como broche final, el último párrafo de la *Retórica*, que son las mismas palabras con las que Lisias termina el discurso *Contra Eratóstenes*: *Retórica* 1420a 8 = *Contra Eratóstenes* XII 100); sin embargo, parece que Aristóteles sí nombró alguna vez a Lisias (cf. Cicerón, *Bruto* 48). Su discípulo Teofrasto mantiene esa opinión negativa y acusa a Lisias de artificiosidad, algo que Dionisio rechaza por basarse en un discurso que no era de Lisias (§ 14, 1-2). Frente a estos juicios negativos sobre Lisias se alza la voz de Cecilio de Caleacte, que ponía a Lisias por encima de todos los demás autores y lo consideraba superior a Platón en todo, quizá porque era el responsable de la mala opinión que muchos se habían formado sobre Lisias; pero recibió una réplica contundente de parte del Ps. Longino, que lo consideró muy inferior a Platón (cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 32, 8; 35, 1).

Dionisio sigue en este tratado la opinión de Cecilio, aunque luego la modificará y pondrá por delante de Lisias y de todos los demás prosistas a Demóstenes, coincidiendo así con Cicerón, que consideraba a Lisias un orador casi perfecto, solo superado por Demóstenes (cf. *Bruto* 35; *Sobre la mejor clase de oradores* 10). En opinión de Dionisio, Lisias posee el estilo ideal, pues su expresión reúne las principales virtudes: pureza, claridad, sencillez, gracia... Es el mejor de los prosistas griegos, o al menos ninguno le aventaja en las principales virtudes. Supera a Dinarco en gracia, persuasión, etc. (cf. *Din.* 7, 1-2); a Isócrates en el uso del lenguaje no figurado (§ 3, 10), y en la confrontación entre ambos se muestra superior (cf. *Isóc.* 11); también supera a Platón en pureza de lenguaje (§ 2, 1); a Tucídides en pureza de lenguaje (§ 2, 1), en clari-

dad (§ 4, 2) y en el uso del lenguaje no figurado (§ 3, 6-7); y a Demóstenes en claridad (§ 4, 2) y en la sencillez con que emplea la densidad (§ 6, 4). Lisias también es el mejor en el exordio, en la narración y en la argumentación (§§ 17 - 19). Pero la virtud característica y sobresaliente del estilo de Lisias es la gracia (§ 10, 3 ss.). Sin embargo, Lisias se muestra inferior a los demás en la distribución de las ideas (§ 15, 6) y a la hora de mostrar pasiones en los personajes o provocarlas en el público (§§ 13, 4; 19, 5-6); y en cuanto a los discursos no judiciales sólo es superado por Isócrates y Demóstenes (§ 28, 2). Más adelante es Demóstenes el que supera en todo a Lisias, incluso en la gracia (cf. *Dem.* 13, 7-8).

El esquema de este tratado, muy próximo al esquema ideal que ofrecíamos en la Introducción (apartado 4), es el siguiente:

1. Vida de Lisias (§ 1).
2. Virtudes de la expresión de Lisias (§§ 2 - 14):
   Pureza de lenguaje (§ 2), lenguaje no figurado (§ 3), claridad (§ 4, 1-3), concisión (§§ 4, 4 - 5, 2), densidad (§ 6), viveza en la descripción (§ 7), caracterización de los personajes (§ 8, 1-4), espontaneidad muy trabajada (§ 8, 5-7), adecuación (§ 9), credibilidad (§ 10, 1-2) y gracia (§§ 10, 3 – 13, 1); recapitulación de virtudes y defectos (§ 13, 2 - 5); réplica a Teofrasto (§ 14).
3. Virtudes en el tratamiento de los hechos (§ 15):
   a) La invención (§ 15, 1-3).
   b) La ordenación de las ideas (§15, 4).
4. Géneros del discurso y sus partes (§ 16 - 20):
   a) Géneros: judicial, deliberativo y epidíctico (§ 16, 1-3).
   b) Partes del discurso (§ 16, 4-5): exordio (§ 17), narración (§ 18), argumentación (§ 19, 1-5) y epílogo (§ 19, 6); ratificación sobre el estilo de Lisias (§ 20, 1).
6. El discurso judicial (§§ 20, 2 - 27, 29): Lisias, *Contra Diogitón.*
7. El discurso epidíctico (§§ 28 - 30): Lisias, *Discurso olímpico.*
8. El discurso deliberativo (§§ 31 - 33): Lisias, *Sobre la constitución.*
9. Fin del tratado para comenzar el *Isóc.* (§ 34).

SOBRE LISIAS

Vida de Lisias

1 Lisias, hijo de Céfalo[1], era de familia siracusana, pero nació en Atenas, donde su padre era meteco. Allí se educó con los más ilustres de los atenienses[2].
2 A los quince años navegaba con sus dos hermanos[3] a Turios[4] para incorporarse a la colonia que estaban fundando los atenienses y el resto de Grecia doce años antes de la guerra del Peloponeso[5]. En esa

[1] Céfalo, de origen siracusano, fue un acaudalado meteco que gozó de gran prestigio social en Atenas, amigo de Sócrates y Pericles. Sobre Céfalo y su familia véase, por ejemplo, Platón, *República* 328b ss.; Lisias, *Contra Eratóstenes* XII 4; y Ps. Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 835C-D.

[2] Su formación como orador la recibió más tarde de manos de Tisias de Siracusa (cf. Ps. Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 835D), maestro también de Isócrates (cf. *Isóc.* 1, 2 y n.).

[3] Polemarco y Eutidemo. Sobre el asesinato de Polemarco en el 404 a manos de los Treinta, véase Lisias, *Contra Eratóstenes* XII 16 ss.

[4] Esta colonia, situada en el sur de Italia junto a la antigua Síbaris, fue fundada por Atenas en el 443 a. C., con la cooperación de Mileto y Halicarnaso, para contrarrestar la influencia de los espartanos en la Magna Grecia. En su fundación participaron personajes ilustres: Protágoras, Heródoto, Empédocles, etc.

[5] La guerra del Peloponeso comenzó en el 431 a. C.

ciudad vivió y adquirió gran prosperidad como ciudadano,
hasta que sobrevino a los atenienses el desastre de Sicilia[6].
3 Después de aquella conmoción el pueblo se rebeló y Lisias,
acusado de favorecer la causa de Atenas, es expulsado junto
4 con otros trescientos. Así pues, regresa de nuevo a Atenas
durante el arcontado de Calias[7], cuando contaba cuarenta y
siete años —esta sería la edad más verosímil[8]—. Desde en-
tonces vivió y ejerció su actividad profesional en Atenas.
5 Escribió la mayoría de los discursos para los tribunales y pa-
ra las sesiones del Consejo y de la Asamblea, todos de exce-
lente composición; pero también compuso panegíricos, dis-
cursos amatorios y epistolares[9]. Con ellos borró la fama

---

[6] Se refiere a la expedición del año 413 que, al mando de Nicias y Alcibíades, acabó de forma tan desastrosa para Atenas (cf. Dion. Halic. *Tuc.* 18, 5; 26 ss.).

[7] El año 412-411.

[8] Dionisio no lo afirma con seguridad. Si Lisias contaba quince años cuando participó en la fundación de Turios, en el 443 a. C., debió de nacer hacia el 458; estos datos concuerdan además con las fechas de los arcontados de Calias (§ 1, 4) y Nicón (§ 12, 4). Pero esta datación ofrece algunos problemas, por lo que también se ha propuesto como fecha de nacimiento el 444 a. C. (véase J. L. Calvo Martínez, *Lisias* I, Madrid, 1988, págs. 10-18).

[9] Se distinguían tres géneros de discursos: el judicial *(dikanikós)*, el deliberativo *(symbouleutikós, dēmēgorikós)* y el epidíctico o de aparato *(epideiktikós)*, también llamado panegírico *(panēgyrikós)* y demostrativo (cf. § 16, 2; Aristóteles, *Retórica* 1358b 7-8). Casi todos los discursos conservados de Lisias pertenecen al género judicial. Del género deliberativo conservamos solamente uno, el XXXIV *(Sobre la constitución)*, gracias al propio Dionisio (= § 33). Y del género epidíctico dos: un epitafio, el II *(Discurso fúnebre)*, y un panegírico, el XXXIII *(Olímpico)*, conservado también gracias a Dionisio (= § 29). Al género epidíctico pertenecen también los discursos amatorios *(erōtikoì lógoi)*; el único de Lisias que conocemos es el que nos ha transmitido Platón, el XXXV *(Discurso amatorio)* (= *Fedro* 230e - 234c; y cf. Dion. Halic., *Dem.* 7), y quizá ésta sea la única noticia también para Dionisio. A este grupo pertenecerían también los *Discursos de cortesanas* que Dionisio cita más abajo (cf. § 3, 7).

tanto de los oradores que le habían precedido como la de sus
contemporáneos. Y, en cuanto a sus sucesores, no se dejó
sobrepasar por muchos, pues sobresalió en todas las clases
de discursos, incluso en las inferiores, ¡por Zeus!

Con qué estilo[10] escribe, qué virtudes ha aportado, en 6
qué es mejor que sus contemporáneos o dónde se muestra
inferior y qué hay que tomar de él, ahora ya intentaré explicarlo.

Primera virtud: pureza de lenguaje

Es muy puro[11] en el lenguaje: el 2
mejor modelo del dialecto ático; pero
no del arcaico que utilizaban Platón[12]
y Tucídides[13], sino del que se hablaba
en su tiempo, según se puede deducir
por los discursos de Andócides[14], de Critias[15] y de muchísimos otros.
En este apartado, que precisamente es el prime- 2
ro y más importante en un discurso —me refiero a la pureza

---

[10] El término griego aquí utilizado, *charaktḗr,* «marca impresa» que distingue a un objeto o persona, se emplea para referirse al estilo particular de un autor, mientras que *léxis* se dice de la clase de estilo que un autor utiliza en una obra determinada o en un pasaje (véase Introducción, apartado 4).

[11] Sobre la «pureza» en el lenguaje *(katharótēs)* y la «escrupulosidad» dialectal *(akríbeia),* véase *infra* § 13, 2 y n.

[12] Sobre la opinión desfavorable que Dionisio tenía del estilo de Platón, cf. *Dem.* 5, 1 ss.; 23, 1 ss.

[13] Véase la Sinopsis que hemos antepuesto al tratado *Tuc.*

[14] Andócides, orador ateniense del s. V-IV a. C., algo más joven que Lisias, fue uno de los diez oradores áticos. Conservamos de él sólo tres discursos.

[15] Critias de Atenas *(c.* 460-403), tío de Platón, fue uno de los Treinta tiranos y responsable de la muerte del orador Terámenes (cf. *Isóc.* 1, 2 y n.). Es autor de tragedias, poeta y orador; pero solo conservamos algunos fragmentos. Su estilo era elevado sin caer en lo poético, conciso y asindético (cf. FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* 501-503).

del dialecto—, ninguno de los oradores posteriores le superó: muchos ni siquiera fueron capaces de imitarlo, con la sola excepción de Isócrates[16]. A mí al menos este me parece, junto con Lisias, el más puro de todos en el empleo de
3 las palabras. Si tuviera que elegir una sola virtud, esa sería la que encuentro en nuestro orador digna de ser emulada e imitada; y aconsejaría a los que quieran hablar o escribir en un ático puro que tengan a nuestro hombre como paradigma de esta virtud.

Segunda virtud: lenguaje no figurado

3 Hay otra segunda virtud, y no inferior a esta, que muchos de sus contemporáneos trataron de emular; pero nadie la empleó con mayor dominio. ¿Cuál es esa virtud? La de saber expresar los pensamientos utilizando palabras comunes y corrientes con su significado propio[17]: muy rara vez podría
2 uno encontrar a Lisias recurriendo al lenguaje figurado. No solo es digno de alabanza por esto, sino también porque, utilizando los vocablos más comunes y sin acudir a los recursos poéticos, logra que los hechos adquieran un aspecto grave, distinguido e importante.

3 Sin embargo, no era ese el gusto de sus predecesores[18], pues, para añadir cierto ornato al discurso, forzaban la lengua habitual y caían en el lenguaje poético: utilizaban muchas metáforas, hipérboles y demás figuras de dicción e im-

---

[16] Cf. *Isóc.* 2, 1.

[17] El buen orador, además de ceñirse a la lengua ática, debía recurrir sólo a las palabras «comunes y corrientes» *(koinós):* sin arcaísmos, sin neologismos, sin vocablos cultos o poéticos, etc. Y además debía utilizarlas con su «significado propio y habitual» *(kýrios):* esto es, sin recurrir a los giros del lenguaje «figurado» *(tropikḗ)*, que es propio de la lengua poética.

[18] Dionisio alude a Protágoras, Pródico... y, sobre todo, a Gorgias (véase *infra).*

presionaban al hombre corriente introduciendo palabras dia-
lectales y extranjeras y expresiones inusitadas, conseguidas
mediante alteraciones e innovaciones en las formas de ex-
presión habituales. Esto es evidente en Gorgias de Leonti- 4
nos[19], que, al emplear a menudo una ornamentación muy
cargante y ampulosa, hace que muchos pasajes no *suenen
muy diferente de algunos ditirambos*[20]. Entre sus discípulos
también escribieron así los seguidores de Licimnio y Polo[21].

El lenguaje poético y figurado se impuso también entre 5
los oradores atenienses y, según afirma Timeo[22], comenzó
con Gorgias, cuando vino como embajador a Atenas e im-
presionó al auditorio con su discurso ante la Asamblea. Pero

---

[19] Gorgias de Leontinos, Sicilia, (*c.* 483-376), orador y sofista, llegó a Atenas en el año 427 a. C. como embajador de su ciudad, en guerra entonces contra Siracusa, para pedir auxilio a los atenienses. Su discurso causó una profunda impresión en los atenienses (cf. § 3, 5; *Tuc.* 48, 1 y n. a «Leontinos»; Platón, *Hipias mayor* 282b; Diodoro de Sicilia, XII 53). Sólo conservamos de él dos discursos, el *Elogio de Helena* y la *Defensa de Palamedes.* Sobre la opinión tan negativa que Dionisio tenía del estilo de Gorgias, véase también *Isóc.* 1, 4; *Iseo* 19, 2; *Dem.* 1, 1; *Tuc.* 24, 9; 46, 2; *Im.*, *Frs.* 4-5; etc.).

[20] Palabras tomadas de Platón, *Fedro* 238d. El ditirambo, que en un principio era un himno en honor de Dioniso y se cantaba con mímica y acompañándose de la cítara (cf. Heródoto, I 23), fue quizá la base de la tragedia. Finalmente quedó como una composición entusiasta, de metro variado y recursos efectistas y artificiosos (cf. *Comp.* 19, 8). Para Dionisio el peor estilo es el que se parece a los ditirambos (cf. *Dem.* 6, 3-4; *Tuc.* 29, 4; *Im.*, *Fr.* 4; etc.).

[21] Licimnio de Quíos (s. v a. C.), maestro de Polo, fue orador y autor de ditirambos y de un *Arte retórica* (cf. Aristóteles, *Retórica* 1413b14; 1414b18). Polo de Agrigento, Sicilia, (s. v-iv) fue uno de los interlocutores del *Gorgias* platónico, discípulo de Licimnio y de Gorgias. Licimnio y Polo aparecen citados juntos en el *Fedro* (267b-c). No conservamos nada de sus obras.

[22] *FGrH* 566, 137 Jacoby. Timeo de Tauromenio, Sicilia, (*c.* 450-360 a. C.) fue historiador y discípulo de Filisco de Mileto, uno de los alumnos de Isócrates (cf. *Din.* 8, 4; Diodoro de Sicilia, XII, 53, 2-5).

lo cierto es que ese estilo, de algún modo, ya era admirado
6 antes. Por ejemplo, Tucídides, el más genial de los historiadores, utilizó recursos poéticos en el discurso fúnebre y en las arengas[23], y alteró en muchas ocasiones el modo de la expresión para caer en la ampulosidad, a la vez que adornaba el discurso con los más extraños vocablos.

7 Lisias no practicó nada de esto, al menos en sus escritos serios —los discursos judiciales y deliberativos—, aunque tal vez sí en los panegíricos. En cuanto a los escritos epistolares, de cortesanas[24] y demás composiciones que escribió
8 como diversión, nada tengo que decir. Así, aunque la mayoría de las veces parece utilizar expresiones corrientes, ¡cuánto se aparta del lenguaje corriente y qué magnífico poeta del discurso es! Al quedar la expresión libre del rigor métrico descubrió una armonía[25] particular del discurso que

[23] Tucídides escribió la mayor parte de su obra a partir del 424 a. C., tras exiliarse de Atenas y, por consiguiente, con posterioridad a Gorgias y no antes como afirma Dionisio. En su obra histórica Tucídides recogió el discurso fúnebre de Pericles (cf. II 35-46) y multitud de arengas.

[24] Estos discursos, de los que nada conservamos, aunque por el título recuerden a los *Diálogos de cortesanas* de Luciano, probablemente estarían en la línea del discurso que Sócrates oyó a la hetera Diotima (cf. Platón, *Banquete* 201d-212a). Sobre los discursos amatorios y epistolares de Lisias, véase supra § 1, 7 y n.

[25] Es la primera vez que Dionisio emplea el término *harmonía*, «armonía, ensamblaje»; pero aquí alude, sin precisar aún demasiado, a una «forma de disponer» las palabras, distinta de ritmo métrico, que produce una gran belleza en el discurso: es sinónimo, pues, de *sýnthesis* (cf. § 8, 2 y 5). Sin embargo, más tarde la empleará para referirse a su gran descubrimiento: la «forma de engarzar» las palabras de tal manera que el encuentro de los fonemas produzca hermosas eufonías. La evolución del significado se puede rastrear desde aquí (cf. *Isóc.* 2, 5; *Dem.* 18, 2 = *Demóstenes*-1; *Tuc.* 24, 2 y 11; 42, 4; *Comp.* 22 ss.; *Dem.* 35 ss. = *Demóstenes*-2).

embellece y suaviza las palabras, pero sin caer en un estilo ampuloso y cargante.

Aconsejo a quienes aspiren a expresarse de la misma 9
manera que aquel, que tomen de nuestro orador esta segunda virtud. Hubo muchos historiadores y oradores que emula- 10
ron esa forma de expresión; pero de los antiguos el que más cerca estuvo de dominarla, detrás de Lisias, fue el joven Isócrates, de la siguiente generación. Uno no podría citar, por más lejos que busquemos, a otros oradores, además de a estos dos, que hayan demostrado tanto vigor y dominio en el empleo de las palabras corrientes con su significado propio.

Tercera virtud: la claridad

La tercera cualidad que descubro 4
de nuestro hombre es la claridad, no solo en las palabras sino también en los hechos —que también hay una claridad en la exposición de los hechos es algo que no muchos conocen—. Pero, si tomamos la ex- 2
presión de Tucídides y Demóstenes, los más hábiles en el arte de narrar los acontecimientos, yo compruebo que muchos pasajes son para nosotros equívocos, oscuros y necesitan comentaristas. Sin embargo, toda la expresión de Lisias es nítida y clara, incluso para aquel que se considera un lego en el lenguaje retórico. Si la claridad la hubiese logrado por 3
su exigua capacidad literaria, no sería digna de aprecio. Pero la riqueza de palabras empleadas con su sentido propio, que en él son tan abundantes, demuestra que esta es una virtud. De modo que es empresa digna emular su claridad.

La brevedad

También debe imitarse su maes- 4
tría para expresar los pensamientos con brevedad, además de con claridad, siendo ya por naturaleza una tarea difícil el reunir ambas virtudes y combinarlas en la justa medida: es ahí donde Lisias ha de-

mostrado no ir a la zaga de nadie. Aquellos que manejan los discursos de nuestro hombre nunca habrán tenido la impresión de que Lisias incurra en la inoportunidad o en la oscu-
5 ridad. La causa es esta: en sus escritos los hechos no son esclavos de las palabras, sino que las palabras están al servicio de los hechos; y no es forzando el lenguaje habitual como consigue el embellecimiento de la expresión, sino haciendo que imite los hechos[26].

5 Ahora bien, no es que Lisias sea así en cuanto a la expresión lingüística pero intempestivo y prolijo en los hechos, sino que, por el contrario, nadie hay que comprima y condense tanto los pensamientos como Lisias. Hasta tal punto se abstiene de decir algo que no sea necesario, que incluso podría parecer que se deja muchas cosas importantes sin decir. Pero, ¡por Zeus!, no lo hace por escasez de recursos para la invención, sino por ajustarse al tiempo, al que ha
2 de someterse todo discurso. Es tan breve que para un particular que quiera limitarse a exponer los hechos resulta suficiente, pero para un orador que pretenda demostrar la superioridad de su talento no resultaría un modelo adecuado. Así pues, se debe imitar también la brevedad de Lisias, pues no podríamos encontrar en otro orador una brevedad más ajustada.

---

[26] La belleza de cualquier obra artística depende, según la concepción aristotélica, del grado de imitación que mantenga con el modelo natural; y en retórica la mejor expresión es aquella en la que el lenguaje imita a los hechos (véase Sinopsis al *Im.)*. Esta adecuación de la expresión a los hechos, que sirve para valorar todas las demás virtudes, es lo que los tratadistas de retórica llamaban *tò prépon* (cf. § 9).

La densidad

Tras éstas encuentro una virtud en 6
Lisias muy admirable, que, según Teofrasto[27], Trasímaco[28] fue el primero en emplear; pero yo creo que fue Lisias. Pues al menos a mí me parece que este fue anterior a aquel en el tiempo, aunque admito que ambos florecieron en la misma época; y, si no se me concede esto, afirmo que sí le superó en el tiempo que se
dedicó a los debates reales[29]. Sin embargo, no puedo asegu- 2
rar en el momento actual quién de los dos fue el primero en utilizar esta virtud; pero que Lisias se distinguió más en ella, eso lo podría proclamar abiertamente.

¿Cuál es la virtud a que me refiero? A la expresión que 3
sintetiza los pensamientos y los expone de forma condensada, y que es muy adecuada y necesaria en los discursos judi-
ciales y en todo debate real. Pocos imitaron esta virtud, aun- 4
que Demóstenes incluso le sobrepasó; pero no la utilizó de una manera tan simple y sencilla como Lisias, sino de un

[27] *Fr.* 3 Schmidt. Teofrasto de Éreso, Lesbos, *c.* 372 – 287 a. C., sucedió a Aristóteles en la dirección del Liceo. Entre otras muchas obras escribió un tratado *Sobre el estilo (Perì léxeōs;* cf. § 14, 2), desgraciadamente perdido, donde trataría estas cuestiones (véase n. siguiente). En cuanto a la actitud y dependencia de Dionisio con respecto a Teofrasto véase la Introducción, apartado 1.

[28] Trasímaco de Calcedonia, ciudad situada frente a Bizancio, s. v a. C., fue orador y sofista, citado por Platón (cf. *Fedro* 266c y *República* 336b). Teofrasto lo consideraba creador tanto de la expresión «condensada» *(strongýlos)* como del estilo mixto (cf. *Dem.* 3, donde Dionisio ofrece un pasaje del *Sobre la constitución)*. Siempre queda detrás de Lisias (cf. *Iseo* 20, 3).

[29] Los discursos compuestos para «debates reales» *(alēthinoì agônes)* se oponen a los discursos escritos para debates ficticios, con los que un autor quiere demostrar su talento para la retórica; estos discursos puramente literarios reciben el nombre de «discursos políticos» *(politikoì lógoi;* véase n. a «discurso público» en *Or. ant.* 1, 1).

modo más retorcido y acerbo[30]. ¡Quede dicho así, pues así pienso! Pero sobre eso hablaré en el momento oportuno[31].

Viveza en la descripción

7 Tiene también mucha viveza la expresión de Lisias. Se trata de una especie de fuerza que lleva las palabras hasta los mismos sentidos del oyente, y se produce cuando la situación se per-
2 cibe como algo real. Quien ponga de verdad su atención en los discursos de Lisias no será tan torpe, ni tan corto ni tan tardo de mente, como para no creer estar viendo como reales los hechos que se describen, hasta el punto de que creerá dialogar, como si estuvieran presentes, con aquellos personajes
3 que el orador vaya presentando. No encontrará en ellos nada chocante, ya actúen, sufran, piensen o hablen. Pues de todos los oradores Lisias es el mejor a la hora de escudriñar la naturaleza humana y de asignar a cada uno las pasiones, el carácter y el comportamiento más convenientes.

La caracterización

8 Le otorgo a él también la más preciada de las virtudes, llamada por muchos caracterización[32]. Pues, en una palabra, no puedo encontrar en este

---

[30] Esta crítica a su estilo «retorcido y acerbo» *(períergos kaì pikrós)* tuvo su origen en Esquines (cf. *Contra Ctesifonte* 229; véase Dion. Halic., *Dem.* 35, 6).

[31] Promesa incumplida. Solo de pasada dirá Dion. Halic. que Lisias y Demóstenes hacen un uso parecido de la densidad, y de otras virtudes (cf. *Dem.* 13, 1).

[32] Es la caracterización o etopeya *(ēthopoiía,* «arte de modelar el carácter»). El *logógrafo*, mediante un lenguaje respetuoso y comedido y una narración de los hechos favorable para su cliente, debía conseguir adornar al orador con el carácter más conveniente para la causa, haciendo creer que era honrado, templado, enemigo de las trifulcas y de los pleitos, etc. Una de las formas de la argumentación se basaba precisamente en demostrar la honradez del orador (eran los llamados argumentos «éticos»; véase n. al § 19, 1).

orador ningún personaje que no refleje carácter y vida. Y, 2
aunque tres son las virtudes con las cuales, y entorno a las
cuales, se crea la caracterización —pensamiento, lenguaje y,
en tercer lugar, la disposición de las palabras—, en todas
ellas descubro cómo acierta siempre. En efecto, cuando ha- 3
blan los personajes, no solo los presenta discurriendo hones-
ta, justa y comedidamente, de modo que parezca que las pa-
labras son consecuencia de sus caracteres, sino que también
los dota de una forma de hablar apropiada a sus caracteres,
con la que de forma natural muestran lo mejor de sí mismos;
y siempre la expresión es clara, propia, común y la más fa-
miliar para todos, porque la ampulosidad, las expresiones
extrañas y todo lo que surge de la artificiosidad es contrario
a la caracterización. Y basa este modo de expresión en la 4
sencillez y la simplicidad, consciente de que el carácter no
se crea con oraciones complejas ni con ritmos métricos, sino
con frases informales. En resumen, para definirme también
sobre esta virtud, no sé si algún otro de los oradores que uti-
lizaron en el discurso ese tipo de construcción sintáctica au-
nó más agrado y credibilidad.

Espontaneidad muy trabajada

Da la impresión, en efecto, de que 5
el estilo con el que Lisias compone[33]
las frases carece de elaboración y de
técnica; y no me asombraría nada si
todas las personas corrientes, y no po-
cas de las que son amantes de la literatura pero están poco
familiarizadas con la retórica, se forjaran esta opinión: que
Lisias dispone las palabras no tras una elaboración previa y

[33] Hemos traducido *ho tês harmonías autoû charaktḗr* por «el estilo con el que Lisias compone las frases», pues es evidente que *harmonía* tiene un claro significado de «construcción sintáctica, disposición de las palabras»; véase n. al § 3, 8. En *Im.*, *Fr.* 6a, Siriano ha sustituido *harmonía* por *hermēneía*, «expresión, estilo».

siguiendo una técnica, sino de forma espontánea y al azar.
6 Sin embargo, su estilo está más elaborado que cualquier otra obra de arte. Esa aparente falta de trabajo es fruto de un largo trabajo, esa sintaxis suelta ha sido bien atada, y en el hecho mismo de que parezca que no compone hábilmente
7 reside su habilidad. Si alguien quiere aprender a reflejar la realidad y llegar a ser un imitador[34] de la naturaleza, no se equivocaría si acude a la forma de componer las frases de Lisias, pues no podrá encontrar otra que refleje mejor la verdad.

La adecuación

9 Creo también que el estilo de Lisias posee la virtud de la adecuación[35] en un grado no menor que los demás oradores antiguos: y esa es la primera de todas las virtudes y la más perfecta; y la veo aplicada convenientemente al que habla, a los que escuchan y a los hechos —pues es en estos tres ámbitos,
2 y con respecto a ellos, como se aplica la adecuación—. Pone en boca de los personajes el lenguaje propio de su edad, familia, profesión, educación, modo de vida y demás aspectos en los que unas personas difieren de otras; y también mide cuidadosamente lo que se dice al oyente, porque no se dirige del mismo modo a un juez que a un asambleísta o a una
3 multitud festiva; y, por último, la expresión adquiere en él
4 formas diferentes según qué aspecto de los hechos narre. En el comienzo del discurso la expresión es contenida y fiel retrato del carácter de los personajes; en la narración, convincente y sin artificios; en la demostración, condensada y sóli-

[34] Véase la Sinopsis al *Im.*

[35] La adecuación *(tò prépon)* es la virtud por excelencia, pues mide el valor de las demás virtudes: cualquier virtud de la expresión estará bien empleada si se adecua a los hechos, a los personajes y a los oyentes (cf. *Dem.* 45, 3 ss.; Aristóteles, *Retórica* 1408a 10 ss.).

da; en los momentos de enardecimiento y pasión, grave y sincera; y en la recapitulación, informal y concisa.

También se debe tomar de Lisias la adecuación de la expresión.

La credibilidad

Que es convincente y persuasiva, que parece muy natural y que posee todas las cualidades propias de tal clase de expresión, quizá no hay que recordárselo a los que lo saben. Pues es- 2
to ya era conocido por todos y no hay nadie que, bien por propia experiencia bien por saberlo de oídas, no reconozca que este es el más convincente de todos los oradores[36]. De modo que hay que tomar de Lisias también esta virtud.

La gracia

Muchas cosas buenas podría decir 3
sobre el estilo de Lisias —un estilo que si alguien lo tomara e imitara mejoraría sin duda su forma de expresión—; pero por premura de tiempo[37] dejaré las demás cualidades para explicar una sola virtud que yo juzgo la más bella y principal, y la única, por encima de todas las demás, capaz de hacernos reconocer con seguridad el estilo de Lisias. Me refiero a aquella en la que nadie 4
de los oradores posteriores le superó, aunque muchos la imitaron, y solo por esta virtud unos se consideraban superiores a los otros, aunque en lo demás poseyeran el mismo talento literario. Sobre esto, si ha lugar, hablaré en el lugar adecuado[38].

---

[36] Se dice que de los más de doscientos discursos que compuso sólo perdió dos procesos (cf. Ps. Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 836A).

[37] Las alusiones a la falta de tiempo son frecuentes (véase Introducción, apartado 3.).

[38] Una promesa que Dionisio hace con frecuencia, pero que no suele cumplir (véase Introducción, apartado 3). No obstante, vuelve a comparar,

5 ¿Cuál es esta virtud? La gracia que brota de todas sus palabras. ¿Y qué es la gracia? Un hecho más poderoso y admirable que todo lo que podamos decir de ella. Es muy fácil de ver y evidente por igual para el profano como para el artista; pero es la más difícil de explicar con palabras: ni siquiera resulta sencillo para los que saben expresarse perfectamente[39].

11 De modo que si alguien pretendiera que se le explicase
con palabras esta cualidad y saber en qué consiste, no tarda-
ría en reclamar también la definición de otros muchos y
2 hermosos conceptos difíciles de expresar con palabras. Por
ejemplo, si hablamos de la belleza de los cuerpos, ¿qué es
eso que llamamos lozanía?; o si de la melodía de las cancio-
nes y la conjunción de las voces, ¿cómo se definiría lo ar-
mónico?; o si de la sincronización de los tiempos, ¿cómo
definiríamos el orden y la belleza rítmica?; y, resumiendo,
en toda obra o actuación, ¿qué es lo que llamamos oportuni-
3 dad y proporción? Cualquiera puede comprender cada una
de estos hechos con su sensibilidad, pero no mediante pala-
bras. Precisamente por eso los músicos aconsejan a los que
quieren distinguir las armonías que no pasen por alto ni si-

---

siempre de forma muy somera, la gracia de Lisias con la de otros oradores (cf. *Isóc.* 3, 4; *Iseo* 3, 2-3; etc.; *Dem.* 13, 2 y 7-8; etc.).

[39] Pero Dionisio no llegará a definir la «gracia» *(cháris)*. Sin embargo, cualquier griego, como recuerda G. Aujac (n. *ad locum)* relacionaría de inmediato esta palabra con las Cárites, las tres diosas de la vegetación, las Gracias romanas. Así pues, podríamos definir la gracia como «la belleza 'natural' que emana de las personas o las cosas cuando alcanzan cierto grado de perfección o armonía». La gracia debe ser, pues, «natural», esto es, sin adornos, sencilla, espontánea: por eso Dionisio habla de la gracia «que brota» *(epanthoûsa,* «florece») de las palabras y la compara con un cuerpo que está en toda su lozanía *(hōra,* «sazón»). Sin embargo, Dionisio no está seguro si es fruto de una técnica cuidadosa (cf. § 8, 5) o es una cualidad innata de Lisias (cf. § 11, 5).

quiera la diesi[40], que habitúen el oído y que no busquen otro
criterio más seguro que este. También yo propondría a los 4
que leen a Lisias y quieran saber cuál es esa gracia que hay
en sus escritos que se ejerciten del mismo modo: con el
tiempo, el prolongado contacto con sus escritos y la percep-
ción irracional desarrollarán esa sensibilidad irracional[41].

La gracia, sello de autenticidad

Al menos yo elijo esta virtud co- 5
mo la mejor y más característica del
estilo de Lisias, no importa si decimos
que es una cualidad feliz de su natura-
leza, el resultado del trabajo y del do-
minio técnico, la posesión asociada de ambas o simplemente
una capacidad con la que supera a todos los demás oradores.
Cuando estoy en apuros con alguno de los discursos que se 6
le atribuyen y no me resulta fácil dar con la verdad mediante
otras señales, acudo a esta virtud para dar mi voto decisivo.
Entonces, si me parece que las gracias de su estilo adornan 7
el escrito, doy por hecho que es producto del alma de Lisias
y considero que ya no merece la pena seguir examinando
otras virtudes. Pero si, por el contrario, el estilo peculiar de 8
la expresión carece de placer y encanto, dudo y sospecho
que el discurso sea de Lisias. Pero no fuerzo mi sensibilidad
irracional por muy admirable que me parezca el discurso en
las demás virtudes o muy primorosa la elaboración; pues
creo que son muchos los que pueden escribir bien, aunque
cada uno según el estilo peculiar que le es propio —en esto

[40] La diesi *(díesis)* es la nota que dista a un intervalo de cuarto de tono (equivalente a la mitad de un semitono) y que en época de Dionisio al parecer ya muy pocos griegos eran capaces de distinguir (cf. *Comp.* 11, 18). Hoy no se utiliza en la música occidental, pero sí la utilizaron los griegos en el sistema enarmónico (véase n. a *Dem.* 22, 1).

[41] Sobre la percepción irracional como vía válida para reconocer un estilo véase Introducción, apartado 2.

hay muchas variedades—; pero escribir con gusto, gracia y encanto sólo es patrimonio de Lisias.

9 No utilizo otro indicio mejor que el de comprobar si las
12 cosas dichas por él han sido expresadas con deleite. Así, muchos de los discursos que se le atribuyen y que son considerados auténticos por la mayoría —como que están entre los muy genuinos de Lisias—, aunque en lo demás no tienen nada extraño, sin embargo, porque no desprenden la gracia de Lisias ni poseen la agradable sonoridad de su estilo, me parecieron sospechosos y, tras hacerlos pasar por esta prueba, consideré que no eran de Lisias.

Los discursos sobre Ifícrates

2 Entre ellos está el *Sobre la estatua de Ifícrates*[42], un discurso que yo sé que muchos considerarían paradigma
3 y modelo de su talento literario. Pero ese discurso, que parece vigoroso por sus vocablos y abrumador por los argumentos y que, por lo demás, contiene otras muchas virtudes, es un discurso sin gracia y falta mucho para que veamos en él la voz de Lisias.
4 Especialmente se me hizo evidente que no fue escrito por aquel orador cuando computé los años[43]. Pues si partimos de que Lisias murió a los ochenta años, durante el arcontado de Nicón o de Nausinico[44], entonces la muerte del orador se

[42] Cf. Lisias, *Frs.* 11-15 Thalheim. Ifícrates (*c.* 415-353 a. C.) fue un general ateniense de conducta modélica a quien la ciudad dedicó una estatua; pero esta decisión fue denunciada por un tal Harmodio, sin éxito. Aristóteles cita dos pasajes de este discurso y lo atribuye directamente a Ifícrates (cf. *Retórica* 1397b 28 y 1398a 15). Pausanias aún pudo ver la estatua de Ifícrates (cf. I 24, 7).

[43] Dionisio, para demostrar la validez de su método, se ve obligado a embarcarse en una árida argumentación cronológica.

[44] Nicón habría sido arconte en el año 378 a. C. y Nausinico al año siguiente, cuando Lisias contaba ochenta años: estos datos concuerdan con lo que Dionisio afirma en § 1, 2-4.

habría producido exactamente siete años antes de que se
presentara la denuncia contra el decreto de la Asamblea.
Pues fue después del arcontado de Alcístenes[45] —durante 5
ese arcontado los atenienses, los lacedemonios y el Rey[46]
firmaron la paz[47]— cuando Ifícrates, después de entregar el
mando del ejército, se convierte en un ciudadano particular
y surgía entonces la cuestión sobre la estatua. Por consiguiente, Lisias había muerto siete años antes de la denuncia, es decir, murió antes de que se le entablara este proceso a Ifícrates.

El mismo procedimiento adopté en la *Defensa de Ifícra-* 6
tes[48], atribuida también a Lisias: no sospeché de la paternidad de Lisias por lo absurdo del relato o la pobreza del vocabulario, sino porque no florecía en él la gracia de Lisias. En efecto, al contrastar las fechas encontré que fue compuesto no unos pocos años después de la muerte de orador,
sino veinte años enteros. Pues fue durante la Guerra de los 7

---

[45] Alcístenes fue arconte en el año 371 a. C.

[46] Para los griegos «el (gran) Rey» era la forma tradicional de referirse al rey persa, sin olvidar que también los espartanos y macedonios, entre otros, tenían un sistema monárquico.

[47] Es la paz de Antálcidas (un navarca espartano), impuesta por el rey persa Artajerjes II y firmada en el 387 a. C. por los embajadores de las principales ciudades griegas: así se puso fin a la guerra que Esparta y Atenas sostenían en muchos puntos de las costas del Egeo.

[48] Cf. Lisias, *Frs.* 45-49 Thalheim. Los generales Ifícrates y Timoteo fueron denunciados por Cares —general ateniense que mandaba un cuerpo de mercenarios— bajo la acusación de haberse dejado sobornar por el enemigo, razón por la que no le habían secundado en el ataque que dirigió él solo contra Quíos en el estrecho de Embata, año 356 a. C. (véase n. siguiente). Ifícrates y Timoteo se negaron a entrar en combate debido a las pésimas condiciones meteorológicas (cf. Diodoro de Sicilia, XVI 21, 4). En ese proceso Ifícrates salió absuelto, pero Timoteo fue condenado.

Aliados[49] cuando Ifícrates está pleiteando contra aquella denuncia que conllevaba una multa elevadísima y está sometido a la rendición de cuantas por su generalato, como se desprende claramente por el propio discurso. Pero esa guerra acaece durante los arcontados de Agatocles y Elpines[50].

8 ¿Quién es el autor de los discursos sobre la estatua y sobre la traición? No puedo decirlo con seguridad. Pero que ambos son de un mismo autor, podría afirmarlo y aportar muchos indicios; pues encuentro en ambos las mismas preferencias literarias y la misma fuerza, cuestiones sobre las
9 que ahora no es el momento de debatir. Conjeturo que los dos son de Ifícrates, pues, si en la guerra era un hombre temible, en los discursos no era desdeñable; y la expresión en ambos es muy vulgar y cuartelera, y no revela tanto sagacidad retórica como arrogancia y fanfarronería militar. Pero sobre estas cuestiones se hablará en otro lugar por extenso[51].

13 Debemos regresar al punto de partida para llegar a la siguiente conclusión: que lo más importante de las obras de Lisias y lo más característico de su talento es la gracia que adorna y engalana su expresión, virtud en la que ninguno de sus sucesores le superó ni le imitó fielmente.

Catálogo de virtudes

Las buenas cualidades de este orador en cuanto a la expresión son
2 las que he mencionado. Voy a hacer una recapitulación de ellas: la pureza del lenguaje, la escrupulosidad dialec-

[49] En esta Guerra de los Aliados, más conocida como «Guerra Social» (357-355 a. C.), Atenas sola combatió contra Rodas, Cos y Quíos, apoyadas también por Bizancio y el rey Mausolo de Caria, que había establecido su residencia en Halicarnaso, la patria de Dionisio. El desastre de Embata acarreó la derrota de Atenas (véase n. anterior).

[50] Fueron arcontes durante los años 357-6 y 356-5 respectivamente.

[51] Cf. § 14, 7 y n.

tal[52], la expresión de los pensamientos utilizando las pala-
bras con su significado propio y sin caer en el lenguaje figu-
rado, la claridad, la concisión, el sintetizar y condensar los
pensamientos, el traer ante los sentidos lo que se está des-
cribiendo, el no presentar ningún personaje sin vida o sin 3
carácter, el gusto por disponer las palabras imitando el len-
guaje coloquial, el emplear las palabras que más convenían
a cada personaje o situación dada, la credibilidad, el poder
de persuasión, la gracia y, midiéndolo todo, el don de la
oportunidad. Quien tome estas virtudes de Lisias sacará
gran provecho. Sin embargo, el estilo de Lisias no es eleva- 4
do ni grandioso ni impactante, ¡por Zeus!, ni prodigioso ni
incisivo ni vehemente; ni despierta el temor, ni atrapa al
oyente, ni lo pone en una fuerte tensión ni rebosa de fuerza
anímica o espiritual; y, si en los caracteres es convincente,
no es en cambio vigoroso en las pasiones; y, si es capaz de
deleitar, persuadir y agradar[53], sin embargo no llega a cauti-
var al oyente con fuerza ineludible. Es un estilo más conser- 5
vador que atrevido, y no tan apropiado para mostrar el do-
minio de la técnica como para representar la verdad de la
naturaleza.

[52] Pureza de lenguaje y escrupulosidad dialectal son términos casi sinónimos (cf. supra § 2, 1). Un lenguaje puro es aquel que incluye sólo las palabras comúnmente aceptadas, sin arcaísmos ni neologismos ni vocablos poéticos; esto es, utiliza únicamente palabras y giros de la lengua habitual. La escrupulosidad dialectal refuerza el sentido de la virtud anterior al ceñirse exclusivamente al dialecto ático, y en concreto al del s. IV a. C., que era el modelo que proponían los defensores del aticismo (véase Introducción, apartado 1.). En cuanto a la propiedad del lenguaje cf. § 3, 1 y n.

[53] Fedro irradia felicidad mientras lee el *Discurso amatorio* de Lisias (cf. PLATÓN, *Fedro* 234d).

14 *Réplica a Teofrasto*

Uno tiene que preguntarse con sorpresa cuáles fueron los motivos que impulsaron a Teofrasto a afirmar que Lisias era amante de los discursos cargantes y preciosistas y que perse-
2 guía lo artificioso antes que la verdad. Pues en su tratado *Sobre el estilo*[54], en donde censura entre otros a los que se afanan en la construcción de antítesis, paralelismos, asonancias y otras figuras semejantes a estas, cita entre ellos también a Lisias y pone como ejemplo el discurso *En defensa de Nicias*[55] que pronunció este general ateniense cuando era prisionero de los siracusanos, dando por hecho que fue escrito por este orador.

3 Seguramente no se me hará ninguna objeción si reproduzco el propio texto de Teofrasto. Es éste:

> *Fr.* 2. Hay tres clases de antítesis: cuando a cosas iguales se les atribuyen palabras de significado contrario, cuando a cosas contrarias entre sí se les atribuyen palabras del mismo significado y cuando a cosas contrarias entre sí se les atribuyen palabras de significado contrario, pues solo cabe combinarlas de estos tres modos[56]. Pero recurrir a pa-

[54] Teofrasto, *Fr.* 2 Schmidt. La cita que Dionisio incluye más abajo (§ 14, 3-4) es lo único que hemos conservado de este tratado, uno de los muchos títulos que Teofrasto dedicó a la retórica (cf. Cicerón, *Sobre el orador* I 43 y 55; III 184; *El orador* 39, 79, 172, 228; Diógenes Laercio, V 47). Y, según se puede deducir por Cicerón (cf. *El orador* 79), Dionisio se habría servido de la terminología empleada por Teofrasto (véase Introducción, apartado 4.).

[55] Nicias, junto con el general Demóstenes y Alcibíades, fue responsable del desastre de Sicilia, año 413 a. C. (cf. *supra* § 1, 2 y n.); fue hecho prisionero y ejecutado por los siracusanos (cf. Tucídides, VII 86). De este discurso pueden leerse unas palabras al final del parágrafo siguiente.

[56] Un ejemplo de la primera clase sería: «los odios y las venganzas, dulces y agradables». De la segunda: «los odios y los amores, dulces y

> ralelismos y asonancias es como un juego, algo propio de
> la poesía; y por esa razón es lo que menos se ajusta con la
> seriedad. Pues no parece apropiado que quien se encuentre 4
> en una situación comprometida juegue con las palabras y
> deje la expresión desprovista de patetismo, porque eso dis-
> trae al oyente. Tal es el caso de Lisias en la *Defensa de Ni-
> cias*[57], que, para despertar la compasión, decía: «*Lloro el
> desastre sin combate y sin naval combate de los griegos...
> postrados como suplicantes de los dioses y desenmasca-
> rándoos como traidores de los juramentos... implorantes
> de clemencia y de benevolencia...*»

Pues si en verdad Lisias hubiera escrito estas palabras, 5
merecería con toda justicia aquella crítica por intentar mos-
trarse virtuoso en el momento menos oportuno. Pero si el
discurso es de otro, como aquí es el caso, quien le acusa por
lo que no dijo es más censurable que el acusado. Que no es- 6
cribió Lisias el discurso *En defensa de Nicias* y que el escri-
to no posee ni el espíritu ni el estilo de aquel, podría demos-
trarlo aportando muchos indicios que no sería oportuno
incluir en el presente tratado. Pero, puesto que estoy com- 7
poniendo un tratado especial sobre este orador[58], en el que,
por lo demás, quedará claro cuáles son los discursos genui-
nos de Lisias, allí intentaré restablecer con rigor la paterni-
dad de aquellos discursos, y me pronunciaré también sobre
éste.

---

agradables» o bien «los odios y los amores, crueles y terribles». Y de la tercera: «los odios y los amores, dulces y terribles».

[57] De este discurso atribuido a Lisias sólo se ha conservado este fragmento (Lisias, *Fr.* 71 Thalheim).

[58] Este tratado, *Sobre Lisias: cuáles son los discursos auténticos y cuáles los espurios* —un tema que también había estudiado Cecilio de Caleacte—, se nos ha perdido. De los cuatrocientos veinticinco que se le atribuían, ambos fijaban en doscientos treinta y tres el número de discursos auténticos (cf. Ps.-Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 836A).

15 *La invención*

Ahora trataré sobre el aspecto siguiente: cuál es el estilo de Lisias en cuanto al tratamiento de los hechos[59], puesto que sobre su manera de expresarse he dado cumplida cuenta. Porque aún queda, en efecto, esa parte. Lisias posee el don de encontrar las palabras que hay encerradas en los hechos, no sólo las que todos podríamos encontrar, sino las que nadie
2 es capaz de descubrir. Pues Lisias sencillamente no deja al azar ninguno de los elementos que conforman el discurso: ni los personajes, ni los hechos, ni las actos, ni los cambios de actitud y sus motivaciones, ni los momentos claves, ni la duración y secuencia de los acontecimientos, ni los lugares ni las discordancias entre cada uno de estos elementos hasta los más mínimos detalles; sino que de cada señal y de cada pormenor extrae las directrices principales de la argumenta-
3 ción. La habilidad de Lisias en la invención se demuestra especialmente en los discursos en los que no se puede recurrir a testigos ni pruebas y en los que se basan sobre hipótesis paradójicas, porque en ellos va exponiendo tal abundancia de argumentos y tan bellos, que situaciones que parecían

[59] El «tratamiento de los hechos» *(ho pragmatikòs tópos)* se refiere a las dos primeras fases de las cinco de que consta la «elaboración del discurso» *(érga toû rhḗtoros;* latín, *tractatio, partes rhetorices):* la primera, la búsqueda de las ideas o «invención» *(heúresis,* latín *inventio),* y la segunda, la «distribución» *(oikonomía,* latín *dispositio),* donde el orador selecciona *(krísis)* y organiza la ideas halladas en la invención (véase n. a *Tuc.* 1 ss.). Las tres siguientes son: la redacción del discurso o «expresión» *(léxis,* latín *elocutio),* que consta a su vez de dos fases, la «elección» de las palabras *(eklogḗ,* latín *electio)* y la «disposición» de las mismas *(sýnthesis,* latín *compositio);* la cuarta, la memorización del discurso *(mnḗmē,* latín *memoria);* y la quinta y última, la «pronunciación» *(hypókrisis,* en latín *actio).* Así pues, las dos primeras fases se refieren al contenido, la tercera a la forma y las dos últimas a la ejecución del discurso.

a los demás desesperadas y perdidas las convierte en ventajosas y ganadoras; pues sabe discernir qué es lo que hay que decir y, cuando no se pueden utilizar todos los datos disponibles, sabe elegir los más efectivos e importantes. Si en esto no fue el mejor de los oradores, tampoco fue el peor.

La ordenación

Al organizar los hechos sigue un 4
orden simple y, casi siempre, muy parecido. Y en la elaboración de los
argumentos es sencillo y nada artificioso. Nunca lo vemos utilizando preám- 5
bulos, ni insinuaciones a los jueces, ni prolijas enumeraciones, ni figuras literarias variadas ni otros artificios semejantes, sino que en la distribución de las ideas halladas en la in-
vención es natural, espontáneo e ingenuo. Por esta razón 6
aconsejo a quines lo leen que emulen su maestría para hallar y elegir los mejores entimemas; pero en cuanto a la forma de ordenar y elaborar los elementos del discurso, puesto que es más simple de lo conveniente, no aconsejo tomarla de este orador, sino de aquellos otros que fueron mejores que él en el arte de distribuir las ideas halladas en la invención, y sobre los que hablaré más adelante[60].

Los tres géneros del discurso

He dado cumplida cuenta del dis- 16
curso de Lisias en cuanto a sus virtudes y elementos, y ahora hablaré del género de los debates, en cuyo estudio se basa el arte del discurso público.
Tres son, en efecto, las clases en que se divide el discurso 2
retórico, pues abarca tres géneros diferentes en cuanto a los fines: el judicial, el deliberativo y el llamado de aparato o panegírico[61]. En todos ellos es admirable este orador, pero

[60] Cf. *Isóc.* 12, 2; etc.; *Iseo* 3, 4-6; etc.

[61] Véase n. al § 1, 5.

3 destaca especialmente en los debates judiciales. Y dentro de estos muestra más virtuosismo al hablar con tanta belleza sobre cuestiones intrascendentes, paradójicas y difíciles que cuando habla con suficiencia sobre temas graves, importantes y apropiados para el lucimiento. Quien desee conseguir toda la fuerza de Lisias que preste más atención a sus discursos judiciales que a los panegíricos y a los deliberativos.

4 Para que me dé tiempo a hablar convenientemente sobre las partes del discurso, dejaré aquí la cuestión de los géneros a fin de tratar sobre el exordio, la narración y las demás partes del discurso[62], y mostrar cuáles son las cualidades de Li-
5 sias en cada una de ellas. Las dividiré tal como gustaba a Isócrates y sus seguidores, comenzando por el exordio.

El exordio

17 Afirmo que Lisias es el más encomiable de todos los oradores por las entradas de sus discursos y el que los hace con mayor gracia; pues considero que comenzar bien un discurso no es fácil, si es que alguien quiere utilizar el comienzo más conveniente en vez de decir las primeras palabras que se le

[62] Las «partes del discurso» *(mérē toû lógou)* son cuatro según ARISTÓTELES (cf. *Retórica* 1414b 8-9): el exordio *(prooímion,* latín *exordium),* cuyas palabras iniciales eran la «entrada» *(eisbolḗ);* le seguía la exposición de los hechos *(próthesis,* latín *propositio),* que puede hacerse bien en forma de enumeración *(diaíresis,* latín *divisio, partitio)* bien en forma de narración *(diḗgēsis,* latín *narratio);* a continuación venía la argumentación *(pístis,* latín *argumentatio),* que podía hacerse o bien confirmando los hechos, la demostración *(apódeixis,* latín *probatio, confirmatio),* o bien refutándolos, la refutación *(lýsis,* latín *refutatio);* y por último el epílogo *(epílogos,* latín *peroratio).* Sin embargo, según las partes que distingue Dionisio, se deduce que Isócrates y sus seguidores sólo difieren de Aristóteles en que la exposición la hacen en forma de narración y que se interesaban muy poco por la argumentación y el epílogo, algo que vemos también en el propio Dionisio, a quien sobre todo le interesa la narración (cf. § 18, 1).

ocurran —el comienzo o exordio no es lo que se dice al principio, sino aquello que será más útil por sí mismo y no por estar colocado al inicio del discurso—. Yo veo cómo este orador utiliza todos los recursos que los manuales de retórica recomiendan y la situación requiere. Por ejemplo, unas 2
veces comienza el discurso con una alabanza sobre la propia persona que habla; otras veces comienza con la falsa acusación hecha por el oponente: si el que habla ha sido acusado en falso con anterioridad, lo primero que hace es rechazar los cargos que se le imputan; otras veces se presenta alaban- 3
do a los jueces con objeto de volverlos benevolentes hacia su persona y su causa; otras veces muestra la debilidad propia y la prepotencia del oponente y cómo el proceso no se desarrolla en las mismas condiciones para ambos; otras ve- 4
ces dice que la situación es común e inexcusable para todos, de modo que no pueda ser desatendida por los oyentes; en fin, otras veces recurre a cualquier cosa de la que pueda sacar provecho y perjudicar al oponente.

Tras componer estos exordios con concisión, sencillez, 5
ideas nobles, sentencias oportunas y argumentos comedidos pasa a la exposición y, cumplida la exposición, en la que ha anticipado lo que va a decir en la demostración y ha predispuesto al oyente para la buena compresión del discurso que sigue, entra en la narración. En la mayoría de las ocasiones 6
la exposición le sirve para marcar la línea limítrofe entre ambas partes; pero algunas veces comienza con la exposición y otras entra directamente, sin exordio, en la narración, y con ella comienza el discurso[63].

En esta parte del discurso se muestra vital y dinámico. Y 7
uno admiraría aún más la fuerza de sus exordios, si cayese en la cuenta de que habiendo escrito no menos de doscientos

[63] No hemos conservado discursos de Lisias que comiencen así.

discursos judiciales[64] en ninguno de ellos se le ve poco convincente o utilizando un exordio desconectado de los hechos; más aún, ni siquiera se repite con los mismos entime-
8 mas o con las mismas ideas. Sin embargo, incluso los que han escrito pocos discursos se muestran víctimas de este defecto —me refiero a que acuden a los mismos tópicos—; y paso por alto que casi todos ellos toman cosas ya dichas por
9 otros y no se avergüenzan de hacerlo. Este orador, en cambio, es original en cada uno de sus discursos, al menos en las entradas y en los exordios, y tiene la habilidad de conseguir cualquier cosa que se proponga; pues, cuando quiere despertar la benevolencia, la atención o la correcta comprensión por parte de los oyentes, no falla en su propósito.
10 En esta parte del discurso yo presento a Lisias como el primero o, al menos, no inferior a otro.

La narración

18 En la narración de los hechos, que en mi opinión es la parte que necesita del mayor cuidado y esmero, creo que es sin ningún género de dudas el mejor de todos los oradores, y lo pongo
2 como referencia y modelo para esta parte del discurso. Creo también que los manuales de retórica en los que se dice algo de interés sobre la narración han extraído sus preceptos y directrices más de los escritos de Lisias que de los demás.

3 Sus narraciones poseen sobre todo el don de la concisión, no hay otras tan agradables y convincentes por su claridad y conllevan inadvertidamente la argumentación. Así, no es fácil encontrar ni en la narración general ni en los por-
4 menores algo falso o inverosímil. Lo que dice posee tanta persuasión y placer, que a los oyentes se les escapa si es verdadero o artificioso. Y del mismo modo que Homero de-

---

[64] Véase n. al § 14, 7.

jó dicho de Odiseo que era convincente al hablar, incluso cuando inventaba cosas que no habían sucedido, creo que también se podría decir lo mismo de Lisias:

Decía muchas mentiras disfrazándolas de verdades[65].

Siempre aconsejo a todos, y especialmente para esta par- 5
te del discurso, hacer ejercicios basados en los modelos de
Lisias. Quien imite mejor a este orador sin duda se mostrará 6
superior a los demás en la narración.

La argumentación

En cuanto a la argumentación de los hechos, las cualidades de este orador son las siguientes. Comenzaré por 19
los llamados argumentos artísticos tratando separadamente cada clase[66]. Pues

[65] Homero, *Odisea* XIX 203.

[66] Los argumentos *(písteis)* podían ser de dos tipos: los creados por el arte del orador, llamados argumentos «artísticos» *(éntechnoi)*, y los argumentos «no artísticos» *(átechnoi)*, que eran los hechos objetivos que no necesitaban de los recursos de la retórica, como las declaraciones de los testigos, las sentencias precedentes sobre casos parecidos, los indicios materiales *(tekmḗrion)*, etc. (véase n. siguiente). En cuanto a los argumentos artísticos se pueden distinguir tres tipos: las «señales» *(sēmeîon)*, que son la deducciones extraídas por el orador a partir de hechos objetivos —ejemplo: «si tras el crimen el acusado huyó de la ciudad, eso prueba ('es señal de') su culpabilidad»—; los «razonamientos» *(syllogismoí)*, normalmente expuestos de forma abreviada (epiqueremas y entimemas; cf. *Iseo* 16, 3 y n.); y los «ejemplos» *(paradeígmata)*, en los que el orador recurre a otros precedentes históricos o literarios de todos conocidos. Pero los argumentos artísticos también se pueden dividir en tres grupos según se sustenten en el orador, los oyentes o los hechos narrados en el discurso: argumentos «del carácter» *(ēthikoí)*, son los que basan la credibilidad en el carácter honrado del orador (para ello debía caracterizar al personaje adecuadamente, la *ēthopoiía*; véase n. al § 8, 1); los «emocionales» *(pathētikoí)* son los que intentan cambiar el ánimo de los oyentes hasta conseguir provocar en el jurado las pasiones deseadas, ya sea la ira, la indignación, la compasión, etc.; y los argumentos «objetivos» *(alētheîs)*, son los que se

bien, si los argumentos se dividen en tres clases según atiendan a los hechos, a los caracteres o a las emociones, Lisias puede encontrar y elegir mejor que nadie las tres clases
2 de argumentos para un mismo hecho. Este orador es el que mejor conjetura lo verosímil, el que en los ejemplos discierne con más detalle dónde están las semejanzas y las diferencias y el que muestra mayor dominio para extraer las señales que acompañan a los hechos hasta elevarlas a la categoría de indicios[67].

3 A mí me parece que a partir de los caracteres construye la argumentación de una forma muy admirable. En efecto, modela los caracteres con gran credibilidad, basándose unas veces en la vida y la manera de ser de su cliente y otras en
4 sus actos y decisiones anteriores. Si a partir de los hechos no encuentra las directrices en las que basar la argumentación, crea y configura con el discurso personajes creíbles y nobles: los supone adoptando decisiones cívicas, los reviste de pasiones moderadas, les asigna un lenguaje honesto, los presenta conformándose con su suerte, los hace indignarse ante las injusticias con palabras y hechos así como preferir ante todo la justicia, y los modela con todas las virtudes semejantes a estas que le puedan servir para mostrar un carácter noble y comedido.

---

basan en la coherencia y verdad de los hechos narrados por el orador (cf. ARISTÓTELES, *Retórica* 1355b 35 ss.).

[67] En el derecho ateniense no había pruebas materiales concluyentes que determinasen la culpabilidad o inocencia del acusado, sino simplemente «indicios» *(tekmēria),* como por ejemplo las ropas ensangrentadas, con las que el orador debía impresionar al jurado e intentar convencerlo (sobre este tipo de deducciones, las «señales», véase la n. anterior). Si el indicio o la señal parecían irrefutables, se convertían en una prueba *(élenchos)* para constatar o refutar algo que se había dicho. Dionisio sigue de una manera confusa y rápida la clara teoría de Aristóteles que exponíamos en la n. anterior: esta parte del discurso le interesa muy poco.

En cuanto a provocar pasiones Lisias se muestra más débil, pues es incapaz de mostrar personajes que, con arrebato y con fuerza, empleen las amplificaciones, las muestras de indignación, los lamentos y otras pasiones semejantes[68]. Todo eso no debe buscarse en los discursos de Lisias. 5

El epílogo

6 En los epílogos Lisias hace la recapitulación de lo que se ha dicho de una manera comedida y agradable. Pero el aspecto pasional, donde hay que incluir la invocación, la súplica, la compasión y demás sentimientos emparentados con estos[69], lo realiza de una manera más imperfecta de lo esperado.

20 Tal es el estilo de Lisias, o al menos esa es la opinión que tengo sobre él. Si alguien ve otras cualidades distintas de estas, que lo diga. Y si son más convincentes, le estaré muy agradecido.

Lisias, «Contra Diogitón»

2 A fin de que cualquiera pueda comprender mejor si nuestras convicciones son correctas y acertadas o si estamos equivocados en nuestro juicio, haré un análisis de los escritos de este orador, pero eli-

[68] No es en la argumentación donde se recurría a los elementos pasionales sino en el epílogo (y así lo dice el propio Dionisio en el parágrafo siguiente).

[69] En el epílogo *(epílogos*, latín; *peroratio)* se hacía una breve recapitulación del discurso *(anakephalaíōsis)*; y, para provocar en los oyentes las pasiones deseadas y obtener la benevolencia *(eúnoia)* de los jueces, se exageraban los hechos (las llamadas amplificaciones, *aúxēsis)* o se minimizaban *(tapeínōsis)*, se daban muestras de indignación *(deínōsis)* y se recurría a los lamentos *(oîktos)*. Las pasiones *(páthos)* que se intentaban levantar entre el público eran la compasión *(éleos)*, la ira *(orgḗ)*, el odio *(mîsos)*, etc. Toda esta teoría está expuesta aquí de un modo mucho más incompleto y confuso que en ARISTÓTELES (cf. *Retórica* 1419b 10 ss.) o en la *Retórica a Herenio* II 50.

giendo solo uno —pues no puedo entretenerme con muchos ejemplos—, y mostraré cuáles eran sus recursos favoritos y su fuerza. Pues creo que a personas cultas y comedidas les basta con unos pocos y pequeños ejemplos para comprender cualidades que son frecuentes e importantes.

3 Es un discurso sobre una tutela, titulado *Contra Diogitón*[70], y tiene el siguiente tema:

21 Diódoto[71], uno de los que se alistaron con Trasilo[72] en la guerra del Peloponeso, cuando iba a navegar a Asia durante el arcontado de Glaucipo[73], como tenía niños pequeños, hizo testamento nombrando tutor de los niños a su hermano Dio-
2 gitón, de los que era a la vez tío y abuelo materno[74]. Diódoto muere luchando en Éfeso[75] y Diogitón se encarga de administrar toda la hacienda de los huérfanos. Pero, aunque disponían de muchísimos bienes, al echarles cuentas y decirles que ya no les quedaba nada, uno de los muchachos,

---

[70] Gracias a Dionisio conservamos este discurso de Lisias, *Contra Diogitón* (XXXII 1-29). Fue muy admirado por Siriano, que hizo un amplio resumen (cf. *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I 88, 15 - 89, 15 H. Rabe).

[71] No tenemos más noticias sobre Diódoto y su hermano Diogitón.

[72] Trasilo, elegido estratego en varias ocasiones, fue uno de los condenados a muerte en el célebre proceso por la batalla de las Arginusas (406 a. C.), en el que los familiares de los atenienses muertos en la batalla habían acusado a los estrategos victoriosos de haber dejado morir a los náufragos (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 6, 34 ss.).

[73] Glaucipo fue arconte en el año 410/409.

[74] Es decir, Diódoto se había casado con su sobrina, hija de su hermano Diogitón.

[75] Se refiere a la derrota que Trasilo sufrió el año 409 a. C. cerca de esta ciudad, donde murieron 300 atenienses que se enfrentaron a una alianza de efesios, persas y siracusanos (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 2, 5-11).

que había cumplido la mayoría de edad[76], lo acusa de tutela fraudulenta. El que litiga contra él es el marido de su nieta y 3
hermana de los muchachos.

He explicado primero el tema para que se haga más evi- 22
dente cómo Lisias utiliza el comienzo de una forma mesurada y conveniente.

Exordio

XXXII 1-3. Si no fuera un asunto de 23
tan gran importancia, señores jueces, nunca habría permitido que estos muchachos acudieran ante vosotros, pues me parece muy vergonzoso litigar contra los parientes; pues sé que no sólo los que cometen injusticia os parecen peores que los demás, sino también los que no pueden soportar ser superados por sus familiares. Sin embargo, señores jueces, puesto que estos han sido privados de cuantiosos bienes, han sufrido muchas y terribles afrentas de quienes menos debía esperarse y han acudido a mí que soy su cuñado, forzoso es que actúe en su defensa. 2
Estoy casado con la hermana de éstos y nieta de Diogitón. Por eso al principio rogué insistentemente a unos y otros hasta convencerlos de que recurrieran al arbitraje de los amigos, pues para mí era muy importante que nadie ajeno a la familia supiera de este asunto. Pero Diogitón, que estaba convencido de poder quedarse con todo en un juicio público, no se atrevía a someterse a la sentencia de sus propios amigos, sino que prefirió ir a juicio como acusado, intentar anularlo no presentándose ante el árbitro[77] y arriesgarse a

---

[76] A los diecisiete años el adolescente obtenía la mayoría de edad y se convertía en efebo, siendo inscrito en el *demo* como ciudadano. La situación de estos huérfanos es muy parecida a la del propio Demóstenes, que también heredó una cantidad similar, 14 talentos (cf. PLUTARCO, *Demóstenes* IV 4).

[77] Antes de que un magistrado instruyera la causa para la celebración del juicio, en las causas privadas había un acto previo ante un árbitro *(diaitētḗs)* para intentar conseguir un acuerdo y evitar el juicio. No obstante, una de las partes podía no presentarse alegando algún motivo (enfer-

las penas más severas antes que actuar con justicia para
3 evitar las inculpaciones de aquellos. Por eso, si demuestro que han sido tutelados por su abuelo de una manera tan vergonzosa como nadie lo fue nunca en esta ciudad incluso por personas ajenas a su familia, solicito de vosotros que los socorráis en sus legítimas demandas; pero, si no, que a ese lo creáis en todo lo que diga y a nosotros nos consideréis en adelante peores que aquel. Ahora intentaré contaros todo el asunto desde el principio.

24 Este exordio posee todas las virtudes que ha de tener un exordio, como demostrarán los modelos que traen los manuales[78] si se comparan con él.

Todos los que han compuesto manuales de retórica aconsejan, cuando el proceso es entre familiares, vigilar para que los acusadores no aparezcan como gente malvada e intrigan-
2 te. Sugieren que en primer lugar se eche sobre los oponentes la responsabilidad de las inculpaciones y del pleito y se diga que las afrentas eran grandes, que a duras penas se podían soportar, que el proceso se inició para defender a las personas más allegadas, pues estaban desamparadas y eran las que menos merecían quedar desatendidas, y que, si no les hubieran ayudado, se habrían mostrado peores aún que los
3 otros. También aconsejan decir que invitaron a los oponentes a una reconciliación, que confiaron el asunto a los ami-

medad, estar fuera de la ciudad, enemistad del árbitro hacia su persona, etc.) a fin de obtener la anulación del acto y, por tanto, también del proceso *(mḕ oúsas díkas diṓkein,* «para evitar el juicio»): si lo hacía el acusado, se arriesgaba a ser condenado en rebeldía o, por el contrario, conseguía comenzar todo el proceso otra vez desde el principio (cf. Pólux, VIII 60; Focio, s. v. *«mḕ oûsa díkē»*). Para evitar estos abusos se aprobó una ley sobre arbitrajes que se menciona en Dion. Halic., *Iseo* 10, 1, 2 (cf. Demóstenes, *Contra Midias* XXI 92 y 94).

[78] Sobre los manuales de retórica y los tratadistas, a los que alude con frecuencia sin citar los nombres, véase Introducción, apartado 2.

gos comunes y que transigieron hasta lo imposible, incluso
el salir perjudicados, pero que, a pesar de todo, no pudieron
llegar a un acuerdo razonable. Ésas son las cosas que acon- 4
sejan hacer los tratadistas de retórica, para que el carácter
del que habla parezca más generoso que el de su oponente.
Con esto, según ellos, es posible granjearse la benevolencia
de los jueces y, por consiguiente, es la parte más importan-
te de la redacción del discurso. Yo veo que todos esos pre-
ceptos se cumplen en este exordio de Lisias.

A fin de conseguir que el auditorio esté bien informado 5
sugieren que anticipen los hechos de una manera resumi-
da[79], de modo que los jueces conozcan el tema y sepan de
qué van a hablar; que desde el principio compongan así el
exordio y que, en cuanto terminen la exposición del asunto,
intenten comenzar inmediatamente con la argumentación.
Así precisamente es el exordio de Lisias. 6

Y en cuanto a cómo conseguir la atención del público
los entendidos advierten que es necesario que quien quiera
mantener atentos a los oyentes debe decir cosas prodigiosas
y sorprendentes y pedir a los jueces ser escuchado. Parece
que Lisias también ha cumplido con estos preceptos.

Además de esto piden llaneza en la expresión y sencillez 7
en los recursos literarios, condiciones ambas especialmente
necesarias para los que componen exordios en defensa de
los familiares.

---

[79] La parte del discurso en la que se describían los hechos era la exposición *(próthesis)*, y podía realizarse de varias maneras: una de ellas era, antes de comenzar con el relato detallado de los hechos *(diḗgēsis)*, hacer ya en el epílogo un breve resumen introductorio de lo que se iba a decir. Sobre las partes del discurso véase n. al § 16, 4.

Ahora merece la pena comprender cómo ha distribuido[80] Lisias la narración, que es así:

La narración

25 4 XXXII 4-18. Diódoto y Diogitón, señores jueces, eran hermanos del mismo padre y de la misma madre. Se repartieron los bienes muebles y mantuvieron en común los bienes inmuebles. Como Diódoto ganó mucho dinero con el comercio, Diogitón lo convenció para que tomara como esposa a su única hija.
5 Tuvieron dos hijos y una hija. Tiempo después, reclutado Diódoto entre los hoplitas de Trasilo, convoca a su esposa, que era también su sobrina, y al padre de ésta, que era suegro y hermano de él y abuelo y tío de los niños; y, pensando que a causa de este parentesco nadie mejor que aquél para hacerse cargo de los niños, le confía el testamento y le
6 entrega en depósito cinco talentos de plata[81]. Le informó

---

[80] La distribución *(oikonomía)* no es una parte del discurso *(méros toû lógou;* cf. § 16, 4 y n.), sino la segunda de las cinco fases de la elaboración del discurso *(érga toû rhḗtoros;* cf. § 15, 1 y n.). Dionisio declaraba que Lisias era demasiado simple en esta segunda fase, la «distribución» de las ideas en el discurso (cf. § 15, 4-6); pero ahora se refiere a la «narración», que es una parte del discurso. Así pues, no hay contradicción si Dionisio afirma aquí que Lisias es un maestro en el arte de «distribuir y ordenar» los hechos de la narración.

[81] Para comprender la cuantía de las muchas cantidades que se van a manejar en este discurso explicaremos brevemente el valor de las monedas griegas. La dracma era una moneda de plata de 4'3 gr. La mina de plata, una moneda imaginaria que nunca llegó a acuñarse, equivalía a 100 dracmas; y la de oro (en general las monedas de oro valían unas diez veces más que las de plata) equivalía a 1.000 dracmas. Por otro lado 60 minas de plata equivalían a un talento de plata, una moneda también imaginaria cuyo valor era, pues, de 6.000 dracmas, unos 26 kg de plata. Y, a su vez, la dracma se dividía en 6 óbolos. En cuanto a la *estatera*, mencionada más abajo, era una moneda de valor variable: la *estatera* ateniense de plata valía 4 dracmas y la de oro 20; la de Cícico, una moneda de oro acuñada por esta ciudad del Mar Negro, valía 28 dracmas. Para comprender la importancia de estas cantidades, adviértase que el salario en época de Lisias era

además de que tenía siete talentos y cuarenta minas en préstamos marítimos[82], 〈...〉 y que le debían dos mil (dracmas) en el Quersoneso[83]. Le encargó que, si le pasaba algo, le diera como dote un talento a su mujer, así como las cosas de la casa, y otro talento a su hija; y también dejó para su mujer veinte minas y treinta estateras de Cícico. Des- 7
pués de disponer todo esto y de dejar una copia en la casa, salía para unirse al ejército de Trasilo. Pero cuando Diódoto murió en Éfeso, Diogitón ocultaba a su hija la muerte del marido y se queda con el escrito donde estaban anotadas aquellas disposiciones alegando que era necesario presentar aquel escrito para cobrar los intereses. Pasado un 8
tiempo les reveló la muerte de aquél y celebraron los ritos funerarios acostumbrados. El primer año lo pasaban en el Pireo, pues todas las mercancías estaban allí almacenadas.

---

aproximadamente de 2 dracmas al día, unas 800 al año: por ejemplo, se nos dice que la manutención de los tres niños, tirando hacia lo alto, suponía un gasto de cinco óbolos diarios (cf. § 27, 20); y tres dracmas diarias de gasto total para toda una familia era una exageración sin precedentes (cf. § 27, 28); unos años antes, en la guerra del Peloponeso, el sueldo de un mercenario era de 1 dracma al día (cf. Tucídides, III 17, 3; VII 27, 1; etc.). Diódoto, pues, dejó en herencia 78.000 dracmas (13 talentos de plata): ¡el sueldo de 100 años a dos dracmas diarios! Sin embargo, Diogitón pretende haber recibido sólo 20 minas y 30 estateras, lo que supone 2.840 dracmas (cf. § 25, 9); pero finalmente ambas partes admiten que Diogitón recibió una cantidad intermedia, 7 talentos y 40 minas, que equivalen a 46.000 dracmas (cf. § 27, 29). Aun admitiendo que Diogitón gastó 8.000 dracmas mientras fue tutor, faltan 6 talentos y 20 minas, que suponen 36.000 dracmas, el sueldo de 50 años (cf. § 27, 29).

[82] Eran préstamos a un interés muy alto, hasta el 30% cuando se aseguraba el viaje de ida y vuelta *(amphoteróploun)*, pues, si la navegación no llegaba a buen fin, el prestamista perdía el dinero: así, si se obtenía en préstamo 2.000 dracmas, había que devolver después 2.600 (cf. Demóstenes, *Contra Formión* 23). También Diogitón hizo prestamos marítimos (cf. § 27, 25).

[83] El Quersoneso es la actual península de Gallipoli, junto a los Dardanelos.

Pero, cuando se agotaron las provisiones, Diogitón envía a
los niños a Atenas y casa a la madre aportando una dote de
cinco mil dracmas, mil menos de las que le había dejado el
9 marido. Siete años después, cuando el mayor de los herma-
nos alcanzó la mayoría de edad, Diogitón llamó a los dos
varones y les dijo que su padre les había dejado veinte mi-
nas de plata y treinta estateras. «Yo he gastado de mi bolsi-
llo mucho dinero en vuestra alimentación y, mientras tenía,
no me importaba; pero ahora yo mismo me encuentro en
apuros. Tú, puesto que ya eres un ciudadano de derecho y
todo un hombre, mira de dónde sacarás los recursos nece-
10 sarios.» Cuando oyeron esto, se dirigieron a casa de su ma-
dre horrorizados y llorando, y con ella se presentaron en mi
casa. Se encontraban en un estado lamentable por aquel in-
fortunio y hundidos en la desesperación, y entre llantos me
imploraban que no permitiera que fueran privados de la
herencia paterna y que cayeran en la pobreza, ultrajados
por la persona de quien menos debía esperarse, y que les
11 ayudara por su hermana y por ellos mismos. ¡Mucho po-
dría decir del dolor que hubo en mi casa en aquellos días!
Finalmente la madre de aquéllos vino ante mí y me suplicó
que reuniera a su padre y a los amigos, diciendo que, si
hasta entonces ella no tenía por costumbre hablar con hom-
bres, la magnitud de las desgracias le obligaba a contarnos
12 todos los males que sufrían los tres hermanos. Fui a hablar
con Hegemón, el marido de su hija, para expresarle mi in-
dignación, y también expliqué la situación a los demás pa-
rientes, considerando lo más sensato convocar a Diogitón a
una refutación de los hechos. Éste, al principio, no quería,
pero finalmente fue obligado por sus amigos. Cuando estu-
vimos reunidos, le preguntaba su hija qué clase de alma
tiene para mantener tal actitud con los niños, «cuando eres
—dijo— hermano de su padre, mi padre y tío y abuelo de
13 ellos. Y si no sentías pudor ante ningún hombre, sí debías
temer a los dioses. Porque tú, cuando aquel partía en el
barco, de sus manos recibiste en depósito cinco talentos, y

esto quiero yo jurarlo por la vida mis hijos, los ahí presentes y los que he tenido después, y lo juraré donde él quiera. Y no soy tan miserable ni estimo en tanto las riquezas, como para dejar esta vida con el remordimiento de haber cometido perjurio sobre mis hijos para quedarme injustamente con la hacienda de mi padre.» Aún ella demostró que 14
con los intereses de los préstamos marítimos ése había ganado siete talentos y cuatro mil dracmas, y aportó los documentos. Pues en la mudanza, cuando se trasladaron del demo de Cólito a la casa de Fedro[84], los niños encontraron casualmente el rollo de papiro, que se había caído, y se lo llevaron a ella. Reveló además que él había ganado cien 15
minas con los intereses de las hipotecas terrestres[85] y que había recibido otras dos mil dracmas y bienes muebles de mucho valor; y que también recibían trigo desde el Quersoneso cada año[86]. «Entonces —dijo—, ¿cómo te atreviste a decir, teniendo tanto dinero, que el padre de estos dejó sólo dos mil dracmas y treinta estateras? Todas las cosas que me dejó aquél al morir te las di. No obstante, te ha pa- 16
recido bien expulsar de su propia casa a quienes son tus nietos, que salieron con simples tabardos, descalzos, sin un sirviente, sin mantas, sin ropas de abrigo, sin los muebles que su padre les dejó y sin el dinero que su padre te confió. Eso sí, ahora te gastas mucho dinero en educar a los hijos 17
de mi madrastra y en hacerlos felices —eso lo haces muy bien—; pero ultrajas a los míos, a los que expulsaste de casa porque ansías que en vez de ricos todos los vean andar por ahí como pordioseros. Con tal comportamiento demuestras que no temes a los dioses, que no sientes vergüenza ante mí, que lo sé todo, y que no te acuerdas de tu

[84] Cólito era un demo céntrico de Atenas. Fedro sería un amigo de la familia.

[85] Se cobraban intereses más bajos que en los préstamos marítimos, porque la garantía de los bienes hipotecados —casas, fincas, etc.— era mucho más segura que las naves con su cargamento (véase n. al § 25, 6).

[86] Así les pagaban la deuda de la que se hablaba en § 25, 6.

hermano, sino que todos nosotros te importamos mucho
18 menos que las riquezas.» Entonces, señores jueces, dichas tantas y tan terribles cosas por aquella mujer, todos los que estábamos presentes nos quedamos tan espantados por lo que había hecho ese y por las palabras de ella —veíamos cuántas penalidades habían sufrido los niños, recordábamos al difunto, que había dejado a un tutor indigno de administrar sus bienes, y comprendíamos cuán difícil es encontrar a alguien en quien podamos confiar todos nuestros asuntos—, que nadie de los presentes, señores jueces, pudo pronunciar palabra, sino que salimos de allí en silencio, y llorando no menos que los que sufrían esas desgracias.

La demostración

26 Para que el estilo de Lisias en la demostración[87] quede de manifiesto, transcribiré también el pasaje que sigue a éste. Las pruebas en las cuestiones privadas, como no necesitan de muchas palabras, Lisias las confirma con la declaración de los propios testigos, y no dice más que esto:

Primero subidme a los testigos de estos hechos.

2 Las justificaciones del oponente las divide en dos para enfrentarlas entre sí: por un lado, el reconocimiento por parte de aquel de que había recibido el dinero, aunque pretextara que lo había gastado en la alimentación de los huérfanos; por otro, el negar que lo hubiera recibido y, por tanto, contradecirse. Sobre estas dos alternativas construye Lisias el discurso: demuestra que los gastos no ascendieron a la suma

[87] La «argumentación» *(pístis;* véase n. al § 16, 4) normalmente se hacía demostrando los hechos que uno relataba —era la «demostración» *(apódeixis;* cf. § 26, 1)— y a la vez refutando los argumentos del contrario —era la «refutación» *(lýsis,* cf. 26, 2)—.

que aquél declaró y a la vez aporta argumentos sobre las cuestiones dudosas.

XXXII 19-29. Creo que merece la pena, señores jue- 27 19
ces, que prestéis atención a los cálculos, para que sintáis
compasión de los muchachos a causa de la magnitud de sus
desgracias y sepáis que de entre todos los ciudadanos ése
es quien más merece ser objeto de ira. Pues Diogitón nos
obliga a todos los hombres, tanto a lo largo de nuestra vida
como en el momento de la muerte, a sospechar unos de
otros y a no dar más confianza a los familiares más próxi-
mos que a nuestros enemigos. Y él, que primero se atrevió 20
a negarlo todo, al final acabó admitiendo haber recibido
dinero para los dos niños y la hermana y declaró haber gas-
tado en ocho años siete talentos de plata y cuatro mil drac-
mas. Llegó a tal grado de desvergüenza, que no pudiendo
justificar a qué había destinado el dinero, calculó un gasto
de cinco óbolos diarios para la manutención de los dos ni-
ños y la hermana; pero sin un libro de contabilidad donde
se registrara, mensual o anualmente, los gastos en calzado,
en el enfurtido de los mantos y en peluquería. En resumen,
que durante todo el tiempo de la tutela gastó más de un ta-
lento de plata[88].

De las cinco mil dracmas que declara haber destinado 21
para la tumba del padre de éstos gastó en realidad sólo
veinticinco minas: la mitad se la quedó para él y la otra mi-
tad se la imputó a ellos. En las Dionisias[89], señores jueces,
—no me parece absurdo recordarlo ahora— declaró haber
gastado dieciséis dracmas en la compra de un corderillo, y

[88] A Diogitón no le salen las cuentas: si gasta casi una dracma diaria, al año gasta unas 350 dracmas, que en los ocho años de la tutela sumarían 2.800 dracmas (más adelante se le admite un gasto de 8.000 dracmas; cf. § 27, 29). Sin embargo, declara haber gastado 7 talentos y 4.000 dracmas: ¡46.000 dracmas! (para el valor de las monedas griegas véase, n. al § 25, 5).

[89] Fiestas que se celebraban en abril-mayo en honor de Dioniso, también llamado Baco, durante las cuales se representaban las tragedias.

ocho de ellas las imputaba a los niños. Con este asunto nos encolerizamos no poco, pues algunas veces, señores jueces, incluso en las grandes ultrajes son las pequeñas injusticias las que hacen sufrir más a los agraviados, porque ponen de
22 manifiesto con toda crudeza la maldad de los criminales. Y para las demás fiestas y sacrificios calcula que gastó en los niños más de cuatro mil dracmas, y otros mil gastos más que añadió a la suma principal. ¡Como si hubiera sido nombrado tutor para enseñarles libros de cuentas en vez de las riquezas mismas! ¡O para en vez de ricos mostrarlos como los más pobres! ¡O, si tenían algún enemigo de su padre, para olvidarse de él y pleitear contra el tutor que les
23 ha privado de la herencia paterna! Por el contrario, si quería ser justo con los niños, podía, según las leyes que rigen para los huérfanos y tutores, dispongan o no de recursos, haber alquilado la casa quitándose muchos problemas o comprar tierras y con los beneficios alimentar a los niños. Si hubiera hecho cualquiera de estas dos cosas, los niños habrían sido tan ricos como el que más de los atenienses. Ahora, sin embargo, me parece que ese no pensó nunca poner en claro los bienes de la herencia, sino en quedarse con ellos: creía que su maldad debía ser la heredera de los bienes del difunto.

24 Pero lo más terrible de todo, señores jueces, fue lo siguiente: Diogitón, que debía costear el equipamiento de una trirreme[90] junto con Alexis, el hijo de Aristódico[91], dijo que le había entregado a aquel cuarenta y ocho minas;

---

[90] Aunque el *DRAE* da como masculino el término «trirreme», en realidad no es un sustantivo sino es un adjetivo, «de tres filas de remos»; y, puesto que entendemos que se refiere a nave, para nosotros es de género femenino (y así era también en griego). En cuanto a los «impuestos» *(leitourgía)* había en Atenas varias formas de gravar a los ciudadanos más ricos: hacerles asumir los «gastos del equipamiento de una trirreme» *(triērarchía*; cf. *Iseo* 5, 2, 2 y n.), la «puesta en escena de una tragedia» *(chorēgía)* o de alguna otra fiesta, etc.

[91] Personajes desconocidos.

pero la mitad de ellas las imputó a esos huérfanos que la ciudad, por ser niños, no solo los ha eximido de impuestos, sino que cuando alcancen la mayoría de edad los liberará durante un año de costear cualquier servicio público. Pero ése, que era su abuelo, contraviniendo las leyes, imputa a sus nietos la mitad del coste del equipamiento de la trirre-
me que le correspondía a él solo. Y en cierta ocasión en 25
que envió una nave de carga al Adriático[92] con unas mercancías valoradas en dos talentos, cuando zarpaba la nave, dijo a la madre de estos que el riesgo corría a cuenta de los niños; pero como llegó intacta y duplicó su valor, iba diciendo que el negocio era solo suyo. Sin embargo, si él va a imputarles las pérdidas siempre a ellos mientras se queda con las riquezas que se salven, no le será difícil demostrar con su contabilidad en qué se gastó el dinero y sí muy fácil hacerse rico con los bienes ajenos.

Traeros aquí las cuentas de cada gasto, señores jueces, 26
sería una larga tarea. A duras penas pude conseguir de él las cantidades exactas; pero, puesto que yo tenía testigos, le preguntaba a Aristódico, el hermano de Alexis —se daba la circunstancia de que este había muerto—, si existía contabilidad del equipamiento de la trirreme. Él me respondía que sí. Así pues, fuimos a casa de Aristódico y encontramos que Diogitón sólo había entregado a aquel para el
equipamiento de la trirreme veinticuatro minas. No obstan- 27
te, Diogitón declaró que había gastado cuarenta y ocho minas, de modo que ha imputado a estos el gasto total que tuvo[93]. Y lo peor, ¿qué creéis que habrá hecho con las cuentas que nadie sino él conoce y que él solo manejaba, si, en empresas que se hicieron con otros y sobre las que no

---

[92] Diogitón habría hecho un préstamo marítimo, como su hermano Diódoto (véase n. al § 25, 6), pero a unos intereses elevadísimos, pues la navegación en el Adriático se consideraba muy peligrosa (cf. Horacio, *Odas* II 14, 14; III 3, 5; 9, 23; etc.).

[93] No le costó nada, pues había imputado a los niños las 24 minas (la mitad de lo que según él, importaba el equipamiento de la trirreme).

era difícil obtener información, se atrevió a mentir para dejar sin veinticuatro minas a sus nietos? Subidme a los testigos de estos hechos.

TESTIGOS

28 Habéis oído a los testigos, señores jueces.

Pues bien, yo, partiendo sólo de cuantas riquezas acabó admitiendo aquel que poseía, siete talentos y cuarenta minas, haré las cuentas sin añadir ningún ingreso y sacando el dinero sólo de esos recursos iniciales. Supondré un gasto tan grande para los dos niños, la hermana, el pedagogo y la criada, como nunca antes en esta ciudad: mil dracmas al
29 año, ¡casi tres dracmas al día! En ocho años esas dracmas hacen ocho mil, por lo que resulta que de los siete talentos (y cuarenta minas) deben sobrar seis talentos y veinte minas. Diogitón no podría pretextar que lo perdió en un asalto de los piratas, ni en un negocio ruinoso ni en el pago a acreedores.

Discursos no judiciales

28 En los discursos judiciales ⟨así es Lisias; pero en los deliberativos y de aparato se muestra⟩ menos vigoroso,
2 como dije[94]. Entonces quiere ser más elevado y grandilocuente, y probablemente él no se consideraría inferior a ninguno de los oradores que florecieron en su tiempo ni a ninguno de los que vivieron antes; sin embargo, no conmueve al público como Isócrates y Demóstenes. Pondré también un ejemplo de estos discursos.

[94] Cf. § 16, 2-3.

Lisias, «Discurso olímpico»

Tiene Lisias un discurso multitu- 29
dinario[95] en el que persuade a los griegos, en una asamblea celebrada en Olimpia, para que derroquen a Dionisio el tirano[96], liberen Sicilia y abran inmediatamente las hostilidades comenzando con la destrucción de la tienda del tirano, adornada con oro, púrpura y
otras muchas riquezas. Pues Dionisio había enviado a la 2
asamblea embajadores para que celebraran un sacrificio en honor del dios[97]; y la aparatosa instalación de los embajadores en el recinto sagrado fue espléndida, para que Grecia admirara aún más al tirano.

Lisias elige este tema para su discurso y construye el principio así[98]:

XXXIII 1-9. Entre otras muchas y hermosas hazañas, 30
señores, debemos recordar a Heracles por haber sido el pri-

---

[95] Evitamos aquí el término «panegírico», porque en español tiene un claro significado de alabanza hacia una persona (en griego significa discurso dirigido «a todo el pueblo reunido», pues deriva de *panēgýris*, «multitud»), mientras en los discursos olímpicos se defendía una política panhelénica. Este discurso, pronunciado con motivo de los Juegos Olímpicos celebrados el año 388, o quizá en el 384, tenía un precedente en el discurso que pronunció Gorgias en la Olimpíada anterior del año 392 a. C. (cf. ARISTÓTELES, *Retórica* 1414b 31; FILÓSTRATO, *Vidas de los Sofistas* 493). Isócrates también tiene otro discurso panegírico (cf. *Isóc.* 5).

[96] Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa, envió a los Juegos Olímpicos del año 388, o quizá del 384, una impresionante embajada, que acampó en el recinto del santuario de Zeus. El discurso de Lisias fue tan efectivo, que los griegos tiraron la tienda y expulsaron a los embajadores del tirano (cf. DIODORO DE SICILIA, XIV 109, 1-6).

[97] Zeus, en cuyo honor se celebraban los Juegos Olímpicos.

[98] Este panegírico, conservado gracias a Dionisio, en el corpus de LISIAS es el *Discurso olímpico* (XXXIII).

primero que convocó estos juegos[99], movido por su amor a
Grecia. Hasta entonces las ciudades se encontraban ene-
2 mistadas unas con otras; pero después de acabar con los ti-
ranos y liberar a Grecia de gobernantes soberbios, instauró
en el lugar más bello de Grecia una competición de fuerza
corporal, que también era una emulación de riquezas y una
manifestación de inteligencia, para que movidos por todos
estos atractivos acudiéramos a un mismo sitio, tanto para
ver espectáculos como para oír discursos. Pensó que la
asamblea de griegos en este lugar sería el comienzo de
3 la amistad de unos con otros. Sí, con esa pretensión fundó
Heracles estos juegos.

Pero yo no vengo para hablar de nimiedades ni para
discutir sobre meras palabras. Creo que esa es labor de los
sofistas, gentes enteramente inútiles y muy necesitados de
recursos para vivir[100]. La tarea de un hombre honrado,
de un ciudadano que se precie, debe ser aconsejar sobre las
grandes cuestiones, si ve que Grecia se halla en una situa-
ción tan vergonzosa: muchos de sus territorios están en
manos bárbaras y muchas ciudades oprimidas por los tira-
4 nos. Y si sufriéramos esta situación por debilidad, forzoso
sería contentarnos con nuestra suerte; pero, puesto que es
producto de revueltas internas y de rencillas entre ciudades,
¿no merecería la pena ponerles fin y librarnos de ellas, sa-
biendo que las luchas intestinas se pueden consentir en
épocas de prosperidad, pero que en los infortunios hay que
5 saber decidir lo mejor? Vemos cómo grandes peligros, y
desde todas partes, se ciernen sobre nosotros. Sabéis que el
poder lo detenta quien domina el mar, que el Rey es quien

---

[99] La tradición mítica hacía a Heracles fundador de los Juegos de Olimpia (cf. Píndaro, *Olímpicas* II 3; III 11;VI 68; etc.; Pausanias, V 7, 9; Diodoro de Sicilia, V 64, 6; etc.).

[100] Si no es una malvada adición del propio Dionisio, Lisias, al proclamar la superioridad de la oratoria sobre la filosofía y los sofistas, se anticipa a la postura de Isócrates y al posterior debate entre los seguidores de Isócrates y los de Aristóteles (véase Introducción, apartado 1).

controla el dinero, que las tropas griegas son de quienes pueden pagarlas[101] y que el Rey posee muchas naves, y muchas también el tirano de Sicilia. De modo que merece 6 la pena esforzarnos para poner fin a la guerra entre nosotros, guiados por un mismo pensamiento: alcanzar la salvación. Debemos avergonzarnos del pasado reciente, temer el futuro e imitar a nuestros antepasados, que privaron a los bárbaros de sus propias tierras cuando pretendían quitarles la suya y, expulsando a los tiranos, consiguieron que la libertad fuera un bien común para todos.

Pero por encima de todos me asombran los lacedemo- 7 nios: qué pretexto aducen para permitir que Grecia sea devastada, si a ellos les corresponde ejercer la hegemonía de los griegos con todo merecimiento por su valentía natural y por su sabiduría militar. Ellos son los únicos que no han visto devastadas sus tierras, derribados sus muros o sus ciudades inmersas en luchas intestinas, y los únicos que no conocen la derrota, siempre manteniendo los mismos modos de vida. Por eso cabe la esperanza de que mantendrán una libertad eterna y de que, habiendo sido en el pasado los salvadores de Grecia en los momentos de peligro, sabrán velar por el futuro. Sin embargo, en el futuro no habrá me- 8 jor ocasión que la presente[102]. Pues no hay que considerar

---

[101] Unos años antes, 401-399 a. C., Jenofonte y los «diez mil» griegos lucharon como mercenarios a la orden del aspirante al trono persa, Ciro el Joven: una gesta que podemos leer en la *Anábasis*.

[102] Para que todos los griegos, dirigidos por los lacedemonios, emprendieran la lucha contra Dionisio y el rey persa. Resulta chocante ver a Lisias proponiendo que sean los espartanos quienes lideren a los griegos, pues Lisias fue víctima de los excesos de los aristócratas atenienses, apoyados siempre por los espartanos, como se puede ver a continuación en el discurso *Sobre la constitución* (cf. § 32, 1 y 33). De cualquier forma es interesante notar ya la aparición del sentimiento panhelénico frente a los persas, aunque no esté claro quién debe liderarlo: Lisias propone a los espartanos; Isócrates propone sucesivamente a los atenienses, a Dionisio de Siracusa, al rey espartano Arquidamo y, finalmente, a Filipo; Demóstenes a los atenienses; y Esquines también a Filipo.

como ajenas las desgracias de los que han perecido, sino como propias; ni debemos cruzarnos de brazos hasta que las fuerzas de ambos caigan sobre nosotros, sino impedir, ahora que aún es posible, la insolencia de unos y otros.
9 ¿Quién no se indignaría al ver que ha sido mientras luchábamos entre nosotros cuando ellos se han hechos grandes? Pues, además de ser una situación vergonzosa y terrible, ellos han tenido la posibilidad de cometer grandes afrentas y los griegos no hemos tenido ninguna de castigarlos.

El discurso deliberativo: Lisias, «Sobre la constitución»

31 Aún pondré un ejemplo de un discurso deliberativo, para que quede de manifiesto también el estilo de Lisias en este género.

32 Lisias ha elegido como tema la conveniencia de no derogar la constitución tradicional de Atenas. Pues, cuando los del partido democrático regresaron del Pireo, aunque votaron eximir de culpa a los que se habían quedado en la ciudad y no guardar rencor por ninguna de las cosas que habían sucedido, hubo cierto temor de que la muchedumbre recobrara su antigua pujanza y se insolentara contra los ricos[103]. Se pronunciaron entonces muchos

[103] Cuando accedieron al poder los Treinta —un grupo de oligarcas que, tras la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, gobernó la ciudad tiránicamente durante los años 404-403 a. C.—, muchos demócratas tuvieron que huir de Atenas y refugiarse en el Pireo. Pero desde allí, dirigidos por Trasibulo, atacaron Atenas y expulsaron a los Treinta (año 403). Sin embargo, presionados por Esparta, se pactó conceder una amplia amnistía a los aristócratas y la ciudadanía a todos los demócratas que regresaron desde el Pireo, entre ellos muchos esclavos y metecos. Pero surgió cierto temor a esta medida y Arquino consiguió su anulación basándose en un defecto de procedimiento (cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 40, 2). Probablemente hubo antes muchos debates y propuestas, entre ellos la propuesta de Formisio, que quería admitir sólo a los que tuvieran tierras (quedaban así excluidos los esclavos y la mayoría de los me-

discursos sobre este asunto, y un tal Formisio[104], uno de los que volvieron con los demócratas, lanzó la propuesta de acoger a los que habían huido, pero no dar la ciudadanía a todos, sino sólo concederla a los que tenían tierra, opinión apoyada también por los lacedemonios[105]. Si la votación de 2
la asamblea ratificaba esta proposición, casi cinco mil atenienses serían excluidos de toda actividad pública. A fin de que esto no sucediera, escribe Lisias este discurso para uno de los más señalados políticos. Si el discurso fue pronunciado entonces, no está claro. No obstante, está cuidadosamente construido como para un debate político. Es el siguiente[106]:

XXXIV 1-11. Cuando creíamos, atenienses, que las des- 33
gracias pasadas habían dejado un recuerdo más que suficiente en la ciudad, hasta el punto de creer que ni siquiera nuestros descendientes iban a desear cambiar la constitución, he aquí que éstos, con los mismos decretos que ya an-

---

tecos, que solo eran propietarios de bienes muebles). Lisias estuvo implicado en todos estos acontecimientos: su hermano Polemarco fue asesinado por los Treinta (cf. supra § 1, 2 y n.); y el propio Lisias, que pudo huir de Atenas, ayudó económicamente a los demócratas y regresó a Atenas con ellos, consiguiendo la ciudadanía durante aquel brevísimo tiempo. No sabemos si el discurso de Lisias, que sería la réplica a la propuesta de Formisio, llegó a ser pronunciado; ni tampoco sabemos quién era ese prestigioso político que debía pronunciarlo (cf. § 32, 1-2), pues quizá la impugnación de Arquino truncó este debate.

[104] Casi nada más sabemos de él, aunque es citado fugazmente por Aristófanes en dos ocasiones (cf. *Asambleístas* 97 y *Ranas* 965).

[105] Naturalmente los espartanos preferían en Atenas un gobierno aristocrático, afín a Esparta, antes que un gobierno apoyado por una amplia base popular contraria a Esparta.

[106] Este discurso, el XXXIV en el *corpus* de Lisias, se ha conservado gracias a Dionisio y lleva el título *Sobre no derrocar la constitución tradicional de Atenas*, o, abreviadamente, *Sobre la constitución*.

tes sufrimos en dos ocasiones[107], intentan ahora burlarse de nosotros, que tanto hemos sufrido y que hemos padecido las dos tiranías.

2 Pero no son ellos los que me asombran, sino vosotros que los escucháis. Porque o bien sois las personas más olvidadizas o las más dispuestas a sufrir por causa de unos hombres que se vieron envueltos por azar en los acontecimientos del Pireo, pero que pensaban como los que se quedaron en la ciudad[108].

Sin embargo, ¿qué sentido tiene haber regresado del exilio, si votando favorablemente esa propuesta os vais a
3 convertir vosotros mismos en esclavos? Yo, atenienses, que no quedo excluido ni por mis riquezas ni por mi linaje, sino que supero a mis oponentes en las dos cosas, creo que esta es la única salvación para la ciudad: conceder la ciudadanía a todos los atenienses. Porque, cuando teníamos murallas[109], naves, riquezas y aliados, buscábamos el modo de no rechazar a ningún ateniense, hasta el punto de que incluso concedíamos el mismo rango al matrimonio con los de Eubea[110]. ¿Vamos a rechazar a los que ahora son ya
4 ciudadanos? Si seguís mi consejo, no perderemos estas mu-

[107] Durante los gobiernos oligárquicos de los Cuatrocientos (en el 411 a. C., poco después de la derrota de Sicilia) y de los Treinta (en el 404 a. C., tras la derrota definitiva de Atenas ante Esparta).

[108] Lisias está acusando a Formisio y a otros exiliados de ser auténticos oligarcas.

[109] Tras la derrota de Atenas en el 404 a. C., los espartanos impusieron, entre otras condiciones, la destrucción de los Muros Largos que unían el Pireo con la ciudad de Atenas.

[110] En un decreto dirigido contra Pericles, que estaba casado con una extranjera de Mileto, Aspasia, se aprobó declarar como ciudadanos atenienses solo a aquellos que eran hijos de padre y madre atenienses. Sin embargo, tras la destrucción de Platea por los tebanos en el 427 a. C., se les reconcedió a los plateenses refugiados en Atenas el matrimonio de pleno derecho *(epigamía)* con ciudadanas de Atenas (cf. Isócrates, *Plateense* XIV 51). Sólo por este pasaje sabemos que también se les concedió a los de Eubea.

rallas que somos nosotros mismos: muchos hoplitas, jinetes
y arqueros. Pues, si os reforzáis con nosotros, consolidaréis
la democracia, someteréis mejor a vuestros enemigos y se-
réis más útiles a vuestros aliados. Ya sabéis lo que ocurrió
durante las dos oligarquías que hemos conocido: no eran
los dueños de las tierras lo que gobernaban la ciudad, pues
muchos de ellos murieron y otros marcharon al exilio. Fue 5
el pueblo el que al hacerlos regresar os devolvió la ciudad,
pero no tuvo la osadía de adueñarse de ella. De modo que,
si me hacéis caso, y eso depende de vosotros, no privaréis
de la patria a vuestros bienhechores ni daréis mayor crédito
a las palabras que a los hechos, ni al futuro más que al pa-
sado; sino al contrario, no debéis olvidar quiénes son los
que luchan en defensa de la oligarquía, pues ellos de pala-
bra combaten por el pueblo, pero de hecho sólo desean
apoderarse de vuestras bienes, que conseguirán el día que
os cojan sin aliados. Y, a pesar de encontrarnos en tales 6
circunstancias, dirán «¿qué salvación hay para la ciudad, si
no hacemos lo que nos piden los lacedemonios?» Pero yo
creo que hay que replicarles: «¿Qué beneficio sacará el
pueblo, si hacemos lo que ellos ordenan?» Si no, es mucho
más hermoso para nosotros morir luchando que votar de
manera inequívoca nuestra propia muerte. Creo que, si os 7
convenzo, ambos bandos correremos el mismo riesgo ⟨...⟩
Veo que los de Argos y Mantinea[111] son de mi misma opi-
nión y siguen viviendo en sus propios territorios: los pri-
meros son vecinos de los lacedemonios y los segundos vi-
ven muy cerca; y ni los unos son más numerosos que
nosotros ni los otros llegan a tres mil. Pero saben los lace- 8
demonios que, aunque invadan sus regiones muchas veces,
otras tantas aquellos empuñarán las armas para hacerles
frente. De modo que a los lacedemonios les parece que no
vale la pena correr riesgos; pues, si vencen, saben que po-
drán convertirlos en esclavos, pero, si son derrotados, per-

[111] Ciudades del Peloponeso próximas a Lacedemonia.

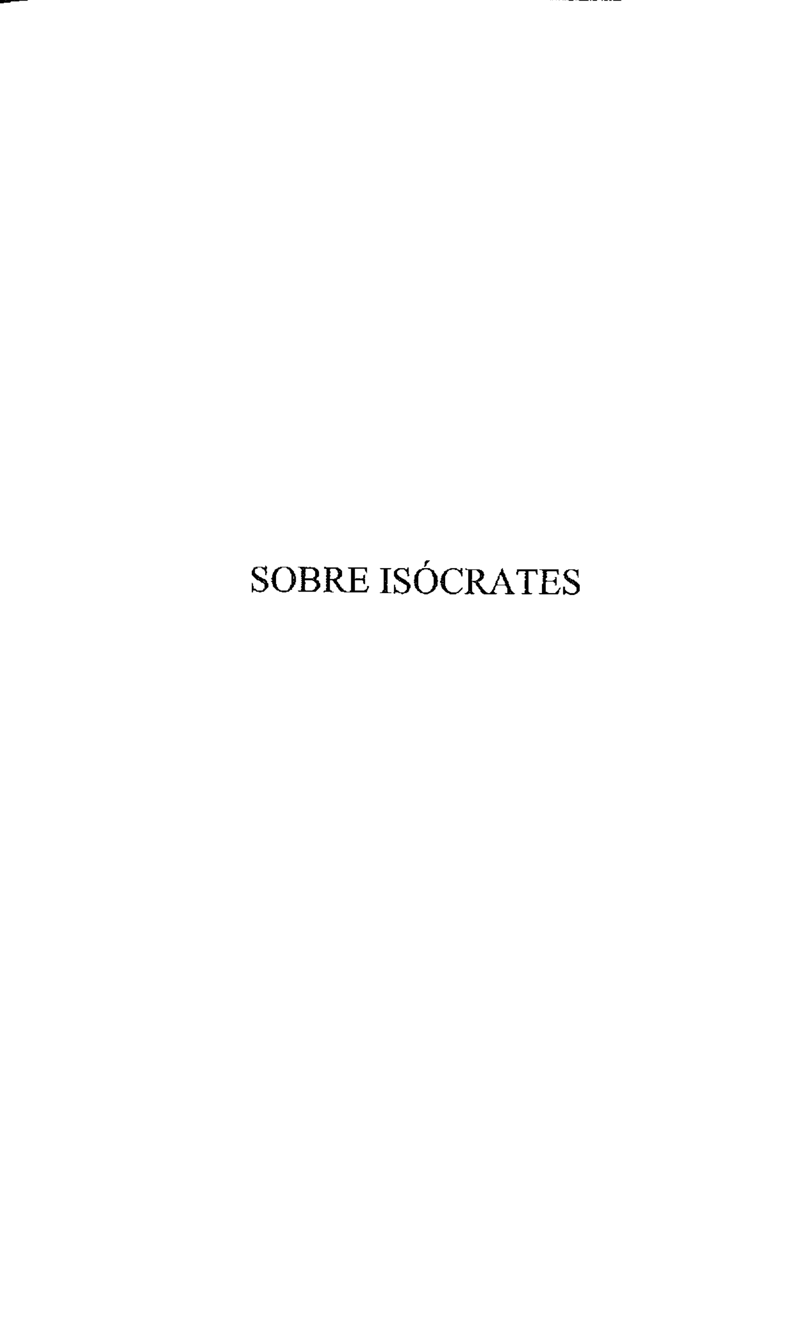
derán las ventajas conseguidas, de modo que cuanto mejor les va, tanto menor riesgo desean correr.

9 También nosotros, atenienses, éramos de esa opinión cuando liderábamos a los griegos, y nos parecía una buena decisión permitir que saquearan nuestra región, pues creíamos que no era necesario luchar por ella[112]. Valía la pena desentendernos de unas pocas cosas para consolidar muchas cosas buenas. Mas ahora que hemos perdido todo en el combate, pero nos queda la patria, sabemos que única-
10 mente el peligro nos da esperanzas de salvación. Así pues, debemos recordar que ya hemos levantado muchos trofeos en tierras extranjeras cuando acudimos en defensa de otros que también sufrían injusticias. ¡Seamos ahora valientes en defensa de nuestra patria y de nosotros mismos, confiemos en los dioses y esperemos que estén a favor de los justos y
11 de parte de los que sufren injusticias! Pues sería terrible, atenienses, que nosotros, que hemos luchado contra los lacedemonios para poder regresar cuando estábamos exiliados, vayamos a exiliarnos para no luchar ahora que hemos regresado[113]. ¡Qué vergüenza, si hemos llegado a tal extremo de maldad que, mientras nuestros antepasados arriesgaron su vida por la libertad de los demás, vosotros no seáis capaces de luchar por vuestra propia libertad!

34 Pero basta ya de ejemplos, si queremos hablar de la misma forma sobre los demás oradores. A este orador le sigue en orden cronológico Isócrates. Sobre este orador hay que hablar a continuación comenzando con otro libro.

[112] Esa fue la táctica de Pericles al principio de la guerra del Peloponeso (cf. Tucídides, II 13, 2; 21, 3).

[113] Aristóteles cita este entimema sin nombrar a Lisias (cf. *Retórica* 1399b 16).



SOBRE ISÓCRATES

SINOPSIS

Isócrates de Atenas (436-338 a. C.) era hijo de Teodoro, un rico fabricante de flautas, y recibió una excelente educación, pues tuvo como maestros a Tisias, Gorgias, Pródico, Sócrates y Terámenes; y a la vez fue maestro de muy ilustres discípulos: abrió una escuela de retórica al estilo de la Academia de Platón por la que desfilaron una multitud de jóvenes de toda Grecia, entre los que se contaban poetas, historiadores y oradores, como Iseo y Esquines (§ 1, 5 y n.). Entre Isócrates y Aristóteles surgió cierta rivalidad por ver quién se llevaba los mejores jóvenes, lo que en seguida se convirtió en una disputa sobre qué disciplina era más importante en la educación, si la filosofía o la oratoria (véase Introducción, apartado 1). Durante siglos la influencia de Isócrates en todos los jóvenes que deseaban dedicarse a la política fue enorme. Isócrates carecía de dotes naturales para la declamación, por lo que no llegó a pronunciar ningún discurso, aunque parezcan escritos para ser pronunciados ante un público (cuando Isócrates tenía ochenta años y se vio implicado en un proceso, fue su hijo adoptivo, Afareo, quien pronuncio el discurso *Sobre el intercambio de haciendas* [*antídosis*]). Isócrates se dedicó entonces a la enseñanza de la retórica y a componer discursos, primero como *logógrafo* —actividad de la que luego renegará— y después a escribir sobre los grandes temas de la política griega, y siempre haciendo numerosas referencias a su actividad docente y política: Isócrates se ufana de ser él, y no los sofistas, quien enseñaba la verdadera sabiduría (cf. Intro-

ducción, apartado 1). Era muy cuidadoso en la redacción del discurso: se dice que tardó diez años, o quizá quince, en redactar el *Panegírico* (cf. § 5, 1 y n.). Si Lisias, para liderar a los griegos en la lucha contra los persas, proponía a los espartanos (cf. *Lis.* 30, 7), Isócrates propone sucesivamente a los atenienses, al tirano Dionisio de Siracusa, al rey Arquidamo de Esparta y a Filipo de Macedonia. Hemos conservado nueve cartas y veintiún discursos de los sesenta que se le atribuían, aunque solo veinticinco serían genuinos (cf. Ps.-Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 838D). Para más detalles sobre Isócrates remitimos a la introducción, traducción y notas de J. M. Guzmán Hermida, *Isócrates* I y II, Madrid, 1979-1980, núms. 23 y 29 en esta misma colección.

La opinión de los antiguos sobre Isócrates fue muy controvertida. Platón (cf. *Fedro* 278e – 279b) augura al joven Isócrates un gran futuro y lo considera muy superior a Lisias (pero podía ser una alabanza irónica, pues, según la datación más aceptada del *Fedro*, el 376 a. C., Isócrates tendría entonces ¡sesenta años!; y así lo advierte ya Cicerón, *El orador* 41-42). Aristóteles, aunque no le gustaba que Isócrates se arrogara el papel de educador de los jóvenes griegos, lo nombra varias veces e incluye varias frases de sus discursos en la *Retórica*. La escuela peripatética mantuvo una actitud hostil hacia Isócrates: Teofrasto no lo cita; y Jerónimo, filósofo peripatético, dice que sus discursos están bien para ser leídos, pero que pierden mucho pronunciados en voz alta (§ 13, 3). Filonico el Dialéctico lo tacha de vacuo (§ 13, 2). Cicerón, en cambio, lo admira por haber introducido cierta cadencia y ritmo en la prosa y por saber expresar con concisión y redondez los pensamientos, aunque le otorga solamente el tercer puesto, colocándolo detrás de Lisias, y a este detrás de Demóstenes (cf. *Bruto* 32-35). El Ps. Longino lo acusa de puerilidad por elogiar el poder de la palabra en el momento más inadecuado (cf. *Sobre lo sublime* 38, 2); y a sus seguidores por engarzar las frases de forma amanerada y sin fuerza (cf. ibídem 21, 1). Y Hermógenes le censura casi los mismos defectos que Dionisio (cf. *Sobre las formas de estilo* 397-398).

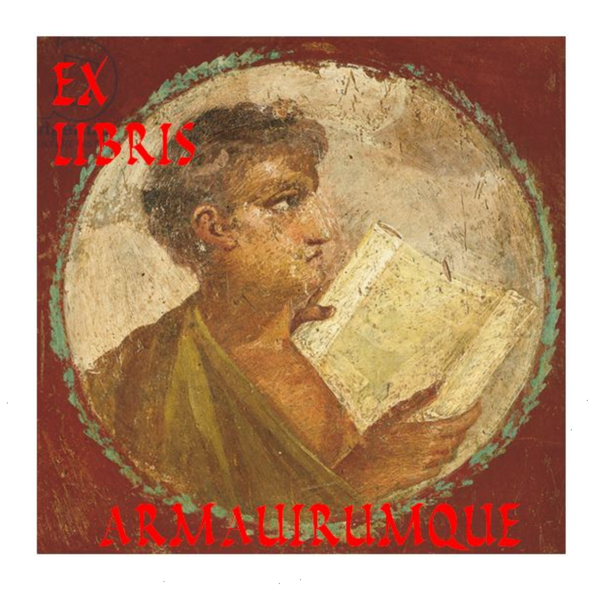
En opinión de Dionisio, la expresión de Isócrates es inferior a la de Lisias (§ 3, 4), aunque utiliza un estilo más elevado y grandioso (§ 3, 5-6): posee, igual que el estilo de Lisias, pureza, claridad, viveza, convicción, etc. (§ 2, 1-2); pero le falta gracia (§ 3, 4) y fuerza (§ 2, 3) y, además, resulta frío y monótono, pues no sabe adecuar la expresión al contenido, sino que siempre emplea un lenguaje más elevado que los hechos y alarga innecesariamente las frases (§ 3, 1-2); también utiliza una expresión demasiado elaborada y adornada, por lo que resulta poco natural: evita el hiato y abusa de los periodos largos, de los paralelismos, de las asonancias, etc. (§ 2, 4-7; 12, 3 - 14, 7); hasta tal punto es artificioso su estilo, que sus discursos pueden leerse muy bien en privado, pero es imposible declamarlos en público con la voz y los gestos apropiados (§ 13, 3). Pero, si en la expresión se muestra inferior a Lisias, Isócrates supera a Lisias en la elaboración de los pensamientos (§ 4, 2) y por la importancia de los temas que trata, algo que para Dionisio es secundario (§§ 5 - 10); la lectura de sus discursos es siempre recomendable, pues mejoran el carácter de sus oyentes. En suma, sus discursos son una guía imprescindible para aquellos que quieran dedicarse honesta y eficazmente a la política (§ 4, 4). Pero después, cuando lo compara con Demóstenes, Dionisio, es mucho más severo con Isócrates, al que pone muy por detrás de Demóstenes (cf. *Dem.* 4 y 17-20).

La estructura de este tratado varía sustancialmente con respecto al *Lis.*, pues Dionisio no vuelve a hacer un catálogo de las virtudes de la expresión, sino que hace una «comparación» *(sýnkrisis)* con el estilo de Lisias y se limita a reseñar las diferencias que los separan siguiendo la línea expositiva del *Lis.* De hecho, Dionisio cita numerosas veces a Lisias, pero a Iseo, Demóstenes o Tucídides nunca. El esquema es el siguiente:

1. Vida de Isócrates (§ 1).
2. Virtudes de la expresión de Isócrates (§§ 2 - 3).
3. Virtudes en el tratamiento de los hechos (§§ 4 - 10):
    a) La invención, selección y ordenación de las ideas (§ 4, 1-2).

b) Isócrates, maestro de la verdadera filosofía (§ 4, 3-4): el *Panegírico* (§ 5); el *Filipo* (§ 6); el *Sobre la paz* (§ 7); el *Areopagítico* (§ 8); el *Arquidamo* (§ 9); conclusión (§ 10).

4. Comparación de Lisias e Isócrates (§§ 11 - 14):
   a) En cuanto a la expresión (§ 11).
   b) En cuanto al tratamiento de los hechos (§ 12, 1-2).
   c) Grave defecto de Isócrates: el estilo periódico (§§ 12, 3 - 14, 7).
5. El discurso deliberativo (§§ 15 - 17): Isócrates, *Sobre la paz.*
6. El discurso judicial (§§ 18 - 20): Isócrates, *Trapecítico.*



SOBRE ISÓCRATES

Vida de Isócrates

Isócrates de Atenas nació en la 1
Olimpíada ochenta y seis, durante el arcontado de Lisímaco en Atenas, cinco años antes de la guerra del Peloponeso[1]. Era, pues, veintidós años más joven que Lisias. Su padre, Teodoro, un ciudadano de clase media, poseía esclavos que construían flautas y con esta actividad se ganaba la vida. Tuvo la suerte de recibir una excelente formación, y su educación no fue a la zaga de ningún ateniense. Tan pronto como se hizo hombre, quiso
ser filósofo. Asistió a las clases de Pródico de Ceos, de 2
Gorgias de Leontinos y de Tisias[2] de Siracusa, que entonces

---

[1] Isócrates nació, pues, en el año 436 a. C.

[2] Ilustres sofistas que se establecieron en Atenas. Pródico de Ceos (*c.* 465-390), amigo de Sócrates y autor de la célebre alegoría sobre Heracles (cf. JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* II 1, 21-34), aparece en el *Protágoras* de PLATÓN; fue maestro de Terámenes (véase n. siguiente) y de Eurípides (cf. *Suda*, s. v. «*Euripídēs*» = épsilon 3695) y se ocupó de cuestiones de semántica. En cuanto a Gorgias véase n. a *Lis.* 3, 4. Tisias de Siracusa, maestro también de Lisias (véase n. a *Lis.* 1, 1), fue uno de los primeros en escribir un *Arte retórica* (cf. Introducción, apartado 2). Estos mismos nombres se repiten en el Ps. PLUTARCO (cf. *Vidas de los diez oradores* 836F).

gozaban entre los griegos del mayor renombre por su sabiduría; y, según el testimonio de algunos, también a las del orador Terámenes[3], a quien asesinaron los Treinta por considerarlo del partido democrático. Isócrates se esforzaba por participar en política y pronunciar discursos; pero la naturaleza se lo impidió al privarle de las primeras y más importantes cualidades para un orador: el valor ante el público y la potencia de voz[4], sin las cuales no es posible hablar a una
3 multitud; por consiguiente, abandonó esta opción. Sin embargo, deseoso de fama y de destacar entre los griegos por su sabiduría, como él mismo ha reconocido[5], se refugió en la escritura de sus pensamientos; pero no se dedicó a las pequeñas cuestiones, ni a los contratos privados ni a los asuntos en los que se ocupaban los demás sofistas de su tiempo, sino a las relaciones de los griegos con el Imperio Persa, pues de ellas dependía que las ciudades vivieran mejor y que los particulares progresaran en la virtud. Todo esto lo escribe el propio Isócrates en el *Panatenaico*[6] hablando de sí mismo.

---

[3] Terámenes (c. 455-404), orador y político ateniense, fue discípulo de Pródico (cf. ATENEO, *Deipnosofistas* V 62, 15; *Suda*, s. v. «*Thērámenēs*» = theta 342) y maestro de Isócrates (cf. Ps. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 836F); participó en los gobiernos oligárquicos de los Cuatrocientos y de los Treinta; su actitud moderada le acarreó la hostilidad de sus propios compañeros más extremistas, pues fueron los Treinta, incitados por Critias, quienes lo condenaron a muerte (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 15-56; acerca de los Treinta véase n. a *Lis.* 32, 1).

[4] Cf. *Panatenaico* 10; *Filipo* 81; *Carta a los magistrados de Mitilene* 7.

[5] Las afirmaciones que hace Dionisio en este parágrafo (§ 1, 3), a pesar de lo que dice algo más abajo, no son palabras literales de Isócrates, si bien las conclusiones sí se ajustan a lo que escribe Isócrates en el *Panatenaico* XII 11.

[6] Cf. *Panatenaico* XII 1-3; 10-11; etc.

Tras adquirir de los sofistas del círculo de Gorgias y de 4
Protágoras[7] una práctica confusa de los discursos, fue el primero que se apartó de las cuestiones sobre erística y sobre la naturaleza para dedicarse a los temas políticos; y se esforzó y perseveró en esa sabiduría, que, como dice él mismo, otorga a quienes la aprenden la posibilidad de decidir, de decir y de hacer lo más conveniente[8].

Fue el más ilustre de los que florecieron en su tiempo y 5
educó a los jóvenes más ricos y poderosos de Atenas y del resto de Grecia. De ellos unos llegaron a ser los mejores en el género judicial, otros destacaron en el discurso público y en la práctica política y otros escribieron los acontecimien-
tos entre griegos y bárbaros[9]. Isócrates fundó su propia es- 6
cuela que, a imagen de Atenas con sus colonias, se iba difundiendo a la par que sus discursos[10], de modo que ganó más dinero que cualquiera de los que se enriquecieron con la filosofía. Murió durante el arcontado de Querónides, pocos días después de la batalla de Queronea, a los noventa y

[7] Protágoras de Abdera *(c.* 490-410), autor de la célebre frase «el hombre es la medida de todas las cosas», es otro ilustre sofista que dio título a un diálogo de PLATÓN. Se ocupó más de la dialéctica que de la retórica y escribió un tratado sobre la *Técnica erística* (cf. DIÓGENES LAERCIO, IX 55).

[8] Cf. *Elogio de Helena* X 1-5; *Contra los sofistas* XIII pássim; *Sobre el intercambio de haciendas (antídosis)* XV 267-269; etc.

[9] Se dice que tuvo hasta cien discípulos, entre ellos: los oradores áticos Licurgo, Hiperides, Iseo y Esquines; los historiadores Cefisodoro de Atenas, Teopompo de Quíos y Éforo de Cime; el poeta trágico Teodectes de Faselide; el político ateniense Timoteo, hijo de Conón; etc. (cf. *Iseo* 19, 4; PS.-PLUTARCO, *Vidas de los sofistas* 837C; etc.).

[10] CICERÓN dirá que, igual que del caballo de Troya salían héroes, de la escuela de Isócrates salían *principes* (cf. *Sobre el orador* II 94). El propio Isócrates se siente orgulloso de su labor docente y de las excelentes relaciones que mantenía con sus numerosos discípulos (cf. *Sobre el intercambio de haciendas* XV 87-88).

ocho años de edad, cuando decidió poner fin a su vida al mismo tiempo que morían los mejores de la ciudad, pues no estaba claro qué suerte reservaría Filipo a los griegos después de hacerse con el poder de Grecia[11].

Esta ha sido una recapitulación de las noticias que la tradición nos ha conservado sobre Isócrates.

El estilo de Isócrates

2 La expresión que emplea Isócrates posee las siguientes características: es tan pura como la de Lisias, no contiene ninguna palabra al azar y es muy escrupulosa con el dialecto, que era el
2 común y habitual de todos. Su expresión también evita ese mal gusto por los términos anticuados o llamativos; pero se aleja un poco de la de Lisias en el lenguaje figurado, que Isócrates incorpora con moderación. Además tiene una claridad y una viveza comparable a la de Lisias, refleja la hon-
3 radez del orador[12] y es convincente. Sin embargo, no es condensada, como la de aquél, ni está tan bien forjada ni adaptada a los debates judiciales, sino que es mucho más inconexa y diluida; y tampoco es tan concisa, sino desleída y más lenta de lo conveniente. Un poco más adelante explicaré por qué le pasa esto[13].

---

[11] Con la derrota de Queronea en el 338 a. C. los atenienses, y todos los griegos, quedaron sometidos a Filipo de Macedonia. Filipo, en contra de lo que todos esperaban, respetó la ciudad de Atenas, y con ello se granjeó la simpatía de los atenienses a la vez que lograba el desprestigio de sus enemigos tradicionales, como Demóstenes, que había vaticinado la ruina total de Atenas en caso de derrota. Se dice que Isócrates, cuando supo de la derrota, dejó de comer y al cuarto día murió, a la edad de noventa y ocho años (cf. Ps. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 837E).

[12] Se dice que el estilo de un orador posee una expresión «ética» *(léxis ēthikḗ)*, cuando queda de manifiesto el carácter honrado del que pronuncia el discurso (o lo hace aparecer así); véase n. a *Lis.* 19, 1.

[13] Véase § 3, 3.

La disposición de las palabras

En la disposición de las palabras tampoco demuestra Isócrates la naturalidad, la sencillez y la combatividad de Lisias, porque su expresión es más elaborada y cae en una solemnidad pomposa y abigarrada, a veces más elegante que la de Lisias, pero otras demasiado recargada. Pues este orador persigue ante todo la bella elocución y tiene como meta el hablar con elegancia antes que con sencillez. 4

Trata de evitar el encuentro entre vocales, porque piensa 5
que el hiato[14] rompe la armonía de los sonidos y estropea la uniformidad de la cadena hablada. Intenta expresar los pensamientos con oraciones subordinadas y ritmos cíclicos que no distan mucho del verso poético: son más adecuadas para la lectura que para la práctica pública. De hecho sus discur- 6
sos pueden servir para hacer exhibiciones ante una multitud festiva o para tener a mano un tema de estudio; pero no re-

[14] Aquí Dionisio no menciona el hiato con el término griego *anakopḗ* (cf. *Dem.* 38, 4) o *tà synkroúmena phōnḗenta,* «las vocales que chocan» (cf. *Dem.* 4, 4; 43, 4 y 9) o *symbolḕ tôn phōnēéntōn* «choque de las vocales» (cf. *Dem.* 40, 3), sino que habla de *hai parálleloi théseis tôn phōnēéntōn,* «las posiciones concurrentes de las vocales». Muchos autores griegos, entre ellos Isócrates, Demóstenes y Teopompo, evitaban el hiato, mientras otros, como Tucídides y Platón, lo usaban con profusión (cf. *Dem.* 4, 4; *Comp.* 22, 44; *Im.* 3, 11; Cicerón, *El orador* 151). Para evitar el hiato los autores griegos recurrían a diversos métodos: cambiaban la disposición de las palabras, las sustituían por sinónimos y, si no había más remedio, elidían la vocal final —muy rara vez la inicial— o, en ciertas formas gramaticales, añadían una «ny» a la vocal final. Evitar el hiato totalmente indica cierta artificiosidad, mientras su uso moderado era signo de naturalidad (cf. Cicerón, *El orador* 77; Hermógenes, *Sobre las formas de estilo* 232). El hiato es característico de la armonía áspera o claveteada (cf. *Dem.* 38, 4). Esta es la primera vez que Dionisio menciona el tema de la armonía que se produce por el contacto de las palabras, asunto que luego estudiará ampliamente en el tratado *Comp.*, cuya traducción literal sería «*Sobre la disposición de las palabras*».

sistirían los debates de las asambleas y los tribunales. Y la causa es que en estos discursos debe haber mucha pasión,
7 mas la subordinación admite muy mal lo pasional. Las asonancias, los paralelismos, las antítesis y toda clase de adornos con figuras semejantes son muy frecuentes en él, y muchas veces perjudican los otros aspectos de la composición y hacen sufrir a nuestros oídos[15].

Abuso de las figuras

3 Siendo tres en suma las cualidades que, según dice Teofrasto[16], dan grandeza, gravedad y elegancia a la expresión —a saber, la elección de las palabras, la armonía que surge de su su disposición y las figuras que las adornan—, Isócrates elige muy bien las palabras y las dispone de la mejor manera; pero, para conseguir la eufonía musical, configura la oración de un modo artificioso y crea figuras cargantes, de modo que en la mayoría de las ocasiones resulta frío, ya sea por ir demasiado lejos en el empleo de las figuras ya sea porque no son las más adecuadas a los hechos, pues Isócrates no sabe controlarse en su utilización.

2 Todo esto hace que en muchas ocasiones su expresión sea demasiado larga —me refiero a que acomoda todos los pensamientos a interminables subordinaciones, a que construye esas oraciones con el mismo tipo de figuras y a que persigue ante todo la belleza rítmica—. Sin embargo, no todas las frases admiten la misma longitud, ni idénticas figuras ni igual ritmo, de modo que es forzoso echar mano de expresiones de relleno que nada aportan y alargan el discur-
3 so inútilmente. No digo que Isócrates haga esto continuamente (no estoy tan loco; pues algunas veces dispone las palabras con sencillez, fragmenta los períodos con elegancia y

[15] Cf. *infra* § 11, 2; 14, 1.

[16] *Fr.* 5 SCHMIDT.

evita las figuras artificiosas y cargantes, especialmente en los discursos deliberativos y judiciales); pero he dicho los defectos más comunes sobre su estilo, que se deben sobre todo a que es esclavo del ritmo y de los períodos circulares[17] y a que basa la belleza de la exposición en los adornos.

Falta de gracia

Precisamente por lo que acabo de 4
decir afirmo que la expresión de Isócrates va detrás de la de Lisias, y también en cuanto a la gracia. Sin embargo, Isócrates posee un estilo florido como ningún otro y arrastra con placer a los oyentes; pero carece de la gracia de Lisias. Está tan detrás en esta virtud, como lejos está de un cuerpo bello por naturaleza aquel que está recargado de adornos superfluos. La expresión de Lisias produce gracia de forma natural, mientras la de Isócrates lo intenta. En estas virtudes, al menos en mi opinión, 5
queda detrás de Lisias.

Estilo elevado

Pero Isócrates va por delante en las virtudes que voy a decir. Utiliza un estilo más elevado que aquél, y es mucho más grandilocuente y más digno. Es admirable y grandioso el nivel 6
de los recursos empleados por Isócrates, más propio de la naturaleza de los héroes que de los hombres. Me parece que no sería un disparate si alguien comparara la oratoria de Isócrates con el arte de Policleto y Fidias[18] por su solemnidad,

---

[17] Dionisio no se refiere tanto a la epanadiplosis —figura que consiste en empezar y terminar la oración con la misma palabra—, como a la repetición de oraciones con la misma estructura, «paralelismo» *(parísōsis)*. Volverá a reprochar este defecto a Isócrates y a sus seguidores (cf. *Comp.* 19, 13-14).

[18] Dionisio compara con frecuencia al orador con el escultor (véase Introducción, apartado 4). De sobra conocidos son estos dos escultores. Fi-

suma maestría y dignidad, y la de Lisias, por su delicadeza y
7 gracia, con el arte de Cálamis y Calímaco[19]. Y del mismo modo que, de ellos, unos salen más airosos que los otros en las obras menores y humanas, y los otros están más dotados para las obras mayores y más divinas, así también, de estos dos oradores, uno se muestra más sabio en los pequeños asuntos y otro más excelso en los grandes: quizá porque uno es más altivo por naturaleza o, si no, porque deliberadamente busca ante todo lo grave y lo admirable.

Esto en cuanto a la expresión de Isócrates.

El tratamiento de los hechos

4 Y en el aspecto del tratamiento de los hechos unas veces está a la altura de Lisias y otras veces es superior.

La invención de los argumentos para acoplarlos a cada hecho es en Isócrates fértil, sólida y no queda detrás de la de Lisias. Y la selección de los mismos se hace también con gran sensatez.
2 Pero el orden de los hechos y su división en apartados, la elaboración de los epiqueremas, la forma de evitar el aburrimiento —con cambios inauditos en la narración y digresiones exóticas— y todos los demás recursos que son exce-

dias (Atenas, c. 500-430 a. C.), amigo de Pericles, fue el autor de los frisos del Partenón y de varias estatuas gigantescas en oro y marfil, como las célebres de Atenea y de Zeus, todas ellas perdidas. Y Policleto de Argos, algo más joven que Fidias, es el autor del Doríforo; escribió también un famoso tratado de influencia pitagórica sobre el canon de belleza (cf. Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino* 9; *Sobre la danza* 75; Galeno, *Sobre temperamentos* I 566; etc.).

[19] Escultores menos conocidos, ambos de s. v a. C. Cálamis es autor de obras menores, aunque también de una incomparable y enigmática Sosandra que cita sólo Luciano (cf. *Imágenes* 4-6). En cuanto a Calímaco, autor de una ingeniosa lámpara de oro para una imagen de la diosa Atenea, destacaba más por su habilidad y preciosismo que por su talento artístico (cf. Pausanias, I 26, 7).

lentes para la distribución de los hechos son mejores en Isócrates y más efectivos; pero especialmente se muestra superior en la elección de los discursos a los que se dedicó y en la belleza de los temas que trató.

Por todo ello, los que se apliquen a su estudio no solo se 3
harán expertos en hablar sino que también ennoblecerán sus caracteres y serán útiles a su familia, a su ciudad y a toda Grecia. Pues lo más importante es que siempre se puede encontrar en los discursos de Isócrates enseñanzas para la virtud. Yo al menos afirmo que es necesario que los que de- 4
seen ejercer una influencia política total, y no solamente a medias, deben actuar guiados de la mano de este orador. Y si alguien estudia la verdadera filosofía[20] y ama no solo la parte teórica de ella sino también la práctica y, de acuerdo con estos ideales, no piensa elegir una vida fácil sino una que sea útil a muchos, le aconsejaría que siguiera las opciones que eligió este orador.

El «Panegírico»

¿Quién no sería amante de su ciu- 5
dad y de su pueblo y quién no se dedicaría al ejercicio de la política honrada después de leer el *Panegírico*[21] de Isócrates? En este discurso, al enu- 2

[20] Cf. *Or. ant.* 1, 2 y n.

[21] Isócrates, como antes hicieron Gorgias y Lisias, también compuso un discurso olímpico (fue para la Olimpíada del año 380 a. C.; así pues, los tres discursos se pronunciaron entre el 392 y el 380; cf. *Lis.* 29, 1 y n.). Isócrates, ante la influencia cada vez mayor de Esparta sobre la política griega, recuerda las virtudes de los antiguos atenienses que vencieron a los persas y pide a sus conciudadanos que, siguiendo el ejemplo de aquéllos, tomen el mando de todos los griegos y vayan unidos contra el rey persa. Según la tradición, habría tardado diez o quince años en redactar este discurso olímpico: quizá comenzó cuando Gorgias pronunció el suyo (cf. Ps. Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 837F; *Sobre la gloria de los atenienses* 350E).

merar las virtudes de los antiguos[22], dice que los que liberaron a Grecia de los bárbaros no solo eran expertos en la guerra, sino también nobles de carácter, amantes de la gloria y sensatos; pues se preocupaban más de los asuntos comunes que de los privados, ansiaban menos los bienes ajenos que las hazañas imposibles y no medían la felicidad por el dinero sino por la buena fama, convencidos de que así dejarían un gran tesoro a sus hijos y una fama irreprochable entre los
3 hombres. Creían que una muerte ejemplar era mejor que una vida sin gloria y no se preocupaban de si las leyes los iban a proteger bien y escrupulosamente, sino cómo la moderación en los asuntos de cada día no se iba a apartar un ápice de las tradiciones ancestrales. Y mantenían unas relaciones entre ellos tan nobles y cívicas, que proponían competiciones para ver quiénes hacían más cosas buenas para la ciudad y no quiénes iban a gobernar sobre los demás ciudadanos tras
4 eliminar a los adversarios. Y con ese mismo espíritu y mostrando su preocupación por Grecia se atraían a las demás ciudades; y las mantenían de su parte más por la persuasión de las buenas obras que por la fuerza de las armas, porque para aquellos las palabras eran más fiables que los juramentos de hoy, pues tenían en mayor consideración permanecer fiel por cumplir los pactos que porque la necesidad los forzara. Y en cuanto a los vencidos creían que debían guardar hacia aquéllos la misma consideración que les hubiera gustado que los vencedores tuvieran con ellos mismos. Provistos de tan elevados pensamientos consideraban sus ciudades como un asunto propio y habitaban Grecia considerándola la patria común de todos ellos.

[22] Dionisio hace una paráfrasis del pasaje del *Panegírico* 76-81.

El «Filipo»

¿Qué hombre que goce de poder y 6
que tenga bajo su mando un ejército no se deleitaría con lo que Isócrates dejó escrito[23] para Filipo de Macedonia? En ese escrito considera que un estadista como él, señor de tan gran ejército, debería reconciliar las ciudades[24] que estaban enemistadas en vez de incitarlas a pelear unas contra otras, y así hacer una gran Grecia de pequeña como era y, desdeñando alcanzar gloria en asuntos insignificantes, dedicarse a tal empresa: si tenía éxito, sería reconocido como el más ilustre de todos los generales y, si fracasaba, se ganaría la simpatía de los griegos[25]. Además, quienes se ganan las simpatías son más envidiados que
los que asolan grandes ciudades y muchas regiones. Más 2
aún, le aconsejaba emular el comportamiento de Heracles[26] y de cuantos jefes combatieron del lado griego contra los bárbaros[27]. Afirma que quienes quieran distinguirse de los de-

---

[23] Se trata del discurso V, *Filipo,* publicado en el año 346 a. C., dos años después de que Filipo, que había tomado y destruido Olinto, y Atenas firmaran la paz de Filócrates, en la que habían intervenido Demóstenes y Esquines como embajadores atenienses. Isócrates, desengañado de la política ateniense, propone a Filipo que pacifique las ciudades griegas y dirija una expedición contra los persas, algo que después hizo su hijo Alejandro.

[24] Cf. *Filipo* 30.

[25] Cf. *Filipo* 68.

[26] Cf. *Filipo* 111 ss.

[27] Isócrates alude al lacedemonio Clearco, que en el 401 a. C. reclutó un gran ejercito griego para apoyar al joven Ciro en sus pretensiones de conseguir el trono persa, la llamada expedición de los «Diez mil» (cf. *Filipo* 90 ss.; *Panegírico* 145-149); al rey espartano Agesilao, que en el 395 a. C. saqueó las regiones persas al oeste del río Halis (cf. *Filipo* 86-87; *Panegírico* 144; Jenofonte, *Helénicas* III 4, 20-24); y, especialmente, a Jasón, tirano de Feras, Tesalia, entre los años 380-370 a. C., que amenazó con una expedición contra los persas y es un claro precursor de Filipo (cf. *Filipo* 119; Jenofonte, *Helénicas* VI 1, 12).

más deben elegir empresas grandiosas y ejecutarlas con valor, conscientes de que tenemos un cuerpo mortal, pero que podemos hacernos inmortales por el valor[28]; y también de que nos indignamos con los que se muestran insaciables en cualquier otro vicio, pero que alabamos a los que pretenden acrecentar su gloria[29]; y que es verdad que muchas veces sucede que los enemigos se adueñan de todo aquello que es objeto de los afanes humanos, como la riqueza, el poder y el linaje, pero solo los descendientes de cada uno pueden heredar nuestra virtud y el afecto popular[30].

3 Es, pues, absolutamente forzoso que los gobernantes que lean estas cosas se vayan llenando más y más de sensatez y deseen con más fuerza la virtud.

El «Sobre la paz»

7 ¿Y qué discurso empujaría más hacia la justicia y hacia la piedad a cada hombre en su vida privada y a cada ciudad en la vida pública que el *Sobre la paz*[31]? En ese discurso persuade a los atenienses a no ambicionar territorios ajenos, a contentarse con las posesiones del momento[32], a cuidar de las pequeñas ciudades como si fueran joyas y a intentar conservar a los aliados con buenas acciones y no con coacciones o
2 violencia[33]; y a imitar a los antepasados, pero no a los que

---

[28] Cf. *Filipo* 134.

[29] Cf. *Filipo* 135.

[30] Cf. *Filipo* 136.

[31] Isócrates publicó el discurso *Sobre la paz* (VIII) en el 356 a. C., cuando, convencido de que lo más importante era, primero, acabar con las guerras entre griegos y, ya después, buscar quién podría liderar al los griegos en la lucha contra el rey persa, propone a los atenienses que pongan de inmediato fin a la llamada Guerra Social, de tan funesto desenlace para los atenienses (véase n. a *Lis.* 12, 7).

[32] Cf. *Sobre la paz* 6-7.

[33] Cf. *Sobre la paz* 134.

antes de la guerra contra Decelia[34] estuvieron a punto de destruir la ciudad, sino a los que antes de la guerra contra los persas vivieron practicando una honradez ejemplar[35]. Muestra Isócrates que no son las grandes escuadras de trirremes ni los griegos gobernados por la fuerza los que hacen grande la ciudad, sino las decisiones justas y el socorrer a los que sufren injusticias. Los exhorta a ganarse para la ciu- 3
dad la buena voluntad de los griegos, pues considera esta virtud la más importante para alcanzar la felicidad; y a ser belicosos en los preparativos y en los ejercicios militares, pero pacíficos para no cometer ninguna injusticia contra nadie[36]. Enseña que para la riqueza, la gloria y, en suma, para la felicidad no hay nada que proporcione tanta fuerza como la virtud en todas sus formas. Y censuraba a los que no 4
aprobaban estas ideas porque consideraban que la injusticia era lucrativa y útil para la vida diaria, mientras que la justicia era un inconveniente y resultaba más beneficiosa para los demás que para los que la practicaban[37].

No sé si alguien podría decir palabras mejores, más ver- 5
daderas o más convenientes para la filosofía que éstas[38].

---

[34] Cf. *Sobre la paz* 37 y 84. Decelia, región situada a unos 20 km al norte de Atenas, fue ocupada y fortificada por los espartanos en el 413 a. C. Desde allí atacaban Atenas y dificultaban sus comunicaciones terrestres, lo que supuso un grave quebranto material y psicológico para los atenienses (cf. Tucídides, VII 19, 1-3; 27-28). Quienes estuvieron a punto de destruir la ciudad fueron los que unos años antes, en el 415, convencieron al pueblo para enviar una expedición a Sicilia que resultó desastrosa (cf. *Lis.* 1, 2 y n.).

[35] Cf. *Sobre la paz* 74-76.

[36] Cf. *Sobre la paz* 29-30; 136-7.

[37] Cf. *Sobre la paz* 31-32.

[38] En verdad son principios éticos que ya enseñó Sócrates (cf. § 15, 2 y n.).

El «Areopagítico»

8 ¿Quién leyendo el discurso *Areopagítico*[39] no se volvería más moderado? ¿Quién no admiraría el proyecto
2 del orador? Isócrates se atrevió a hablar a los atenienses de la constitución declarando que merecía la pena cambiar el sistema democrático establecido entonces, puesto que causaba grandes males a la ciudad y tampoco ninguno de los demagogos se atrevía a defenderlo. Por eso Isócrates, viendo que la democracia había llegado a tal grado de desorden que ni siquiera los magistrados se imponían a los particulares, sino que cada uno hacía y decía lo que le daba la gana, y que decir las cosas más inoportunas era considerado por todos un derecho democrático[40], propone a los atenienses restaurar la consti-
3 tución establecida por Solón y Clístenes[41]. Al explicar los valores y los principios éticos de aquel sistema decía que

---

[39] El *Areopagítico* (VII) no es un discurso pronunciado ante el Areópago (recordemos que Isócrates no pronunció ningún discurso) sino un escrito publicado en torno al 355 a. C. (poco después del *Sobre la paz)* en el que propone una reforma constitucional que devuelva al Areópago el antiguo papel que tuvo desde el s. VI a. C., cuando estaba integrado de forma vitalicia por miembros de las más ilustres familias atenienses y gozaba de amplios poderes; pero el Areópago fue perdiendo importancia con las sucesivas reformas. La finalidad última de este discurso ha sido muy discutida, pues es una propuesta contra el sistema democrático, pero, al mismo tiempo, pretendía con ella poner fin a las maniobras golpistas de los oligarcas.

[40] Cf. *Areopagítico* 20.

[41] Cf. *Areopagítico* 16. Solón (c. 640-560), legislador y poeta ateniense, introdujo grandes reformas sociales y políticas que evitaron enfrentamientos entre los aristócratas y los campesinos, pero que con el tiempo se revelaron como poco eficaces. Y Clístenes fue autor, entre el 508 y el 506 a. C., de unas reformas políticas fundamentales para Atenas, que posibilitaron, por primera vez en la historia, el paso de un sistema oligárquico —en el que irrumpía a veces algún tirano— a un sistema democrático.

los hombres de entonces consideraban más terrible contradecir y criticar a los ancianos (que hoy tratar irrespetuosamente a los padres)[42]; que pensaban que la democracia no es libertinaje sino sensatez[43]; que la libertad no consiste en despreciar a los magistrados sino en cumplir las órdenes; que creían que no había que dejar ningún poder en manos de personas irresponsables, sino entregar los cargos a los mejores, porque suponían que los demás serían tal como fueran
los que administraban la ciudad[44]; que, en vez de acrecentar 4
sus haciendas privadas con los bienes públicos, aquellos hombres gastaban sus propias riquezas en los asuntos comunes[45]; que, además de todo esto, los padres prestaban más atención a sus hijos cuando estaban haciéndose hombres que mientras eran niños, en la idea de que la comunidad no sacaría tanto provecho de cómo fuera la educación infantil como de la sensatez que alcanzaran sus jóvenes[46];
que creían que un comportamiento honesto era más impor- 5
tante que una legislación estricta[47], pues no intentaban apartar con duras penas a los que cometían una falta, sino que cuidaban de que nadie mereciera un castigo[48]; que también pensaban que la patria debía gozar de grandes poderes, pero que a los particulares no debía estarles permitido hacer nada de lo que prohibían las leyes; y que había que ser fuerte en los peligros y no dejarse abatir en las desgracias.

---

[42] Cf. *Areopagítico* 49.
[43] Cf. *Areopagítico* 20.
[44] Cf. *Areopagítico* 22.
[45] Cf. *Areopagítico* 24.
[46] Cf. *Areopagítico* 37.
[47] Cf. *Areopagítico* 39-40.
[48] Cf. *Areopagítico* 42.

El «Arquidamo»

9 ¿Quién podría persuadir mejor que este orador a una ciudad y a sus hombres, con tantos y tan variados argumentos, como hizo sobre todo en el discurso que escribió a los lacedemonios y que lleva el título de *Arquidamo*[49], donde defiende la tesis de que no había que dejar Mesenia en manos de Beocia
2 ni aceptar las propuestas de los enemigos? Pues para los lacedemonios había sido un fracaso la batalla de Leuctra[50] así como otros muchos enfrentamientos ocurridos después de aquella derrota[51]; y, mientras el papel político de los tebanos crecía y llegaba a un poder enorme, la situación de Esparta

---

[49] No sabemos si el discurso VI, *Arquidamo*, fue un mero ejercicio retórico o un discurso auténtico que Isócrates escribió para que el rey Arquidamo lo pronunciara ante los espartanos (sobre este rey, véase n. al § 9, 3). Su composición se fecha en el 366 a. C., pocos años después de la batalla de Leuctra (véase n. siguiente).

[50] En Leuctra (Beocia) el ejército tebano, reforzado en el ala izquierda por el «Batallón Sagrado» de Pelópidas, derrotó por primera vez en la historia a la infantería espartana, que quedó totalmente destrozada (371 a. C.), un tremendo golpe del que Esparta nunca se repuso y dio la hegemonía griega a los tebanos. Los atenienses se habían mantenido al margen, aunque formalmente eran aliados de los tebanos frente a sus enemigos de siempre, los espartanos. En seguida los tebanos se dispusieron a apoyar a los enemigos tradicionales de Esparta y, entre las condiciones de paz, propusieron reconstruir Mesenia e independizarla de los espartanos, lo que suponía dejar a Esparta sin suministros, pues Mesenia era un granero gratuito para los espartanos (véase n. a § 9, 4). Isócrates, que nunca vio bien a los beocios (cf. *Plateense* 26-32), se declara partidario de no aceptar las condiciones de los tebanos.

[51] Después de la batalla de Leuctra, Epaminondas se paseó con el ejército tebano por todo el Peloponeso deponiendo de las ciudades a todos los gobiernos proespartanos, e incluso se presentó ante la misma Esparta (370 a. C.), que carecía de murallas —los espartanos nunca se imaginaron que un ejército extranjero pudiera presentarse ante Esparta y sitiar la ciudad—, aunque no llegó a tomarla. En el año 368 Epaminondas realizó una segunda incursión en el Peloponeso arrasando numerosas ciudades y territorios.

se había vuelto humillante e impropia de la hegemonía de antaño. Esparta, con el fin de alcanzar la paz, acabó por cuestionarse si era preciso desprenderse de Mesenia, pues tal condición le habían impuesto los beocios. Pero Isócrates, 3
viendo que aquella ciudad iba a tomar una decisión indigna de sus antepasados, compuso este discurso para Arquidamo, que entonces era un muchacho y aún no era rey[52], pero que tenía muchas probabilidades de alcanzar ese honor.

En ese discurso Isócrates explica primero que los lace- 4
demonios poseían Mesenia con toda justicia, habiéndosela entregado los hijos de Cresfontes[53], cuando fueron expulsa-

---

[52] Arquidamo III (c. 400-338 a. C.), de la casa real de los Euripóntidas, tomó el mando del ejército espartano mientras su padre, el rey Agesilao II, estuvo enfermo (cf. Jenofonte, *Helénicas* V 4, 58; VI 4, 18). Pero Arquidamo no fue elegido rey hasta el 361 a. C., cinco años después de la composición de este discurso.

[53] Cf. *Arquidamo* 22-23. Según el mito, cuando los Heraclidas regresaron al Peloponeso, expulsaron a los dos reyes locales: a Tisámeno, rey de los lacedemonios, hijo de Orestes y nieto de Agamenón, y a Alcmeón, hijo de Néstor y rey de Mesenia. Entonces los Heraclidas sortearon los reinos entre los tres hijos de Aristómaco: a Témeno le tocó Argos; los hijos mellizos de Aristodemo, Procles y Eurístenes, se quedaron con Esparta, pues Aristodemo ya había fallecido —de ahí la diarquía espartana de los euripóntidas y los Agiadas—; y Cresfontes quedó como rey de los mesenios. Pero Cresfontes y sus hijos, excepto Épito, que en ese momento estaba con su abuelo en Arcadia, fueron asesinados por un grupo de aristócratas mesenios acaudillados por Polifontes, otro Heraclida. Polifontes desposó a la reina viuda y se proclamó rey. Pero, cuando Épito se hizo mayor, regresó desde Arcadia y, con el apoyo de sus primos —Istmio, hijo de Témeno y rey de Argos, y Procles y Eurístenes, reyes de Esparta—, mató a Polifontes y a los demás asesinos de su padre y recuperó el trono. La ayuda que prestaron los lacedemonios a Épito explicaría, según Isócrates, el derecho de Esparta a quedarse con Mesenia; sin embargo, otros autores no mencionan el oráculo del dios del que habla Isócrates y dan otros motivos muy diferentes como causa del conflicto entre lacedemonios y mesenios (cf. Pausanias, II 18, 7-9; IV 3, 3-8; Apolodoro, *Biblioteca* II 8, 4-5; Higino, *Fábulas* 137). El hecho fue que a finales del s. viii a. C. los espartanos

dos del poder y el dios ordenó a los lacedemonios admitir y vengar a los agraviados, sancionando que Mesenia les pertenecía como posesión de guerra, y el tiempo la había con-
5 firmado como una posesión sólida y segura. Les hace ver Isócrates que para los mesenios, que hasta entonces solo habían sido esclavos e ilotas, su ciudad se iba a convertir en fortaleza y refugio. Les describe los peligros que habían soportado sus antepasados por la hegemonía, les recuerda la fama que habían alcanzado entre los griegos con aquellas guerras y les anima a no dejarse abatir en las desgracias ni a desesperar de futuros cambios, conscientes de que muchos, que ya antes tuvieron más poder que los tebanos, fueron derrotados por enemigos más débiles y que otros muchos, que tuvieron que permanecer encerrados dentro de su ciudad sitiada sufriendo desastres mayores que los lacedemonios,
6 destruyeron a los ejércitos que los asediaban[54]. Y pone como ejemplo la ciudad de Atenas que, gozando de una gran prosperidad, fue devastada y estuvo muy cerca de desaparecer por no hacer lo que le ordenaban los bárbaros[55]. Les exhorta a ser fuertes en la situación presente y les anima a confiar en el futuro, pues debían saber que las ciudades superan tales desgracias con un sistema político honesto y la experiencia de las guerras, en las que Esparta destacaba por en-
7 cima de las demás ciudades. En opinión de Isócrates no son los que están en una mala situación quienes deben desear la

conquistaron Mesenia y desde entonces se convirtió por la fuerza en el granero de Esparta; pero a los espartanos les costó muchas guerras mantenerla bajo su dominio. Cuatro siglos después Epaminondas devolvería la libertad a los mesenios.

[54] Cf. *Arquidamo* 40.

[55] Cf. *Arquidamo* 43. Los atenienses, a diferencia de otros griegos, se negaron a dar la tierra y el agua al rey persa Darío en señal de sumisión (cf. HERÓDOTO, VI 49 y 94).

paz, pues tienen la esperanza de que un suceso imprevisto
cambie los hechos a mejor, sino aquellos que atraviesan un
momento de fortuna, pues está en peligro la conservación de
las ventajas conseguidas[56]. Añadía otros muchos argumen-
tos además de estos: por un lado, cuántas acciones deslum-
brantes durante aquellas guerras fueron llevadas a cabo en
público y en privado por los más ilustres de sus compatrio-
tas; y, por otro, qué acción tan vergonzosa se disponían a
realizar y cómo se iban a desacreditar entre los griegos. Ar-
gumentaba que, si se decidían por un enfrentamiento, de to-
das partes iban a recibir ayuda: de los dioses, de los aliados
y de todos aquellos a quienes resultaba odioso que los teba-
nos acrecentaran su poder. Señalaba Isócrates el desorden y 8
la confusión que imperaban en las ciudades desde que Gre-
cia estaba tutelada por los tebanos[57] y concluía exhortando a
los lacedemonios, si no iban a hacer ninguna de estas cosas
ni quedaba ninguna otra esperanza de salvación, a abando-
nar la ciudad. Pero les advertía que era necesario enviar a
los niños, las mujeres y al resto de la gente a Sicilia, a Italia
y a otras regiones amigas y que ellos, refugiándose en el lu-
gar mejor fortificado y más apto para el combate, debían
lanzar incursiones de saqueo contra sus enemigos por tierra
y por mar[58]. Pues —razonaba— ningún ejército se atrevería 9
a hacer frente a los mejores de los griegos en la guerra, más
aún si estaban tan desesperados ante la vida, puesto que te-
nían motivo justificado para la rabia y el noble pretexto de
la necesidad[59].

Yo no diría que Isócrates aconsejaba estas cosas sólo a 10
los lacedemonios, sino a los demás griegos y a todos los

---

[56] Cf. *Arquidamo* 50.
[57] Cf. *Arquidamo* 64-65.
[58] Cf. *Arquidamo* 73-74.
[59] Cf. *Arquidamo* 75.

hombres, y lo hacía de un modo mucho mejor que todos los filósofos, que hacen de la virtud y la belleza el fin de la vida[60].

10 Podría enumerar otros muchos discursos de este orador dirigidos a las ciudades, a los gobernantes y a los particulares, de los cuales unos exhortan al pueblo a la concordia y a la sensatez, otros empujan a los gobernantes a la moderación y al ejercicio justo del poder y otros persiguen que las vidas de los particulares sean más ordenadas —todos esos escritos ofrecen ejemplos a cada uno de cómo debe actuar—. Pero, por temor a que el discurso se me alargue más de lo conveniente, dejaré aquí este tema. Sin embargo, para que lo dicho hasta ahora resulte más comprensible, así como las diferencias que lo separan de Lisias, haré un compendio muy breve de las virtudes de ambos y pasaré después a los ejemplos.

Lisias e Isócrates

11 Decía[61] yo que la primera virtud de los discursos es la pureza de la expresión, en la que no encontraba ninguna diferencia entre uno y otro[62].
2 En segundo lugar la escrupulosidad con el dialecto habitual de entonces; y, desde mi punto de vista, esa virtud era semejante en ambos, pues constataba que los dos utilizaban los vocablos con su significado propio, esto es, palabras habituales y corrientes[63]; pero que la expresión de Isócrates incorpora recursos del lenguaje figurado, hasta
3 el punto de llegar a ser insufrible[64]. Manifesté que ambos

---

[60] Cf. supra § 1, 4; 4, 4; etc.

[61] Para esta «comparación» *(sýnkrisis)* entre Isócrates y Lisias, Dionisio sigue el orden de las virtudes que enumeraba en *Lis.* 13, 2.

[62] Cf. *Lis.* 2, 2.

[63] Cf. *Lis.* 3, 1 y 10.

[64] Cf. supra § 2, 7.

dominaban la claridad y la viveza[65]; pero pensaba que Lisias conseguía expresar los pensamientos con mayor concisión[66]. Sin embargo, en la amplificación de los hechos me parecía que Isócrates se mostraba superior[67]. Pero, en cuanto a sintetizar los pensamientos y expresarlos condensadamente, como conviene en los debates reales, reconocía que
Lisias era más adecuado[68]. En la caracterización me pare- 4
cían muy estimables los dos[69]; pero la primacía de la gracia y el placer la otorgaba sin discusión a Lisias[70]. La grandiosidad la encuentro en Isócrates[71]. En cuanto a la capacidad de convencer y a la adecuación ninguno quedaba por detrás
del otro[72]. En la disposición de las palabras consideraba a 5
Lisias más sencillo y a Isócrates más artificioso[73]; a uno lo veía como un artista que modela la verdad con más credibilidad[74], al otro como a un atleta que incorpora recursos con
más vigor. Esto decía acerca de la expresión de cada uno. 12

Después de hacer una investigación sobre la materia de los discursos, encontré que la invención en ambos era admi-
rable, y también la selección de las ideas. Pero en la forma 2
de ordenar los argumentos, en las proposiciones de los epiqueremas y en sus diferentes formas de elaboración así como en los demás aspectos del tratamientos de los hechos pensaba que Isócrates era muy superior a Lisias; pues, por la brillantez de los temas y su inclinación hacia la filosofía, en-

---

[65] Cf. *Lis.* 4 y 7.
[66] Cf. *Lis.* 4, 4 - 5, 2.
[67] Cf. *Lis.* 19, 5.
[68] Cf. *Lis.* 6, 3.
[69] Cf. *Lis.* 8, 1-4.
[70] Cf. supra § 3, 4; *Lis.* 10, 4 ss.
[71] Cf. *Lis.* 13, 4.
[72] Cf. *Lis.* 9 y 10.
[73] Cf. supra § 2, 4; *Lis.* 8, 3 - 4.
[74] Cf. *Lis.* 10, 2.

tre ambos *había más diferencia que entre un hombre y un niño*, como ha dicho Platón[75]. Y, si hay que decir toda la verdad, Isócrates sobresalió también por encima de todos los demás oradores que destacaron en este género de retórica filosófica[76].

El estilo periódico

3 Sin embargo, yo no aprobaba el desarrollo circular de los períodos ni lo pueril de las figuras del lenguaje, pues muchas veces el pensamiento es esclavo del ritmo del lenguaje y se sacrifica la verdad a cambio de la elegancia, cuando el objetivo más importante del lenguaje político y judicial es que sea
4 muy semejante al lenguaje natural. Quiere la naturaleza que la expresión se adapte a los pensamientos, y no los pensamientos a la expresión. Pues un político que habla sobre la conveniencia de la guerra o de la paz o un particular que corre el riesgo de ser sentenciado a muerte en los tribunales no sé qué provecho podría sacar con esas formas elegantes, efectistas y pueriles; pero sí sé que más bien serían causa de perjuicio. Pues cualquier motivo de gracia en un asunto serio y grave es un acto inoportuno y el más contraproducente para la compasión[77].

13 Vaya por delante ese *no son mías esas palabras*[78], ¡por Zeus!, puesto que muchos críticos, y de los antiguos, tenían esta misma opinión sobre Isócrates.

---

[75] En efecto, tal era la opinión de PLATÓN sobre Isócrates con respecto a Lisias y los demás oradores (cf. *Fedro* 279a).

[76] Sobre lo que DION. HALIC. afirma en este parágrafo (§ 12) cf. supra § 4, 1-2 y *Lis.* 15, 3-6.

[77] Un buen ejemplo serían las palabras que, según Teofrasto, pronunció Nicias en el juicio en el que fue condenado a muerte (cf. *Lis.* 14, 4-5).

[78] Frase extraída de *Melanipa la sabia* de EURÍPIDES (cf. EURÍPIDES, *Fr.* 484 NAUCK; PLATÓN, *Banquete* 177a). DIONISIO emplea esta misma frase en varias ocasiones (cf. *Dem.* 5, 6; 35, 1).

Filonico[79] el dialéctico, aunque alaba los demás recursos 2
estilísticos de este orador, censura su vacuidad y pesadez y
dice que se parece al pintor que representa todas las figuras
con los mismos vestidos y en las mismas posturas:

> En todos sus discursos yo encontraba los mismos giros estilísticos, de modo que, aunque en la mayoría de los casos aquel expresaba con arte todos los pormenores, siempre resultaban del todo inapropiados, porque no los expresaba adecuadamente a como se suponían que eran los caracteres.

Jerónimo el filósofo[80] dice que uno podría leer los dis- 3
cursos de aquél con agrado; pero que hacerlo en público ele-
vando la voz y el tono y pronunciarlos con esos adornos es-
tilísticos a la vez que con la gesticulación apropiada es del
todo imposible; pues el discurso ha perdido lo más impor- 4
tante y lo que más enardece a las muchedumbres: la pasión
y la vida. Dice que Isócrates es siempre esclavo de su estilo
uniforme y que repudia absolutamente tanto el alternar mo-
mentos de tensión con otros de relajación como el incluir
temas pasionales. En conclusión, dice que Isócrates, oculto 5
bajo la voz de un niño que lee, no podía dar ni la entona-
ción, ni la pasión ni la gesticulación adecuadas. Muchos

---

[79] Poco más sabemos de Filonico el dialéctico, de la escuela de Mégara (cf. F. Blass, *Die attische Beredsamkeit* II, Leipzig, 1887-1898, págs. 120 y 202).

[80] Jerónimo de Rodas, filósofo peripatético del s. III a. C. Su crítica se enmarca dentro de la rivalidad de las escuelas de Isócrates y Aristóteles (véase la Introducción, apartado 1). En este parágrafo (§ 13, 3-5) Dionisio está citando casi literalmente al epicúreo Filodemo de Gádara (cf. *Retórica* IV col. 16, lín. 13 - col. 17, lín. 23, ed. de Sudhaus, t. I, págs. 198-199, Leipzig, 1892). Quizá Dionisio silencie el nombre de Filodemo porque, en realidad, está ofreciendo la opinión de Jerónimo, aunque la cita la haya encontrado en una obra de Filodemo.

otros han dejado dichas cosas parecidas a estas que no necesito escribir.

6 Si se toma la propia expresión de Isócrates, se hará evidente cómo el ritmo de los períodos persigue ante todo la exquisitez y cómo la puerilidad de las figuras gira hasta el agotamiento en torno a las antítesis, los paralelismos y las
7 asonancias[81]. Y no censuro el uso de este tipo de figuras (muchos historiadores y oradores lo han usado queriendo colorear la expresión), sino el abuso.

El abuso de los períodos: el «Panegírico»

14 Afirmo que Isócrates mortifica los oídos al no utilizar estas figuras ni en la ocasión ni en el momento oportu-
2 nos. Por ejemplo, en el *Panegírico*, su famoso discurso, hay abundancia de tales usos[82]: (75) *Autores de muchísimos beneficios y merecedores de grandísimos elogios los considero*. Aquí no solo un miembro[83] es igual al otro miembro de la frase, sino que hay igualdad incluso palabra a palabra: *autores* con *merecedores*, *muchísimos* con *grandísimos* y *beneficios* con *elo-*
3 *gios*. Y de nuevo: (76) *Ni se aprovechaban como de asuntos particulares, ni se desinteresaban como de asuntos genera-*

---

[81] Cf. *Lis.* 14, 2-3; Aristóteles, *Retórica* 1410a 24-26.

[82] Los ejemplos que trae Dionisio se limitan al *Panegírico* 75-81 (sobre el *Panegírico*, véase supra § 5).

[83] El *kôlon* es cada uno de los miembros bien de una oración compuesta bien de una serie de oraciones subordinadas *(períodos)* o coordinadas *(eiroménē léxis)*; el *kôlon*, pues, coincide normalmente con lo que hoy entendemos por «oración simple» o «frase»; y cada uno de los miembros de una frase se denomina *kómma*, que puede identificarse con «sintagma». Pero estas divisiones tienen un carácter más prosódico que sintáctico, por lo que una oración simple que sea muy larga, como ocurre aquí, puede ser considerada como un *períodos* y cada uno de sus miembros, en vez de ser llamado «sintagma» *(kómma)*, será denominado *kôlon*, y de ahí que traduzcamos *kôlon* por «miembro» y no por «frase» (cf. § 20, 3).

les[84]. El segundo miembro se corresponde con el primero y
de las palabras una, *se aprovechaban*, se opone a la otra, *se
desinteresaban*, y *particulares* a *generales*. A continuación
añade: *Sino que se ocupaban de ellos como de asuntos familiares
y se apartaban, como convenía, de los que nada les
concernían.* Pues a su vez opone a *se ocupaban* el *se apartaban*
y a *familiares* el *nada les concernían*. Pero esto aún 4
no le parecía suficiente, pues de nuevo en el período que sigue
contrapone al *quien a lo más alto se va a encumbrar*
con el siguiente miembro, *y a los hijos gran fama va a dejar*;
(77) y al *ni aplaudían las insolencias entre ellos* le adjunta
ni contra sí mismos cometían imprudencias. Y sin dejar
un mínimo respiro añade a esto: *sino que consideraban
más terrible sufrir deshonor de parte de sus conciudadanos
que morir con honor en defensa de la patria*. Así de nuevo
contrapone a *deshonor* el *honor* y a *sufrir* el análogo *morir*.

Si se moderara hasta este punto, sería soportable; pero 5
Isócrates no va a cejar. Pues en el siguiente período añade:
(78) *Los buenos hombres no necesitan largos escritos, sino
unas breves palabras, para ponerse de acuerdo en los asuntos
públicos y privados.* El *escritos* y *palabras* son equivalentes,
mientras *largos* y *breves* y *públicos* y *privados* son
opuestos[85]. Entonces, como si todavía no hubiera empleado 6
ninguna de estas figuras, inundará el discurso de multitud de
paralelismos, añadiendo esto: (80) *Vivían cuidando de los
demás, pero no ultrajando a los griegos; consideraban que
había que organizarlos en la guerra pero no tiranizarlos;
deseaban más ser llamados directores que opresores o ser*

---

84 En vez de «particulares» y «generales» una traducción más exacta sería «privados» y «ajenos», pero se habría perdido la asonancia.

85 En griego las tres parejas son respectivamente: *grammátōn* y *synthēmátōn; pollôn* y *olígōn; koinôn* e *idíōn*.

proclamados salvadores que destructores; se atraían las ciudades porque hacían el bien, pero no las sometían por la fuerza; (81) *para aquéllos un ofrecimiento de palabra era más fiable que cualquier juramento de hoy, y consideraban los pactos como acuerdos de necesario cumplimiento.*

7 ¿Qué necesidad hay de alargar la exposición enumerando cada detalle? Isócrates ha realzado casi todo el discurso con tales figuras. Sin embargo, los discursos escritos al final de su vida son menos pueriles —en mi opinión esos discursos con el tiempo habrían adquirido finalmente la madurez[86]—. Pero sobre todo esto baste lo dicho hasta aquí.

Isócrates, «Sobre la paz»

15 Hora sería de tomar ejemplos y mostrar con ellos cuál es la fuerza de este orador. Pero resulta imposible en tan poco tiempo enseñar todas las cuestiones que plantea y todas las clases de discursos. Es suficiente con elegir una arenga y un discurso judicial.

2 Sea el discurso deliberativo aquel en que Isócrates exhorta a los atenienses a finalizar la guerra llamada de los Aliados[87], que contra ellos libraban los de Quíos, los de Rodas y los aliados de estos, y a poner fin a sus ambiciones y al afán de conseguir la hegemonía por tierra y por mar, enseñando que la justicia no solo es mejor que la injusticia sino más provechosa[88].

[86] Dionisio se contradice con lo que dirá más adelante (cf. § 20, 1 y n.), pues afirma que Isócrates en el *Trapecítico*, uno de sus primeros discursos, hace un uso moderado de las figuras y demás adornos de la expresión.

[87] Véase n. a *Lis.* 12, 7.

[88] Que la justicia es mejor que la injusticia, hasta el punto de que es mejor sufrirla que cometerla, es una idea socrática (cf. Platón, *Gorgias* 469c; 475b; etc.).

El estilo desleído y la lentitud en el desarrollo, así como 3
el preciosismo de los períodos, los encontramos también en estos dos discursos; pero se recurre con moderación a las figuras espectaculares. Los lectores deben pasar por alto este punto y pensar que no merece la pena dedicarle nuestra atención, como decía al principio[89], y sí aplicar la mente a lo demás.

El discurso comienza así[90]:

Exordio

VIII 1-16. Todos los que vienen a esta 16
tribuna acostumbran a decir que van a hablar de cosas que son de la mayor importancia para la ciudad y merecedoras de toda vuestra atención. Sin embargo, aunque se consintió que se empezara diciendo esto al tratar también de cualquier otro asunto, me parece que sí que conviene en las presentes circunstancias empezar con estas
palabras. Pues venimos a esta asamblea para decidir sobre 2
la guerra o la paz, asunto que es de la mayor importancia para la vida de los hombres; y aquellos que han deliberado correctamente sobre esto es forzoso que actúen mejor que los demás. Tal es la importancia del asunto del que hemos venido a hablar.

Veo que vosotros no escucháis con la misma disposi- 3
ción a los que hablan, sino que a unos les prestáis atención y de otros no soportáis ni su voz. Y con eso no hacéis nada sorprendente. Pues desde hace tiempo os habéis acostumbrado a despreciar a todos lo que no digan en público lo
que deseáis oír. Pero con toda justicia alguien podría cen- 4
suraros porque, aunque sabéis que muchas grandes haciendas han sido destruidas por los aduladores y aunque odiáis

[89] Cf. supra § 3, 1 ss.; 4, 2 ss.

[90] Acerca del *Sobre la paz* (VIII), véase supra § 7, 1 y n.

a los que emplean esas artes en los asuntos particulares, no
os portáis igual con ellos cuando se trata de asuntos públi-
cos; por el contrario, a pesar de censurar a los que se com-
placen y divierten con tales individuos, parecéis confiar
5 más en ellos que en los demás ciudadanos. Y en verdad
habéis logrado que los oradores se ejerciten y filosofen no
sobre lo que será útil a la ciudad en el futuro, sino sobre
cómo pronunciar discursos que os agraden. En este tipo de
discursos ha caído también hoy la mayoría de los oradores.
Pues para todos era evidente que ibais a complaceros más
con los que os incitan a ir a la guerra que con los que os
6 dan argumentos para la paz. Los primeros os inculcan la
esperanza de que recobraremos las posesiones que tenía-
mos en otras regiones y que recuperaremos de nuevo la
fuerza que teníamos antes; los segundos no proponen nada
de eso, sino que hay que mantener la calma, no abrigar
grandes ambiciones en contra de lo justo y contentarse con
7 lo presente, que es lo más difícil de todo para la mayoría de
los hombres.

Tanto dependemos de las esperanzas y tan insaciables
somos para las que nos parecen posibles ganancias, que ni
los que poseen las mayores riquezas quieren contentarse
con lo que tienen, sino que, siempre anhelando tener más,
ponen en riesgo lo que poseen. Por eso debemos temer que
también ahora nosotros podamos ser víctimas de ese desa-
8 tino. Pues me parece que algunos están demasiado inclina-
dos hacia la guerra, como si hubieran oído decir a los mis-
mos dioses, y no a quienes ahora acaban de aconsejarlo,
que tendremos un éxito total y venceremos fácilmente a
nuestros enemigos.

Las personas inteligentes no deben deliberar sobre lo que ya conocen —sería superfluo—, sino simplemente actuar de acuerdo con lo que han decidido; y tampoco deben pensar que conocen el futuro de aquello sobre lo que deliberen, sino que deben ser conscientes de que se basan en una mera conjetura, pues lo que suceda será debido al azar.

Pero se da la circunstancia de que vosotros no hacéis nin- 9
guna de estas dos cosas, sino que os encontráis en un esta-
do de máxima confusión. Habéis acudido a esta asamblea
como si tuvierais que elegir la mejor de todas las propues-
tas; sin embargo, como si ya supierais claramente lo que
hay que hacer, solo queréis oír a los oradores que buscan
complaceros. No obstante, sería conveniente que vosotros, 10
si queréis averiguar lo que beneficia a la ciudad, prestéis
más atención a los que se oponen a vuestras opiniones que
a los que desean agradaros, conscientes de que los que su-
ben a esta tribuna y dicen lo que queréis oír fácilmente
pueden engañaros. En efecto, lo que se dice para agradar
impide ver con claridad qué es lo mejor; pero nada de eso
os pasaría con los que deliberan sin buscar vuestra compla-
cencia. Pues es imposible que puedan haceros cambiar de 11
opinión, si no dejan claro qué es lo que os conviene. Y,
aparte de esto, ¿cómo unos ciudadanos podrían juzgar con
certeza sobre el pasado o deliberar sobre el futuro, si no
analizaran las palabras que se cruzan unos y otros o no es-
tuvieran dispuestos a ser oyentes de los dos bandos con la
misma atención? Me asombraría si los más ancianos ya no 12
recordaran o lo más jóvenes no hubieran oído decir a nadie
que nunca sufrimos ningún mal de los que nos animaron a
mantenernos en la paz, pero que caímos ya en muchas y
grandes desgracias a causa de los que se deciden alegre-
mente por la guerra[91]. Nosotros nunca hacemos memoria
de estas cosas, sino que, sin adoptar antes ninguna medida
en nuestro propio beneficio, estamos dispuestos a llenar las
trirremes de hombres, a imponer nuevos tributos, a enviar

[91] Probable alusión a los lejanos discursos de Pericles y Alcibíades. Pericles persuadió a los atenienses para que entraran en guerra con Esparta, y así trajo la derrota y la ruina de Atenas (cf. TUCÍDIDES, I 140-144); y Alcibíades, en contra de la sensata opinión de Nicias, convenció a los atenienses para que enviaran a Sicilia aquella expedición de tan desgraciado final (cf. TUCÍDIDES, VI 16-18).

tropas de socorro y a combatir como si corriéramos gran
13 peligro en un país extranjero. La causa de esto es la siguiente: aunque os convendría poner el mismo interés en los asuntos públicos que en los privados, no mantenéis la misma opinión sobre unos y otros, sino que, cuando deliberáis sobre asuntos privados, buscáis como consejeros a los que razonan mejor que vosotros; pero, cuando os reunís en asamblea para tratar asuntos de la ciudad, desconfiáis y abomináis de tales hombres, elogiáis a los más perversos de los que suben a la tribuna y consideráis más amigos del pueblo a los ebrios que a los sobrios, a los insensatos que a los cuerdos, a los que se reparten la ciudad en su propio provecho que a los que con el dinero de su hacienda os pagan los impuestos. De modo que sería digno de admiración si alguien espera que la ciudad vaya a mejor siguiendo a tales consejeros.

14 Yo sé que es incómodo enfrentarse a vuestras opiniones y, aunque hay democracia, no hay libertad de palabra[92], excepto aquí en la tribuna para los más insensatos y para los que no se ocupan nada de vosotros, y en los teatros para los directores de comedias. Pero lo más terrible de todo es que a los que informan a los demás griegos de los puntos débiles de la ciudad les estáis tan agradecidos como ni siquiera lo estáis con los benefactores de la ciudad, mientras que con los que os increpan y amonestan estáis tan enfadados, como si hubieran hecho algún mal contra la ciudad.

15 Sin embargo, a pesar de que esto es así, yo no podría apartarme de mi propósito. Pues no he venido aquí para

---

[92] Isócrates expresa en estas líneas su malestar con el régimen democrático imperante. Él es uno de esos ricos ciudadanos que pagan impuestos pero que no pueden participar en política al ser derrotadas sistemáticamente sus propuestas por los discursos de los demagogos del partido democrático. Denuncia, pues, la existencia de una censura implícita de la que solo escapan los directores de las comedias, cuyas palabras nunca se toman en serio.

congraciarme con vosotros o pretendiendo ganar la votación, sino para revelaros lo que casualmente sé: primero hablaré sobre la cuestión propuesta por el presidente[93], después sobre los demás asuntos de la ciudad. Pues ningún provecho se sacará de las opiniones que hoy se emitan sobre la paz, si no deliberamos correctamente sobre los demás asuntos. Pues bien, declaro que es necesario firmar la 16
paz no solo con Quíos, Rodas, Bizancio y Cos, sino con todo el mundo; y establecer pactos, no esos que ahora algunos han redactado, sino los que ya existían con el Rey y los lacedemonios[94], en los que se establecía que los griegos eran autónomos, que las guarniciones debían salir de las ciudades ajenas y que cada ciudad debía limitarse a su propio territorio. No encontraremos un acuerdo más justo ni más ventajoso para la ciudad que este.

Argumentación

Después de este comienzo y de 17
dejar predispuestos tan convenientemente a los oyentes para la siguiente parte del discurso, tras hacer un bellísimo encomio de la justicia y de cen-

[93] En realidad el «prítanis» o «prítano» *(prýtanis)* era cada uno de los cincuenta ciudadanos de la tribu que ostentaba la «pritanía» —cada una de las diez tribus de Atenas ostentaba durante treinta y cinco días al año la «representación del Consejo» *(prytaneía)*—. Cuando había reunión del Consejo o de la Asamblea, el que era presidente aquel día de los «prítanes», el «*epistátēs*» —la máxima autoridad de la ciudad y cuyo cargo duraba un solo día—, elegía por sorteo nueve *próedros* o «miembros de la presidencia» —uno por tribu, excluida la suya—, y entre los nueve *próedros* el *epistátēs* elegía por sorteo un «presidente de los *próedros*» para presidir aquel día la sesión de la Asamblea o del Consejo, que recibía también el nombre de *epistátēs:* a este *prítanis* se refiere Isócrates (cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 44, 2; Esquines, *Contra Timarco* 23 y 104; *Contra Ctesifonte* 39).

[94] Es decir, la paz de Antálcidas (véase n. a *Lis.* 12, 5).

surar la situación del momento[95], prosigue con la comparación de los hombres de su tiempo con los de antaño:

41 VIII 41-53. Empecé diciendo esto porque, sin eludir en adelante ningún punto escabroso, quiero dirigirme a vosotros con entera libertad. Pues [96], ¿quién viniendo de otro lugar y sin estar aún corrompido con nuestro trato, sino que de pronto se enterara de lo que está sucediendo, no creería que estamos locos y que hemos perdido la razón, si admiramos las hazañas de nuestros antepasados y nos parece que debemos elogiar la ciudad por las empresas que antaño se acometieron, pero, sin embargo, no hacemos nada de lo
42 que hacían aquéllos, sino todo lo contrario? Pues ellos no cesaron de luchar contra los bárbaros en defensa de los griegos; pero nosotros a los que tenían en Asia su medio de vida, sacándolos de allí, los hemos arrojado contra los griegos [97]. Y aquellos, por liberar las ciudades griegas y socorrerlas, obtuvieron merecidamente la hegemonía; pero nosotros, que estamos subyugados y hacemos lo contrario que aquéllos, nos indignamos si no tenemos los mismos ho-
43 nores que ellos. Nosotros tanto nos hemos apartado en hechos y pensamientos de los que vivieron en aquel tiempo, que ellos por la ⟨salvación de los demás[98] ***

[95] Se refiere Dionisio a pasajes del texto que ha saltado (Isócr., VIII 30-35).

[96] Dion. Halic. volverá a citar este mismo pasaje (cf. *Dem.* 17, 2), y hace allí un detenido análisis (cf. *Dem.* 19, 2 – 20, 9).

[97] Isócrates alude al cuerpo de mercenarios asiáticos que empleó el general Cares contra otros griegos antes y durante la Guerra de los Aliados (cf. Jenofonte, *Helénicas* VII 2, 20-21; Diodoro de Sicilia, XVI 34, 3). Sobre estos acontecimientos véase n. a «Ifícrates» en *Lis.* 12, 6.

[98] Hay una importante laguna, quizá de un folio; pero el texto se conserva en los códices de Isócrates (cf. *Sobre la paz* VIII 43-50) y en otro lugar de los códices de Dion. Halic. (cf. *Dem.* 17, 2).

*** (tan poco de ellos) nos ocupamos. Con oír solo una cosa comprenderéis todas las demás. Por ejemplo, si alguien es sorprendido en un delito de corrupción, el castigo establecido es la pena de muerte; sin embargo, nosotros votamos como generales a los que han cometido públicamente ese delito y confiamos las empresas más importantes a quien puede corromper al mayor número de ciudadanos. 50
Nosotros, que nos esforzamos para defender el sistema democrático no menos que la salvación de toda la ciudad y que sabemos que la democracia prospera y se consolida en épocas de tranquilidad y de seguridad mientras que en épocas de guerra ya fue suprimida dos veces[99], tratamos con el mayor desprecio a los partidarios de la paz, como si fueran oligarcas, y a los amantes de la guerra los tenemos por amigos y defensores de la democracia. 51
Y, aunque tenemos una larguísima experiencia de discursos y de hechos, nos portamos tan absurdamente, que en un mismo día no mantenemos la misma opinión sobre una misma cuestión, pues las propuestas que rechazamos antes de llegar a la asamblea, las votamos favorablemente en cuanto nos hemos reunido; y no esperamos mucho tiempo, una vez que estamos de regreso, para criticar de nuevo lo que hemos votado. Nos jactamos de ser los más sabios de los griegos, pero elegimos como consejeros a gentes que todo el mundo despreciaría, y a esos son los que ponemos al frente de todos los asuntos (públicos) otorgándoles la máxima autoridad; pero nadie les confiaría ni uno de sus asuntos privados. 52

Tal es Isócrates en los discursos deliberativos. 18

[99] La democracia ateniense fue suprimida en dos ocasiones: durante los gobiernos oligárquicos de los Cuatrocientos (en el 411 a. C.) y de los Treinta (en el 404; véase n. a *Lis.* 32, 1).

La elocuencia judicial

Pero en los discursos judiciales es por lo general muy escrupuloso con el dialecto, verídico y se acerca muchísimo al estilo de Lisias. Sin embargo, en la disposición de las palabras sigue manteniendo aquella uniformidad y elegancia[100] —menos que en los otros discursos, pero no obstante las tiene.

2 Nadie crea que yo ignoro que Afareo[101], el hijastro de Isócrates y después hijo adoptivo, declara en el discurso *Contra Megaclides por el intercambio de haciendas* que su padre no ha escrito ningún tema para los tribunales[102], ni que Aristóteles dice que los libreros vendían muchísimos
3 legajos con discursos judiciales atribuidos a Isócrates[103]. Sé lo que dijeron aquellos hombres y ni estoy de acuerdo con Aristóteles, porque sólo quería desprestigiar a Isócrates[104], ni coincido con Afareo, que modeló un elegante discurso
4 precisamente para refutar dicha acusación. Pienso que el ateniense Cefisodoro[105] es garante más que suficiente de la

[100] Cf. supra § 2, 4; 3, 1; 11, 5; etc.

[101] Afareo era el menor de los tres hijos del sofista Hipias y de Platane. Cuando, tras la muerte de Hipias, Isócrates se casó con Platane, adoptó a Afareo. Algunos estudiosos, por cuestiones de cronología, creen que Platane era hija y no la mujer de Hipias o bien que ese Hipias no era el famoso sofista; pero cf. Ps. Plutarco, *Vida de los diez oradores* 838A y 839B; Harpocración, *Léxico de los diez oradores* 68, s. v. *Aphareús)*.

[102] Cf. *Sobre el intercambio de haciendas* XV 2-3.

[103] Aristóteles, *Fr.* 140 Rose.

[104] Sobre la rivalidad entre Aristóteles e Isócrates véase la Introducción, apartado 1.

[105] Cefisodoro, historiador ateniense, fue discípulo de Isócrates; compuso una historia sobre la Guerra Sagrada en doce libros *(FGrH* 112 Jacoby) y un escrito en defensa de la retórica frente a la filosofía en cuatro libros, titulado *Réplicas a Aristóteles* (cf. Ateneo, *Deipnosofistas* II 56). En esa obra —según Dion. Halic. «muy admirable» *(pány thaumastós)*— defendía la actitud filosófica y política adoptada por Isócrates a la vez que

verdad, pues convivió con Isócrates, fue el discípulo más fiel e hizo una muy admirable defensa de Isócrates en las *Réplicas a Aristóteles*. Por eso estoy convencido de que Isócrates ha escrito algunos discursos para los tribunales, aunque no muchos.

Isócrates, «Trapecítico»

Voy a poner un solo ejemplo de ellos —no hacen falta más—, el titulado *Trapecítico*[106], que escribió para cierto discípulo extranjero contra el banquero Pasión[107].

Éste es el discurso:

XVII 1-12. El proceso es trascendental para mí, seño- 19
res jueces, porque no sólo corro el riesgo de perder mucho dinero, sino también de parecer que deseo apoderarme injustamente de los bienes ajenos, y eso sí lo considero gravísimo. Pues, aun siendo privado de esos bienes, me quedará aún hacienda suficiente; pero, si pareciera que no tenía derecho a reclamar tantas riquezas, sería calumniado toda la vida.

Sin embargo, lo más difícil de todo, señores jueces, es 2
que haya topado con tales oponentes. Pues los contratos

---

censuraba a Aristóteles porque, aunque se arrogaba el papel de teórico máximo de la retórica, no había escrito ningún discurso que demostrara su maestría retórica. Dionisio cita a Cefisodoro entre los detractores de Platón (cf. *Pomp.* 1, 16).

[106] El discurso XVII, *Trapecítico* o *Sobre un asunto bancario* fue compuesto hacia el 393 a. C. Un joven y rico extranjero del Ponto (el Mar Negro) acusa al banquero Pasión de quedarse con un dinero dejado en depósito.

[107] Pasión fue un liberto que consiguió una enorme fortuna con el negocio de los préstamos hasta convertirse en uno de los más conocidos banqueros atenienses, citado en numerosas ocasiones por Demóstenes (cf. *Contra Áfobo* I [XXVII] 11; *Contra Formión* [XXXVI] pássim; *Contra Estéfano* I [XLV] pássim; *Contra Estéfano* II [XLVI] pássim; *Contra Nicóstrato* [LIII] 18; etc.).

con las gentes de los bancos se hacen sin testigos[108], por lo que es forzoso que las víctimas afronten grandes peligros frente a unos hombres que tienen muchos amigos, manejan grandes sumas de dinero y parecen muy honorables gracias a su oficio. Sin embargo, y siendo ésta la situación, creo que podré dejar claro ante todos que he sido despojado de
3 esas cantidades por Pasión. Os voy a contar desde el principio, como mejor pueda, lo que ha sucedido.

Mi padre, señores jueces, es Sopeo[109], a quien todos los que navegan al Ponto[110] conocen y saben de sus excelentes relaciones con Sátiro[111], hasta el punto de gobernar gran parte de la región y ocuparse de toda la administra-
4 ción de su reino. Pero yo, cuando llegaron a mis oídos noticias sobre esta ciudad y el resto de Grecia, deseé viajar hasta aquí. Cargó entonces mi padre dos naves de trigo y me dio dinero, enviándome en un viaje de negocios pero también de recreo. Pitodoro[112] el fenicio me presentó a Pasión y desde entonces trabajé con su banco.

5 Un tiempo después propalan una calumnia que llegó a oídos de Sátiro, según la cual mi padre tramaba una conspiración para hacerse con el poder mientras yo estaría apoyando a los refugiados en el extranjero. Entonces Sátiro ordena apresar a mi padre y envía instrucciones a los ciudadanos del Ponto que residían aquí para que se apoderen

---

[108] Eso era cierto; pero también había documentos escritos que podían aportarse en el juicio.

[109] Personaje que solo conocemos por este discurso. Aparece con este nombre en los códices de Isócrates, mientras que en los de Dionisio se lee «Sinopeo».

[110] El Mar Negro.

[111] Sátiro I fue rey del Bósforo cimerio desde el 433 al 388 (cf. Lisias, *En defensa de Mantíteo* 4). El reino del Bósforo Cimerio, situado en torno al estrecho que da entrada al actual mar de Azov, ocupaba la costa norte del Mar Negro y su capital era Panticapeo, en Crimea; nada tenía que ver con el Bósforo tracio, a la entrada del Mar Negro, en cuya costa europea se asentaba Bizancio.

[112] Personaje desconocido.

de mi dinero y me ordenen navegar de vuelta al Ponto; y que si no hago nada de esto, os lo soliciten por vía oficial.

Inmerso en tan grave situación, señores jueces, cuento 6
a Pasión mis desgracias; pues mantenía una relación tan familiar con él, que no solo le confiaba mi dinero, sino también todos los demás asuntos. Yo[113] pensaba que, si remitía todo el dinero, correría gran riesgo, porque, si a mi padre le pasaba algo, yo lo perdería todo, privado de los bienes de aquí y de los de allí; y por otro lado, si yo reconocía tener dinero y no lo devolvía como me reclamaba Sátiro, nos exponíamos mi padre y yo a caer en las mayores calumnias ante Sátiro. Nos pareció, después de deliberar 7
Pasión y yo sobre la situación, que lo mejor era devolver las riquezas ostensibles; pero las que estaban depositadas en su banco, no solo negarlas, sino que incluso debería mostrarme como acreedor de Pasión y de otros y hacer todo lo necesario para que mis compatriotas de Atenas se quedaran totalmente convencidos de que no tenía dinero.

En aquellos momentos, señores jueces, creía que Pa- 8
sión me daba todos estos consejos de buena fe. Pero una vez que actué con mis compatriotas según habíamos decidido, me di cuenta de que ese estaba intrigando contra mis intereses. Pues, cuando quise recobrar mi dinero y navegar a Bizancio[114], pensó Pasión que era una excelente ocasión para comenzar con sus manejos. Era mucho el dinero que aquel tenía en su poder, ¡y bien valía la pena pasar ver-

[113] En los manuscritos de Isócrates falta el texto que va desde aquí hasta el final de este parágrafo 6.

[114] Bizancio era un lugar seguro para este joven, pues allí se mantenía lejos de la influencia del rey del Bósforo cimerio (véase supra n. a Sátiro, § 19, 3) y no se arriesgaba a ser extraditado, pues Sátiro no mantenía con Bizancio acuerdos políticos. Sin embargo, los atenienses, después del desastre de Sicilia, buscaron en el Mar Negro otros lugares donde abastecerse de trigo y de pescado en salazón y, para asegurarse las importaciones, sellaron al parecer acuerdos políticos con los dirigentes de esos pueblos, y entre ellos destacaba Sátiro, rey del Bósforo cimerio.

güenza con tal de quedárselo!, puesto que muchos me habían oído decir que yo no tenía absolutamente nada y todos habían visto cómo me reclamaba dinero prestado y
9 cómo yo admitía deber también a otros. Además, señores jueces, creía Pasión que, si yo intentaba quedarme aquí, sería entregado a Sátiro por la ciudad; si iba a otro lugar, nadie haría caso de mis palabras; y, si navegaba al Ponto, iba a morir junto con mi padre[115]. Con este razonamiento se proponía quedarse con mi dinero y ante mí fingía que estaba por entonces en apuros y que por tanto no podría devolvérmelo. Entonces yo, queriendo saber qué estaba pasando, le envío a Filomelo y a Menéxeno[116] para que se lo reclamen, pero él les dice que no tiene ningún dinero mío.

10 Con tantas desgracias como habían caído sobre mí de todas partes, ¿qué decisión creéis que podía tomar? Si permanecía callado, sería privado de mis riquezas por ése; y, si las reclamaba, tampoco las recuperaría y, además, provocaría que mi padre y yo cayéramos en la mayor calumnia ante Sátiro. Me pareció que lo mejor era mantener la calma.

11 Pero después, señores jueces, vienen ante mí mensajeros que me anuncian que mi padre ha sido excarcelado y que Sátiro tanto se había arrepentido de todo lo que había hecho, que le había concedido la máxima confianza, le había investido de mayor poder del que tenía antes y que había elegido a mi hermana para mujer de su hijo[117]. Enterado Pasión de estos hechos y sabiendo que yo iba a reclamar públicamente mi dinero, hace desaparecer al escla-

---

[115] Este pasaje mereció un comentario especial de Dion. Halic. (cf. *infra* § 20, 2-4 y n.).

[116] Este Filomelo quizá sea el alumno de Isócrates y, probablemente, el mismo que cita Lisias (cf. Isócrates, *Sobre el intercambio de haciendas* XV 93; Lisias, *Sobre los bienes de Aristófanes* XIX 15). Y Menéxeno tal vez sea uno de los dos personajes citados por Iseo (cf. *Sobre la herencia de Diceógenes* V 5-6 y 12 ss.).

[117] Dion. Halic. comenta más abajo estas frases (cf. *infra* § 20, 5).

vo[118] que estaba al corriente de mis operaciones bancarias. Cuando me dirijo a su casa para buscar al esclavo, creyen- 12
do que era la prueba más evidente para el dinero que le reclamaba, Pasión inventa la historia más grotesca: que Menéxeno y yo habíamos convencido mediante soborno al encargado del banco para quedarnos con seis talentos de plata[119]. Y Pasión, con objeto de eliminar todas las pruebas y de que no se pudiera someter a tormento[120] al esclavo sobre estos hechos, iba diciendo que nosotros, habiéndolo hecho desparecer, le reclamábamos y le pedíamos el esclavo que nosotros mismos hicimos desaparecer. Y diciendo estas cosas con grandes muestras de indignación y llantos me llevó detenido ante el arconte polemarco[121], exigiendo garantías y no dejándome libre hasta que presenté fiadores de los seis talentos. Subidme a los testigos de estos hechos.

Todo el mundo estará de acuerdo en reconocer que este 20
discurso, por el estilo peculiar de la expresión, pertenece a un género totalmente diferente de los discursos deliberativos y epidícticos. Sin embargo, por la forma en que se ha desarrollado no se aparta enteramente del modo isocrático: los argumentos conservan algunos vestigios de aquella orna-

---

[118] En los códices de Isócrates se añade el nombre de este esclavo, Cito, que lo encontramos como banquero en Demóstenes (cf. *Contra Formión* XXXIV 6).

[119] Sobre el valor de esta cantidad véase n. a *Lis.* 25, 5.

[120] Los esclavos, si eran llamados como testigos, hacían antes del juicio una declaración sometidos a tormentos, pues se suponía que, por temor a futuras represalias, dirían lo que beneficiase a sus dueños (Iseo, *Sobre la herencia de Cirón* VIII 12-13).

[121] El arconte polemarco era el encargado de los procesos en los que estaban implicados extranjeros y metecos, como es el caso de este joven del Ponto.

mentación y solemnidad[122] y son más artificiosos que realistas.

2 Por ejemplo, cuando dice (6): *Yo pensaba que, si remitía el dinero, correría gran riesgo.* Lo natural y simple sería así: «Creía que entregando el dinero iba a correr un gran riesgo». Y aún aquel pasaje (9): *Además, señores jueces, creía Pasión que, si yo intentaba quedarme aquí, sería entregado a Sátiro por la ciudad; si iba a otro lugar, nadie haría caso de mis palabras; y, si navegaba hasta el Ponto,*
3 *iba a morir junto con mi padre.* El período se alarga más allá de lo que es propio en el estilo judicial, la disposición de las palabras tiene algo de artificiosidad y la forma de la expresión ha tomado también algo de los paralelismos y las asonancias de los discursos de aparato. Por ejemplo, los *si intentaba..., si iba..., si navegaba...,* puestos en un solo período y formando tres oraciones de la misma longitud[123],
4 son un indicio de que la ornamentación es la de Isócrates. Y también las frases que siguen a estas: *se proponía quedarse con mi dinero y ante mí fingía que estaba por entonces en apuros y que por tanto no podría...* tienen las mismas aso-
5 nancias y son muy parecidas entre sí. Y también las frases que añade poco después (11): *que le había concedido la máxima confianza, le había investido de mayor poder del que tenía antes, y que había elegido a mi hermana para mujer de su hijo.* De nuevo aquí hay asonancia entre el *conce-*

[122] Este discurso pertenece a la primera época de Isócrates: no es que Isócrates haya restringido en este discurso judicial el uso de los adornos propios de los discursos epidícticos (véase n. al § 14, 7), sino que ya deja ver su inclinación natural a recargar y elevar la expresión.

[123] Eso no es del todo exacto: la primera condicional contiene en griego 11 + 15 = 26 sílabas; la segunda, 8 + 12 = 20; y la tercera, 9 + 11 = 20 sílabas. En nuestra traducción hemos respetado ese mismo número de sílabas (deben contarse las sílabas sin hacer sinalefas ni otras licencias propias de la lengua poética).

dido, el *investido* y el *elegido* y también entre *poder y mujer*[124].

Se podrían añadir otras cosas más que también harían reconocible el estilo de este orador, pero parece forzoso tener en cuenta el tiempo.

---

[124] Hemos forzado un poquito la traducción para ilustrar el estilo de Isócrates. En el texto griego Dionisio alude a la asonancia entre *tền archến*, «el poder», y *tền adelphến*, «la hermana».

SOBRE ISEO

SINOPSIS

La tradición, que parece tener como única fuente fiable al propio Dionisio, duda entre considerar a Iseo un ciudadano de Atenas o un meteco originario de Calcis, en la isla de Eubea. Lo más probable es que fuese meteco, como Lisias, y, por consiguiente, estuviera incapacitado para desempeñar cargos públicos y pronunciar discursos. Al parecer Iseo tuvo que dedicarse a la retórica como *logógrafo,* limitándose a componer discursos judiciales para otros (cf. § 2, 1). Su actividad literaria se extiende desde el fin de la guerra del Peloponeso hasta la llegada al trono de Filipo II de Macedonia, lo que nos da unas fechas para su vida en torno al 420-355 a. C. Fue discípulo de Isócrates; pero lo que le hizo pasar a la posteridad fue el haber sido el maestro de Demóstenes. Se le atribuían sesenta y cuatro discursos, de los que solo serían auténticos cincuenta, y de ellos conservamos doce y algunos fragmentos; también habría escrito algunos tratados de retórica (cf. Ps. Plutarco, *Vidas de los diez oradores* 839F). Para más detalles sobre su vida remitimos a la introducción de M.ª D. Jiménez López, *Iseo. Discursos,* Madrid, 1996, col. «Biblioteca Clásica Gredos», núm. 231.

Aunque Iseo fue incluido en el canon de los diez oradores áticos (advertimos que hay otro orador del mismo nombre, pero del s. I d. C. y de origen sirio), Iseo no mereció la atención de los biógrafos y tratadistas de retórica: si lo mencionan, siempre lo hacen de pasada junto a Lisias, Isócrates o Demóstenes: así, por ejemplo, Hermógenes y Quintiliano lo nombran una sola vez; y no lo citan

ni Aristóteles, ni Cicerón ni Demetrio; ni siquiera Filóstrato lo incluye entre sus cincuenta y nueve sofistas. Sólo Plutarco nos dice que Demóstenes habría elegido como maestro a Iseo no porque no pudiera pagar las diez minas que costaban las carísimas clases de Isócrates, sino porque el estilo de Iseo le parecía más eficaz y dotado de más recursos para los debates (cf. *Demóstenes* 5, 6).

Dionisio incluye en su estudio a Iseo porque, siendo el maestro de Demóstenes, puede seguir una línea evolutiva de maestro a discípulo: del mismo modo que en filosofía tenemos a Sócrates, Platón y Aristóteles, en retórica tendríamos a Lisias, Isócrates, Iseo y Demóstenes. Dion. Halic. considera a Iseo un imitador de Lisias, por lo que resulta muy difícil distinguir los dos estilos, y sobre todo por haberse especializado ambos en el género judicial (cf. § 2, 2; 3, 1), mientras que Isócrates queda al margen por haberse dedicado al género deliberativo: de ahí que Dionisio apenas si lo mencione en este tratado. Dionisio, en vez de hacer un catálogo de virtudes y defectos del estilo de Iseo, que resultaría muy parecido al de Lisias, prefiere confrontar pasajes de Iseo y Lisias para señalar los detalles en que difieren. Según Dionisio, Iseo elabora y adorna más la expresión (§ 3, 3); en cuanto a los hechos, Iseo los modifica sin escrúpulos y los elabora de un modo más sofisticado (§ 3, 6-7; 14, 1); y es precisamente en este punto donde Iseo supera a Lisias, pues demuestra una gran maestría en utilizar toda clase de recursos, algo que después imitó Demóstenes (§ 3, 3). Sin embargo, Iseo es menos creíble, pues ante los oyentes da la impresión de falta de honestidad (§ 4, 3-5; 16, 2). En resumen, Lisias persigue la verdad (la imitación de la naturaleza) e Iseo la técnica; Lisias se expresa con gracia e Iseo con habilidad (§ 18,1). De todo ello se deduce que Iseo es inferior a Lisias, Isócrates y Demóstenes. El esquema del tratado es el siguiente:

1. Vida (§ 1).

2. El estilo de Iseo (§§ 2-4):

   a) Iseo, imitador de Lisias (§ 2).
   b) La expresión de Iseo (§ 3, 1-3).
   c) El tratamiento de los hechos (§§ 3, 4 - 4, 5).

3. La expresión de Iseo (§§ 5 - 13):

   a) Los exordios: Iseo y Lisias (§§ 5 - 11).
   b) La argumentación: Lisias, Iseo y Demóstenes (§ 12-13).

4. El tratamiento de los hechos en Iseo (§§ 14-17):

   a) Las narraciones de Iseo (§ 14, 1 - 16, 2).
   b) Las demostraciones de Iseo (§ 16, 3 - 17, 28).

5. Conclusiones sobre Iseo, Lisias, Isócrates y Demóstenes (§§ 18, 1 - 20, 5).

6. Los oradores elegidos para la segunda parte: Demóstenes, Hiperides y Esquines (§ 20, 6).

SOBRE ISEO

Vida de Iseo

Iseo, el maestro de Demóstenes y famoso especialmente por este hecho, era, según atestiguan algunos, ateniense por su familia; pero, según escriben otros, sería de Calcis[1]. Su florecimiento se inició tras la guerra del Peloponeso —pues así lo deduzco de sus propios discursos— y se extendió hasta la llegada de Filipo al poder[2]. 1

El tiempo exacto de su nacimiento y muerte no puedo decirlo, ni tampoco cómo fue su vida ni cuáles fueron sus simpatías políticas —si prefería un gobierno autoritario o democrático—, ni puedo ofrecer ninguna otra información de este tipo, puesto que no he encontrado ningún dato en tal sentido. Ni siquiera Hermipo[3], cuando hace una relación de 2

[1] En el Ps. PLUTARCO aparece también como oriundo de Calcis, ciudad de la isla de Eubea (cf. *Vidas de los diez oradores* 839E). Así pues, Iseo sería meteco, como Lisias, y, por consiguiente, no podía participar en política ni pronunciar discursos (cf § 2, 1 y n.).

[2] La Guerra del Peloponeso terminó en el 404 y Filipo II de Macedonia fue elegido rey el 358 a. C.

[3] Hermipo de Esmirna, gramático y biógrafo peripatético del s. III a. C., fue discípulo de Calimaco y por ello conocido como el «Calima-

los discípulos de Isócrates, aunque es muy escrupuloso en los demás detalles, dice nada de este orador, excepto dos cosas: que fue discípulo de Isócrates y maestro de Demóstenes. [Y trató con los mejores filósofos.][4]

Iseo, imitador de Lisias

2 Pero nos queda por hablar de sus preferencias estilísticas, de su talento literario y del estilo que ha utilizado. Sólo se ejercitó en una clase de discursos, el judicial[5], y a este género se aplicó por entero.

2 Imitó el estilo de Lisias con la mayor fidelidad, y alguien que no fuera muy experto en estos oradores y sin tener una práctica considerable sobre ambos no podría decir acerca de muchos discursos si son de uno u otro orador. Además, se confundirá con los títulos, que en tantos casos lo llevan erróneamente, como demuestro en un escrito mío[6].
3 La semejanza en el estilo no implica que no presenten diferencias, pues hay algunas, y no son pequeñas ni pocas, tanto

---

queo»; escribió, entre otras muchas obras, las *Vidas* de los escritores y filósofos más importantes y, según se desprende de lo que dice aquí Dionisio y también por las palabras de HARPOCRACIÓN (cf. *Léxico de los diez oradores* 162, s. v. «*Isaîos*»), fue autor de una obra *Sobre los discípulos de Isócrates*. Sus escritos biográficos fueron utilizados por Dionisio, Plutarco, Diógenes Laercio, Favorino, Ateneo, etc.

[4] Los editores consideran esta frase una interpolación.

[5] Sólo conservamos discursos judiciales de Iseo, lo que parece confirmar que era un meteco.

[6] DIONISIO escribió un tratado, hoy perdido, *Sobre los discursos auténticos y espurios de Lisias*, en el que señalaría qué discursos se atribuían erróneamente a Lisias, pues algunos de ellos eran de Iseo, y viceversa. Dionisio no menciona ningún tratado de este tipo dedicado exclusivamente a Iseo, porque, una vez que ha señalado qué discursos eran de Lisias y cuáles de Iseo, el asunto quedaba cerrado (véase Introducción, apartado 3).

en la expresión como en el tratamiento de los hechos. Sobre esas diferencias, éste sería el momento oportuno de decir lo que pensamos.

Puesto que es en la expresión donde Iseo se parece más 4
a Lisias, comenzaré hablando de las semejanzas y diferencias que Iseo presenta con respecto a la expresión de Lisias.

La expresión de Iseo

La expresión de Iseo es pura, es- 3
crupulosa con el dialecto y clara; posee propiedad, viveza y concisión; pero, además, es convincente y adecuada a las circunstancias[7]; y no menos densa y apropiada para los pleitos que la de Lisias, hasta el punto de que nadie podría distinguirla por estas cualidades.

Y, por otro lado, parecería que difiere de aquélla en lo 2
siguiente: la de Lisias es más sencilla y muestra mejor los caracteres, es más natural en la composición, se ha conformado con figuras más simples y recurre más al placer y la
gracia. La de Iseo podría dar la impresión de ser más artifi- 3
ciosa y cuidada que la de Lisias y algo más elaborada en la disposición de las palabras, incluyendo mayor variedad de figuras. Y en la medida en que queda por detrás de la gracia de Lisias, supera a la de Lisias por la habilidad en el uso de los recursos estilísticos: ésta es realmente una de las fuentes
de la fuerza de Demóstenes. Tal vez así se podría reconocer 4
la expresión de Iseo.

El tratamiento de los hechos

En cuanto al fondo se encontrarán
las siguientes diferencias. En Lisias 5
no se verá mucha artificiosidad ni en la enumeración de los hechos, ni en el orden de los razonamientos ni en la

[7] Cf. *Lis.* 2, 1 ss.; 13, 2 ss.

6 elaboración de los mismos: el orador es sencillo[8]. En Iseo
todo esto se encontrará ya más elaborado. Recurre a las
insinuaciones a los jueces, a los preámbulos y a enumeraciones
más artificiosas; coloca cada elemento en un lugar
chocante[9]; va demasiado lejos en la elaboración de los argumentos;
y evita la monotonía del discurso con gran varie-
7 dad de figuras llenas de combatividad y pasión. Al oponente
lo presenta como a un malvado, a los jueces se los gana con
artimañas y en cuanto a los hechos sobre los que trata el discurso
intenta presentarlos de la forma más favorable.

4 Para que la diferencia entre los dos oradores sea más
palpable, utilizaré un ejemplo tomado de las artes visuales.
Hay pinturas antiguas hechas con colores simples, sin mezclas
de ningún tipo, con los dibujos bien perfilados y rebo-
2 santes de gracia. Junto a ellas hay otras peor pintadas, aunque
su acabado es más preciosista, con muchos efectos de
luces y sombras y que basan su atractivo en la cantidad de
recursos empleados. Lisias se parece a las más antiguas por
su simplicidad y gracia e Iseo a las más elaboradas y artificiosas.

3 Entre los de su tiempo Iseo tenía fama de charlatán y
embustero, y de ser hombre hábil en componer discursos
muy artísticos para las peores causas, y por este motivo era
4 muy censurado. Eso, en mi opinión, lo pone en evidencia

[8] Cf. *Lis.* 15, 1 ss.

[9] Pasaje corrupto. En los códices se lee †*títhēsin en hoîs dídōsi chōrion hékaston* †(«coloca cada cosa en los que da lugar»), y así S. Usher; G. Aujac propone *títhēsin en tôi idíōi chōríōi hékaston* («coloca cada cosa en su propio lugar»); nuestra propuesta, *títhēsin en paradóxōi chōríōi hékaston* («coloca cada cosa en lugar chocante»), está en la línea con lo que Dionisio dice en § 13, 2, *ek paradóxou syntíthesthai* («al disponer de una manera chocante»).

uno de los antiguos oradores, Píteas[10], en la acusación contra Demóstenes. Dice que en Demóstenes habitaba toda la maldad y toda la perversidad humanas y achaca íntegramente la responsabilidad de esta calumnia a que Demóstenes se había alimentado exclusivamente de Iseo y de todas las malas artes de sus discursos[11]. Y, ¡por Zeus!, no es un despropósito que ambos hayan sido objeto de la misma calumnia. Pues a mí al menos los discursos de Iseo y de Demóstenes, 5
aunque el tema de la composición se base en la verdad y la justicia, me parecen sospechosos a causa de sus muchos artificios. Sin embargo, los de Isócrates y Lisias ante todo parecen justos y sinceros, aunque los hechos tratados en los discursos no lo sean[12], pues nada malo se trasluce por los recursos empleados: son discursos honestos y sencillos.

Éstas me parecieron que son las diferencias a partir de 5
las cuales uno podría reconocer sin mucha dificultad los discursos de Lisias e Iseo. Si llevo o no razón en estos supuestos, cualquiera podrá comprobarlo si examina los propios ejemplos. Comenzaré con los aspectos de la expresión. 2

[10] Píteas, oligarca y orador ateniense del s. IV a. C., es algo más joven que Demóstenes, con el que mantuvo continuos enfrentamientos (cf. PLUTARCO, *Demóstenes* 27, 2-5); y se burlaba de Demóstenes por ser incapaz de improvisar (ibídem § 8, 3-6). De sus discursos solo conservamos algunos breves fragmentos. En la *Suda* (s. v. «*Pythéas*» = pi 3125) se nos dice que fue descartado del canon de los diez oradores por su estilo impulsivo y atropellado *(thrasŷs kaì diespasménos)*.

[11] PÍTEAS, *Fr.* 3 BAITER y SAUPPE.

[12] Aquí Dionisio cae en el vicio que está criticando en otros: lo que le importa ahora no es si el orador defiende una causa justa o no, sino que al jurado le parezca justa.

Los exordios: Iseo, «En defensa de Eumates»

El elegido es un discurso de Iseo en defensa del meteco Eumates[13], un banquero residente en Atenas que obtuvo la manumisión; pero, cuando el heredero del hombre que le había otorgado la manumisión pretendía llevarlo de nuevo a la esclavitud, alguien de la ciudad se opone y pronuncia la defensa de aquél.

El exordio del discurso es éste[14]:

1 *Fr.* VIII 1. Señores jueces, ya antes fui benefactor de Eumates, ahí presente, en una cuestión justa y ahora, en lo que de mí dependa, intentaré salvarlo con vuestra ayuda. Me oiréis un discurso breve, para que ninguno de vosotros suponga que yo he venido a defender los intereses de Eu-
2 mates por un arrebato o por algún otro motivo injusto. Pues ocurrió que siendo yo capitán de una trirreme[15], durante el arcontado de Cefisódoto[16], se propaló hasta mis familiares la noticia de que yo había muerto en la batalla naval[17].

---

[13] Nada sabemos de los personajes que intervinieron en este pleito: ni de Eumates, un acaudalado meteco que había caído en la esclavitud; ni de Epígenes, el dueño que supuestamente le concedió la manumisión; ni de Dionisio, el heredero de Epígenes, que pretende mantenerlo como esclavo heredado; ni tampoco de Jenocles, pues así se llamaba el rico ciudadano, amigo de Eumates, que pronunció este discurso de defensa (cf. HARPOCRACIÓN, *Léxico de los diez oradores* 4, s. v. «*ágoi*»).

[14] ISEO, *Fr.* VIII 1, 1-3 ROUSSEL, cuyo título sería *En defensa de Eumates por su libertad* (cf. HARPOCRACIÓN, *Léxico de los diez oradores* 116, s. v. «*exairéseōs díkē*»; *Suda*, s. v. «*empodṓn*» = épsilon 1032).

[15] El *trierarca* era un rico ciudadano sobre el que había recaído como impuesto *(leitourgía)* asumir los costos del equipamiento de una trirreme, lo que conllevaba también la responsabilidad de ser el capitán de la trirreme, «trierarca» (cf. *Lis.* 27, 24 y n.).

[16] Cefisódoto fue arconte en el año 358-357.

[17] Alude a la batalla de Quíos, en la que la flota ateniense fue derrotada cuando pretendía sitiar y castigar a Quíos, porque, junto con Rodas y Cos, se negó a pagar los impuestos exigidos por Atenas para la guerra

Como yo le había confiado un depósito bancario a Eumates, ahí presente, mandó buscar a mis familiares y amigos, les mostró el dinero que le había confiado y lo devolvió todo correcta y justamente. En agradecimiento a su acción, 3 puesto que yo me había salvado, trataba con él aún más y, cuando abrió su banco, le confié dinero. Después, al llevarlo Dionisio a la esclavitud, reclamé su libertad sabiendo que obtuvo de Epígenes la manumisión ante los tribunales. Pero sobre ese asunto no voy a decir nada más.

Lisias, «En defensa de Ferenico»

Hay entre los discursos de Lisias 6 uno en defensa de un extranjero que es acusado por un asunto de una herencia. Calímaco[18] lo tituló *En defensa de Ferenico*[19] *por la herencia de*

---

contra Macedonia. Así comenzó la llamada «Guerra Social» (véase n. a *Lis.* 12, 7).

[18] Calímaco, *Fr.* 448 Pfeiffer. Calímaco de Cirene (primera mitad del s. iii a. C.) fue un refinado poeta y bibliotecario alejandrino —al parecer no llegó a ser director de la Biblioteca de Alejandría, aunque sí su discípulo Apolonio de Rodas—. Fue autor, entre otras muchas obras —¡más de ochocientas! según la *Suda* (cf. s. v. «*Kallímachos*» = kappa 227)—, de las *Tablas (Pínakes),* un catálogo monumental en ciento veinte libros, en las que clasificaba por géneros, autores —con una breve biografía— y títulos —con las palabras iniciales de cada obra y el número de líneas— todas las obras importantes de la antigüedad conservadas en la Biblioteca de Alejandría.

[19] Ferenico y Androclides son dos demócratas tebanos exiliados en Atenas mientras el partido oligarca gobernaba en Tebas con el apoyo de los espartanos (382-379 a. C.) —Pelópidas fue otro de los tebanos exiliados, mientras que Epaminondas se quedaba discretamente en Tebas—. El autor del discurso, que antes, cuando los demócratas atenienses tuvieron que exiliarse durante el gobierno de los Treinta (404-403 a. C.), se había alojado en casa de Cefisódoto, padre de Ferenico, le devolvió la hospitalidad acogiendo después a Ferenico en Atenas. Pero los oligarcas tebanos no cejaron en su empeño de acabar con la oposición democrática y enviaron unos sicarios a Atenas que sólo pudieron asesinar a Androclides (cf.

Androclides y se pronunció en los tribunales muchos años antes que el otro de Iseo. En este discurso el que habla en defensa del extranjero explica primero por qué actúa así, igual que hace el que pretende conseguir la libertad del meteco.

Éste es el exordio del discurso[20]:

1 *Fr.* 78, 1-4. Me parece necesario, señores jueces, hablaros primero de mi amistad con Ferenico, para que nadie de vosotros se sorprenda de que nunca antes haya hablado en defensa de ninguno de vosotros y de que ahora
2 sí hable en defensa de este. Pues Cefisódoto, el padre de éste, y yo, señores jueces, manteníamos una antigua relación de hospitalidad; y, cuando estábamos en el exilio, me hospedaba en su casa, en Tebas: yo y cualquier otro ateniense que quisiera. Fueron muchos y grandes los favores que recibimos de aquel, en público y en privado, hasta que
3 regresamos a nuestra ciudad. Y, a su vez, cuando ellos sufrieron la misma suerte y llegaron a Atenas como refugiados, creí que les debía el mayor favor y los acogí en mi casa como si fueran familia, hasta el punto de que nadie que entrara en ella, si no nos conocía de antes, podría saber
4 quién de nosotros dos era el dueño de la casa. Ferenico sabe, señores jueces, que hay muchos que hablan con más habilidad que yo y que son mas expertos en estos asuntos judiciales; pero, sin embargo, mi relación de hospitalidad con él le merece más confianza. Y me parece que sería vergonzoso que, si él me lo pide y necesita que le ayude en una causa justa, yo permitiera, siéndome posible actuar, que fuera desposeído de los bienes que le dejó Androclides.

PLUTARCO, *Pelópidas* 5-6). La disputa entre Ferenico y, probablemente, algún familiar de Androclides por los bienes de éste es lo que dio lugar al pleito.

[20] LISIAS, *En defensa de Ferenico por la herencia de Androclides* = *Fr.* 78 THALHEIM.

Primera comparación de Iseo y Lisias

¿En qué difieren estos dos exordios? En Lisias la entrada es agradable, y no es por otro motivo sino porque se ha dicho con naturalidad y sencillez: *Me parece necesario, señores jueces, hablaros primero de mi amistad con Ferenico.* Y lo que sigue a esto parece aún más improvisado y se expresa tal como podría hacerlo un particular: *para que nadie de vosotros se sorprenda de que nunca antes haya hablado en defensa de ninguno de vosotros y de que ahora sí hable en defensa de este.* 7

En Iseo lo que parece sencillo ha sido elaborado, y no pasa desapercibido que estamos ante el discurso de un orador: *Señores jueces, ya antes fui benefactor de Eumates, ahí presente, en una cuestión justa y ahora, en lo que de mí dependa, intentaré salvarlo.* Esto es más elevado y mucho menos sencillo que en Lisias, y se acentúa aún más en lo que sigue: *Me oiréis un discurso breve, para que ninguno de vosotros suponga que yo he venido a defender los intereses de Eumates por un arrebato o por algún otro motivo injusto.* Pues el *arrebato*, el *motivo injusto*, y el *he venido a defender los intereses de Eumates* más parecen expresiones elaboradas que espontáneas. 2

Y de nuevo en Lisias el motivo se expresa con naturalidad: *Pues Cefisódoto, el padre de este, y yo, señores jueces, manteníamos una antigua relación de hospitalidad y, cuando estábamos en el exilio, me hospedaba en su casa, en Tebas: yo y cualquier otro ateniense que quisiera.* Lo que viene después de esto está dicho de forma agradable y sentenciosa: *Fueron muchos y grandes los favores que recibimos de aquel, en público y en privado, hasta que regresamos a nuestra ciudad.* 3

4 En Iseo se ha expresado de una forma más elaborada y no se aleja mucho del modo de componer de Demóstenes: *Siendo yo capitán de una trirreme, durante el arcontado de Cefisódoto, se propaló hasta mis familiares la noticia de que yo había muerto en la batalla naval. Como yo le había confiado un depósito bancario a Eumates ahí presente...* Pues el *se propaló la noticia* y el *que yo había muerto* y el *le había confiado un depósito bancario* a mí al menos no me parece que esté expresado con sencillez. Pues se habría dicho de una manera más natural así: «Cuando era capitán de una trirreme y llegó hasta aquí la noticia de que había muerto, teniendo Eumates ahí presente un dinero mío...».

8 Y el resto de los dos exordios está expresado, como cualquiera podría comprobarlo, con más sencillez en uno y con más retórica en el otro.

Iseo, «Contra Hagnoteo»

2 De nuevo en otro proceso Iseo, al escribir la defensa para un tutor acusado por su propio sobrino, comienza así[21]:

1 *Fr.* III 1, 1-2. Habría sido mi deseo, señores jueces, que Hagnoteo[22] no hubiera llegado a esta situación tan vergonzosa por una cuestión de dinero, hasta el punto de intrigar por los bienes ajenos y promover estos pleitos. Pues siendo él mi sobrino y dueño de la herencia de su padre, que no era pequeña, sino suficientemente grande como para tener que pagar impuestos —herencia que le entregamos en su totalidad—, me habría gustado —digo— que se hubiera ocupado de ella y no deseara mis bienes: así él se habría mostrado como una persona excelente si salvaba su

[21] Iseo, *Contra Hagnoteo* = *Fr.* III 1 Roussel. Un pasaje de la argumentación de este mismo discurso se puede leer más abajo (§ 12).

[22] Nada sabemos de este Hagnoteo, que no debe identificarse con el personaje del discurso IV de Iseo, *Sobre la herencia de Nicóstrato* 1 ss.

hacienda y, si la aumentaba, se habría presentado como un ciudadano más útil para vosotros. Pero, puesto que él se 2
ha llevado la herencia, la ha vendido y la ha dilapidado tan vergonzosa y malamente, en contra de lo que yo habría deseado, y ahora, confiando en su club de amigos[23] y en su formación retórica[24], pretende mi fortuna, parece que es forzoso que considere una desgracia tener a tal individuo por pariente y que deba defenderme, con todo el ánimo que podamos ante vosotros, de lo que él me ha reclamado y de lo que me ha calumniado al margen de este proceso.

Lisias, «Contra los hijos de Hipócrates»

Lisias, al escribir un discurso para 3
un hombre acusado por los hermanos de su mujer de tutela fraudulenta, comienza con este exordio[25]:

Fr. 43. No les basta a los tutores, señores jueces, con soportar tantas molestias a causa de la tutela, sino que además muchos, a pesar de haber salvado la hacienda de sus amigos[26], son acusados con calumnias por los huérfanos. Y eso es lo que me ha ocurrido a mí. Pues yo, señores jueces, fui nombrado administrador de los bienes de Hipócrates y, aunque administré la hacienda recta y justamente

---

[23] Las *hetairíai* o *sýnodoi* eran clubes políticos, integrados por ciudadanos con tendencias oligárquicas, que tenían como finalidad el apoyarse mutuamente en los procesos judiciales con dinero y falsos testigos, así como hacerse con los cargos públicos importantes (cf. *Dem.* 1, 2 = Tucídides, III 82, 6; VIII 54, 4; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 34, 3).

[24] Una buena estrategia de defensa era presentarse como un sencillo ciudadano que, por su juventud u honradez, nada sabe de pleitos ni de hablar en público, pues acude por primera vez a un juicio, forzado por alguien sin escrúpulos que, confiado en sus dotes oratorias, pretende quedarse con su dinero injustamente; véase, por ejemplo, § 10, 1, 1 y 10, 2, 2.

[25] Lisias, *Contra los hijos de Hipócrates* = *Fr.* 43 Thalheim.

[26] Lo normal es que se eligiera como tutor a un pariente consanguíneo (cf. *Lis.* 21, 1) y no al yerno o al amigo.

y devolví a los hijos el dinero que recibí como tutor cuando estos alcanzaron la mayoría de edad, ahora soy acusado injustamente por ellos.

Segunda comparación de Iseo y Lisias

9 No creo que se necesiten muchas palabras para mostrar que esto está dicho con sencillez y buen gusto, y el carácter del personaje no parece artificioso sino natural. Pues el *No les basta a los tutores, señores jueces, con soportar tantas molestias a causa de la tutela* nadie diría que son las palabras de un orador, sino las de cualquier particular que se ve implicado en un juicio injusto.

En cambio todos dirían que la técnica retórica de Iseo para componer y embellecer el discurso es más circunspecta. Así, por ejemplo, el *Habría sido mi deseo, señores jueces, que Hagnoteo no hubiera llegado a esta situación tan vergonzosa por una cuestión de dinero, hasta el punto de intrigar por los bienes ajenos.*

2 Mientras que en Lisias se ha dicho aún con más gracia y sencillez el *Pues yo, señores jueces, fui nombrado administrador de los bienes de Hipócrates y, aunque administré la hacienda recta y justamente y devolví a los hijos el dinero que recibí como tutor cuando estos alcanzaron la mayoría de edad...*

El pasaje de Iseo es más estridente y ningún particular lo habría compuesto así: *Pues siendo él mi sobrino y dueño de la herencia de su padre, que no era pequeña, sino suficientemente grande como para tener que pagar impuestos —herencia que le entregamos en su totalidad—, me habría gustado —digo— que se hubiera ocupado de ella.*

Lisias, «Contra Arquebíades»

Aún voy a recordar un solo ejemplo más en el que la diferencia entre ambos oradores es especialmente manifiesta. 3

Los dos tienen como cliente a un hombre particular, pacífico, joven, obligado a hablar en un tribunal en contra de su deseo y de sus facultades.

Lisias, en el discurso *Contra Arquebíades*[27], lo hace de esta manera:

> *Fr.* 16, 1-2. Tan pronto como Arquebíades obtuvo este 1
> juicio contra mí, señores jueces, me presenté ante él para decirle que yo era joven, inexperto en los asuntos judiciales y que no tenía ningún interés en acudir a un tribunal. «Yo —le dije— creo que no deberías considerar mi edad como una ventaja, sino que reuniendo a mis amigos y a los tuyos deberíamos explicarles la situación que dio origen a la deuda. Si aquellos consideran que tú dices la verdad, no tendrás que recurrir a juicios, sino que tomando lo que es tuyo te marchas. Pero es justo que tú no pases nada por al- 2
> to, sino que lo digas todo, puesto que nací después del contrato que motivó el pleito, para que todos, oyendo acerca de lo que no sabemos, deliberemos sobre lo que tú dices. Tal vez entonces se nos haga evidente si reclamas mis cosas injustamente o si intentas recuperar justamente lo que es tuyo.» A pesar de esta propuesta mía nunca quiso mantener una reunión, ni explicar las razones acerca de lo que pedía ni acudir a un arbitraje, hasta que vosotros establecisteis la ley sobre los arbitrajes[28].

---

[27] Lisias, *Contra Arquebíades* = *Fr.* 16 Thalheim.

[28] Véase n. a *Lis.* 23, 2.

Iseo, «Contra las gentes del demo»

2 Iseo, en la disputa por un terreno del que se han apropiado las gentes de un barrio, que lo habían recibido como garantía de un préstamo, introduce a su cliente con esta entrada[29]:

1 *Fr.* V 1-2. Especialmente habría deseado, señores jueces, no sufrir ninguna afrenta por parte de ninguno de mis convecinos; y, de ser esto inevitable, habría preferido tener como oponentes a gentes con las que no me importara acabar enemistado. Pero ahora a mí me ha sucedido el hecho más doloroso. Pues soy agraviado por mis convecinos, con los cuales no es fácil hacer la vista gorda cuando me están privando de lo mío; pero también es penoso ser aborrecido por aquellos con los que se está obligado a participar en los
2 sacrificios y a asistir a celebraciones comunitarias. Además, es difícil pleitear contra muchos, pues en gran medida una muchedumbre incita a creer que dice la verdad. Sin embargo, por confiar en los hechos y porque han caído sobre mí muchas afrentas intolerables, creía que no debía vacilar en intentar obtener justicia de vosotros. Necesito vuestra comprensión, si aun siendo tan joven me he atrevido a hablar en un tribunal: es por causa de los que me agravian por lo que estoy obligado a actuar así, en contra de mi carácter. Pero intentaré contaros brevemente los hechos desde el principio de la forma que mejor pueda.

Tercera comparación de Iseo y Lisias

11 ¿Quién no reconocería que el joven de Lisias, ese ciudadano particular y pacífico, es un arquetipo que no se aparta en absoluto de la realidad y que el otro es una mala copia y evi-

[29] Iseo, *Contra las gentes del demo a propósito de una tierra* = *Fr.* V Roussel. Según Harpocración (cf. *Léxico de los diez oradores* 286, s. v. «*Sphēttós*») sería concretamente contra las gentes del *demo* de Esfeto.

dencia que ha sido modelado según los preceptos de la retórica? Y las expresiones y los pensamientos de aquel parecen espontáneos, mientras que en este revelan la elaboración literaria.

El uno ha comenzado diciendo que es joven, inexperto 2
en asuntos judiciales y que no tiene ningún interés en acudir a un tribunal. Y añade en coherencia total con su carácter: *Yo creo que no deberías considerar mi edad como una ventaja.* Y a continuación dice, con su modo natural de ser y de hablar, que le parecía mejor acudir a los amigos comunes para un arbitraje *y si aquellos consideran que tú dices la verdad, no tendrás que recurrir a juicios, sino que tomando lo que es tuyo te marchas.* Y relatando lo demás con esa nobleza de carácter finaliza diciendo: *A pesar de esta propuesta mía nunca quiso mantener una reunión.*

Iseo coloca la justificación de que *en contra de su volun-* 3
tad se veía obligado a hablar en el tribunal aun siendo tan joven al final del exordio. Comienza con una frase nada corriente, ¡por Zeus!, ni propia de un particular, cuando dice que lo más enojoso era enemistarse con aquellos con los que estaba obligado a participar en actos de la máxima importancia. Después se pone en guardia contra algo que en el futuro va a ser para él motivo de preocupación: el que sean muchos los vecinos que pleitean contra él. Dispone las pala- 4
bras de un modo nada corriente, ¡por Zeus!, ni como lo haría un particular: *Pues soy agraviado* —dice— *por mis convecinos, con los cuales no es fácil hacer la vista gorda cuando me están privando de lo mío; pero también es penoso ser aborrecido por aquellos con los que se está obligado a participar en los sacrificios y a asistir a celebraciones comunitarias.* Pues el *es penoso ser aborrecido* y las *celebraciones comunitarias* están compuestos con más artificio que sencillez, y aún más el *porque han caído sobre mí mu-*

chas afrentas intolerables, creía que no debía vacilar en intentar obtener justicia de vosotros. Ni por asomo un particular diría *porque han caído sobre mí muchas afrentas intolerables* ni *creía que no debía vacilar en internar obtener justicia de vosotros*, sino más bien algo así como: «Tantas afrentas intolerables han caído sobre mí, que me veo obligado a acudir a este tribunal para obtener justicia de vosotros».

La demostración: Lisias, Iseo y Demóstenes

12 Creo que con estos ejemplos queda clara la diferencia entre estos dos oradores. Pero quedará más clara aún con los ejemplos que van a seguir, extraídos principalmente de las demostraciones y de la parte pasional de los epílogos[30], en los que Lisias es más simple en la disposición de las palabras y en el uso de las figuras, mientras Iseo es más variado. Alguien que mire con atención podría encontrar en Iseo muchos de esos recursos, como por ejemplo en el siguiente pasaje[31]:

Iseo, «Contra Hagnoteo»

1 *Fr.* III 2, 1-3. ¿Por qué hay que creer en mis palabras, por los dioses? ¿No es por los testigos? Al menos eso creo yo. ¿Y por qué hay que creer en los testigos? ¿No es porque han pasado por el tormento[32]? Naturalmente. Pero entonces, ¿por qué hay que desconfiar de las palabras de esos? ¿No es porque rehúyen las

[30] Sobre las partes del discurso, véase n. a *Lis.* 16, 4. Lo pasional (*pathētikós*) aparece en la parte final del discurso, el epílogo, la última oportunidad de persuadir al jurado mediante lloros, súplicas y todo tipo de recursos no retóricos (cf. *Lis.* 19, 6).

[31] Iseo, *Contra Hagnoteo* = *Fr.* III 2 Roussel. El exordio de este mismo discurso lo leíamos supra (cf. § 8, 2).

[32] Los testigos, si eran esclavos, debían ser sometidos a tormento (véase n. a *Isóc.* 19, 12).

pruebas? ¡Qué gran verdad![33]. Es evidente que yo sí lo he intentado y he llevado los hechos hasta el tormento, mientras que ese se ha instalado en la calumnia y en la palabrería, como haría cualquiera que comete fraude. Pero era ne- 2
cesario que él, si abrigaba intenciones justas y no buscaba confundir vuestras mentes, no actuara así, ¡por Zeus!, sino que trajera testigos para examinar las cuentas y que demostrara la verdad de cada una de las acusaciones de su discurso, interrogándome de esta manera: «¿Cuántos impuestos calculas?» «Tantos.» «¿A cuánto dinero ascendían las cantidades pagadas?» «A tanto y a tanto.» «¿De acuerdo con qué decretos de la asamblea?» «De acuerdo con estos.»
«¿Quiénes han recibido el dinero?» «Esos.» Y entonces 3
que comprobase mi testimonio sobre esos puntos —los decretos, el número de impuestos, las cantidades entregadas y los perceptores—; y, si todo estaba bien y conforme, que creyera en mi informe; pero, si no, que ahora presentara testigos de que había algo falso en las cuentas que presenté.

Esto se ha expresado con un estilo informal[34] a partir de 13
un diálogo de preguntas y respuestas[35]. Lisias utiliza mínimamente estos artificios, mientras Demóstenes, que sigue

[33] Un comienzo muy similar, con un interrogatorio imaginario (*hypophorá;* véase n. al § 13, 1), lo encontramos también en ISEO (cf. *Sobre la herencia de Cirón* VIII, 28).

[34] La *léxis dialelyménē*, «expresión suelta», se consigue con una sintaxis laxa e informal, que imita el leguaje coloquial de la calle, y de ahí que sea propia del diálogo. Los estilos sintácticos opuestos son la *léxis eirooménē* o «expresión enlazada, continua» (es decir, mediante la «parataxis») y el *períodos* o «subordinación».

[35] La *eperṓtēsis* es el diálogo imaginario de preguntas y respuestas, como el que acabamos de ver. Si el orador pregunta y se responde a sí mismo, como en el comienzo del siguiente pasaje, recibe el nombre de «sujeción» (griego *hypophorá;* latín, *subiectio;* cf. *Dem.* 54, 5 y n.).

las directrices de Iseo, los emplea aún con más profusión, como aquí[36]:

Demóstenes, «Olintíaco tercero»

34 III 34-35. «¿Acaso estás hablando de un sueldo?» dirá alguno. «Sí, y desde ahora mismo, hombres de Atenas. Hablo de una paga igual para todos, con el fin de que, tomando cada uno su parte del fondo común, esté en condiciones de ofrecer aquello que necesite la ciudad.» «¿Es posible quedarse sin hacer nada?» «Eres más útil quedándote en casa que, marchándote lejos, verte obligado a hacer algo vergonzoso forzado por la necesidad.» «¿Y si nos sucede algo semejante a lo que está ocurriendo ahora?» «No, porque tú eres un soldado pagado con esos mismos fondos, como es justo para alguien que lucha en defensa de la patria.» ¿Que alguno de nosotros está fuera de la edad militar? Todo cuanto toma ese ahora sin control y sin beneficio para la ciudad, en adelante deberá tomarlo en la medida justa y para atender todas las caren-
35 cias, destinándolo a las verdaderas necesidades. En suma, sin quitar ni añadir nada, excepto suprimir en alguna medida este descontrol, yo imponía un nueva organización en la ciudad para poder recaudar impuestos, organizar el ejército, poner en funcionamiento los tribunales y posibilitar que cada uno colaborare según su edad y de acuerdo con las necesidades del momento.

[36] DEMÓSTENES, *Olintíaco tercero* 34-35. Para más detalles véase n. a *Dem.* 21, 2, donde DIONISIO ofrece un extenso pasaje de este discurso con los parágrafos precedentes (§§ 23-32).

El estilo hacinado de Iseo

Las frases siguientes de Iseo, tan 2
hacinadas y atrevidas por su disposición breve, retorcida y chocante, no serán entendidas por todos[37], ni en una primera lectura[38]:

Fr. XIII 1. Ese[39] de ahí es el más miserable de los hombres, pues, aunque ellos no presentan los testigos ante los cuales, según dicen, nos entregaron el dinero, finge creer más a aquéllos, que dicen que nos lo han devuelto, que a nosotros, que afirmamos que no lo hemos recibido. Sin embargo, para todos es evidente, me parece, que, si ellos se lo quitaban al padre de este, ahí presente, a pesar de que era un ciudadano con todos los derechos, a nosotros no nos lo iban a devolver voluntariamente, y más cuando no ha-

---

[37] Los tres pasajes siguiente resultan oscuros *(skoteinós)*, principalmente por el abuso de pronombres —no queda claro a qué personas o hechos se alude—, por el hacinamiento de las frases y porque los silogismos no son claros y contundentes —de las premisas, basadas en una condicional de pasado o potencial, no se deduce necesariamente la veracidad de las conclusiones, expuestas de forma hipotética o interrogativa—.

[38] Iseo, *Fr.* XIII 1 Roussel. Otro pasaje de este mismo discurso se puede ver más abajo (cf. § 13, 3).

[39] El orador señala al demandante, que reclama un dinero al demandado. Pero el discurso no lo pronuncia el demandado, sino un amigo o pariente, pues al ser el demandado deudor de la ciudad no puede emprender acciones legales ni hablar en el juicio. El demandado se escuda en que no podía pagar deudas ni impuestos porque su padre, que había muerto, prestó un dinero a unos individuos que nunca lo devolvieron; estos individuos, presentes también en el juicio, dicen haberlo devuelto ya (probablemente dirían que lo habían devuelto a su padre en vida); pero el que habla en nombre del demandado afirma que el demandado nunca recibió ese dinero con el que los familiares debían pagar un impuesto a la ciudad, lo cual los dejó en una situación de total indefensión jurídica, de la que aquéllos se aprovecharon, pues el demandado ya no podía emprender acciones legales contra ellos. Por otro lado, el demandante sólo desea recuperar su dinero y no quiere saber nada de si el deudor cobró o no lo que le debían otros.

bríamos podido emprender acciones legales estando en aquella situación.

Pues también esta figura la utiliza mucho Demóstenes[40]:

IX 13. ¿O acaso creéis que, si a los que nada malo podrían haberle hecho, pues ellos a lo sumo se habrían guardado de no sufrir ningún mal, ha preferido engañarlos antes que advertirles que iba a utilizar la violencia contra ellos, a vosotros os iba a atacar con una declaración previa de guerra?

3 Otro ejemplo más de Iseo[41]:

Fr. XIII 2. A mí, que me había gastado en impuestos todo lo que tenía excepto los bienes hipotecados, y que, si hubiera pedido un préstamo, nadie me habría concedido nada más estando mis bienes ya hipotecados, y que además tenía enajenadas las rentas, era a mí, digo, a quien correspondía sin ninguna duda poseer aquellos bienes. Pero esos, después de obtener la celebración de un juicio tan trascendental y de ir diciendo que esos bienes eran suyos, me impidieron por ese mismo motivo hacer la liquidación de mis deudas.

¿Qué necesidad hay de alargar este escrito con más ejemplos? Uno podría encontrar muchos pasajes de Iseo muy distantes de la expresión de Lisias en cuanto a la composición de las frases y al uso de las figuras, pero próximos a la maestría de Demóstenes.

---

[40] Demóstenes, *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 13. Sobre los hechos aludidos y el comentario estilístico de Dion. Halic. a este mismo pasaje véase *Dem.* 9, 1-8 y notas. Y también en *Tuc.* 54, 5, siempre con ligeras modificaciones con respecto al texto de Demóstenes.

[41] Iseo, *Fr.* XIII 2 Roussel. Es otro pasaje del mismo discurso que veíamos supra § 13, 2.

El tratamiento de los hechos

He dicho acerca de los hechos que Iseo demuestra mayor maestría que Lisias en la distribución, tanto del discurso en su conjunto como de cada una de las partes, y nada hace al margen de la técnica retórica, de la que después Demóstenes hizo uso muchas veces. Así, quiero ofrecer pruebas de esta afirmación. Mis aportaciones se reducirán a una recapitulación y van dirigidas a quienes, se supone, han leído a este orador. Pues no cabe poner ejemplos de todo. 14

Las narraciones

2 Por lo pronto las narraciones de Iseo carecen de preámbulos, son concisas, no adelantan nada de la demostración[42] y las coloca en el lugar apropiado, como hace en el discurso *Contra Medón*[43], en el *Contra Hagnoteo*[44], en el *Contra las gentes del demo*[45] —se trata de una disputa por un terreno— y en muchísimos otros discursos.

Pero en ocasiones Iseo, dividiendo las narraciones por apartados, y añadiendo a cada apartado la argumentación correspondiente, se alarga más de la cuenta y rebasa el esquema de la narración, pues utiliza las narraciones a su conveniencia[46]. De este tipo son la defensa *Contra Hermón por una fianza*[47], la disputa *Contra Euclides por la recupera-* 3

[42] Sobre las partes del discurso véase n. a *Lis.* 16, 4.

[43] Este discurso se ha perdido.

[44] De este discurso sólo conocemos los dos fragmentos conservados por Dionisio (cf. supra § 8, 2 y 12, 1).

[45] De este discurso sólo conocemos el fragmento conservado por (cf. supra § 10, 2).

[46] Véase n. a § 14, 5.

[47] Solo en la *Suda* (s. v. «*anákaion*» = alpha 1892) encontramos dos líneas de este discurso (= *Fr.* IX Roussel).

ción de un terreno[48] y la apelación *En defensa de Eufileto*
4 *contra el demo de Erquia*[49]. En estos discursos las narracio-
nes son demasiado largas, por lo que no las ofrece enteras y
de una vez, sino que dividiéndolas en apartados añade en
cada sección las declaraciones de los testigos y agrega tam-
bién las diferentes argumentaciones. Pues, de no hacerlo así,
teme —yo opino todo lo contrario[50]— que el discurso se
vuelva confuso con tantas secciones y que las argumenta-
ciones, si las agrupa todas en un mismo lugar, siendo mu-
5 chas y sobre muchos temas, enturbien la claridad. Y, en
efecto, con las narraciones divididas así, Iseo ya no dedica
muchas palabras a reforzar las demostraciones que preceden
a la argumentación, ni actúa como recomiendan los tratadis-
tas modernos, sino que cree que es necesario refutar las ar-
gumentaciones de los oponentes[51].

Entonces antes de la narración antepone un preámbulo en el que refiere ciertos hechos y anticipa lo que va a decir,

---

[48] Harpocración (cf. *Léxico de los diez oradores* 5, s. v. «*Hagnías*») menciona también este título (= *Fr.* 14 Thalheim).

[49] Más adelante (cf. § 17) Dionisio nos ofrece un largo fragmento de este discurso correspondiente a la demostración.

[50] En efecto, Dionisio reprueba la división de la narración y de la exposición en muchos apartados (cf. *Dem.* 20, 7; 21, 1; *Tuc.* 25, 1).

[51] Es decir, en vez de hacer una exposición *(próthesis)* en forma de narración *(diḗgēsis)* para después añadir la argumentación *(pístis),* la hace en forma de enumeración *(diaíresis)* para añadir tras cada apartado *(kephálaion)* su argumentación correspondiente. En consecuencia, en vez de la secuencia tradicional (1, exordio; 2, exposición en forma de narración; 3, argumentación en forma de demostración; y 4, epílogo), Iseo adopta el siguiente esquema: 1, exordio; 2a, primer apartado de la exposición y 3a, primera argumentación en forma de refutación; 2b, segundo apartado de la exposición y 3b, segunda refutación; 2c, y 3c, etc.; y 4, epílogo). Los tratadistas modernos ya advertían de que una división con muchos apartados daba la impresión de artificiosidad y de que, por tanto, restaba credibilidad al orador (cf. *Retórica a Herenio* I 17).

en la idea de que la narración será más creíble o más útil en algún otro sentido, como se puede comprobar que hace Iseo en el requerimiento *Contra Aristogitón y Arquipo*[52], en el que cierto individuo disputa por una herencia. En este pleito el hermano del difunto cita ante los tribunales al que se ha quedado con los bienes mobiliarios para una presentación de pruebas[53]; pero el que se había adueñado de la herencia rechaza el requerimiento alegando que los bienes le fueron entregados de acuerdo con el testamento. La disputa es doble: una, sobre si había o no testamento; otra, disputándose ya por el testamento, sobre quién debía quedarse con la herencia. Iseo centra primero su discurso sobre el aspecto legal y demuestra en esta parte que no es posible tomar posesión de una herencia objeto de litigio mientras no haya una sentencia judicial. Demostrado este punto Iseo entra en la narración, en la que demuestra que ni siquiera el difunto hizo testamento[54]. Pero no añade una narración en la que los 2
pensamientos estén sintetizados de una manera simple y poco elaborada, sino que la alarga más y más mediante algunos cortes, y en cada sección hace subir a los testigos, lee

[52] Iseo, *Fr.* 1 Roussel.

[53] La «presentación de pruebas» *(eis emphanôn katástasin)* se hacía ante el arconte rey cuando el demandante denunciaba que un objeto de su propiedad estaba en posesión de otra persona; entonces esta persona era reclamada para que acreditase con pruebas la legitimidad de dicha propiedad; y si alegaba que lo había comprado, debía revelar el nombre del vendedor, y el pleito se entablaba entonces contra éste (cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 56, 6; Harpocración, *Léxico de los diez oradores* 105, s. v. «*eis emphanôn katástasin*»; etc.).

[54] Iseo, en contra de la preceptiva retórica (véase n. a *Lis.* 16, 4), antepone la argumentación para demostrar que el oponente se ha apropiado ilegalmente de la herencia, pues aún no había una sentencia sobre la herencia, y después coloca la exposición narrada, que le sirve para demostrar que el difunto no había testado.

las citaciones, presenta testamentos[55] y echa mano de indicios, de señales[56] y de todo tipo de conclusiones verosímiles.

3 Podría ofrecer otras muchas narraciones dispuestas por Iseo del modo más conveniente para sus intereses, en las que recurre a los preámbulos, a todo lo que pueda predisponer a los oyentes, a las enumeraciones artificiosas, a las alteraciones de los pasajes, a la manipulación de los hechos, al desorden de los apartados, a la narración de los acontecimientos sin seguir el orden cronológico, a presentar todo al contrario de como sucede por naturaleza o a como los diría una persona corriente y a otras miles de figuras semejantes.
4 Pero ni tengo tiempo suficiente para hablar de todas las narraciones de Iseo analizando como corresponde la técnica empleada en cada una, tal como a mí me gustaría, ni un discurso dirigido a los que ya conocen estos hechos tiene más credibilidad por tener mayor cantidad de ejemplos, sino que una breve muestra es para ellos suficiente.

16 Haré una recapitulación de la opinión que yo tengo sobre esta parte del discurso y diré en qué creo que Iseo difiere de Lisias.

Pues bien, al leer las narraciones de Lisias alguien podría suponer que en ellas nada se dice con artificio o con maldad, sino que todo viene impuesto por la naturaleza o por la verdad; y así lo supondría, precisamente, si no sabe
2 que imitar la naturaleza es la mayor obra de arte[57]. Pero ese mismo lector, con las narraciones de Iseo, experimentaría todo lo contrario: ningún pasaje le parecerá que está expresado de forma espontánea y sin elaboración, ni siquiera

---

[55] A pesar de que, según Iseo, el difunto no hizo testamento, en los *Frs.* I 1 y 2 Roussel se citan otros testamentos, presuntamente falsos.

[56] Sobre indicios y señales véanse notas a *Lis.* 19, 1 y 2.

[57] Véase la Sinopsis que anteponemos al *Im.*

cuando se narran acontecimientos que sucedieron de manera casual, sino que todo es fruto de los recursos retóricos y está urdido para el engaño o para cualquier otra maldad. A Lisias uno le creería aunque dijera mentiras; pero de Iseo, aunque esté diciendo la verdad, no se podrá uno fiar sin sospechar.

Las demostraciones

En las demostraciones se podría 3 concluir que Iseo difiere de Lisias en que no argumenta con entimemas sino con epiqueremas[58], y que no lo hace de forma breve sino con todo su desarrollo, y tampoco de un modo simple sino detallado, y que amplifica y presenta los hechos como más graves de lo que son y las pasiones con más grandiosidad. Precisamente por estas características se hace más evidente que es él quien ha suministrado las directrices a la técnica de Demós-

[58] El «silogismo» *(syllogismós)* es el razonamiento utilizado en la lógica y en la dialéctica; se expone de forma completa con los tres términos (ejemplo: «Sócrates es un hombre, los hombres son mortales, luego Sócrates es mortal»); y es perfecto en cuanto las premisas son verdaderas y la conclusión se cumple necesariamente. El «entimema» *(enthýmēma)* es el silogismo abreviado usado en retórica; pero no es perfecto, porque, aunque la premisa es cierta, el orador, basándose hábilmente en lo verosímil, puede llegar a una conclusión falsa o tan solo probable (ejemplo: «Sócrates es ateniense, luego odia a los espartanos»). Y el «epiquerema» *(epicheírēma),* que también es un silogismo abreviado propio de la retórica, tiene como premisa una conjetura no demostrada o falsa, por lo que la conclusión no suele ser cierta (ejemplo: «Sócrates inculcó a los jóvenes el deseo de placeres, luego sí corrompió a la juventud»). Mientras Dionisio considera el entimema un razonamiento válido para los oradores, el epiquerema queda como un razonamiento artero y poco honesto. No obstante, DIONISIO, en otros pasajes, utiliza indistintamente «silogismo», «entimema» y «epiquerema», aunque conocía perfectamente la teoría aristotélica (cf. *Pr. Ameo* 7, 1). En la *Retórica a Herenio* (cf. II 3) se recomienda que el acusador vaya dejando datos y observaciones (pueden ser falsos) que despierten en el jurado la sospecha y el recelo contra el acusado: a partir de ahí el orador podrá llegar a demostrar la conclusión deseada.

tenes y que no persigue la sencillez de Lisias: así se deduce de muchos discursos, y de un modo especial por todos aquellos que realmente él escribió[59].

Iseo, «En defensa de Eufileto»

4 Si es necesario poner algún ejemplo, no sea que alguien crea que nosotros hablamos sin pruebas, lo pondré. Voy a echar mano del discurso *En defensa de Eufileto*, cuyo argumento es el siguiente: un tal Eufileto, uno de los que no fue admitido como miembro del demo de Erquia en la votación, cita ante los tribunales a este barrio por considerar que ha perdido los derechos de ciudadanía injustamente. Pues los atenienses aprobaron una ley según la cual los ciudadanos debían pasar un examen de ciudadanía por demos, y quien fuera excluido por sus convecinos perdía el derecho de ciudadanía. Pero, si habían sido excluidos injustamente, podían apelar ante los tribunales citando judicialmente a los del demo. Sin embargo, si en la segunda votación resultaban excluidos, eran vendidos como esclavos y sus bienes pasaban a la ciudad[60]. Eufileto, al citar a los de Erquia por haber sido excluido injustamente, se enfrenta a este proceso de acuerdo con dicha ley.

---

[59] De los sesenta y cuatro discursos que se atribuían a Iseo sólo cincuenta serían auténticos (véase la Sinopsis de este tratado).

[60] Periódicamente se actualizaban las listas de ciudadanos *(diapsēphisis)* mediante votaciones en los demos (cf. ESQUINES, *Contra Timarco* 77 y 114). Para ser considerado ciudadano ateniense, tanto el padre como la madre debían ser ciudadanos atenienses y libres y, además, debía ser inscrito en el *demo* a los dieciocho años. Si alguien era excluido y no apelaba, pasaba a la condición de meteco; y, si apelaba y perdía el pleito, era vendido como esclavo por la ciudad (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 42, 1-2); conocemos otro caso semejante (cf. DEMÓSTENES, *Contra Eubúlides)*. Eufileto corre, pues, un gran riesgo.

Previamente los hechos han sido descritos con todo de- 5
talle y confirmados por los testigos. Ahora Iseo quiere demostrar la veracidad de esos testimonios. Esto, en mi opinión, se ha hecho escrupulosamente. Juzgue quienquiera si mi criterio es el acertado.

XII 1-12. Que[61] Eufileto ahí presente, señores jueces, es 17
hermano nuestro[62], no solo lo habéis oído de nosotros sino de todos los parientes que han testificado. Fijaos primero en nuestro padre: ¿por qué iba a mentir y a admitir que era
hijo suyo si no lo fuera? Os encontraréis con que todos los 2
que mienten sobre la paternidad lo hacen o bien porque no tienen hijos legítimos o bien porque se ven obligados por la pobreza a adoptar como hijos a hombres extranjeros para sacar de ellos algún beneficio si se hacen atenienses gracias a ellos. Pero mi padre no se halla en ninguna de estas dos situaciones. Pues nosotros dos somos hijos legítimos, de
modo que no podría adoptarlo a causa de la soledad[63]. Ni 3
tampoco necesita alimento ni los recursos de Eufileto, pues

[61] Este largo pasaje que nos ha conservado Dionisio, correspondiente sólo a la demostración, no se considera un fragmento sino un discurso más de Iseo *(En defensa de Eufileto contra el barrio de Erquia* (XII). Probablemente fue pronunciado hacia el 343 a. C., pues a propuesta de un tal Demófilo fue aprobado un decreto por el que se debía revisar el censo de ciudadanos (346-345 a. C.; cf. Esquines, *Contra Timarco* 86; *Escolios a Esquines,* I 77), y este caso ya duraba dos años (cf. § 17, 11).

[62] El que pronuncia el discurso es un hermanastro de Eufileto, pues éste, al no haber sido admitido en el censo de ciudadanos, no puede hablar en los tribunales. Eufileto es el hijo habido de un segundo matrimonio de su padre, Hegesipo; pero sus convecinos no lo aceptaron como ciudadano alegando, al parecer, que su madre lo tuvo en un matrimonio anterior (y se supone que el padre no era ciudadano ateniense). Sin embargo, tanto sus dos hermanastros como los maridos de sus hermanastras y demás parientes declaran bajo juramento que es hijo legítimo de Hegesipo.

[63] El ciudadano griego, cuando no tenía hijos, los adoptaba no solo para evitar la soledad y procurarse cuidados en la vejez, sino para dar continuidad a su linaje y mantener la unidad del patrimonio.

tiene unos medios de vida suficientes y, aparte de esto, se ha testificado ante vosotros que desde que éramos niños lo ha alimentado, lo ha educado y lo ha presentado a los miembros de la fratría: todo esto no es tarea baladí. De modo que no es lógico, señores jueces, que nuestro padre, sin sacar ningún provecho, intente una acción tan injusta.

4 Y, en cuanto a mí, ningún hombre me supondría tan insensato, que iba a cometer falso testimonio por él, para que así la herencia paterna se repartiera entre más. Pues, después, ni siquiera tendría posibilidad de pleitear contra él alegando que ése no es mi hermano. Porque ninguno de vosotros soportaría oír una palabra mía, si ahora, exponiéndome a una acusación por falso testimonio, testifico que es nuestro hermano y mañana dijera lo contrario.

5 Es natural, señores jueces, que no sólo nosotros hayamos declarado la verdad sino también los demás parientes. Pensad en primer lugar que los que están casados con nuestras hermanas nunca iban a testificar en falso por ése. Pues su madre ha sido madrastra de nuestras hermanas. Lo habitual es que haya muchas rencillas entre las madrastras y las hijastras. Por lo tanto, si ése fuera hijo de la madrastra y de otro hombre, y no de mi padre, nunca, señores jueces, mis hermanas habrían permitido y empujado a sus maridos a testificar en su favor.

6 Ni nuestro tío por parte de madre, sin tener nada que ver con ése, se habría prestado, señores jueces, a dar falso testimonio en favor de la madre de ése, cuando era evidente que así nos perjudicaba, si, siendo extranjero, lo admitíamos como hermano nuestro.

Y aún más, señores jueces, ¿cómo alguno de vosotros acusaría de falso testimonio a Demarato ahí presente, a Hegemón y a Nicóstrato[64]? En primer lugar nunca veremos que se hayan mezclado en algo vergonzoso y, después, porque siendo ellos de nuestra familia y conociéndonos a

[64] Personajes desconocidos.

todos nosotros, cada uno ha testificado su parentesco con Eufileto ahí presente.

De modo que a mí me gustaría saber del más respetable de nuestros oponentes[65], de qué otra forma podría demostrar él su propia condición de ateniense, si no es del modo que empleamos nosotros para demostrar la de Eufileto. Yo creo que él no podría decir más que «Mi madre es ciudadana de esta ciudad, está casada legalmente y mi padre también es ciudadano de esta ciudad». Y de que eso que dice es cierto, podría presentar a sus parientes como testigos. 7

Y, señores jueces, si éstos se vieran entonces en peligro ante la justicia, reclamarían de vosotros que confiarais más en el testimonio de sus parientes que en el de los acusadores. Sin embargo, después de haber presentado nosotros todas estas pruebas, ¿os van a reclamar que deis más crédito a sus propias palabras que al padre de Eufileto, a mí, a mi hermano, a los miembros de la fratría y a toda nuestra familia? Porque ésos, que en verdad no están arriesgando nada, actúan así por una enemistad personal; pero nosotros testificamos exponiéndonos a una acusación por falso testimonio. 8

Y además de estos testimonios, señores jueces, está en primer lugar la madre de Eufileto, que ellos mismos reconocen que es de esta ciudad, y que ante el árbitro[66] estaba dispuesta a jurar en el Delfinio[67] que Eufileto ahí presente 9

[65] La parte contraria son todos sus convecinos del demo de Erquia, que eligen a cinco de entre ellos para que los representen como acusadores (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 42, 1).

[66] Sobre la función del árbitro *(diaitētḗs)* véase n. a *Lis.* 23, 2.

[67] El Delfinio era un santuario de Apolo donde se sentaban los cincuenta y un *efetas*, jueces de causas de homicidios cuyas decisiones eran inapelables. Aquí se elige sólo como lugar sagrado donde prestar juramento. Si las madre no llegó a prestar juramento fue probablemente porque se opuso la parte contraria (únicamente se admitía el testimonio de una mujer si las dos partes estaban de acuerdo).

era hijo suyo y de mi padre. ¿Quién podía saber esto mejor que ella? En segundo lugar, señores jueces, es natural que, después de su madre, sea mi padre quien conozca mejor que nadie a su hijo; y él, entonces y ahora, desea jurar que Eufileto es hijo suyo y de su legítima esposa nacida en esta
10 ciudad. También está mi propio testimonio, señores jueces, pues yo tenía trece años, como ya dije antes, cuando ése nació, y estoy dispuesto a jurar que Eufileto ahí presente es mi hermano por parte de padre. De modo que, señores jueces, debéis considerar más fiables nuestros juramentos que las palabras de ésos. Pues nosotros queremos prestar juramento en su favor porque estamos seguros de lo que sabemos, pero ellos dicen esas cosas porque se las han oído decir a los que mantienen diferencias con Eufileto, o son acusaciones que han inventado ellos mismos.

11 Además de todo esto, señores jueces, nosotros presentamos a nuestros parientes como testigos ante los árbitros primero, y ante vosotros ahora, y no debéis desconfiar de ellos; pero ésos, cuando Eufileto obtuvo el primer juicio contra la comunidad del demo y contra el presidente[68] de entonces, que ha fallecido hace poco, a pesar de que el caso estuvo en manos del árbitro[69] dos años no han podido encontrar ningún testimonio de que Eufileto es hijo de otro hombre que no sea nuestro padre. Para los árbitros ésta era la mayor señal de que ésos mentían, y los dos árbitros emitieron una sentencia contraria a ellos. Traedme el testimonio del primer arbitraje.

[68] El presidente del demo, *dêmarchos*, era elegido anualmente.

[69] Los árbitros, como otros muchos cargos en Atenas, eran elegidos anualmente por sorteo, de modo que, al durar dos años el proceso, lo inició primero un árbitro y al año siguiente llevó el caso otro árbitro diferente: de ahí que más adelante se diga que los dos árbitros emitieron una sentencia condenatoria.

TESTIMONIO

Que, efectivamente, aquel arbitraje fue condenatorio 12
para ellos, lo habéis oído. Y del mismo modo que nuestros acusadores decían que, si los árbitros les daban la razón, sería una gran señal de que él no era hijo de Hegesipo, así ahora, señores jueces, creo justo que consideréis también como prueba de que decimos la verdad el que los árbitros pensaran que aquellos agraviaron a Eufileto, pues era ateniense y estaba inscrito como ciudadano por derecho propio, pero ellos después lo tacharon de la lista.

Que Eufileto ahí presente es hermano nuestro y vuestro conciudadano y que fue agraviado injustamente por sus convecinos del barrio, creo, señores jueces, que lo habéis oído ya suficientemente.

Conclusiones sobre Iseo

Ése es el estilo de los discursos de 18
Iseo y ésas son las diferencias que lo separan de la manera de componer de Lisias. Nada me impide decir, si resumo las diferencias más evidentes a la mínima expresión, que, a mi entender, Lisias persigue más la verdad e Iseo la técnica; que el objetivo del primero es la gracia y el del segundo, la habilidad. Si alguien des- 2
preciara estas características por pequeñas e insignificantes, es porque aún no será un crítico lo suficientemente cualificado. Pues las semejanzas de estilo perturbarán su capacidad de raciocinio, de modo que no podrá reconocer el estilo propio de cada uno de ellos. Sobre estas cuestiones ya he dejado claro cuál es mi opinión[70].

[70] Aquí acaba el tratado *Iseo* y comienza ahora, con los parágrafos 19 y 20, un apéndice a modo de epílogo para cerrar el primer tomo del tratado *Sobre los oradores áticos* y explicar el plan de la segunda parte. Lo que se dice en este epílogo y lo que Dionisio dijo en el prólogo (cf. *Or. ant.* 4, 5)

Isócrates, el mejor en el estilo elevado

19 Quiero ya dirigir mi atención sobre los demás oradores, para que nadie crea que yo he dejado de lado por ignorancia a oradores que son ilustres y gozan de gran renombre o que, para evitar complicaciones, he soslayado el estudio de aquellos eligiendo el trabajo más fácil. Pues yo ni desconocía a los oradores que todos conocen ni titubearía en escribir sobre
2 ellos, siempre que mi escrito fuera de alguna utilidad. Consciente de que en el empleo de los recursos poéticos y en la expresión elevada y solemne nadie fue mejor que Isócrates, dejé de lado voluntariamente a los que sabía que destacaban menos en esta clase de discursos[71]. Veía que Gorgias de Leontinos desbordaba toda mesura y que era infantil en muchos pasajes; que su discípulo Alcidamante[72] era tan torpe
3 en la expresión como vacío en el contenido; que Teodoro[73] de Bizancio utilizaba un lenguaje arcaico y que no era riguroso en sus manuales de retórica ni hacía un análisis profun-

concuerdan plenamente, lo que parece confirmar que prólogo y epílogo fueron escritos muy cercanos en el tiempo; esto es, que el *Or. ant.* fue escrito después del *Iseo.*

[71] Dionisio alude al discurso epidíctico y al deliberativo, por oposición al judicial, que Isócrates decía no haber practicado y en el que sobresale Lisias.

[72] Alcidamante (s. IV a. C.), orador ateniense aunque nacido en la Elea de Asia Menor, fue discípulo de Gorgias (sobre Gorgias véase n. a *Lis.* 3, 4). Conservamos de él dos discursos: el *Ulises* y un discurso contra Isócrates, el *Sobre los que escriben discursos escritos* (sic) o *Sobre los sofistas.*

[73] Teodoro de Bizancio (s. V a. C), citado irónicamente por Platón junto a Eveno de Paros, Tisias, Gorgias y demás teóricos de la retórica (cf. *Fedro* 266e - 2667a), fue el primero en distinguir las partes del discurso (cf. Aristóteles, *Retórica* 1414b 13-16) y autor de un *Arte* o técnica retórica (cf. ibídem 1400b 16).

do en los discursos de debate; y que Anaxímenes[74] de Lámpsaco quiere ser un perfeccionista en toda clase de discursos (ha escrito *Historias*, ha dejado tratados *Sobre el Poeta*[75], ha editado *Manuales de retórica* y ha tocado también los discursos para debates políticos y judiciales), pero compruebo que en ninguno de esos géneros es perfecto, sino que carece de fuerza y de credibilidad.

Pensaba que, habiendo sobrepasado Isócrates a todos en 4
todos los aspectos, no era necesario hacer un estudio sobre aquellos, ni sobre ninguno de los que estuvieron en contacto con Isócrates e imitaron su estilo: me refiero a Teodectes, Teopompo, Náucrates, Éforo, Filisco, Cefisodoro[76] e innu-

---

[74] Anaxímenes de Lámpsaco (ciudad costera situada al norte de Troya) fue un orador e historiador fecundo de la segunda mitad del s. IV a. C), discípulo de Zoilo (citado más abajo, § 20, 2). Sus obras de historia son unas *Helénicas*, unas *Filípicas* y una *Historia de Alejandro (FGrH* 72 Jacoby); y en el campo de la retórica y la crítica literaria escribió unos *Comentarios a Homero* y un manual, la *Retórica a Alejandro*, la única obra que conservamos de él, aunque durante mucho tiempo figuró entre las obras de Aristóteles.

[75] El poeta por antonomasia es Homero.

[76] Teodectes de Fasélide, en Licia (s. IV a. C.), orador y poeta trágico. Al parecer tuvo como maestros a Platón y a dos insignes rivales, Isócrates y Aristóteles. Escribió más de cincuenta tragedias, de las que conservamos algunos fragmentos, y ganó en ocho ocasiones; es también autor de un *Arte* o manual de retórica (cf. Diógenes Laercio, V 24). Sobre Teopompo, cf. *Im.* 3, 9-12 y n. Náucrates de Eritrea, en Jonia (s. IV a. C.), fue discípulo de Isócrates y aparece citado por Cicerón como un gran orador junto con Éforo (cf. *El orador* 172). Éforo de Cime, en la Eólide (s. IV a. C.), fue un historiador de estilo cuidadoso (suele aparecer citado junto a Teopompo por tener estilos opuestos) y autor de las *Historias*, una historia universal desde la invasión doria hasta Filipo *(FGrH* 70 Jacoby); es autor también de un tratado *Sobre el estilo* (cf. Teón, *Ejercicios de retórica* 71). Cicerón lo cita como un gran orador junto con Náucrates (cf. *El orador* 172). «Filisco» es una sugerencia de Goeller. Los manuscritos dan «Filisto»; pero Filisto (s. V-IV a. C.), testigo del desastre ateniense en Sicilia, fue un historiador siracusano de mayor edad que Isócrates (cf. Cicerón,

merables otros. Pues tampoco en ese juicio iban a salir beneficiados ante la fuerza de Isócrates.

20 Considero que Isócrates sobresale por encima de todos los que adornaban sus discursos según esa forma de componer, por lo que me parece que ya no hay que alargarse sobre los demás y malgastar el tiempo sin necesidad.

Lisias, el mejor en el discurso judicial

2 Y en cuanto a los oradores que han optado por los discursos rigurosos y practican la oratoria que se utiliza en los debates[77], entre los cuales está Antifonte de Ramnunte, Trasímaco de Calcedonia, Polícrates de Atenas, Critias —el cabecilla de los Treinta—, Zoilo[78], que dejó tratados sobre Homero, y

Sobre el orador II 57 y 94); Dionisio habla de él en el tratado *Im.* 3, 6-8. Sin embargo, Filisco de Mileto (s. IV a. C) fue otro discípulo de Isócrates y maestro del historiador Timeo; escribió un *Arte* o manual de retórica en dos libros (cf. *Suda*, s. v. «*Philískos, Milḗsios*» = fi 360). Sobre Cefisodoro, cf. *Isóc.* 18, 4 y n.

[77] Se refiere a los debates políticos y, sobre todo, a los judiciales.

[78] Antifonte de Ramnunte, demo del Ática (*c.* 480-411 a. C.) es el primero de los diez oradores áticos. Sin embargo, para nosotros es una figura controvertida, quizá porque bajo este nombre confluyan dos personalidades distintas, Antifonte de Ramnunte y Antifonte el sofista, amén de un Antifonte poeta trágico, que fue condenado a morir a palos por el tirano Dionisio de Siracusa (cf. Aristóteles, *Retórica* 1385a 9-13). Hemos conservado seis discursos judiciales y varios fragmentos, pero no parecen ser todos ellos de un mismo autor. Dionisio nos dice más abajo que no pronunció ningún discurso, pues siendo del partido oligárquico y temible por su capacidad oratoria el pueblo votaba sistemáticamente contra sus propuestas: decidió entonces no hablar nunca en público y dedicarse sólo a escribir discursos para otros. Tucídides, que admiraba su inteligencia y sus dotes para la oratoria, nos dice que, cuando el régimen de los Cuatrocientos cayó y fue acusado de haber planeado el golpe, pronunció un soberbio discurso de defensa que no le sirvió para salvar la vida (cf. Tucídides, VIII 68). Fue imitador de Gorgias y escribió varios tratados de retórica, aunque probablemente espurios. Sobre Trasímaco, véase nota a *Lis.* 6, 1.

otros muchos como ellos, no creo que ninguno se exprese con mayor rigor y gracia que Lisias. Antifonte utiliza siem- 3
pre un lenguaje sobrio y arcaico, pero nunca intervino personalmente en los debates, ni deliberativos ni judiciales; Polícrates suena hueco en los debates verdaderos, es frío y vulgar en los discursos de aparato y soso en los pasajes que necesitan poseer gracia; Trasímaco es puro, delicado y hábil para hallar ideas y expresar lo que quiere de una manera condensada y elegante, y así es ciertamente en los ensayos de retórica y en los discursos de aparato, pero no ha dejado discursos deliberativos[79] ni judiciales; lo mismo se podría decir de Critias y de Zoilo, excepto en la medida en que se aparten unos de otros por la forma personal de la expresión.
Por creer que Lisias sobresale por encima de estos oradores 4
y de otros semejantes a estos, tanto como un original se distingue de las copias, elegí a ese orador como modelo de este género de discursos.

Iseo, maestro de Demóstenes

En cuanto al tercer orador, Iseo, si 5
alguien me preguntara por qué lo he añadido si es un imitador de Lisias, podría decirle que por este motivo: porque me parece que Iseo es la semi-

---

Polícrates de Atenas (s. v-iv a. C.), sofista, maestro de Zoilo y, supuestamente, autor del discurso con el que Ánito y Meleto consiguieron condenar a Sócrates (cf. Diógenes Laercio, II 39). Sobre Critias, véase nota a *Lis.* 2, 1. Zoilo de Anfípolis (s. iv) fue historiador y maestro de Anaxímenes de Lámpsaco (citado supra § 19, 4), y también oyó a Polícrates de Atenas *(FGrH* 71 Jacoby); escribió un tratado contra Platón (cf. *Pomp.* 4) y otro contra Homero, con el que se ganó el apodo de «Azote de Homero»; también fue llamado, por su tendencia cínica, «el Perro orador» (cf. Claudio Eliano, *Historias varias* XI 10).

[79] Algunos editores suprimen «deliberativos» considerándolo una interpolación. En efecto, Dionisio nos ofrece un pasaje de un discurso deliberativo de Trasímaco (cf. *Dem.* 3, 4).

lla y el punto de partida del arte de Demóstenes, arte que todos sin excepción consideran como el más perfecto de todos[80].

6 Estas son las razones por las que elegí sólo a estos tres oradores. Si hubiera accedido a escribir sobre todos, mi discurso habría caído en la vacuidad y, en vez de darle una longitud proporcionada, lo habría alargado interminablemente para añadirle muy poca o ninguna utilidad. Y con lo dicho sobre ellos baste.

7 Comenzaré el segundo tomo[81] de mi tratado hablando de Demóstenes, de Hiperides y, en tercer lugar, de Esquines. Pues parece que es en estos tres oradores donde se encuentra la perfección retórica y los discursos de debate más vigorosos.

---

[80] Esta es la primera vez que DION. HALIC. elogia a Demóstenes (cf. § 4, 5). Sobre cómo Dionisio va modificando su opinión acerca de Demóstenes, al que termina colocando muy por encima de Lisias, véase Introducción, apartado 3.

[81] Es evidente, por las pocas menciones que hace DIONISIO del estilo de Demóstenes, que aún no ha escrito nada del segundo tomo del tratado *Sobre los oradores áticos*, que quedará reducido al *Dem.* (véase Introducción, apartado 3).

SOBRE DEMÓSTENES

SINOPSIS

Demóstenes (Atenas, 384-322 a. C.) era hijo de Demóstenes, un rico fabricante de armas; pero quedó huérfano de padre a los siete años y sus tutores dilapidaron su herencia, por lo que no pudo recibir una buena educación. En cuanto cumplió la mayoría de edad entabló un pleito contra sus tutores por la herencia, de la que sólo pudo recuperar una pequeña parte. Desde entonces le fascinó la oratoria, aunque carecía de cualidades para la declamación por su carácter tímido y sus dificultades de dicción; sin embargo, todos esos inconvenientes los superó con su enorme voluntad (§ 53, 4). Fue discípulo de Iseo, de quien aprendió el «todo vale en retórica» (cf. *Iseo* 4, 4-5), y quizá oyó también a Platón (cf. Cicerón, *Bruto* 121); pero, al parecer, no pudo pagar las carísimas clases de Isócrates. Empezó a ganarse la vida como logógrafo y profesor de retórica. Sin embargo, preocupado por la penosa situación económica de Atenas, entra en política con el discurso, *Sobre las sinmorías* (354 a. C.), en el que, antes de enfrentarse a Persia, se declara partidario de introducir un nuevo sistema de impuestos más equitativo. Pero en seguida se da cuenta que el enemigo de Atenas no es el rey persa sino Filipo II de Macedonia, y desde entonces intentará con sus discursos movilizar a sus conciudadanos contra Filipo; entre estos destacan los cuatro discursos *Contra Filipo* (351-341 a. C.), conocidos desde Cicerón como *Filípicas*. Demóstenes, junto con su eterno rival, Esquines, formó parte de la embajada que negoció con Filipo la paz de «Filócrates» (346 a. C.), pe-

ro Demóstenes no pudo entender que Esquines fuese partidario de llegar a acuerdos con Filipo, que para Demóstenes era el enemigo de Atenas y de toda Grecia: entonces Demóstenes denunció a Esquines por haberse dejado sobornar por Filipo —*Sobre la embajada fraudulenta* (344 a. C.)—, aunque esta vez Esquines se libró por poco. Finalmente estalló la guerra entre Atenas y Macedonia, que acabó con la derrota de atenienses y tebanos en Queronea (338 a. C.). Sin embargo, Filipo, en contra de los temores del partido antimacedónico, perdona a Atenas mientras castiga con gran dureza a los tebanos. Demóstenes insiste en su política hostil hacia Filipo hasta pedir incluso la ayuda del enemigo tradicional de todos los griegos, el rey persa, que al parecer pasaba en secreto grandes sumas de dinero a Demóstenes (cf. Plutarco, *Demóstenes* 20, 4-5). Atenas, en agradecimiento por sus desvelos para con la ciudad, concede a Demóstenes una corona de oro. Pero es ahora Esquines, que ha visto triunfar su opción política, quien denuncia a Demóstenes por la concesión ilegal de la corona *(Contra Ctesifonte);* sin embargo, Demóstenes se defiende con un magnífico discurso, el *Sobre la corona* (330 a. C.), y Esquines, que no consiguió la quinta parte de los votos, perdió los derechos de ciudadanía. Pero después Demóstenes se vio envuelto en un turbio asunto, cuando desapareció parte del dinero que Hárpalo trajo desde Babilonia mientras Alejandro estaba en la India: Demóstenes, acusado por el orador Hiperides *(Contra Demóstenes),* fue condenado a una elevadísima multa que eludió primero con la cárcel y después huyendo al destierro (324 a. C.). Tras la muerte de Alejandro al año siguiente (323 a. C.), Demóstenes e Hiperides se unen ahora para liderar la sublevación contra los macedonios, pero son derrotados por Antípatro, que exige la entrega de estos dos cabecillas. Demóstenes bebió un veneno antes de caer vivo en manos de Antípatro. Conservamos casi la totalidad de la obra que escribió Demóstenes, unos sesenta discursos y seis cartas, aunque unos veinte discursos serían espurios, y probablemente también los cincuenta y seis breves proemios y algunas de las seis cartas (para más detalles remitimos a la Introducción de A. López Eire, *Demóstenes. Discursos políticos* I, Madrid, 1980, núm. 35 en esta misma colección).

Demóstenes alcanzó gran fama y reconocimiento en vida como orador, aunque le censuraban algunos defectos evidentes: su carácter poco flexible y su visión extremada y simplista de las cosas —todo era o blanco o negro, incapaz de admitir otros matices—; las críticas a sus rivales eran agrias y de mal gusto; el comportamiento posterior de Filipo demostraría que Esquines fue un político mucho más realista que Demóstenes; y las conquistas de Alejandro pusieron en evidencia que Demóstenes carecía de la visión de futuro de Isócrates. A pesar de todo esto los atenienses le concedieron en vida una corona de oro y, después de su muerte, le dedicaron una estatua (cf. Pausanias, I 8, 2; Ps. Plutarco, *Vidas de los sofistas* 847D-E; etc.). Y es que Demóstenes se había ganado en vida la fama de ser el mejor de todos los oradores, de dominar todos los géneros y de saber emplear como nadie todos los recursos retóricos con un estilo siempre variado; y, sobre todo, de ser el único capaz de levantar pasiones en las masas. Sólo se le reconocía un defecto como orador: era incapaz de improvisar (cf. Plutarco, *Demóstenes* 8; Esquines, *Sobre la embajada fraudulenta* 35). Su coetáneo Aristóteles únicamente nombra a Demóstenes en tres ocasiones y de pasada; pero es algo comprensible, si pensamos que él era macedonio y Demóstenes el principal enemigo de la causa macedonia en Atenas. En cambio Cicerón le otorga el primer puesto en la oratoria *(oratorum princeps),* lo declara el orador perfecto, alaba su capacidad de convocatoria frente a la aridez de los oradores aticistas y admira sobre todo su maestría en el empleo de las figuras de pensamiento (cf. *El orador* 6, 21, 133, 136; *Bruto* 35, 141, 289; *De optimo genere oratorum* 13; etc.); tradujo al latín el discurso de Esquines, *Contra Ctesifonte*, y la réplica de Demóstenes, el *Sobre la corona* (aunque hemos perdido las dos traducciones, sí se ha conservado el prólogo de Cicerón, esto es, el *De optimo genere oratorum).* Cecilio de Caleacte escribió dos tratados, perdidos, en los que comparaba a Demóstenes con Cicerón y con Esquines respectivamente (cf. *Suda*, *s. v.* «*Kekílios*» = kappa 1165); pero, por las críticas que dirige el autor del *Sobre lo sublime* a Cecilio, hemos de deducir que no fue capaz de reconocer el estilo sublime de Demóstenes, y que sin duda preferiría el estilo

sencillo de Lisias. El autor del *Sobre lo sublime* también hace una comparación entre Demóstenes y Cicerón: Cicerón es comparado con el fuego que se expande lentamente y todo lo inunda, pero Demóstenes se eleva, alcanza lo sublime y todo lo inflama como el rayo (cf. *Sobre los sublime* 12, 4-5). El Ps. Longino también señala sus defectos: Demóstenes falla en la caracterización de los personajes, no posee un estilo fluido y no domina el discurso epidíctico, aunque posee un cúmulo de cualidades divinas con las que no sólo compensa la virtudes que no tiene sino que con ellas deslumbra y fulmina a los demás con una fuerza arrebatadora (cf. ibídem 34, 3-4). Hermógenes también admira la perfección de Demóstenes (cf. *Sobre las formas de estilo*, 215-218). En fin, todos reconocían la supremacía absoluta de Demóstenes sobre los demás oradores (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* XII, 2, 22; Tácito, *Diálogo sobre los oradores* 25, 3; etc.).

En cuanto a la opinión de Dionisio sobre Demóstenes recordemos primero que el *Dem.* se compone en realidad de dos tratados, el *Demóstenes*-1 (= § 1-33) y el *Demóstenes*-2 (= § 34-58; escrito mucho después, véase Introducción, apartado 3), porque Dionisio interrumpe el estudio sobre Demóstenes para comenzar otro sobre Tucídides (cf. *Tuc.* 1, 4). Probablemente, a Dionisio le interesaba saber la influencia de Tucídides en Demóstenes, pues se decía que Demóstenes leyó, y copió ocho veces, toda la obra de Tucídides (cf. *Tue.* 53, 1; Luciano, *Contra el indocto* 4): Dionisio comprueba que Demóstenes se muestra muy superior a Tucídides (cf. *Tuc.* 53 y 55, 2). Y, si hasta entonces había otorgado el primer puesto en las principales virtudes a Lisias, que, si no fue el mejor, no fue superado por nadie (véase nuestra Sinopsis al *Lis.),* más adelante, cuando estudia a Iseo como maestro de Demóstenes, declara ya que Demóstenes es el mejor (cf. *Iseo* 20, 5). En el *Demóstenes*-1 Dion. Halic. hacía una clasificación de los estilos (§ 1, 3 y n.) para demostrar la supremacía de Demóstenes en los tres estilos —el elevado, el intermedio y el llano—, pues ha creado un estilo nuevo y personal eligiendo lo mejor de los prosistas más relevantes en cada estilo: Lisias, Isócrates, Platón, Tucídides, etc. (cf. §§ 8 y 33; *Pr. Ameo* 2, 3; *Pomp.* 1, 7; *Din.* 6, 4). Después del *Demóste-*

nes-1 y del *Tuc.* Dionisio escribe el tratado *Sobre la composición literaria,* pues cree haber descubierto los tres componentes básicos de toda obra literaria: primero, que el encanto y la belleza de la expresión dependen de la musicalidad, el ritmo métrico, la variedad y la adecuación con que deben usarse esos tres componentes (cf. *Comp.* 11 - 20); en segundo lugar, que es necesario que las palabras estén dispuestas según requiere la armonía intermedia, una selección apropiada entre la armonía claveteada y la pulida (cf. *Comp.* 21 - 24); y, en tercer lugar, que la expresión será poética si de forma inadvertida encierra ritmos métricos (cf. *Comp.* 25 - 26). Dionisio parece estar pensando ya en Demóstenes, por quien declara toda su admiración (cf. ibidem 25, 30-37). Finalmente, en la segunda sección del presente tratado, el *Demóstenes*-2, después de recordar que Demóstenes sobresalía en cada estilo porque añade también virtudes propias de los otros dos estilos (§ 34), Dionisio explica las armonías y sus clases (§§ 36-42; aquí con más detalle que el *Comp.),* pues quiere demostrar que Demóstenes incorpora inconscientemente aquellos tres componentes (§§ 44 - 52).

El *Dem.* está dedicado a Ameo (§§ 49, 2 y 58, 5) y el esquema de este «doble» tratado, del que hemos perdido el principio de la primera sección, es el siguiente:

I. *Demóstenes*-1 (§§ 1 - 33):

- (1.) Vida de Demóstenes (texto perdido).
- (2.) Demóstenes consiguió el estilo más perfecto (texto perdido; cf. § 33).
- 3. Las clases de estilos y sus representantes (… §§ 1 - 7):
    - *a*) El estilo elevado: Gorgias y Tucídides (§ 1).
    - *b*) El estilo llano: Lisias frente a Tucídides (§ 2).
    - *c*) El estilo mixto o intermedio: Trasímaco (§ 3), Isócrates (§ 4), Platón, (§ 5, 1 - 7, 6); Píndaro (§ 7, 7).
- 4. Demóstenes, el mejor en todos los estilos (§§ 8 - 32):
    - *a*) En el estilo elevado: Demóstenes selecciona lo mejor de cada estilo (§ 8); Demóstenes frente a Tucídides (§ 9 - 10).

b) En el estilo llano: superioridad de Demóstenes sobre Lisias (§§ 11 - 13).
c) En el estilo mixto: superioridad del estilo mixto (§§ 14 - 16); superioridad de Demóstenes sobre Isócrates (§§ 17 - 22); superioridad de Demóstenes sobre Platón (§§ 23 - 32).

5. Recapitulación sobre el estilo de Demóstenes y las formas de estilo (§ 33. 1-4).

II. *Demóstenes*-2 (§§ 34 - 58):

1. Reanudación: el estilo de Demóstenes (§ 31, 5 - 34, 7).
2. La armonía o disposición de las palabras (§§ 35 - 42):
   a) La disposición de palabras de Demóstenes (§ 35);
   b) La armonía y sus clases (§§ 36 - 37): la armonía claveteada (§§ 38 - 39); la armonía pulida (§ 40); la armonía mixta (§ 41);
   c) conclusiones (§ 42).
3. Demóstenes es quien mejor utiliza la armonía (§ 43 - 52):
   a) Demóstenes utiliza la armonía mixta, pues Dem. adapta la armonía a cada género del discurso, a cada circunstancia y a cada elemento (§§ 43 - 46);
   b) Dem. recurre a la musicalidad, al ritmo métrico, a la variedad y a la adecuación para conseguir belleza y placer (§§ 47-49);
   c) cómo reconocer el modo (inconsciente) de disponer las palabras de Demóstenes (§§ 50 - 52).
4. La pronunciación del discurso (§§ 53 - 54).
5. Los supuestos defectos de Demóstenes (§§ 55 - 58):
   a) Réplicas a las acusaciones de Esquines (§§ 55 - 57).
   b) La redundancia de Demóstenes es una virtud (§ 58, 1-4).
6. Promesa a Ameo de un nuevo tratado sobre Demóstenes (§ 58, 5).

⟨SOBRE DEMÓSTENES⟩

(DEMÓSTENES-1)

*** *Dionisio el Viejo*[1], *en el segundo libro «Sobre los estilos»*[2], *dice a propósito de Gorgias lo siguiente*[3]:

---

[1] Dionisio el Viejo es Dionisio de Halicarnaso (el texto en cursiva es de SIRIANO; véase n. 3). Quizá Siriano lo llama «el Viejo» (véase también *Im.*, *Fr.* 1) para distinguirlo de su homónimo el rétor ELIO DIONISIO EL ATICISTA (era también originario de Halicarnaso y autor de un léxico, *Sobre palabras áticas),* pero vivió un siglo más tarde, en la época del emperador Adriano. En la *Suda* se advierte que nuestro Dionisio de Halicarnaso, hijo de Alejandro, fue *prógonos*, «antecesor», de Dionisio el Aticista (cf. *Suda*, s. v. *«Dionýsios, Alexándrou»* = delta 1174).

[2] Con este título Siriano alude al tratado *Sobre los oradores áticos* II, que quedó reducido al *Dem.* (véase Introducción, apartado 3 y n. siguiente).

[3] El texto correspondiente al § 1, 1 ha sido extraído del *Comentario a Hermógenes* de SIRIANO de Alejandría (pág. 90, l. 12 ss. RABE; el texto de SIRIANO está en cursiva). Siriano, un filósofo neoplatónico del s. V d. C. que residió en la Academia, está comentando el pasaje de HERMÓGENES, *Sobre las formas de estilo* II 377, donde Hermógenes advierte que hay un estilo que parece vehemente *(deinós)* pero que no lo es, como el de los sofistas Polo, Gorgias y Menón, y que se produce cuando se habla con palabras graves de temas banales; Siriano elige como ejemplo este pasaje del *Discurso fúnebre* de GORGIAS que transcribía DIONISIO en el tratado *Sobre los oradores áticos* II (véase n. anterior; sobre lo que DIONISIO piensa del estilo de Gorgias, véase *Lis.* 3, 4-5; *Iseo* 19, 2). Los códices de Dionisio

El estilo elevado: Gorgias, «Discurso fúnebre»

1 No encontré ningún discurso suyo judicial, sí unos pocos deliberativos y también algunos manuales de retórica[4], pero la mayoría eran discursos de aparato. El estilo de Gorgias en este género de discursos es el siguiente (elogia a los atenienses que se han destacado en el combate)[5]:

> ¿Qué les faltaba a estos hombres que deberían haber tenido? ¿Y qué tenían que no deberían haber tenido? ¡Ojalá fuera capaz de decir lo que quiero! ¡Cómo querría decir lo que debo eludiendo la indignación divina y evitando la envidia humana! Éstos han alcanzado la virtud divina, pero también la mortalidad humana. Ellos preferían la suave equidad mucho más que la justicia rigurosa, y la rectitud de palabra que la escrupulosidad de la ley. Creían que la justicia más divina y más universal era hablar y callar, hacer y dejar de hacer lo necesario en el momento necesario. Hacían doblemente lo que hay que hacer: una vez por la razón y otra por la fuerza; la primera tras una deliberación, la segunda ejecutándolo. Cuidaban de los que injustamente caían en desgracia y castigaban a los que prosperaban injustamente. Eran reacios a actuar por interés, pero dispuestos a intervenir en la necesidad. Con la sensatez de la razón ponían fin a la insensatez de la fuerza. Eran insolentes con

---

comienzan el tratado *Dem.* de forma abrupta en el § 1, 2, con el pasaje de TUCÍDIDES, III 82, 3.

[4] Sobre los tratados de *Técnica retórica* o *Artes* véase la Introducción, apartado 2.

[5] GORGIAS, *Discurso fúnebre* (= *Fr.* 6 DK), conservado solamente aquí. La fecha y paternidad de este discurso fúnebre han sido muy discutidas. No sabemos con motivo de qué acontecimiento de la Guerra del Peloponeso se pronunció este discurso; y es dudoso que Gorgias, que no era ciudadano ateniense, fuera el elegido para componerlo. Muy bien podría tratarse de un discurso ficticio de Gorgias para demostrar su habilidad técnica en el género epidíctico.

los insolentes; pacíficos con los pacíficos; valientes con los valientes; terribles con los terribles. Como testimonio de sus hazañas levantaron trofeos sobre sus enemigos, que eran monumentos en honor de Zeus y ofrendas de sí mismos. No eran desconocedores ni de Ares ingénito[6] ni de los amores lícitos, ni de la disputa con las armas ni de la paz jubilosa. Eran respetuosos con la justicia de los dioses, afectuosos en el cuidado de los padres, justos en el reparto con sus conciudadanos y confiados con la palabra de los amigos. Sí, es cierto que estos murieron; pero nuestra añoranza no murió con ellos, sino que vive inmortal en sus cuerpos mortales, aunque ya no vivan.

En este pasaje Gorgias acumula expresiones graves para proclamar las consideraciones más superficiales y embellece todo el discurso con miembros de estructura simétrica y palabras que empiezan o acaban igual[7]*, y así hasta la saciedad.*

***

El estilo elevado: Tucídides, III 82, 3-7

⟨Las[8] revueltas civiles se extendían 2, 3
por las ciudades⟩ y las últimas en incorporarse, conocedoras de lo que había sucedido en otros lugares, llegaron aún a mayores excesos en la maquinación de

[6] Puesto que Ares —el Marte latino— es el dios de la guerra, con esta expresión se alude al espíritu guerrero «innato» en los valientes.

[7] Los nombres en griego de estas tres figuras son respectivamente *párisos, homoióarktos* y *homoiotéleutos*. Hemos intentado, en la medida de lo posible, reflejar en la traducción algunas de esas figuras; pero, a fin de no abrumar al lector con excesivas notas, le recomendamos acudir al texto griego.

[8] TUCÍDIDES, III 82, 3-7. Aquí comienza en todos los manuscritos el tratado *Dem.*, con el célebre pasaje de Tucídides sobre los desastres de la guerra civil en Corcira. Este mismo pasaje, con ligeras variantes textuales con respecto a los códices de Tucídides, también es recogido y comentado por DIONISIO en *Tuc.* 29, 1 – 31, 5.

nuevas ideas tanto por las artimañas de las intentonas como
4 por lo inusitado de las represalias. Y el significado habitual
de las palabras lo alteraron para justificar los hechos. Una
osadía insensata fue denominada valor con los correligio-
narios; un espera prudente, miedo disimulado; la sensatez,
el pretexto del cobarde; y la inteligencia para comprender
cualquier situación, pasividad generalizada. El paroxismo
alocado se consideró muestra de hombría: la seguridad al
5 conspirar, el pretexto calculado para el abandono. El exal-
tado siempre era digno de confianza; el que le contradecía,
sospechoso. Si alguno había que conspiraba con éxito, era
inteligente; y si denunciaba una conspiración enemiga, más
inteligente aún. Pero el que tomaba precauciones para no
necesitar ayuda de nadie era un destructor del partido y es-
taba atemorizado por los enemigos. En una palabra, el que
se adelantaba a otro que iba a hacer algo malo era alabado,
y también el que animaba a quien no pensaba hacerlo.

6 Y más aún, el familiar quedó por detrás del compañero
de partido, porque éste estaba más predispuesto a actuar
con osadía, incluso sin motivos. Pues esas asociaciones[9] no
surgieron para hacer el bien de acuerdo con las leyes vi-
gentes, sino para obtener beneficios en contra de las leyes
establecidas. Y fortalecían las pruebas de adhesión hacia
ellos no por leyes divinas o humanas sino por haber come-
7 tido crímenes en común. Admitían las propuestas sensatas
de los adversarios, si estaban en condición de superioridad,
para controlar los acontecimientos y no por generosidad.
Replicar a la venganza de alguien se tenía en mayor consi-
deración que haber evitado uno la primera afrenta. Los ju-
ramentos de reconciliación que cada bando daba al otro, si
es que se hacían, eran válidos sólo en el momento y mien-
tras durara el apuro, por no haber fuerzas externas de
apoyo.

[9] Sobre estas asociaciones, véase n. a *Iseo* 8, 2, 2.

3 Tal era el estilo[10] figurado, elegante, elaborado y rebosante de toda clase de adornos superfluos, cuyo límite y

[10] El número y variedad de los estilos *(léxis)* fue creciendo con el tiempo. PLATÓN sólo distinguía dos estilos, el que se realiza exclusivamente mediante la narración *(diḗgēsis)* y el que recurre a la imitación *(mímēsis)*, sinónimo de dramático, aunque cabía la posibilidad de mezclar ambos (cf. *República* 392d ss.). Dos estilos distingue también ISÓCRATES (cf. *Panegírico* 11), que habla de discursos escritos en un lenguaje más elevado que el habitual, muy trabajados y hechos para la ostentación *(epideiktikôs)*, y discursos confeccionados con sencillez *(aphelôs)* para las causas privadas. También ARISTÓTELES *(Poética* 1458a18-22) distingue sólo dos estilos: el que es muy claro pero bajo *(tapeinḗ)* y el que utiliza un lenguaje figurado pero es más noble *(semnḗ)*. Su discípulo Teofrasto fue el primero en distinguir un tercer estilo, que Trasímaco de Calcedonia habría sido el primero en utilizar (cf. *infra* § 3, 1): era intermedio entre los otros dos y superior a ambos, pues Teofrasto simplemente aplica la concepción aristotélica de que la virtud se encuentra en medio de los dos extremos. La teoría de los tres estilos gozó de gran éxito, y entre los preceptores latinos se conoció como los *genera dicendi* y se denominaron respectivamente *grave, mediocre* y *extenuatum* o *humile* (cf. CICERÓN, *El orador* 20, 53, 100; y *Retórica a Herenio* IV 11); QUINTILIANO apunta que el estilo llamado entre los latinos *subtile* se correspondía con el griego *ischnón*, el *grande* o *robustum* con el griego *hadrón* y el intermedio o *floridum* con el griego *anthērón* (cf. *Inst. orat.* XII 10, 58; y con pequeñas variantes AULO GELIO, *Noches áticas* VI 14, 1-2). En fin, DEMETRIO distingue cuatro estilos básicos: llano *(ischnós)*, grandioso *(megaloprepḗs)*, pulido *(glaphyrós)* y vehemente *(deinós;* cf. *Sobre el estilo* 36); y HERMÓGENES habla de hasta siete formas o componentes del estilo de Demóstenes, que más bien son virtudes del estilo: claridad, grandeza, belleza, viveza, carácter, sinceridad y habilidad *(Sobre las formas del estilo* 217 y pássim). Dionisio (cf. *infra* §§ 3, 1; 5, 1) distingue sólo tres estilos, el elevado *(hypselós)*, propio de Gorgias y Tucídides; el llano (*ischnós*), propio de Lisias; y el mixto *(miktós)*, de Trasímaco, Isócrates y Platón; aunque unas veces un autor puede utilizar uno u otro estilo, o incluso dominarlos todos, como Demóstenes. Pero a su vez en cada uno de estos tres estilos básicos se pueden distinguir matices. Así del estilo «elevado» se podrá decir que es «grandilocuente» *(megaloprepḗs)*, «grave» *(semnós)*, «vehemente» *(deinós)*, etc.; el estilo llano *(ischnós)* se llamará también «simple» *(litós)*, «sencillo» *(aphelḗs)*,

modelo es Tucídides, a quien nadie de las generaciones siguientes superó ni fue capaz de imitar.

El estilo llano: Lisias

2 El otro estilo, el simple y sencillo, que parece deber su valor literario y su fuerza a la semejanza con el habla corriente, cautivó a muchos y buenos autores, entre los que se cuentan emi-
2 nentes historiadores, filósofos y oradores. Pues bien, los que publicaron genealogías [11], los que recopilaron historias locales [12], los filósofos de la naturaleza [13], los autores de diálogos sobre cuestiones éticas —entre los cuales hay que incluir a toda la escuela socrática excepto a Platón [14]—, y los que compusieron discursos deliberativos y judiciales [15], por no decir prácticamente todos, eligieron este estilo.

3 Lo llevó a la perfección y a la cima de la virtud propia de este estilo Lisias, el hijo de Céfalo, que vivió por los mismos años que Gorgias y Tucídides. Cuáles eran las preferencias estilísticas de Lisias y la fuerza de su oratoria,

---

etc. Por lo demás, el estilo peculiar de un autor solía denominarse *charaktḗr*.

[11] Dionisio alude a las *Genealogías* de Hecateo de Mileto y, probablemente también, a las de Simónides de Ceos, nieto del célebre poeta, a las de Acusilao de Argos y a las obras de Ferécides de Atenas el «Geneálogo».

[12] Dionisio nos da una lista de estos primeros historiadores en *Tuc.* 5, 2.

[13] Los presocráticos, y quizá también Aristóteles.

[14] Autores de diálogos éticos son los filósofos de las escuelas de Critias, de Antístenes o de Jenofonte (cf. *Tuc.* 51, 2). Platón está excluido por utilizar el estilo mixto (cf. *infra* § 5, 1).

[15] Autores de discursos judiciales y deliberativos que utilizaron el estilo llano fueron, por ejemplo, Lisias, Iseo, Andócides y Antifonte (cf. *Tuc.* 51, 2); aunque los que componían discursos deliberativos solían utilizar el estilo mixto.

quedaron de manifiesto en el tratado precedente[16], y nada
hay que añadir ahora sobre el mismo tema.
Me bastará con decir tan solo lo siguiente: precisamente 4
esos autores, tomados como puntos de referencia, conforman toda la gama de notas musicales[17], o lo que es lo mismo, señalan las dos formas extremas de la expresión que guardan la máxima distancia entre sí, pues se entregaron a ellas con una dedicación divina y las llevaron a la perfección. Y, lo mismo que en música la nota de la prima con respecto a la del bordón[18] da la proporción, así es el estilo de Lisias con respecto al de Tucídides en el lenguaje retóri-
co. El estilo de Tucídides puede impresionar nuestro ánimo; 5
el de Lisias, suavizarlo; el del primero, oprimir y tensar nuestra mente; el del segundo, relajarla y sosegarla; aquel, despertar pasiones; este, conformar caracteres[19]. Violentar y

[16] El tratado *(graphḗ)* anterior es el *Sobre los oradores áticos* I, que incluye los tratados *Or. ant.*, *Lis.*, *Isóc.* e *Iseo* (véase la Introducción, apartado 3.).

[17] Dionisio recurre en varias ocasiones a la música para explicar cuestiones literarias (véase la Introducción, apartado 4). Y en *Comp.* 21, 5 utiliza esta misma imagen para expresar una idea parecida.

[18] Hemos dado a estas dos notas griegas el nombre de las cuerdas de la guitarra porque, curiosamente, representan los mismos sonidos que las cuerdas de la cítara doria, de ocho cuerdas. El nombre de esa primera cuerda, la más aguda, era *nḗtē,* que daba un *mi*$_2$ alto, exactamente igual que la prima de la guitarra actual (era la cuerda más corta y delgada y también estaba, como en la guitarra, en posición inferior); la segunda *(paranḗtē)* daba un *re*$_2$ alto; la tercera *(trítē)*, un *do*$_2$ alto; la cuarta *(paramésē)* daba un *si;* la quinta *(mésē)*, un *la;* la sexta *(líchanos)*, un *sol;* la séptima *(parypátē)*, un *fa;* y la octava *(hypátē)*, de nuevo un *mi* (el bordón de la guitarra es también *mi,* pero una octava más baja). La cítara doria da, pues, todas las notas naturales de la octava o diapasón *(dià pasôn,* «pasando por todas») y abarca los dos tetracordios del modo dorio (véase n. al § 22, 1).

[19] La oposición «estilo elevado» frente a «estilo llano» se puede resumir en la oposición *páthos,* «provocar pasiones», frente a *êthos,* «conformar caracteres» (cf. *Lis.* 8, 1-4; 13, 4; etc.).

forzar la expresión es propio del estilo de Tucídides; defor-
6 mar y omitir hechos, del de Lisias[20]. La innovación y la
osadía son una característica del estilo de este historiador;
la seguridad y el conservadurismo, del de este orador. ⟨***⟩
porque no parece en una práctica cuidadosa ⟨***⟩[21] quiere
ser descuidado[22].

7 Los dos estilos incorporan toda clase de recursos y cada uno llega al máximo en la utilización de aquellos que le son propios. El de Tucídides pretende que las cosas parezcan mayores de lo que son por naturaleza; el de Lisias, menores. Por el momento creo que no es necesario ofrecer ejemplos ni hablar más del estilo llano.

8 Así son esos dos estilos en cuanto a la expresión, tan opuestos el uno del otro en los procedimientos; y, aunque los dos autores sobresalieron en los estilos que describí y fueron maestros cada uno en su género, sin embargo, en lo que tenían en común, eran imperfectos.

El estilo mixto: Trasímaco, «Sobre la constitución»

3 La tercera forma de expresión era
el estilo mixto, una síntesis de aque-
llos dos, aunque cuál fue el primero
en componer y en establecer su ornato
tal como lo conocemos hoy día, si fue
Trasímaco de Calcedonia, como cree Teofrasto[23], o fue cual-
2 quier otro, no puedo decirlo. Los que adoptaron este estilo,

---

[20] Cf. *Lis.* 18, 4.

[21] Lo códices presentan dos lagunas de unas diecisiete y diecinueve letras respectivamente.

[22] Cf. *Lis.* 8, 5-6.

[23] Teofrasto, *Fr.* 4 Schmidt. En este pasaje de Dionisio se apoyan los estudiosos para atribuir a Teofrasto la teoría de los tres estilos (véase n. al § 1, 3); sin embargo, Dionisio entiende unas veces el estilo mixto como un estilo intermedio entre el llano y el elevado (tal era la teoría de la escuela aristotélica; cf. § 15, 7), bien fuese por supresión de los extremos o por una mezcla de ambos estilos *(Comp.* 21, 4); pero otras como el empleo

lo engrandecieron y no se alejaron mucho de su forma más perfecta fueron, entre los oradores, Isócrates de Atenas y, entre los filósofos, Platón el socrático. Pues sería imposible encontrar a otros autores distintos de éstos, con la sola excepción de Demóstenes, que hicieran mejor uso de los elementos necesarios y útiles o que mostraran una expresión más bella y mejores ornamentos.

3 La expresión de Trasímaco, si en realidad era la fuente del estilo medio, parece tener esas mismas preferencias, muy meritorias por cierto; pues ha mezclado bien los dos estilos y ha tomado lo mejor de cada uno. Sin embargo, lo 4 hace con una fuerza que no está a la altura de su deseo, como muestra este ejemplo sacado de uno de sus discursos deliberativos[24]:

> *Fr.* 1. Habría preferido, hombres de Atenas, vivir en aquel tiempo antiguo con aquellas costumbres, cuando los más jóvenes tenían que callar, la situación política no exigía hablar y los más ancianos gobernaban rectamente la ciudad. Pero, puesto que un dios nos emplazó en estos tiempos, en los que ⟨los hombres de bien son difamados⟩[25]

---

alternativo de uno u otro estilo según lo exigiesen los hechos (es la teoría estoica de los dos estilos; cf. § 6, 2; 8, 2; etc.). En cuanto a Teofrasto y Trasímaco, véanse notas a *Lis.* 6, 1.

[24] TRASÍMACO, *Sobre la constitución (Perì politeías)* = *Fr.* 1 DK. Trasímaco, defensor de la oligarquía, proponía en este discurso —pronunciado en el 411 a. C. por otra persona, pues él era un extranjero de Calcedonia (véase n. a *Lis.* 6, 1)— abandonar la constitución vigente, que se había complicado mucho con las continuas modificaciones introducidas por los demócratas, y volver a la antigua constitución, inspirada por los aristócratas. Sobre el estilo de Trasímaco, cf. *Iseo* 20, 3.

[25] Adición de G. AUJAC (en los códices hay una laguna de unas veinte letras).

en la ciudad, las desgracias ⟨caen continuamente sobre⟩[26] ellos y las mayores de esas desgracias no son obra de los dioses ni del azar sino de los que las promueven, forzoso es hablar. Pues muy imbécil o muy valiente es aquel que está dispuesto a ofrecerse a todos los que quieren engañarlo y, por la conspiración y la maldad de otros, carga personalmente con las acusaciones. ¡Pero basta ya de resignarnos con lo que ha venido sucediendo, pues en vez de vivir en paz hemos vivido en guerra afrontando peligros hasta el día de hoy! ¡Basta de congratularnos con cada día que pasa por temor al mañana! ¡Y basta de caer en el odio y los disturbios entre nosotros en vez de alcanzar una convivencia pacífica! Mientras a los demás pueblos un cúmulo de éxitos los vuelve insolentes y sediciosos, nosotros con los éxitos nos hacíamos más sensatos; pero enloquecimos con las desgracias, que suelen volver sensatos a los demás. Entonces, ¿cómo no iba a decir alguien lo que sabe a quien en la situación presente cree sufrir y soportar una desgracia tan grande como ya no habrá otra igual?

En primer lugar demostraré que los oradores y demás gentes que discuten entre sí acaban siempre por hacerse daño unos a otros con los discursos, porque es forzoso que sufran males los que gustan de entrar en polémicas sin reflexionar. Pues esos oradores, creyendo decir lo contrario unos de otros, no se dan cuenta de que en realidad todos ellos se comportan del mismo modo y de que el discurso de los unos está en el discurso de los otros. Mirad desde el principio qué buscan los dos bandos. En primer lugar la constitución de nuestros padres les estorba, porque es muy fácil de conocer y es la más aceptada por todos los ciudadanos. Así, en cuanto a cuál era la opinión de aquellos, es forzoso recurrir a los discursos de nuestros ancestros, y en cuanto a qué reglas observaron los más ancianos, hay que preguntarlo a los que lo saben.

[26] Adición de G. AUJAC (en los códices hay una laguna de unas dieciocho letras).

Tal es la expresión de Trasímaco: un término medio en- 5
tre los dos estilos, una mezcla armoniosa de ellos, una lan-
zadera oportuna para decidirse luego por uno u otro estilo.

El estilo mixto: Isócrates

En cuanto al estilo de Isócrates, 4
que alcanzó entre los griegos el mayor
renombre por su sabiduría y, aunque
nunca intervino en ningún debate ni
privado ni público, compuso muchos
y hermosos escritos para todo género de discursos, ya señalé
cuáles eran las características de su estilo y mostré la mayo-
ría de ellas en la sección anterior [27].

Nada nos impedirá hacer ahora una recapitulación de lo
más esencial. El estilo de Isócrates posee la pureza y la es-
crupulosidad dialectal del de Lisias: no utiliza ni arcaísmos
ni neologismos ni palabras dialectales, sino las más corrien-
tes y habituales. Es formativo, convincente, agradable y evi- 2
ta el lenguaje figurado, como el de Lisias. Pero de la expre-
sión de Tucídides y Gorgias ha tomado la grandilocuencia,
la gravedad y la belleza de lenguaje. Y, para enseñar al au- 3
ditorio de la manera más clara lo que quiere, emplea la
expresión simple y sin adornos de Lisias; pero, para im-
presionar con la belleza de las palabras o añadir gravedad y
grandiosidad, adopta la expresión adornada y aderezada de
la escuela de Gorgias. Sin embargo, su expresión falla 4
cuando se engalana tratando de emular la frescura de las fi-
guras de Gorgias (esas mismas antítesis, paralelismos y co-
rrelaciones, al no emplearse controlada y oportunamente, ri-
diculizan la grandilocuencia de la expresión [28]). Pero el

---

[27] Cf. *Isóc.* 2 y pássim.

[28] Cf. *Isóc.* 2, 7 - 3, 1. Con el tiempo Dionisio va ganando como crítico y aquí lo vemos más exigente y meticuloso, y teniendo en cuenta más características y elementos en el análisis del estilo (véase Introducción, apartado 2).

asunto es aún peor cuando, persiguiendo la bella elocución y el buen ritmo, su expresión trata de evitar el choque de los fonemas vocálicos y rehúye la utilización de palabras con
5 fonemas ásperos[29]. Prefiere ante todo el período, pero no el construido con densidad y solidez[30] sino el que se va alargando y ampliando con muchos engarces y se vuelve sinuoso como los ríos que fluyen mansamente. Esto hace que en muchas ocasiones el discurso se alargue demasiado, no parezca sincero y quede sin pasión y sin vida, con lo que parece más un discurso pensado para el mero lucimiento ante una multitud que para un debate real[31]. Un poco más adelante pondré ejemplos[32], cuando lo pida la ocasión.

El estilo mixto: Platón, «Fedro»

5 El[33] lenguaje platónico quiere ser una mezcla de los dos estilos, del elevado y del llano, como ya dije antes[34]; pero Platón no sale igual de bien parado en la utilización de uno y otro es-
2 tilo. Cuando cultiva la expresión llana, sencilla y natural, esta es extraordinariamente suave y agradable; pues se vuelve muy pura y transparente, como las aguas cristalinas de los manantiales; y también es escrupulosa con el dialecto y de-

[29] Véase más adelante § 40, 3; *Isóc.* 2, 4-5; *Comp.* 14, 22-27.

[30] Cf. *Isóc.* 2, 3.

[31] Cf. *Isóc.* 2, 6; 13, 3-5.

[32] Cf. *infra* § 17 y comentario (§§ 18 - 20).

[33] Dion. Halic. copiará este pasaje (§§ 5, 1 - 7, 1) casi textualmente en *Pomp.* 2, 1, donde justifica sus críticas a Platón. Los reproches que hace Dionisio a Platón —el usar a veces un estilo ampuloso próximo a los ditirambos— eran al parecer bastante generalizados (cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 32, 7).

[34] Cf. supra § 3, 1-2 y n. Pero Platón, como veremos, no utiliza un estilo mixto, sino que en realidad unas veces escribe con un estilo llano magnífico y otras con un estilo elevado que sólo se queda en ramplón (cf. *infra.* § 5, 4 ss.).

licada en comparación con cualquier otra expresión de los que utilizan ese mismo lenguaje. Su expresión busca las pa- 3
labras de la lengua común y practica la claridad, despreciando cualquier recurso superfluo. El polvo y una pátina de antigüedad recorren serena e imperceptiblemente sus escritos y hacen brotar una flor tierna, lozana y en toda su plenitud. De su prosa surge una suave brisa como salida de aromáticas praderas. Y ni su sonoridad se nos muestra como 4
charlatanería ni la elegancia como teatralidad.

Pero cuando la expresión de Platón se embarca sin control hacia el engalanamiento y la bella expresión, lo que acostumbra a hacer en muchas ocasiones, empeora considerablemente: esta expresión elevada es más desagradable que la otra, utiliza un griego peor, se muestra más pesada, enturbia lo que está claro hasta dejarlo casi en la oscuridad y, extendiéndose largamente, distrae la mente, cuando lo mismo se podría haber sintetizado en pocas palabras. Esta expre- 5
sión se desparrama en perífrasis ramplonas para exhibir una riqueza de vocabulario hueca; despreciando el uso de las palabras con su significado propio y de las que están en el acervo común busca neologismos, préstamos y vocablos de sabor arcaico. Y se vuelve especialmente fría cuando recurre al lenguaje figurado: excesiva con los adornos, inoportuna en las metonimias y rígida, y con analogías forzadas, en las metáforas. La expresión se engalana con muchas y largas 6
alegorías, desproporcionadas e intempestivas, y se pavonea con figuras poéticas que provocan el desagrado más extremo, y sobre todo de las «gorgianas»[35], utilizadas de forma inoportuna e infantil. «Muy afectado es el hierofante en todo

[35] Véase, por ejemplo, el pasaje de Gorgias del inicio de este tratado (§ 1, 1).

cuanto hace», como ha dicho Demetrio de Falero[36] en algún lugar y un montón más antes que él, pues *no son mías estas palabras*[37].

6 Pero nadie suponga que digo estas cosas porque condeno a Platón cada vez que utiliza la expresión figurada y adornada. No sea yo tan torpe ni tan necio como para mantener esa opinión sobre un hombre tal, cuando sé que ha publicado muchas obras y sobre muchos temas, todas grandes
2 y admirables, y con una maestría suprema. Pero quiero decir públicamente lo siguiente: que Platón suele cometer esos errores en la ornamentación y que muestra lo peor de sí mismo cuando busca la grandiosidad y el recargamiento en la expresión[38]; sin embargo, mejora notablemente cuando emplea un lenguaje llano, escrupuloso con el dialecto y en apariencia descuidado, pero que en realidad está adornado con una ornamentación impecable y sencilla. Pues entonces o no comete nunca ni un solo error o es tan pequeño que en absoluto merece un reproche.

3 Yo pensaba que debía guardarme de toda censura hacia un hombre tal. Sin embargo, los de su misma época, y no

---

[36] DEMETRIO DE FALERO, *Fr.* 170 WEHRLI. Aquí hay una velada alusión a las enseñanzas secretas, de origen pitagórico, que supuestamente se impartían en la Academia: Platón escribiría con la afectación de un «hierofante» *(telétēs* o *teléstēs)*. Demetrio de Falero, ciudad del Ática (s. IV-III a. C.), fue discípulo de Aristóteles y amigo de Teofrasto. Gobernó Atenas durante diez años por decisión del macedonio Casandro. Después tuvo que salir exiliado a Alejandría, donde fue acogido por Ptolomeo I Soter; allí participó en la fundación y organización de la Biblioteca, hasta que nuevamente tuvo que exiliarse cuando accedió al trono Ptolomeo II Filadelfo. Fue político, filósofo, poeta, historiador, recopilador de fábulas y sentencias y, como orador, fue imitador de la escuela de Gorgias (cf. CICERÓN, *Bruto* 37-38 y 285; *Sobre el orador* II 95). Por error algunos quieren ver en él al autor del tratado *Sobre el estilo* (pero véase nota a *Im.* 1, 5).

[37] Cf. nota a *Isóc.* 13, 1.

[38] Cf. *Comp.* 18, 14.

necesito decir sus nombres[39], lo acusaban ya de ser un autor
que cometía aquellos errores, y él también lo decía de sí
mismo[40]: eso es lo más asombroso. Pues se daba cuenta, al 4
parecer, de su propia ramplonería, y le dio el nombre de di-
tirambo[41], aunque ahora a mí me daría pudor utilizar ese
vocablo, aun siendo cierto. Parece que le sucedió lo siguien-
te, según creo: se formó como escritor con los *Diálogos*
«socráticos»[42], sus diálogos escritos con una expresión más
llana y escrupulosa con el dialecto; pero no se quedó en ese
estilo, enamorado como estaba de los recursos que emplea-
ban Gorgias y Tucídides. De modo que no le iba a ocurrir 5
nada fuera de lo esperado: junto con las virtudes también se
trajo los defectos que tenían los estilos de esos dos autores.

Pongo un ejemplo de estilo elevado sacado de uno de 7
sus libros más famosos, en el que Sócrates compone discur-
sos amatorios ante uno de sus conocidos, Fedro[43], de quien
toma título el libro.

---

[39] Después DIONISIO en la carta que escribió a Pompeyo Gémino para defenderse de las críticas que recibió por su juicio negativo sobre Platón, sí citará a Aristóteles, Cefisodoro, Teopompo, Zoilo, Hipodamas y Demetrio de Falero (cf. *Pomp.* 1, 16).

[40] Cf. *Fedro* 238d.

[41] Sobre el ditirambo véase n. a *Lis.* 3, 4.

[42] Aunque G. AUJAC, siguiendo a P. COSTIL, habla de una expresión socrática frente a otra ditirámbica —una dicotomía de influencia estoica que no tiene en cuenta los tres estilos propuestos por Teofrasto (véase n. *ad locum*)—, Dionisio puede referirse simplemente al estilo sencillo que Platón suele utilizar en los primeros diálogos, los «socráticos» (cf. *infra* § 23, 4), frente al estilo más recargado y «poético» que encontramos en algunos diálogos posteriores (cf. *infra* § 7, 6-7).

[43] Fedro (Atenas, c. 450-390 a. C.) es orador y sofista, amigo de Sócrates; aparece también en el *Banquete* 178a-180b y en el *Protágoras* 315c.

2 En esta obra el comienzo alcanza toda su plenitud y está lleno de gracia[44]. Es éste[45]:

> —Amigo Fedro, ¿a dónde vas y de dónde vienes?
> —De estar con Lisias, Sócrates, el hijo de Céfalo. Y voy a dar un paseo fuera de la muralla; porque he pasado allí mucho tiempo sentado desde el amanecer...

Así hasta la lectura del discurso de Lisias[46]; y, después de la lectura, un poco más aún.

3 Pero entonces, como si con un tiempo apacible y sereno se levantase un vendaval, arrasa con la pureza de la expresión y entra en un lenguaje poético ramplón, que comienza aquí[47]:

> —Venid, Musas de ligeros *(lígeiai)* sones, ya recibáis ese apelativo por vuestra forma de cantar o por el linaje musical de los ligures[48] *(ligýōn)*, y guiadme en este relato.

---

[44] La «gracia» es una virtud propia del estilo llano y que Lisias dominaba como nadie (cf. *Lis.* 11, 5).

[45] Platón, *Fedro* 227a.

[46] Platón, *Fedro* 230e-234c. Cf. *Lis.* 1, 5 y n.

[47] Cf. *Fedro* 237a.

[48] El adjetivo *ligýs-lígeia*, «de sonido claro», ya lo aplicó Homero a la Musa (cf. *Odisea* XXIV 62). En cambio *Lígys* es «ligur, habitante de la Liguria», pueblo que habitó una amplia región de Europa, pero que terminó por quedar reducido a la zona que se extendía desde Marsella hasta Pisa, coincidiendo en parte con la actual Riviera (cf. Heródoto, V 9, 3; aunque también había otros ligures en la costa del Mar Negro, en la actual Turquía: cf. ibídem VII 72). Dionisio no entiende qué pretende Platón con este juego de palabras *(lígeiai / Ligýōn)*, que nosotros hemos pretendido mantener en la traducción con «ligeros / ligures».

Porque esto es rimbombancia y ditirambos, con mucha 4
sonoridad de palabras y poco sentido, como él mismo dirá. Pues, explicando Platón por qué se le dio el nombre de Eros a la pasión amorosa, recurre a esta explicación[49]:

> Pues el deseo, sin atender los consejos de la razón y adueñándose del impulso que nos inclina hacia lo bueno, nos arrastra hacia el placer de la belleza y, reforzado por la fuerza *(errōménōs)* de los deseos innatos en él, nos arrastra hacia la belleza de los cuerpos y sale vencedor en esa contienda: de esa fuerza toma el apelativo y por eso se llama Eros *(érōs)*.

Tanto se alarga Platón con perífrasis para explicar un 5
hecho que se podría condensar en unas pocas palabras, que él mismo se da cuenta de lo desafortunado de su expresión y dice[50]:

> —Escúchame en silencio. En verdad el lugar parece ser divino. De modo que si durante mi discurso en muchos pasajes parezco estar poseído por las ninfas, no te asombres. Pues estas palabras que ahora he pronunciado ya no están muy lejos de algunos ditirambos.

Lo que dijo el poeta[51] *(«No han sido las palabras de los* 6
otros sino las nuestras las que nos han puesto en evidencia») podrías decirlo tú también, divino Platón, y los que gustan de la rimbombancia y la palabrería de los ditirambos.

---

[49] PLATÓN, *Fedro* 238b-c.

[50] Cf. *Fedro* 238d.

[51] ESQUILO, *Mirmidones, Fr.* 139 RADT. Un águila, herida por una flecha, dijo al ver la pluma del astil: «No han sido las armas de los otros sino nuestras propias alas las que nos han alcanzado». Dionisio ha sustituido «alas» por «palabras».

Y de nuevo hay ditirambos en lo que ha dicho Sócrates en la palinodia, cuando quiere reconciliarse con Eros. Comienza aquí[52]:

> El gran jefe del cielo, Zeus, conduciendo el carro alado, marcha el primero y todo lo organiza y de todo se ocupa. A éste le sigue un ejército de dioses y divinidades, distribuidos en once secciones; pues Hestia es la única de los dioses que se queda en el hogar. Cada uno de los demás dioses, organizados según el número doce, por ser dioses principales, va al mando de la columna que le fue asignada. Muchos y alegres son los espectáculos y los desfiles que el linaje de los felices dioses organiza por el cielo; y en los movimientos conjuntos cada uno actúa como le parece. Pero siempre participa el que quiere y el que puede, pues la envidia queda fuera de la danza divina.

Píndaro, «Peán IX»

7 Estos pasajes, y otros semejantes a éstos, que son muchos, si recibieran la melodía y el ritmo que tienen los ditirambos y los hiporquemas[53], uno pensaría que se parecen a los poemas de Píndaro, como el que compuso en honor del Sol[54], o al menos así me lo parece a mí:

---

[52] Platón, *Fedro* 246e-247a. Platón, antes de que Eros lo castigue por haber pronunciado un discurso negativo para con este dios (237b-241d), quiere cantar la palinodia y da comienzo a un nuevo discurso ahora favorable a Eros, en el que describe el cortejo de las almas inmortales por la bóveda celeste (cf. ibidem 247b ss.).

[53] Hiporquema significa «danza al ritmo de la música». Era una especie de pantomima con canto y danza, de ritmo festivo y popular (cf. *infra* § 43, 13).

[54] Píndaro, *Fr.* 52k Snell. No es ni un ditirambo ni un hiporquema, sino el *Peán* 9 «A los tebanos del río Ismeno», del que también hay trazas en el *Papiro de Oxirrinco* 841 (en Tebas había un santuario consagrado al Apolo Ismenio; cf. Heródoto, V 59). El peán es el grito de Apolo y dio

Luz del Sol que todo lo ves, ¿qué maquinas,
madre de nuestras miradas, llevándote en pleno día
al más sublime de los astros? ¿Por qué has dejado inservible
para los hombres la fuerza y el camino de la sabiduría
precipitándote por un oscuro sendero?
¿Acaso persigues una novedad nunca vista antes?
A ti, ¡por Zeus!, te suplico, intrépida auriga de veloces cor-
que tornes en felicidad intacta para Tebas, [celes,
oh soberana, este universal prodigio.
¿O nos traes el anuncio de una guerra,
o la destrucción de la cosecha, o la fuerza inefable de las
o una revolución aniquiladora, [nevadas,
o la llanura plagada de oquedades marinas,
o el hielo cubriendo la tierra, o un verano tormentoso
anegado por violentas lluvias, o tal vez inundarás la tierra
para dar comienzo a un nuevo género humano?
No lloro por nada de lo que voy a sufrir con todos los hom-
[bres.

Aquí no hay ninguna alegoría[55], como en Platón.

Demóstenes selecciona lo mejor de cada estilo

Pero, para que mi tratado no se 8
alargue más de lo necesario, dejaré a Platón y me dirigiré a Demóstenes. Ya comenté la gracia y las características de estilo de cada uno de los autores que consideraba más importantes e influyentes, pero no de todos; pues Antifonte, Teodoro, Polícrates, Iseo, Zoilo,

nombre al himno que se cantaba en honor de este dios, identificado también con Helios, el dios solar. El motivo de este peán fue probablemente el eclipse de sol del 30 de abril del año 463 a. C.

[55] En efecto, mientras Platón cae en explicaciones etimológicas y en prolijas descripciones que carecen de toda fuerza poética, Píndaro, sin ninguna alegoría ni explicación, ofrece continuas imágenes poéticas de gran plasticidad, con un ritmo rápido y angustioso que trasmite al oyente el espanto del propio eclipse.

Anaxímenes[56] y los que vivieron en el tiempo de estos no aportaron nada nuevo ni sobresaliente, sino que adornaron su expresión con recursos tomados de los estilos de aquellos y siguiéndolos como modelos.

2 Demóstenes encontró que en el discurso público el estilo se movía entre los más variopintos extremos y, al sumarse al círculo de tan distinguidos hombres, creyó que no debía emular a uno solo, ni en el estilo ni como persona, considerándolos a todos ellos mediocres e imperfectos, sino que con lo mejor y lo más útil que elegía de cada uno iba preparando la urdimbre. Finalmente, de entre tantos estilos consiguió una forma única de expresarse, que era a la vez grandiosa y simple, adornada y natural, extraña y habitual, afectada y sincera, adusta y alegre, tensa y relajada, dulce y acre, formativa y pasional: una expresión que no se aparta mucho del Proteo que encontramos en los mitos de los poetas anti-
3 guos[57]. Proteo adoptaba todo tipo de formas sin esfuerzo, ya fuese un dios o divinidad que engañaba las miradas humanas ya fuese la capacidad de un hombre sabio para variar su lenguaje: un engaño total del oído, lo cual parecería más lógico, puesto que por ley divina no se debe atribuir figuras
4 viles y vergonzosas ni a los dioses ni a las divinidades. Esa

---

[56] Cf. *Iseo* 19, 2-4 y 20, 2. En ese tratado precedente, Dionisio justificaba por qué en su estudio no incluía a los autores que consideraba inferiores a Isócrates en el estilo elevado —Gorgias, Alcidamante, Teodoro, Anaxímenes, etc.— ni a los que eran inferiores a Lisias en el estilo sencillo —Antifonte, Trasímaco, Polícrates, Critias y Zoilo—. Si estudió a Iseo se debió simplemente a que fue el maestro de Demóstenes.

[57] Dionisio no entiende el estilo mixto como un término medio entre dos extremos (la teoría de Teofrasto), sino el empleo alternativo de uno u otro según la adecuación (véase n. al § 3, 1). Proteo era un dios marino que poseía el don de la adivinación, pero adoptaba innumerables formas para escapar de los hombres que querían obligarlo a hablar (cf. Homero, *Odisea* IV 384-570).

es la opinión que yo tengo sobre la expresión de Demóstenes, y concibo su estilo como una mezcla de todas las demás formas de estilos.

El estilo elevado: Demóstenes, «Discurso tercero contra Filipo»

Si he realizado un análisis acertado, cualquiera podrá comprobarlo haciendo un examen de los mismos ejemplos. 9

Lo que compuso Demóstenes siguiendo el estilo de Tucídides es por ejemplo esto[58]: 2

> Muchos son, hombres de Atenas, los discursos —poco falta para que sea en cada asamblea— que tratan de lo que Filipo, desde que firmó la paz, nos agravia no sólo a nosotros sino también a los demás. Y todos, bien lo sé, habrán dicho, aunque luego no lo hacen, que es necesario hablar y actuar para que aquel cese en su insolencia y responda de sus agravios. Pero la situación ha llegado a tal grado de resignación y de dejadez, según veo, que temo que voy a decir una barbaridad, pero cierta: si todos los oradores aquí presentes hubieran hablado, y vosotros votado, con la intención de que la situación fuera lo más desastrosa posible, no creo que pudierais haberla empeorado más de lo que está.

¿Por qué creo que esta expresión se parece a la de Tucídides? Por lo mismo por lo que estoy convencido de que el estilo de Tucídides difiere del de los demás: porque no ex- 3

---

[58] Demóstenes, *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 1, pronunciado en el 341 a. C., cuando Filipo ha firmado la paz con Atenas pero sigue amenazando a los griegos del norte y ganándose adeptos en el interior de las ciudades, incluida la misma Atenas. Dionisio vuelve a citar este mismo pasaje en el *Tuc.* 54, 5. Hemos procurado mantener en la traducción la misma disposición del original griego, sacrificando el orden natural del español, para que después se haga más comprensible el comentario de Dionisio (cf. § 9, 4-7).

pone los pensamientos con una expresión espontánea, como es habitual que hable la gente, de una manera simple y sencilla, sino que, alterando y cambiando el sentido del lenguaje, lo lleva desde las expresiones habituales y naturales hasta las que son inusuales entre los hablantes y contrarias a la naturaleza.

4 Lo que digo es esto: que aquellas palabras podrían haberse dicho con una expresión simple y directa, si el discurso se hubiera construido así[59]:

«Muchos son, hombres de Atenas, los discursos, casi en cada asamblea, que tratan de lo que nos agravia Filipo a nosotros y a los demás griegos desde que firmó la paz.»

5 En cambio la elección del *poco falta para que* en vez del «casi», la separación de *agravia* y *Filipo*, cuya concordancia se nos presenta después de un largo intervalo, y el *no sólo a nosotros sino también a los demás griegos*, que se podría haber expresado sin la negación y mediante un combinación simple («a nosotros y a los demás griegos»), hacen que la expresión sea diferente del lenguaje habitual y artificiosa.

6 Del mismo modo la oración siguiente, si se quisiera decir de una manera simple y escueta, se habría enunciado de esta manera:

«Y todos dicen, aunque algunos luego no lo hacen, que es necesario decir y hacer aquello que le obligue a cesar en su insolencia y a responder de sus agravios.»

7 Pero se expresó así: *y todos, bien lo sé, habrán dicho*, que no sigue el orden espontáneo de la expresión, pues el *bien lo sé* no está en el lugar que le corresponde; y la elección del *habrán dicho* en vez del «dicen» revela que no es un lenguaje sencillo sino inusual y artificioso.

---

[59] Uno de los ejercicios que debían hacer los alumnos de retórica era componer un pasaje determinado con una expresión diferente *(metáphrasis);* véase la Sinopsis al *Im.*

Otro ejemplo semejante es éste[60]: 8

> ¿O acaso creéis que los que nada malo podrían haberle hecho, pues ellos de no sufrir se habrían guardado a lo sumo, a esos ha preferido engañarlos antes que advertirles que iba a utilizar la violencia...?

Pues aquí la expresión no sería nada artificiosa ni tortuosa si Demóstenes la hubiera expuesto de esta manera:

«¿O acaso creéis que él, a los que veía que ningún mal podían causarle, sino que a lo sumo se habrían guardado de no sufrir nada, ha preferido engañarlos antes que advertirles que iba a utilizar la violencia...?»

Pues si se emplean enálages en el uso de los casos[61] y se acumulan muchas partículas en un breve espacio, se consigue, creo, un lenguaje artificioso, inusitado y exótico.

Aún otro ejemplo de esta clase[62]: 9

---

[60] DEMÓSTENES, *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 13. Demóstenes acaba de explicar (cf. ibídem §§ 10 - 12) cómo Filipo engañó a los de Olinto, Fócide, Feras y Óreo. DIONISIO ofrece este mismo pasaje en *Iseo* 13, 2 y *Tuc.* 54, 5, siempre con ligeras modificaciones con respecto al texto de los códices de Demóstenes. Aquí hacemos una traducción muy literal para que se adviertan las diferencias con respecto a la propuesta que a continuación hace Dionisio.

[61] Dionisio ha cambiado, en efecto, el nominativo *los que (hoí)* por el acusativo «a los que» *(hoús),* además de introducir otros cambios sintácticos y de orden.

[62] DEMÓSTENES, *Contra Midias* (XXI) 69. Demóstenes se había ofrecido voluntariamente para ser corego y en plena representación teatral recibió un puñetazo de Midias, un ricachón con el que mantenía una antigua enemistad personal. Midias fue condenado por profanación de la fiesta, pero Demóstenes presenta además una denuncia para exigir una compensación económica. Sin embargo, el presente discurso no llegó a pronunciarse, porque Demóstenes aceptó las treinta minas que le ofreció Midias si retiraba la demanda (sobre el valor de esta cantidad, véase n. a *Lis.* 25, 5).

El estilo elevado: Demóstenes, «Contra Midias»

Ahora bien, él no lo hizo[63] —de haberlo hecho habría honrado al pueblo—, ni dio ninguna otra prueba de ardor juvenil. Pero a mí, que, si alguno, atenienses, quiere creer que era una locura —pues una locura quizá sea el actuar por encima de las fuerzas propias— o incluso vanidad, acepté ser corego, a mí me perseguía insultándome de un modo tan manifiesto que terminó por no apartar sus manos ni de mis túnicas sagradas, ni de mi coro ni de mi cuerpo.

10 ¿Qué hay ahora en estas palabras que altera la forma natural de exponer? En primer lugar, el que antes de acabar de expresar la primera idea —o pensamiento o frase, como haya que llamarlo— se intercale otra frase, y el no acabar esta segunda cuando se enlaza con una tercera, y entonces añadir el segundo miembro de la segunda frase, que queda después de la tercera, que sí está terminada, de forma que el final de todo es una parte de la primera frase: a causa de tan gran distanciamiento ya no hila con el sentido del pensamiento que se seguía.

11 *A mí, que* —esta frase aún no ha terminado—, *si alguno, atenienses, quiere creer que es una locura* —esta otra nada tiene que ver con la anterior, y también está inacabada—, *pues una locura quizá sea el actuar por encima de las fuerzas propias* —esta parte no tiene nada que ver con ninguna de las otras dos frases anteriores, sino que tiene un significado independiente, pues se trata de una especie de máxima en sí misma completa—, *o incluso vanidad* —esto es parte de la segunda frase, del *si alguno quiere creer que es una*

[63] Demóstenes le reprocha a Midias que no se hubiera ofrecido para ser corego por su propia tribu y así haber competido limpiamente los dos por la victoria en el certamen de tragedias.

locura—. Todo lo que se añade a estas frases, el *acepté ser* 12
corego, era parte de la primera frase, *Pero a mí, que...*

Miles de ejemplos como este hay en Demóstenes, especialmente en los *Discursos contra Filipo;* o, mejor dicho, son ⟨raros entre los deliberativos los⟩ que no son así, con la excepción de un único discurso, el *Sobre el Haloneso*[64]; y abundan en los debates judiciales, al menos cuando son procesos públicos. En los discursos judiciales y en las arengas, como decía, se podría reconocer precisamente por esta señal
tan sencilla el estilo de Demóstenes. Pero, puesto que De- 13
móstenes ha hecho un uso mayor o menor de estos recursos dependiendo de la naturaleza de los temas y de la dignidad de los personajes, uno podrá ser inducido al error, lo cual sería lógico.

Dos estilos elevados: Demóstenes y Tucídides

Pero, ¡ea!, digamos en qué difiere 10
la expresión de Demóstenes de la de Tucídides, si está construida siguiendo el mismo estilo: es algo que exige este tratado. Pero no me refiero a qué clase de expresión es, ¡por Zeus!, pues ambos componen de la misma manera. Hablo de cómo se aparta de la lengua habitual y busca no una expresión común sino distinguida: no es una diferencia de cantidad sino, sobre todo, de oportunidad.

Tucídides emplea los recursos sin control y, más que 2
conducir la expresión, se deja llevar por ella; tampoco sabe

---

[64] Precisamente desde que Dionisio advirtió de la excepcionalidad de este discurso, se ha puesto en duda la paternidad de Demóstenes sobre él; Calímaco lo incluía entre los discursos de Demóstenes (cf. *infra* § 13, 6), pero Libanio lo atribuía a Hegesipo (cf. *Argumentos de los discursos de Demóstenes* 7, 5). La posesión del Haloneso, una pequeña isla del Egeo situada al sur de Lemnos, fue motivo de disputa entre Atenas y Filipo.

utilizarla con destreza en el momento oportuno, porque en esto yerra muchas veces. Por este motivo lo desproporcionado de las alteraciones oscurece su expresión, y su incapacidad para reconocer el momento oportuno lo vuelve des-
3 agradable. Sin embargo, nuestro orador no pierde de vista cuándo se ha llegado al límite prudencial y sabe adaptarse a cada circunstancia, pues no adorna la frase como si se tratara de un monumento a los dioses o un tesoro[65], como hace el historiador, sino mirando la utilidad. De modo que nunca pierde la claridad, que debe ser el primer objetivo en los discursos de debate, y así ha ganado fama en lo que parece haberse esforzado más: en mostrarse como un orador magistral.

4 Tales son algunas de las características del estilo elevado, adornado y alejado del lenguaje habitual, que basa toda su fuerza en la destreza literaria, y que Demóstenes utilizó imitando a Tucídides, el autor más destacado en esta clase de estilo.

El estilo llano: Lisias, «Contra Tisis»

11 Lo que Demóstenes compuso siguiendo el estilo llano, escrupuloso y puro[66], —por la brillantez con que lo utilizó aquel otro orador se podría llamar con toda justicia estilo «lisíaco»— es como expongo más adelante[67].

2 Nadie pondrá objeciones si, para que el examen de esas características resulte más agradable, presentamos en primer lugar un pasaje de Lisias —se trata de una narración de vio-

---

[65] Cf. Tucídides, I 22, 4, donde el historiador afirma que su obra es un «tesoro *(ktêma)* para siempre».

[66] Sobre estas características de la expresión llana de Lisias véase *Lis.* 13, 2 y n.

[67] Cf. *infra* § 13, 1-3.

lencias físicas—, cuya expresión es muy parecida, estoy convencido, a la de Demóstenes. Es éste[68]:

Fr. 75, 1-6. Pues Arquipo aquí presente, atenienses, se desnudó y entró en la misma palestra donde también estaba Tisis, el acusado en este juicio. Se suscitó una disputa entre ellos y comenzaron a hacerse burlas, reproches, gestos hostiles e insultos. Y es que Píteas era amante del muchachito (pues se os va a contar toda la verdad en este juicio), y además había sido nombrado tutor por su padre. Éste, a pe- 2
sar de que Tisis adoptó con el chico esa actitud tan vejatoria en la palestra, queriendo congraciarse y mostrarse como un hábil consejero, pidió a Tisis —como nosotros lo hemos deducido por los propios acontecimientos y lo confirmamos por personas que lo sabían bien— que en ese momento hiciera las paces y que buscara después la ocasión de sorprenderlo a solas. Convencido con esta propuesta, hizo 3
las paces y volvió a tratar con él fingiendo ser amigo; pero a tal grado de locura llegó a pesar de su edad, que el día que se celebraba la carrera de caballos en las fiestas Anáceas[69], viéndolo pasar junto a su puerta cuando iba conmigo (pues da la casualidad de que son ⟨vecinos⟩), lo invitó primero ⟨a cenar⟩; pero, como no aceptó, ⟨le pidió que fuera después⟩ a su fiesta, para que bebiera con él y ⟨con la gente de su casa⟩. Después de cenar, ya oscureciendo, nos 4
dirigimos a su casa y llamamos a la puerta. Ellos nos ordenaban entrar. Pero, cuando estuvimos dentro, a mí me echan de la casa y a este lo sujetaron entre varios y lo ata-

[68] Lisias, *Contra Tisis* 1-6 = *Fr.* 75 Thalheim. Todos los personajes de este discurso nos son desconocidos: el acusador, cuyo nombre ignoramos y, al parecer, pariente de Arquipo (cf. Lisias, *Fr.* 76 Thalheim); Arquipo, el joven objeto de las vejaciones; Píteas, amante de Arquipo; Tisis, el acusado, un joven violento y enamorado de Arquipo; y Antímaco, un ciudadano de buena reputación.

[69] Fiestas en honor de los Ánaces, «Soberanos», identificados en Atenas con Cástor y Pólux —más conocidos como los Dioscuros, los «hijos de Zeus»—. Poco más sabemos de estas fiestas.

ron a una columna; y Tisis, cogiendo un látigo, después de darle muchos latigazos, lo encerró en una habitación. Pero no le pareció bastante con haber cometido sólo esta afrenta, sino que emulando a los jóvenes más perversos de la ciudad, pues hacía poco que había recibido la herencia paterna y se hacía pasar por un joven rico, ordenó de nuevo a los criados, ya de día, que lo ataran a la columna y lo azotaran.
5 Cuando Arquipo estaba en un estado tan lamentable, hizo venir a Antímaco; pero no le dijo nada de lo que había sucedido, sino que le contó que, cuando él estaba cenando, ése, que iba borracho, golpeó la puerta, entró y pronunció palabras injuriosas contra él, contra Antímaco y contra sus mujeres. Pero Antímaco se enfadó con ellos por el gran ultraje que habían cometido y, haciendo llamar a testigos, le preguntaba cómo había entrado. Éste decía que porque se
6 lo habían pedido Tisis y los de casa. Los que habían entrado con Antímaco decidieron soltarlo inmediatamente y, creyendo que habían sucedido unos hechos gravísimos, lo entregaron a sus hermanos. Como no podía caminar, lo llevaron al Deigma[70] en una camilla, y lo mostraron a muchos atenienses y a muchos extranjeros en aquel estado, de modo que los que lo veían no solo se indignaban con los responsables de aquello, sino que acusaban a la ciudad de no castigar públicamente y al instante a los que cometían tales ultrajes.

El estilo llano: Demostenes, «Contra Conón»

12 Ésa es la narración de Lisias extraída de su discurso *Contra Tisis*. Y ahora voy a hablar de la narración del discurso *Contra Conón;* dejando de lado las semejanzas en cuanto a los hechos, fijémonos en las semejanzas de la expresión[71]:

[70] El Deigma, «Exposición», era un mercado del Pireo donde se exponían y vendían cereales y legumbres (cf. Jenofonte, *Helénicas* V 1, 21).

[71] Demóstenes, *Contra Conón* (LIV), 3-9.

LIV 3-9. Salimos ese tercer año hacia Panacto[72] para 3
vigilar la frontera, tal como se nos había ordenado por es-
crito. Acamparon los hijos de Conón, ahí presente, cerca de
nosotros, lo que nunca yo habría deseado. Pues vais a oír
desde el principio cómo surgió esa enemistad entre noso-
tros y los encontronazos que desde entonces hemos tenido.
Esos bebían a cada momento del día en cuanto desayuna-
ban; e incluso cuando estábamos de guardia, no dejaban de
beber. Nosotros, tal como teníamos por costumbre actuar
aquí, así nos comportábamos también fuera. Y, cuando era 4
la hora de que los demás hiciéramos la comida, esos ya es-
taban borrachos y hacían muchas afrentas a los esclavos
que nos acompañaban, y acababan metiéndose también con
nosotros. Diciendo que los esclavos les echaban el humo
mientras hacían la comida o que les hablaban mal, o con
cualquier otro pretexto que se les antojara, los golpeaban,
les vaciaban encima las bacinillas, orinaban sobre ellos y
no dejaban de comportarse de forma desenfrenada e inso-
lente. Viendo nosotros aquellas afrentas y sufriendo con
ellas, al principio los echábamos. Pero como se mofaban de
nosotros y no nos dejaban, expusimos el asunto al general,
y nos acompañaron en grupo todos los que compartíamos
la misma mesa, porque yo nada hice sin contar con los de-
más. El general los reprendió y los castigó, no solo por las 5
insolencias que habían cometido contra nosotros, sino tam-
bién por su pésimo comportamiento en el ejército. Pero
mucho faltaba para que ellos cesaran o se avergonzaran,
porque, tan pronto como oscureció, se lanzaron directa-
mente contra nosotros esa misma tarde. Al principio sólo
nos injuriaban de palabra, pero después la emprendieron a
golpes conmigo; y tanto griterío y alboroto formaron en la
tienda, que acudieron el general, los capitanes y algunos de
los demás soldados, y así impidieron que sufriéramos un

[72] Aldea del Ática fronteriza con Beocia.

mal irreparable o que nosotros, injuriados por aquella gente, se lo hiciéramos a ellos, borrachos como estaban.

6 La situación había llegado a tal extremo que, cuando regresamos de allí, entre nosotros, como es natural, continuaba el enojo y la enemistad por aquellos hechos. Pero de verdad que no creía yo que fuera necesario ni llevarlos a los tribunales ni propalar los hechos: simplemente tener en cuenta aquellos sucesos para en adelante estar prevenido y guardarme de todo trato con tales individuos.

Primero quiero presentaros testimonios de lo que he dicho. Después os mostraré cuántas injurias he sufrido a manos de ése, para que veáis cómo tal individuo, al que convenía castigar por estos primeros agravios, se ha comportado después de una forma mucho más terrible que antes.

TESTIGOS

7 Y los hechos por los que nunca pensé que iba a tener que pronunciar un discurso son estos:

No mucho tiempo después, paseando yo, como tenía por costumbre, por el ágora al atardecer junto con Fanóstrato[73], del demo de Cefisia, uno de los de mi edad, pasa a nuestro lado, a la altura de la casa de Pitodoro, Ctesias, el hijo de ese, borracho, que bajaba hacia el Leocorio[74]. Al vernos nos gritó y nos dijo algo, pero hablándose a sí mismo, como si estuviera borracho, de modo que no era posible comprender lo que decía; y, dándose la vuelta, subió hacia Mélite[75]. Entonces en casa de Pánfilo el batanero es-

[73] Todos estos personajes nos son desconocidos.

[74] El Leocorio era un templo en honor de las «hijas de Leo» (un héroe ateniense), situado junto a la puerta Dipilón, en el Cerámico, un barrio situado al noroeste del ágora donde se hallaba el cementerio de Atenas; junto a este templo fue asesinado el tirano Hiparco a manos de Harmodio y Aristogitón (cf. TUCÍDIDES, I 20, 2; VI 57, 3).

[75] Barrio situado al suroeste de Atenas.

> taban bebiendo Conón, ese que está ahí, cierto Teodoro, Alcibíades[76], Espíntaro el hijo de Eubulo, Teógenes el hijo de Andrómenes y muchos otros a los cuales Ctesias hace levantar y con ellos se encaminaba al ágora. Se da la cir- 8
> cunstancia de que nosotros volvíamos del Ferrefatio[77] y de nuevo bajábamos en nuestro paseo hacia el Leocorio, y entonces nos topamos con ellos. Al cruzarnos, uno de ellos, no sabemos quién, se lanza sobre Fanóstrato y lo mantenía sujeto. Mientras, Conón, ese que tenéis ahí, su hijo y el hijo de Andrómenes cayeron sobre mí y primero me desnudaban; después, tras echarme la zancadilla y arrojarme al barro, me dejaron en tal estado después de saltar sobre mí y de insultarme, que me partieron un labio y me pusieron los ojos hinchados. Y en aquella situación tan lamentable me abandonaron, que ni podía ponerme en pie ni pronunciar palabra. Tirado allí los oía decir muchas cosas terribles.
> Entre ellas había algunas blasfemias que no me atrevería a 9
> pronunciarlas aquí. Pero aquello que es una señal y una prueba de su insolencia, como que todo aquel suceso fue urdido por Conón, eso sí os lo voy a decir: cacareaba imitando a los gallos vencedores y los demás lo exhortaban a que en vez de con alas aleteara con los codos.

¿Acaso la expresión de este pasaje no es pura, escrupu- 13
losa con el dialecto, clara y está construida con palabras corrientes que conservan su significado propio, como la de Lisias[78]? A mí al menos me parece que es así. Y además, ¿no es concisa, condensada, está llena de sinceridad y demuestra

[76] No se trata del célebre Alcibíades, que vivió en el siglo anterior. En los manuscritos de Demóstenes leemos «Arquebíades».

[77] El Ferrefatio era el santuario de Perséfone (en ático *Pherréphatta;* latín, Prosérpina) y, al parecer, estaba situado en el ágora o en sus alrededores (cf. Hesiquio, *Léxico*, s. v. «*Pherrepháttion*»).

[78] Las virtudes de Demóstenes que enumera aquí Dionisio (§ 13, 1-2) coinciden con las que antes decía de Lisias (cf. *Lis.* 13, 2-4).

una naturaleza sencilla y sin aderezos, como la de aquel?
2 Totalmente cierto. ¿Y no es convincente, refleja el carácter del individuo y tiene en cuenta la adecuación a los personajes y a los hechos descritos? ¿Y no aparece por todas partes una gran dosis de encanto, de persuasión, de gracia, de oportunidad y de todas las demás virtudes que florecen en
3 las obras de Lisias? No cabe decir otra cosa. Si estos dos discursos no fueran conocidos por el título que llevan, sino que nos encontrásemos con que carecían de él, no creo que muchos de nosotros pudiéramos reconocer fácilmente si eran de Demóstenes o de Lisias: tan semejantes son los estilos de uno y otro[79].

Otros ejemplos del estilo llano de Demóstenes

4 De este estilo son también el discurso *En defensa de Formión contra Apolodoro*, el discurso *Contra Olimpiodoro por daños*, el *Contra Beoto en defensa del nombre*, la apelación *Contra Eubúlides*, el discurso para determinación de derechos *Contra Macártato*[80] y todos los demás discursos privados, que en total no son muchos más de veinte. Si te has encontrado ya con algunos de ellos, sabrás a cuáles me refiero[81].

5 Muchos pasajes de los discursos sobre asuntos públicos también están compuestos con ese estilo llano. Ofrecería los ejemplos de cada discurso, si con ello mi tratado no se alargara más de lo prudente. En esos pasajes está claro que De-

---

[79] Esta semejanza se produce solo cuando Demóstenes utiliza el estilo llano.

[80] Estos discursos, algunos espurios o de dudosa autenticidad, son, respectivamente, los discursos XLVIII (espurio), XXXIX (hay otro *Contra Beoto* espurio, el XL), LVII y XLIII (espurio).

[81] Dionisio se dirige a Ameo (cf. *infra* § 49, 2; 58, 5).

móstenes no se ocupa tanto de la belleza de la expresión, de la solemnidad y de toda clase de recursos superfluos como de la escrupulosidad dialectal. Por ejemplo, el discurso pro- 6
nunciado en respuesta a la carta y a los embajadores de Filipo, que Calímaco titula *En defensa del Haloneso*, tiene este comienzo[82]:

> Hombres de Atenas, no es posible que las acusaciones de las que Filipo acusa...

Todo es escrupulosidad dialectal y delicadeza y se revela en él la impronta del estilo «lisíaco» como hecha por una garra, aunque también contiene algún ejemplo de alteración del lenguaje, de solemnidad, de vehemencia y de algún otro recurso que de modo natural acompaña a la fuerza de Demóstenes.

El estilo llano: Demóstenes y Lisias

¿Cuál es la diferencia que hay en- 7
tre ellos? ¿Cómo podría uno reconocer, cuando Demóstenes rebaja su estilo sólo a los adornos necesarios, en dónde se muestra superior a Lisias y en qué aspectos de la expresión? Pues te gustaría saber eso, ¿verdad?

Una agradable sonoridad natural recorre los discursos de Lisias[83], como dije anteriormente, y una gracia, con la que sobresale por encima de los demás oradores, excepción hecha de Demóstenes[84]. Esa gracia, como una brisa marina, 8

[82] *Sobre el Haloneso* 1. Sobre este discurso y su autoría, véase n. al § 9, 12. En el elogioso comentario que le sigue, Dionisio revela inconscientemente que este discurso, casi con seguridad espurio, tiene más de la escuela de Lisias que del propio Demóstenes.

[83] Cf. *Lis.* 12, 1.

[84] Sin embargo, antes Dionisio había dicho que nadie superó a Lisias en esta virtud (cf. *Lis.* 10, 4; 13, 1).

lo empuja por el exordio y la narración; pero, cuando llega a la demostración, cae en una cierta languidez y debilidad, y se extingue finalmente en los momentos en que intenta despertar pasiones[85]. Pues la intensidad de esa gracia ya no es grande ni vigorosa. En cambio, en Demóstenes la intensidad es grande y la gracia suficiente, hasta el punto de que, en cuanto a gracia, vence a Lisias por el empleo constante y comedido y, en cuanto a la intensidad, le aventaja absolutamente.

9 El segundo indicio por el que uno podría reconocer la manera de expresarse de Demóstenes, cuando se limita a los adornos necesarios, es este: no porque se desprenda de las alteraciones del lenguaje, del engalanamiento y de todos los adornos superfluos pierde también la grandeza y la intensidad, pues la intensidad es inseparable de su expresión, sea innata en él o sea fruto del entrenamiento para la oratoria[86].
10 Sin embargo, sabe alternar los momentos de tensión y de distensión. Todo esto es conocido por aquellos a los que hablo y no precisa ejemplos.

El estilo mixto: algunos ejemplos de Demóstenes

14 De modo que sobre el estilo ⟨llano es suficiente con lo ya dicho⟩. Pero del género de oratoria que está entre los dos extremos y que era aún imperfecto cuando Demóstenes lo tomó de Isócrates —o bien lo tomara antes de Trasímaco o fuera finalmente de Platón—, él lo perfeccionó todo cuanto era posible para una fuerza humana. Muchos ejemplos podría uno sacar de las arengas contra Filipo, muchos ejemplos también de los discursos sobre asuntos públicos, pero los más nume-

[85] Cf. *Lis.* 13, 4; 19, 5-6.

[86] Son de sobra conocidos los duros entrenamientos de Demóstenes para conseguir una correcta locución y cómo corregía una y otra vez los discursos (cf. PLUTARCO, *Demóstenes* 7, 6 - 8, 7; 11, 1; etc.).

rosos y los más bellos son los de su discurso *En defensa de Ctesifonte*[87]. Pues a mí me parece que ese es el discurso cuya expresión goza de la ornamentación más bella y en la cantidad justa.

Si tuviera tiempo suficiente, ofrecería los pasajes. Pero, 2
puesto que aún quedan por decir muchas cosas necesarias, dejaré esto y me limitaré a utilizar por el momento ejemplos muy breves, pues hablo a entendidos:

Éstos son ejemplos del estilo intermedio extraídos de la 3
acusación *Contra Esquines*[88]:

> XIX 258-259. Siempre, hombres de Atenas, hay que odiar y castigar a los traidores y a los venales, y esta sería una magnífica ocasión de hacerlo y con ello haríamos un bien a la humanidad. Pues una enfermedad terrible y grave, hombres de Atenas, se ha abatido sobre Grecia, que exige mucha suerte y dedicación por vuestra parte...

Y así lo que sigue a estas palabras.

Ahora un ejemplo extraído de la acusación *Contra Aris-* 4
tócrates:

> XIII 65. Muchas de tales instituciones tenemos que no existen en otro lugar; pero hay una que es única entre todas, la más egregia: el tribunal de Areópago[89], del que se nos han transmitido tantas y tan bellas gestas, unas legendarias y otras de las que hemos sido testigos nosotros mismos, y que no se cuentan de ningún otro tribunal...

---

[87] Es el discurso XVIII, más conocido como *Sobre la corona* XVIII.

[88] Con este título Dionisio se refiere al *Sobre la embajada fraudulenta*.

[89] Este tribunal, que se reunía en el Areópago, «Colina de Ares», y estaba formado por todos los ex arcontes, juzgaba homicidios de ciudadanos atenienses con premeditación, i. e. asesinatos (cf. ESQUILO, *Euménides* 681-706; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses*, 25-26, etc.).

Y así lo siguiente.

5 Este ejemplo está extraído del discurso *Sobre las exenciones de impuestos*[90]:

> XX 68. Primero mirad a Conón[91] y ved si hay algo censurable en este hombre o en su comportamiento para que dejéis sin efecto lo que ya le fue concedido. Pues él, como es posible oírlo a los que sois de su misma edad, después de que regresaron del Pireo los del partido democrático[92], cuando nuestra ciudad pasaba por momentos de gran debilidad...

Y lo mismo el texto que le sigue.

6 Este ejemplo está extraído de la *Defensa de Ctesifonte*[93]:

> XVIII 60-61. De los territorios que, antes de entrar yo en política y de hablar desde esta tribuna, Filipo atacó y conquistó, no voy a hablar ahora, pues no creo que nada de aquello tenga que ver conmigo. Sin embargo, de los que, desde el día que me ocupé de estos asuntos, le impedí que conquistara, esos los voy a recordar y daré cuenta de tales hechos; pero tan sólo quiero advertir una cosa: ¡Cuán grande, hombres de Atenas, ha sido la ventaja de la que ha gozado Filipo! Pues entre los griegos, no entre algunos, sino

[90] *Contra Leptines* o *Sobre la exención de impuestos* (XX) 68. Este discurso fue muy elogiado por Dionisio de Halicarnaso (cf. *Pr. Ameo* 4, 2) y Cicerón (cf. *El orador* 111).

[91] Este Conón (*c.* 444-390 a. C.) fue un famoso general ateniense y nada tiene que ver con el personaje violento del discurso *Contra Conón* (cf. supra § 12). Conón tomó algunas decisiones desacertadas durante el periodo final de la guerra del Peloponeso y tuvo que exiliarse a Persia. Pero unido a los persas derrotó a los espartanos en la batalla de Cnido (394 a. C.) y fue recibido en Atenas como un héroe (cf. Demóstenes, *Contra Leptines* XX 68-71; Isócrates, *Evágoras* IX 55-57; etc.).

[92] Demóstenes alude al regreso en el 403 a. C. de los demócratas refugiados en el Pireo (cf. *Lis.* 32, 1 y n.).

[93] *Sobre la corona* o *En defensa de Ctesifonte* (XVIII) 60-61.

entre todos por igual, hay tal cosecha de traidores, venales e impíos como nadie recuerda antes...

Y así lo que sigue a estas palabras.

Superioridad del estilo mixto

Al menos yo creo que este estilo 15
⟨es el más perfecto de todos⟩. Y si alguien no admitiera la causa por la que yo ni considero superiores aquellos pasajes de Tucídides, exquisitos y alejados del lenguaje habitual, ni creo que la expresión perfecta esté en aquellos otros de Lisias, llanos y compendiosos, le replicaría lo siguiente. Los que acuden a las asam- 2
bleas, a los tribunales y a las demás reuniones donde hay que utilizar el discurso público ni son todos expertos y exquisitos, con la inteligencia de un Tucídides, ni tampoco son todos personas corrientes que nada saben de los recursos empleados en los grandes discursos. Así, entre los primeros, unos acaban de dejar sus labores en el campo, otros el trabajo en el mar y otros afluyen desde los talleres, y les complacerá más quien se dirija a ellos con el lenguaje más simple y habitual; pues la expresión escrupulosa, exquisita, figurada 3
y todo lo que ellos no tienen por costumbre oír ni decir los pone en una situación molesta; y, lo mismo que una comida pesada o una borrachera revuelve los estómagos, así aquellos artificios les indisponen los oídos. Sin embargo, al se- 4
gundo grupo, a los que participan en la vida pública y frecuentan el ágora y han recibido una educación completa no se les puede hablar de la misma manera que a los primeros, sino que es preciso dirigirles un discurso bien adornado, elegante y con un lenguaje figurado. Estos quizá sean menos 5
que los otros; en verdad es un grupo mucho menor: nadie lo ignora. Pero no por eso merecen ser despreciados.

6 En efecto, un discurso que apunte a unos pocos y bien educados no será convincente para la muchedumbre ordinaria e ignorante, mientras otro que aspire a complacer a la mayoría y a la gente más simple parecerá despreciable a los más cultos; pero el discurso que busque persuadir a ambas
7 clases de oyentes será el que menos yerre el objetivo. Ese discurso es el que mezcla los dos estilos. Por eso yo he considerado que la expresión adornada así es la más equilibrada de todas, y me quedo con aquellos discursos que rehúyen los excesos[94] de uno u otro estilo.

16 He afirmado al principio[95] que a mí me parece que Isócrates y Platón han practicado esa clase de estilo con más maestría que los demás y lo han llevado a los niveles más altos; pero no consiguieron la perfección, sino que cuanto dejó cada uno de ellos por hacer, lo llevó a cabo Demóstenes; y, tal como prometí, voy a demostrarlo ahora. Elegiré y compararé los pasajes que me parecen mejores de aquellos dos autores con los de Demóstenes, siempre que traten sobre los mismos temas: de esta forma las preferencias estilísticas y la maestría de aquellos autores se harán más evidentes al realizar un análisis muy detallado sobre hechos similares.

El estilo mixto: Isócrates, «Sobre la paz»

17 ¡Sea Isócrates el primero en entrar en escena![96]. Tómese el pasaje de su discurso *Sobre la paz* que nos parece más agradable y del que el propio Isócrates, en el discurso *Sobre el inter-*

[94] Es la teoría aristotélica de Teofrasto, que no siempre sigue Dionisio, pues otras veces éste entiende el estilo intermedio como empleo alternativo de uno u otro estilo según lo exija la adecuación (cf. § 3, 1 y n.; 6, 2; 8, 2).

[95] Cf. § 3, 2.

[96] Sobre este *agón* de Isócrates y Demóstenes véase n. al § 21, 1.

cambio de haciendas[97], declara tener un alto concepto. En
ese pasaje confronta el sistema político de los antepasados
con el que entonces estaba establecido y contrapone las an-
tiguas hazañas con las nuevas: alaba las de antaño y censura
las de su tiempo y, como culpables del cambio a peor, seña-
la a los demagogos, porque con sus discursos conducían al
pueblo no a las mejores metas sino al placer. Puesto que la 2
comparación es demasiado larga, he elegido los párrafos
más importantes. Son éstos[98]:

> VIII 41-50. Pues, ¿quién viniendo de otro lugar y sin 41
> estar aún corrompido con nuestro trato, sino que de pronto
> se enterara de lo que está sucediendo, no creería que esta-
> mos locos y que hemos perdido la razón?[99]. Nosotros, que
> admiramos las hazañas de nuestros antepasados y nos pa-
> rece que debemos elogiar la ciudad por las empresas que
> antaño se acometieron, no hacemos, sin embargo, nada de
> lo que hacían aquellos, sino todo lo contrario. Pues ellos no 42
> cesaron de luchar contra los bárbaros en defensa de los
> demás griegos; pero nosotros a los que tenían en Asia su
> medio de vida, sacándolos de allí, los hemos arrojado co-
> ntra los griegos[100]. Y aquéllos, por liberar las ciudades
> griegas y socorrerlas, obtuvieron merecidamente la hege-
> monía; pero nosotros, que estamos subyugados y hacemos
> lo contrario que ellos, nos indignamos si no recibimos los
> mismos honores. Nosotros tanto nos hemos apartado en 43
> hechos y pensamiento de los que vivieron en aquel tiempo,

[97] En efecto, en el discurso *Sobre el intercambio de haciendas (antído-sis)* 66, Isócrates incluía dos largos pasajes del discurso *Sobre la paz* (§§ 25-56 y 133-145).

[98] *Sobre la paz* (VIII) 41-50.

[99] G. Aujac, con respecto al mismo pasaje en el *Isóc.* 17, 1, 41, modifica levemente la puntuación del texto griego acortando aquella larga interrogación.

[100] Véase n. a este mismo pasaje en *Isóc.* 17, 42.

que ellos, por la salvación de los demás griegos, fueron capaces de abandonar su patria[101] y vencieron a los bárbaros luchando por tierra y por mar. Pero nosotros creemos que no merece la pena correr ningún peligro ni siquiera en
44 nuestro propio provecho. Intentamos mandar sobre todos los demás, pero no queremos participar en expediciones; emprendemos una guerra contra casi toda la humanidad, pero no nos ejercitamos para ella, sino que enviamos a apátridas, a desertores y a los que afluyen desde toda clase de delitos, gentes que, en cuanto alguien les dé algo más de paga, se marcharán con ellos para combatir contra noso-
45 tros. Pero, sin embargo, tanto los amamos, que, si algunos de nuestros hijos cometieran un delito, no querríamos cargar con las consecuencias; y, sin embargo, no nos indignamos con los actos de pillaje y de violencia y demás ilegalidades de aquéllos, aunque las futuras reclamaciones recaerán sobre nosotros, sino que incluso nos alegramos cuando oímos que han cometido alguno de tales atropellos.
46 Hemos llegado a tal grado de locura, que, pasando nosotros mismos penalidades para cubrir las necesidades cotidianas, estamos intentando mantener tropas mercenarias, maltratamos a nuestros aliados uno tras otro y les imponemos tributos, y todo a fin de poder recaudar los fondos necesarios para la paga de quienes son enemigos de todo el mundo.
47 Somos tan inferiores a nuestros antepasados, incluyendo tanto a los que se granjearon la estima de los griegos como a los que fueron odiosos, que aquéllos, cuando votaban combatir contra alguien, aunque la acrópolis estaba llena de plata y oro, creían que debían arriesgar sus vidas en defensa de lo que habían decidido, mientras nosotros, que hemos llegado a tal estado de penuria y somos una pobla-

[101] Durante las guerras médicas los atenienses abandonaron su ciudad, permitiendo que fuera saqueada por los persas, y se refugiaron en Trecén, Egina y Salamina (cf. Heródoto, VIII 41).

ción tan numerosa, empleamos ejércitos mercenarios, co-
mo el rey persa. Antes, si equipábamos trirremes, obligá- 48
bamos a los extranjeros y a los esclavos a ir de remeros
mientras a los ciudadanos los enviábamos armados. Pero
ahora utilizamos a los extranjeros como hoplitas y obliga-
mos a los ciudadanos a remar, de modo que, cuando des-
embarcan en tierra enemiga, los que se consideran dignos
de mandar sobre los demás griegos salen con su cojín de
remar y los que eran de aquella condición que poco antes
os describía arriesgan su vida con las armas.

Sin embargo, si alguien viera que la ciudad está bien 49
administrada, ¿no adquiriría confianza con respecto a los
demás asuntos? ¿Y no se indignaría especialmente por esa
mala administración? Sí, los que decimos ser autóctonos[102]
y haber fundado esta ciudad antes que las demás debíamos
ser ejemplo de cómo se debe participar bien y ordenada-
mente en la vida pública, pero en verdad administramos
peor y más desordenadamente nuestra ciudad que aquellos
que hace poco fundaron las suyas. Nos enorgullecemos y 50
vanagloriamos de ser mejores que los demás, pero entre-
gamos a cualquiera nuestro noble linaje con más facilidad
que los tríbalos y lucanos[103] su baja casta.

Los defectos de Isócrates

Tal es la expresión de Isócrates, 18
que parece poseer las más bellas cualidades y que merece ser admirada por muchos motivos. Pues es pura como ninguna otra en la utilización de las

[102] Estaba muy arraigada entre los atenienses la creencia de que eran autóctonos (cf. Heródoto, I 56, 2; Isócrates, *Panegírico* IV 24; *Panatenaico* XII 124; etc.), por lo que pronto se convirtió en un lugar común de los discursos fúnebres (cf. Tucídides, II 36, 1; Platón, *Menéxeno* 237b-c, pasaje recogido más adelante en el § 27, 2; Lisias, *Discurso fúnebre* II 17; Demóstenes, *Disc. fún.* LX 4-5; y quizá Hiperides, *Disc. fún.* 4, 9).

[103] Pueblos bárbaros localizados el primero en Tracia y el segundo en el sur de Italia.

palabras y escrupulosa con el dialecto[104]. Es nítida, corriente y contiene todas las demás virtudes que hacen especialmente claro el lenguaje. Y además se ha embellecido con mu-
2 chas adornos. Pues es elevada, grave y digna, así como de hermosa dicción, agradable y bastante bella de composición; pero sin ser perfecta en este apartado, pues se le podría censurar que se queda corta en algunas cosas, y no, ¡por Zeus!, en las más insignificantes.

3 En primer lugar la expresión de Isócrates falla en la concisión; pues pretendiendo conseguir la claridad se excede en la extensión, cuando era necesario que tuviera en cuenta por
4 igual una y otra. En segundo lugar falla en la densidad; porque es desleída, se alarga más de lo debido y salta de una idea a otra, como es propio en la expresión de las obras históricas[105]; sin embargo, los discursos de debate requieren una expresión condensada, bien forjada y en absoluto sinuosa.

5 Además de estos, también son propios de este autor los siguientes defectos: es cauto en el empleo de recursos figurados, timorato con los fonemas de gran sonoridad y no introduce fuertes tensiones. Sin embargo, quienes se ejercitan en la expresión que se utiliza en los verdaderos debates de-
6 ben hacer fuertes presas y llaves inmovilizadoras[106]. Isócrates no puede levantar pasiones en los oyentes como él qui-

---

[104] Para una recapitulación de virtudes y defectos de Isócrates, cf. *Isóc.* 2 y 11. Sobre el significado de pureza y escrupulosidad aplicado al estilo, véase *Lis.* 13, 2 y n.

[105] Cf. *infra* § 24, 7 y n.; *Comp.* 4, 7-12; CICERÓN, *Sobre el orador* II 63-64; DEMETRIO, *Sobre el estilo* 19-20.

[106] Dionisio interpreta la relación entre el orador y el oyente como un combate entre atletas: el orador debe atraer al oyente hasta su posición y ahí mantenerlo inmovilizado con sus palabras hasta la emisión del voto. Pero Isócrates es como el atleta que nunca llegó a disputar una pelea y, por tanto, carece de la fuerza necesaria para conseguir la rendición del oyente (cf. § 20, 1-3).

siera. La mayoría de las veces ni siquiera lo desea; pues está convencido de que al orador político le basta con demostrar un pensamiento serio y un carácter honrado. Y se da la circunstancia de que posee los dos (pues hay que dar testimonio de la verdad); pero lo más importante de todo para quien se dispone a convencer al pueblo o a un tribunal es despertar pasiones en los oyentes.

Ni tampoco Isócrates atina con la adecuación en todos 7
los casos, pues considera que el lenguaje debe ser siempre florido y vistoso, en la opinión de que el placer lo es todo en el discurso: de ahí que desdeñe la adecuación. Sin embargo, no todos los hechos piden el mismo lenguaje: del mismo modo que un vestido tampoco sirve para todos los cuerpos, así también el vocabulario debe estar en armonía con los
pensamientos. El deleitar ante todo los oídos eligiendo pala- 8
bras de bella y suave sonoridad, el creer que las armonías de las oraciones deben ir encajadas en hermosos ritmos y el embellecer el discurso con figuras vistosas no es siempre lo
más eficaz[107]. Eso es lo que nos enseñan los poetas épicos, 9
los trágicos y los líricos que han escrito con seriedad, pues no hay en ellos tanta dosis de placer como de verdad[108].

Análisis del «Sobre la paz»

Si están bien fundamentadas o no 19
mis afirmaciones anteriores de que este autor se muestra inferior en dichas virtudes, lo puede comprobar cualquiera que analice la expresión del pasaje que se acaba de ofrecer.

---

[107] Cf. *Isóc.* 3, 1-2 y 12, 3-4.

[108] No es del todo cierto. Homero dice de Odiseo: «Decía muchas mentiras disfrazándolas de verdades» (cf. *Odisea* XIX 203); y esas mismas palabras Dionisio las aplica a Lisias (cf. *Lis.* 18, 4). Y en Hesíodo las musas dicen: «Sabemos decir muchas mentiras que parecen verdades» (cf. *Teogonía* 27); etc.

2 Para empezar, el primer pensamiento, que se podía exponer con pocas palabras, Isócrates[109] lo alarga y vuelve sobre él dos y tres veces para escribir lo mismo. En efecto, en la primera frase, la de

> Pues, ¿quién viniendo de otro lugar,

ya está implícito el

> y sin estar aún corrompido con nuestro trato, sino que de pronto se enterara de lo que está sucediendo,

ambas con el mismo significado.

Y en la frase

> Nosotros, que admiramos las hazañas de nuestros antepasados

ya está implícito el

> y nos parece que debemos elogiar la ciudad por las empresas que antaño se acometieron,

pues lo mismo significan «admirar» y «elogiar».

Y en la frase

> no hacemos, sin embargo, nada de lo que hacían aquellos,

ya está implícito el

> sino todo lo contrario.

y bastaba con decir una sola de ellas.

[109] *Sobre la paz* (VIII) 41.

También era posible hacer con aquellas dos oraciones un 3
solo período más conciso y agradable:

«Pues, ¿quién viniendo de otro lugar no nos tomaría por locos a nosotros, que admiramos las hazañas de nuestros antepasados pero no hacemos nada de lo que hacían aquellos?»

Muchos de esos rellenos hay en casi cada período de 4
Isócrates, que ocupan un espacio innecesario y alargan desmedidamente la expresión[110], pero también hacen más elegante el periodo.

En efecto, la expresión de Isócrates resulta así larga; pe- 5
ro, ¿cómo de extensa y de desajustada es? ⟨Veámoslo:⟩[111]

> Y aquéllos, por liberar las ciudades de Grecia y socorrerlas, obtuvieron merecidamente la hegemonía; pero nosotros, que estamos subyugados y hacemos lo contrario que aquéllos, nos indignamos si no recibimos los mismos honores que ellos.

Porque era posible constreñir estas frases tan sinuosas y 6
hacerlas más densas, algo así como:

«Y aquellos, por liberar a Grecia y salvarla, alcanzaron la hegemonía; pero nosotros, subyugados y abatidos, nos indignamos si no logramos las mismas cosas.»

Y la idea siguiente se ha expuesto también de una mane- 7
ra extensa y desajustada[112]:

> Tanto nos hemos apartado en pensamiento y hechos de los que vivieron en aquel tiempo, que ellos, por la libertad de los griegos, fueron capaces de abandonar su patria y vencieron a los bárbaros luchando por tierra y por mar.

---

[110] Cf. *Isóc.* 3, 2.

[111] Isócr., *Sobre la paz* (VIII) 42.

[112] Ibídem 43.

8 Era posible haber reducido la extensión de aquella idea exponiéndola así:

«Somos tan inferiores a nuestros antepasados, que ellos, para salvar a los griegos, abandonaron su patria y, luchando contra los bárbaros, vencieron...»

9 Se podrían poner otros mil ejemplos de esa falta de energía; pues, excepto en algunos pasajes en los que encontramos a Isócrates expresándose de forma sintetizada, más por pura espontaneidad que por haberlo buscado, en los demás se extiende largamente al hablar:

20 ¿Cómo se produce esa falta de intensidad en la expresión y esa incapacidad para apresar con fuerza al oyente? Al añadir a lo que se ha dicho ya un pensamiento como éste[113]:

> Somos tan inferiores a nuestros antepasados, incluidos los que se granjearon la estima de los griegos como los que fueron odiosos, que aquéllos, cuando votaban combatir contra alguien, aunque la acrópolis estaba llena de plata y oro, creían que debían arriesgar sus vidas en defensa de lo que habían decidido, mientras nosotros, que hemos llegado a tal estado de penuria y somos una población tan numerosa, empleamos ejércitos mercenarios, como el rey persa.

2 ¡Ea!, veamos cómo se podía expresar esta idea de forma más condensada:

«En esto quizá somos peores que nuestros antepasados, pero en lo demás somos mejores —no me refiero a los que alcanzaron merecida fama, ¿cómo sería posible?, sino a los que fueron odiosos[114]—. ¿Y quién no sabe que aquellos,

---

[113] Ibídem 47.

[114] Dionisio no está aquí acertado, pues no es éste el sentido de la frase de Isócrates, ni tampoco parece que así consiga una expresión más concisa o de más intensidad. Pero concedámosle que es una bonita imagen la de

habiendo llenado la acrópolis con ingentes riquezas, no pagaban tropas mercenarias con dinero público para luchar contra los enemigos, sino que ponían el suyo propio, y a veces incluso creían que debían pagar con sus vidas? Pero nosotros, que estamos en una situación tan mísera y somos tantos en número, recurrimos a ejércitos mercenarios para combatir, como el rey persa.»

Y que el lenguaje de Isócrates está falto de vida, de pa- 3
sión y de espíritu —cualidades muy necesarias en los discursos de debate—, o las tiene en una porción mínima, creo yo que es evidente para todos[115], aunque no lo hubiera re-
cordado. Si hay que ofrecer ejemplos, siendo muchos los 4
que se podrían poner, me bastará con recurrir a una sola idea. Precisamente se añade a la antítesis que se acaba de analizar[116] otra antítesis semejante[117]:

> Antes, si equipábamos trirremes, obligábamos a los extranjeros y a los esclavos a ir de remeros mientras a los ciudadanos los enviábamos armados. Pero ahora utilizamos a los extranjeros como hoplitas y obligamos a los ciudadanos a remar, de modo que, cuando desembarcan en tierra enemiga, los que se consideran dignos de mandar sobre los demás griegos salen con su cojín de remar y los que eran de aquella condición que poco antes os describía arriesgan su vida con las armas.

En este pasaje no censuro a Isócrates por la imagen ele- 5
gida (la idea es noble y capaz de provocar emociones); pero

---

que los antiguos, en vez de pagar con dinero público a mercenarios, pagaban con el suyo propio «y a veces con sus vidas».

[115] Cf. Cf. *Isóc.* 13, 4.

[116] La antítesis vuelve a ser la oposición entre el modo de vida de los antiguos y el de los contemporáneos de Isócrates.

[117] Isócrates, *Sobre la paz* (VIII) 48.

le recrimino la uniformidad y la blandura de la expresión, pues se necesitaba que fuera áspera y acre... ¡como si diera un bastonazo! Pero ha quedado licuada y escurridiza, como aceite que corre silencioso por el oído[118], porque solo busca fascinar y agradar nuestro oído.

6 ¿Es adecuado utilizar esas figuras en los debates, tantas y tan variadas en Isócrates, para provocar la emoción en los oyentes? ¡Qué gran disparate! Pues precisamente esas figuras —los paralelismos pueriles, las frías antítesis y las demás semejantes a estas[119]— son las que dejan escapar la
7 fuerza de la expresión y distraen la atención del oyente. En seguida vemos que, en el mismo pasaje del que estamos tratando[120], todo el tema es una pura antítesis: apartado tras apartado cada idea se ha dispuesto oponiéndola a otra y cada uno de los períodos se complementa con su opuesto, así hasta cansar a los oyentes con esa forma de construir tan des-
8 agradable y tediosa. Lo que digo es esto: que los principios y los finales de cada idea, período o concepto son siempre estos:

pues ellos... pero nosotros[121]

⟨y:⟩

y aquellos... ⟨pero nosotros⟩[122]

---

[118] Es una característica propia de la armonía pulida (cf. *infra* § 40, 7), mientras la áspera o claveteada hiere los oídos por su rudeza (cf. *Tuc.* 24, 2).

[119] Cf. *Isóc.* 13, 6.

[120] Se refiere al pasaje del discurso *Sobre la paz* VIII 41-50 que DION. HALIC. nos ofrecía poco antes (cf. § 17, 2, 41-50).

[121] Algunas de estas expresiones no aparecen exactamente así en el texto griego citado antes (§ 17), o simplemente no se encuentran. Esta primera antítesis la encontramos en el § 17, 2, 42.

[122] Cf. § 17, 2, 42 (y § 19, 5, 42).

y:

⟨tan... que aquellos... mientras nosotros⟩ [123]

y:

tanto... que ellos... pero nosotros [124]

y:

antes... pero ahora [125]

y:

aquello... pero esto [126]

Estas antítesis se repiten desde el principio hasta el final en un círculo interminable. Sin embargo, los tropos, los 9
cambios y la variedad de figuras, que son los recursos naturales para evitar la fatiga de la mente, brillan por su ausencia.

Podríamos censurarle a Isócrates muchas carencias de este tipo en la expresión; pero con estas hay suficiente.

El estilo mixto: Demóstenes, «Olintíaco tercero»

¡Que después de Isócrates entre en 21
escena [127] Demóstenes! Tómese un pasaje de uno de sus discursos políticos *Contra Filipo,* aquel en el que confronta el comportamiento de sus contemporáneos con el de los antepasados, y a los nuevos polí-

[123] Cf. § 17, 2, 47 (y § 20, 1, 47).

[124] Cf. § 17, 2, 43 (y § 19, 7, 43).

[125] Cf. § 17, 2, 48 (y § 20, 3, 48).

[126] No se encuentra, pero resume todas las antítesis.

[127] Es la continuación del § 17. La teatralidad de este *agṓn* entre Isócrates y Demóstenes recuerda al de Esquilo y Eurípides en las *Ranas* de Aristófanes.

ticos con los antiguos. Demóstenes no contrapone a cada hecho antiguo un hecho nuevo ni hace una confrontación minuciosa de todo, sino que tras una exposición completa del comportamiento de unos expone la antítesis también
2 completa y por extenso sobre los otros[128]. Y lo hace así[129]:

23 Sin embargo, hombres de Atenas, atended a los hechos
principales que uno podría contar del tiempo de nuestros
antepasados y del vuestro. Mi discurso será breve y os re-
sultará conocido. Pues sin recurrir a ejemplos extraños para
vosotros, sólo con ejemplos familiares, es posible, hombres
24 de Atenas, que recuperéis la prosperidad. En efecto, aque-
llos nuestros antepasados, a quienes los oradores ni com-
placían ni mimaban, como hacen estos ahora con vosotros,
mandaron sobre los griegos durante ciento cuarenta y cinco
años[130]. Acumularon en la acrópolis más de diez mil talen-
tos[131]. El rey que ocupaba esa región[132] los obedecía como
convenía que un bárbaro obedeciera a los griegos. Muchos
y hermosos trofeos levantaron batallando ellos mismos por
tierra y por mar. Fueron los únicos hombres que con sus
hazañas dejaron tras de sí una gloria tan grande, que contra
25 ella nada pudieron los envidiosos. Tales eran aquellos en
los asuntos que atañían a todos los griegos, y en cuanto a

---

128 Dion. Halic. prefiere las confrontaciones globales antes que el análisis minucioso apartado por apartado (cf. *Iseo* 14, 4 y n.).

129 *Olintíaco tercero* (III) 23-32. Este fragmento presenta pequeñas diferencias con respecto a los códices de Demóstenes. Lo pronunció en la primavera del año 348, cuando los de Olinto piden ayuda a los atenienses contra Filipo, que había tomado ya muchas ciudades de la Calcídica. Los atenienses, persuadidos por Demóstenes, enviarán un ejército de ciudadanos, y no de tropas mercenarias; pero Olinto cayó ese mismo año.

130 Desde la victoria sobre los persas en el 490 hasta el 348, fecha en que se pronuncia este discurso.

131 Así lo afirma también Tucídides (cf. II 13, 3). Sobre el valor de un talento, véase n. a *Lis.* 25, 5.

132 Esa región es Macedonia.

su ciudad mirad cómo se comportaban en los asuntos comunes y en los privados. En la vida pública construyeron tales edificios y de tanta belleza, ya fuesen templos o las estatuas que los adornaban, que nadie de las generaciones siguientes pudo superarlos. Y en sus vidas privadas eran 26
tan modestos y permanecían tan aferrados al carácter de su sistema democrático, que, si alguno de vosotros sabe cuál es la casa de Arístides[133], de Milcíades[134] y de otros personajes ilustres de entonces, verá que no es más suntuosa que la del vecino. Pues el dinero público no se utilizaba para el enriquecimiento personal, sino que creían que cada uno debía contribuir al tesoro público. Así, por actuar en los asuntos de los griegos con honradez, en los asuntos religiosos con piedad y en los privados con equidad, consiguieron, como es lógico, una gran prosperidad.

Tal era la situación de que gozaban entonces aquellos, 27
que elegían como jefes a personas como las que mencionaba antes. Pero ahora, ¿cómo es nuestra situación, gobernada por estos «excelentes» políticos? ¿Acaso de un modo igual o parecido? Y callo las demás cosas cuando puedo decir muchas. Pero todos veis cómo tenemos el camino despejado: los lacedemonios han sido aniquilados[135], los tebanos están ocupados en otra guerra[136] y ninguno de los demás griegos está en disposición de alzarse con la primacía por encima de vosotros, de modo que podemos mantener nuestros territorios con seguridad y ser jueces de los asuntos de los demás griegos; sin embargo, ya veis cómo

---

[133] Arístides, artífice, junto con Temístocles, de la victoria de Salamina contra los persas (480 a. C.).

[134] Milcíades fue el estratego ateniense que ganó la batalla de Maratón contra los persas (490 a. C.); y fue padre de otro ilustre general, Cimón.

[135] En la batalla de Leuctra, año 371 a. C., los lacedemonios fueron derrotados por el ejército del tebano de Epaminondas (cf. *Isóc.* 9, 2 y notas); y nuevamente en Mantinea, año 362, donde murió Epaminondas.

[136] La Guerra Sagrada que libraban contra los de Focea (355-3352 a. C.).

28 hemos sido privados de una región que era nuestra[137]. Más
de mil quinientos talentos hemos gastado en algo que no
necesitábamos en absoluto[138]; y a los aliados que habíamos
conseguido estando en guerra, esos de ahí los han espanta-
do en tiempos de paz, a la vez que nos fabricábamos un
enemigo tan formidable. Y si no, que venga alguien y me
diga de dónde ha sacado tanta fuerza Filipo sino de noso-
29 tros. «Pero, mi querido amigo —se me objetará—, si la si-
tuación exterior está mal, la situación de la ciudad en cam-
bio es ahora mejor.» «¿Cómo podría uno quejarse —me
replicará otro— de que encalemos los muros y reparemos
las calles, las fuentes y otras fruslerías?» Fijaos en los que
dirigen estas obras: unos, de pobres que eran, se han hecho
ricos; otros, de desconocidos, se han vuelto famosos; y al-
gunos se han construidos casas más suntuosas que los edi-
ficios públicos. Tanto como han disminuidos las arcas de la
ciudad han aumentado las suyas.

30 ¿Cuál es la causa de todo esto? ¿Por qué antes todo iba
bien y ahora las cosas no funcionan correctamente? Prime-
ro, porque antes el pueblo, que no tenía miedo de ir a la
guerra, era jefe de los políticos y dueño personal de todos
los bienes; y era muy apreciado por todos el recibir de par-
te del pueblo algún honor, algún cargo o cualquier otro ga-
31 lardón. Pero ahora, por el contrario, los políticos son due-
ños de los bienes públicos y todo se hace según ellos;
mientras vosotros, el pueblo, estáis enervados, privados de
riquezas y de aliados, considerados como personal de ser-
vicios o como simples trastos. Os honran regalándoos la
entrada para el teatro o dejándoos desfilar en las Boí-

---

[137] Las ciudades de la Calcídica que Filipo conquistó antes de la toma de Olinto: Anfípolis, Pidna, Potidea, Metone, etc. (véase n. al § 21, 2; cf. *Olíntico primero* I 8-9).

[138] Los mil quinientos talentos que costó la expedición del general Cares a Anfípolis (cf. ESQUINES, *Sobre la embajada fraudulenta* II 70-71).

dias[139]. Y la mayor muestra de vuestra falta de hombría es
que les dais las gracias por recibir lo que es vuestro. Y es-
tos, sin dejaros salir de la ciudad, os llevarán a espectácu-
los de ese tipo y os domesticarán, haciéndoos mansos para
ellos. No es posible nunca, creo, que quienes hacen cosas 32
pequeñas y ridículas puedan concebir un pensamiento
grande y vigoroso. Porque tal como sea el comportamiento
de los hombres, así es forzoso que sea el pensamiento. No
me asombraría nada, ¡por Deméter[140]!, si el daño que re-
cibiera de vosotros por hablar así fuera mayor que el de los
autores de los hechos que denuncio. Pues ni siquiera hay
siempre entre vosotros libertad para hablar sobre cualquier
tema, sino que hasta yo me admiro de haber podido gozar
hoy de esa libertad.

¿Quién no reconocería que ese leguaje difiere en todo 3
del de Isócrates? Entre otras cosas, Demóstenes ha expuesto
los hechos con una expresión más noble y grandiosa que la
de aquel; los ha revestido con palabras ⟨más apropiadas⟩[141];
ha forjado, compendiado y torneado mejor los pensamien-
tos; ha empleado más vigor y un tono más grave; y ha evita-
do la frialdad y las figuras pueriles con las que Isócrates
adorna la expresión fuera de toda medida. La expresión de 4
Demóstenes, por su efectividad, combatividad y apasiona-
miento, es entera y totalmente superior a la de aquel. Y aho-
ra yo voy a decir lo que experimento ante ambas expresio-
nes. Y creo que voy a exponer un sentimiento que es común
a todos y no solo el mío particular.

---

[139] Serían las fiestas de los «Bueyecillos», de las que no tenemos más noticias. Los manuscritos de Demóstenes dan Boedromias, fiestas atenienses en honor de Apolo Boedromios, «Que corre en ayuda».

[140] Deméter es la diosa latina Ceres, madre de Perséfone y fundadora de los misterios de Eleusis. A veces era invocada en los juramentos.

[141] Adición de S. Usher, y así G. Aujac.

El estilo mixto: Demóstenes e Isócrates

22 Cuando leo un discurso de Isócrates, sea de los escritos para los tribunales, para las asambleas o para una multitud festiva, me pongo serio por su carácter moralizante y me siento reconfortado en mis principios, como los que oyen los ritmos espondaicos[142] de las flautas en las libaciones o las me-
2 lodías dorias[143] y enarmónicas[144]. Pero, cuando tomo un

[142] La libación *(spondḗ)* da nombre el metro espondaico, compuesto por dos silabas largas. El ritmo espondaico era lento y grave.

[143] La melodía doria era uno de los modos o escalas *(nómos)* de la música griega antigua. La octava se completaba con dos grupos de cuatro notas, los llamados tetracordios, que tenían su origen en las cuatro cuerdas de la forminge homérica. La sucesión de intervalos en el tetracordio dorio (siempre en sentido descendente) era: tono, tono y semitono (**-**-*; cada asterisco representa un semitono). La representación de los dos tetracordios dorios sería así: mi_2**re_2**do_2*si y la**sol**fa*mi (estas cuatro últimas eran las notas que daba la forminge, mientras la cítara doria daba las ocho notas). La escala doria, que empieza en mi_2 alto y acaba en *mi*, era básica por el hecho de no tener alteraciones (véase n. al § 2, 4). Los intervalos de la escala doria presentan una estructura semejante a la tonalidad mayor actual (**-**-*), aunque las escalas actuales se hacen en sentido ascendente (por ejemplo la escala en *do* mayor es: do**re**mi*fa [**] sol**la**si*do). El modo dorio (de mi_2 a *mi*, tal como lo veíamos antes) se consideraba de carácter serio y varonil, mientras el modo lidio (*-**-**), que se consigue con la serie de do_2 a *do* (do_2*si**la**sol y fa*mi** re**do) se consideraba afeminado y blando (cf. PLATÓN, *República* 398e - 399a).

[144] En cuanto a las melodías enarmónicas recordemos que cada tetracordio (véase n. anterior) tenía tres formas o géneros *(génos)* de ejecución, aunque la primera y la última nota nunca podían alterarse: en el género diatónico *(diátonos,* «por tonos»), alternan intervalos de tono con algún semitono aislado (por ejemplo, el modo dorio diatónico, que ya lo hemos visto en la n. anterior, es: mi**re**do*si); en el género cromático *(chrōmatikós,* «coloreado, con semitonos») se encuentran intervalos de semitono consecutivos (el modo dorio cromático es: mi***re b*do*si); y en el modo

discurso de Demóstenes, me entusiasmo[145], soy arrastrado de aquí para allá y paso de una pasión a otra: siento desconfianza, angustia, temor, desprecio, odio, compasión, benevolencia, ira, envidia; en fin, todas las emociones que dominan el ánimo de los hombres. Creo que no me diferencio en nada 3
de los iniciados en el culto de la diosa Madre[146] ni de los coribantes ni de los que participan en ritos semejantes a estos: unos, estimulados por inhalaciones; otros, por sonidos atronadores; y otros, por el mismo espíritu de las divinidades; todos conciben en su fantasía muchas y variadas imágenes[147].

Y entonces también me puse a pensar qué es lo que, en 4
buena lógica, podían sentir aquellos hombres cuando oían al propio orador pronunciar esos discursos. Pues si nosotros, que tan alejados estamos en el tiempo y que somos absolutamente ajenos a los hechos, somos seducidos y subyugados

---

enarmónico se incluían dos intervalos de cuarto de tono, la diesi (la representaremos con el sigo ^); el modo dorio enarmónico es: *mi****do^x^si*, pues entre *do* y *si*, que distan sólo un semitono, había una nota *(x)* a un cuarto de tono de cada una, la *díesis*. En época de DIONISIO la escala enarmónica era una antigualla (cf. *Comp.* 11, 18). Estos ejemplos musicales de Dionisio parecen revelar un ambiente de gran solemnidad pero falto de emoción, como el estilo de Isócrates.

145 El termino griego *enthousiázō* significa «estar dios dentro»; y este sentimiento, que la divinidad infunde primero al creador *(poiētḗs)*, se trasmite como la fuerza del imán y pasa después a los oyentes o, en este caso, a los lectores (cf. PLATÓN, *Ión* 533d-e; etc.).

146 La madre de los dioses era Cibeles, diosa de origen frigio, en cuya festividad danzaban los coribantes (identificados y confundidos con los curetes de Creta, los Cábiros de Samotracia, Lemnos y Tebas; etc.). Sobre la celebración de estos festejos, tal como los vio el propio DIONISIO en Roma, cf. *Hist. Rom.* II 19, 2-5.

147 De esas visiones unas eran reales y secretas (cf. *Himno a Deméter* II 480) y otras, fantasías de los iniciados y de los participantes en esos ritos (cf. PLATÓN, *Ión* 534a; EURÍPIDES, *Bacantes* 1277 - 1289; etc.).

de esa manera y vamos a donde el discurso nos lleve, entonces —me pregunto— ¿de qué forma los atenienses y los demás griegos eran arrastrados por aquel hombre en los verdaderos debates en los que estaban personalmente implica-
5 dos, cuando era él el que pronunciaba sus propios discursos y gozaba de tan alta consideración, y mostraba al público sus sentimientos íntimos y su aplomo, y adornaba el discurso con todos los recursos y todos los matices adecuados en la declamación, de la que llegó a ser un habilidosísimo ejecutante [148], como todos reconocen y es posible comprobarlo
6 por los discursos que poco antes ofrecí? Pues nadie puede hacer, ni como mero entretenimiento, una lectura simple de ellos, porque el propio discurso enseña cómo debe ser declamado: aquí con ironía, ahí con indignación y allí con enfado, o aquí con temor, ahí con tacto y allí amonestando o exhortando; siempre hay que mostrar durante la declama-
7 ción todo lo que la expresión va pidiendo. Si el espíritu de Demóstenes, que ha permanecido impregnado en los rollos de papiro tantos años, conserva tanta fuerza y es tan atractivo para los hombres de hoy, entonces seguro que en sus discursos hay algo sobrenatural y portentoso.

El estilo mixto: Platón

23 Pero, a fin de no verme obligado, por entretenerme en esto, a dejar de lado temas que están pendientes, dejaré a Isócrates y su modo peculiar de componer y hablaré ya de Platón, diciendo con toda franqueza lo que a mí me parece. No añadiré nada a la fama que corre sobre este hombre ni tampoco quitaré nada de la verdad, especialmente cuando algunos consideran que se muestra como el más divino de todos los

[148] Aquí, en la pronunciación del discurso, fallaba estrepitosamente Isócrates (cf. *Isóc.* 13, 3-4). Sobre cómo deben leerse los discursos de Demóstenes, véase *infra* §§ 53-54.

filósofos y oradores en el arte de exponer los hechos y nos exhortan a utilizar a este autor como límite y modelo de los discursos en cuanto a pureza dialectal y vigor. Ya oí a algu- 2
nos decir que, si entre los dioses se hablara con el mismo lenguaje que utiliza el género humano, el rey de los dioses, siendo un dios, no hablaría de otra forma que como Platón. Voy a dejar toda ironía con respecto a estos prejuicios y le- 3
yendas forjados sobre los discursos por hombres imperfectos, que ni conocen cuáles son los nobles recursos de la retórica ni pueden conocerlos, y hablaré bajando a una escala natural. Pero previamente quiero decir de qué manera me parece que se debería hacer el análisis de Platón.

Yo mucho me admiro y maravillo de la maestría de este 4
hombre en los diálogos, especialmente en aquellos que conservan el carácter socrático, como el *Filebo*. Pero nunca aprobé su falta de buen gusto al añadir adornos innecesarios, como dije antes[149], y menos aún en los que, bajando al tema político, se dispone a escribir encomios y vituperios o acusaciones y defensas. Entonces Platón es otro distinto de sí mismo y deshonra su dignidad de filósofo. A mí muchas ve- 5
ces me vino a la mente, sobre tales discursos, darle aquel consejo que en Homero Zeus da a Afrodita, cuando le dice[150]:

No te han sido dadas, hija mía, las artes de la guerra,
así que aplícate a los placenteros asuntos del amor.

---

[149] Cf. § 6, 2 ss.

[150] HOMERO, *Ilíada* V 428-429. Por lo demás Afrodita no era hija de Zeus, pues nació de los genitales de Urano, que Crono arrojó al mar cuando castró a su padre (cf. HESÍODO, *Teogonía* 188-206).

o, en este caso, a los diálogos socráticos, *porque de estos*
6 *asuntos* los políticos y los oradores *se ocuparán*[151]. Y como jueces imparciales de mi opinión pongo a todos los amantes de la literatura, con la excepción de aquellos que son tan presuntuosos que juzgan los hechos por lo que oyen decir y no según la verdad.

7 El elegir entre todos los discursos de Platón el pasaje que pueda estar peor expresado y, como hacen otros[152], confrontarlo luego con el mejor pasaje de Demóstenes no me parecía correcto. Creí que lo justo era, tomando los pasajes más célebres de ambos y comparándolos unos con otros, hacer un análisis para ver de quién son los mejores. Así que me inclinaré por este segundo método.

8 Hay un único discurso judicial en Platón, la *Apología de Sócrates*. Pero este discurso ni siquiera asomó por un tribunal o una asamblea, pues ha sido escrito con otra intención, y no se incluye ni entre los discursos ni entre los diálogos.
9 Lo dejaré pues. Tampoco tiene Platón discursos deliberativos, excepto si a las cartas alguien quiere llamarlas así. Queden fuera también éstas. Por otro lado, hay muchos encomios al amor en el *Banquete*, pero algunos no merecen que los tomemos en serio, aunque tal vez sí uno, el de Sócrates; si embargo, para qué hablar ahora de ellos.

10 El mejor de todos los discursos públicos[153] de Platón es el *Menéxeno,* en el que, ocupando todo el diálogo, inserta un discurso fúnebre con el que quiere imitar, en mi opinión, a

[151] Dionisio ha modificado el verso siguiente (Homero, *Ilíada* V 430: «pues de todo esto se ocuparán el impetuoso Ares y Atenea»).

[152] Quizá Cecilio de Caleacte, que prefería a Lisias antes que a cualquier otro autor, hizo algo de esto al comparar los estilos de Lisias y Platón (cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 32, 8).

[153] Sobre el discurso público *(politikòs lógos)* como ficción literaria, véase nota a *Or. ant.* 1, 1.

Tucídides[154]; pero, según afirma Platón, ⟨sería muy parecido⟩ al de Arquino y Dión[155]. Elegiré este discurso y, tomándolo como referencia, analizaré algunos pasajes de Demóstenes, aunque no de su *Discurso fúnebre*, pues no creo que haya sido escrito por Demóstenes[156], sino que tomaré pasajes de otros discursos suyos que tratan sobre la belleza y la virtud, y sobre todo de uno de los discursos de debate. No es el momento de presentar todos los ejemplos que quiero, que es lo que más me hubiera gustado.

Tal será el método que emplearé para hacer la compara- 11
ción entre ambos.

[154] Tucídides (II 35-46) recoge, sin duda con muy escasa fidelidad, el discurso que pronunció Pericles en honor de los soldados muertos en el primer año de la guerra del Peloponeso.

[155] Menéxeno informa a Sócrates que el Consejo debía nombrar al día siguiente un orador entre sus miembros para pronunciar el discurso fúnebre y que, previsiblemente, sería elegido Arquino o Dión (Arquino fue un conocido político del partido democrático, autor de un recurso que privó a Lisias de la ciudadanía ateniense e introductor del alfabeto jonio en el 403 a. C.; véase n. a *Lis.* 32, 1). Pero Sócrates, burlándose de los discursos fúnebres, repetirá a Menéxeno el discurso fúnebre que Aspasia, maestra de retórica de Sócrates y del propio Pericles, improvisó el día anterior como simple ejercicio retórico, sirviéndose en parte de otro discurso que ella había compuesto antes de que Pericles pronunciara su célebre discurso fúnebre (cf. *Menéxeno* 236b). Platón recurre a este mismo procedimiento en el *Banquete*, donde Sócrates repite el discurso que pronunció Diotima sobre el amor (cf. *Banquete* 201d-212b). Platón, pues, quiere hacer pasar este discurso por un mero ejercicio retórico, pero Dionisio lo toma muy en serio, por lo que la comparación entre Platón y Demóstenes no se da en igualdad de condiciones.

[156] La paternidad de Demóstenes sobre el *Discurso fúnebre* es muy dudosa, sobre todo a raíz de estas palabras de Dionisio y § 44, 3.

24 *Los errores de Platón: el «Menéxeno»*

Tomemos primero a Platón y, puesto que parece poseer elevados pensamientos que expone con palabras precisas y graves, haré la prueba precisamente sobre este punto, comenzando con las frases iniciales del discurso[157]:

> 236d. En cuanto a actos ellos han recibido de nosotros el homenaje que se les debía y, honrados de este modo, se encaminan por la senda del destino...

2 La entrada es admirable y adecuada a las circunstancias de los hechos por la belleza de las palabras, la solemnidad y la armonía. Pero lo que viene a continuación ya no está a la altura del principio:

> 236d. llevados en cortejo público por la ciudad y en privado por sus familiares.

3 Pues en el recibir los muertos todos los actos de homenaje que se les debe está implícita la idea de que sus cuerpos son llevados a las tumbas en cortejo por la comunidad y por sus familias. De modo que no era necesario decir esto otra
4 vez[158]; a menos que Platón considerara que lo más importante de las costumbres en los entierros era eso —me refiero a que participaran muchos en el cortejo— y que, por tanto, no le parecía nada absurdo englobarlo primero con los de-

[157] *Menéxeno* 236d ss. Este mismo pasaje del *Menéxeno* es citado también por Dionisio en el *Comp.* 18, 10 y por Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 28, 2.

[158] Frente al juicio negativo de Dionisio en el análisis que sigue, el Ps. Longino elogia este mismo pasaje de Platón y considera un acierto las dos perífrasis: el llamar a la muerte «senda del destino» y al recibir el homenaje acostumbrado «ser llevados en cortejo público por la ciudad» (cf. *Sobre lo sublime* 28, 2).

más ritos y hacer después un inciso sobre ese solo punto.
Pero sólo un estúpido creería que ese era el más alto honor
con que la ciudad honraba a sus muertos. Y, para pasar por 5
alto todo lo demás, ¿el que los padres de aquéllos sean ali-
mentados por la ciudad hasta su fallecimiento y los hijos
educados hasta la juventud[159] no es más importante que el
que haya una representación oficial en el séquito? A mí me
parece que sí y con mucha diferencia. Y, puesto que no era
necesario decir aquello, querido Platón, eso es meter ripios.

Pero, si no fue por necesidad, ¿se añadió la frase en ese 6
lugar por su belleza o por ser un elemento de adorno? Ni
mucho menos. Pues no destaca por aportar al discurso algo
digno de consideración ⟨ni con respecto a la elección de las
palabras⟩ ni con respecto a la disposición de las mismas ni
por su función dentro del período, y además estropea la si-
metría y la eufonía. Pues la oración inicial, conformada por 7
dos frases, ya es simétrica, armónica, densa y posee una ba-
se sólida; pero, si recibe el añadido de esta última frase, se
habrán esfumado todas esas virtudes, y además adquirirá
una impronta narrativa en vez de retórica[160]. Por otro lado, 8
si de las palabras iniciales del discurso desgajamos esa frase
añadida, nos quedaremos con ella tal cual es: veremos que
no forma una oración completa por sí misma y que no posee
carácter ni pasión, ¡por Zeus!, ni siquiera una pizca de per-
suasión o de gracia. En consecuencia, si el añadido no se ha

---

[159] Esa responsabilidad corría por ley a cargo de la ciudad (cf. PLATÓN, *Menéxeno* 248d; TUCÍDIDES, II 46, 1; y DION. HALIC., *Tuc.* 18, 1; y como deber moral de amigos y conciudadanos en LISIAS, *Discurso fúnebre* II 75).

[160] La estructura binaria basada en simples oposiciones, que por lo demás es característica de la lengua griega, es propia de la lógica y de la oratoria; por el contrario, la adición de comentarios a esta estructura binaria la convierte en una estructura narrativa propia del género histórico (cf. supra § 18, 4 y n.).

hecho por necesidad ni tampoco por adorno (pues en torno a estos dos motivos y sobre ellos giran los recursos de la expresión), ¿con qué otro nombre lo llamaríamos sino con lo que realmente es, un «despropósito»?

9 A estas palabras añade Platón lo siguiente:

> 236d. Pero en cuanto a palabras precisamente queda por hacer el homenaje que la ley prescribe rendir a estos hombres, y que es un deber[161].

El *y que es un deber:* he ahí otro añadido puesto al final. ¿Por qué se ha dejado descolgado y para qué? ¿Contribuye a clarificar el sentido? Pero también sin el añadido la expre-
10 sión está clara. Si al menos fuera así:

«Pero en cuanto a palabras precisamente queda por hacer el homenaje que la ley prescribe rendir a estos hombres.»

¿Quién podría haber censurado esta frase como poco clara? ¿O acaso era más agradable de oír y más grandilocuente aquella otra de Platón? Todo lo contrario, pues esa adición ha hecho desparecer y ha destrozado la solemnidad
11 inicial. Y esto cada uno debe aprenderlo no oyéndolo decir a otros, sino descubriéndolo por las propias emociones. Pues es la irracionalidad de los sentidos la que juzga todas las cosas como molestas o agradables y no se necesita más enseñanza ni consejo.

«Estás viciando el análisis —diría inmediatamente alguien—, pues pides elocuencia y belleza en la expresión a un hombre que no es especialista en esta materia. Exígele en cuanto a pensamientos: si son bellos y grandiosos y si guardan parangón con algún otro filósofo. Él se afanó en esas

[161] Sobre la oposición *érgōi / lógōi* («ritos funerarios» / «discurso fúnebre») y el deber legal *(katà tòn nómon)* de pronunciar un discurso, cf. Tucídides, II 46, 1.

cuestiones, y en ellas era portentoso. Pídele cuentas por esto
y olvídate de la forma de su expresión.»
¿Cómo es posible decir esto? Al contrario, todos saben 2
que este filósofo busca la gloria más por su manera de ex-
presarse que por lo que dice[162]. Se podrían aportar miles de
pruebas; pero es suficiente sólo con el discurso anterior para
demostrar la futilidad con la que este autor recarga la orna-
mentación en la exposición de su doctrina. A continuación 3
de aquellas palabras añade Platón un pensamiento que no es
elegante ni admirable, pues ya fue dicho por muchos y mu-
chas veces (el que la alabanza de las bellas obras puede dar
a los valientes una gloria y un recuerdo inmortales es algo
que ya dijeron miles de autores antes). Platón, sabiendo que
esa idea no es nada ingeniosa ni sutil, intenta lo único que le
quedaba en mi opinión: hacerla más agradable mediante la
expresión. Entonces, como los muchachitos, bajando de las 4
palabras y las figuras nobles y grandiosas se queda con
las más vistosas de Gorgias —me refiero a las antítesis y pa-
ralelismos— y con esa palabrería adorna el discurso.

Oigamos de su boca cómo lo dice: 26

> 236e. Pues es con un discurso bellamente pronunciado como los autores de aquellas gestas hermosamente ejecutadas obtienen el recuerdo y el homenaje de parte de los oyentes.

Aquí las «gestas» están como antítesis de «discurso», y 2
el «ejecutadas» de «pronunciado»; y el «bellamente» se ha
sustituido por el sinónimo «hermosamente», de modo que
los tres elementos de la primera frase forman un paralelismo
con los tres de la segunda frase. A fin de terminar el perío-
do con equilibrio, y sin que hubiera necesidad, pues el pen-

[162] Cf. *Comp.* 25, 32-34. ¡Qué metedura de pata de Dionisio!

samiento está ya completo, se añade el *«de parte de los oyentes»*.

3 ¿Acaso ha sido expresado del mismo modo este pensamiento por los poetas, esos a los que el filósofo desprecia y expulsa de su República[163], o al contrario, lo dicen de una manera más bella y noble?

Conviene celebrar con himnos a los que son excelentes
⟨...⟩ con los más bellos cantos;
pues esto es lo único que nos pone en contacto con la gloria
[inmortal,
porque muere la hermosa gesta que es silenciada[164].

4 Píndaro compuso estos versos para Alejandro de Macedonia[165], y estaba más preocupado por la musicalidad y el ritmo que por la expresión del pensamiento. Sin embargo, Platón, que proclama su dedicación a la sabiduría, adorna la expresión con figuras blandas y recargadas.

5 Pero aquello aún no era suficiente, porque en el período siguiente lo vemos hacer lo mismo. Dice así:

> 236e. Se precisa un discurso tal que glorifique cumplidamente a los muertos y a la vez fortifique animosamente a los vivos.

6 De nuevo opone adverbio a adverbio, y verbo a verbo: el «*cumplidamente*» al «*animosamente*», el «*glorifique*» al «*for-*

---

[163] En realidad Platón no expulsaba a los poetas de su ciudad ideal, pero si quería ejercer sobre ellos una severa censura (cf. *República* 377b ss.).

[164] Píndaro, *Encomio, Fr.* 121 Snell.

[165] Alejandro I de Macedonia, que reinó desde el 494 al 454 a. C. En el 480, durante las Guerras Médicas, Mardonio lo envió a Atenas como embajador de paz, sin éxito (cf. Heródoto, VIII 136; 140 ss.).

tifique». Pero estos paralelismos no los introducen los Licimnios y los Agatones[166], esos que dicen:

> ¿Ambición o pasión te consideraré? ¿Anhelo o desconsuelo de mi corazón...[167]

sino que son del genio de la expresión, de Platón. No lo cen- 7
suro por las figuras, pues a veces esas figuras aportan lozanía y gracia; ni lo critico por cómo las aplica, sino por la inoportunidad de su empleo, especialmente cuando viene de un hombre tal, al que consideramos modelo de la recta elocución.

Pues en ese mismo discurso encontramos lo siguiente: 8

> Ningún poeta ha logrado una gloria digna de aquellas gloriosas gestas[168].

Y de nuevo:

> 245b. Protegida por las fortificaciones y las embarcaciones inició acciones de guerra[169].

Y aún:

---

[166] Agatón de Atenas fue un célebre autor de tragedias, y en el *Banquete* de PLATÓN pronuncia un bello discurso sobre el amor (194e-197c); es en su casa donde tiene lugar el banquete para celebrar su primera victoria teatral (416 a. C.). En cuanto a Licimnio, véase *Lis.* 3, 4 y n.

[167] AGATÓN, *TGF, Fr.* 31 NAUCK. En el original griego la similitud fonética es grande: *hýbrin* y *kýprin, póthon* y *móchthon.*

[168] En el original hay una aliteración de la letra xi *(dóxan axían ep' axíois),* que nosotros hemos intentado reproducir con la letra g.

[169] En el original se repiten tres terminaciones consecutivas de participio aoristo femenino *(-saménē),* que nosotros hemos intentado mantener con la terminación *-ciones.*

247a. Por lo cual intentad mantener, al principio y al final y durante la vida toda, totalmente todo el pundonor...[170]

Y de nuevo:

247d. Soportando lo insoportable con valentía demostrarán de verdad ser padres de unos hijos valientes[171].

Y también en lo siguiente:

248d. A los unos educándolos cumplidamente en la infancia, a los otros cuidándolos dignamente en la vejez[172].

Y de nuevo:

248e. Y yo personalmente, en nombre de estos, pido a los hijos que imitéis a vuestros padres y a los padres que resistáis por vuestros hijos[173].

Y esto:

238c. El sistema político es el alimento de los hombres: el bueno los cría buenos y el que no, malos[174].

Y lo siguiente también:

---

[170] Aquí el juego de palabras original *(dià pantòs pâsan pántōs)* lo hemos intentado mantener con el «toda totalmente todo» (cf. § 30, 2).

[171] Las repeticiones del original *(phérontes symphorás* y *andreíōs andreíōn)* las intentamos reflejar con «soportando lo insoportable» y «valentía... valientes» (más exacto hubiera sido traducir *symphorás* por «desgracias»).

[172] Es evidente el paralelismo.

[173] Este paralelismo no se corresponde fielmente con los manuscritos de Platón.

[174] Célebre frase de Platón, modificada ligeramente por Dionisio, y que nuestro autor se atreve a incluir entre los ejemplos de antítesis artificiosas.

> 243c. Venciendo a los enemigos y liberando a los amigos, pero siendo víctimas de una suerte inmerecida...

Una enorme cantidad de tales figuras hay a lo largo de 9
todo el discurso fúnebre.

Pero dejaré de hacer un recuento minucioso de este tipo de figuras y me voy a centrar en algo que me resulta muy vergonzoso y no me atrevo a decir, pero que debe quedar dicho: me parece que hay en Platón claros ejemplos de torpeza y de incapacidad literaria, como los siguientes.

Platón, al anunciar qué esquema va a seguir para dar una 27
estructura armónica al discurso, dice:

> 237b. Y después relatemos la ejecución de sus hazañas, con la que manifestaron cuán bella y digna (*sc.* de su ascendencia y educación) fue la ejecución de aquellas.

El «manifestando ellos cuán digna fue la ejecución de sus hazañas» no sé si sería considerada una expresión digna por alguno de los que cultivan un lenguaje delicado, escrupuloso y puro[175]. Pues se ejecutan los actos y se realizan las hazañas, pero sólo se puede manifestar aquello que se dice[176].

El pasaje anterior está dicho con torpeza; pero el pensa- 2
miento que se expone a continuación es aún más endeble, pues al ser excesivamente largo carece de equilibrio, vehemencia y claridad:

> 237b-c. La nobleza de nacimiento en primer lugar se la dio la ascendencia de sus antepasados, pues no era una as-

[175] Son las cualidades que adornan el buen estilo que admira Dionisio, ya sea el estilo mixto de Trasímaco (cf. *Iseo* 20, 3), el de Platón cuando utiliza el estilo llano (cf. supra § 5, 2) o el de Demóstenes cuando emplea el estilo «lisiaco» (cf. § 13, 6).

[176] Y se sobreentiende «y no lo que se hace» (véase n. al § 27, 4).

cendencia forastera ni manifestaba que sus descendientes se hubiesen establecido en esta región como metecos, por venir aquellos de otro lugar, sino que eran autóctonos[177], habitaban realmente su patria y en ella vivían; y eran criados no por una tierra madrastra, como otros, sino por su verdadera madre, pues tal era la región en la que vivían. Y ahora yacen muertos en los lugares familiares de la tierra que los engendró, crió y ahora los acoge.

3 ¿Qué raza de hombres que utilice la lengua con propiedad dirá que la ascendencia es autóctona o forastera? A nosotros sí se nos aplica el ser autóctonos o no naturales del país, pero no a nuestra ascendencia. En efecto, puede ser que un hombre, nacido en una ciudad, sea meteco en otra; pero a la ascendencia propiamente dicha no puede sucederle eso.

4 ¿Quién de los que se dedican al arte de hablar bien se habría atrevido a decir que la ascendencia de los antepasados puso de manifiesto que los que iban a nacer después eran autóctonos y no metecos en el país en que nacieron? Pues ni la ascendencia por su misma naturaleza puede manifestar nada ni nadie puede ser meteco en el país en el que ha nacido[178]. Somos nosotros los que al hablar manifestamos algo[179], y son los que vienen de otra región los que se convierten en metecos en la ciudad que los acoge.

---

[177] Véase n. al § 17, 2, 49.

[178] Dionisio está jugando con el significado de la palabra 'meteco', literalmente «el que ha cambiado de ciudad». Pero en Atenas sólo eran ciudadanos los hijos de padre y madre atenienses. Por lo tanto, un hijo de meteco podía haber nacido en Atenas, haber vivido siempre en la ciudad y seguir siendo meteco, como Lisias.

[179] Parece ser que en tiempos de Dionisio el verbo *apophaínomai* significaba solamente «manifestar de palabra, decir», habiendo perdido quizá el significado de «revelar, evidenciar», que es el significado con que lo utiliza Platón.

¿Quién, queriendo salvar la concordancia gramatical, si 5 habla de la «ascendencia» y construye frases sobre ella, la concertaría con el *viniendo ellos de otro lugar:* lo masculino con lo femenino y lo singular con lo plural? La oración mantendría una forma coherente si, refiriéndose a la ascendencia, que es el tema del que se está hablando, se hubiera añadido:

«viniendo ésta de otro lugar».

Pero, si alguien va a hablar sobre hombres, desde el principio tendría que haber compuesto así la expresión:

«La nobleza de nacimiento en primer lugar se la dieron los antepasados, que no eran forasteros y declaraban que, puesto que ellos no habían venido de otro lugar, sus descendientes no se habían establecido en la región como metecos sino que eran autóctonos.»

Merece la pena no pasar por alto lo que Platón ha dicho 28 acerca de la nobleza de nacimiento de aquellos hombres, que empieza con la alabanza del país en que nacieron. Dice que la región es querida de los dioses y presenta como prueba de esta afirmación a los dioses que se disputaban la ciudad, un lugar común ya frecuentado por casi todos los que hicieron algún elogio de la ciudad[180]. Pero no hay que 2 tergiversar las cosas, sino ver cómo ha expresado esos hechos:

> 237c-d. Os presento como testigos de mis palabras la disputa de los dioses por la ciudad y el juicio subsiguiente.

---

[180] Aquí Sócrates, que repite el discurso de Aspasia, aludía al célebre episodio de la lucha entre Atenea y Posidón por Atenas (cf. HERÓDOTO, VIII 55; APOLODORO, *Biblioteca* III 14, 1; *Rhetores graeci. Prolegomena artem rhetoricam* 14, pág. 21, l. 9 ss.).

> Pues la ciudad que los dioses elogiaron, ¿cómo no debe ser justamente elogiada por todos los hombres?

3 Humilde y modesto me parece el estilo, y no es en absoluto digno de una ciudad tan disputada: esa es mi opinión. ¿Qué riqueza de vocabulario hay aquí? ¿Qué solemnidad? ¿Qué sublimidad? ¿No está todo expresado en un tono más bajo del que se merece? ¿Hay algo más falto de verosimili-
4 tud? ¿De verdad era necesario que Platón se limitase a llamar «disputa» y «juicio» a la contienda de Atenea y Posidón por el Ática? ¿Tanto era el amor que los dioses sentían por los honores que se les rendía en la ciudad para luego emplear una frase tan vulgar y ordinaria como *la ciudad que los dioses elogiaron?*
5 Pero lo que después de esto añade como elogio de la tierra, cuando dice que el Ática fue la primera que engendró la raza humana y que dio al hombre los frutos cotidianos, es digno de verse:

> 237d. Entre los animales eligió y engendró al hombre, que sobresale con su inteligencia por encima de los demás y es el único que cree en la justicia y en los dioses.

No sé si Platón ha relatado algún otro hecho más glorio-
6 so que este con una expresión más anodina y simple. Concedámosle que haya hecho tan pobre y débil elogio del hombre, si al menos sobre su alimento Platón utilizara una noble expresión:

> 237e. Fue la única entonces y la primera en proporcionar alimento humano: el fruto del trigo y de la cebada.

7 ¡Por todos los dioses! ¿Dónde está ese rico manantial platónico que hace borbotar los grandiosos ornatos? ¿Tan

escasa de recursos estaba y tan raquíticamente goteaba la boca de doce caños[181] de aquel sabio? «Es que —quizá diga alguno— Platón economizaba, ¡por Zeus!, y contenía voluntariamente los recursos.» ¿Pero cómo va a ser ese el motivo, si es él quien cree que «leche» no es una palabra noble y la sustituye por «fuente de alimento»[182] en el pasaje inmediatamente anterior?

Pero dejemos eso y examinemos cómo expresó la gran- 29
deza de este regalo:

> 238a. Con ese fruto el género humano se alimenta de la forma más hermosa y excelente.

Si alguno de nosotros, pobres mortales que andamos sobre la tierra, hubiera dicho *«de la forma más hermosa y excelente»*, ¡cuántas risas habría levantado! Mas dejemos también esto.

> 238a. Pero *(sc.* nuestra tierra) no negó este fruto a na- 2
> die, sino que lo repartió a los demás.

Si alguien quiere un ejemplo de una expresión fallida, ¿no tiene aquí la primera, «la tierra que no negó el fruto»? A
mí me parece que sí. ¿La región que dio lo mejor de sí mis- 3
ma a todos los hombres y sembró con tanta riqueza la tierra

---

[181] Según la *Suda* (s. v. *«Dōdekákrounos»* = delta 1440; y, como término aplicado a un autor de gran facundia, *«Dōdekákrounon stóma»* = delta 1441 = CRATINO, *Fr.* 7 MEINECKE) es la misma fuente de Atenas que Tucídides llama Eneacruno, «De los nueve caños», y que antes de ser canalizada por los Pisistrátidas se conocía con el nombre de Calírroe, «De hermosa corriente» (cf. TUCÍDIDES, II 15, 5).

[182] Poco antes, hablando de la madre impostora, dice Platón: «si no tiene las fuentes de alimento *(pēgàs trophês)* para el recién nacido» (cf. *Menéxeno* 237e). En una palabra, Platón recurre a los tropos y demás recursos.

bárbara y la griega merece que se la engalane con verbos tales como *no negó* las semillas o las *repartió a los demás?* Además, ¿era absolutamente necesario mencionar el «no negar a los vecinos»? ¿Y no se podía haber dicho el «repartir los frutos» con una vocablo más digno, como «don» o «gracia» u otro de ese tipo? Dejo eso.

4 El regalo de Atenea se narra así:

> 238a. Después (*sc.* del trigo y la cebada) esta tierra produjo para sus hijos el aceite, alivio de las fatigas[183].

Circunloquios una vez más y ditirambos.

5 ¿Para qué seguir hablando? Cualquiera que repase el discurso encontraría a lo largo de todo él pasajes que no están dichos con precisión ni delicadeza, otros en los que hay puerilidades y frialdad, otros que carecen de vigor e intensidad, otros faltos de placer y de gracia y, finalmente, otros que son auténticos ditirambos y resultan vulgares. En mi opinión todos esos temas eran nobles y merecían un esfuer-
6 zo mayor. Pues es Platón quien escribe esto, el que, si no es encumbrado hasta la cima de la expresión, se enfrentará en un gran certamen con los que aspiran al segundo puesto. Pero sobre esta cuestión baste con lo dicho.

30 Muchos opinan que los mejores pasajes que ha escrito Platón se encuentran al final del discurso, y yo también soy de esa opinión. Así pues, voy a ceñirme a estos pasajes para enfrentarlo a Demóstenes.

2 Platón, haciendo el elogio de los muertos, dice que aquellos, los que después habrían de morir en la guerra, encomendaron a sus compañeros lo que debían decir a sus

---

[183] Antes y después del ejercicio físico los griegos se untaban con aceite (cf. Tucídides, I 6, 5; etc.).

hijos y a sus padres si les pasaba algo en la batalla. Es lo siguiente:

246c-248e. Os diré lo que les oí decir a ellos mismos y lo que ahora con gusto os dirían, si recuperaran la fuerza; y tomo como testimonio lo que ellos entonces decían. Pero es preciso que imaginéis que lo que os voy a anunciar lo estáis oyendo de sus propios labios. Es esto: c

«¡Hijos! Que habéis nacido de padres valientes, la pre- d
sente ceremonia lo demuestra. Pues nosotros no podemos vivir deshonrosamente, porque preferimos antes morir que dejaros a vosotros y a vuestros descendientes en la ignominia o avergonzar a nuestros padres y a todo nuestro anterior linaje. Creemos que no es digno de vivir quien pone en una situación vergonzosa a los suyos: una persona tal no tiene a nadie como amigo, ni entre los hombres ni entre los dioses, ni mientras esté sobre la tierra ni después cuando muera. Es preciso que recordéis nuestras palabras: si hacéis algo,
hacedlo según la virtud, sabiendo que todas las riquezas y e
todos los esfuerzos, si falta la virtud, son vergonzosos e indignos. Pues ni la riqueza aporta belleza al que está dominado por el miedo (tal individuo será rico para los demás pero no para sí mismo), ni parece lógico que la belleza del cuerpo y la fuerza se encuentren en una persona cobarde y mala, sino más bien sería un hecho anormal, pues hacen más evidente esa cobardía; y todo saber, si no va acompañado de la justicia y de las demás virtudes, parece malicia
y no sabiduría. Por lo cual intentad mantener, al principio y 247a
al final y durante la vida toda, totalmente todo el pundonor[184], para que podáis sobrepasarnos en fama a nosotros y los que nos precedieron. Pero, si no es así, sabed que, para nosotros, si os vencemos en virtud, esa victoria será motivo de vergüenza; y la derrota, si nos vencéis, motivo de felicidad. Y nuestra derrota sería mayor y mayor vuestra victo-
ria, si os revestís de la gloria de nuestros antepasados, pero b

[184] Dionisio ya ha comentado antes esta frase (cf. § 26, 8).

no para hacer un mal uso de ella o malgastarla, sino sabiendo que para un hombre que cree ser alguien no hay nada más vergonzoso que presentarse a sí mismo como honorable no por lo que él es sino por la gloria de sus antepasados. Pues el que los hijos hereden la gloria de los padres es un bello y grandioso tesoro; pero hacer un mal uso de ese tesoro de riquezas y honores y no poder transmitirlo a los descendientes porque ya no quedan riquezas ni buena fama
c es vergonzoso y deshonroso. Si cumplís estas recomendaciones, llegaréis como amigos y nosotros como amigos os recibiremos cuando se presente la parca ante vosotros y os traiga hasta aquí; pero, si las habéis incumplido y os habéis portado con deshonor, nadie os recibirá de buena gana. Este mensaje queremos que se transmita a nuestros hijos.

»En cuanto a nuestros padres que aún viven y a nuestras madres siempre hay que animarles a que soporten lo mejor posible la desgracia, cuando esta se produce, en vez de lamentarse con ellos. Pues no hay necesidad de hacerles
d sufrir más: bastante desgracia será el pasar por este trance. Pero sí es necesario cuidarlos y consolarlos recordándoles que, de las cosas que suplicaban, los dioses, atendiendo sus plegarias, les han concedido los mayores bienes: porque no les pedían que hicieran a sus hijos inmortales, sino valientes y de buena fama, pues ésos son precisamente los mayores bienes. Pero no es fácil para un hombre mortal que todas las cosas le salgan en la vida según sus planes. Y ahora ellos, soportando lo insoportable con valentía, demostrarán de verdad ser padres de unos hijos valientes[185], y ellos
e mismos también demostrarán ser tal como sus hijos; pero, si ceden al dolor, levantarán la sospecha de que o no eran nuestros padres o bien los oradores que hacían nuestro elogio mentían. Sin embargo, no puede ser ninguna de estas dos cosas, porque ellos son de hecho nuestros panegiristas,

[185] DION. HALIC. ya ha comentado antes esta frase (cf. § 26, 8).

pues portándose como hombres demuestran ser en verdad padres de hombres.

»Desde hace mucho tiempo la máxima «nada en exceso» [186] viene confirmando su certeza. Y en verdad bien dicha está. Pues cualquier hombre que hace depender de sí mismo todo lo que conduce a la felicidad, o a un estado 248a
próximo a esta, y no el que pone sus cosas en manos de los demás hombres que, según actúen bien o mal, le obligan a dar bandazos de un lado a otro, ese será el hombre que disponga de una vida mejor. Sí, ese es el hombre sensato, valiente y prudente. Y ese hombre, tanto si disfruta de hijos y riquezas como si los pierde, obedece especialmente aquella máxima: no parecerá que ni se alegra ni se entristece demasiado, por confiar sólo en sí mismo.

»Nosotros creemos que así deben ser también nuestros padres, y lo deseamos y lo decimos. Y ahora nos presenta- b
mos tal como exige aquella máxima: ni estamos indignados «en exceso» ni tenemos miedo «en exceso», si hay que morir ahora. Pedimos a nuestros padres y madres que con ese modo de pensar se conduzcan el resto de su vida, sabiendo que llorar y lamentarse por nosotros no nos pondrá más alegres. Pero, si algún tipo de percepción pueden tener los muertos del mundo de los vivos, cuán desgraciados serían c
al saber que estos se dañan a sí mismos y soportan penosamente la desgracia, y cuánto se alegrarían si la llevan ligera y comedidamente. Y, puesto que nuestra vida tendrá el fin más bello que puede tener un hombre, es más apropiado poner buena cara que llorar. Y si ellos, ocupándose de nuestras mujeres e hijos, volcaran toda su atención sobre este asunto, podrían olvidarse de nuestra suerte y vivir d
de la forma más bella, recta y agradable para nosotros. Suficiente nos parece este mensaje que enviamos a nuestros padres.

---

[186] Célebre máxima délfica atribuida a Quilón, uno de los siete sabios (cf. DIÓGENES LAERCIO, I 41).

»Y, en cuanto a la ciudad, la exhortamos a que se ocupe de nuestros padres y de nuestros hijos: a los unos educándolos provechosamente en la infancia, a los otros cuidándolos dignamente en la vejez[187]. Pero ya sabemos que, aunque no se lo pidamos, la ciudad se ocupará convenientemente.»

Éste es, padres e hijos de los que han muerto, el men-
e saje que aquéllos ordenaban que se os anunciara y yo, poniendo la mejor voluntad de la que soy capaz, así os lo anuncio.

3 Éste parece ser el más bello pasaje de Platón en este discurso. La mayor parte de él está hermosamente expresada (no hay por qué falsear la verdad), aunque con una salvedad: por su forma es un discurso literario, no uno pronunciado realmente.

Demóstenes «Sobre la corona»

31 Contrapongamos a este un pasaje de Demóstenes tomado del discurso *En defensa de Ctesifonte*. No se hace a los atenienses un llamamiento a la virtud y el valor, como en Platón, sino que se trata de un encomio de la ciudad. Cree Demóstenes
que todo debe ser considerado por debajo del honor y de la
gloria que proporcionan las hermosas acciones, incluso si
2 uno no puede concluirlas con éxito. Éste es el pasaje[188]:

---

[187] Dionisio ya ha comentado antes esta frase (cf. § 26, 8).

[188] Demóstenes, *Sobre la Corona. En defensa de Ctesifonte* (XVIII) 199-208. Esquines había denunciado a Ctesifonte por considerar ilegal su propuesta de que el pueblo de Atenas honrase con una corona la labor política de Demóstenes (336 a. C.). Esquines se apoyaba en tres irregularidades: Demóstenes aún estaba desempeñando un cago público; la corona se le concedió en el Teatro y no en la Asamblea; y, sobre todo, Demóstenes no lo merecía. Demóstenes escribe entonces el discurso *En defensa de Ctesifonte*, aunque el proceso no se vio hasta seis años más tarde (330 a. C.). El discurso lo pronuncia el propio Demóstenes.

XVIII 199-208. Puesto que tanto insiste (*sc.* Esquines) 199
en los acontecimientos pasados, quiero decir algo paradójico; y que nadie se asombre creyendo que es una exageración mía, ¡por Zeus y los demás dioses!, sino que debe mirar con condescendencia lo que digo. Incluso si para todos hubiera estado claro lo que iba a ocurrir en el futuro y todos lo hubieran sabido con antelación y tú, Esquines, nos lo hubieras advertido jurándolo entre gritos y graznidos —tú, que no alzaste la voz—, ni siquiera así —digo— la ciudad debía desentenderse (*sc.* de conseguir la hegemonía de los griegos), tanto por motivos de gloria, como por nuestros antepasados como por el tiempo venidero[189]. Ahora, 200
es verdad, parece que la ciudad no obtiene éxito en ese objetivo, hecho normal que ocurre a todos los hombres, cuando la divinidad así lo quiere. Pero en aquel tiempo la ciudad, que se consideraba digna de ponerse al frente de los griegos, si hubiera abandonado esa empresa, habría sido acusada con toda justicia de haber hecho defección en favor de Filipo. Pues si la ciudad hubiera abandonado sin lucha esa empresa, por la que nuestros antepasados soportaron todo tipo de peligros, ¿quién no te habría escupido con desprecio? Pues no iban a escupirle a la ciudad o a mí.
¿Con qué ojos, ¡por Zeus! podríamos mirar a los extranje- 201
ros que vinieran a nuestra ciudad, si un comportamiento vergonzoso nos hubiera llevado a la situación actual o Filipo hubiera sido elegido jefe y señor de todos o la lucha para que esto no hubiera sucedido la hubiesen librado otros sin la intervención nuestra, cuando nunca antes la ciudad prefirió una seguridad deshonrosa a un peligro cierto en de-
fensa de bellos ideales? ¿Quién de los griegos o quién de 202
los bárbaros no sabe que los tebanos y antes que ellos los lacedemonios, que fueron más poderosos que los tebanos,

[189] Demóstenes proclama que incluso aunque los atenienses hubieran sabido que iban a ser derrotados por Filipo en Queronea (338 a. C.), tendrían que haber luchado por mantener la hegemonía sobre los demás griegos.

y también el rey persa le habrían concedido de buen gra-
do y como enorme favor a la ciudad el que se quedase con
lo que pretendía y mantuviese lo que ya tenía, siempre que
estuviera dispuesta a hacer lo que se le ordenara y dejara al
203 otro la hegemonía sobre los griegos? Pero la sumisión no
se contaba, al parecer, entre las costumbres ancestrales de
los atenienses de entonces, ni les resultaba soportable ni
iba con su naturaleza; y en ningún momento de su historia
nadie pudo nunca conseguir que la ciudad obedeciera a los
poderosos, si se proponían cometer algo injusto, o aceptase
ser esclava a cambio de mantenerse a salvo. Por el contra-
rio, luchando por la supremacía, por el honor y por la glo-
204 ria vivió siempre afrontando peligros. Y entendéis que este
comportamiento es tan sagrado, hermoso y propio de vues-
tro carácter, que, naturalmente, alabáis de un modo espe-
cial a aquellos antepasados que se comportaron así. ¿Pues
quién no se admiraría del valor de aquellos hombres que
soportaron abandonar su región y su ciudad, que subieron a
las trirremes para no cumplir órdenes de otros, que eligie-
ron general a quien les aconsejaba hacer eso, a Temísto-
cles[190], y que lapidaron a quien se mostraba partidario de
obedecer a los que les daban órdenes, a Círsilo[191], y no só-
lo a él, pues vuestras mujeres lapidaron también a su mu-
205 jer? No buscaban los atenienses de entonces a un orador o
a un estratego que les procurara una esclavitud feliz, pues
creían que no merecía la pena vivir si no podían hacerlo en
libertad. Cada uno de ellos pensaba que se debía no solo a
su padre y a su madre sino también a su patria. ¿Qué dife-
rencia hay? Que quien cree que sólo se debe a sus padres
espera que la muerte se presente cuando lo quiera el desti-
no y de modo natural; pero quien se debe también a su pa-
tria querrá morir antes que verla esclavizada y pensará que

[190] General ateniense que, ante la inminente llegada de los persas a Atenas (480 a. C.), dio un nuevo significado al oráculo de la Pitia y aconsejó a los atenienses refugiarse en los barcos (cf. Heródoto, VII 143).

[191] Heródoto, IX 5, llama a este individuo Lícides.

peor que la muerte son los ultrajes y la deshonra que es necesario soportar en una ciudad esclavizada.

Si ahora me hubiera atrevido a decir que fui yo quien 206
os induje a albergar pensamientos dignos de vuestros antepasados, ¿quién no podría reprochármelo con toda razón? Pero ahora yo os he mostrado que esas opciones políticas son vuestras y os he dado pruebas de que antes que yo la ciudad ya tenía ese modo de pensar. Sin embargo, en la ejecución de cada uno de esos hechos sí afirmo que ha
habido participación mía. Pero ese, que me denuncia por 207
absolutamente todo y os pide que mantengáis una actitud virulenta contra mí, como si yo fuera responsable de los temores y de los peligros que padece la ciudad, ansía privarme de todo el honor que me he ganado hasta el presente; pero así os priva a vosotros de los elogios que podríais ganar en el futuro. Pues si hoy me condenáis por considerar que mis propuestas políticas no fueron las más acertadas, se hará evidente que cometéis un error y que las desgracias que os suceden las sufrís merecidamente, no por capricho
de la fortuna. Porque no es posible que os equivocarais, 208
hombres de Atenas, cuando asumíais peligros en defensa de la libertad y la salvación de todos: ¡No[192], por los antepasados que arriesgaron los primeros sus vidas en Maratón, por los que integraron las filas del ejército en Platea, por los que participaron en los combates navales en Salamina y en el cabo Artemisio y por muchos otros que yacen bajo los monumentos funerarios públicos, hombres valientes a los que la ciudad, considerándolos a todos por igual dignos del mismo honor, dio sepultura justamente, Esquines, y no sólo a los que habían vencido y triunfado! Era una

---

[192] Éste es el célebre juramento por los muertos de Maratón, Platea y Salamina, que fue muy admirado y comentado en la Antigüedad (cf. LONGINO, *Sobre lo sublime* 16, 2-4; HERMÓGENES, *Sobre las formas de estilo* I 267 y II 327; QUINTILIANO, *Inst. orat.* IX 2, 62-63; XI 3, 168; etc.). Estos lugares fueron los escenarios de las batallas más importantes en la guerra contra los persas (490-479 a. C.).

hazaña propia de hombres valientes, llevada a cabo por todos sin excepción, pero cada uno obtuvo la suerte que la divinidad le deparó.

Demóstenes y Platón

32 No hay nadie[193], con tal de que posea una mínima sensibilidad para los discursos y no sea malicioso ni discutidor, que no reconozca que hay tanta diferencia entre el pasaje que acabamos de ofrecer y el anterior como diferencia hay entre las armas que se utilizan en las batallas y en los desfiles, o entre la visión del objeto real y la de su representación, o entre los cuerpos curtidos bajo el sol y la fatiga y los que
2 buscan la sombra y la molicie[194]. Pues el pasaje de Platón no se cuida de nada más que de la belleza formal y, por eso mismo, su belleza radica en su falta de autenticidad, mientras el pasaje de Demóstenes no contiene nada que no conduzca a lo útil y a lo verdadero. Y me parece que uno no se equivocaría si comparara el estilo de Platón con una región llena de flores con agradables parajes y efímeros encantos, y el lenguaje de Demóstenes con una tierra fructífera y feraz en la que no escasea nada de lo necesario para la vida ni de lo superfluo para el deleite.

3 Podría cotejar, si quisiera, sección por sección, los aciertos de uno y otro en la expresión, y así demostrar cuán superior es el estilo de Demóstenes frente al de Platón, no sólo

[193] Véase n. a § 35, 4.

[194] En este certamen Platón parte en inferioridad de condiciones, pues Dionisio aquí no actúa con equidad: ha enfrentado un fragmento de un discurso fúnebre, que en realidad es un mero ejercicio de retórica, con un fragmento del que quizá sea el mejor discurso de Demóstenes, pronunciado con toda pasión contra su acérrimo enemigo, Esquines, y ante un tribunal, en un pleito el que ambos se jugaban la hacienda y el papel político que en el futuro iban a desempeñar en Atenas.

por ser un discurso verdadero y concebido para un debate (pues a este asunto, como es bien conocido de todos, no creo que necesite dedicarle más palabras), sino también por la utilización del lenguaje figurado, virtud en la que Platón parece ser un consumado maestro. Sin embargo, como tengo muchas formas de abordar este asunto, voy a aplazar ese estudio para otra ocasión, si tengo tiempo; pues no tardaré en
publicar un tratado particular sobre este tema[195]. Por ahora 4
está dicho todo cuanto se relaciona con la presente cuestión. Y, puesto que no nos era posible dejar de lado a Platón, a quien algunos otorgan el primer puesto, pero tampoco podía gastar el tiempo en este único análisis olvidando el tema de este tratado, pongamos aquí fin a lo escrito sobre Platón.

Ahora quiero resumir lo dicho desde el principio y mostrar que he cumplido todo cuanto prometí al comienzo de este estudio sobre el tema de las formas de estilo[196].

El estilo de Demóstenes

Mi propósito, según lo prometido 33
en este tratado[197], era mostrar que Demóstenes utiliza el mejor estilo y el que se ajusta más adecuadamente a todas las necesidades de la naturaleza humana. Yo intentaba

---

[195] Dion. Halic. nunca llegó a escribir este tratado sobre el estilo de Platón, quizá por falta de tiempo o tal vez debido a las numerosas críticas que recibió de los admiradores de Platón. En efecto, muy pronto se vería obligado a defenderse públicamente en una carta (cf. *Pomp.* 1, 1 ss.) de las críticas que había dirigido contra Platón en el presente tratado (cf. supra §§ 5, 1 - 7, 7).

[196] No se refiere al conjunto de tratados que lleva por título el *Sobre los oradores áticos* o *Sobre los estilos* (cf. Introducción, apartado 3), sino a esta primera parte del *Sobre Demóstenes* (= *Demóstenes*-1), en la que analiza las tres clases principales de estilos, puesto que se proponía demostrar que Demóstenes fue un maestro en el empleo de los tres estilos.

[197] Cf. supra § 8, 2, donde probablemente repite lo que ya había dicho en la parte perdida del comienzo. Para una visión global, véase el esquema de la Sinopsis a este tratado, y también la nota siguiente.

demostrar estas conclusiones ofreciendo no únicamente pruebas de su estilo (pues sabía que no hay nada que, examinado sin referencia a las demás cosas, se baste por sí mismo para que pueda ser observado nítidamente tal cual es), sino cotejándolo con los estilos que parecían superiores de los demás oradores y filósofos y poniendo de manifiesto que el suyo era el mejor mediante la confrontación de unos
2 con otros. Para que mi tratado siguiera el curso natural, enumeré los estilos más renombrados dentro de cada nivel de lenguaje y me fui directamente a los autores que eran los primeros en su género; y entonces, demostrando que todos ellos eran imperfectos y deduciendo de una forma breve en qué veía yo sobre todo que cada uno erraba en su objetivo,
3 me dirigí finalmente a Demóstenes[198]. Y mostré que éste no se había limitado a emular un solo estilo o a un solo autor, sino que, eligiendo lo mejor de cada uno, consiguió una expresión universal que a todos agradaba, y que precisamente en esto difería de los demás. Aporté pruebas sobre estas cualidades y para ello dividí la expresión en los tres estilos más genéricos: el llano, el elevado y el que es intermedio entre estos dos. Demostré que en los tres géneros Demóstenes sobresalió por encima de los demás[199] y para ello tomé algunos pasajes suyos que confronté con otros extraídos de discursos que eran de una categoría semejante; pero estos estilos no eran enteramente irreprochables ni, como aquel,

[198] Dionisio pasaba después a estudiar los autores que destacaron en los estilos elevado, llano e intermedio: Gorgias, Tucídides, Lisias, Trasímaco y Platón. Este análisis ocupa los parágrafos iniciales del tratado tal como lo hemos conservado (= §§ 1 - 7); véase la nota siguiente.

[199] Por último (véase nota anterior), Dionisio demuestra que Demóstenes, en las tres clases de estilos, venció a los demás autores: a Tucídides (§§ 9-10), a Lisias (§§ 11 - 13), a Isócrates (§§ 17 - 22) y a Platón (§§ 23 - 32). Véase el esquema de la Sinopsis a este tratado.

poseían todas las virtudes. Así pues, mencionar a Isócrates y 4
a Platón, por lo demás autores dignos de la mayor admiración, y confrontarlos con Demóstenes no me resultaba nada fuera de lo natural para mi objetivo, sino todo lo contrario, pues entre los partidarios del estilo mejor, que es el intermedio, gozaban de la mayor gloria: así podría yo mostrar que, aun siendo mejores que los otros, no eran dignos de porfiar con Demóstenes por la primacía literaria[200].

(DEMÓSTENES-2)

Recapitulación: el estilo de Demóstenes

Una vez que añada algunas pocas 5
cosas más a lo ya dicho acerca del estilo, proseguiré con la parte abandonada del estudio ⟨que he prometido⟩[201].

Los rasgos que en Demóstenes acompañan por igual a 34
los tres modelos de estilo y que son señales características e
intrínsecas de todo discurso suyo son los que siguen. Pero, 2
recordaré primero, para que mi discurso se capte más fácilmente, las virtudes que ya mencioné como propias de cada

[200] Probablemente fue aquí donde Dionisio interrumpió el tratado *Dem.* para redactar el tratado *Tuc.* (cf. ibídem § 1, 4 y n., y la Introducción, apartado 3).

[201] Con este parágrafo (§ 33, 5) Dionisio reanuda el tratado *Dem.*: primero va a añadir unas palabras más (§ 34) a lo ya dicho en la primera parte (el *Demóstenes*-1) y a continuación reanudará el estudio sobre el estilo de este orador (§§ 35 ss. = *Demóstenes*-2). En ese intervalo escribió, entre otros, el *Sobre Tucídides* y el *Sobre la composición literaria* (véase Introducción, apartado 3).

uno de los tres modelos[202] y que se encuentran en Demóstenes.

Me parece que entre los que han utilizado el estilo elevado, elegante y figurado Demóstenes sobresale por emplear la expresión con mayor claridad y con un lenguaje más
3 usual. Pues de todos ellos es Demóstenes el que acierta al utilizar una ornamentación que posee siempre grandeza y el que emplea mejor aquellas virtudes que son más apropiadas para obtener un lenguaje elevado y exótico.

4 Y así mismo me parecía que entre los que cultivan la expresión simple, llana y natural Demóstenes sobresale por el alto grado que alcanza de tensión, gravedad, rudeza y acritud. Éstas, y otras semejantes a éstas, son las virtudes características de este modelo de expresión que encontramos en Demóstenes.

5 También consideraba yo que entre los que han practicado el estilo medio, que, como muestro, es el mejor, Demóstenes destaca por lo siguiente: por la variedad, el equilibrio y la oportunidad, además de por la emoción, la combatividad, la energía y, finalmente, por la adecuación, que en Demóstenes toca el cielo.

6 Afirmaba yo, en efecto, que esas virtudes se dan independientemente en cada uno de los tres modelos y consideraba que es a partir de ellas de donde la fuerza de Demóstenes ⟨nace especialmente; y mostraba que, aunque esas cualidades⟩[203] se encuentran de modo natural en los tres estilos, es en las partes del discurso donde aportan su aspecto
7 más poderoso y distinguido. Pero si alguien cree que hay

---

[202] Cf. *infra* § 34, 6. Esta clasificación de las virtudes en tres grupos según sean propias del estilo llano, elevado o mixto no lo había expuesto Dionisio en el *Demóstenes*-1. Ya P. Costil advertía de los confuso y peculiar de este § 34 (cf. n. *ad locum* de G. AUJAC).

[203] Adición de G. Aujac.

que menospreciar esta clasificación, porque divide en tres grupos las virtudes que son comunes a todos los estilos y atribuye un valor peculiar a cada virtud, le replicaría lo siguiente: estimé que debía hacer esa clasificación atendiendo a la parte del discurso donde cada una de las virtudes alcanza el aspecto más agradable y el empleo más provechoso. Pues también los tratadistas de retórica declaran que la parte del discurso propia de la claridad, de la concisión y de la convicción es la narración, no porque esas virtudes no se deban buscar en las otras partes (pues eso sería absurdo), sino porque en la narración son mucho más necesarias[204].

La disposición de las palabras

¡Ea, pues! Hechas estas puntualizaciones, hablemos ya ⟨sobre la disposición⟩ de las palabras que utiliza este orador. Cuando afirmo que la armonía del estilo de Demóstenes consiste en un modo especial de ornamentación, con la que deja muy atrás las de los demás oradores, *no son mías estas palabras*[205]. Pero que esa es la virtud característica de Demóstenes lo atestiguarían todos, bien lo sé —siempre que no sean totalmente inexpertos en el discurso público—, entre los que se cuentan aquellos que siendo de la misma edad de Demóstenes fueron admiradores declarados de este orador y emularon su maestría en esta virtud; y eso que algunos de ellos ni siquiera estaban en buena disposición con él, de modo que no podían expresar su opinión por mera adulación. Algunos incluso eran de los que dirigían contra él guerras llenas de odio y rencor.

35 2

Uno de ellos era el orador Esquines, hombre dotado de unas facultades brillantísimas para el discurso, que no des- 3

[204] Cf. *Lis.* 18, 2-3.

[205] Véase n. a *Isóc.* 13, 1.

tacó mucho, en mi opinión, sobre los demás oradores, pero
que, después de Demóstenes, no iba detrás de ninguno. Sin
embargo, Esquines, en todo cuanto se refiera a la maestría
de Demóstenes en las otras virtudes formales, lacera y ca-
lumnia, haciendo de esta polémica una cuestión de enemis-
4 tad personal. Le reprocha la innovación de palabras, la hos-
quedad, la artificiosidad y ese tono oscuro y acre[206], además
de otros muchos defectos semejantes, movido, como dije[207],
por la envidia; sin embargo, para desprestigiarlo echa mano
de algunas críticas bien razonadas.

5 Pero acerca de la disposición de las palabras nada, ni
grande ⟨ni pequeño, encontró que fuese vergonzoso⟩[208] o ri-
dículo. Y este hecho no sería digno de admiración si no fue-
ra porque en muchas ocasiones reconoció abiertamente esa
6 virtud en Demóstenes e incluso la emuló. Esto se podría
constatar por lo que él mismo ha dicho en dos pasajes; en el
primero escribe así[209]:

> Cuando un hombre *(sc.* Demóstenes) es una combinación de palabras, y sobre todo de palabras acerbas y retorcidas.

---

[206] Acerca de estos defectos, cf. Esquines, *Sobre la embajada fraudulenta* 34 y 40; *Contra Ctesifonte* 72 y 229 (véase *infra* § 35, 6).

[207] Dionisio no ha mencionado nunca a Esquines en este sentido, al menos en las obras que nos han llegado. G. Aujac sugiere que, cuando redactaba las palabras del § 32, 1, tal vez Dionisio estaba pensando en Esquines; a nosotros, sin embargo, nos parece más bien que pensaba en alguno de sus contemporáneos con los que polemizó acerca del estilo de Platón, que siempre contó con muchos admiradores, entre ellos, por ejemplo, su amigo Pompeyo Gémino (cf. *Pomp.* 1, 6). La defensa contra estas acusaciones la encontramos más adelante en el § 55.

[208] Adición de G. Aujac.

[209] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* (III) 229.

Con esos términos en modo alguno alaba la elección de las palabras de Demóstenes, ¡por Zeus! (¿quién querría ser imitador de un vocabulario acerbo y retorcido?). Y en el otro pasaje dice así[210]:

> ¡Cómo os temo a vosotros (*sc.* atenienses), que atravesáis un mal momento y amáis la disposición de palabras de Demóstenes!

7 Así pues, no teme que los atenienses amen la belleza y la grandiosidad de las palabras en Demóstenes, sino que no se den cuentan de que están hechizados por su forma de disponer las palabras, hasta el punto de perdonarle a ese orador injusticias evidentes a causa de las Sirenas que vuelan sobre la armonía de sus frases[211].

8 Por eso no es difícil percatarse de que Esquines, al dar testimonio de cuánta era su maestría, mayor que en cualquier otro orador, y al comparar su musicalidad con las Sirenas, le concede esa virtud sin discusión, maravillado como estaba no de la elección de palabras de Demóstenes sino de la disposición de las mismas.

---

[210] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* (III) 142. Dionisio modifica el texto de Esquines y fuerza el sentido de la frase, que en Esquines era así (Demóstenes, según Esquines, había alterado el texto del tratado con los tebanos): «quitando palabras y alterando el contenido, pues así acostumbraba a obrar Demóstenes, como si los tebanos, que en verdad pasaban por una mala situación, por amor a su forma de disponer las palabras fueran a contentarse en vez de a indignarse...».

[211] Dionisio alude al pasaje de Esquines, *Contra Ctesifonte* (III) 228. De nuevo Dionisio cambia el sentido de la frase, pues allí Esquines se refería a sí mismo: «Dice Demóstenes, según parece, que mi naturaleza es similar a la de las Sirenas, pues los que las oyen no quedan fascinados por ellas sino aniquilados».

Clases de armonías

36 Este apartado, que no necesita de muchas palabras —me refiero a que Demóstenes es exquisito en la disposición de las palabras—, lo dejaré aquí, puesto que ya ha quedado confirmado con testimonios fidedignos y nadie puede objetar
2 nada. Pero qué es lo característico de la armonía de Demóstenes, mediante qué procedimientos ha conseguido ese estilo y cómo podría uno reconocerlo si lo compara con otros, lo intentaré explicar ahora, pero después de hacer las siguientes puntualizaciones[212].

3 Entre los antiguos grande fue el deseo y el afán por conseguir armonizar bellamente las palabras, en el verso y fuera del verso. Todos cuantos se propusieron publicar escritos serios no solo buscaron exponer los pensamientos con bellas palabras sino también ensamblar esas mismas palabras con una bella y armoniosa disposición. Excepto que no todos practicaron la misma armonía ni, por consiguiente, hollaron los mismos caminos.

4 Creo que las causas de este hecho fueron muchas. La primera es el talento natural de cada uno, pues unos gozan de grandes dotes literarias para un género y otros para otro. La segunda es la opinión surgida de nuestra razón y nuestras preferencias personales, que nos hace abrazar espontáneamente unos escritos y rechazar otros. La tercera es la suposición, arraigada por una larga costumbre, de que merece

---

[212] Dionisio retomará el tema de la utilización que Demóstenes hace de las armonías en el § 43 (cf. § 42, 3). Pero antes va a decir cuántas clases de armonía existen y cuáles utilizan los autores más importantes (§§ 36-42). Después tratará los objetivos aquí propuestos: qué clase de armonía utiliza Demóstenes (§§ 43-46), qué método sigue para conseguir esa armonía (§§ 47-49) y qué peculiaridades en cuanto a la armonía lo distinguen de los demás (§§ 50-52).

más atención todo aquello que nos viene por tradición. Y la cuarta es la referencia constante y la imitación de los escritores que admiramos, —y quién sabe qué clase de modelos ellos pudieron emular—. Se podrían decir otras causas, pero me ciño a las más evidentes y dejo de lado las demás.

Por eso unos practican una armonía sólida, grave, so- 5
bria, arcaizante, seria y alejada de toda afectación; otros practican una armonía pulida, sonora y espectacular, que muestra mucha afectación y delicadeza y con la que el público reunido en una multitud festiva o en una asamblea política queda encantado; y finalmente otros, tomando de cada una lo más útil, buscan un camino intermedio, mezcla de ambas.

Esos tres son los estilos más genuinos, si nos atenemos a 37
la disposición cuidada de las palabras[213]. Sin embargo, al margen de éstos, se han practicado otros estilos surgidos también de los tres anteriores que, aun siendo muchos, se diferencian unos de otros por su grado de tensión o de distensión. En efecto, encontrar en un autor una armonía pura y un estilo libre de influencias ajenas sería del todo imposible, ya sean escritos en verso o en prosa, por lo que no hay que pedir de ningún escritor testimonios de este tipo. Pues ni si- 2
quiera los elementos primordiales de los que se compone la naturaleza de todo ser —la tierra, el agua, el aire y el fuego[214]— se encuentran en estado puro, sino que todo participa de todo, y cada cosa se denomina según lo que contiene en mayor proporción. ¿Qué hay de extraño en que las armonías de la expresión, que son tres en cuanto al número, no tengan una naturaleza pura y sin mezcla, sino que según las

---

[213] Cf. *Comp.* 21, 3-4.

[214] La teoría de que todos los seres están compuestos de estos cuatro elementos primordiales o raíces se remonta a EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO (cf. *Fr.* 6 DK).

cualidades que predominen en ellas así se les adjudique un
3 nombre y un estilo particular? De modo que, cuando ofrezca ejemplos de cada una y aporte testimonios, al comparar algunos pasajes de los poetas e historiadores que utilizan esas armonías, nadie repruebe esos ejemplos por la mezcolanza de armonías o las cualidades que aparecen en cantidades mínimas, sino que debe observar cada pasaje elegido por la cualidad que abunda más, juzgando no si tal cualidad relevante aparece en todo momento, sino sólo si aparece con frecuencia.

La armonía claveteada

38 El[215] estilo de la armonía claveteada y arcaizante, que practica no la afectación sino la gravedad, es como sigue. Gusta de emplear palabras largas de sílabas largas[216], de asentarlas todas sobre bases sólidas y amplias y de engarzarlas manteniéndolas separadas unas de otras mediante pausas percepti-
2 bles[217]. Este tipo de armonía se consigue dejando en contacto los sonidos vocálicos, cuando la palabra precedente termina en vocal y la que le sigue comienza también con otra vocal;

[215] Repite aquí con más detalle (§§ 37-39) lo que ya dijo en *Comp.* 22, 1-7.

[216] En griego son sílabas largas las sílabas trabadas y las que contienen diptongos o vocales largas (el sistema vocálico griego constaba de cinco vocales breves y siete largas). Como es sabido, el ritmo poético griego se conseguía mediante la sucesión rítmica de sílabas largas y breves. El predominio de sílabas breves creaba un ritmo rápido y un ambiente de ligereza y de superficialidad; por el contrario, el predominio de las largas creaba un ritmo lento y un ambiente de gravedad y solemnidad.

[217] Mientras en la armonía claveteada la cadena verbal se interrumpe continuamente al producirse entre las palabras hiatos y choques consonánticos, que son como clavos que fijan y aseguran la expresión, en la armonía pulida los engarces de las palabras se han suavizado y engrasado, de modo que la expresión fluye continua y delicadamente (cf. *infra* §§ 40, 2; 43, 9; *Comp.* 22, 1).

pues entonces es preciso que se produzca un intervalo apre-
ciable entre ambas vocales. Y que nadie diga: «¿Qué es es- 3
to? ¿Cómo puede haber una pausa que separe unas palabras
de otras cuando se encuentran sus vocales?» La respuesta
nos la dan los músicos y los tratadistas de métrica al señalar
una pausa entre esas vocales, capaz de completarse con la
intercalación de sonidos semivocálicos[218]. Esto no sucedería
si no existiese un silencio apreciable que separase unas vo-
cales de otras. Ésa es generalmente la primera característica 4
de este tipo de armonía.

Otra característica es la siguiente: la armonía claveteada,
al combinar las palabras, prefiere los hiatos, las interrupcio-
nes y las asperezas que hieren delicadamente los oídos.
Entonces la propia fuerza de los sonidos oclusivos y semi- 5
vocálicos[219] es la causa de este fenómeno, cuando por natu-

[218] Dionisio alude a la ny efelcística, que en griego solía añadirse al final de ciertas formas gramaticales para evitar el hiato. La duración de la pausa en el hiato equivalía, pues, a la duración del sonido de la «ny» (cf. § 43, 6).

[219] Dionisio clasifica de la siguiente forma los fonemas griegos (cf. *Comp.* 14, 7 – 27). Las consonantes oclusivas o mudas *(áphōnos)* son nueve: tres sordas o sencillas *(psilós), p, t, k;* tres aspiradas *(dasýs), ph, th, ch;* y tres sonoras o intermedias *(mésos)* entre las dos series anteriores, *b, d, g*. Las semivocales *(hemíphōnos)* son las sonantes y silbantes, en total ocho: las dos líquidas *(l, r),* las dos nasales *(m, n)* y la silbante *(s),* con las tres letras que representan sonidos dobles *(ps, ks, ds)*. Y clasifica así las vocales *(phōnéeis):* dos largas *(makrós), eta y omega;* dos breves *(brachýs), épsilon* y *ómicron;* y tres comunes *(díchronos),* que pueden ser largas o breves: *alfa, iota* e *ípsilon*. Dionisio valora los fonemas por su mayor o menor sonoridad; considera las vocales largas superiores a las breves; y dentro de aquellas prefiere la *alfa larga* a la *eta,* y la *eta* a la *omega*. En cuanto a las semivocales otorga el primer puesto a la *lambda* y a la *rho;* después a la *my* y la *ny,* y, en último lugar, coloca la *sigma* y las letras dobles, prefiriendo dentro de éstas la *zeta* a la *xi* y la *psi*. En último lugar quedan las oclusivas; y de ellas Dionisio prefiere las aspiradas, después las sonoras y, por último, las sordas.

raleza los sonidos finales de los miembros precedentes no pueden formar sinalefas ni crasis con los fonemas iniciales de los siguientes. Mediante los encuentros de estos sonidos se produce un continuo martilleo, exactamente igual que en el interior de las palabras, cuando las llamadas sílabas se forman mediante fonemas que producen un sonido áspero.
6 Entonces se precisa de una gran habilidad para que tales uniones no se perciban como sonidos cacofónicos, desagradables o causantes de alguna otra molestia a nuestros oídos; por el contrario, de ellas debe florecer cierta pátina suave y una gracia natural. Y, puesto que hablamos a entendidos, basta sólo con decir que en un lenguaje cuidado es por naturaleza imposible encontrar algo desprovisto de lozanía y gracia.

39 Precisamente en los sonidos, las partes más pequeñas y elementales de la expresión, se hallan las señales características de la primera armonía, y también en las llamadas frases[220], que están compuestas de palabras, completan los períodos y, no solo eso, también crean los ritmos que conforman las propias frases, a fin de que no resulten ritmos mediocres, afeminados o innobles, sino elevados, varoniles
2 y grandiosos[221]. Pues no es el ritmo de la prosa un asunto fútil, porque nada tiene de superfluo o innecesario; y, si hay que decir la verdad, de todas las cosas que pueden hechizar y seducir nuestros oídos esa es, en mi opinión, la más importante.

3 Además de los ritmos también es importante que las figuras del lenguaje sean nobles y dignas, pero no sólo las figuras del pensamiento sino también las que configuran la expresión. Sin embargo, no me parece oportuno ahora enu-

---

[220] Sobre el *kôlon,* que coincide con la oración simple o frase, véase *Isóc.* 14, 2.

[221] Cf. *Comp.* 22, 4.

merar ni cuántas clases de figuras existen[222] —tanto las que han recibido nombre como las que no— ni con cuáles de ellas se consigue mejor dicha armonía.

También es propio de esta armonía que los períodos 4
sean en cierto modo espontáneos y simples, que no atraigan la atención sobre sí mismos, ni estén calculados para coincidir con la respiración del orador, ni contengan palabras de relleno innecesarias para la idea tratada ni terminen con ritmos llamativos y delicados[223].

Generalmente esta clase de composición en absoluto 5
gusta de largas subordinaciones, sino que prefiere estar elaborada con naturalidad y sencillez, y las más de las veces con simples sintagmas, imitando la improvisación natural. Pero, cuando resulta que las frases, períodos y cadencias, compuestos de forma descuidada, van acompañados de un bello ritmo, el hecho puede considerarse sin más producto espontáneo del azar.

Aún hay otras características de la armonía arcaizante y 6
claveteada[224]: el no utilizar muchas conjunciones ni continuos artículos y, de utilizarlos, hacerlo en menos ocasiones de las necesarias; el no mantener todo el discurso con la misma estructura gramatical, sino cambiar con frecuencia de caso; el que la expresión no tenga en cuenta ni las formas utilizadas en lo ya dicho antes ni la concordancia entre las palabras; y el enlazar cada elemento de una manera especial y propia y no según espera o prefiere la mayoría.

---

[222] Dionisio compuso una obra perdida *Sobre las figuras del lenguaje* (véase Introducción, apartado 3).

[223] Cf. *Comp.* 22, 5.

[224] Cf. *Comp.* 22, 6.

Ejemplo de armonía claveteada: Tucídides, I 23

7 Ejemplos[225] de esta armonía son, entre los líricos y demás poetas, la expresión de Esquilo, en casi toda su obra, y la de Píndaro[226], con la salvedad de los *Partenios*[227] y algunos otros poemas que requieren recursos semejantes a éstos. Pero incluso en ellos se trasluce una especie de nobleza y de dignidad en la armonía que le hace conservar esa pátina arcaizante. El más ilustre de los historiadores y el que más que ningún otro se mantiene fiel a esta concepción es Tucídides.

8 Si a alguien le parece que hay que aportar pruebas para confirmar mi razonamiento, dejando a un lado a los poetas, ofreceré este ejemplo de la expresión de Tucídides:

1 I 23, 1-3. Pero la duración de esta guerra se prolongó largamente y Grecia hubo de soportar muchos sufrimientos, tantos como nunca antes soportó en igual espacio de
2 tiempo. Porque ni tantas ciudades conquistadas quedaron despobladas —unas por los bárbaros y otras por los propios griegos que combatían entre sí, y también las hubo que al ser tomadas cambiaron de habitantes—, ni nunca hubo tantos hombres en el exilio y tantos crímenes —unos cometi-
3 dos en actos de guerra y otros en luchas intestinas—. Los desastres que antes se contaban solo de oídas, porque de hecho muy rara vez habían sucedido, ya no resultaron increíbles, como los terremotos, que afectaron a la mayor parte de la tierra y fueron fortísimos; los eclipses de sol, que ocurrieron con más frecuencia de lo que se recordaba de tiempos anteriores; y también hubo sequías, algunas

[225] Una selección algo más completa la encontramos en *Comp.* 22, 7.

[226] Sobre la expresión de Esquilo según Dionisio, cf. *Im.* 2, 10; y sobre Píndaro, cf. *Im.* 2, 5.

[227] Los *Partenios* de Píndaro, que conservamos en estado muy fragmentario (*Frs.* 94-97, 99 y 104 Snell), son cantos de doncellas con motivo de fiestas religiosas, quizá en honor de la diosa virgen Ártemis.

grandes, y con ellas las hambrunas; y la no menos dañina y mortífera enfermedad para una parte de la población, la epidemia de peste.

Tal es en cuanto al estilo la primera de las armonías, la armonía noble, sobria, grandiosa y apegada a lo arcaico.

La armonía pulida

La otra armonía, la pulida y efec- 40
tista, que prefiere la afectación a la dignidad, es como sigue.

Siempre elige las palabras más suaves y blandas, a la caza de la eufonía y de los sonidos melodiosos, pues busca la suavidad que surge de aquellas. En segundo lugar considera que las pala- 2
bras no se deben colocar al azar ni tampoco ajustarlas unas con otras descuidadamente, sino juzgando qué palabras hay que colocar junto a qué otras para que puedan producir los sonidos más musicales y mirando con qué figura las palabras elegidas producirán los enlaces más agradables: así intenta acoplar cada palabra, prestando la mayor atención para que los ajustes de todos los elementos sean pulidos, fluidos y rápidos[228]. Por esa razón rehúye con todas sus fuerzas los 3
encuentros entre vocales, porque destrozan la uniformidad y la bella dicción; y, sobre todo, rehúye cuanto puede los contactos de semivocales con oclusivas, porque producen sonidos ásperos y pueden hacer desagradable la audición.

En tercer lugar, puesto que no es posible que toda expre- 4
sión que designe a una persona o hecho se componga de fonemas eufónicos y blandos, sino que en alguna ocasión es inevitable encontrar expresiones que suenen mal, esta armonía intentará conseguir mediante los enlaces aquello que la naturaleza no concede: que los sonidos parezcan más suaves

---

[228] Cf. *Comp.* 23, 20.

5 y blandos. Y, en efecto, en caso de expresiones necesarias
se atreve incluso a añadir al pensamiento principal otras ex-
presiones innecesarias y con seguridad inútiles, que desem-
peñan la función de lazo o adhesivo entre la palabra anterior
y la siguiente, a fin de que las conexiones entre ellas, las que
terminan con un fonema áspero y las que comienzan con
otro también áspero, no produzcan sonidos estridentes ni
martilleos, sino que, al provocar un inciso allí donde caen,
6 hagan que los sonidos parezcan blandos y continuos. Pues el
objetivo fundamental de esta armonía y su mayor empeño
es, primero, que queden bien ajustados y engarzados todos
los miembros del período, que deberán crear la ilusión de
que la expresión es una sola; y, en segundo lugar, además
de esto, que toda la expresión sea, como en la música sinfó-
nica, dulce y sonora. El primero de estos objetivos se logra
con la precisión en los ajustes y el segundo con las fuerzas
de los propios fonemas al producir consonancias entre ellos
de acuerdo con los modos musicales, pero el estudio de es-
7 tas cuestiones pertenece a otra ciencia[229]. Así el flujo de la
expresión se desliza rápidamente hacia delante —igual que
los arroyos se precipitan por una zona muy pendiente sin
que nada se les oponga[230]—, y se cuela por el oído de una
forma no menos suave y agradable que las voces del canto y
los sones de los instrumentos durante una interpretación
musical.

8 En cuanto a la sintaxis de esta armonía es característico
que las frases sean asombrosamente semejantes a las de los
poemas: de blanda sonoridad, delicadas y muy seductoras,

---

[229] Sobre los modos musicales griegos *(nómos)*, véanse supra notas al § 22, 1. El estudio de los fonemas y los modos musicales pertenecía en efecto no a la retórica o a la crítica literaria sino a la musicología, la métrica, la gramática o incluso a la filosofía (cf. *Comp.* 14, 6).

[230] Cf. *Comp.* 23, 2.

pues se enlazan unas con otras por una especie de simpatía natural. A partir de este tipo de frases se componen los períodos; porque no se construyen oraciones si no es mediante la subordinación.

En cuanto a los ritmos utilizados para conformar los pe- 9
ríodos esta armonía no quiere seguir los modelos más dignos sino los más agradables. Por eso los períodos parecen bien rematados y diseñados, y se fijan a una sólida base.

Y en cuanto a las figuras esta armonía debe seguir las 10
veleidades de las masas. Con ellas se embellece y engalana, con tal de que no llegue a resultar insufrible a los oídos: emplea paralelismos, asonancias, antítesis, paronomasias, oposiciones simétricas, epanáforas[231] y muchos otros recursos que son propios de la poesía recitada y cantada.

Éstas son a mi juicio algunas de las características pro- 11
pias de esta armonía. Pongo como ejemplo de ella a Hesíodo, a Safo y a Anacreonte entre los poetas, y de los que escriben en prosa a Isócrates el ateniense y a sus seguidores[232].

Ejemplo de armonía pulida: Isócrates, «Panegírico»

Anteriormente se han ofrecido ya 12
algunos pasajes de Isócrates, en los que yo subrayaba todas las características de su estilo, y entre ellas también las referidas a la disposición de las palabras[233]. Si hemos acertado en lo que decíamos, no sería difícil comprobarlo. Pero, para que no parezca que interrum-

[231] La epanáfora es la repetición continuada de anáforas; y anáfora es la repetición de un término o estructura a principio de dos o más frases (cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 20, 2).

[232] Dionisio ya citó a Hesiodo, poeta épico, a Safo y Anacreonte, poetas líricos, y al orador Isócrates entre los autores que utilizaron la armonía pulida (cf. Dion. Halic. *Comp.* 23, 9-10), e incluía allí también a Simónides, otro poeta lírico, al trágico Eurípides y a los historiadores Éforo y Teopompo.

[233] G. Aujac (cf. n. *ad locum),* entendiendo que Dionisio alude a los parágrafos anteriores, §§ 4 y 17 - 20 (= *Demóstenes*-1), deduce que el

pimos el plan que seguimos pidiendo a los lectores que vuelvan sobre los ejemplos expuestos al principio, tomemos un ejemplo extraído del *Panegírico* de Isócrates que no acarreará mucha pérdida de tiempo a los lectores, el pasaje donde narra las hazañas que llevaron a cabo los atenienses
13 en la batalla de Salamina. Es éste[234]:

96 IV 96-99. Puesto que no eran capaces de enfrentarse a la vez a los dos ejércitos de los medos[235], tomaron a toda la población y la sacaron en barcos de la ciudad hasta la isla vecina[236], para afrontar el peligro por turno y no en dos ataques simultáneos. ¿Cómo podrían unos hombres mostrarse superiores o más amantes de Grecia que aquellos que, para no ser responsables de la esclavitud de los demás, tuvieron que soportar el ver su ciudad deshabitada, sus tierras devastadas, sus santuarios asolados, sus templos saqueados y que toda la guerra se desarrollase en su patria?

97 Pero ni siquiera esto les bastó, sino que además se dispusieron a luchar solos contra mil doscientas trirremes, aunque no los dejaron. Pues avergonzándose los peloponesios ante el valor de aquellos atenienses y considerando que si los nuestros morían tampoco ellos se salvarían, pero que, si salían victoriosos, llevarían la deshonra a sus pro-

---

Demóstenes-2 nunca circuló solo. Pero no es una prueba definitiva, pues en esos parágrafos nada se dice de la disposición de las palabras en Isócrates: por consiguiente Dion. Halic. sólo podía referirse al *Isóc.* (cf. ibidem §§ 2, 4-7; 3, 1-3; 11, 5; 18, 1; 20, 3). Por el contrario, parece que el *Demóstenes*-2 circulaba solo, pues más adelante Dionisio se excusa de no ofrecer pasajes de Platón apelando a la memoria de los entendidos (cf. *infra* § 42, 1): si el *Demóstenes*-1 hubiera formado ya parte de este tratado, habría dicho que, para no repetirlos, remitía al comienzo del tratado (el *Demóstenes*-1), donde sí ofrecía pasajes del *Fedro* y del *Menéxeno* (cf. supra §§ 7, 2-6; 24, 1-9; 26-30). Además, véase n. al § 46, 4.

[234] *Panegírico* (IV) 96-99.

[235] Los medos atacaron simultáneamente por tierra y por mar (cf. Heródoto, VIII 50, 2 ss. y 66, 1 ss.).

[236] La isla de Salamina.

pias ciudades, se vieron forzados a compartir el peligro. El fragor habido en el combate, los gritos y las voces de ánimo, por lo demás cosas todas ellas propias de cualquier batalla naval, no creo que sea necesario gastar el tiempo en
contarlo. Sin embargo, sí es mi propósito decir todo lo que 98
es propio y digno de la hegemonía y que han reconocido los que han hablado antes que yo. Pues tanto sobresalía nuestra ciudad cuando estaba intacta, que, incluso después de ser asolada, reunió ella sola más trirremes contra el peligro que se cernía sobre Grecia que todos los aliados juntos que lucharon en aquella batalla naval, y se arriesgaba contra un número de trirremes que podía ser el doble del suyo. Pues no hay nadie, por muy enemistado que esté contra nosotros, que no reconozca que los griegos ganamos la guerra gracias a aquella batalla y que de ella fue artífice nuestra ciudad.

Sin embargo, si ahora hay que enviar un ejército contra 99
los bárbaros, ¿quién debe asumir la dirección? ¿No correspondería a los que se granjearon la mejor reputación en la guerra anterior, se expusieron muchas veces solos ante el peligro y, cuando combatían junto a otros griegos, merecieron siempre el primer premio? ¿No correspondería a quienes abandonaron su propia ciudad por la salvación de los demás y en el pasado fueron fundadores de más ciudades, a las que salvaron de las mayores desgracias? ¿Cómo no íbamos a sufrir terriblemente si, participando en el mayor número de desgracias, fuéramos recompensados con el puesto de menor honor y si, afrontando los peligros en primera fila por delante de los demás, ahora fuéramos obligados a ir detrás de los otros?

La armonía mixta

La tercera armonía, que decía yo 41
que era una mezcla de las otras dos al elegir lo más útil de cada una, no posee ningún estilo propio, sino que según los aspirantes a esta armonía sean capaces de dejar unos recursos y utilizar otros, ya sea por preferencias personales

o por talento literario, así será el resultado final, igual que las mezclas de colores en la pintura.

2 El modelo más excelso de esta armonía fue el poeta Homero[237], pues nadie podría utilizar una expresión que armonice mejor que la suya con estos dos principios: el placer y la dignidad. Trataron de emularlo muchos poetas épicos y líricos, y también autores de tragedias y de comedias, historiadores antiguos, filósofos y oradores.

3 Recordar a todos sus imitadores requeriría una larga tarea; pero entre aquellos que destacaron en la prosa bastará con ofrecer ejemplos solamente de los dos que, estoy convencido, son los mejores: Heródoto[238] entre los historiadores y Platón entre los filósofos. Pues también la dignidad y la gracia recorren las armonías de estos autores. Si tengo una idea correcta y conveniente sobre ellos, lo podrá ver cualquiera que desee comprobarlo.

Ejemplo de armonía mixta: Heródoto, VII 8

4 Veamos. ¿Quién podría negar que el siguiente pasaje es una expresión intermedia entre la armonía áspera y la suave, que ha elegido lo mejor de cada una y que es la que utiliza Heródoto cuando pone en boca de Jerjes[239] este discurso en el que deliberaba sobre la

---

[237] Cf. *Comp.* 24, 3-5. Allí Dionisio citaba además a Estesícoro y Alceo entre los poetas líricos, a Sófocles entre los trágicos, a Heródoto entre los historiadores, a Demóstenes entre los oradores y a Demócrito, Platón y Aristóteles entre los filósofos.

[238] Sobre lo que Dionisio piensa del estilo de Heródoto, cf. *Tuc.* 5, 5; *Pomp.* 3, 2-21 = *Im.* 3, 1-3 (resumido).

[239] Rey persa que a la muerte de su padre Darío I invadió por segunda vez Grecia, pero fue derrotado en Salamina y Platea (480 y 479 a. C.).

expedición contra los griegos? La lengua ha sido adaptada al dialecto ático[240]:

VII 7α-δ. «Persas, no seré yo el primero en poner en α vigor esta ley que rige entre vosotros[241], sino que recurriré a ella porque me ha sido legada. Según me he informado por los más ancianos, nunca tuvimos un momento de sosiego desde que arrebatamos la hegemonía a los medos, cuando Ciro destronó a Astiages[242]. Sin embargo, es la divinidad quien nos empuja a obrar así y nos conduce en nuestras muchas empresas a los mayores éxitos. Las hazañas que realizaron Ciro, Cambises y mi padre Darío[243] y los pueblos que conquistaron nadie podría decíroslo a vosotros que lo sabéis bien. Por eso yo, desde que recibí este trono, meditaba cómo dejarlo con más gloria que los que me precedieron y cómo añadir más poder para los persas. Y así meditando he aquí que encuentro a la vez una forma de acrecentar nuestra gloria, una forma de apoderarnos de

---

[240] El «aticista» Dionisio ha puesto en ático el pasaje original de su paisano Heródoto, VII 8, α-δ, que estaba redactado, como toda la obra herodotea, en dialecto jónico. Ya había actuado así antes (cf. *Comp.* 3, 15; 4, 8). Jerjes, de haber pronunciado realmente este discurso (en persa, claro está), lo habría hecho hacia el 485 a. C., un año después de la muerte de su padre Darío y una vez reconquistado Egipto (cf. Heródoto, VII 7 α-δ).

[241] Puede referirse a la costumbre de que el rey debía consultar con los nobles persas las decisiones militares (cf. *infra* la sección δ) o bien, lo que parece más lógico por el texto que sigue, a que la política exterior de los persas se basó en una continua expansión del imperio mediante la anexión por la guerra de los países vecinos.

[242] La historia de cómo Ciro II el Grande, de la dinastía de los Aqueménidas, destronó a su abuelo Astiages, último rey medo, se puede leer en el propio Heródoto, I 128-130.

[243] Ciro II el Grande fue padre de Cambises, y a éste le sucedió Darío I el Grande, un noble persa casado con Atosa, hija de Ciro y hermana de Cambises. Así pues, Jerjes I era descendiente de Ciro el Grande a través de su madre.

un país no menor ni más insignificante que el que ahora poseemos sino más feraz, y a la vez una forma de venganza y castigo. Por eso yo ahora os he reunido, para exponeros lo que estoy planeando realizar.

β »Después de unir el Helesponto[244] voy a enviar una expedición a través de Europa contra Grecia, para vengarme de los atenienses por tantos daños que causaron a los persas y a mi padre. Fijaos que también Darío ardía en deseos de enviar un ejército contra aquellos hombres; pero él ha muerto y no puede castigarlos. Sin embargo, yo prometo en nombre de aquel y de todos los persas que no cesaré hasta que tome Atenas y la incendie. Pues los atenienses fueron los primeros en agraviarnos a mi padre y a mí: primero, al dirigirse a Sardes con Aristágoras[245] de Mileto, nuestro esclavo, y prender fuego a los recintos sagrados y a los templos; y después, ya sabéis todos cuánto daño nos causaron, cuando desembarcamos en su tierra durante la expedición de Datis y Artafernes[246].

γ »Por estos motivos he decidido enviar una expedición contra esos, y al meditar sobre ello encuentro muchas ventajas. Si asolamos sus regiones y las de sus vecinos, los que

---

[244] Jerjes unió Europa y Asia mediante dos puentes flotantes a través del Helesponto (actualmente el estrecho de los Dardanelos; cf. HERÓDOTO, VII 33-37).

[245] Aquí Jerjes (*sc.* Heródoto) comete dos errores. Aristágoras se hizo con la tiranía de Mileto mientras el verdadero tirano, Histieo, estaba retenido por Darío en Susa: era Histieo y no Aristágoras el esclavo de Darío (cf. HERÓDOTO, V 30, 2). Por otra parte, Aristágoras no intervino directamente en el incendio de Sardes, pues se quedó en Mileto (cf. HERÓDOTO, V 99, 2). Sobre el ataque de milesios y atenienses a la ciudad persa de Sardes y el posterior saqueo e incendio de esta ciudad, año 498 a. C., cf. HERÓDOTO, V 100-102.

[246] Tras el hundimiento de parte de la flota persa, dirigida por Mardonio, junto al monte Atos, año 492 a. C. (cf. HERÓDOTO, VI 44), Darío envía otra expedición al mando del medo Datis y de Artafernes, sobrino del rey; pero el ejército persa es derrotado en la célebre batalla de Maratón, año 490 (cf. HERÓDOTO, VI 94 y 111 ss.).

habitan la región de Pélope[247] el frigio, demostraremos que Persia limita con el éter de Zeus. Pues el sol no iluminará ya ninguna región limítrofe con la nuestra, sino que con vuestra ayuda yo conseguiré que todos los países sean una sola nación, una vez que haya atravesado toda Europa. Me he informado que la situación quedaría así[248]: ninguna ciudad ni ningún pueblo nos podrá presentar batalla, si eliminamos a aquellos de los que os he hablado. Así que todos, culpables y no culpables, quedarán sometidos como esclavos bajo nuestro yugo.

»Vosotros me daríais una gran alegría si actuáis así: el δ
día que, a nuestro juicio, os indique que ha llegado el momento, es preciso que todos os presentéis con buen ánimo. Y el que venga con el ejército mejor preparado, recibirá de mí el regalo que se considera más honroso entre nosotros[249]. Todo esto debe hacerse así. Pero para que no creáis que me atengo sólo a mi criterio, pongo el asunto a debate, pidiendo vuestra opinión a quien quiera manifestarla.»

Deseaba ofrecer más ejemplos de la forma de proceder 42
de este historiador, pues tanto más convincente habría quedado mi argumentación. Pero concluyo aquí, pues tengo prisa por volver a los temas proyectados y, además, sería tachado de inoportuno. También el admirable Platón me

[247] Es decir, el Peloponeso, que recibió el nombre por este personaje. Pélope era hijo de Tántalo, rey de Sípilo, región próxima a Sardes. Jerjes está diciendo que los espartanos son de origen frigio y, por lo tanto, tiene derechos sobre ellos.

[248] Todos los territorios conocidos entonces, desde la India a Hispania, caerían bajo el Imperio Persa. No había ya más territorios, pues, según el concepto que tiene Heródoto del mundo, todo el Imperio Persa quedaría rodeado por el Océano.

[249] Según JENOFONTE, sería un caballo con adornos de oro, un vestido persa y un sable de oro junto con otros objetos también de oro (cf. *Anábasis* I 2, 27).

perdonará si no ofrezco pasajes suyos: el mero recuerdo[250] será suficiente para los entendidos.

2 Con esa intención analicé las diferencias entre las distintas armonías, sus características formales y a los autores que sobresalieron en ellas, para que, cuando demuestre mi teoría de que Demóstenes trabajó la armonía media o mixta, nadie salga diciéndome: «¿Cuáles son esas armonías extremas? ¿Cuál es la naturaleza de una y otra? ¿Cómo es esa mezcla o combinación de ambas? Pues no ⟨sabemos nada de armonías⟩ extremas».

3 Éste fue el primer motivo, como dije[251], por el que me vi obligado a exponer previamente estas cuestiones; y el segundo, para que mi discurso no resultara monotemático ni sobrio, sino que mantuviera un nivel elevado. Pues no estaría bien ni introducir demasiados añadidos innecesarios ni dejar el tratado con temas sin aclarar.

Ejemplo de armonía mixta: Demóstenes, «Olintíaco segundo»

43 Acabo de señalar que este orador optó por esa armonía[252]. Así que cualquiera compruebe por sí mismo si lo que se ha dicho es realmente cierto fijándose en cuántas cosas compuso aquel hombre con gravedad, sobriedad y dignidad y cuántas
2 otras de forma placentera y agradable. Pero si alguien cree que hace falta una demostración, elija cualquiera de sus discursos, empezando por el pasaje que quiera, y vaya leyendo

---

[250] Sobre el posible motivo de que Dionisio no remita a los pasajes del *Fedro* y del *Menéxeno* que ofrecía antes, en el *Demóstenes*-1 (cf. §§ 7, 2-6; 24, 1-9; 26-30), véase n. al § 40, 12.

[251] Cf. supra § 36, 2 y n.

[252] Dionisio se refiere a la armonía mixta, que consiste, como en seguida veremos, en pasar fácilmente de la armonía claveteada a la pulida y viceversa (cf. § 3, 1 y n.).

y observando en cada enunciado cómo unas veces la expresión conforma armonías laxas y distendidas y otras compactas y tensas, cómo unas veces rae y lacera el oído y otras lo mima y acaricia, cómo unas veces arrastra a los oyentes hasta la pasión y otras los seduce a un determinado modo de pensar, y cómo provoca muchos y diferentes efectos según la disposición peculiar de las palabras.

Sirvan de modelo los pasajes siguientes. Elijo los ejem- 3
plos no tras una selección cuidadosa, sino los primeros que encuentro. Tomo uno extraído de los *Discursos contra Filipo*[253]:

> Si alguno de vosotros, hombres de Atenas, viendo que Filipo es un hombre afortunado, cree por ello que luchar contra él sería un suceso terrible, piensa con la prudencia de un hombre sensato. Pues la fortuna es un factor importante, o mejor dicho, lo es todo en cualquier asunto humano. Pero al menos yo no elegiría la suerte de aquel, si alguien me diera esa elección, sino la de nuestra ciudad, siempre que estéis dispuestos a hacer un mínimo de lo conveniente.

En esos tres períodos todas las palabras se han dispuesto 4
eufónica y agradablemente, pues las armonías son continuas y blandas. Pocas son las palabras que, de un modo absoluto, rompen las armonías haciendo que parezcan ásperas.

En el primer período hay dos lugares en los que las dos vocales en hiato, en el *ô ándres Athēnaîoi* («oh hombres de Atenas») y en el *eutychoûnta horôn*[254] («viendo que es afortunado»), rompen la continuidad armónica. También hay 5

[253] Demóstenes, *Olintíaco segundo* (II) 22.

[254] Sin embargo, en los manuscritos de Demóstenes no hay hiato sino elisión: *eutychoûnth' horôn* (fonéticamente: *eutychoûn-thorôn).*

otros dos o tres lugares en los que las semivocales ⟨y las oclusivas⟩ caen unas sobre otras sin que esas consonantes por su naturaleza puedan fundirse en una misma sílaba: en el *tòn Phílippon* («a Filipo») y en el *taútēi phoberòn prospolemêsai* («por ello sería terrible luchar contra él»). Estos encuentros perturban ligeramente la sonoridad e impiden que se perciban como sonidos blandos.

6 En el segundo período la disposición de las palabras produce un sonido áspero en el *megálē gàr rhopḗ* («pues es un factor importante»), porque las dos erres no pueden fundirse en una, y en el *anthrṓpōn prágmata* («asuntos humanos»), porque la ene no suena bien en contacto con las consonantes siguientes. Y hay un corte brusco en el *mâllon dè hólon hē týchē* («o mejor dicho, la suerte lo es todo»), al crearse entre las vocales breves un tiempo intermedio[255].

7 En el tercer período, si uno quisiera formar sinalefas en casos como *oí-omai*[256] («creo») y *dé-on* («lo que es necesario»), ya no podría encontrar vocales entrelazadas. Y solo en dos o tres lugares se encontrará que la consonante final suena junto con la inicial de la palabra siguiente sin producir una sonoridad uniforme, como en *hairesín moi doíē* («me diera esa elección») y en ⟨*tēn*⟩ *tês hēmetéras póleōs* («la de nuestra ciudad»).

---

[255] Esa pausa intervocálica que rompe la continuidad armónica puede evitarse intercalando una ny en ciertas formas gramaticales (cf. § 38, 2-3 y n.) o bien mediante la elisión: *dè hólon* > *d' hólon* (fonéticamente: *dólon;* del mismo modo que *oudè heîs* > *oud' heîs* > *oudeís).*

[256] Esta palabra no está incluida en el pasaje citado, sino en el siguiente (§ 23). Y, en efecto, los hiatos de *oí-omai* y de *dé-on* podían evitarse, pues en ático también se admitían las formas sin hiato *oîmai* y *doûn*.—

Hasta aquí es la segunda clase de armonía la que predo- 8
mina; pero en adelante es la primera, pues hay más cortes bruscos que en la otra[257]:

> Pues veo que vosotros tenéis muchas más razones para granjearos la benevolencia de los dioses que aquel. Pero, creo, nos hemos quedado sentados sin hacer nada; sin embargo, si no es honesto pedir ayuda a los amigos mientras uno permanece de brazos cruzados, menos aún lo sería pedírsela a los dioses.

En este pasaje se hace evidente cómo las vocales chocan 9
unas con otras en muchos lugares y también las semivocales y oclusivas, por lo que las armonías adquieren solidez y firmeza y su pronunciación produce continuos sonidos ásperos[258].

Sin embargo, los períodos siguientes a éstos ya no contienen cortes violentos entre las vocales, sino que, por el contrario, la composición fluye rápidamente, pues esos períodos se caracterizan más bien por encuentros de oclusivas y semivocales, que producen una audición ligeramente áspera[259].

Y todo lo demás ha sido compuesto de la misma manera. ¿Para qué alargarnos añadiendo más ejemplos? 10

No sólo los enlaces de las palabras siguen en Demóstenes el modelo de la armonía mixta o media, sino también la ornamentación y la composición de las frases, la longitud y figuras de los períodos y los ritmos que conforman los pe-

---

[257] Demóstenes, *Olintíaco segundo* (II) 22-23.

[258] He aquí unos ejemplos: *... gàr pleíous ... tèn parà tôn theôn ... horô hymîn ... è ekeínōi...* Sobre la solidez y las asperezas de la armonía claveteada véanse notas al § 38, 1 y 4-5.

[259] Efectivamente, en las frases siguientes (II 23), que Dionisio ya no nos ofrece, no hay hiatos; y sí abundan los encuentros de semivocal final con oclusiva inicial.

ríodos y las frases. Pues, aunque este autor se expresa muchas veces mediante simples sintagmas, y la mayor parte de sus discursos está compuesta así, en no pocas ocasiones re-
11 curre a los períodos. Unos períodos están bien acabados y condensados, como hechos en el torno, pero otros son desleídos, inconexos y carecen de cadencias elegantes. En cuanto a longitud unos son tan breves que coinciden con la respiración del orador; pero, en la mayoría de los casos, son tan largos que hasta la cuarta pausa el orador no llega al final.

12 En cuanto a las figuras uno podría encontrarlas aquí desmesuradamente dignas, sobrias y arcaizantes, pero allá sonoras, exquisitas y vistosas.

13 Y en cuanto a los ritmos en muchos pasajes uno los encontrará varoniles, dignos y nobles, y raramente aquellos que son propios de los hiporquemas, de los ritmos jonios o de los amanerados[260]. Sobre ellos hablaremos un poco más adelante, en otro lugar más apropiado. Ahora continuaré con lo que el tema que venimos tratando parece exigir todavía y, más adelante, proseguiré con las cuestiones prometidas[261].

Demóstenes adapta el estilo a cada circunstancia

44 ¿Qué es lo que falta por decir? Si yo declaraba que la disposición mixta es la mejor y afirmo que Demóstenes la utilizó más ponderadamente que todos los demás y que consiguió que los pasajes de tensión y distensión estuvieran en ella equili-

[260] Sobre el hiporquema véase supra n. al § 7, 7. El ritmo jonio (su estructura era en el jonio *a minore* ⏑ ⏑ – – y en jónico *a maiore* – – ⏑ ⏑) se consideraba *phortikós,* «vulgar» (cf. Arístides Quintiliano, I 15, 23 = 35, 27). En cuanto al ritmo «amanerado» *(diaklṓmenos)* Dionisio lo dice del pie anfíbraco (⏑ – ⏑); cf. *Comp.* 17, 9.

[261] Sobre los ritmos hablará en el § 48, 2 ss. Ahora Dion. Halic., una vez que demostrado que Demóstenes elige la armonía mixta (§ 43), va a explicar cómo adapta esa armonía a cada circunstancia (§ 44-46).

brados, logrando un desarrollo aquí más digno, allí más distinguido, ¿cuál es el motivo de que Demóstenes no siga siempre por ese mismo y único camino? ¿Y a qué reglas se atiene para incidir más en un estilo o en otro?[262].

Me parece que este hombre, aprendiendo de la naturaleza y de la experiencia, comprendió en primer lugar que las 2
gentes que acuden a las reuniones festivas y a las escuelas de retórica no piden los mismos adornos estilísticos que las que asisten a los tribunales y a las asambleas: unos van a complacerse con el engaño y la seducción y los otros a comprender las razones de los litigantes o los beneficios de las propuestas[263]. Así Demóstenes creía que el discurso pronunciado en los tribunales no debía buscar la fascinación ni la musicalidad, ni el discurso de aparato caer en la sobriedad ni oscurecerse con la pátina del estilo arcaico.

No podemos ofrecer discursos panegíricos de Demóstenes. Pues al menos yo estoy convencido de que todos los 3
panegíricos que se le atribuyen son de otros y no poseen la más mínima impronta de su estilo ni en los pensamientos ni en el vocabulario, y además son absolutamente deficientes en cuanto a la disposición de las palabras. Entre ellos se cuenta el vulgar, vacío y pueril *Discurso fúnebre* y el *Elogio de Pausanias*, lleno de charlatanería sofística. Pero no es este el momento de aportar pruebas sobre tal asunto[264].

---

[262] Las respuestas a estas preguntas las encontramos en § 45, 3 ss.

[263] Cf. ARISTÓTELES, *Retórica* 1358b 22.

[264] Probablemente Dionisio había tratado este tema en el estudio sobre los discursos auténticos y espurios de Demóstenes (cf. § 57, 3 y n.). Sobre el *Discurso fúnebre*, véase supra § 23, 10 y n. En cuanto al *Elogio de Pausanias* esta noticia de Dionisio es la única fuente (= DEMÓSTENES, *Fr.* 9 BAITER y SAUPPE).

45 En cuanto a sus discursos de debate, tanto si están com-
puestos para los tribunales o para las asambleas, compruebo
2 que Demóstenes tenía la siguiente opinión. Observo que él,
si está ante asuntos que necesitan un aderezo más ameno,
los adorna con la armonía propia del estilo panegírico, como
ha hecho en muchos pasajes del discurso *Contra Aristócra-
tes*, especialmente allí donde debe informar sobre cuestiones
legales o sobre los tribunales que juzgan homicidios; tam-
bién en muchos pasajes del *Contra Leptines sobre la exen-
ción de impuestos*, y especialmente allí donde elogia a los
bienhechores de la ciudad —a Cabrias, a Conón y a algunos
más—; en el *Sobre la Corona* y en muchísimos otros[265].
3 Me parece que Demóstenes, al percatarse de este hecho,
armonizó en primer lugar la forma de disponer las palabras
con los temas tratados; y en seguida comprendió que no to-
das las clases de discurso piden la misma ornamentación, ni
en cuanto a la elección del vocabulario ni en cuanto a su
disposición, sino que unas exigen un adorno más elegante y
otras uno más sobrio[266]. Por ese motivo, adaptándose a cada
necesidad, Demóstenes hizo que en el exordio y en la narra-
ción predominara lo dulce sobre lo grave, mientras que en la
argumentación y en el epílogo hay menos de la disposición
4 agradable y más de la sobria y arcaizante. Pues en aquellas
dos partes es necesario, respectivamente, adular al público y
conseguir que preste atención a los agravios que han come-

[265] Son los mismos discursos que Dionisio citaba en el *Demóstenes*-I (cf. § 14, 4-6): *Contra Aristócrates*, *Contra Leptines o Sobre la exención de impuestos* y *Sobre la Corona o En defensa de Ctesifonte*. En cuanto a los generales Conón, Cabrias, que falleció muy pronto, y otros benefactores de la ciudad de Atenas cf. § 14, 5 y n.; DEMÓSTENES, *Contra Leptines* 68 ss., 79 ss. y 84).

[266] Aquí Dionisio responde a la pregunta formulada en el § 44, 1.

tido los contrarios, aunque oiga un relato muchas veces árido o desagradable, porque, si allí la disposición de las palabras no aporta una nota que dulcifique o alivie las mentes fatigadas, la argumentación no tendrá una base sólida. Sin embargo, cuando es necesario decir cosas que busquen la verdad y lo conveniente, la gente quiere comprender de una manera simple y noble mediante un estilo digno y sobrio, pues la fascinación y el engaño no caben en la argumentación y en el epílogo cuando se trata de discursos de debate[267].

Y precisamente por saber que no todos los discursos tie- 5
nen la misma naturaleza creía que no se debía aplicar a todos los mismos adornos: a los deliberativos les convenía más la dignidad y la grandilocuencia; y a los judiciales, donde el juez oye a los contrarios que nos han agraviado y en el proceso está en juego la propia vida y otras cosas tales que son apreciadísimas por todo hombre, les convenían más la gracia, el placer, el engaño y demás recursos semejantes.
Por ese mismo motivo Demóstenes en los discursos delibe- 6
rativos, y especialmente en los *Discursos contra Filipo*, recurre a las armonías ásperas hasta la saciedad, mientras que compuso los destinados a los tribunales con las armonías pulidas. Y dentro de los judiciales emplea más la armonía grandiosa en aquellos en los que se debaten cuestiones de estado, porque allí es necesario tener en cuenta el prestigio de la ciudad, y menos en los que son de ámbito privado.

Para decirlo en una palabra, Demóstenes no solo creía 46
que era necesario combinar las distintas formas de disponer las palabras de acuerdo con las peculiaridades de cada discurso y las diferentes circunstancias de los asuntos, sino

[267] Cf. supra § 44, 2.

también según la clase de argumentos. Pues, viendo que las partes que componían la argumentación tenían naturalezas diferentes, intentaba adornarlas también con estilos diferentes en cuanto a la armonía: compuso los dichos sentenciosos de una manera; los razonamientos, de otra y los relatos ejem-
2 plares, de otra. Mucho alargaríamos este tratado si quisiéramos enumerar todas las variedades de estilo que percibió aquel hombre genial y con las que configura siempre cada matiz del discurso, distribuyendo cada una de las armonías con la tensión o distensión requeridas, hasta modelar aquellos hermosos discursos.

3 No creo que sea necesario, para dar mayor credibilidad a mi teoría, traer aquí ejemplos en donde se examinen las obras de este autor para comprobar si lo que digo es cierto. Mucho se extendería mi tratado y existiría el riesgo de que
4 este ensayo acabara por convertirse en un texto escolar. Pero aquellos pocos ejemplos elegidos antes, entre otros muchos posibles, son una prueba suficiente; y además, a los entendidos (pues no estoy escribiendo para lectores que desconocen a este autor) les basta con que se les señalen someramente los temas.

Y ahora vuelvo a lo que en un principio me propuse decir[268].

---

[268] Estas palabras de Dionisio referidas al principio del tratado (cf. supra § 36, 2 y n.) parecen confirmar que el § 36 estaba al comienzo del tratado: esto es, que el *Demóstenes*-2 comenzaba efectivamente en el § 34 y que se publicó posterior e independientemente del *Demóstenes*-1. Este primer apartado, después de explicar las armonías (§§ 35-42), se ha dedicado a mostrar qué clase de armonía utilizó Demóstenes (§§ 43 - 46); el segundo se dedicará a qué principios siguió Demóstenes para conseguir esa armonía (§§ 47 - 49); y el tercero, a cómo reconocer el estilo de Demóstenes (§§ 50 - 52).

Los causantes de la belleza y el placer

El segundo apartado se iba a dedicar a mostrar en qué principios se basa Demóstenes y qué práctica sigue para elegir lo mejor de las dos armonías. Sobre este punto diré cuál es mi opinión. 47

Los fines que, por así decir, persigue toda obra artística son dos, ya sean fruto de la naturaleza o producto de las diferentes técnicas: la belleza y el placer[269]. Demóstenes supo que tanto en el verso como fuera del verso debía haber una cantidad suficiente de ambos, pues si uno de ellos aparece privado de las cualidades del otro tiende a no ser perfecto y a mostrar una virtud más apagada. Consciente de esto y partiendo de que el fin de la armonía claveteada es la belleza y que el de la pulida es lo agradable investiga qué componentes poéticos son los causantes de la belleza y cuáles del placer. Entonces encuentra que los causantes de ambos son la musicalidad, los ritmos métricos, la variedad y la adecuación que debe acompañar a esos componentes[270], aunque cada uno de ellos se configura de un modo diferente. Ahora intentaré explicar qué función desempeña cada uno de ellos. 2 3 4

La musicalidad, el ritmo, la variedad y la adecuación

Las partes primarias de la expresión, llamados por algunos «elementos», ya sean tres, como creen Teodectes y Aristóteles —nombres, verbos y conjunciones[271]—, o cuatro, como creen los seguidores de 48

[269] Cf. *Comp.* 10, 2.

[270] Cf. *Comp.* 11 - 20.

[271] Tradicionalmente estos «elementos» *(stoicheîon)* de la expresión se denominan «partes de la oración», sobre cuyo número no existía un acuerdo unánime. Aunque Dionisio conocía hasta nueve (cf. *Comp.* 2, 1-4), parece inclinarse por estas tres (así también en el § 52, 3; y *Tuc.* 22, 1); advertimos que entre los «nombres» se incluían los sustantivos y adjetivos.

Zenón el estoico[272], o más, llevan implícitos estos dos com-
2 ponentes a la par: la musicalidad y el ritmo métrico. La musicalidad se conforma mediante los acentos agudos y graves[273] y el ritmo métrico mediante las sílabas largas y breves[274]. El ritmo métrico se produce en cuanto se combinan bien dos sílabas breves, como creen algunos —llaman al ritmo así compuesto «pie guía»[275], pues proporciona la razón más simple, basada en dos tiempos iguales, «pie alzado» y «golpe de pie»[276]— o bien en cuanto se combinan tres breves, como creen los seguidores de Aristóxeno[277], que consideraba que el ritmo primario se basa en la razón de dos a uno.

Sin embargo, Aristóteles no distinguía tres partes sino ocho, pero la clasificación es algo más confusa (cf. *Poética* 1456b 20 ss.). En cuanto a Teodectes cf. *Iseo* 19, 4.

[272] Zenón de Citio, Chipre (c. 333-261 a. C.), fue el fundador de la escuela estoica. Sin embargo, Diógenes Laercio (VII 57) afirma que Zenón distinguía cinco partes (añadía el artículo, en el que estaban incluidas las preposiciones, y el nombre propio).

[273] El acento griego era musical y no de intensidad (cf. *Comp.* 11, 15-19).

[274] Cf. *Comp.* 17-18.

[275] Este pie «guía» *(hēgemṓn)*, compuesto de dos sílabas breves (⏑⏑), era el más simple y se conocía con el nombre de «pírrico» (cf. *Comp.* 17, 3).

[276] Los poetas y los músicos solían marcar el ritmo con el pie (de ahí que a la unidad rítmica se le llamase «pie»). El golpe contra el suelo recibía el nombre de *thésis* y la posición de pie alzado *ársis*.

[277] Aristóxeno, músico tarentino del s. IV a. C. Según Aristóxeno (cf. *Elementos rítmicos* II 24) los pies básicos eran tres: entre los que tienen las dos parte iguales *(ísos lógos)*, el dáctilo (– ⏑⏑); entre los que tienen una parte que dobla a la otra *(diaplásios l.)*, el yambo (⏑ –); y entre los que tienen una parte que es la mitad mayor que la otra *(hemiólios l.)*, el peón (– ⏑⏑⏑).

A las combinaciones obtenidas con las partes primarias 3
de la expresión[278] la musicalidad les confiere ya un realce
especial mientras los ritmos se destacan formando los lla-
mados metros. Y si uno de estos dos componentes va a so-
brepasar el límite aceptable, entonces la variedad interviene
para restituir la excelencia propia de cada uno. Y una vez
que han ocupado el lugar que les corresponde, la adecuación
les aporta la brillantez conveniente.

Este hecho no es difícil de comprender en las obras mu- 4
sicales. Veamos. Si alguien, durante un recital de canto o de
un instrumento, interpretando una melodía bellísima, no ha-
ce caso alguno del ritmo, ¿sería posible soportar una música
así? ¿Y en este otro caso? Si compartiera equilibradamente
la atención hacia los dos componentes, pero mantuviera
siempre la misma melodía y el mismo ritmo sin introducir
cambios ni variaciones, ¿no estropearía enteramente las ex-
celencias de esa música? Y si consiguiera también este obje-
tivo, pero no prestara ninguna atención a la adecuación con
el texto, ¿no sería vano todo el esfuerzo de ese artista en su
interpretación? A mí al menos sí me lo parece.

Demóstenes, sabedor de estos hechos, tiene en cuenta 5
tanto la musicalidad de las palabras y las frases como sus
ritmos métricos y no deja de ajustarlas hasta que se perciben
como melódicas y rítmicas. ¡Qué ingente cantidad de figu-
ras y giros emplea para introducir variedad y amenidad en
esos dos componentes! ¡Nadie de los que se afanaron en
componer discursos utilizó con tanta exquisitez la adecua-
ción! Comprendiendo, como dije antes, que a causa de estos 6
principios el discurso se vuelve agradable y bello, indaga
entonces cuál era la causa de que con las mismas palabras
no surjan siempre los mismos efectos poéticos. Encuentra 7

---

278 Esto es, los sintagmas y frases compuestos por palabras.

que son las diferencias melódicas las que hacen que unas veces la expresión parezca digna y otras mediocre, como en música las pequeñas alteraciones de los semitonos influyen sobre la armonía[279]. Y encuentra que con los ritmos sucede algo similar, de modo que unos parecen grandiosos y otros delicados y blandos; y también que con los cambios se consigue ya una apariencia arcaizante y sobria, ya una meliflua y moderna; pero que de todos esos componentes es especialmente la adecuación la que proporciona el gran empuje
8 en un sentido positivo o negativo. Demóstenes conoce estos efectos y, si entendía que debía emplear un ornato de mayor belleza, empleaba modulaciones grandiosas, ritmos dignos y variaciones nobles; y si consideraba que la expresión necesitaba una disposición diferente, revuelve todos los elementos para conseguir más musicalidad.

9 Y que nadie se sorprenda de mis palabras si afirmo que también a la prosa hay que exigirle musicalidad, bellos ritmos y variaciones, igual que en el canto y en la música instrumental, alegando que nada de esto se puede apreciar oyendo los pasajes de Demóstenes; ni crea que yo soy un embaucador por aportar como testimonio cualidades que no
10 se encuentran en la prosa. Pues toda expresión bien elaborada posee esos ingredientes, y especialmente la de este orador. Pero por la oportunidad y la mesura con que los utiliza nos pasan desapercibidos: unos están mezclados; otros, diluidos; y otros, mediante algún giro, rompen la rigurosidad de la composición, hasta el punto de parecer un lenguaje totalmente figurado, pero sin asemejarse en nada a la poesía.

[279] El término griego *chrôma,* «color», se utilizaba en música para denominar a las alteraciones de las notas en un semitono; con intervalos de semitono se pasaba de las escalas diatónicas a las cromáticas o «coloreadas» (véase n. al § 22, 1).

¿Acaso alguno me pedirá ahora una disertación sobre las 49 melodías, los ritmos, las figuras que se emplean para conseguir la variedad y sobre la adecuación apropiada en cada ocasión, pues considerará muy importante escuchar con cuáles se adorna la armonía arcaizante y cuáles son los propios de la armonía seductora? ¿O, por el contrario, más familiarizado con la buena musicalidad aprendida desde niño, y que adquirió con el estudio de la música y la gramática, pues ambas poseen esos mismos principios, me acusará de intentar prolongar este tratado con cosas comunes y trilladas, sobre todo si se atiene al principio de la justa medida en cada ocasión?[280]. Creo que ocurriría esto último, si tengo 2
formada una correcta opinión sobre mis lectores, empezando por ti, mi querido Ameo[281], y considerando tu excelente educación artística. Pero si aún hay alguien que desee aprender cómo actúan estos componentes, podrá conocer todo cuanto desee sobre estos temas que dejamos ahora en el aire, si consulta el ensayo que hemos redactado *Sobre la disposición de las palabras*. Yo, dando aquí por concluido mi tratado sobre estas cuestiones, vuelvo sobre el asunto pendiente[282].

Cómo reconocer a Demóstenes por la disposición de las palabras

Pues también me propuse mostrar 50
cómo uno podría reconocer la forma característica con la que Demóstenes dispone las palabras y en qué rasgos debe uno fijarse para distinguirlo de los demás autores. Pero no hay una marca única en la disposición de las palabras que sea tan reveladora, que solo esté

[280] Palabras irónicas: si Dionisio se entretuviera ahora con esos temas, el maestro daría un mal ejemplo al faltar al principio de la adecuación.

[281] Véase n. a *Or. ant.* 1, 1.

[282] Ahora entra en el tercer apartado, que ocupará los parágrafos 50-52 (cf. § 46, 4 y n.).

presente en la de Demóstenes y en la de ningún otro, sino que es la concurrencia y abundancia de señales, con las que de un modo natural llegamos a reconocer cualquier hecho o persona, lo que constituye el estilo personal de Demóstenes.
2 Utilizaré una imagen ilustrativa por su claridad: la del cuerpo humano. Es un hecho que todos los cuerpos poseen estatura, color, figura, miembros, un cierto movimiento rítmico de los miembros y demás cualidades semejantes a estas. Pero si alguien cree posible reconocer la identidad de un cuerpo por una sola de estas cualidades, no identificará nada con exactitud; pues en muchos cuerpos humanos podría encontrar una señal igual a otra, que supuso que era la marca distintiva de un cuerpo único. Sin embargo, si tuviera en cuenta todas las características propias de un cuerpo, o al menos la mayoría o las más importantes, llegaría a un rápido reconocimiento y no lo confundiría con otros cuerpos parecidos.

3 Recomendaría hacer lo siguiente a quienes deseen reconocer sin error la disposición de las palabras de Demóstenes: analizarla con sus muchas peculiaridades —me refiero a las más importantes y principales—. Primero la musicalidad, que debe ser valorada con el criterio más fiable, nuestra sensibilidad irracional, aunque se necesita mucha práctica y
4 un largo aprendizaje. Pues los escultores y la familia de los pintores, si no tuvieran una larga experiencia tras haber pasado mucho tiempo examinando las técnicas de los artistas del pasado, no podrían reconocer sus obras fácilmente ni decir con seguridad «Ésta es obra de Policleto, ésta de Fidias y ésta de Alcámenes[283]» o, si nos referimos a pinturas, «Ésta es de Polignoto, ésa de Timantes y aquélla de Parra-

[283] Famosos escultores griegos. Alcámenes de Atenas, o quizá de Lemnos (c. 460-400 a. C), fue discípulo y rival de Fidias (cf. PAUSANIAS, I 19, 2; 20, 3; etc.). Sobre Policleto y Fidias véase n. a *Isóc.* 3, 6.

sio[284]». ¿Pero acaso en literatura algunos reconocerán la na- 5
turaleza de una armonía melódica con solo unos ejemplos y
un aprendizaje ocasional? Ni mucho menos.

La musicalidad creo que es la primera cualidad en la que
se debe uno fijar, recurriendo a la teoría y a la práctica; y
después de esta, en la belleza rítmica. Pues no hay ningún 6
pasaje de Demóstenes que no encierre ritmos y metros:
unos, acabados y completos, y otros, incompletos; pero hay
tal entramado y tanta armonía entre unos y otros, que no pa-
rece que sean metros. Pues solo mediante la disposición de
las palabras puede lograrse una oratoria próxima a la poesía,
si contiene algunos metros y ritmos colocados inadvertida-
mente. Sin embargo, conviene que la expresión no se perci- 7
ba como sometida al metro o al ritmo, para que no se con-
vierta en una composición poética o lírica, rebasando sus
características propias; pero sí es necesario que parezca po-
seer un hermoso ritmo melódico y métrico. Así la expresión
será poética pero no un poema, y melodiosa sin ser can-
ción[285]. Qué cualidades marcan esa diferencia, no es difícil
verlo.

Por un lado hay un tipo de composición literaria que 8
contiene metros de una misma clase con una unidad rítmica
basada en el verso aislado o en un grupo de versos —lo que
los músicos llaman estrofas—, y a continuación se vuelven
a utilizar esos mismos ritmos y metros para los siguientes

[284] Polignoto de Tasos, Timantes de Citno (isla de las Cicladas) y Parrasio de Éfeso fueron famosos pintores griegos de finales del s. v, cuya obra desgraciadamente hemos perdido. Polignoto fue el primer gran pintor griego. Zeuxis, según la tradición, fue derrotado por Parrasio y éste por Timantes (cf. PLINIO, XXXV 65-72). Este pasaje de Dionisio recuerda a otro de CICERÓN (cf. *Bruto* 70). Otros pintores famosos griegos citados por Dionisio fueron Zeuxis, Apeles y Protógenes (cf. *Tuc.* 4, 2).

[285] El pasaje del § 50, 7-10 es una repetición casi literal del *Comp.* 25, 9-13.

versos o grupos de versos —lo que llaman antistrofas—, y así, repitiendo esa estructura desde el principio hasta el fin, queda sometida al metro y al ritmo: tal modo de composi-
9 ción se denomina verso y canción[286]. La otra clase de composición, que contiene metros irregulares y ritmos sueltos, pero no mantiene correlaciones, ni enlaces fijos ni ninguna otra clase de similitudes, es, sin embargo, rítmica y cadenciosa, puesto que está adornada aquí y allá con algunos ritmos y metros; pero no está sometida al ritmo ni al metro, puesto que no siempre se usan los mismos metros o ritmos
10 con la misma distribución. Afirmo que tal es toda oratoria en la que aflora la belleza poética; y compruebo que Demóstenes también la emplea. En cuanto a las pruebas sobre esta cuestión, remito a mi tratado *Sobre la composición literaria*[287], por lo que no creo necesario repetirlas aquí ahora.

11 La tercera y la cuarta peculiaridad de este orador en el modo de disponer las palabras son el empleo del lenguaje figurado y el dar a las frases y a los períodos formas muy variadas[288]. Pues, sencillamente, no hay pasaje que no esté amenizado con tropos y figuras literarias, como todo el mundo sabe. Me parece que este hecho no necesita de más palabras, pues incluso lo conocen los menos instruidos.

---

[286] Es decir, poesía recitada *(métron)* y poesía cantada *(mélos)*. El griego *mélos* no significa simplemente «poesía lírica», opuesta a «poesía épica» *(épos)*, sino «canción» o «poema cantado». Que una composición en verso pueda acabar pareciéndose a una canción no debe considerase extraño, pues el acento griego era tonal (musical) y no de intensidad (véase n. al § 48, 2).

[287] En el *Comp.* 25 Dionisio ofrecía numerosos ejemplos.

[288] Aquí Dionisio afirma que el cuarto elemento causante de la belleza y el placer es el lenguaje figurado en vez de la adecuación (cf. supra § 47, 4). El lenguaje figurado, que hasta ahora era considerado por Dionisio un defecto de la expresión (cf. *Lis.* 3), se convierte un una virtud (así también en el § 56, 5).

Ésas son las notas indelebles y características de la dis- 51
posición de las palabras en Demóstenes, a partir de las cuales uno podría reconocerla plenamente, siempre que esté dispuesto a buscarlas.

Trabajo y don natural

Si a lo dicho por mí alguien me 2
replica[289] diciendo que se admiraría mucho de que un hombre de esa categoría fuera tan desdichado que, cuando escribía discursos, tenía que dar vueltas y vueltas a los elementos de la expresión y a las frases compuestas con esos elementos hasta introducir en la prosa retórica —ajena a estos componentes— las modulaciones, los ritmos y los metros —elementos por lo demás
propios de la teoría musical y de la poética—, le replicaría 3
que considere primero que este hombre, que gozaba de tan gran prestigio por sus discursos como ninguno de los oradores anteriores y compuso obras eternas que confió al tiempo que todo lo pone a prueba, no podía dejar nada al azar cuan-
do escribía. Y del mismo modo que dedicaba mucha aten- 4
ción a la disposición de los pensamientos, así también a la armonía de las palabras. Observó que Platón e Isócrates, admirados por su sabiduría y considerados autores de los más admirables discursos, publicaban discursos semejantes
a las figuras grabadas o cinceladas[290]; pero él se dio cuenta 5
de que el arte de hablar tiene dos caras, una que atiende al

[289] Dionisio repite aquí (§ 51, 2 - 52, 5) casi lo mismo que decía en el *Comp.* 25, 29-43.

[290] En el *Comp.* 25, 32, Dionisio se refería a que eran obras muy trabajadas y que habían sufrido numerosas revisiones: más que escritas parecían esculpidas. Pero aquí Dionisio alude a que las imágenes grabadas (tales eran los discurso de Isócrates y Platón), a diferencia de las esculturas exentas (tales serían los discursos de Demóstenes), presentan al espectador una única cara, mientras Demóstenes cuida el discurso desde todos los ángulos.

tratamiento de los hechos y otra a la expresión, y que a su vez cada una de ellas se divide en otras dos secciones iguales: el plano de los hechos se escinde en la recopilación de ideas, que los antiguos llaman «invención», y en la utilización de las ideas recopiladas, que denominaban «distribución»; y el plano de la expresión se escinde en la «elección» de las palabras y en la «disposición» de las palabras elegidas[291]. En cada una de estas parejas tiene más importancia el segundo elemento que el primero: la distribución en el plano de los hechos y la disposición en el plano de la expresión. Pero ahora no es el momento oportuno de extenderse sobre estas cuestiones.

6 Cualquiera, si no es completamente necio o amante de llevar la contraria, comprendería y encontraría lógico que Demóstenes se ocupara de la musicalidad, los ritmos, las figuras y todas los demás recursos con los que la manera de disponer las palabras se vuelve agradable y hermosa. Es más, si no es un hombre ocioso, flojo y superficial, pensaría que es del todo imposible e inconcebible que nuestro orador no prestara ninguna atención, o muy escasa, a la armonía del discurso, si en verdad quería dejar un recuerdo imperecede-
7 ro de su ingenio. Es impensable, en efecto, que los escultores y los pintores, que muestran en materiales perecederos sus habilidades manuales, dediquen tantos esfuerzos para representar con todo detalle las venillas, el plumaje, el vello de la piel y otros pormenores semejantes y expriman hasta la ultima gota de su arte en estas menudencias; pero que un genio de la oratoria, que superaba a todos sus contemporáneos por sus dotes naturales y su trabajo, desdeñara el más

[291] Cf. *Lis.* 15, 1 y n; *Tuc.* 22, 1.

mínimo detalle, por muy insignificante que fuera, si podía servirle para hablar bien[292].

Querría[293] que los que aún no se creen del todo lo que 52
acabo de decir comprendieran que Demóstenes, mientras aún era un muchacho, recién cautivado por aquellos descubrimientos, prestara, como es lógico, gran atención y cuidado a estos y a los demás componentes; pero que después, cuando aquella larga práctica le proporcionó un gran dominio técnico y le marcó con las hondas huellas de todo lo que se ejercita continuamente, escribiera entonces con mucha facilidad y dominio técnico.

Esto mismo sucede en las demás artes, y sobre todo en 2
el arte que llamamos gramática. Esta bastará como muestra de las demás, puesto que es la más conocida y admirable de todas. Cuando iniciamos su estudio, primero aprendemos los nombres de cada uno de los elementos del lenguaje, las llamadas letras; después a reconocer sus formas y los sonidos que representan. Cuando hemos aprendido esto, estu- 3
diamos las sílabas formadas con esas letras y los cambios que sufren. Una vez dominadas estas, pasamos a las partes de la oración (me refiero a los nombres, verbos y conjunciones con las alteraciones que sufren: abreviaciones y alargamientos vocálicos, elevaciones y descensos del acento tonal, géneros, casos, números, conjugación y otros mil accidentes semejantes a estos). Cuando comprendemos el funciona- 4
miento de todas estas alteraciones, entonces comenzamos a escribir y a leer: al principio sílaba a sílaba y lentamente, porque nuestra habilidad es aún reciente. Pero conforme avanza el tiempo, que proporciona al espíritu una inteligencia poderosa con el ejercicio continuado, lo hacemos sin

292 Ya utilizó la misma imagen en *Comp.* 25, 35.

293 Prosigue aquí (§ 52, 1-5) la repetición de lo que decía en el *Comp.* 25, 36-43.

cometer faltas y con mucha facilidad: cualquier libro que alguien nos ofrezca lo leeremos intuitivamente, sin pensar en ninguna de aquellas numerosas reglas.

5 Algo semejante hay que pensar que ocurre con el arte de la oratoria: a partir de breves y sutiles reglas se va mejorando con el tiempo la técnica, hasta que se dominan fácilmente sus principios, de modo que la práctica se realiza median-
6 te elecciones intuitivas y sin cometer errores. *Si alguien piensa que esta es una empresa que requiere mucho esfuerzo y una gran dedicación, piensa bien*[294], para decirlo con palabras del propio Demóstenes. Ninguna de las cosas grandes y bellas se adquiere con un esfuerzo pequeño. *Pero si se piensa*[295] en los frutos que se conseguirán, sobre todo en uno solo —la gloria con que el tiempo recompensa, bien en vida bien después de la muerte—, se concluirá que todo aquel trabajo es menor que los bienes que se cosechan.

La pronunciación del discurso: Demóstenes, «Discurso tercero contra Filipo»

53 Un solo tema me resta por tocar, la declamación[296]: qué adornos interpretativos añadió este hombre a la expresión, puesto que es una virtud necesaria en todo discurso y especialmente en la oratoria pública. Si está presente, hay espacio y lugar para las demás virtudes; pero, si falta, ningún prove-
2 cho hay y de nada vale ninguna de ellas. Cualquiera puede comprobar qué fuerza tiene esta fase del discurso observando cuánto difieren entre sí los actores de las tragedias, o de

[294] Cf. *Sobre el Quersoneso* (VIII) 48 (la cita no es literal).

[295] Es continuación de la cita anterior.

[296] Cf. supra § 22, 5-6. Para más detalles de cómo debe hacerse la declamación véase CICERÓN, *Sobre el orador* III 213-227; *Retórica a Herenio* III 24-27; etc.

las comedias, en su interpretación[297]. Pues, aunque declaman los mismos versos, no todos nos fascinan del mismo modo, sino que con algunos nos indignamos y, como si nos hubieran injuriado en algo, sufrimos cuando hacen una mala actuación y alteran el sentido de la obra.

Proclamo que esta virtud es muy necesaria en los discur- 3
sos de debate, si se quiere que sean verídicos y vivos. A es-
ta, como a las demás virtudes, nuestro hombre dedica mu-
chísima atención. Demóstenes constata que la naturaleza de 4
esta virtud es doble, y en ambas se afana con vehemencia.
Pues para que las inflexiones de la voz y los movimientos
del cuerpo fueran lo más eficaces posibles, se ejercitó en
ellos con no poco esfuerzo, pues no estaba por naturaleza
muy dotado para ninguno de ellos, tal como cuenta Deme-
trio de Falero y todos los demás biógrafos[298] de Demós-
tenes.

Qué tiene que ver esto con su estilo, podría objetar al- 5
guien. Su expresión, le replicaría yo, está dispuesta de un
modo natural para este fin: rebosa carácter y emociones y
enseña qué clase de entonación hay que hacer, de modo que
quienes lean a este orador deben prestar especial atención
para que cada pasaje se declame de la manera que aquel
quería. Pues la propia expresión enseña a los que tienen un 6
mínimo de sensibilidad qué clase de entonación hay que
hacer[299]. Lo voy a dejar claro con algunos ejemplos.

---

[297] Hemos de recordar que la «pronunciación del discurso» se denominaba en griego *hypókrisis*, «interpretación», vocablo tomado del ámbito teatral y musical. Así el *hypokritḗs* es el «actor» teatral (y también el «intérprete» musical), y de ahí el actual «hipócrita». En latín se tradujo por *actio y actor* respectivamente.

[298] Cf. PLUTARCO, *Demóstenes* 6-7 y 11; Ps. PLUTARCO, *Vidas de los diez oradores* 844D-F; etc. Sobre Demetrio de Falero, véase supra n. al § 5, 6.

[299] Cf. § 22, 6.

54 ¡Ea!, que alguien comience a declamar la siguiente enumeración[300]:

> Olinto, Metone, Apolonia y treinta y dos ciudades de Tracia paso por alto; todas ellas las ha arrasado tan cruelmente, que a los que las visitaron después no les era fácil asegurar si alguna vez se erigieron allí edificios. Y callo la población de los foceos, tan importante y también arrasada.

2 La propia expresión enseña qué clase de declamación hay que hacer. Pues Demóstenes, después de precisar el número de ciudades arrasadas por Filipo en Tracia, dice que no las quiere nombrar. ¿No se ha de declamar este pasaje con ironía y a la vez con indignación mientras se pone gran
3 tensión en la voz? Y, aunque dice que no puede describirlo porque son hechos terribles que traspasan toda atrocidad, sin embargo se lamenta ante el catálogo de ciudades y concluye mencionando su destrucción completa, hasta el extremo de que ya ni siquiera conservan las huellas de su antiquísima
4 fundación[301]. ¿No hay que decir estos nombres con voz que desborde rabia y con aflicción? «¿Y para expresar rabia y desolación —me preguntará alguien—, cómo deben ser la entonación, las inflexiones de la voz, el gesto del rostro y los movimientos de las manos?» «Los mismos que hacen —le respondo— quienes han sufrido realmente esas desgracias; pues no hay nada más necio que, despreciando la realidad, buscar otra escuela de interpretación.»

5 Y a continuación añade Demóstenes:

---

[300] *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 26.

[301] No es del todo cierto, pues estas ciudades de la Calcídica fueron fundadas relativamente tarde (a partir del s. VIII d. C.) por gentes de Calcis (Eubea), y de ahí el nombre de esta península.

> IX 26-27. ¿Y cómo está la situación en Tesalia? ¿No ha derrocado las democracias de aquellas ciudades y ha instaurado tetrarquías[302] para primero someter las ciudades y después las regiones? ¿O acaso no son gobernadas ya por tiranos las ciudades de Eubea? Y estamos hablando de una isla muy próxima a Tebas y a Atenas.

Este pasaje, por el contrario, exige formas diferentes de declamación. Demóstenes se pregunta y a continuación se responde[303], y con cada situación se indigna y acrecienta la sensación de peligro. De una forma se hará la declamación de la pregunta; de otra, la de la respuesta; y de otra, la de la gradación. Es imposible leer todo este pasaje con el mismo tono y las mismas inflexiones de voz.

A esas palabras siguen estas otras: 6

> IX 27. Y no promete por escrito una paz que luego no cumple con los hechos, sino que marcha contra el Helesponto, pero antes se dirigía contra Ampracia, toma una ciudad tan importante en el Peloponeso como Élide, organizó conspiraciones contra Mégara[304]... ¡Ni Grecia ni los bárbaros colman la ambición de este hombre!

¿Es posible declamar este pasaje con el placer con que se entonan los cantos del coro al entrar en escena, como si

---

[302] Filipo dividió Tesalia en cuatro zonas y al mando de cada una puso gobernador.

[303] Esta figura retórica, en la que el orador se pregunta y se responde a sí mismo en un diálogo imaginario, recibe el nombre de *hypophorá* (latín, *subiectio);* la autopregunta, *peúsis;* la autorrespuesta, *anthypophorá* (cf. *Iseo* 13, 1 y n.).

[304] El Helesponto es hoy el estrecho de los Dardanelos, la ciudad de Ampracia se encontraba en la región del Epiro. Mégara era una ciudad próxima a Atenas, en el istmo de Corinto.

fuera la narración de un pasado lejano? ¿Las propias palabras no nos están gritando y enseñando cómo debe declamarse, solo que no emiten voz?: «Aquí, un tono cortés; esto dilo deprisa; eso, lentamente; aquí haz una interrupción; ahora continúa con lo siguiente; ante esto muestra dolor; ante aquello, desprecio; esto dilo provocando terror; a eso réstale importancia; aquello dilo elevando la voz». A mí sí me lo parece.

7 ¿Es posible leer los pasajes de Demóstenes si se tiene el alma de los animales irracionales, o peor, si se posee la naturaleza indolente, insensible, inerte e impasible de una piedra? En absoluto, puesto que destruiría lo mejor y más precioso de su estilo, el espíritu, y entonces no se distinguirá en nada de un cuerpo hermoso, pero inerte y muerto.

8 Mucho se podría decir sobre esta cuestión. Pero el presente tratado ha adquirido ya una extensión suficiente, por lo que es necesario ponerle fin, añadiendo nosotros sólo una cosa, ¡por Zeus!, a lo ya dicho: que a la expresión de Demóstenes, que posee todas las virtudes, le falta ese sentido del humor que la mayoría llama gracia; porque mucho humor debe poseer ⟨un discurso agradable...⟩[305]

---

[305] Este pasaje se nos ha transmitido con algún error, o quizá una breve laguna, que impide confirmar el sentido del texto. Nosotros nos hemos limitado a añadir «un discurso agradable». G. Aujac intercala, siguiendo a Reiske, un «no» que altera el sentido del texto de los códices (la traducción quedaría así: «tampoco le faltaba ese humor...»), lo cual está en contradicción con el verso de Homero. P. Costil (cf. G. Aujac, n. *ad locum)* intenta salvar esta contradicción argumentando que los dioses hicieron una excepción con Demóstenes y le otorgaron todas las virtudes. Pero está claro que Dionisio habla del «sentido del humor y la elegancia para decir las cosas» *(eutrapelía),* de la que Demóstenes en efecto carece (cf. en seguida § 55, 1), y no de la gracia en la expresión *(cháris),* que Demóstenes poseía en mayor grado que los demás (cf. § 13, 2 y 7-8).

Pues los dioses no dieron a los hombres todas las cosas de
[una vez[306].

Sin embargo, sí hay en los discursos de Demóstenes expresiones elegantes. Pues la divinidad no le negó ninguna de las virtudes que concedió a otros.

Réplica a Esquines

Lo que Esquines escribe contra 55 Demóstenes, acusándolo maliciosamente, como dije antes[307], de que unas veces utiliza un vocabulario acerbo y retorcido[308] y otras uno desagradable y vulgar[309], tiene una fácil defensa. Si alguien se pusiera a examinar una por una esas imputaciones, se encontraría con que en unas hay más de alabanza que de crítica y que en otras Esquines falta a la verdad.

Pues utilizar un lenguaje agrio cuando el momento lo 2 exige (y esto ocurre en muchas ocasiones, especialmente en los momentos apasionados de la argumentación) es un elogio a este orador, si al poder de la retórica le pedimos únicamente, o al menos más que cualquier otra cosa, que el jurado se vuelva un severo guardián de las leyes, un agrio fiscalizador de las injusticias y un inexorable vengador de los transgresores. Es imposible que un orador, embellecien- 3 do el lenguaje con palabras exquisitas, provoque rabia, odio o cualquier pasión semejante. Por el contrario, es forzoso primero hallar los pensamientos que despierten ese tipo de pasiones y después exponerlos con aquellas palabras cuya simple audición provoca acritud. Y si Esquines demostrara 4 que Demóstenes no utilizaba el lenguaje agrio en el momen-

[306] Homero, *Ilíada* IV 320.
[307] Cf. supra, § 35, 3-8.
[308] Cf. supra, § 35, 6; Esquines, *Contra Ctesifonte* III 229.
[309] Cf. Esquines, *Contra Ctesifonte* III 166.

to oportuno o que abusaba de él y erraba en su dosificación, lo acusaría con razón de fallar en este punto. Pero no puede demostrar ninguna de las dos cosas, pues censura, sin hacer distinciones, su lenguaje apasionado, cuando se considera el más apropiado para el discurso público: méritos que él no ve los transforma en reproches, como yo decía.

56 Esto mismo se le podría replicar a Esquines acerca del estilo artificioso, puesto que también se burla de esa virtud
2 de Demóstenes. Admitamos que lo que él llama «artificiosidad» *(periergía)* de las palabras es lo que hoy entendemos por elaboración «adornada» *(perittḗ)* y alejada del lenguaje habitual —aunque seguramente no significaba eso: si nuestra época, que aplica al azar muchos y diferentes nombres a los hechos, vuelve a emplear indistintamente esta expresión *(sc. periergía)* también para la «revisión continua» *(polypragmosýnē)* del discurso, es lógico que los antiguos la uti-
3 lizaran también con este sentido[310]—. Pero si Esquines ha dicho estas cosas criticando la inoportunidad o el abuso del lenguaje figurado en la expresión, como si Demóstenes in-
4 curriera en ambos defectos, miente a todas luces. Pues este orador, en las arengas públicas y en los debates de estado, buscando la grandiosidad y la dignidad de los temas tratados, utiliza en efecto tal ornato muchas veces; pero en los discursos privados, que escribió para hombres particulares sobre contratos de poca monta, emplea una expresión común y convencional, y rara vez la artificiosa; pero ni siquiera entonces de un modo ostensible, hasta el punto de que

[310] Puesto que es absurdo acusar a Demóstenes, o a cualquier otro orador, por utilizar una estilo figurado (cf. *infra* § 56, 5), Dionisio piensa que con ese término *(periergía)* Esquines tal vez lo acusaba de revisar una y otra vez los discursos (cf. Plutarco, *Demóstenes* 8, 2). En cuanto a Dionisio, defensor de la teoría anomalista del lenguaje, véase Introducción, apartado 1.

pasa desapercibida. Ahora bien, si Esquines lo ha dicho 5
porque es contrario a toda clase de lenguaje figurado, enton-
ces actúa absurdamente, pues critica la habilidad que más
necesita un orador[311]. En efecto, lo que pedimos sobre todo
de un orador es que no exprese los pensamientos de la mis-
ma forma que el resto de la gente, sino forzando el vocabu-
lario hasta llegar al nivel más digno y poético de acuerdo
con su capacidad oratoria. Todas estas imputaciones, que en 6
realidad son encomios de la maestría de Demóstenes, Es-
quines los presenta como defectos y, faltando a la verdad,
aunque por motivos razonables, puesto que era enemigo su-
yo y no podía acusarlo de ningún otro defecto, lo calumnia,
a mi juicio, desconsideradamente.

En cuanto a que Demóstenes utiliza palabras vulgares y 57
desagradables, lo que a mí al menos me deja más sorprendi-
do es de dónde pudo salir tal acusación. Pues en la obra de 2
Demóstenes no encuentro nada de lo que Esquines dice que
aquél ha dicho[312], como que *no es necesario «cercenar la alianza» de la amistad* o que *algunos a la ciudad la «explotan como a su viña»* y *«han sido seccionados los nervios» del pueblo* y *«estamos cosidos como las esteras»* y *en las estrecheces algunos «nos hacen pasar como agujas»*, a las que el propio Esquines añade en plan de sorna:

> ¿Estas expresiones, oh zorro, qué son, verbos o monstruos?[313]

Tampoco he podido encontrar otras palabras vulgares o desagradables en ninguno de los discursos de Demóstenes, y

[311] Cf. 50, 11 y n.

[312] Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* (III) 72 y 166. En efecto, ninguna de las expresiones que siguen se encuentra en los discursos de Demóstenes.

[313] ESQUINES, *Contra Ctesifonte* (III) 167.

3 eso que nos ha dejado cinco o seis miríadas de líneas. Si hay algunas expresiones desagradables, vulgares y toscas es en los discursos que se le atribuyen falsamente, como en los dos discursos *Contra Aristogitón*, en la *Defensa por supuesto soborno,* en el *Sobre la no entrega del refugiado Hárpalo,* en el *Contra Neera,* en el *Sobre el tratado con Alejandro* y en otros muchos que Demóstenes no escribió[314] (las cuestiones sobre la paternidad de Demóstenes han sido aclaradas en otro tratado[315]).

Estas líneas sobre los reproches que Esquines le ha dirigido son suficientes.

La redundancia es una virtud

58 Y por último aquello que unos señalaron como algo característico de este orador y otros como un defecto: me refiero a que algunas veces alude a un mismo hecho con muchas palabras[316], como en estos ejemplos:

Filipo podrá realizar y hacer lo que quiere[317]

y

[314] De los discursos aquí mencionados son espurios el *Contra Neera* LIX, el *Sobre el tratado con Alejandro* XVII y quizá los dos *Contra Aristogitón* (XXV y XXVI), diferentes en cuanto al contenido. Se han perdido el *Defensa por supuesto soborno* y el *Sobre la no entrega del refugiado Hárpalo.*

[315] Dionisio ya citó este tratado en otra ocasión con el título de *Sobre Demóstenes* (cf. *Din.* 11, 4; 13, 4); y, aunque se ha perdido, parece que atendía más a criterios cronológicos que de estilo. Es diferente de otra ensayo que pensaba escribir sobre «la maestría de Demóstenes para tratar los temas» (cf. *infra* § 58, 5); véase la Introducción, apartado 3.

[316] Pleonasmo.

[317] *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 2; *Sobre la Corona. En defensa de Ctesifonte* (XVIII) 62; etc.

A este Midias, como no sé quién es ni lo conozco[318]

y

Ante mi hermana, aún muy joven, que era una niña[319]

y así todas esas expresiones semejantes.

Cuantos declaran que esto es una peculiaridad del estilo 2
de Demóstenes, dicen bien. Pues este orador emplea esa figura sacándole todo el provecho, como también es quien emplea, con más sentido de la oportunidad que los demás, la concisión y la brevedad. Pero cuantos lo anotan en el haber 3
de los defectos, sin investigar los motivos por los que Demóstenes suele recurrir al pleonasmo, no lo acusan con fundamento, sino que lo calumnian en la idea de que se debe exigir la brevedad por encima de todo (pero ya he dicho que él sabe más que nadie cuándo utilizar la brevedad) y olvidarse de las demás virtudes[320]. No comprenden que el orador debe perseguir también la claridad, la viveza, la grandiosidad y, mediante la disposición de las palabras, la belleza rítmica; pero, por encima de todo, debe lograr una expresión que despierte emoción, nobles sentimientos y tensión en los debates, pues depende de estas virtudes el conseguir el máximo grado de convicción. Y la brevedad no es 4
la única que puede hacer que cada una de las virtudes sea más eficaz, sino también el pleonasmo, que Demóstenes también emplea. Te presentaría ejemplos de lo que acabo de decir, pero te iba a parecer un pesado que no deja de hablarte.

---

[318] *Contra Midias* (XXI) 78.

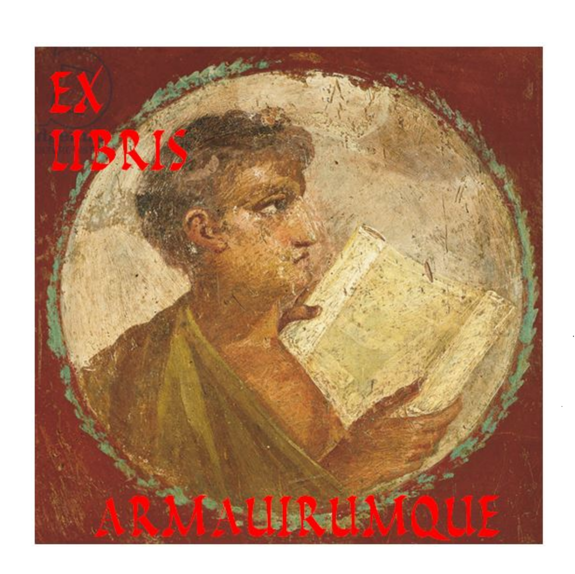
[319] Ibídem 79.

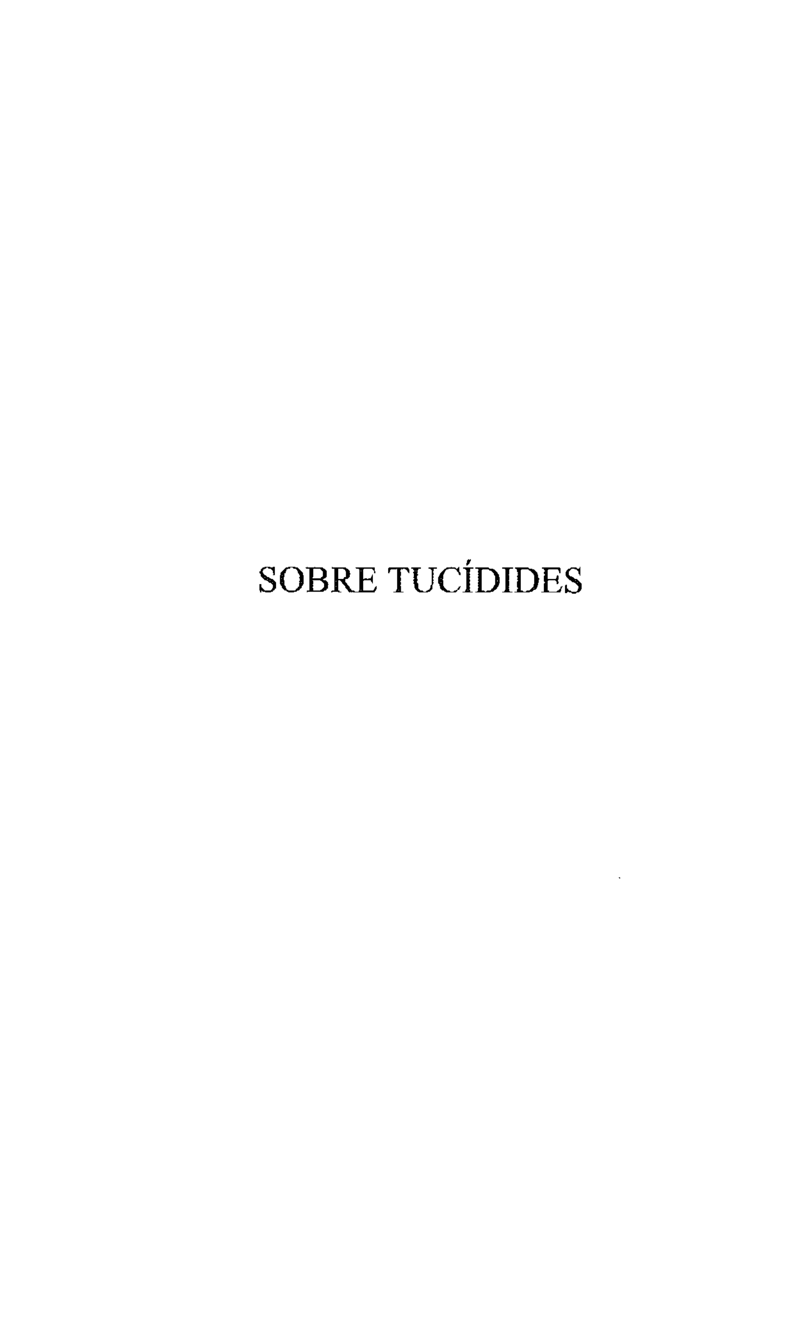
[320] G. Aujac, en n. *ad locum,* apunta que puede tratarse de un crítica a Cecilio, que, manteniendo como primera virtud del estilo la brevedad, condenaba el pleonasmo (cf. Quintiliano, *Inst. orat.*, IX 3, 46).

Conclusión

5 Esto, queridísimo Ameo, es cuanto podíamos escribirte sobre el estilo de Demóstenes. Si la divinidad nos mantiene vivos, en el próximo tratado[321] te explicaré en qué se basa su maestría para tratar los hechos, un tema de mayor importancia y más sorprendente que este sobre su estilo.

[321] Al parecer nunca llegó a escribir este tratado, diferente de otro, perdido, sobre la paternidad de Demóstenes sobre ciertos discurso (cf. § 57, 3); véase Introducción, apartado 3.





SOBRE TUCÍDIDES

SINOPSIS

Tucídides (Atenas, *c.* 455-398) se educó como correspondía a un hijo de familia noble y acaudalada de Atenas (su familia estaba emparentada con la más alta nobleza ateniense y también con la dinastía real de Tracia, donde poseía minas de oro). Con seguridad recibió una excelente educación, y entre sus maestros se contaban quizá el filósofo Anaxágoras y el orador Antifonte; e incluso, cuando aún era un niño, habría asistido en Olimpia a una lectura de Heródoto (cf. *Suda*, s. v. «*Thoukydidēs*» = theta 414). Según nos dice el propio Tucídides (cf. IV 104, 4 ss.), fue elegido estratego en el 424, el octavo año de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.); pero fracasó en la misión de socorrer a Anfípolis, por lo que fue denunciado y condenado al exilio (cf. V 26, 5); no volvió a Atenas hasta veinte años después, cuando, con el fin de la guerra, Lisandro impuso en el 404 a. C. la vuelta de los desterrados. Sin embargo, el destierro le permitió recorrer, y ver desde el otro lado, los territorios del bando lacedemonio, visitando Macedonia, el Peloponeso y la Magna Grecia. Por tradición familiar era simpatizante del partido aristocrático, pero mantuvo sin duda una actitud moderada y objetiva; sintió gran admiración por algunos personajes de su época de muy diversa ideología: Pericles, jefe del partido democrático, el espartano Lisandro, el siracusano Hermócrates, etc.

Tucídides tomó ya desde el mismo inicio de la guerra numerosas notas y apuntes (cf. II 1, 1); pero comenzó la redacción cuando

regresó a Atenas, en el 404, aunque no llegó a culminar la obra, pues el libro VIII, que es el último, finaliza con los hechos acaecidos en el 411 y, además, es evidente que adolece de una última revisión (la actual división de la *Historia* en ocho libros ha sido muy discutida). Concibió un método novedoso: narró los acontecimientos por estaciones (veranos e inviernos) pasando vertiginosamente de una ciudad a otra. Trató de poner de manifiesto la relación de causa-efecto entre unos hechos y otros y describió admirablemente cómo los hombres se degradan hasta cometer atrocidades nunca antes sospechadas: ¡y no era una guerra contra pueblos bárbaros sino entre griegos y, dentro de cada ciudad, entre amigos y parientes! Su apartamiento de la guerra le permitió seguir los acontecimiento con gran objetividad y, consciente de la importancia que esta guerra tenía para Grecia, se propuso describirla con el mayor rigor y realismo posibles, para lo cual, siempre que pudo, se informó directamente de los testigos de uno y otro bando (cf. I 22, 1-2); y de algunos sucesos él mismo fue testigo, como la epidemia de peste, que él mismo padeció (cf. II 48, 3). Con Tucídides asistimos a la guerra junto a los protagonistas; nos trae a los personajes y los oímos hablar: son ellos, y no Tucídides, los que explican el porqué de su comportamiento.

Su estilo chocó a los griegos: sus frases eran incompletas, usaba palabras con un significado forzado e inusitado y saltaba de una idea a otra sin que hubiera una relación aparente. En consecuencia la expresión se volvía oscura en muchos pasajes, resultaba incomprensible en una primera lectura y a veces necesitaba incluso la explicación de un experto: la propia expresión era un fiel reflejo del aturdimiento y excitación en que vivían los que participaron, de forma activa o pasiva, en aquellos atroces acontecimientos. Tucídides no busca agradar los oídos de los lectores sino ofrecerles un tesoro de enseñanzas para la vida (cf. I 22).

Esta forma de escribir la historia no dejaba a nadie indiferente: Tucídides tuvo grandes defensores y detractores. Ni Platón ni Aristóteles ni Isócrates ni ninguno de los grandes autores griegos menciona a Tucídides. Pero Demóstenes, según se decía, sí leyó, y copió ocho veces, toda la obra de Tucídides (§ 53, 1 y n.). Teofras-

to fue el primero en reivindicar la figura de Tucídides (cf. Cicerón, *El orador* 39). Pero hasta época romana no fue admirado como historiador: ejerció una notable influencia en Salustio y Lucrecio (por ejemplo, para la descripción de la peste cf. *La naturaleza* VI 1138 ss.). Cicerón le otorga el segundo puesto, después de Heródoto, pero muy por delante de los demás; y en cuanto al estilo dice de Tucídides que es tan denso *(creber)*, ajustado *(aptus)* y conciso *(pressus)* por la aglomeración de ideas, que a casi a cada palabra corresponde un pensamiento (cf. *Sobre el orador* II 55-56); pero lo aprecia más como narrador que como orador, pues tiene en su contra un gran defecto: su lenguaje es tan oscuro que pocos son capaces de entenderlo a la primera (cf. *Bruto* 287; *El orador* 30-32), y muchas veces es necesario la explicación de un especialista. También lo elogia el Ps. Longino, que lo pone a la altura de Homero, Platón y Demóstenes (cf. *Sobre lo sublime* 14, 1).

Dionisio de Halicarnaso, aunque también es historiador, se interesa más en su análisis por las cuestiones de estilo que por el tratamiento histórico de los hechos descritos por Tucídides. En cuanto al contenido Dionisio le reconoce la exclusión de elementos míticos y la objetividad (§§ 6 - 8); pero le reprocha la aversión que mantuvo hacia su patria a causa del destierro (cf. §§ 41, 8; *Pomp.* 3, 9-10), lo poco edificante de algunos dichos y hechos (§ 38, 2; 40, 5; etc.), lo caótico del orden narrativo y, especialmente, el que la extensión que dedica a los acontecimientos no esté en relación con la importancia que tenían (§§ 9 - 20). Sin embargo, aquí suele errar Dionisio, para quien los hechos importantes son aquellos en los que hay muchos muertos; no advierte que Tucídides los valora por su impacto en el desarrollo de la guerra y su valor literario: esto es, si puede provocar interés y emoción en los lectores. En cuanto a la expresión, aunque Dionisio admite que Tucídides a veces consigue pasajes magistrales (§ 15, 4), la califica de grandilocuente (cf. *Dem.* 1, 3; y así también Cicerón, *Bruto* 29, «*grandis erat verbis*»), de enrevesada y de oscura, hasta el punto de que a veces sólo lo entendían los especialistas en Tucídides (§ 40, 4; 51, 1), por lo que no tuvo imitadores entre los historiadores de la generación siguiente (§ 52, 4, con una sucinta y precisa descripción

de su estilo). Tucídides, como Platón, roza la genialidad cuando emplea un lenguaje que no se aleja demasiado de la lengua habitual; en caso contrario el uno cae en la oscuridad y el otro en la ramplonería poética (§ 51, 3; *Dem.* 5 ss.). Comparado con Heródoto, Dionisio elogia la claridad y gracia de su paisano, aunque reconoce a Tucídides la capacidad de crear tensión narrativa y despertar emociones (para la *sýnkrisis* de Tucídides y Heródoto, cf. *Pomp.* 3, 16-21). En cuanto a sus cualidades como orador Dionisio cree que tantos discursos son inoportunos e interrumpen la narración histórica (§ 16); y además le censura el estilo que, por su oscuridad, no puede utilizarse ni en las asambleas ni en los tribunales (§§ 49 - 50): sólo Demóstenes tomó de él algunas virtudes (§ 53). Tras publicarse este tratado Dion. Halic. recibió duras críticas de los admiradores de Tucídides, y de ellas se defendió en la *Carta segunda a Ameo*, en la que se reafirma en su opinión negativa sobre Tucídides y aporta más ejemplos (cf. ibídem 2, 2 ss.).

El esquema de este tratado es el siguiente:

1. Preámbulo (§§ 1 - 4):

   Propósito de Dion. Halic. (§ 1); justificación de sus críticas al estilo de Tucídides (§§ 2 - 4).

2. Heródoto y otros historiadores que precedieron a Tucídides (§ 5).

3. Tucídides (§§ 6-55):

   a) El tratamiento de los hechos (§§ 6 - 20):
   - Virtudes (§§ 6 - 8): originalidad al elegir un tema único (§ 6); exclusión de elementos míticos y fabulosos (§ 7); imparcialidad (§ 8).
   - Defectos (§§ 9 - 20): en la división de la materia (§ 9); en la ordenación de los hechos (§§ 10 - 12); en el no otorgarles la extensión adecuada a su importancia (§§ 13 - 20).

   b) La expresión de Tucídides (§§ 21 - 51):
   - Características generales (§§ 21 - 24): la expresión es lo más revelador del estilo de Tucídides (§ 21); teoría

de la expresión (§ 22); los demás historiadores y Heródoto (§ 23); características del estilo de Tucídides (§ 24).

— Las narraciones (§§ 25 - 33): los sucesos de Pilos (§ 25), la batalla de Siracusa (§§ 26 - 27); los sucesos de Corcira (§§ 28 - 33).

— Los discursos (§§ 34 - 51): defectos de Tucídides en el fondo y en la forma (§§ 34 - 35); los plateos y Arquidamo (§ 36); el diálogo de los melios (§§ 37 - 41); valoración de otros discursos (§§ 42 - 43); los discursos de Pericles (§§ 44 - 47) y de Hermócrates (§ 48); conclusiones sobre el estilo de los discursos (§§ 49 - 51).

c) Imitadores de Tucídides (§§ 52 - 55):
Ninguno entre los historiadores (§ 52); y entre los oradores sólo Demóstenes (§§ 53 - 54); conclusiones (§ 55).

⟨SOBRE TUCÍDIDES⟩

Una petición de Q. E. Tuberón

1 En el ensayo que ya publiqué *Sobre la imitación*[1] he abordado el estudio de los poetas y prosistas que consideraba más ilustres, querido Quinto Elio Tuberón[2], y he mostrado, de una manera sucinta, qué virtudes formales y de contenido aporta cada uno de ellos y también en dónde se muestra cada uno inferior por sus desaciertos, bien porque sus preferencias estilísticas no se aplican siempre de acuerdo con el criterio más riguroso o bien porque su capacidad literaria no sale bien parada en todos los ámbitos. Mi finalidad era que quie- 2
nes desean aprender a escribir y a hablar bien dispongan de modelos bellos y admirables, para que así hagan ejercicios

[1] Sobre este tratado remitimos a la Sinopsis que anteponemos al *Im.*

[2] Quinto Elio Tuberón era amigo de Dionisio, y a él dedica este tratado (cf. *Seg. Ameo* 1, 1). Era buen orador y, como Dionisio, escribió también una historia sobre la Roma antigua (cf. Dion. Halic., *Hist. Rom.* I 7, 3; 80, 1). Sin embargo, Cicerón lo derrotó con su discurso *En defensa de Ligario* y desde entonces Tuberón abandonó la retórica (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* IV 1 67; V 13, 20). No debe confundirse con su tío del mismo nombre, Q. Elio Tuberón, muy admirado por Cicerón (cf. *Sobre el orador* II 341 y III 87; *Bruto* 117).

solo sobre algunos aspectos de esos autores sin imitar todo lo que hay en ellos, sino eligiendo únicamente sus virtudes y
3 evitando los defectos. En cuanto a los prosistas manifesté mi opinión también sobre Tucídides, al que incluía en ese escrito conciso y resumido, no por escasez de recursos o por pereza, ni tampoco por carecer de argumentos para confirmar mis opiniones, sino ateniéndome a las características de aquella obra. Y así hice con los demás autores, pues no se trataba de confeccionar una relación exacta y detallada de las cualidades de cada autor, porque mi principal objetivo era recopilarlas en un tratado que fuera lo menos volumino-
4 so posible. Pero, como tú querías que compusiera un escrito exclusivo sobre Tucídides que abordase todo aquello que exigía alguna explicación, y yo te prometí hacerlo, dejé a un lado el tratado que tenía entre manos sobre Demóstenes[3] y, tal como era tu deseo, aquí te lo entrego cumpliendo mi promesa.

Tucídides no posee un gran talento literario

2 Pero antes de acometer en detalle el presente estudio quiero empezar hablando un poco sobre mí y sobre qué género de obra es esta. Y, ¡por Zeus!, esto no lo hago por ti ni por aquellos que son como tú, que juzgáis los hechos atendiendo siempre a lo mejor y que consideráis que no hay nada más honorable que la verdad, sino a causa de los demás: aquellos que buscan ante todo la polémica ya por admiración hacia los autores antiguos ya por desprecio hacia los contemporáneos, o por ambos sentimientos a la vez, que por lo demás
2 son comunes a la naturaleza humana. Pues sospecho que, entre los que leerán este escrito, algunos nos censurarán por

[3] De esta manera el estudio sobre Demóstenes quedó dividido en dos tratados, el *Demóstenes*-1 y el *Demóstenes*-2 (cf. *Dem.* 33, 4 y n.).

atrevernos a declarar que Tucídides, el mejor de todos los historiadores, a veces yerra en sus preferencias estilísticas y se muestra extremadamente débil en su capacidad literaria. Pero no hemos llegado a esa conclusión porque deseábamos aparecer como los primeros y los únicos en hacer afirmaciones paradójicas: al atrevernos a censurar algunos pasajes de Tucídides era evidente que no solo nos enfrentábamos a las opiniones comunes que todos adoptaron hace mucho tiempo, y que por tanto son ya inamovibles, sino también que desconfiábamos de los testimonios personales de los filósofos e historiadores más ilustres, que tienen a este hombre como modelo en materia histórica y límite de la maestría en el discurso literario.

Y, puesto que deseo desbaratar esas acusaciones, que 3
tienen algo de teatral y son muy atractivas para la mayoría, me bastará tan sólo con decir acerca de mí que a lo largo de toda mi vida y hasta el día de hoy he evitado todo lo que pudiera ser causa de polémicas, discusiones y disputas vanas con otros y que no he publicado ningún escrito en el que acuse a nadie, excepto en una obra que compuse *En defensa de la filosofía política*[4], dirigida contra los que la utilizan con fines injustos. De otro modo yo no habría intentado ahora por primera vez mostrar contra el más ilustre de los historiadores un mal carácter que ni va con mi talante generoso ni es connatural en mí.

Muchas cosas más podría decir sobre la naturaleza de 4
este escrito, pero me contentaré con estas pocas. Si he elegido argumentos certeros y acordes con mi propósito, tú podrás juzgarlo y todos los amantes de la literatura.

---

[4] Obra perdida, dirigida contra los asianistas y en defensa del ideal isocrático de la oratoria (cf. *Or. ant.* 4, 2 y n.; véase Introducción, apartado 1).

Propósito de este tratado

3 Mi intención con este tratado no es ni atacar las preferencias estilísticas de Tucídides y su talento literario, ni elaborar un catálogo de defectos, ni desprestigiarlo ni nada semejante, porque no es esta una obra en la que yo haya considerado que debía omitir todos sus aciertos y virtudes mientras me cebaba en pasajes no muy bien expresados. Por el contrario, es un catálogo de las características de su estilo, en el que incluyo tanto las que comparte con otros como aquellas que lo dis-
2 tinguen de los demás. Pero era obligado mencionar no sólo las virtudes que hay en sus escritos sino también los defectos que aparecían junto a aquellas. Porque no hay naturaleza humana tan autosuficiente que no cometa errores de palabra o de obra[5]: la naturaleza más poderosa es la que consigue más aciertos, pero también la que comete menos errores. Es ateniéndose a este principio como cada uno debe analizar lo que se va a decir aquí, para que no se convierta sin más en un acusador de mis preferencias estilísticas, sino en un analista imparcial de los rasgos peculiares del estilo de Tucídides.

3 Pero, puesto que yo no soy el primero que ha llevado a cabo este tipo de crítica, sino que son muchos —unos antes que nosotros y otros contemporáneos nuestros— los que han redactado escritos que buscan no el descrédito sino la verdad, puedo presentar innumerables testigos; pero me bastará
4 solamente con dos: Aristóteles y Platón. Así, Aristóteles no siempre está de acuerdo con su maestro Platón en las cues-

[5] Alcanzar todos los bienes y virtudes sin sufrir ningún daño ni defecto es algo imposible para el hombre, pues aquel que nada necesita a causa de su autarcía o es un dios o un animal: lo razonable es limitarse a acumular el mayor número de virtudes y a cometer los menos errores posibles (cf. Aristóteles, *Política* 1253a 28; Heródoto, I 32, 8-9; etc.).

tiones más importantes que aquel enseñó, entre ellas la teo-
ría de las ideas, del bien o de la mejor forma de gobierno[6].
Y, a su vez, el propio Platón quiere demostrar que Parméni-
des, Protágoras, Zenón[7] y otros muchos filósofos de la natu-
raleza estaban equivocados. Sin embargo, nadie lo censura
por esto, pues se entiende que el objetivo de la investigación
filosófica es el conocimiento de la verdad y que a partir de
este conocimiento se hace evidente la finalidad de la vida. Y 5
si nadie recrimina a los que, discrepando de las opiniones
establecidas, optaron por no alabar todas las opiniones de
los mayores, ¿cómo alguien puede recriminar a los que, de-
dicados a mostrar qué es lo característico del estilo de cada
autor, atestiguan que los que les precedieron no poseían to-
das las virtudes y que incluso algunas ni aparecen en sus es-
critos?

Aún me resta por justificar un solo punto. Se trata de 4
una acusación odiosa, pero que tiene muchos partidarios; sin
embargo, puede refutarse fácilmente, puesto que no se sos-
tiene: que, si en talento literario somos inferiores a Tucídi-
des y a los demás autores, estamos incapacitados para escri-
bir sobre ellos. Pues entonces ni podrían juzgar la técnica de 2

[6] El joven Aristóteles entró en la Academia de Platón en el 367 a. C., cuando contaba diecisiete años. Allí permaneció veinte años, hasta la muerte de Platón. Las primeras obras de Aristóteles, desgraciadamente perdidas, siguen a Platón en la forma —son diálogos— y en el fondo. Pero paulatinamente fue rompiendo con las doctrinas de su maestro hasta crear todo un sistema filosófico nuevo y original.

[7] Parménides de Elea, Magna Grecia (s. V a. C.), fue alumno de Jenófanes y proponía la búsqueda de la verdad despreciando cualquier dato obtenido por los sentidos, hasta el punto de negar la posibilidad del movimiento. Zenón de Elea fue discípulo de Parménides y recurrió a las célebres aporías para demostrar que el movimiento es un engaño de los sentidos. Sobre Protágoras, véase n. a *Isóc.* 1, 4. En cuanto a las discrepancias de PLATÓN con estos filósofos pueden constatarse en los diálogos homónimos, *Protágoras* y *Parménides*.

Apeles, Zeuxis, Protógenes[8] y demás pintores renombrados quienes no posean las mismas virtudes que ellos; ni tampoco las obras de Fidias, Policleto y Mirón[9] quienes no sean
3 artistas de su misma categoría. No necesito decir que en muchas ocasiones el particular es mejor juez que el artista, sobre todo de aquellas obras que nos sobrecogen de emoción a través de nuestra sensibilidad irracional, y que todo arte trata de hallar cuáles son esos criterios, pues de ellos depende su poder de fascinación.

Suficiente me parece este preámbulo, no sea que sin darme cuenta se me vaya el tratado en estas digresiones.

Los historiadores anteriores. Heródoto

5 Pero antes de comenzar con el tratado sobre Tucídides quiero hablar un poco de los otros historiadores, de los anteriores a él y de los que florecieron en su tiempo: así se verá claro cuáles fueron las preferencias estilísticas de Tucídides, con las que superó a los que le precedieron, y cuál fue su fuerza literaria.

2 Historiadores antiguos anteriores a la guerra del Peloponeso[10] hubo muchos y en muchos lugares. Entre ellos se en-

[8] Famosos pintores griegos del s. IV: Zeuxis de Heraclea (Magna Grecia), fue conocido como el pintor de la luz (Dionisio nos cuenta de él una curiosa anécdota en el *Im.* 1, 4); Apeles de Colofón fue el único al que se le permitió pintar la imagen de Alejandro Magno; Apeles fue también el descubridor de Protógenes de Cauno (Caria), cuando visitó Rodas y pagó un precio desorbitado por una obra de Protógenes (cf. Plinio, XXXV 88). Otros pintores famosos citados por Dionisio fueron Polignoto, Timantes y Parrasio (cf. *Dem.* 50, 4 y n.).

[9] Famosos escultores atenienses del s. v a. C. Mirón de Eléuteras, Ática, fue el autor del célebre «Discóbolo». Sobre Fidias, Policleto, Cálamis y Calímaco, véanse notas a *Isóc.* 3, 6.

[10] Con este nombre se conoce la guerra fratricida entre atenienses y espartanos, que se desarrolló entre los años (431 y 404 a. C.), y terminó con la derrota de Atenas. Fue el tema de la *Historia* de Tucídides.

cuentran Eugeón de Samos, Déyoco ⟨de Cícico, Bión⟩ de Proconeso, Eudemo de Paros, Democles de Fígela, Hecateo de Mileto, Acusilao de Argos, Carón de Lámpsaco y Ameleságoras de Calcedón; y un poco anteriores a la guerra del Peloponeso, pero que llegaron a ser coetáneos de Tucídides, son Helánico de Lesbos, Damastes de Sigeo, Jenomedes de Ceos, Janto de Lidia y muchísimos otros[11]. Todos estos his- 3
toriadores mostraron las mismas preferencias en la elección de los temas, y en cuanto a talento literario no había grandes diferencias entre ellos. Pues, a pesar de que unos escribieron historias de los griegos y otros historias de los pueblos bárbaros, no relacionaban unos acontecimientos con otros, sino que, repartiéndose los pueblos y las ciudades, publicaban independientemente unos de otros esas historias, pues perseveraban en un único y mismo objetivo: cuantas tradiciones orales de una región se conservaban por pueblos y ciudades, o bien textos escritos guardados en templos[12] o en lugares profanos, los publicaban para que fueran de conocimiento público de todos; y lo hacían tal como los encon-

[11] A estos primeros historiadores se les suele llamar *logográphoi* o *logopoioí*, quedando reservado el nombre de historiador *(syngrapheús)* para Heródoto y los historiadores posteriores. La mayoría eran de Asia Menor e islas del Egeo y, por tanto, pertenecían al área del dialecto jónico. Desde luego el más conocido es Hecateo de Mileto, que escribió unas *Genealogías* y fue el único citado por Heródoto (cf. *FGrH* 1 Jacoby). De los demás solo nos quedan escasos fragmentos de algunos de ellos: Eugeón de Samos, *FGrH* 535; Déyoco de Cícico, *FGrH* 471; Bión de Proconeso, *FGrH* 14 y 332; Eudemo de Paros, *FGrH* 524; Acusilao de Argos, *FGrH* 2; Carón de Lámpsaco, *FGrH* 262; Helánico de Lesbos, *FGrH* 4; Damastes de Sigeo, *FGrH* 5; Jenomedes de Ceos, *FGrH* 442; Janto de Lidia, *FGrH* 765. De los contemporáneos de Tucídides sobresalen Carón de Lámpsaco y Helánico de Lesbos (véase *infra* § 6, 1 y n.; *Pomp.* 3, 7).

[12] Sobre esta costumbre cf. Platón, *Leyes* 741c. Diógenes Laercio (IX 6) refiere que ya Heráclito depositó su libro *Sobre la naturaleza* en el templo de Ártemis en Éfeso.

traban, sin añadirles ni quitarles nada. Por tal motivo en esas historias también había relatos míticos, en los que se creía desde hacía mucho tiempo, y peripecias propias del teatro[13]
4 que al hombre de hoy le parecerían muy ingenuas. En general todos emplearon el mismo estilo, pues optaron por las mismas características dialectales[14] y por una expresión clara, corriente, pura, concisa y apropiada a los hechos, en la que se hacía evidente una técnica que carecía de artificios[15]. Por las obras de aquellos autores, en unos más y en otros menos, corría ciertamente una lozanía y una gracia que son la causa de que sus escritos aún perduren.

5 Heródoto de Halicarnaso, que nació poco antes de la guerra contra los persas y vivió hasta la guerra del Peloponeso, optó por publicar un tema de mayor importancia y más brillante: no quiso escribir sobre una sola ciudad o un solo pueblo, sino que reunió y encerró en una sola obra muchos acontecimientos diferentes ocurridos tanto en Europa como en Asia: remontándose al imperio lidio prolongó su *Historia* hasta la guerra contra los persas y recopiló en una sola obra todos los hechos sobresalientes que sucedieron a griegos y bárbaros a lo largo de esos doscientos cuarenta

---

[13] Los autores de tragedias (cf. Aristóteles, *Poética* 1452a 22; etc.) y, especialmente, los de la Comedia Nueva, recurrían a las «peripecias» *(peripéteia)*, esto es, cambios inesperados y hechos azarosos difíciles de creer.

[14] Desde Hecateo de Mileto y Heródoto la historia se escribía en Grecia en dialecto jónico (y así los historiadores citados antes en § 5, 2, con la excepción quizá de Acusilao de Argos). Pero Tucídides optó por el dialecto de su ciudad, el ático. Por lo demás, jónico y ático se consideraban dos variedades de un mismo dialecto (cf. § 23, 4 y n.).

[15] Con unas pocas palabras Dionisio resume las virtudes que debe poseer una buena expresión, y que son las que, por ejemplo, posee Lisias (cf. *Lis.* 13, 2).

años[16]. Y en cuanto a la expresión incorporó las virtudes que los historiadores anteriores no tuvieron en cuenta.

Originalidad de Tucídides en la elección del tema

Tras ellos vino Tucídides, que no 6
quiso ni erigir la historia de un solo lugar, como hicieron los seguidores de Helánico[17], ni tampoco reunir en una sola historia los acontecimientos ocurridos en todos los países ocupados por griegos y bárbaros, imitando así a Heródoto. Despreció la historia del primero porque la consideraba simple, mediocre y de poco provecho para los lectores. Y la del segundo por creerla de- 2
masiado amplia para que la inteligencia humana pudiera tener una visión global, y a la vez con todos los detalles de cada situación.

Eligió una sola guerra, la que libraron atenienses y peloponesios entre sí, y se entregó a su redacción. Vivió toda la 3
guerra hasta el final, y siempre mantuvo el cuerpo fuerte y la mente lúcida. No incorporaba los hechos que oía a cualquiera, sino los que conocía por experiencia propia, porque en ellos había estado presente; y de aquellos que no tomó parte a causa del exilio, se informó por los que conocían mejor los acontecimientos[18]. En primer lugar se apartó de 4
los historiadores anteriores a él con esta elección, me refiero a que optó por un tema que ni se componía de un solo hecho

---

[16] Si las Guerras Médicas tuvieron lugar durante los años 490-479 a. C., retrocediendo 240 años llegamos al 720 a. C., momento en que comenzaría la historia de los reyes lidios con el curioso relato del heraclida Candaules y Giges, antepasado de Creso (cf. Heródoto, I 7 ss.). Sin embargo, Candaules comenzó su reinado en el 700 a. C.

[17] Helánico escribió una *Historia del Ática* (cf. § 11, 3, 1.97.2); sin embargo, también dedicó obras (o quizá capítulos de una misma obra) a pueblos muy diferentes: egipcios, chipriotas, lidios, persas, escitas... (cf. *FGrH* 4, *Frs.* 53, 57, 58, 59 y 64 Jacoby respectivamente).

[18] Cf. Tucídides, I 22, 2; y, sobre su exilio, V 26, 5.

exclusivamente ni tampoco se dividía en multitud de episodios inconexos.

Exclusión de elementos míticos y fabulosos

5 En segundo lugar no añadió nada fabuloso a su historia ni alteró la narración para conseguir el engaño y la fascinación del vulgo, como hicieron los historiadores que le precedieron, hablando de lamias[19] que en bosques y valles surgían de la tierra; de náyades anfibias que salían del Tártaro y nadaban en alta mar, mitad mujeres mitad animales, en busca de encuentros carnales con hombres; de semidiosas, engendradas de esas uniones entre seres mortales y divinos; y otras historias que a nosotros hoy nos parecen increíbles y carentes de cualquier racionalidad.

7 No me empujó a decir esto el deseo de censurar a aquellos hombres, porque comprendo muy bien que incluyeran personajes fantásticos de los mitos al publicar historias de
2 pueblos y regiones. Pues en todas partes, ya como tradición de una región entera ya de una ciudad en particular, sobrevivieron algunos recuerdos de tales leyendas propaladas de boca en boca, como las que he mencionado. Los niños las recibieron de sus padres y ponían especial cuidado en transmitirlas a sus descendientes, por lo que exigían que quienes quisieran publicar para la comunidad esas historias debían redactarlas tal como las habían recibido de los antiguos. Para aquellos historiadores era forzoso colorear con esos episodios fabulosos las historias locales que ponían por escrito.

3 Pero a Tucídides, que eligió un acontecimiento único en el que estuvo presente, no le venía bien entremezclar su historia con prodigios espectaculares, ni siquiera para intentar el engaño de los futuros lectores, engaño que por naturaleza

[19] Cf. ESTRABÓN, I 2, 8 y X 3, 10.

llevan consigo esos relatos. Por el contrario, buscaba el provecho, como él mismo ha dejado claro en el preámbulo de su *Historia* cuando escribe textualmente[20]:

> La ausencia de hechos fabulosos probablemente hará que la audición de la obra se perciba más árida; pero si, cuantos deseen conocer con claridad tanto los acontecimientos que sucedieron como los que algún día puedan suceder iguales o muy semejantes a estos por su carácter humano, la juzgan provechosa, será suficiente para mí. Pues la lectura de mi obra la concibo más como una adquisición para siempre que como declamación para un día de certamen.

Todos los filósofos y oradores, y si no todos, la mayo- 8
ría[21], atestiguan abiertamente que este hombre prestó la mayor atención a la verdad —y todos deseamos que la historia sea sacerdotisa de la verdad—. Por ello, sin añadir nada injusto a los hechos, y sin suprimir nada justo, no se permitió licencias en la narración, sino que veló porque la opción elegida fuera irreprochable y pura, libre de toda envidia o adulación, y especialmente cuando enjuicia a los grandes
hombres. Así, al recordar en el libro I las virtudes que ador- 2
naban a Temístocles, las enumera sin asomo de envidia[22]; y, ocupándose en el libro II de las decisiones políticas adoptadas por Pericles, hace un encomio digno de la gloria con que todos lo celebraban[23]; y, si tenía que hablar del general De-

[20] Cf. TUCÍDIDES, I 22, 4.

[21] Dionisio debe de estar hablando de lo que acerca de Tucídides se decía en la Roma de su época, pues los autores antiguos griegos apenas si lo mencionan (véase la Sinopsis que anteponemos a este tratado).

[22] Cf. TUCÍDIDES, I 138.

[23] Cf. TUCÍDIDES, II 65.

móstenes[24], de Nicias el hijo de Nicérato, de Alcibíades[25] el hijo de Clinias y de otros generales y oradores, manifestaba
3 cuanto convenía a cada uno. No necesito presentar ejemplos de ello a quienes han leído su *Historia.*

Estas cualidades son las que uno podría señalar como aciertos de este historiador en el tratamiento de los hechos, porque son hermosas y dignas de ser imitadas. [Lo más importante de todo es que no dice nada falso intencionadamente ni mancha su conciencia.][26]

Defectos de Tucídides: la división de la materia

9 Y el mayor error de composición, y donde algunos le hacen reproches, lo comete en la parte más técnica del tratamiento de los hechos: la denominada «distribución»[27], un aspecto al que se debe atender en cualquier escrito, tanto si uno elige un tema de filosofía como de retórica. Este apartado se refiere a la división, el orden y la elaboración de las ideas.
2 Comenzaré con la división, advirtiendo que, a pesar de que los historiadores que le precedieron o bien dividieron

---

[24] Este Demóstenes, distinto del orador, fue un general ateniense (véase n. al § 26, 2, 7.69.4). Por cierto, Tucídides no le dedica ninguna palabra de homenaje cuando fue ejecutado en Sicilia junto con Nicias, del que sí hace un breve elogio (cf. Tucídides, VII 86, 2 y 5; en cuanto a Nicias véase *Lis.* 14, 2 y n.).

[25] Cf. Tucídides, VI 15, 2-4.

[26] Con seguridad el texto encerrado entre corchetes es una adición espuria; y muy temprana, pues se conserva en todos los códices.

[27] Una vez seleccionadas las ideas y los temas —es la «invención» *(heúresis)* o primera fase de la elaboración del discurso (véase *Lis.* 15, 1 y n.)—, se pasa a la segunda fase, la «distribución» *(oikonomía),* que según Dionisio consta de tres etapas: «división» *(diaíresis)* y clasificación de los temas e ideas (§ 9), «ordenación» *(táxis)* de los mismos (§ 10-12) y «elaboración» *(exergasía)* del guión o esquema, en el que se indica la extensión adecuada a cada hecho según su importancia (§§ 13 - 19). En la siguiente fase se hace la redacción *(léxis).*

sus relatos por regiones o bien por épocas, ambas formas fá-
ciles de seguir, a él le pareció conveniente no distribuirlas
de ninguna de estas dos maneras. Pues ni dividió la narra- 3
ción por regiones, siguiendo los lugares donde habían ocu-
rrido los hechos, como hicieron Heródoto, Helánico y otros
historiadores antes que él, ni por épocas, como hicieron los
que publicaron historias locales: estos dividían los relatos
por sucesiones de reyes o de sacerdotes o por períodos
olímpicos o por los arcontes elegidos para cargos anuales.
Tucídides, queriendo abrir un camino nuevo y no trillado 4
por otros, dividió su historia por veranos e inviernos, ⟨si-
guiendo las estaciones⟩[28]. Y por esto le ocurrió lo contrario
de lo que pretendía: esa división del tiempo por estaciones
no resultó más clara, sino más confusa. Por eso mismo es 5
sorprendente que no se diera cuenta de que, sucediendo mu-
chos hechos a la vez en muchos lugares diferentes, la narra-
ción, si se desmenuzaba en pequeños retazos, no podía con-
vertirse en aquella famosa «luz que resplandece pura en la
lejanía»[29], tal como los mismos hechos pusieron en evi-
dencia.

Por ejemplo, en el libro III (y este libro solo me bastará) 6
comienza relatando los acontecimientos de Mitilene[30]; pero

---

[28] Hay una laguna en el texto de 11 o 12 letras.

[29] Verso de autor desconocido, que Dionisio vuelve a citar en el § 30, 4 (cf. PÍNDARO, *Pítaca* III 75).

[30] En efecto, y eso que Dionisio sólo va a mencionar algunos de los muchos escenarios de la guerra por los que TUCÍDIDES pasa vertiginosamente en el libro III: Mitilene de Lesbos en el Egeo (§§ 2 - 6); Olimpia en el Peloponeso (§§ 8 - 16); Platea en el Ática (§§ 20 - 24); de nuevo Mitilene (§§ 25 - 50); Corcira en el mar Jónico (§§ 69 - 85); Sicilia (§§ 86 - 88); la expedición ateniense por las costas del Peloponeso (§ 91); la expedición de los peloponesios a la Dóride, región situada al norte de Delfos (§§ 92 - 93); la expedición del general Demóstenes a Léucade, Etolia, Naupacto y el Epiro en el mar Jónico (§§ 94 - 102); otra vez Sicilia (§ 103); Delos, en

antes de completar toda la narración pasa a las acciones de los lacedemonios; y no había terminado de decir lo más importante de aquellas, cuando trae a colación el sitio de Platea; y deja este también inconcluso para volver a la guerra de Mitilene; y de allí lleva la narración a la situación de Corcira, explicando cómo unos conspiraban en favor de los lacedemonios y los otros trataban de ganarse el favor de los atenienses; sin embargo, también deja este relato a la mitad para hablar brevemente de la primera expedición de los ate-
7 nienses a Sicilia; pero en seguida empieza a hablar de la expedición naval de los atenienses al Peloponeso y de la que por tierra hacen los lacedemonios contra la Dóride, y de ahí pasa a las acciones que el general Demóstenes llevó a cabo en Léucade y a la guerra contra Etolia; y de allí pasa a Naupacto; y dejando también inconclusas las guerras del Epiro la emprende de nuevo con Sicilia; y después de esto purifica Delos y se explaya con Argos de Anfiloquia, atacada por los de Ampracia.

8 ¿Hay que decir más? Todo el libro está dividido en retazos así. Ha destruido la continuidad del relato. Vamos perdidos, como es natural, y pasamos con mal humor por los lugares que se nos van mostrando, porque la mente, perturbada por la forma con que se desgarran los acontecimientos, no puede recordar fácilmente y con exactitud las narraciones
9 incompletas que acaba de oír. Porque es preciso que todo libro de historia esté bien trabado y sin interrupciones, y más cuando trata sobre muchos acontecimientos que no son fáci-
10 les de comprender. Que este sistema no es un modelo adecuado ni usual en materia histórica, es evidente: ninguno de los historiadores que le sucedieron dividió su historia por

el Egeo (§ 104); y, finalmente, Argos y Ampracia, ciudades situadas en el golfo de Ampracia, en el mar Jónico (§§ 105 - 114).

veranos e inviernos[31], sino que todos siguieron por los caminos trillados y habituales para alcanzar la claridad.

Otro defecto: la ordenación de la materia

También algunos le censuran la 10
forma de ordenar los hechos, porque ni eligió el momento preciso para comenzar su *Historia* ni la remató con un final adecuado; sin embargo, dicen que lo más importante de una buena distribución es elegir como punto de partida un momento en el que no haya sucedido nada antes y cerrar la narración con un final tal, que parezca que no queda nada por decir. Pues bien, afirman que él no prestó la atención necesaria a ninguna de las dos cosas.

El propio historiador les proporciona la base de esta 2
acusación. Pues comienza afirmando que la guerra del Peloponeso fue la mayor de las guerras acaecidas hasta entonces, tanto por su larga duración[32] como por los muchos sufrimientos que se padecieron; y quiere acabar el preámbulo no
sin antes decir las causas que dieron origen a la guerra. Cree 3
que dos son las causas: una verdadera, aunque no se diga abiertamente —la preponderancia creciente de Atenas—, y otra falsa, forjada por los lacedemonios —las tropas de auxilio que Atenas envió a Corcira contra los corintios[33]—. Pero no comienza la narración con la causa que le parecía verdadera, sino con la otra, y así escribe textualmente[34]:

---

[31] No es del todo cierto, porque siguieron este método los dos historiadores que continuaron allí donde TUCÍDIDES acababa su *Historia*: JENOFONTE comienza las *Helénicas* con ese sistema (pero en seguida lo fue abandonando) y el anónimo autor de las *Helénicas de Oxirrinco*.

[32] La guerra del Peloponeso duró 27 años. Cf. nota 10.

[33] Cf. TUCÍDIDES, I 45.

[34] TUCÍDIDES, I 23, 4-6; 24, 1.

23 4 Iniciaron esa guerra atenienses y peloponesios cuando rompieron el pacto de treinta años que habían acordado tras
5 la toma de Eubea[35]. Ya escribí antes las causas y los conflictos que motivaron la ruptura, para que nadie tenga que investigar nunca por qué sobrevino a los griegos una guerra
6 tan grande. Pues la verdadera razón, y la que menos se dice, creo que fue el que los atenienses se hicieron poderosos y provocaron el temor en los lacedemonios, hasta el punto de obligarlos a combatir. Pero las causas que se decían en público eran las que siguen.

Epidamno[36] es una ciudad que esta a la derecha para el que entra en el golfo jónico. Viven en sus proximidades los taulantios, un pueblo bárbaro de Iliria.

4 Y a continuación va narrando los acontecimientos de Epidamno, los de Corcira, los de Potidea[37], la asamblea de los peloponesios en Esparta y los discursos que allí se pronunciaron contra la ciudad de Atenas.

Después de extenderse hasta las dos mil líneas para narrar estos hechos, vuelve para explicar la que a él le parecía la verdadera causa. Y desde aquí comienza así[38]:

88 1 Los lacedemonios votaron romper los pactos y declarar la guerra a Atenas, no tanto convencidos por los discursos de los aliados como por temor a que los atenienses adquirieran mayor preponderancia, pues veían que la mayor par-
89 1 te de Grecia ya estaba sometida a aquellos. En efecto, los

[35] En el 446 a. C., Eubea se sublevó contra Atenas, pero Pericles sofocó la revuelta y castigó duramente a algunas ciudades; después firmó un tratado de no agresión con Esparta por el que, durante treinta años, ambas potencias se comprometían a mantener el *statu quo* (cf. Tucídides, I 114, 3 - 115, 1); pero la paz solo duró la mitad, hasta el 331 a. C.

[36] Epidamno es una ciudad de la Iliria en la costa del Adriático.

[37] Ciudad de la Calcídica, al norte del Egeo.

[38] Tucídides, I 88, 1; 89, 1.

atenienses se inmiscuyeron de tal manera en la política griega, que aumentaron mucho su influencia.

Después añade las acciones de la ciudad de Atenas —todas las que llevó a cabo desde las guerras médicas hasta la del Peloponeso— resumidamente y a la carrera, en menos de quinientas líneas.

Pero cayendo en la cuenta de que estos sucesos eran an- 5
teriores a los de Corcira y que la guerra no comenzó con esos sucesos sino con los de Corcira, escribe de nuevo textualmente[39]:

> No muchos años después de estos hechos[40] sucedieron 1 118
> las cosas que se han contado ya: los sucesos de Corcira, los de Potidea y cuantos fueron motivo de que se desencadenara esta guerra. Todas estas acciones que los griegos lleva- 2
> ron a cabo unos contra otros o contra los bárbaros sucedieron en los aproximadamente cincuenta años que median entre la retirada de Jerjes y el comienzo de esta guerra. En esos años los atenienses fortalecieron su imperio y acrecentaron su poder. Y los lacedemonios, aunque se daban cuenta, no lo impedían, excepto en contadas ocasiones, y se mantenían sin intervenir la mayor parte del tiempo, porque eran partidarios de no precipitarse en guerras, excepto si eran obligados, y porque entonces también estaban ocupados en guerras intestinas. Pero como el imperio ateniense crecía a la vista de todos y les comía su propia confederación, entonces ya no se mantenían tolerantes, sino que les pareció que debían actuar con todo el ardor y recuperar su fuerza, si podían; y así provocaron la guerra.

---

[39] Cf. Tucídides, I 118, 1-2.

[40] La guerra de Atenas contra la isla de Samos (441-439 a. c.), que termina con la victoria de Atenas.

11 Era necesario que él, al comenzar a investigar las causas de la guerra, presentara primero la que consideraba verdadera, pues la naturaleza pide que los sucesos primeros vayan antes que los últimos y que lo verdadero se diga antes que lo falso: si se hubiera dispuesto de tal modo, la entrada de la
2 narración habría tenido mucha más fuerza[41]. Y, de otro lado, ninguno de los que quieren defenderlo de este error podría decir aquello de que los hechos eran insignificantes y no merecían muchas palabras o que era un tema tan común y trillado por los que le precedieron, que no era necesario em-
3 pezar por ellos. Pues fue el propio Tucídides el que, por ser este un tema descuidado por los antiguos, lo consideró digno de incluirlo en un libro de historia, y así lo escribe con estas palabras textuales[42]:

> Puse por escrito esos hechos y he compuesto esta digresión porque era una época descuidada por todos los que me precedieron, que o bien escribieron historias sobre acontecimientos griegos anteriores a las guerras médicas o bien escribieron sobre las mismas guerras médicas. Precisamente entre ellos fue Helánico el que trató estos acontecimientos en su *Historia del Ática;* pero sólo hizo de ellos una mención breve y con una cronología poco detallada, y además servía para explicar de qué modo se formó el imperio ateniense.

---

[41] Según Dionisio Tucídides tendría que haber dispuesto así los antecedentes de la guerra: *a*) la causa verdadera de la guerra, explicando detalladamente cómo Atenas fue adquiriendo mayor preponderancia entre los griegos desde la guerras médicas hasta los pródromos de la guerra (479-434 a. C. = I 88-118); *b*) los pródromos o causa falsa de la guerra, para explicar brevemente cómo los hechos de Corcira y Potidea provocaron la ruptura del tratado de Eubea (433-432 a. C. = I 24-87); c) recriminaciones mutuas y declaración de guerra al año siguiente (432-431 = I 119-146).

[42] Tucídides, I 97, 2.

Esto es una prueba suficiente de que Tucídides no dis- 12
tribuyó la narración del mejor modo, y lo digo porque no eligió un principio conforme a la naturaleza.

Y a este defecto se añade el que tampoco acabara la *His- 2
toria* tal como lo exigían los acontecimientos más importantes. Pues, aunque la guerra duró veintisiete años y Tucídides vivió toda la guerra hasta su conclusión, llevó la narración sólo hasta el año vigésimo segundo, poniendo fin al libro VIII con la batalla de Cinosema[43]: sin embargo, había anunciado en el preámbulo que iba a recoger todos los hechos
que habían sucedido en esa guerra. Y en el libro V, al hacer 3
la recapitulación del tiempo que trascurre desde que empezó la guerra hasta que se acabó, escribe textualmente[44]:

> Para los que creen firmemente en los oráculos solo 3 26
> hubo un hecho que ratificara sus creencias. Y es que siem- 4
> pre conservo en la memoria, desde que comenzó la guerra hasta que acabó, que fueron muchos los que dijeron que la
> guerra iba a durar tres veces nueve años. Pues bien, viví 5
> la guerra entera y me daba cuenta de todo a causa de mi edad y también porque aplicaba mi entendimiento para saber con exactitud todo lo que acontecía. Pero sucedió que tuve que exiliarme durante veinte años tras dirigir como estratego la expedición a Anfípolis[45], por lo que he vivido

[43] No parece honesto acusar a Tucídides de no haber sabido concluir adecuadamente su *Historia*, pues Dion. Halic. era consciente de que la obra estaba sin acabar (cf. *infra* § 16, 2: «la dejó incompleta, *atelés*»); y cualquiera puede advertir que el libro VIII adolece de una revisión final. Además, en el preámbulo nada decía Tucídides de que iba a relatar todos los hechos acaecidos en la guerra, aunque vivió toda la guerra (cf. Tucídides, V 26, 4-5). En cuanto a Cinosema (la «Tumba del perro», pues allí estaba enterrada la reina de Troya, Hécuba, metamorfoseada en perra; cf. Eurípides, *Hécuba* 1265-1273; etc.) se hallaba frente a Troya, en la costa europea del Quersoneso tracio.

[44] Tucídides, V 26, 3-6.

[45] Véase la Sinopsis que precede a este tratado.

los sucesos en los dos bandos y, a causa del destierro, no menos entre los peloponesios. Además, por mi actitud des-
6 apasionada comprendía mejor los hechos. A continuación narraré las discrepancias que surgieron tras los diez años de tregua, la violación de la tregua y cómo se combatió entonces.

Otro defecto: extensión inadecuada a la importancia de los hechos

13 Y que es muy poco cuidadoso en la elaboración de los episodios al dar más extensión de lo conveniente a los sucesos más insignificantes mientras pasa de puntillas sobre acontecimientos que requerían una elaboración más completa, lo puedo demostrar aportando muchas pruebas, pero me bastará con unas pocas.

2 Cuando hacia el final del libro II comienza a narrar las primeras batallas navales entre atenienses y peloponesios, en las que los atenienses con sólo veinte naves contra las cuarenta y siete de los peloponesios ⟨***⟩[46] y combatiendo contra las naves de los bárbaros, varias veces superiores en número, destruían a unas y apresaban a las otras con todos sus hombres, aunque el número de estas era superior al total de las naves que los atenienses habían enviado a la guerra. Presentaré el texto literalmente[47]:

---

[46] Se supone una laguna considerable en el texto. Dionisio se refiere primero a dos batallas que se libraron en el golfo de Corinto, la de Patras (cf. Tucídides, II 83 - 84) y la de Naupacto (cf. II 86 - 92), a las que Tucídides dedica una gran espacio, mientras que a la importantísima victoria de Cimón en el Eurimedonte le dedica las pocas líneas que aquí recoge Dionisio (cf. I 100, 1); sin embargo, véase, por ejemplo, Plutarco, *Cimón* 12, 1 – 13, 3.

[47] Tucídides, I 100, 1.

> Después de estos hechos se libró una batalla por tierra y otra por mar junto al río Eurimedonte[48], en Panfilia, entre los atenienses con sus aliados y los medos; y en el mismo día los atenienses ganaban las dos batallas —el general que las dirigió fue Cimón el hijo de Milcíades—; y apresaron o destruyeron las doscientas trirremes fenicias.

Y lo mismo le ocurre a Tucídides con las batallas por 3
tierra, porque o se alarga más de lo necesario o las resume en menos líneas de las que merecían. Por ejemplo, todas las acciones que llevaron a cabo los atenienses en Pilos y en la isla llamada Esfacteria[49], en la que encerraron y sitiaron a los lacedemonios, comienza a narrarlas en el libro IV, pero las interrumpe para narrar otros acontecimientos de la guerra. Y, cuando vuelve para dar cuenta de los hechos que siguieron, describe con detalle y maestría todos los hechos que sucedieron en las batallas que libraron unos y otros, dedicando más de trescientas líneas a esas batallas, aunque en ellas no fueron muchos los que murieron ni los que se rindieron. Él mismo, resumiendo lo que ocurrió en ese frente, 4
escribe textualmente[50]:

> Murieron en la isla o fueron capturados vivos los siguientes: de los cuatrocientos veinte hoplitas que cruzaron a la isla fueron llevados vivos *(sc.* a Atenas) doscientos noventa y dos, y los demás murieron. Los espartanos que sobrevivieron fueron ciento veinte; y de los atenienses no murieron muchos.

---

[48] El río Eurimendonte desemboca en la costa sur de la actual Turquía, en un punto equidistante de las islas de Rodas y Chipre. Los persas, como carecían de una flota importante, contrataban naves y marinos fenicios como mercenarios.

[49] Esfacteria es una isla muy alargada que se extiende frente al puerto de Pilos, en el suroeste del Peloponeso (cf. § 25, 3; Tucídides, IV 30-41).

[50] Tucídides, IV 38, 5.

14 Cuando menciona la expedición de Nicias, que al mando de una escuadra de sesenta naves y dos mil hoplitas atenienses se dirigió al Peloponeso y, mientras mantenía sitiados a los lacedemonios en las ciudadelas, tomó por asalto las plazas de los eginetas, que se habían establecido en Citera y en Tirea[51], y arrasó gran parte del Peloponeso, tras lo cual regresó a Atenas con una gran cantidad de prisioneros[52], lo cuenta tan rápido como sigue. Veamos, por ejemplo, los acontecimientos de Citera[53]:

> Entablada la batalla los citereos resistieron poco tiempo, pues en seguida huyeron para refugiarse en la parte alta de la ciudad, y finalmente acordaron con Nicias y los demás generales entregarse a los atenienses si no se les condenaba a muerte.

2 O bien sobre el apresamiento de los eginetas que estaban en Tirea[54]:

> En esto los atenienses ocupan el lugar y, desplegándose inmediatamente con todo el ejército, toman Tirea e incendian la ciudad arrasando todo lo que había en ella. Y a los eginetas que no habían matado en los combates se los llevaban como prisioneros a Atenas.

---

[51] Los atenienses expulsaron de Egina, una isla situada frente a Atenas, a todos su habitantes, que fueron acogidos por los peloponesios en Tirea, ciudad situada en el centro de la costa este del Peloponeso, y en la isla de Citera, al sur del Peloponeso (cf. *infra* § 15, 4 = Tucídides, II 27).

[52] Cf. Tucídides, IV 53-57. Cuando, más tarde, los atenienses tomaron Esfacteria y llevaron los prisioneros a Atenas, los lacedemonios enviaron nuevas embajadas, pero esta vez no se recogen los discursos (cf. ibídem IV 41, 3-4).

[53] Tucídides, IV 54, 2.

[54] Ídem, IV 57, 3.

O bien otro ejemplo. Puesto que justo al principio de la guerra sucedió que sobre las ciudades de uno y otro bando se abatieron grandes desgracias, lo que hizo desear la paz a unos y otros, he aquí lo que dice sobre ese primer intento, cuando los atenienses, acuciados porque la región había sido arrasada por los espartanos y la ciudad estaba diezmada por la peste, y no esperando otra ayuda de ninguna parte, enviaron una embajada a Esparta con la intención de alcanzar la paz: Tucídides ni menciona los hombres que fueron enviados, ni los discursos que pronunciaron allí ni los discursos con que les replicaron, precisamente los discursos que convencieron a los lacedemonios a votar contra una tregua; por el contrario, de una manera frívola y desganada, como si se tratara de un hecho menor y sin importancia, escribe así[55]: 3

> Después de la segunda incursión de los peloponesios los atenienses, puesto que su región había sido arrasada por segunda vez y la peste junto con la guerra se abatía sobre la ciudad, cambiaron de opinión. Y culpaban a Pericles de haberlos arrastrado a luchar y de haber caído por su culpa en un sin número de desgracias. Entonces, favorables a llegar a un acuerdo con los lacedemonios, enviaron unos embajadores, pero no consiguieron nada.

Pero en otra ocasión posterior, cuando los lacedemonios enviaron una embajada a Atenas para rescatar a los trescientos que habían sido hechos prisioneros en Pilos[56], Tucídides sí recoge los discursos pronunciados entonces por los lacedemonios y detalla las causas por las que no se hicieron los pactos[57]. 4

---

[55] Ídem, II 59, 1.

[56] Cf. supra § 13, 3-4.

[57] Cf. Tucídides, IV 15-22.

15 Si, en efecto, al tratar de la embajada de los atenienses era suficiente con una exposición resumida de los hechos principales y no era necesario recoger los discursos ni los llamamientos a la paz de de los embajadores, puesto que los lacedemonios ni fueron persuadidos ni accedieron a los pactos, ¿por qué no mantuvo el mismo criterio con los embajadores que llegaron de Esparta a Atenas? Pues también ellos se marcharon sin lograr la paz. Y, si era necesario recoger detalladamente los discursos, ¿por qué pasó por alto los primeros con tanta desidia? No fue por falta de talento, creo, para encontrar argumentos en uno y otro sentido o pa-
2 ra componer discursos. Si la decisión de redactar cumplidamente sólo una de las embajadas obedecía a un plan, no puedo comprender por qué prefirió la de los lacedemonios a la de los atenienses; es decir, la última en el tiempo a la que ocurrió primero, la de los otros a la propia, la que se envió tras unos hechos insignificante a la que se envió tras los más graves sucesos.

3 La toma de ciudades, las devastaciones, los hombres reducidos a la esclavitud y otras desgracias semejantes que en muchas ocasiones Tucídides está obligado a describir, unas veces las hace aparecer como sufrimientos tan cruentos, terribles y dignos de lástima, que a los historiadores y poetas no deja opción de que puedan excederlo; pero otras veces las presenta tan modestas e insignificantes, que ninguna indicación hace caer en la cuenta a sus lectores de lo terribles que eran.

4 Así, si hablo de lo que escribió sobre los acontecimientos de la ciudad de Platea, de Mitilene o de Melos[58], no necesito traer aquí los célebres pasajes en los que con un talen-

[58] Sobre los trágicos sucesos de Platea, Mitilene y Melos cf. Tucídides, III 52-68, III 27-50 y V 84-116 respectivamente.

to magistral describe detalladamente las desgracias de aquellas gentes.

Sin embargo, en otras ocasiones pasa de corrido y, por su forma de redactarlos, hace que los sufrimientos parezcan insignificantes, como es posible comprobarlo en muchos pasajes de su *Historia,* de los que voy a recordar algunos:

> Por esa misma época los atenienses rompieron la defensa de Escione y mataron a los mayores de edad, mientras a los niños y a las mujeres los convirtieron en esclavos; y dieron la tierra a los plateos para que la cultivaran[59].
>
> A su vez los atenienses al mando de Pericles pasaron a Eubea y la arrasaron toda; impusieron una alianza a todas las ciudades, excepto a Hestiea, a cuyos habitantes expulsaron para quedarse ellos con la tierra[60].
>
> En ese mismo tiempo los atenienses expulsaron de Egina a todos los eginetas —hombres, mujeres y niños—, acusándolos de ser los que más incitaron a la guerra contra ellos[61]. Pues en cuanto a Egina, situada cerca del Peloponeso, les pareció que lo más seguro era enviar allí a sus propios colonos[62].

Otros muchos pasajes se podrían encontrar a lo largo de 16
toda la *Historia* que o han sido elaborados con extremado esmero y no se les puede añadir ni quitar nada o bien ha pasado por ellos con desidia y no conservan la más mínima señal de su célebre talento, especialmente en las arengas, en los debates dialogados y en los demás pasajes retóricos. Pa- 2
rece que, ocupado en corregir esos pasajes, dejó la *Historia*

59 TUCÍDIDES, V 32, 1. Escione es una ciudad de la península Calcídica, al norte del Egeo.

60 TUCÍDIDES, I 114, 3. Hestiea es la ciudad costera, en el norte de Eubea, que después se llamó Óreo.

61 Cf. TUCÍDIDES, I 67, 2.

62 TUCÍDIDES, II 27, 1.

incompleta, como también lo ha confirmado su contemporáneo Cratipo[63], que se ocupó de los acontecimientos que aquél pasó por alto y declaraba que esos pasajes retóricos no sólo eran un impedimento para la narración general de los hechos sino que también resultaban tediosos a los oyentes.
3 Dice que Tucídides, al darse cuenta de esto al final de la *Historia,* ya no añadió ningún pasaje retórico, aunque hubo muchos hechos de este tipo tanto en Jonia como en Atenas, pues tales eran todos los debates dialogados y las arengas
4 que se pronunciaron entonces. Si alguien confrontara el libro I con el VIII, parecería que ambos no participan de las mismas preferencias estilísticas ni del mismo talento literario; pues el I, que contiene pocos e insignificantes hechos, rebosa de pasajes retóricos; y, sin embargo, el VIII se compone de muchos y grandes acontecimientos mientras apenas contiene discursos.

17 A mí ya me pareció que incluso en los propios pasajes de retórica Tucídides sufrió ese problema, hasta el punto de que en temas y momentos semejantes unas veces intercaló discursos que eran innecesarios y otras pasó por alto lo que sí era preciso decir.

2 Es lo que hace, por ejemplo, en el libro III a propósito de la ciudad de Mitilene. Tras la toma de la ciudad y la llegada de los prisioneros que envió el general Paques[64], se ce-

---

[63] Mucho se ha discutido sobre la personalidad de este autor *(FGrH* 64 Jacoby), que para algunos estudiosos es sin más el historiador contemporáneo de Tucídides del que nos habla aquí Dionisio; pero para otros sería el autor de las *Helénicas de Oxirrinco* (véase n. al § 9, 10); y otros, en fin, ven en él a un historiador helenístico muy tardío.

[64] Paques, general ateniense a quien se habían rendido los habitantes de Mitilene, envió a Atenas a los cabecillas de la rebelión para que negociaran allí su suerte y la de los demás mitilenos (cf. Tucídides, III 35). Paques recibió a tiempo, en un emocionante *happy end,* el decreto de la

lebran dos asambleas en Atenas. Omitió por innecesarios los discursos pronunciados por los oradores en la primera asamblea, en la que el pueblo votó matar a los prisioneros y a todos los mitilenos que estuvieran en edad militar y esclavizar a las mujeres y a los niños[65]. Y, sin embargo, los discursos pronunciados por esos mismos oradores en la siguiente asamblea, en la que una especie de arrepentimiento se adueñó de la mayoría, y que trataban del mismo tema, los recoge por creerlos imprescindibles[66].

El célebre «Discurso fúnebre»[67], que Tucídides ofrece 18
íntegro en el libro II, ¿por qué razón lo coloca en ese libro y
no en otro? Pues, si tanto en los grandes desastres de la ciu-
dad, en los que muchos y valientes atenienses morían en
combate, era necesario pronunciar en su honor las acostum-
bradas palabras de lamento, como también era preciso hon-
rar a los muertos con discursos fúnebres de elogio en las
grandes hazañas que otorgaban gloria ilustre y poder a la
ciudad, creo que en cualquier libro convenía más que en ése
pronunciar dicho discurso fúnebre. Porque en este libro los 2
atenienses que caen en el primer ataque de los lacedemonios
eran ciertamente unos pocos, y ni siquiera esos realizaron
una hazaña brillante, según escribe el propio Tucídides. Pues,
como introducción a las palabras de Pericles, dice[68]:

> Dispuso (*sc.* Pericles) guardias por la ciudad y la mantenía todo lo tranquila que podía. También enviaba siempre fuera a algunos jinetes para evitar que la caballería enemi-

---

segunda asamblea por el que los mitilenos, que antes habían sido condenados a muerte, se salvaban (cf. TUCÍDIDES, III 49).

[65] Cf. TUCÍDIDES, III 36, 1-3.

[66] Cf. TUCÍDIDES, III 37-48.

[67] Cf. TUCÍDIDES, II 35-46.

[68] TUCÍDIDES, II 22, 1-2.

> ga, apartándose del grueso del ejército, hiciese incursiones contra los campos próximos a la ciudad.

Y añade que hubo una breve escaramuza

> en Frigia[69], entre un único escuadrón de jinetes atenienses, integrado también por tesalios, y los jinetes beocios. En esa escaramuza atenienses y tesalios no llevaban la peor parte; pero, al llegar los hoplitas en ayuda de los beocios, se produjo la huida de los primeros, aunque no fueron muchos los atenienses y beocios que murieron. Ese mismo día recogieron a los muertos sin pactar una tregua y al día siguiente los peloponesios erigieron un trofeo[70].

3 En el libro IV, en cambio, los que al mando del general Demóstenes se enfrentaron en torno a Pilos[71] a la fuerza de los lacedemonios y vencieron por tierra y por mar en sendas batallas, con las que la ciudad se llenó de orgullo, eran mu-
4 chos más y mejores que aquellos jinetes. ¿Por qué entonces a unos pocos jinetes que no habían aportado ninguna gloria ni poder a la ciudad los honra este historiador con unos funerales organizados por el estado y trae a Pericles, el más ilustre de los oradores, para pronunciar aquella oración tan elevada, digna de una tragedia y, sin embargo, a los que eran más y mejores, gracias a los cuales cayeron en poder de los atenienses los mismos que llevaron la guerra hasta las

[69] Esta Frigia (en griego es un neutro plural) era un lugar próximo a Atenas y nada tiene que ver con la región de Frigia en Asia Menor.

[70] Pequeño monumento (unas lanzas clavadas de las que se colgaban algunas armas arrebatadas al enemigo) que los vencedores, para dejar constancia de su victoria, erigían en el campo de batalla. Literalmente significa «vuelta», esto es, lugar donde el enemigo había emprendido la huida.

[71] Dionisio ya ha mencionado estos hechos en el § 13, 3-4 (cf. TUCÍDIDES, IV 26-41).

puertas de Atenas[72], y que merecían más que nadie esa honor, no les dedicó ese discurso fúnebre?

Pero, para no enumerar todas las demás batallas por tie- 5
rra y por mar en las que murieron muchos que merecían con más justicia ser honrados con discursos fúnebres de elogio que aquellos que patrullaban el Ática, quizá diez o quince jinetes: ¿los atenienses y los aliados que murieron en Sicilia en la expedición de Nicias y Demóstenes, unos en combates navales, otros en combates por tierra y otros, finalmente, en aquella desgraciada retirada, en total no menos de cuarenta mil[73], y que ni siquiera pudieron recibir los funerales acostumbrados, no eran mucho más dignos de lamento y de honores fúnebres? Tucídides ha desatendido tanto a estos últi- 6
mos que ni siquiera dice que la ciudad hizo demostración pública de duelo y que celebró las ceremonias fúnebres acostumbradas para los que morían en tierra extranjera y que designó para pronunciar el discurso en honor de aquellos a quien entonces era el orador de más valía[74]. Porque no es 7
natural que los atenienses se lamentaran con actos públicos por la muerte de quince jinetes y que a los que cayeron en Sicilia —según el listado de desaparecidos eran más de cin-

---

[72] Esto es, vencieron a los mismos que antes habían atacado el Ática y matado a aquellos pocos jinetes a quienes Tucídides honra con el discurso de Pericles (cf. TUCÍDIDES, IV 8, 1).

[73] Cuarenta mil era el número total de expedicionarios (cf. TUCÍDIDES, VII 75, 5; ISÓCRATES, *Sobre la paz* VIII 86), de los cuales regresaron vivos muy pocos (cf. TUCÍDIDES, VII 87, 6). Sin embargo, Dionisio afirma más abajo que fueron cinco mil los desaparecidos (§ 18, 7): quizá se confundió pensando en los cinco mil que partieron a Sicilia desde Corcira (cf. VI 43).

[74] Nada sabemos de estas ceremonias fúnebres, que, por lo que se desprende de TUCÍDIDES, quizá nunca se celebraron, pues durante mucho tiempo los atenienses fueron incapaces de hacer nada, embargados primero por la incredulidad y después por la cólera y el miedo (cf. VIII 1).

co mil[75]— no los consideraran dignos de ningún honor. Pero sí es natural que el historiador (pues voy a decir lo que pienso), queriendo utilizar la persona de Pericles y componer un discurso fúnebre como si lo hubiera pronunciado aquel, y puesto que murió en el segundo año de aquella guerra y ya no estuvo presente en ninguna de las desgracias que después de esta sucedió a la ciudad, reservara para un hecho insignificante y sin importancia un elogio que estaba por encima del mérito de aquella acción.

19 Cualquiera podría ver con más nitidez la incongruencia de este historiador en la elaboración de las ideas, si se piensa que, a pesar de haber pasado por alto muchos y grandes acontecimientos, alarga el preámbulo de la *Historia* hasta casi las quinientas líneas, pero sólo para demostrar que las empresas que anteriormente llevaron a cabo los griegos carecían de importancia y no eran dignas de compararse con esta guerra.

2 Pero ni eso es verdad, como se puede demostrar con muchos ejemplos[76], ni la lógica de la técnica retórica aconseja seguir semejante método en las amplificaciones (pues si algo es mayor que otras cosas pequeñas, no por eso es ya grande, sino sólo si es mayor que otras grandes). Le ha salido un preámbulo que contiene tantos y tan detallados ejemplos para demostrar su tesis, que por sí mismo es una obra
3 de historia. Sin embargo, los autores de manuales de retórica recomiendan que los preámbulos sean una muestra del discurso[77], en los que los oradores anticipen los puntos principales que se va a exponer. Pero esto lo hace precisamente

[75] Fueron muchos más (véase supra n. a § 18, 5).

[76] Dionisio estaba pensando en la guerra de Troya y, sobre todo, en las guerras médicas (cf. *infra* § 19, 3; 20, 1, 1.23.1).

[77] Cf. Aristóteles, *Retórica* 1415a 12; Anaxímenes, *Retórica a Alejandro* 29.

ya al final del preámbulo, cuando va a comenzar con la narración, y le dedica menos de cincuenta líneas. De modo que todo aquel cúmulo de noticias con las que echa por tierra la grandeza de Grecia los trae a colación sin ninguna necesidad: cuando dice que en la época de la guerra de Troya aún no se llamaba con este único nombre toda la Grecia[78], y que empezaron a atacarse unos a otros con naves sólo cuando les faltó alimento y[79]

> cayendo sobre ciudades que carecían de murallas o que estaban diseminadas en pequeñas aldeas las saqueaban, y que en esto pasaban la mayor parte del tiempo.

Otro ejemplo: ¿por qué había que hablar de la molicie en 4
que vivían los atenienses antiguamente y decir que trenzaban sus cabellos formando sobre sus cabezas copetes que recogían con cigarras de oro[80]? ¿Y a qué venía decir que los lacedemonios[81]

> fueron los primeros en mostrarse desnudos y que, desnudándose a la vista de todos, se untaban con aceite para los ejercicios físicos?

Otros ejemplos: de Aminocles, un naviero de Corinto, cuenta que fue el primero que equipó cuatro trirremes para los de Samos; de Polícrates, el tirano de Samos, cuenta que conquistó Renea y la consagró a Apolo delio; y de los foceos fundadores de Marsella cuenta que vencían a los carta-

---

[78] Cf. Tucídides, I 3, 2-4.

[79] Ídem, I 5, 1.

[80] Cf. Tucídides, I 6, 3. Las «cigarras» eran unos pasadores para el pelo con la forma de este insecto; estuvieron de modo en la época arcaica.

[81] Tucídides, I 6, 5.

gineses en una batalla naval[82]; y así otras muchas noticias semejantes a estas. ¿A qué venía contar estos detalles antes de la narración histórica?

Así tendría que haber escrito el preámbulo

20 Si por ley divina o humana me está permitido decir lo que pienso, me parece que el preámbulo tendría mucha más fuerza, si la última parte del mismo la hubiera añadido a la exposición inicial omitiendo todo lo que quedaba en medio; esto es, si lo hubiera dispuesto de la siguiente manera[83]:

11 Tucídides de Atenas escribió la guerra de los peloponesios y atenienses, la que libraron entre ellos, y la comenzó a escribir desde el momento en que se inició, puesto que previó que iba a ser grande y la más importante de las ocurridas hasta entonces. En efecto, comprobaba que ambos bandos habían alcanzado el máximo grado de preparación para ella con toda clase de equipamientos y veía también que el resto de Grecia se aliaba con uno u otro bando, unos
2 de inmediato y otros después de muchas deliberaciones. Y esa convulsión fue la mayor habida entre los griegos y parte de los pueblos bárbaros, y por así decirlo de casi toda la humanidad.

Pues los hechos que precedieron a esta guerra, y por supuesto los anteriores a ésos, resultaba imposible averiguarlos con claridad a causa del mucho tiempo transcurrido. Pero según las pruebas que, tras una investigación hasta los tiempos más lejanos, me parecen dignas de crédito, no

---

[82] Cf. Tucídides, I 13, 2-6. Polícrates fue tirano de Samos desde el 532 al 522 a. C. Renea es la isla de las Cícladas que está separada de Delos, la isla sagrada de Apolo, por un estrechísimo canal: Polícrates las unió con una cadena (cf. Tucídides, III 104, 2). Los de Focea, ciudad de la Jonia, fundaron Marsella hacia el 600 a. C.; pero se ha discutido mucho sobre si esta batalla fue la de Alalia, que tuvo lugar en Córcega hacia el 535 a. C. (cf. Heródoto, I 166).

[83] Tucídides, I 1, 1-2; 21, 1 - 23, 5.

creo que fueran acontecimientos importantes, tanto si nos referimos a guerras como a otro tipo de sucesos... Pues ni 21
puedo[84] dar mayor crédito a los poetas, porque han creado poemas para glorificar aquellos hechos y engrandecerlos, ni tampoco a los que compusieron historias, porque escribieron preocupados más de fascinar al auditorio que de buscar la verdad. Aquellos relatos, en efecto, no se pueden contrastar y la mayoría de ellos con el tiempo se han convertido en fábulas imposibles de creer. Sin embargo, a partir de los datos más evidentes sí creo haber encontrado con cierta seguridad cuál era la cronología de los hechos que relato.

Y, aunque los hombres creen que la guerra en la que 2
combaten es la más importante, sin embargo, una vez que dejan de combatir, vuelven a admirar más las antiguas. Pues bien, para quienes examinen los hechos se hará evidente que esta guerra fue más importante que las anteriores.

En cuanto a los discursos que pronunciaron los de uno 22
y otro bando antes de la guerra y durante la guerra resultaba difícil recordarlos textualmente tanto a mí, si los había oído personalmente, como a los que por otras fuentes me los referían a mí. Así pues, lo que me parecía que cada uno habría dicho según exigían las circunstancias del momento, y teniendo en cuenta el sentido que más se podía aproximar a lo que realmente se dijo, así los he redactado.

Por lo que respecta a los hechos que sucedieron en la 2
guerra me pareció que no debía redactarlos ni tal como me llegaban ni como a mí se me antojara, sino que debía describirlos uno por uno y con la mayor exactitud posible, tanto aquellos en los que estuve presente como los que supe
por otros. Pero encontraba muchas dificultades, porque los 3

[84] Tucídides, según Dionisio, tendría que haber omitido del preámbulo los §§ 2 - 20, esto es, la llamada «Arqueología». Al enlazar los dos pasajes Dionisio altera el texto de Tucídides y pasa de la tercera persona a la primera.

que estuvieron presentes no decían lo mismo de las mismas cosas, sino según fuera su memoria o sus simpatías con uno u otro bando.

4 La ausencia de hechos fabulosos probablemente hará que la audición de la obra se perciba más árida; pero si, cuantos deseen conocer con claridad tanto los acontecimientos que sucedieron como los que algún día puedan suceder iguales o muy parecidos a estos por el carácter humano, la juzgan provechosa, será suficiente para mí. Pues la lectura de mi obra la concibo más como una adquisición para siempre que como declamación para un día de certamen.

23 De los hechos anteriores el mayor acontecimiento fue
la guerra contra los medos. Y, sin embargo, se decidió en
dos combates navales y dos terrestres[85]. Pero la duración
de esta guerra se prolongó largamente y Grecia hubo de
soportar muchos sufrimientos, tantos como nunca antes so-
2 portó en igual espacio de tiempo. Porque ni tantas ciudades
conquistadas quedaron despobladas —unas por los bárba-
ros y otras por los propios griegos que combatían entre sí,
y también las hubo que al ser tomadas expatriaban a sus
habitantes—, ni nunca hubo tantos hombres en el exilio ni
tantos crímenes —unos cometidos en actos de guerra y
3 otros en luchas intestinas—. Los desastres que antes se
contaban sólo de oídas, porque de hecho muy rara vez
habían sucedido, ya no resultaron increíbles: como los te-
rremotos, que afectaron a la mayor parte de la tierra y fue-
ron fortísimos; los eclipses de sol, que ocurrieron con más
frecuencia de lo que se recordaba de tiempos anteriores; y
también hubo sequías, algunas grandes, y con ellas las
hambrunas; y la no menos dañina y mortífera enfermedad
para una parte de la población, la epidemia de peste. Todas
estas desgracias sucedieron a la vez que esta guerra.

[85] Tucídides se refiere sólo a las batallas que tuvieron lugar durante la segunda expedición persa dirigida por Jerjes (480-479 a. C.): Artemisio, Salamina, Termópilas y Platea.

Iniciaron esta guerra atenienses y peloponesios cuando 4
rompieron el pacto de treinta años que habían acordado tras la toma de Eubea. Ya escribí antes las causas y los conflic- 5
tos que motivaron la ruptura, para que nadie tenga que investigar nunca por qué sobrevino a los griegos una guerra tan grande.

Acerca de la expresión

Ésos son los errores y los aciertos 21
de este historiador en el apartado de los hechos.

Y en cuanto a los de la expresión, 2
que es donde el estilo de este autor se hace especialmente evidente, voy a hablar ahora. Pero sobre este aspecto quizá sea necesario recordar antes de cuántas partes se compone la expresión y qué virtudes la adornan. Y también será necesario que muestre cómo era la expresión que Tucídides heredó de los historiadores que le precedieron y qué partes innovó adelantándose a todos, tanto si fue para bien o para mal, sin pasar nada por alto.

Primero recordaré que toda expresión se compone de 22
dos partes principales, una que atiende a la elección de las palabras, con las que se hacen evidentes los hechos, y otra a la disposición de los elementos menores y mayores[86]. Segundo, que cada parte se divide a su vez en otros dos apartados[87]: con la elección de las partes de la oración (me refiero a los sustantivos, verbos y conjunciones[88]) se consigue un
lenguaje propio o bien uno figurado y con la disposición de 2
las mismas se crean sintagmas, oraciones o períodos. Terce-

[86] Los elementos menores son los fonemas (cf. *Dem.* 39, 1) y los mayores los formados con las combinaciones de estos: palabras, sintagmas y oraciones.

[87] En cuanto a las dos caras del lenguaje, cf. *Dem.* 51, 5.

[88] Cf. *Dem.* 48, 1.

ro, que con estas dos clases de elementos (me refiero a las palabras simples e indivisibles por un lado y a las expresiones que se forman con la combinación de éstas por otro) se crean las llamadas figuras[89]. Cuarto, que en cuanto a las virtudes de la expresión unas son necesarias y están presentes en todo discurso de provecho y otras son adornos que, cuando las primeras subyacen como fundamento, entonces sí adquieren fuerza por sí mismas, como ya ha quedado di-
3 cho muchas veces antes[90]. De modo que no es necesario que ahora yo repita otra vez a partir de qué principios y preceptos se consigue cada una de las virtudes, puesto que son tantos y, además, ya están recogidos y elaborados de una forma detalladísima[91].

La expresión de los otros historiadores

23 Pero a qué virtudes recurrieron con frecuencia todos los historiadores que precedieron a Tucídides y a cuáles rara vez, ahora, tal como prometí[92], voy a explicarlo resumidamente comenzando desde el principio. Así, cualquiera podrá conocer con más exactitud el estilo peculiar de este autor.

---

[89] El lenguaje figurado se consigue alterando la expresión o el pensamiento (cf. § 23, 5: *schēmatízein tàs léxeis kaì tàs noḗseis):* son las figuras *(schḗmata)* de dicción y de pensamiento respectivamente. Sabemos por Quintiliano que Dionisio llegó a escribir un tratado sobre las figuras literarias (véase Introducción, apartado 3).

[90] Sólo más adelante (cf. § 23, 6) hace Dionisio esta doble distinción entre las virtudes de la expresión, al clasificarlas en necesarias (pureza, claridad, concisión y escrupulosidad dialectal) y meros adornos (sublimidad, bella dicción, solemnidad y grandilocuencia).

[91] Véase sobre los tratados de *Arte retórica* la Introducción, apartado 2.

[92] Tal como prometió (cf. supra § 21, 2), Dionisio va a comparar el estilo de Tucídides con los historiadores que le precedieron, empezando por los más antiguos.

Acerca de los muy antiguos, de los que tan sólo sabemos sus nombres, no puedo concretar qué clase de expresión emplearon, si era simple, escueta y sin adornos —con solo lo útil y necesario— o era pomposa, digna, elaborada y recargada de adornos superfluos. Pues ni las obras de la mayoría de ellos se han conservado hasta nuestros días ni hay que creer que las que se han conservado son en su totalidad de aquellos autores: entre estas últimas hay que incluir las de Cadmo de Mileto, las de Aristeas de Proconeso[93] y las de otros autores semejantes a estos. 2

3

Y entre los que nacieron antes de la guerra del Peloponeso y llegaron a ser coetáneos de Tucídides todos tuvieron, en la inmensa mayoría de los casos, parecidas preferencias estilísticas, aunque unos eligieron el dialecto jónico, muy floreciente entonces, y otros el ático arcaico, que presentaba pequeñas diferencias con respecto al jónico[94]. Todos ellos, como decía[95], intentaban conseguir una expresión natural más que una figurada, que en todo caso utilizaban como una especie de aderezo. Así pues, todos usaban una parecida disposición de palabras, que era sencilla y descuidada; incluso para crear figuras de dicción o de pensamiento recurrieron generalmente a un lenguaje usual, común y habitual para todos. 4

5

[93] Cadmo de Mileto *(FGrH* 489 Jacoby) y Aristeas de Proconeso, isla del actual Mar de Mármara *(FGrH* 35 Jacoby), se cuentan entre los primeros griegos que escribieron en prosa; pero la personalidad de estos autores se pierde en la leyenda. Sobre Aristeas nos habla extensamente Heródoto (cf. IV 13-16); y ambos son citados por Estrabón *(Geografía* I 2, 6 y 10 respectivamente). Mayor realidad histórica tienen los autores citados antes (cf. supra § 5, 2).

[94] El jónico y el ático se consideran dos variedades de un mismo dialecto griego, el jónico-ático. Sobre la elección de ático o jónico véase supra § 5, 4 y n.

[95] Cf. supra § 5, 3-4.

6 La expresión de todos ellos posee las virtudes necesarias (pues es suficientemente pura, clara, concisa y mantiene las peculiaridades de cada dialecto); y en cuanto a las que son meros adornos, pero precisamente las que revelan el talento de un orador, ni aparecen todas ni alcanzan el nivel más alto, pues son infrecuentes y modestas —hablo de la sublimidad, de la bella dicción, de la solemnidad y de la grandilocuencia—. La expresión de aquellos tampoco posee tensión, ni gravedad, ni emoción capaz de despertar la mente ni un espíritu fuerte y combativo, con los cuales se logra la denominada vehemencia; excepto la de uno solo de ellos, Heródoto.

La expresión de Heródoto

7 Éste, por la elección de las palabras, por la forma de disponerlas y por la variedad de la figuras, aventajó con diferencia a los demás. Consiguió que la expresión en prosa fuera semejante a la más poderosa expresión poética por su capacidad persuasiva, sus muchos encantos y el más alto grado de pla-
8 cer. Y en cuanto a las más grandes y brillantes virtudes tampoco quedó atrás en ellas, con la excepción de las que son propias de los discursos de debate, ya porque no estuviera bien dotado para ellas ya porque, siguiendo un plan premeditado, las despreciara por no adecuarse a su historia. En efecto, este autor no introduce muchas arengas ni discursos de debate, y además carece de fuerza cuando con el relato de los hechos pretende conmover y estremecer.

La expresión de Tucídides

24 Después[96] de este autor, y de los otros que recordé antes, vino Tucídides, que, reconociendo las virtudes de cada uno de ellos, se afanó por ser el

[96] DION. HALIC. reproducirá, con algunas modificaciones, el pasaje § 24, 1-12 en *Seg. Ameo* 2, 2.

primero en aplicar a la materia histórica un estilo peculiar, hasta entonces ignorado por todos:

— En cuanto a la elección de las palabras prefirió la expresión figurada, insólita, arcaizante y extraña en vez de la común y habitual de sus contemporáneos.

— Por lo que respecta a la disposición de los elementos 2
mayores y menores[97] prefirió la expresión digna, claveteada, vigorosa y sólida, que rae los oídos con el martilleo de los sonidos al chocar entre sí[98], en vez de la sonora, blanda y pulida, que carece de tal martilleo.

— Pero prestó la mayor dedicación a las figuras, con las
que especialmente quiso diferenciarse de los demás. Pasó 3
los veintisiete años que duró la guerra, desde el principio
hasta el final, dándole vueltas arriba y abajo a los ocho úni-
cos libros que dejó, limando y puliendo uno por uno cada
elemento de la expresión: unas veces a partir de una palabra
crea una frase y otras veces resume una frase en una pala-
bra; ahora utiliza un verbo como sustantivo y a continuación 4
inventa un verbo a partir de un sustantivo; y al sustantivo de
nuevo le da la vuelta en su uso para convertir el nombre
común en propio y el propio en común; los verbos pasivos 5
los emplea como activos y los activos como pasivos; también cambia el significado natural del singular y del plural al aplicarlos con el sentido contrario; une femeninos con masculinos, masculinos con femeninos, y neutros con masculi-

[97] Palabras y frases por un lado y fonemas por otro; véase n. al § 22, 1; *Dem.* 39, 1.

[98] Ésta es la primera alusión de Dionisio a los sonidos producidos por los choques de ciertos fonemas, y que será un punto básico de su teoría sobre las armonías, aunque aquí la armonía austera o claveteada se valora muy negativamente (véase también *Lis.* 3, 8 y n.). Pero después Dion. Halic. desarrollará esta teoría en el *Sobre la composición literaria* (cf. §§ 21-24) y, finalmente, la aplicará, como un método nuevo y original, al estudio sobre el estilo de Demóstenes (cf. *Dem.* 43-46 = *Demóstenes*-2).

nos o femeninos, de modo que la concordancia natural se
6 extravía; en la declinación de los sustantivos y participios
altera el significante para hacerlos concertar por su signifi-
cado[99], y otras veces altera el significado para mantener el
significante; y en el empleo de las conjunciones y preposi-
ciones, y sobre todo de aquellas que sirven para precisar el
significado de las palabras, se permite licencias propias de
7 un poeta. Uno podría encontrar en Tucídides muchísimas
figuras basadas en apóstrofes a personas, enálages en los
tiempos verbales e incumplimientos de las prescripciones
recogidas en los tópicos[100]. Todas esas figuras se alejan del
lenguaje habitual y toman el aspecto de verdaderos solecis-
mos; y de esta clase son también todos aquellos pasajes en
los que encontramos hechos en vez de personas y personas
8 en vez de hechos; o las argumentaciones, en las que, tras
muchas inserciones y muy extensas, se mantiene la ilación;
y los relatos tortuosos, enrevesados, inextricables y todos
9 los demás de este género. Uno podría encontrar también en
la obra de Tucídides no pocas figuras efectistas: me refiero a
los paralelismos, las paronomasias y las antítesis, de las que
abusaron Gorgias de Leontinos, los seguidores de Polo y de
10 Licimnio y muchos otros coetáneos de Gorgias[101]. Pero lo
más revelador y característico de Tucídides es que intenta
contar el mayor número de hechos con el menor número de
palabras; que sintetiza muchos pensamientos en uno solo; y
que deja colgado al oyente, que esperaba oír más cosas. Por
todo ello su brevedad se vuelve oscura.

---

[99] Concordancia *ad sensum* (en griego *katà sýnesin)*.

[100] Los tópicos o lugares comunes eran recopilaciones sistemáticas de preguntas sobre una serie de cuestiones que permitían al orador encontrar los temas y argumentos sobre los que construir el discurso. Eran preguntas del tipo: ¿por qué lo hizo?, ¿lo hizo conscientemente?, ¿lo hizo solo?, etc.

[101] Sobre el estilo de Gorgias y sus imitadores véase n. a *Lis.* 3, 4.

Para resumir, cuatro son las que podríamos llamar «herramientas» con las que Tucídides construye la expresión: la invención de palabras, la variedad de figuras, la aspereza de la armonía y el torbellino de conceptos. Y las coloraciones de su expresión son la rudeza, la densidad, la acritud, la sobriedad, la gravedad, la vehemencia, el horror y, por encima de todo, el patetismo. 11

Tal es, en cuanto a la expresión, el estilo de Tucídides, con el que se distinguió de los demás. Y, en efecto, cuando esas preferencias estilísticas y el vigor concurren, entonces los aciertos y la genialidad son perfectos; pero, si falta la fuerza y no se puede mantener la tensión hasta el final, la expresión se vuelve oscura a causa de la rapidez en la exposición, y se carga de algunos vicios del todo inapropiados. 12

Pues utilizar expresiones extrañas o neologismos, cuando hay que recurrir al lenguaje figurado, y, llegado a un punto, ponerles un tope es un principio literario bello y necesario en toda obra, pero que Tucídides no cumple a lo largo de toda la *Historia*. 13

Ejemplos de algunos pasajes de Tucídides

Una vez hecha la recapitulación de las características de Tucídides es el momento de ir a las demostraciones. No dividiré mi discurso en apartados para examinar las características una por una, subordinando el estilo de Tucídides a cada una de ellas, sino por pasajes y temas: elegiré fragmentos de la narración y de los discursos[102]; y, además de los aciertos y los errores tanto en el fondo como en la forma, expondré las causas de por qué lo son. De nuevo te pido, a ti y a los de- 25 2

[102] A Dionisio no le gusta subdividir la exposición en muchos apartados: prefiere confrontar pasajes enteros en vez del análisis minucioso virtud por virtud (cf. *Iseo* 14, 4 y n.). Los ejemplos extraídos de las narraciones ocupan los §§ 25 - 33 y los de los discursos los §§ 34 - 48.

más amantes de la literatura en cuyas manos caiga este tratado, que recordéis mi propósito inicial al elegir este tema: hacer una exposición del estilo de Tucídides que contenga todas las cualidades que hay en él así como señalar las que faltan, con el objetivo de que sea útil para los que quieran imitar a este hombre[103].

El preámbulo (I 1, 2-2, 2)

3 En el principio del preámbulo, cuando parte de la premisa de que la guerra del Peloponeso fue la mayor de las habidas hasta entonces, escribe textualmente[104]:

> Pues los hechos que precedieron a esta guerra, y por supuesto los anteriores a estos, resultaba imposible averiguarlos con claridad a causa del mucho tiempo transcurrido. Pero según las pruebas que, tras una investigación hasta los tiempos más lejanos, me parecieron dignas de crédito, no creo que fueran acontecimientos importantes, tanto si nos referimos a guerras como a otro tipo de sucesos[105]. Pues parece que lo que ahora llamamos Grecia no tenía antes una población estable, sino que al principio hubo emigraciones y todos abandonaban su territorio sin resistencia siempre que eran obligados por pueblos más numerosos. Y, puesto que no había comercio ni podían mantener relaciones sin temor unos con otros por tierra o por mar, sino que cada uno cultivaba sólo la tierra necesaria para sobrevivir y no producían excedentes ni cultivaban la tierra[106] ***

---

[103] Cf. supra § 3, 1-2.

[104] Tucídides, I 1, 2 - 2, 2.

[105] Aquí Tucídides, según Dionisio (cf. supra § 20, 1), tendría que haber omitido todo el pasaje siguiente (I 2, 1 - 20, 3); esto es, la llamada «Arqueología».

[106] Hay una laguna importante en el texto, que debía contener el comentario de Dionisio al Preámbulo, del que ya ha hecho una crítica muy negativa (cf. §§ 10 - 12 y 19 - 20).

Un pasaje mal organizado: los combates en Esfacteria (Pilos) (IV 34, 1)

⟨Como los lacedemonios ya no podían responder con ímpetu allí donde eran acosados[107], los de la infantería ligera *(sc.* ateniense) se percataron de que aquéllos se defendían ya con más lentitud y, dando la mayor muestra de valor a la vista de que su superioridad numérica era evidente y también porque, acostumbrados cada vez más a hacerles frente, ya no les parecían tan temibles —pues por el momento no habían sufrido desgracias equiparables a las que esperaban, como cuando aquella primera vez desembarcaban abatidos por la idea⟩ de que iban a enfrentarse a los lacedemonios—, despreciándolos los atacaron todos a una con un gran griterío.

Este pasaje debería haberse organizado no de la manera 4
que lo ha hecho Tucídides, sino de otra más corriente y provechosa: la parte final debería haberse puesto al principio y las frases centrales dejarlas ocupando el final. La expresión, tal y como está dispuesta, es más retorcida y vehemente; pero habría quedado más clara y agradable, si se la hubiera construido de esta otra forma:

«Como los lacedemonios ya no podían responder con ímpetu allí donde eran acosados, los de la infantería ligera *(sc.* ateniense) se percataron de que aquellos se defendían ya con más lentitud y, reagrupándose y con un gran griterío, los atacaron todos a una. Aquella demostración de valor se produjo al ver que eran mucho más numerosos y también al despreciarlos porque ya no les parecían tan temibles, pues por el momento no habían sufrido desgracias equiparables a las que esperaban: la angustia que sintieron cuando aquella

[107] Se trataba de un terreno abrupto en la isla de Esfacteria, donde la infantería ligera ateniense se desenvolvía mejor que los pesados hoplitas espartanos (cf. TUCÍDIDES, IV 33, 2).

primera vez desembarcaban abatidos por la idea de que iban a enfrentarse a los lacedemonios.»

26 Si exceptuamos todo lo referente a la manera de disponer el texto, lo demás está dicho con las palabras más idóneas y se ha adornado con las figuras más adecuadas. Para resumir: no le falta ninguna virtud, ni en la forma ni en el fondo (no necesito enumerarlas de nuevo).

Un pasaje magnífico: la batalla de Siracusa

2 En el libro VII, cuando relata el último combate naval entre atenienses y siracusanos, ha descrito los acontecimientos con estas palabras y estas figuras[108]:

69 4 Demóstenes, Menandro y Eutidemo[109] (pues estos fueron los generales que embarcaron en las naves atenienses) tras levar anclas se dirigían, cada uno desde su base, directamente hacia la barrera de barcos que cerraban la boca del puerto[110] y hacia el canal que se había dejado libre, con la intención de habilitar una salida al exterior.

---

[108] Tucídides, VII 69, 4 - 72, 1.

[109] Generales atenienses. Demóstenes tuvo un papel importante en los sucesos de Acarnania, Pilos y Siracusa (cf. Tucídides, III 105 - 114; IV 3, ss.; y VII 16, ss. respectivamente); los lacedemonios, en venganza por los sucesos de Pilos, lo condenaron a muerte junto con Nicias (cf. supra § 8, 2 y n.). En cuanto a Menandro y Eutidemo, elegidos por los atenienses para apoyar a Nicias (cf. Tucídides, VII 16, 1), Tucídides no volverá a mencionarlos.

[110] La escuadra ateniense, que había establecido su base militar dentro del Puerto Grande de Siracusa (cf. Tucídides, VI 65, 3 - 66, 2), quedó encerrada tras la derrota anterior (cf. Tucídides, VII 52, 2 - 54, 1), pues los siracusanos bloquearon la boca del puerto anclando naves y encadenándolas unas a otras hasta formar una gran barrera de barcos, excepto el paso navegable del que nos habla aquí Tucídides (cf. Tucídides, VII 59, 2-3). Ahora los atenienses necesitaban salir desesperadamente de esa ratonera; pero los siracusanos desplegaron sus naves por el interior del puerto for-

Pero los siracusanos y sus aliados, que habían zarpado 70 1
antes con un número parecido de naves al de la vez anterior[111], no solo protegían ya el canal con una parte de ellas, sino el resto del puerto formando un círculo, para lanzarse sobre los atenienses desde todas las partes a la vez. Y al mismo tiempo el ejército de tierra venía a reforzarlas incluso allí donde estaban en superioridad. Mandaban la escuadra siracusana Sicano y Agatarco[112], cada uno al frente de un ala del ejército, y Pitén[113] y los corintios en el centro.

Cuando los primeros atenienses alcanzaban la barrera 2
de barcos, con el impulso de las naves desbarataban en el primer envite contra la barrera la alineación de los barcos y se ponían a romper las ligaduras; pero en seguida, echándose sobre ellos los siracusanos y los aliados desde todas partes, comenzó la batalla naval no sólo junto a la barrera sino por todo el puerto; y jamás hubo antes otra batalla más violenta que esta. Mucho coraje mostraban los marinos de 3
uno y otro bando en el ataque, cuando se les daba esa orden; mucha era la habilidad con la que los timoneles respondían a las maniobras del enemigo, y mucha la emulación entre ellos; los soldados de marina, cuando una nave abordaba a otra, procuraban que sus maniobras en cubierta no quedaran a la zaga de la técnica de los timoneles; y todo el mundo, cada cual en el puesto que se le había asignado, se afanaba por mostrarse el primero.

Y, puesto que luchaban muchas naves en un pequeño 4
espacio (pues ese fue el mayor número de naves que combatió nunca en un espacio tan reducido, tantas que poco faltó para que sumaran doscientas entre las de uno y otro

mando un gran círculo; y en tierra, tras las naves, colocaron a la infantería y a la caballería para reforzar el cerco.

[111] En aquella ocasión fueron setenta y seis naves siracusanas (cf. Tucídides, VII 52, 1).

[112] Generales siracusanos citados por Tucídides sólo en un par de ocasiones.

[113] General corintio tan desconocido como los dos anteriores.

bando), hubo pocos ataques en regla, al no ser posible remar hacia atrás y efectuar la embestida[114]; la inmensa mayoría fueron encontronazos que se producían cuando una nave, evitando o atacando a otra, abordaba de forma fortui-
5 ta a una tercera. Cuando una nave se lanzaba contra otra, mientras se iba aproximando, los de cubierta de la otra nave lanzaban sobre ella multitud de lanzas, flechas y piedras; y, cuando quedaban entrelazadas, los soldados luchaban cuerpo a cuerpo intentando saltar sobre la naves ene-
6 migas. En muchas ocasiones sucedía que, a causa de la estrechez, mientras embestían a una nave enemiga eran embestidos por otra o que, atenazando dos naves a otra, y había veces incluso más, todas terminaban entrelazadas inevitablemente. Los timoneles debían proteger a unas y acosar a otras, pero no cada vez una cosa, sino que debían hacerlo simultáneamente y en todas direcciones. Había un enorme estruendo debido al continuo entrechocar de las naves, que era motivo de espanto y al mismo tiempo impedía oír las instrucciones que gritaban los cómitres.

---

[114] Si los barcos enemigos estaban demasiado cerca, los remeros hacían retroceder la nave remando hacia atrás *(anákrousis)* y, cuando estaban a una distancia suficiente, embestían a toda velocidad *(ekbolḗ)* hacia la nave contraria dando una pasada *(diékplous)* que destrozaba los remos de un costado de la nave contraria y rompía las líneas enemigas —si no se hacía bien, las dos naves chocaban, proa contra proa *(antíprōiron)*, y entonces tenía ventaja la nave de mayor tamaño—. Después giraban *(anastrophḗ)* y de nuevo embestían la nave, esta vez desde atrás para incrustar el espolón en la popa o los flancos *(embolḗ)* y hundirla. Pero, si quedaban trabadas, los soldados saltaban al abordaje *(epibaínein)* y se entablaba un combate cuerpo a cuerpo. También era muy frecuente que, en medio del desorden provocado por el enemigo o por la falta de espacio o por el temporal, las naves de un mismo bando chocaran entre sí *(empíptein)* y se dañasen; para provocar esta situación en espacios abiertos, los atenienses solían utilizar la táctica de navegar en círculos *(peripleîn)* cada vez más pequeños alrededor de las escuadra enemiga (cf. TUCÍDIDES, II 83, 5 - 84, 3; VII 36, 3 - 6; etc.).

Continuas y contradictorias eran las órdenes y las voces que, referidas a cuestiones técnicas o para provocar la emulación marinera, daban los cómitres de cada bando: a los atenienses les gritaban que tenían que conseguir por la fuerza la salida de allí y que, si luchaban con ardor, obtendrían la salvación regresando a la patria, ahora o nunca; y a los siracusanos y a sus aliados, que sería hermoso impedirles la huida y que, si vencían, cada uno engrandecería su patria. 7
Además, los generales de cada bando, si veían que alguna nave retrocedía sin motivo, llamaban por su nombre al comandante de la trirreme y le preguntaban, los atenienses, si desistían porque consideraban la tierra firme, poblada de tantísimos enemigos, más querida que el mar que habían conquistado con no poco esfuerzo; y los siracusanos preguntaban, si, sabiendo con toda seguridad que los atenienses se disponían a huir del modo que fuera, querían huir de quienes huían. 8

Los ejércitos que desde tierra apoyaban a uno u otro bando, puesto que la batalla naval se mantenía indecisa, eran presa de gran angustia y agitación: el ejército del país, porque ansiaba obtener ya la más hermosa victoria; y los invasores, porque temían que la situación se pusiera peor de lo que estaba. 71
Para los atenienses todo dependía de las naves, y nunca antes sintieron ante el futuro un miedo semejante, pues a causa de las irregularidades del terreno también estaban obligados a tener una visión irregular de la batalla naval desde tierra. 2
Al ser la visión solo parcial, no veían todos al mismo tiempo los mismos hechos: si unos observaban en un lugar que los suyos vencían, se enardecían y, dirigiéndose a los dioses, les imploraban que no los privaran de la salvación; pero los que contemplaban un descalabro se entregaban a los lamentos y los gritos, porque estaban más abatidos de ánimo por la visión de lo que sucedía que los mismos que estaban luchando; y los que percibían que la batalla estaba igualada, a causa de la continua incertidumbre del combate, temblaban de miedo 3

tanto en sus cuerpos como en su ánimo, y lo vivían con enorme ansiedad: cada poco tiempo creían que se salvaban
4 o que perecían. En el ejército de tierra de los atenienses, mientras la batalla naval estaba igualada, era posible oír a la vez lamentos y gritos de victoria («¡Vencemos!» «¡Estamos perdidos!»), y todo el griterío que necesariamente da
5 un gran ejército ante un gran peligro. Sensaciones semejantes experimentaban también los que estaban en las naves, hasta que los siracusanos y sus aliados, después de mucho prolongarse la batalla naval, hicieron dar la vuelta a los atenienses hostigándolos de un modo impresionante, entre un enorme vocerío y gritos de aliento, y los perseguían hasta
6 tierra. Entonces en la escuadra ateniense cada uno actuaba por su cuenta: cuantos seguían en el mar y no habían sido apresados se precipitaron a desembarcar en el campamento. Y el ejército de tierra ya no actuó con autonomía, sino que todos, empujados por un mismo impulso, entre lamentos y gemidos al no poder soportar aquellos sucesos, se dirigían unos a ayudar a las naves, otros hacia lo que quedaba de muralla para defenderla, y los demás, la mayoría, pensando solo en sí mismos, miraban cómo podrían salvar-
7 se. El espanto que hubo mientras duró aquello no fue menor que en las demás ocasiones precedentes: el pánico que sintieron fue semejante al que ellos mismos hicieron padecer a los que estaban en Pilos —pues entonces, habiendo quedado destruidas las naves de los lacedemonios, perecieron también los que habían pasado a la isla[115]—. Así también en Sicilia no cabía esperar la salvación por tierra, a menos que sucediera algo inconcebible.

72 La batalla naval fue terrible y se perdieron muchas naves y hombres por ambos bandos. Los siracusanos y sus aliados, como vencedores, recogieron los restos del naufragio y los muertos y después, haciendo rumbo a la ciudad, erigieron un trofeo.

---

[115] Cf. Tucídides, IV 14 -15 y 35 - 38 (= supra § 13, 4). La isla es Esfacteria; para su descripción, cf. IV 8, 6.

A mí este pasaje y otros semejantes a este me parecen 27
dignos de ser emulados e imitados; y estoy convencido de que la grandiosidad del lenguaje de Tucídides, la belleza de su expresión, la vehemencia y las demás virtudes son en esos pasajes absolutamente perfectas. Y pongo como prueba el que toda alma se conmueve ante este género de expresión, pues ni la parte irracional de nuestro entendimiento, que de un modo natural nos hace percibir las cosas como agradables o molestas, siente rechazo ante esta manera de expresarse, ni tampoco la parte racional, con la que reconocemos lo bello en cada arte. Así, los que no estén muy fami- 2
liarizados con la retórica no podrían decir cuál es la palabra o la figura que les produce desagrado; pero tampoco los muy expertos y los que desprecian la ignorancia del vulgo podrían censurar los recursos empleados en esa expresión, sino que tanto el grupo de los muchos como el de esa selecta minoría experimentará la misma impresión. En efecto, el 3
hombre simple, tan común, no sentirá desagrado ante lo vulgar, tortuoso y confuso de su expresión; pero el experto que ha recibido una formación acertada, mucho más raro, tampoco le censurará lo que hay de innoble, ordinario y descuidado. Al contrario, esta vez hablarán con la misma 4
voz tanto el juicio racional como el irracional, que son los dos criterios con los que consideramos que se deben juzgar todas las obras en cualquier arte.

⟨***⟩

⟨Pues cuando uno no⟩[116] interviene, ya no vuelve bello y perfecto al otro.

[116] Los editores suponen aquí una laguna en el texto. Si es breve, probablemente el texto de Dionisio diría algo así como que «Cuando uno de los dos aspectos —el criterio irracional o el racional— no interviene, ya no vuelve bello y perfecto al otro». Sin embargo, P. Costil propone una laguna de un folio (sería un pasaje simétrico al § 25, en el que por cierto

Relato desigual: la masacre de Corcira

28 Yo, por ejemplo, no sé cómo podría alabar aquellos pasajes que a algunos les parecen grandiosos y admirables, cuando ni siquiera poseen las virtudes primeras y más comunes; por el contrario, se han malogrado por la artificiosidad y el recargamiento, hasta el punto de que no son agradables ni provechosos. De ellos pondré algunos ejemplos, indicando simultáneamente en cada uno las causas por las cuales Tucídides ha caído en los vicios contrarios a las virtudes que pretendía.

2 En el libro III, al narrar los cruentos y sacrílegos sucesos de Corcira durante el levantamiento del pueblo contra los poderosos, mientras describe los hechos con el lenguaje común y habitual, Tucídides se expresa con claridad, concisión y fuerza; pero, en cuanto empieza a narrar con un aire propio de la tragedia las desgracias comunes de los griegos y a exponer los pensamientos apartándose de las formas habituales, entonces muestra, con gran diferencia, lo peor de sí mismo.

El comienzo, que nadie podría considerar fallido, es este[117]:

también hay una laguna; véase n. *ad locum* de G. Aujac). En ese pasaje Dionisio habría tratado de estos dos aspectos desde el punto de vista del autor, que debe tener en cuenta las virtudes necesarias y las accidentales, según se desprende de lo que se dice a continuación (cf. § 22, 2 y n.; 23, 6).

[117] Tucídides, III 81, 2-82, 1.

Comienzo acertado

Los corcireos[118], al percatarse de que 81 2
las naves áticas se aproximaban y que las de los enemigos se retiraban, cogieron a los mesenios, que hasta entonces habían permanecido fuera, y los introdujeron en la ciudad. Después ordenaron que las naves que habían equipado[119] se dirigieran al puerto de Hilaico[120]; mientras realizaban el trayecto, si apresaban a algún enemigo, lo mataban; y a cuantos oligarcas persuadieron para embarcar en ellas, los hacían bajar por la fuerza y los ejecutaban. Después se dirigieron al Hereo[121], y de los suplicantes que

---

[118] En Corcira, la actual Corfú, había en esos momentos una guerra civil que se inició cuando los oligarcas asesinaron a Pitias, jefe del partido democrático de Corcira, y a sesenta demócratas más, todos ellos favorables a Atenas (cf. TUCÍDIDES, III 70, 6). Pero el pueblo se sublevó y obtuvo la victoria sobre los oligarcas (cf. ibidem III 74, 1-2). Al día siguiente de aquella victoria llegó desde Atenas Nicóstrato con doce naves y quinientos hoplitas mesenios, cuya presencia evitó que el pueblo realizara una matanza entre los oligarcas. Para salvar la vida, unos se habían refugiado en el santuario de los Dioscuros y otros, no menos de cuatrocientos, en el Hereo (el templo de Hera); pero los del partido democrático, para evitar que los oligarcas presentasen de nuevo batalla si conseguían armas, los trasladaron a la pequeña isla de Vido bajo la promesa de mantenerles la condición de suplicantes (cf. ibídem III 75, 5). Cuatro o cinco días después llegan cincuenta y tres naves peloponesias (cf. ibidem III 76, 1) y, tras una batalla naval indecisa, las naves atenienses y corcireas debieron refugiarse en el puerto. Los del partido popular deciden traer de nuevo a los oligarcas desde la isla al templo de Hera, para evitar que fueran liberados por los peloponesios. Sin embargo, los peloponesios, al enterarse de que llegaban otras sesenta naves atenienses de refuerzo al mando de Eurimedonte, regresaron a su patria (ibídem III 81, 1). Y ahora la narración enlaza con el texto elegido por Dionisio.

[119] Los corcireos habían equipado treinta naves en previsión de un ataque de los peloponesios y convencieron a algunos oligarcas para que subiesen a ellas (cf. TUCÍDIDES, III 80, 1).

[120] Pequeño puerto de Corcira que controlaban los del partido democrático (cf. TUCÍDIDES, III 72, 3).

[121] Templo de Hera.

había allí consiguieron persuadir a unos cincuenta para que se sometieran a juicio, y a todos los condenaron a muerte.
3 La mayoría de los suplicantes que no se habían dejado persuadir, pues veían lo que estaba pasando, se daban muerte en el templo unos a otros, y algunos se colgaban de los árboles... cada uno ponían fin a su vida como podía.

4 Durante los siete días que permaneció Eurimedonte[122] con las sesenta naves los corcireos mataban a los que de entre ellos mismos consideraban enemigos bajo la acusación de conspirar contra la democracia; pero algunos también murieron por enemistades personales y otros, que habían dado dinero en préstamo, a manos de sus deudores.
5 La muerte se practicó en todas sus formas y, como suele suceder en tales casos, no hubo crimen que no se cometiera, y aún se fue más allá: el padre mataba al hijo; a los suplicantes los sacaban de los templos y les daban muerte en las mismas puertas; y algunos que se habían refugiado en el templo de Dioniso murieron tras serles tapiadas las salidas.

82 1 Tan cruel llegó a ser aquella revolución. Y lo pareció más porque esta fue de las primeras, pues más adelante todo, por así decir, el mundo griego se convulsionó; y en cada ciudad surgieron enfrentamientos al solicitar los dirigentes del partido democrático la ayuda de los atenienses, y los oligarcas la de los lacedemonios.

Continuación fallida

29 Pero lo que Tucídides añade a continuación de este pasaje es tortuoso y confuso, y el entramado de las figuras recuerda a los solecismos; ese estilo no fue practicado ni por los autores de su época ni por los posteriores, cuando la fuerza del discurso público alcan-

[122] General ateniense que desde este momento desempeñaría un importante papel en la guerra contra Esparta.

zó el máximo florecimiento. Me refiero a lo que voy a citar ahora[123]:

> Convulsionados en verdad estaban los escenarios de las ciudades, y los que se incorporaban después por la información de lo que había sucedido añadían aún más excesos en la maquinación de nuevas ideas tanto por las artimañas de las intentonas como por lo inusitado de las represalias.

En este pasaje la primera frase es un circunloquio del todo innecesario: *Convulsionados en verdad estaban los escenarios de las ciudades.* Más natural era decir «estaban convulsionadas las ciudades». 2

Y lo que dice a continuación: *y los* (escenarios) *que se incorporaban después* es difícil de comprender. Habría quedado más claro si lo hubiera dicho así: «las últimas ciudades en incorporarse». A esto se añade: *por la información de lo que había sucedido añadían aún más excesos en la maquinación de nuevas ideas.* Y lo que quiere decir es: «Los últimos en enterarse de lo que había sucedido en otras ciudades se excedían en la maquinación de otras nuevas atrocidades». Además de fallar en la trabazón de las figuras, tampoco con la disposición de las palabras consigue figuras agradables al oído. 3

A estas expresiones Tucídides añade otro rasgo más propio del lenguaje poético, o mejor dicho, de la pomposidad del ditirambo: 4

---

[123] TUCÍDIDES, III 82, 3-7. Este pasaje, dividido y comentado ahora en breves fragmentos (§§ 29, 1-32, 2), también es recogido por DIONISIO en *Dem.* 1, 2. Sin embargo, aquí ofrecemos una traducción más literal para reflejar los reproches que Dionisio hace a Tucídides.

> ... tanto por las artimañas de las intentonas como por lo inusitado de las represalias. Y la acepción habitual de las palabras la modificaron a su criterio para (acomodarlas a) los hechos.

Pues lo que quiere decir con esta construcción inextricable[124] es lo siguiente: «Mucho progresaban para maquinar nuevas ideas en las formas de proceder y en los excesos de las represalias. Y juzgaban que, sustituyendo las palabras habituales para designar los hechos, debían denominarlos de otro modo». Pero las *artimañas* ⟨*de las intentonas*⟩ y lo *inusitado de las represalias* y la *acepción habitual de las palabras* y el *criterio acomodaticio con los hechos*[125] son expresiones más propias de las perífrasis poéticas.

5 Después añade estas figuras tan efectistas:

> ... Una osadía insensata fue denominada valentía con los correligionarios; una espera prudente, cobardía disimulada.

Ambas expresiones se han engalanado con asonancias y paralelismos, y los adjetivos están ahí como simples ornamentos. Pues, sin pomposidad ni adornos, la forma obligada de expresarlo sería así: «llamaban a la osadía valor y a la prudencia cobardía».

6 Semejantes son las frases que enlazan con estas:

---

[124] Dionisio simplemente entiende la concordancia de otra manera: hace depender *es tà érga,* «para (denominar) los hechos», no de «el significado habitual de las palabras (para denominar los hechos)», sino del verbo *antéllaxan,* «cambiaron», por lo que la frase le resulta sin sentido: «el significado habitual de las palabras lo cambiaron para los hechos a su criterio».

[125] Esta expresión no la ha utilizado Tucídides.

> ... la sensatez, el pretexto del cobarde; y la prudencia ante todo, indiferencia hacia todo.

Con más propiedad se habría dicho así: «los sensatos, cobardes; y los prudentes ante todo, indiferentes a todo».

Si, llegado a ese extremo, hubiera puesto fin a su afán de 30
adornar aquí la expresión y allí darle rigidez, habría sido menos tedioso. Pero es que ahora añade:

> ... la seguridad al conspirar, el pretexto calculado para el abandono. El que se indignaba era siempre digno de confianza; el que le contradecía, sospechoso.

Pues en estas líneas no está claro a quién se refiere con 2
el que se indignaba ni por qué *se indignaba* ni quién era *el que le contradecía* ni en qué *le contradecía.*

> ... Si alguno —dice— había que conspiraba y resultaba afortunado, era inteligente; y si además preveía una conspiración enemiga, más inteligente aún. El que tomaba medidas para que nada le faltase era un destructor del partido y estaba atemorizado por los enemigos.

Pues ni el *afortunado* añade significación alguna al sen- 3
tido de la frase ni tampoco se entiende que alguien al mismo tiempo pueda ser *afortunado* y *previsor*, si por *afortunado* se entiende «alguien que tiene éxito y consigue lo que buscaba» y por *previsor* «el que se percata antes que otros de
un mal que aún no ha sucedido pero que va a suceder». Su 4
pensamiento se habría mostrado como «(luz) que resplandece pura en la lejanía»[126] si lo hubiera expresado así: «Los que conspiraban contra otros, si tenían éxito, gozaban de gran respeto; y los que preveían las conspiraciones enemi-

[126] Palabras de un verso de autor desconocido (cf. supra § 9, 5 y n.).

gas, si las abortaban, eran aún más respetados; pero si alguien procuraba mantenerse al margen de conspiraciones y denuncias se considera que intentaba liquidar el partido y que estaba atemorizado por los enemigos».

31 A continuación añade el único período expresado con densidad y fuerza, además de con claridad:

> ... En una palabra, el que se adelantaba a quien iba a hacer algo malo era alabado, y también el que animaba a quien no pensaba hacerlo.

Para de nuevo emplear una metalepsis[127] poética:

> Lo familiar quedó en verdad en un segundo plano con respecto a lo del partido, y la causa fue el estar dispuesto a actuar osadamente aun sin motivos.

Pues *lo familiar* y *lo del partido* están sustituyendo desacertadamente a ⟨«los parientes» y «los correligionarios»⟩. Y el *actuar osadamente aun sin motivos* no queda claro si lo
2 dice de los amigos o de los parientes. Pues, para explicar la causa de por qué ponían a los parientes por detrás de los amigos, añade que era porque se ofrecían a actuar osadamente aun sin motivos. Así pues, el texto habría quedado más claro, si lo hubiera construido tal cual era su pensamiento: «Lo del partido, al estar dispuesto a actuar osada-

---

[127] Tropo que consiste en la sustitución de una palabra, o frase, por otra palabra como si fueran sinónimos (por ejemplo: «Hefesto» por «fuego»). Casi siempre, como quiere aquí Dionisio, se emplea este término con un sentido peyorativo, especialmente por tratarse de sinónimos incorrectos: por ejemplo, para referirse al «espíritu de la ley», decir «el ánimo de la ley», o peor aún, «el fantasma de la ley».

mente aun sin motivos, se sentía en verdad más próximo que lo familiar[128]».

Después de esto hay una perífrasis, que no está formula- 3
da con energía ni claridad:

> ... Pues tales asociaciones no para hacer el bien de acuerdo con las leyes vigentes, sino para obtener beneficios en contra de las establecidas.

El sentido es éste: «Los clubes no se constituían para hacer el bien de acuerdo con la ley, sino para beneficiarse en contra de las leyes».

Y añade: 4

> ... Los juramentos, si es que se hacían, de reconciliación, sólo en el momento, ante un apuro dados ⟨por cada bando al otro⟩, tenían vigor, no habiendo una fuerza desde el exterior[129].

Aquí hay hipérbaton y perífrasis. Pues *los juramentos de reconciliación* significa lo siguiente: «Los juramentos para sellar una amistad, si es que se hacían». Y a causa del hipérbaton el *tenían vigor* queda detrás de *en el momento*, pues quiere decir «tenían vigor sólo en el momento». Y el *dados* 5
por cada bando al otro ante un apuro no habiendo una fuerza desde el exterior habría quedado más claro si se hu-

[128] Lo más claro, como ya apuntaba el propio Dionisio (cf. § 31, 1), hubiera sido: «Los correligionarios, al estar dispuestos a actuar osadamente aun sin motivos, eran considerados en verdad más próximos que los familiares».

[129] Mantenemos el fuerte hipérbaton del texto de Tucídides para que se pueda seguir mejor el comentario crítico de Dionisio. El texto también podría haberse traducido así: «Los juramentos de reconciliación que cada bando daba al otro, si es que se hacían, eran válidos sólo en el momento y mientras durara el apuro, no habiendo fuerzas de apoyo desde el exterior».

biera redactado así: «(los juramentos) dados por cada bando al otro en un apuro al carecer de otras fuerzas de apoyo». El texto que se corresponde con su pensamiento sería el siguiente: «Los juramentos de amistad, si es que se hacían, puesto que cada bando lo daba al otro ante la imposibilidad de otra fuerza de apoyo, solo tenían vigor en el momento».

32 Y más tortuoso que esto es lo que añade a continuación:

> ... El que en un momento dado se adelantaba a atacar al otro, si lo veía desguarnecido, se vengaba con más agrado bajo juramento que abiertamente. Además de que calculaba cómo salir inmune, también porque, ganador con su engaño, se proclamaba vencedor en el certamen de la inteligencia.

El *en un momento dado* está por «en la primera oportunidad» y el *desguarnecido* por «indefenso», y el *se vengaba con más agrado bajo juramento que abiertamente* está expresado con oscuridad, pues se han suprimido elementos necesarios para completar el sentido. Es presumible que quiera decir esto: «Si se le presentaba la oportunidad a alguien y veía que su enemigo estaba indefenso, se vengaba con más agrado porque es preferible atacar a quien está confiado en un juramento que a quien ha tomado medidas para protegerse; y alcanzaba fama por su inteligencia al haber calculado cómo salir indemne, además de porque salía vencedor gracias a su engaño».

2 Y añade:

> ... Los hombres en su mayoría, malvados siendo, listos prefieren ser llamados que tontos buenos, pues se avergüenzan de esto y se enorgullecen de aquello [130].

---

[130] Hemos mantenido la expresión literal de Tucídides para que se pueda seguir el comentario de Dionisio; pero, una vez que se comprende

Esta sentencia está expresada con densidad y brevedad, pero su sentido permanece oscuro, porque es difícil saber a quiénes se refiere con *tontos* y *buenos*. Pues si se oponen a *malvados,* no podrían ser tontos los que no son malos. Y, si cuenta a los *tontos* entre los necios e insensatos, ¿por qué los llama *buenos?* ¿Y quiénes son los que *se avergüenzan* 3
de esto? Pues no está claro si son unos y otros o solo los *tontos.* Y tampoco está claro quiénes son los que *se enorgullecen de aquello;* porque, si lo aplica a unos y a otros, no tiene sentido: ni los buenos se enorgullecen de sus maldades ni los malvados de sus tontunas.

Este modo de expresión característico de Tucídides, tan 33
oscuro y enmarañado, en el que hay más perturbación por la oscuridad del sentido que sosiego, se prolonga durante cien líneas. Ofreceré el pasaje que le sigue sin añadir ningún comentario por mi parte[131]:

> La causa de aquella degeneración moral era el deseo de 82 8
> poder, que nace de la codicia y la ambición, pues estos dos vicios predisponen el ánimo para la guerra. Porque quienes tenían el mando en las ciudades, cada uno con el lema conveniente —según sus preferencias fueran por la igualdad política del pueblo o por la aristocracia conservadora—, aunque solo de palabra se ocupaban del bien público, hacían de este objetivo una competición. Así, enfrentados en todos los ámbitos, para sobrepasar al contrario se atrevían a lo más terrible y llegaban a las mayores venganzas, que ejecutaban sin atenerse a la justicia y a lo que era conveniente para la ciudad: se ponían como único límite lo que

el sentido, la oración deja de ser oscura: «Los hombres en su mayoría prefieren ser malvados y que los llamen listos que ser buenos y que los llamen tontos, pues se enorgullecen de lo primero y se avergüenzan de lo segundo». Es curioso que un griego de la altura intelectual de Dionisio no fuera capaz de comprender el sentido de esta sentencia de Tucídides.

[131] Tucídides, III 82, 8 - 83, 4.

en cada momento les apetecía a unos u otros. En cuanto alcanzaban el poder bien por una condena conseguida con una votación injusta o bien por un golpe de mano, en seguida se disponían a cumplir sus venganzas. Y ninguno de los dos bandos creía en la piedad, sino en la utilidad de la oratoria, por la que eran muy elogiados aquellos que conseguían llevar a cabo cualquier acción odiosa. Entre tanto, los ciudadanos moderados eran eliminados por ambos bandos, acusados de excluirse de la lucha o por envidia de que sobrevivieran.

83 1 Así toda forma de maldad se impuso en el mundo griego durante aquellas luchas intestinas. Y la bondad, que es parte fundamental de un espíritu noble, desapareció como algo ridículo. El enfrentamiento ideológico entre los dos
2 bandos desembocó en una mayor desconfianza mutua. No había nada que pudiera poner fin a aquello: ni palabra de honor ni juramente respetable. Y todos, cuando estaban en el poder, conscientes de lo eventual de su seguridad, se cuidaban más de no recibir daños en adelante que de si po-
3 dían alcanzar un clima de confianza mutua. Pero eran los hombres de menor inteligencia los que salían victoriosos la mayoría de las veces; pues, conscientes de su propia inferioridad y de la inteligencia de los enemigos y, por consiguiente, temerosos de ser derrotados en los debates y de caer los primeros víctimas de conspiraciones a causa de la sagacidad e inteligencia de sus enemigos, pasaban temera-
4 riamente a la acción. Sin embargo, los otros, que despreciaban incluso informarse sobre posibles conspiraciones o conseguir por la fuerza lo que les era posible obtener por la inteligencia, viviendo descuidados morían en mayor número.

2 Muchos ejemplos más podría poner para dejar claro que en las narraciones Tucídides es mejor cuando mantiene un estilo basado en el lenguaje habitual y común; y peor cuando, apartándose del lenguaje habitual, recurre a las palabras

extrañas y a las figuras forzadas, algunas de las cuales se parecen a los solecismos; pero me contentaré con los pasajes anteriores, para que mi tratado no se extienda más allá de lo conveniente.

Los discursos: el fondo

En cuanto a las arengas prometí 34
que iba a manifestar abiertamente la opinión que me merecían, pues es ahí donde creen algunos que se manifiesta la máxima fuerza de este historiador. Y, puesto que haré un doble análisis —uno del fondo y otro de la forma— haré una exposición sobre cada apartado, empezando por el fondo.

En la elaboración de la materia la primera fase es la 2
búsqueda[132] de los argumentos y de las ideas; la segunda, la utilización de las ideas halladas. Aquélla basa su fuerza en el talento natural, esta en la técnica. La primera, que requiere más talento natural que técnica y necesita menos enseñanza, es admirable en este historiador; pues de él surgen, como de una fuente exuberante, el empleo inagotable de ideas y de argumentos sofisticados, extraños y paradójicos.
La segunda, que requiere más técnica y hace que la otra apa- 3
rezca más brillante, muchas veces se echa en falta más de lo necesario.

Cuantos han admirado a este autor por encima de toda medida, considerándolo uno de los inspirados por los dioses, parece que han llegado a esa veneración apasionada por la
gran cantidad de pensamientos que ofrece. Pero si alguien, 4
cotejando el discurso punto por punto, les enseñara que ésos no eran los pensamientos más adecuados en cada ocasión ni los que convenía decir a los personajes, o que aquéllos no

[132] Sobre las cinco fases en la elaboración del discurso véase n. a *Lis.* 15, 1.

eran los más apropiados a los hechos ni tampoco al grado de
intensidad al que se había llegado, mostrarían una indigna-
ción parecida a los que, tras cierta visión, han caído en un
5 amor no muy lejano de la locura. Pues los enamorados creen
que cuantas virtudes hay propias de la belleza corporal están
todas presentes en las formas corporales que los tienen
esclavizados; y a los que intentan prevenirlos de que hay al-
guna tara en ellas, los miran como a envidiosos y calumnia-
6 dores. Esos admiradores de Tucídides, con la mente hipnoti-
zada por esa sola virtud, proclaman que todas las virtudes,
incluso las que no están presentes, se hallan en este historia-
dor. Pues lo que cada uno quiere ver en la persona amada o
7 admirada, cree que está realmente. Pero cuantos conservan
la mente incólume y llevan a cabo una investigación de los
discursos según reglas correctas, tanto si están dotados de
un juicio crítico natural como si han adquirido sólidos crite-
rios mediante la enseñanza, ni alaban todo por igual ni
muestran desagrado con todo, sino que de los logros litera-
rios hacen justo reconocimiento; y, si en los discursos hay
algún aspecto fallido, no lo alaban.

35 Yo, que aplico estas reglas en todos mis análisis, ni vaci-
lé antes en exponer públicamente mis opiniones ni ahora me
2 voy a abstener. Le concedo la primera virtud, como dije an-
tes[133], los aciertos de este historiador en la invención, aun-
que alguno ha habido que lo ha entendido de otra manera
por mor de disputar o por falta de sensibilidad y cree que
Tucídides yerra en esto; pero la otra virtud no se la concedo,
la de que posea un buena técnica en la distribución de la ma-
teria, excepto en un escasísimo número de arengas.

[133] Cf. § 34, 2.

Los discursos: la forma

Comprucbo también que las ca- 3
rencias de la expresión, de las que ya he hablado[134], son muchas más y mayores en esta clase de discursos; pues en ellos abundan las expresiones insólitas, extrañas o inventadas, y también en ellos hay muchísimas figuras enrevesadas, comprimidas y forzadas.

Si he llegado a conclusiones razonables, tú podrás juz- 4
garlo, y todo aquel que me siga en el análisis de sus escritos. El cotejo de los textos se hará según los mismos criterios de antes: se irán confrontando los pasajes que me parecen mejores con otros que o no son correctos por la disposición de la materia o no son irreprochables en cuanto a la expresión.

Diálogo de los plateos y Arquidamo

En el libro II, cuando Tucídides 36
comienza a relatar la incursión de los lacedemonios y sus aliados sobre Platea, supone que, estando el rey de los lacedemonios, Arquidamo[135], dispuesto a arrasar la región, llegan ante él unos embajadores enviados por los plateos. Entonces Tucídides ofrece los discursos que verosímilmente se pronunciaron por parte de unos y otros, con el lenguaje apropiado a los personajes y adecuado a los hechos, sin rebajar ni sobrepasar el tono; y los adorna con una expresión pura, clara, concisa y con todas la demás virtudes. Y confiere a esos discursos de una

134 Cf. § 24.

135 Arquidamo II (*c.* 490-427 a. C.), de la casa real de los Euripóntidas, hijo de Zeuxidamo y padre de Agis II y de Agesilao II, dio nombre a la primera fase de la guerra del Peloponeso, conocida como Guerra de Arquidamo (431 - 421 a. C.), que incluye también los seis años que siguieron a su muerte.

armonía tan melodiosa que pueden parangonarse a los más agradables[136]:

71 Al llegar el verano los peloponesios y sus aliados no atacaron el Ática, sino que enviaron una expedición contra Platea. La dirigía el rey de los lacedemonios, Arquidamo, el hijo de Zeuxidamo. Hizo acampar el ejército y se disponía a arrasar la región. Pero los plateos en seguida enviaron embajadores ante él, que dijeron lo siguiente:

2 «Arquidamo y demás lacedemonios, no hacéis nada justo ni digno de vosotros ni de los padres de los que descendéis al mandar esta expedición contra Platea. Pues el lacedemonio Pausanias[137], el hijo de Cleómbroto, después de liberar a Grecia de los medos con ayuda de los griegos que quisieron compartir el peligro participando en la batalla que tuvo lugar en nuestra tierra[138], realizó en el ágora de los plateos sacrificios en honor de Zeus Liberador tras convocar a todos los aliados, y fue entonces cuando devolvía a los plateos el derecho de vivir autónomos en su propia tierra y ciudad, proclamando que nadie hiciera nunca una expedición injusta contra ellos ni los llevaran a la esclavitud; y, si alguien lo incumplía, los aliados presentes los ayuda-
3 rían en la medida de sus fuerzas. Estas promesas nos hicieron vuestros padres a causa del valor y el coraje que demostramos en aquellos momentos de peligro. Sin embargo, vosotros hacéis lo contrario que aquellos: venís con los tebanos, nuestros peores enemigos[139], buscando nuestra es-
4 clavitud. Pero nosotros, poniendo por testigos a los dioses

---

[136] Tucídides, II 71, 1-4.

[137] Al morir Leónidas en las Termópilas, su hermano Cleómbroto, y después su hijo Pausanias, fueron reyes regentes durante la minoría de edad de Plistarco, hijo de Leónidas. Todos ellos pertenecían a la casa real de los Ágidas.

[138] La batalla de Platea (479 a. C.).

[139] La enemistad entre plateos y sus vecinos los tebanos venía de antiguo (cf. Tucídides, II 2-6; III 61, 2).

y los juramentos que entonces se hicieron, que son los de vuestros padres y los de nuestra patria, os pedimos que no ultrajéis esta tierra de Platea ni violéis aquellos juramentos, sino que nos dejéis vivir autónomos, como Pausanias proclamó justamente.»

Después de que los plateos hablaran así, Arquidamo 2
respondió lo siguiente[140]:

«Habláis con justicia, hombres de Platea, si estáis dis- 72
puestos a obrar de acuerdo con vuestras palabras. Y, tal como Pausanias os concedió, vivid autónomos y ayudadnos a que vivan libres todos cuantos, participando de los peligros de entonces y conjurados con vosotros, están ahora bajo el dominio de los atenienses. Porque tan enormes preparativos y tan gran guerra se llevan a cabo por la libertad de aquéllos y la de los demás. Es precisamente participando en esta liberación como mejor cumplís los juramentos. Pero si no, tal y como antes ya os pedimos, manteneos neutrales ocupándoos de vuestras asuntos y no os pongáis del lado de ninguno de los dos bandos, admitiendo a unos y a otros como amigos y sin estar en guerra con ninguno de los dos. Esto será suficiente para nosotros.»

Tales fueron las palabras de Arquidamo. Los embaja- 2
dores plateos, tras oírlas, entraron en la ciudad y, haciendo saber al pueblo los discursos que se pronunciaron, respondieron al rey que les era imposible hacer lo que les pedía sin consultarlo con los atenienses, pues sus hijos y mujeres estaban en Atenas[141]. Temían por toda la ciudad, no fuera que, al retirarse los lacedemonios, vinieran los atenienses y no se lo permitieran; o que los tebanos, si se comprometían a admitir a los dos bandos, intentasen de nuevo apoderarse de la ciudad.

El rey, dándoles ánimo, les dijo: 3

---

[140] TUCÍDIDES, II 72, 1-75, 1.

[141] Cf. TUCÍDIDES, II 6, 4.

«Vosotros confiadnos a nosotros, los lacedemonios, la ciudad y las casas y señaladnos los límites de vuestras tierras, cuáles son vuestros árboles y todo cuanto se pueda enumerar. Y os vais a vivir a donde queráis mientras dure la guerra. Cuando termine, os devolveremos todo cuanto hayamos recibido. Entre tanto lo tendremos en depósito explotándolo y dándoos una renta que os sea suficiente.»

73 Ellos, tras oír estas palabras, entraron de nuevo en la ciudad y, después de deliberar con el pueblo, dijeron que primero querían hacerles saber a los atenienses lo que se les pedía y que, si los convencían, lo harían. Entre tanto les pedían una tregua y que no arrasaran sus tierras. Arquidamo les concedió una tregua durante los días que previsiblemente podían durar las gestiones, y no arrasó la tierra. Marcharon los embajadores plateos a Atenas y, tras deliberar con los atenienses, regresaron con el siguiente mensaje para la ciudad:

2 «Ni nunca antes, hombres de Platea, desde que somos aliados —dicen los atenienses—, hemos permitido que fuerais injuriados en nada ni tampoco ahora lo consentiremos, sino que os ayudaremos en la medida de nuestras fuerzas. Y os ruegan encarecidamente, por los juramentos que hicieron nuestros padres, no alterar en nada la alianza.»

74 Hecho este anuncio por parte de los embajadores, los plateos decidieron no traicionar a los atenienses, aunque para ello, si fuera necesario, tuvieran que soportar el espectáculo de ver cómo su tierra era arrasada o cualquier otro sufrimiento que les sobreviniera; y decidieron que ya no saliera nadie de la ciudad y contestar desde la muralla que les era imposible hacer lo que los lacedemonios les pedían.

2 Cuando dieron esta respuesta, de inmediato el rey Arquidamo comenzó poniendo por testigos a los dioses y a los héroes patrios y habló así:

3 «Dioses que habitáis esta tierra de Platea y héroes, sois sabedores de que al venir a esta tierra no somos los primeros en actuar injustamente, pues fueron estos los que pri-

mero rompieron el juramento: es la tierra en la que nuestros padres, tras suplicaros a vosotros, derrotaron a los medos, y a la que concedisteis que fuera favorable a los griegos en el combate. Ni tampoco ahora, si llevamos a cabo alguna acción, vamos a cometer por ello una injusticia, pues, aunque les pedimos reiteradamente cosas razonables, no obtuvimos nada. Conceded que se castigue a quienes fueron los primeros en cometer una injusticia y que obtengan satisfacción quienes la merecen de acuerdo con las leyes.»

Tras realizar esta invocación a los dioses dispuso al 75
ejercito para la guerra.

El diálogo de los melios

Comparemos ahora en nuestro aná- 37
lisis este diálogo, tan bello y elegante, con otro diálogo del mismo autor que es especialmente alabado por los admiradores de su estilo.

Se supone que, cuando los atenienses enviaron un ejérci- 2
to contra Melos, que era una colonia de los lacedemonios[142], antes de comenzar la guerra el general ateniense y los delegados de los melios se reunieron para tratar de evitar la guerra. Al principio es el propio Tucídides el personaje que relata lo que se dijo por parte de unos y otros; pero sólo hasta la primera respuesta mantiene ese esquema, el narrativo, pues a partir de aquí los convierte en personajes de un diálogo y pasa al género dramático:

Comienza el ateniense[143] diciendo lo siguiente: 3

[142] Cf. HERÓDOTO, VIII 48; TUCÍDIDES, V 84, 3-2; pero es posible que durante un tiempo fueran miembros de la Liga de Atenas (véase *infra* n. a § 39, 5). Melos es una de las islas Cícladas, hoy llamada Milo (allí se encontró la famosa Venus de Milo).

[143] En el texto de TUCÍDIDES, V 85-86 hablan los embajadores atenienses y no el general.

85 «Puesto que los discursos no se celebran ante el pueblo, precisamente para evitar que, en un discurso pronunciado de un tirón, la gente sea engañada al oírnos decir de pasada argumentos persuasivos e irrefutables (pues sabemos que nuestra comparecencia ante este número reducido tiene este propósito), vosotros, las autoridades de Melos, podéis obrar aún con más seguridad: pensad si en vez de pronunciar un discurso único preferís replicar de inmediato a todo lo que no os parezca conveniente. Primero decid si os agrada la fórmula que acabamos de proponeros.»

86 Los notables de los melios respondieron:

«Vuestra benevolencia para que cada uno vaya explicando tranquilamente al otro sus argumentos no se cuestiona; pero las circunstancias de guerra, presentes ya y no solo probables, parecen impropias de eso[144].»

4 Si alguno considera este final digno de ser incluido entre las figuras retóricas, ¿no tendría que empezar por llamar figuras a todos los solecismos que se producen por la falta de
5 concordancia en el número y en el caso? Pues comienza diciendo *vuestra benevolencia para explicarse sin interrupciones no se cuestiona* y después a este singular, construido en el caso correcto, le enlaza *las circunstancias de guerra, presentes ya y no solo probables,* para finalmente engarzar estas dos expresiones con un singular en un caso figurado, el genitivo, tanto si alguien lo quiere llamar «determinante demostrativo[145]» o «pronombre»: me refiero al *de eso*. Este

[144] Damos esta traducción, muy literal, para que se pueda seguir el comentario de Dionisio, tal vez demasiado escrupuloso con este «de eso» *(autoû)*, pues el texto se podía entender y traducir perfectamente así: «Vuestra benevolencia para que cada uno explique tranquilamente al otro sus argumentos no la cuestionamos; pero el estado de guerra en que ya nos encontramos, que no es una mera eventualidad, parece desmentir esa benevolencia».

[145] Dionisio habla de «artículo deíctico» *(árthron deiktikón)*.

término no salva la concordancia ni cambiándolo a nominativo singular femenino ni a plural neutro en acusativo, un caso también figurado[146]. La oración mantendría la cohe- 6
rencia sintáctica si se hubiera construido así: «Vuestra benevolencia para que cada uno explique al otro sus argumentos sin interrupciones no se cuestiona; pero las circunstancias de guerra, presentes ya y no solo probables, parecen impropias de ella[147]».

Después añade un argumento basado en un razonamien- 7
to nada absurdo, aunque no fácil de comprender[148]:

> «Si *** [149] estáis aquí reunidos para hacer elucubraciones sobre el futuro o cualquier otra cosa que no sea deliberar acerca de la salvación de vuestra ciudad partiendo de las presentes circunstancias que estáis viendo, ponemos fin a la reunión; pero si es para esto último, podríamos hablar.»

---

[146] Si sustituimos el genitivo singular «de eso» por un nominativo singular femenino, «esa», para que concuerde con «benevolencia» *(epieíkeia),* la construcción griega sería agramatical y quedaría algo así como: «Vuestra benevolencia para que cada uno... no se cuestiona, pero las actuales circunstancias de guerra... parecen impropias *esa* (benevolencia)». Y si «de eso» se cambia a nominativo o acusativo neutro plural para que concuerde con «las circunstancias actuales» *(tà parónta),* ocurriría lo mismo que en el ejemplo anterior, y quedaría así: «Vuestra benevolencia para que cada uno... pero las actuales circunstancias de guerra... parecen impropias *estas* (circunstancias actuales)».

[147] La propuesta de Dionisio se reduce a sustituir el neutro «de eso» *(autoû)* por el femenino «de ella» *(autês),* referido a «benevolencia».

[148] Tucídides, V 87.

[149] Faltan unas líneas importantes en las que los melios se dan cuenta de la inutilidad de esta reunión y afirman resignados que, si ganan esta discusión dialéctica, entonces los atenienses recurrirán a la guerra, y, si salen derrotados, ellos mismos se condenan a la esclavitud.

38 Después, abandonando el diálogo narrativo para entrar en un auténtico diálogo teatral, hace que el ateniense[150] conteste de esta manera[151]:

> (MELIOS:) ... Es natural y comprensible que, encontrándonos en una situación tan dramática, divaguemos hablando y opinando sobre muchas cuestiones.

2 Y a continuación supone que añaden esta propuesta bellamente construida[152]:

> (MELIOS:) Sin embargo, esta reunión ya trata sobre la salvación de la ciudad; y que el turno de palabra, si os parece, sea de la forma que proponéis[153].

Para el comienzo del diálogo Tucídides ha encontrado un argumento que no es digno de la ciudad de Atenas ni apropiado para que se pronunciase en tal situación[154]:

> (ATENIENSES:) Nosotros no venimos cargados con bellas palabras —como «Ejercemos justamente la hegemonía por haber expulsado al medo» o «Hemos venido aquí porque hemos sido injuriados»—: no vamos a pronunciar largos discursos que nadie se va a creer.

---

[150] Es evidente que las palabras siguientes las dijeron los melios. Los códices de TUCÍDIDES presentan algunas variantes en cuanto a la autoría de las frases: probablemente Dionisio copiaba de un manuscrito que contenía ya esos errores (véase n. al § 37, 3). Para seguir mejor el diálogo hemos indicado entre paréntesis el nombre de los interlocutores.

[151] TUCÍDIDES, V 88.

[152] Ibidem.

[153] Ahora responden los melios a la propuesta de los atenienses (cf. § 37, 3, 5.85).

[154] TUCÍDIDES, V 89 (distribuido en §§ 38, 2-4). Dionisio tiene todo el derecho de censurar a los atenienses por su comportamiento, pero no tiene razón al criticar a Tucídides por el contenido del texto, pues se limita a poner por escrito los argumentos que emplearon los atenienses.

Estas palabras son propias de alguien que reconoce que la expedición se hace contra gentes que no han cometido ningún agravio, puesto que Tucídides no quiere que el discurso verse sobre ninguna de estas dos cuestiones[155].

E inmediatamente añade: 3

> (Atenienses:) Porque ni se nos ocurre que creéis de verdad que vais a convencernos alegando que, aunque Melos es una colonia de los lacedemonios, no habéis participado con ellos en las expediciones o que no habéis cometido ningún agravio contra nosotros, sino que estamos convencidos de que vais a hacer solo aquello que es posible hacer de acuerdo con lo que unos y otros pensamos realmente.

Esto es: «O vosotros, aunque tenéis razón en pensar que sois tratados injustamente, os resignáis ante lo inevitable y cedéis; o nosotros, aunque no ignoramos que nos comportamos injustamente con vosotros, nos impondremos por la fuerza ante vuestra debilidad. Estas son las dos opciones posibles para unos y otros».

Después, queriendo explicar la causa de esta situación, 4
añade Tucídides:

> (Atenienses:) Porque en la conciencia de todo hombre está que los hechos se juzgan como justos o injustos cuando hay igualdad de fuerzas; pero lo que se puede o no hacer lo imponen los poderosos, y los débiles tienen que aceptarlo.

Estas palabras correspondía ponerlas en boca de reyes 39
bárbaros dirigiéndose a griegos; pero en modo alguno convenía que los atenienses dijeran, cuando se dirigían a los griegos que ellos mismos habían liberado de los medos, que

[155] El derecho de los atenienses a ostentar la hegemonía sobre los griegos o la posible afrenta que pudieran haber recibido de los melios.

los actos de justicia quedan reservados a los iguales cuando tratan entre ellos y los actos de fuerza a los poderosos cuando tratan con los débiles.

2 Pocos argumentos pudieron objetar los melios ante esa advertencia. Tan solo dijeron que los atenienses harían bien en prever las consecuencias de ese concepto de justicia, no fuese que algún día ellos mismos fuesen abatidos por otros y tuvieran que soportar los mismos agravios de otros que fueran más fuertes. Entonces Tucídides hace al ateniense responder así[156]:

> (ATENIENSES:) A nosotros no nos preocupa el fin de nuestro poder, si es que alguna vez llega.

Y además explica el motivo de esta despreocupación diciendo que, si los lacedemonios pusieran fin a su poder, serían compasivos, como ellos mismos habían hecho en mu-
3 chas ocasiones. Lo voy a poner con sus palabras literales:

> (ATENIENSES:) No son los que mandan sobre otros, como los lacedemonios, los que se muestran terribles con los vencidos[157].

Esto es igual que decir que los tiranos no se odian cuando tratan entre ellos.

4 Y a continuación añade:

> (ATENIENSES:) Pero en cuanto a eso, déjese que corramos ese riesgo.

---

[156] TUCÍDIDES, V 91, 1-2 (pasaje distribuido en §§ 39, 2-4).

[157] Falta en Dionisio la segunda parte de la oración: *«sino los que están sometidos, si alcanzan un día el poder imponiéndose a los que les gobernaban»*.

Es casi lo mismo que podría decir un pirata o un bandido: «No me preocupo del castigo futuro si he satisfecho los apetitos del presente».

Tras un breve intercambio de réplicas y contrarréplicas, 5
los melios transigen hasta una opción generosa[158]:

> (MELIOS:) Y si nos mantenemos al margen y somos vuestros amigos en vez de enemigos, pero sin ser aliados de ninguno de los dos bandos, ¿tampoco lo aceptaríais?[159]

Pero Tucídides hace que el ateniense responda[160]: 6

> (ATENIENSES:) No nos hace tanto daño vuestra enemistad como vuestra amistad, en la medida en que para los que están sometidos vuestra amistad se vería como signo de nuestra debilidad, mientras que vuestro odio como signo de nuestra fuerza.

---

[158] TUCÍDIDES, V 94.

[159] Ésta es la misma propuesta que hace el rey Arquidamo a los plateos, y que estos no aceptan: es evidente que Tucídides, tácitamente, censura el comportamiento de los atenienses con los melios frente a la generosidad de los lacedemonios con los plateos (cf. § 36, 2, 2.72.1; 41, 7). Pero es posible que el conflicto se produjera por otros motivos: según unas inscripciones encontradas en la Acrópolis de Atenas los melios ya pagaban impuestos antes del 416 a. C., esto es, eran miembros de la Liga ateniense (¿a pesar de ser dorios de linaje?; véase n. a § 37, 2). Dicho en otras palabras, los melios habrían sido castigados no por querer seguir siendo neutrales, sino por no pagar el impuesto de la Liga y haber hecho defección: los atenienses no podían permitir que cundiera el ejemplo entre los demás miembros; y, como Dionisio advierte (cf. § 41, 6), la actitud «heroica» de los melios no es lógica (cf. L. CANFORA, *Aproximación a la historia griega,* trad. esp. de J. BIGNOZZI, Madrid, 2003, págs. 55-56). Al año siguiente, 415 a. C., los atenienses tomaron la ciudad y masacraron a los melios (cf. TUCÍDIDES, V 116, 4).

[160] TUCÍDIDES, V 95.

Es un argumento perverso y expuesto de forma tortuosa. Porque si alguien quiere ver el razonamiento de Tucídides, sería algo así: «Si os hacéis nuestros amigos haréis que parezcamos débiles ante los demás; pero, si nos odiáis, pareceremos más fuertes. Pues no intentamos gobernar sobre nuestros súbditos con la bondad, sino con el terror».

40 A estos añade Tucídides otros argumentos artificiosos e hirientes, y supone que los melios advirtieron a los atenienses de que, cuando se combate, ambos bandos comparten los mismos riesgos[161]:

> (Melios:) El rendirse supone el fin inmediato de toda esperanza, pero, mientras se lucha, aún hay esperanzas de mantenerse en pie.

2 A esta objeción Tucídides hace que el ateniense, con argumentos más intrincados que los laberintos, responda acerca de la esperanza que queda a los hombres ante la adversidad con las siguientes palabras literales[162]:

> (Atenienses:) La esperanza, siendo un acicate ante el peligro, no causa la ruina de los que cuentan con ella desde una posición de superioridad, aunque pueda ocasionarles daños; sin embargo, los que arriesgan el todo por el todo (pues es derrochadora por naturaleza) conocen su verdadera esencia en cuanto caen en desgracia y, una vez conocida, ya no hay refugio donde uno pueda protegerse de ella. Vosotros, que sois débiles y estáis sobre la única tabla de salvación, no queráis sufrir penalidades ni pareceros a la mayoría de los hombres, que, aunque le es posible salvarse aún por medios humanos, cuando están agobiados y las esperanzas ciertas los abandonan, se aferran a las inciertas: la

[161] Ídem, V 102.
[162] Ídem, V 103, 1-2.

> adivinación, los oráculos y cuantas prácticas parecidas a estas, junto con las esperanzas, son causa de desdichas.

No sé cómo alguien podría elogiar estas palabras y con- 3
siderarlas apropiadas en boca de unos generales atenienses, cuando están afirmando que la esperanza, un don enviado por los dioses[163], es causa de desdichas para los hombres y que los oráculos y la adivinación son inútiles para quienes han elegido una vida piadosa y justa. Pues, si algún encomio merece la ciudad de Atenas, entre los primeros estaría el haber mantenido la piedad hacia los dioses en todas las circunstancias y ocasiones y el no haber llevado a cabo nada sin contar con los oráculos y la adivinación.

A esto respondieron los melios que, además de contar 4
con la ayuda de los dioses, también tenían puesta su confianza en los lacedemonios, los cuales, aunque solo fuera por vergüenza, les socorrerían y no permitirían que perecieran gentes de su mismo linaje[164]. Entonces Tucídides hace intervenir al general ateniense, que habla con más arrogancia aún[165]:

> (ATENIENSES:) Creemos que tampoco nosotros vamos a perder la benevolencia de los dioses; pues no hacemos ni decidimos nada que esté fuera de la naturaleza humana y sea motivo de indignación para los dioses, ni nada fuera de las aspiraciones de los hombres en las relaciones entre ellos. Pues consideramos que tanto por ley divina —es solo una conjetura—, como por ley humana —lo vemos claramente a diario—, es inevitable por naturaleza que, desde el

[163] Según el célebre mito, cuando Pandora abrió la vasija de barro y escaparon todos los males que los dioses reservaron a los hombres, la Esperanza fue lo único que quedó dentro de la vasija (cf. HESÍODO, *Trabajos y Días* 94-98).

[164] Cf. supra § 37, 2 y n.

[165] TUCÍDIDES, V 105, 1-2.

momento en que uno sea el más fuerte, le corresponde gobernar.

El sentido de estas palabras es difícil de comprender incluso para los que se consideran grandes expertos en ese autor[166], pero se resume a algo como esto: «Todos conocen lo divino por conjetura, pero las relaciones entre los hombres se juzgan como justas o injustas de acuerdo con la ley que es común a todos, la ley de la naturaleza: gobierna sobre los demás el que sea capaz de imponerse por la fuerza». Estas afirmaciones están en la línea de las anteriores, pero no convenía ponerlas en boca de atenienses ni de griegos.

41 Podría mostrar otros razonamientos que revelan esa inteligencia malvada; pero, para no alargar el tratado más de lo necesario, ofreceré sólo una cita más, la última, la que pronuncia el ateniense poniendo fin a la entrevista[167]:

> (Atenienses:) Vuestra mayor fortaleza son vuestras esperanzas de futuro; pero vuestras fuerzas de ahora son insuficientes para superar a las que están ya formadas contra vosotros. Demostráis —dice— una gran falta de inteligencia si, tras despedirnos, no tomáis una decisión más sensata que esta.

[166] Del texto de Tucídides se puede deducir la traducción que damos, sin haber introducido apenas cambios. Pero, hasta que se entiende, el sentido queda oscuro, y en eso Dionisio lleva razón esta vez. Una traducción más literal nos da una idea aproximada de la impresión que podría causar a un lector griego este mismo pasaje: *1) ... No hacemos ni decidimos nada fuera de la (naturaleza) humana y (que sea motivo) de la indignación para los dioses, ni (nada fuera) de las aspiraciones de los hombres con respecto a ellos mismos. 2) Pues consideramos divino, por conjetura, y humano, claramente y en todo momento, que de forma inevitable por naturaleza, desde que alguien sea más fuerte, gobierne.*

[167] Tucídides, V 111, 2 y 3.

Y añade: 2

(ATENIENSES:) No caigáis en el pundonor, que en la mayoría de las ocasiones destruye a los hombres con peligros honorables pero previsibles. Pues el honor, ese vocablo de nombre tan seductor, a muchos que sabían a qué desastres eran empujados, se los llevó por delante, derrotados por ese vocablo, aunque de hecho estaban viendo que caían en desgracias irremediables.

Que ni este historiador participó en aquellas conversa- 3
ciones porque se encontrara casualmente allí y que tampoco oyó estos discursos a los atenienses o a los melios que componían las delegaciones, es fácil deducirlo por lo que afirma en el libro anterior, cuando habla de sí mismo: cuenta que tras la campaña de Anfípolis fue exiliado de su patria y desde entonces pasó el resto de la guerra en Tracia[168].

Queda por examinar si Tucídides ha compuesto un diá- 4
logo conveniente a los hechos, acorde con los personajes que asistieron al encuentro y *teniendo en cuenta el sentido que más se podía aproximar a lo que realmente se dijo,* como él mismo dejó dicho en el preámbulo de su *Historia*[169].
Pues, si para los melios era natural y conveniente que sus 5
discursos trataran de la libertad, exhortando a los atenienses a no esclavizar una ciudad griega que en nada los había agraviado, ¿era igualmente apropiado para los generales atenienses no dejar que se discutiera ni hablara sobre lo justo, imponiendo la ley de la fuerza y de la superioridad y de-

[168] Cf. TUCÍDIDES, IV 104, 4 ss.; V 26, 5 (para más detalles véase la Sinopsis a este tratado). Sin embargo Tucídides sí se informaba por testigos directos y pudo haberlos entrevistado (cf. § 20, 1 = TUCÍDIDES, I 22, 1-2). Sobre la posible manipulación por Tucídides de los verdaderos motivos véase n. al § 39, 5.

[169] Cf. § 20, 1 = TUCÍDIDES, I 22, 1 (véase n. anterior).

clarando que para los que están en inferioridad lo justo es lo
6 que en cada momento les parezca a los más fuertes? Pues yo creo que a unos mandatarios enviados a otras ciudades por la ciudad gobernada con las leyes más justas no les convenía decir aquello; como tampoco puedo creerme que los melios, habitantes de una pequeña ciudad y que no habían llevado a cabo ninguna hazaña ilustre, se preocuparan más del honor que de su propia seguridad, y que estuvieran dispuestos a soportar toda clase de desgracias con tal de no verse obligados a hacer algo deshonroso, mientras que los atenienses, que en la guerra contra los persas prefirieron abandonar su país y su ciudad[170] para no soportar ninguna orden vergonzosa, acusaran de ser unos necios a quienes elegían la misma opción que ellos eligieron. Creo que si cualquier otro pueblo, en presencia de los atenienses, se hubieran atrevido a decir las mismas cosas que ellos dijeron a los melios, malamente lo habrían soportado los que habían traído la convivencia civilizada a los hombres.

El diálogo de los melios frente al de los plateos

7 Esos son los motivos por los que no admiro este diálogo, si lo confronto con el otro[171]. En aquel, el lacedemonio Arquidamo exhortaba a los plateos con razones justas, utilizando una expresión pura y clara, sin figuras forzadas ni anacolutos. Sin embargo, en este los más inteligentes de los griegos aportan los argumentos más deshonrosos y los revisten con
8 el estilo más repugnante. A no ser que este historiador, guardando rencor contra su ciudad por haberle condenado, difundiera esas infamias para que todos la odiaran. Pues lo que argumentan y dicen quienes son representantes de las

[170] Cf. Heródoto, VIII 41.
[171] Cf. supra § 36.

ciudades y han sido investidos de tan grandes poderes, cuando se dirigen a otras ciudades en nombre de su patria, eso es lo que consideran todos que es el sentimiento común de la ciudad que los envía.

Pero baste con lo ya dicho sobre los diálogos de Tucídides.

Los discursos deliberativos

De los discursos deliberativos sien- 42
to admiración por el que en el libro I (140, 1) pronunció Pericles en Atenas acerca de no ceder ante los lacedemonios, que comienza así:

> «Siempre, atenienses, he sido de la misma opinión: no ceder ante los lacedemonios...»

¡Qué genialmente construido está en los argumentos, sin que nada nos dañe los oídos: ni la mala disposición de las palabras ni la alteración del lenguaje mediante anacolutos o figuras forzadas! ¡Y qué bien adornado, con todas las virtudes propias de los discursos políticos! También admiro los 2
discursos pronunciados por el general Nicias en Atenas acerca de la expedición a Sicilia[172]; y la carta que este envió a los atenienses en la que solicita refuerzos y alguien que le relevara, agotado físicamente por la enfermedad[173]; y la exhortación que hizo a los soldados antes de la definitiva batalla naval[174]; y su arenga, cuando iba a sacar por tierra al 3
ejército después de haber perdido todas las naves[175]; y, en fin, todas las demás arengas que son puras y claras de estilo y son propias de los debates reales.

[172] Fueron dos discursos (cf. Tucídides, VI 9-14 y 20-23).
[173] Cf. Tucídides, VII 11-15.
[174] Cf. Tucídides, VII 61-64.
[175] Cf. Tucídides, VII 77.

4 Pero, por encima de todos los discursos que se recogen en los siete[176] libros, he admirado siempre la defensa de los plateos[177], sobre todo porque este discurso no ha sido torturado ni demasiado trabajado, sino que está impregnado de un color verdadero y natural: los argumentos están llenos de emoción y la expresión no atormenta los oídos, pues la disposición de las palabras produce una bella sonoridad y las figuras son apropiadas a los hechos.

5 Ésos son los discursos de Tucídides que deben emularse; y a los que escriben libros de historia les sugiero que hagan imitaciones de ellos.

43 Pero, por ejemplo, no alabo por entero el discurso que pronunció Pericles en el libro II para defenderse ante los atenienses, airados contra él porque los persuadió para que emprendieran aquella guerra[178]; tampoco alabo los discursos deliberativos sobre la ciudad de Mitilene que pronunciaron Cleón y Diódoto[179] en el libro III; ni el que dirigió el siracusano Hermócrates a los de Camarina[180]; ni la réplica al ante-

[176] En el libro VIII no hay propiamente discursos: ésa podría ser la razón por la que Dionisio habla de sólo siete libros; pues el libro VIII, sin duda el menos elaborado y del que se ha pensado que no llegó a publicarse inicialmente, también era conocido por aquél (cf. supra § 12, 2; 16, 4).

[177] Cf. Tucídides, III 53-59.

[178] Cf. Tucídides, II 60-64.

[179] Tucídides, III 37-40 y 42-48 respectivamente. Cleón lideró el partido democrático a la muerte de Pericles y consiguió algún éxito militar, como la rendición de los espartanos de Esfacteria; pero Tucídides lo presenta como un político cruel y demagogo, y Aristófanes también se burla de su vulgaridad. En ese discurso proponía aniquilar a todos los mitilenos. Diódoto, un político del que sabemos muy poco, defendía una política menos agresiva, y con su discurso derrotó la propuesta de Cleón y salvó a los mitilenos.

[180] Cf. Tucídides, VI 76-80. Más adelante, Dionisio comentará este discurso (cf. § 48 y notas)

rior de Eufemo, embajador de los atenienses[181]; ni ninguno de los que son semejantes a estos: no es necesario enumerar todos los discursos que están compuestos con el mismo estilo de lenguaje.

Para que nadie crea que hago denuncias sin pruebas, aunque podría aportar muchos testimonios, me bastará con dos, a fin de que el tratado no se alargue demasiado: la defensa de Pericles y la acusación de Hermócrates contra la ciudad de Atenas ante los de Camarina. 2

Pericles dice lo siguiente[182]: 44

Discurso de Pericles

«Disculpo vuestras muestras de cólera contra mí —cosa que ya esperaba—, pues comprendo los motivos; y por esa razón he convocado esta asamblea, para refrescaros la memoria y haceros algunos reproches, no sea que estéis enojados contra mí sin ninguna justificación o bien os estéis dejando abatir por las desgracias.»

Convenía que Tucídides, al escribir sobre Pericles, hubiera puesto estas palabras en estilo narrativo, pues no eran las más apropiadas para que Pericles se defendiera ante una masa enfurecida, y sobre todo si con ellas comienza el discurso, antes de apaciguar con otros recursos literarios[183] la cólera de quienes estaban con toda razón exasperados ante

[181] Tucídides, VI 82-87. Nada más sabemos de este Eufemo (véase n. al § 48, 1).

[182] Tucídides, II 60, 1.

[183] Cuando los jueces o el público estaban contra el orador, los tratadistas recomendaban intentar, ya desde el exordio, calmar la cólera del público y conseguir su benevolencia *(eúnoia;* latín *benevolum parare)* mediante elogios al público y a la propia persona, pero sin caer en la arrogancia; etc. (cf. § 45, 3 y 6; *Retórica a Herenio* I 8). Al final del discurso también se podía recurrir al llanto, etc. (cf. *Lis.* 19, 6 y n.).

aquellas desgracias: la tierra más fértil, devastada por los lacedemonios; un gran número de personas, muertas a causa de la peste; y, como causante de todos aquellos males, la guerra en la que se habían embarcado persuadidos por aquel.
2 Así pues, no era el reproche la forma más adecuada para la intención que perseguía, sino la petición de perdón; pues en modo alguno conviene a los oradores en las asambleas encrespar aún más los ánimos enfurecidos de la multitud, sino apaciguarlos.

3 Después añade un razonamiento incuestionable, expuesto de forma magistral, pero que no era útil en ese momento[184]:

> «Pues yo creo —dice— que, si es toda la ciudad la que alcanza grandes éxitos, beneficiará más a sus ciudadanos que si prospera cada ciudadano particular pero fracasa como colectividad. Así, si un hombre progresa en sus asuntos privados, en cuanto su patria es destruida, irremediablemente él también perece con ella; pero un hombre que cae en el infortunio, si vive en una ciudad próspera, se recupera mejor.»

Si sólo algunos ciudadanos hubieran resultado perjudicados en sus asuntos particulares, pero al conjunto de los ciudadanos le hubiera ido bien, acertadamente habría hablado Pericles. Pero si todos estaban al borde de las mayores desgracias, entonces ya no decía bien. Pues ni siquiera la esperanza de que todas aquellas calamidades algún día pudieran redundar en beneficio de la ciudad se tenía por algo seguro. Y es que para el hombre el futuro es incierto, y el azar hace que las opiniones que nos forjamos sobre el futuro cambien según las circunstancias presentes.

---

[184] Tucídides, II 60, 2-3.

A continuación añade un razonamiento de lo más desconsiderado y, desde luego, el menos apropiado para aquella ocasión[185]: 45

> «Sin embargo, os enojáis con una persona como yo, que no me considero inferior a nadie en cuanto que conozco todo lo que hay que saber, sé explicarlo a los demás, soy un patriota y no me dejo seducir por las riquezas.»[186]

Es increíble que Pericles, el mejor de los oradores de en- 2
tonces, no conociera lo que sabe todo el mundo que tiene un mínimo de inteligencia: que en cualquier circunstancia los que no alaban con mesura las virtudes propias se muestran odiosos a los oyentes, y mucho más los que lo hacen en los debates ante los tribunales y en las asambleas, donde no se disputa por honores sino que están en juego graves condenas. Pues entonces no solo se hacen odiosos a los demás, 3
sino desgraciados a sí mismos por atraerse el odio de la mayoría. En efecto, cuando alguien tiene como jueces y acusadores a las mismas personas, debe recurrir a innumerables lágrimas y lamentos desde el mismo instante en que comienza el discurso para ser escuchado con benevolencia.

Pero este manipulador de masas no se contenta con eso, 4
sino que incide aún más y explica el sentido de lo que acaba de decir[187]:

> «Pues el que sabe —dice—, pero no explica con claridad lo que sabe, debe ser considerado igual que si no supiera; y el que posee las dos cualidades, pero odia la ciudad, por lo mismo no diría nunca nada beneficioso; y si

[185] TUCÍDIDES, II 60, 5.

[186] Estas cuatro cualidades que deben adornar a todo estadista, y que Pericles se jacta de poseer, se corresponden con lo que dice más abajo (cf. § 45, 4 = TUCÍDIDES, II 60, 6).

[187] TUCÍDIDES, II 60, 6.

alguien posee también esta tercera virtud, pero es un hombre dominado por las riquezas, por esta sola causa lo vendería todo.»

5 No sé quién podría admitir que estas afirmaciones, aun siendo verdaderas, eran en verdad las más adecuadas para que Pericles se las dijera a la cara a unos atenienses enfurecidos. Pues el hallazgo de los más contundentes argumentos e ideas no vale nada por sí mismo, si no son adecuados a los hechos, a los personajes, a la ocasión y a todas las demás
6 circunstancias. Pero, como ya dije también al comienzo[188], este historiador, queriendo mostrar su opinión personal sobre las virtudes de Pericles, es evidente que las dice fuera de lugar. Por supuesto que era necesario que Tucídides manifestara sobre Pericles lo que deseara, pero debió poner en boca de quien corría el riesgo de ser condenado palabras de humildad y con las que apaciguar los ánimos. Esto es lo que debe hacer un historiador que quiere imitar la verdad[189].

46 Tediosos son también aquellos adornos pueriles en la expresión y las figuras enrevesadas en la argumentación[190]:

«Id al encuentro de los enemigos y rechazadlos con el aprecio de vuestra propia valía, pero además con el desprecio[191]. Pues el aprecio de sí mismo se da también en la ig-

---

188 Cf. § 18, 7.

189 Velada crítica a la declaración de principios de Tucídides (véase § 20, 1 = Tucídides, I 22, 1).

190 Tucídides, II 62, 3-5.

191 Hemos forzado un poco la traducción para hacer más comprensible el análisis de Dionisio e intentar reflejar la figura etimológica sobre la raíz *phron-* que hay en el texto griego: *phronēmati*, «con sensatez, con apreciación de la realidad» (sin embargo en Tucídides se lee *aúchēma*, «jactancia»); *kataphronēmati*, «con desprecio»; y, aunque Dionisio no lo dice, más abajo encontramos *hypérphronos*, «soberbio, de talante despreciati-

norancia favorecida por la fortuna y en el cobarde; pero el desprecio es propio de aquel que confíe en sobrepasar a los enemigos mediante su inteligencia: y esa es nuestra situación ahora. El ánimo, ante una suerte pareja, queda fortalecido por la inteligencia que surge de un talante despreciativo, pues confía menos en la esperanza, cuya fuerza radica en la ausencia de salvación, que en el conocimiento de la situación presente, cuyas previsiones son más seguras.»

Los vocablos *aprecio* y *desprecio* son un juego de pala- 2
bras demasiado frío, más propio del gusto estilístico de Gorgias[192]; también la definición de ambos vocablos es artificiosa y ramplona; y decir el *ánimo* que *ante una suerte pareja queda fortalecido por la inteligencia que surge de un talante despreciativo* es una explicación más oscura que las sombras heraclíteas[193]; y *la esperanza cuya fuerza radica en la ausencia de salvación* y *el conocimiento de la situación presente cuyas previsiones son más seguras* son perífrasis propias del lenguaje poético. Porque simplemente quiere decir que es preciso confiar más en el conocimiento que obtenemos a partir del análisis del presente que en las esperanzas que basan su fuerza en el futuro.

Ya entonces me di cuenta[194] de que Pericles, para apaci- 47
guar la cólera que los embargaba en aquellas circunstancias desdichadas, la mayoría de las cuales les ocurrieron de forma inopinada e imprevisible, les exhorta a soportar con no-

vo» (§ 46, 5). Como advierte en seguida Dionisio, estas figuras recuerdan a las paronomasias de Gorgias.

[192] Sobre el estilo de Gorgias, cf. *Lis.* 3, 4 y n.

[193] Heráclito tuvo fama de explicarse con poca claridad, por lo que recibió el sobrenombre de «*ho skoteinós*», «El oscuro» (cf. Estrabón, XIV 1, 25; Cicerón, *Sobre los fines* I 74; Diógenes Laercio, IX 6; etc.).

[194] Este parágrafo (§ 47, 1) es un resumen, bastante libre, de Tucídides, II 61, 3 - 62, 5.

bleza aquellas desgracias para no borrar la gloria de la ciudad, y a lograr la salvación de toda la comunidad aunque sufrieran en sus vidas privadas; y tras esto les explica que, si mantenían firmemente el dominio del mar, no serían destruidos ni por el rey persa ni por los lacedemonios ni por ningún otro pueblo —la fe de esos hombres, por lo tanto, no se basaba en la situación presente, sino en el futuro; ni tampoco se apoyaba en una previsión racional sino solo en esperanzas—. Pero después, olvidando lo que acaba de decir, considera que no hay que confiar en la esperanza, *cuya fuerza radica en la ausencia de salvación*[195]. Cosas, pues, contradictorias entre sí, si el sufrir era ya una percepción presente y aún no había evidencias de aquel remedio que proponía.

2 Pero igual que no alabo esos pasajes ni por el contenido ni por la forma, sin embargo, admiro los pasajes siguientes, que siguen un razonamiento coherente, poseen una expresión cuidada y están compuestos con buen gusto[196]:

> «Pues para los que pueden elegir, si les va bien en todo, gran insensatez es optar por la guerra. Pero, si se ven obligados o a ceder sin remedio y quedar sometidos a los vecinos o a afrontar los peligros para salir victoriosos, el que huye del peligro es más censurable que el que resiste. Por eso yo siempre soy el mismo y no me aparto de mis convicciones; no como vosotros, que cambiáis de opinión, puesto que primero sucedió que os dejasteis convencer para entrar en esta guerra porque entonces os manteníais incólumes, pero ahora, porque sufrís calamidades, os lamentáis.»

Y también alabo esto otro:

---

[195] Cf. Tucídides, II 62, 5 (véase supra § 46, 2).

[196] Tucídides, II 61, 1-4.

«Pues lo súbito, lo imprevisible y lo que sucede en contra de toda lógica[197] subyuga la inteligencia ⟨...⟩. Sin embargo, es necesario que vosotros, habitantes de una gran ciudad y criados en las costumbres propias de ella, prefiráis soportar estas desgracias y no perder la dignidad. Pues justamente los hombres censuran por igual a quien se desentiende por molicie de la gloria que disfruta como odian al que en su audacia ansía una gloria imposible de alcanzar.»

Y también alabo estas palabras de Pericles que desperta- 3
ron en el alma de los atenienses el espíritu patriótico[198]:

«Es natural que vosotros ayudéis a mantener la gloria de que goza la ciudad por ejercer la hegemonía, y de la que podéis enorgulleceros sobre los demás pueblos: así pues, no rehuyáis las fatigas ni tampoco persigáis los honores. Y no debéis creer que estáis luchando por una sola cosa, esclavitud o libertad, sino también para no perder la hegemonía y evitar así los peligros de los que son odiados por haber ostentado el poder. Pues ni siquiera os es posible renunciar a la hegemonía, por más que alguno, lleno de temor en las presentes circunstancias, quiera portarse ahora virtuosamente y quedarse sin hacer nada. Y es que ya la tenéis como una tiranía: tenerla parece injusto, pero dejarla es peligroso.»

En fin, alabo todos los pasajes semejantes a estos: los que contienen alteraciones moderadas en el vocabulario y en las figuras y no son muy recargados ni confusos.

[197] La peste y demás desgracias imprevisibles que se cebaron sobre los atenienses (cf. § 20, 1 = Tucídides, I 23, 3).

[198] Tucídides, II 63, 1-2.

48 *Discurso de Hermócrates*

Y, del discurso de Hermócrates[199], tengo que alabar los siguientes aciertos de nuestro historiador[200]:

«Pero no venimos ahora para mostraros que la ciudad de Atenas puede ser fácilmente acusada, pues estamos entre gentes que sabemos cuántas injusticias ha cometido. Más bien hemos venido para acusarnos a nosotros mismos, porque, aunque tenemos los ejemplos de los griegos del otro extremo de Grecia, de cómo fueron esclavizados por no ayudarse entre ellos —aquellos mismos sofismas de entonces se utilizan ahora contra nosotros, como alegar la necesidad de asentamientos para sus parientes de Leontinos[201] y el envío de ayuda a sus aliados de Eges-

---

[199] Hermócrates fue un importante político siracusano en la lucha contra Atenas (cf. Tucídides, IV 58 - 65; VI 32, 3; etc.). Este fragmento es parte del discurso que Hermócrates dirigió a los de Camarina, una ciudad del sur de Sicilia fundada por Siracusa, pero enemiga tradicional de su metrópolis. Los atenienses enviaron una embajada presidida por Eufemo y los siracusanos otra presidida por Hermócrates (cf. Tucídides, VI 75, 3-4). Se convoca una asamblea y habla primero Hermócrates (VI 76-80) y después Eufemo (VI 82-87): los de Camarina deciden seguir manteniéndose neutrales. Como curiosidad hemos de recordar que Calírroe, la protagonista de la novela de Caritón de Afrodisias, *Quéreas y Calírroe,* es hija de Hermócrates (cf. ibidem I 1, 1; etc.).

[200] Tucídides, VI 77, 1-2.

[201] En otra ocasión ya aludió Hermócrates a este pretexto de los atenienses para socorrer a los de Leontinos y Egesta (cf. Tucídides, VI 33, 2). Los de Leontinos, ciudad próxima a Siracusa, pero cuyos habitantes eran jonios de Calcis (Eubea) y no dorios —de ahí la razón de parentesco que alegaban los atenienses—, entraron en guerra con los siracusanos, por lo que se vieron obligados a pedir ayuda a Atenas (cf. Tucídides, III 86, 2-4): esa fue la famosa embajada en la que participó Gorgias, que tanto impresionó a los atenienses con su discurso (cf. *Lis.* 3, 5). Estos acontecimientos ocurrieron en el 427 a. C., doce años antes de la expedición a Sicilia. Más tarde, en el 424, cuando ya había abandonado Sicilia esta expedición ateniense, los aristócratas de Leontinos, con ayuda de los siracusanos, expulsaron a los demócratas de la ciudad, que tuvieron que salir

ta[202]—, no queremos, sin embargo, unirnos y poner todo nuestro ánimo para demostrarles que en ese aspecto quienes aquí habitan no son jonios, ni del Helesponto ni de las islas, que siempre han vivido esclavizados bajo un amo, sea el medo o cualquier otro, sino que somos dorios libres y que habitamos la isla de Sicilia procedentes del Peloponeso, siempre autónomo. ¿O nos quedamos sin hacer nada hasta que todos, ciudad por ciudad, vayamos cayendo en sus manos, pues sabemos que sólo de ese modo seremos sometidos?»

Este pasaje, expresado de una manera clara y pura en cuanto al lenguaje, posee además agilidad, belleza, tensión y un lenguaje grandioso y vehemente, y rebosa espíritu combativo. Cualquiera podría emplear este estilo tanto en tribunales y asambleas como en las charlas con los amigos.

Aún hay más pasajes, como este otro[203]: 2

«Si alguien siente envidia o temor hacia nosotros (pues a los más poderosos se les envidia o se les teme), y desea que la posición de Siracusa empeore para vernos humillados, pero al mismo tiempo, y por su propia seguridad, también desea que salgamos triunfadores, está esperando que se cumpla un deseo que escapa a la capacidad humana.

errantes (cf. Tucídides, V 4, 2-4). Según Tucídides la obligación de ayudar a los de su mismo linaje para realojarlos de nuevo en Leontinos era un mero pretexto para los atenienses, que en realidad ansiaban apoderarse de Sicilia (cf. ibídem VI 6, 1).

202 Egesta era una ciudad del oeste de Sicilia, muy antigua, pues habría sido fundada por troyanos que escaparon al saqueo griego (cf. Tucídides, VI 2, 3). Entraron en guerra con los de Selinunte, que pidieron ayuda a Siracusa. Entonces los de Egesta enviaron una embajada a Atenas pidiendo también ayuda, y como argumento invocaron la antigua alianza de Atenas con Leontinos (véase n. anterior), lo que desencadenó la desastrosa expedición a Sicilia del año siguiente, 415 a. C. (cf. Tucídides, VI 6, 2 ss.).

203 Tucídides, VI 78, 2.

Pues no es posible para un mismo hombre administrar, al mismo tiempo y a partes iguales, el deseo y el azar.»

Y también alabo la parte final del discurso[204]:

«(Vuestra colaboración es lo que) pedimos; y proclamamos solemnemente, si no conseguimos persuadiros, que siempre hemos sufrido conspiraciones por parte de nuestros eternos enemigos, los jonios, pero que esta vez los dorios hemos sido traicionados por vosotros, también dorios. Y si los atenienses nos someten, vencerán gracias a vuestras resoluciones, aunque tal honor se lo anotarán a su nombre; y como premio por la victoria no obtendrán otro que la propia ciudad que les proporcionó la victoria.»

Creo que estos pasajes y los semejantes a estos son bellos y dignos de emulación.

3 Pero no sé cómo podría alabar estos otros[205]:

«Pues vienen a Sicilia con ese pretexto que ya sabéis, pero con la intención que todos sospechamos[206]. Y me parece que lo que buscan no es alojar a los de Leontinos, sino desalojarnos.»

Pues la paronomasia[207] es fría y no provoca sentimiento alguno sino la sensación de artificiosidad.

---

[204] Ídem, VI 80, 3-4.

[205] Ídem, VI 76, 2.

[206] El pretexto era buscar un asentamiento para los de Leontinos y ayudar a los de Egesta, aliados de los atenienses; pero la verdadera intención de los atenienses era someter Sicilia (véase n. a «Leontinos» en el § 48, 1).

[207] En griego la paronomasia de la que habla Dionisio se consigue con *kat-oikísai*, «establecer, fundar, alojar» y *ex-oikísai* «expulsar, desalojar».

O también las figuras enmarañadas y con muchas revueltas, como éstas[208]: 4

«Ni estos (*sc.* los atenienses) se enfrentaron al medo por la libertad de los griegos ni los griegos por su propia libertad, sino por lo siguiente: los unos para que los demás griegos fueran sus esclavos y no del medo, y los otros para cambiar de amo —pasaron de un amo estulto a otro astuto[209].»

Y también el abuso de alteraciones gramaticales: del plural a singular y de las personas de las que se habla a la persona que habla[210]: 5

«Y si a alguno se le ocurre pensar que no es él sino el siracusano el enemigo del ateniense y cree que correría un grave peligro si lucha por mi patria, debe considerar que no está luchando especialmente por mi patria, sino que en el mismo grado lucha por la suya aunque combata en la mía, y que tanto más seguro estará en la medida en que yo no haya sido destruido, pues me tendrá como aliado y no luchará solo. Y debe considerar además que el ateniense no viene a castigar la enemistad del siracusano, ⟨sino sobre todo para, con el pretexto de mi enemistad, asegurarse la amistad de aquel⟩.»

Esto es pueril, excesivamente elaborado y más oscuro que los dichos que llamamos enigmas.

Y a esos pasajes se pueden añadir estos otros[211]: 6

---

208 TUCÍDIDES, VI 76, 4.

209 Hemos intentado reflejar la paronomasia de los vocablos griegos *a-xynetōtérou*, «más estúpido, más estulto», y *kako-xynetōtérou*, «más malvado, más astuto».

210 TUCÍDIDES, VI 78, 1.

211 Ídem, VI 78, 3.

«Y si alguien cometiera un error de cálculo, quizá muy pronto, lamentándose entre sus propias desgracias, querría convertirse de nuevo en un admirador de mi buena situación; pero eso sería imposible para quien nos haya abandonado y no haya querido asumir los mismos peligros, peligros que se fundamentan no en palabras sino en hechos.»

Y lo remata con una sentencia que ni siquiera quedaría bien en boca de un adolescente[212]:

«Pues si de palabra alguien abogara por salvar nuestro poder, de hecho se estaría salvando a sí mismo.»

Conclusión sobre el estilo de Tucídides en los discursos

49 Hay otros defectos censurables en esta arenga, pero no necesito decir nada más sobre ellos. Con estos pasajes creo haber dejado suficientemente claro el objetivo propuesto: que la mejor expresión de Tucídides es la que se aparta moderadamente del lenguaje habitual y observa las primeras y principales virtudes; y la peor, la que altera demasiado el sentido de las palabras comunes y las figuras para caer en expresiones extrañas y forzadas y en anacolutos, por lo que ninguna de las otras virtudes puede mostrar su fuerza.

2 Este tipo de expresión no es útil ni en las asambleas, donde se reúnen las ciudades para deliberar sobre la paz, la guerra, la promulgación de leyes, el mantenimiento del orden constitucional y los demás asuntos públicos importantes; ni en los tribunales, en los que se pronuncian discursos que pueden implicar la muerte, el destierro, la pérdida de la ciudadanía, la cárcel o la confiscación de los bienes ante

[212] Ibidem.

personas que son competentes para sentenciar sobre estos
asuntos, ⟨pues tales discursos⟩ hacen sufrir a la masa de ciu-
dadanos, que no están acostumbrados a oír tal forma de ex-
presarse; y ni tan siquiera sirve para las conversaciones pri- 3
vadas, en las que hablamos sobre las cosas de la vida con
nuestros conciudadanos, amigos y parientes, contamos al-
gún hecho que nos ha acaecido, damos consejos sobre lo
que hay que hacer, hacemos reproches, damos ánimos, nos
felicitamos en los éxitos y nos consolamos en las desgracias.
No hace falta decir que, si utilizáramos ese lenguaje en nues-
tras conversaciones, nuestros padres y nuestras madres no lo
soportarían, no por ser desagradable, sino porque, como si
oyeran la lengua de otro país, necesitarían intérpretes.

Eso es lo que yo pienso sobre este historiador, dicho con 4
toda sinceridad y lo mejor que he podido.

Respuesta a posibles objeciones

Pero es preciso también examinar 50
lo que algunos han dicho en defensa
de Tucídides, aunque sea brevemente,
para que no se crea que quiero pasar
algo por alto.

Que ese estilo no es apropiado para los debates públicos
ni para las reuniones privadas lo reconocen todos los que no
tienen la mente contaminada sino que conservan la primitiva
sensibilidad natural. Algunos sofistas[213], y no de segunda fi- 2
la, pretenden mostrar que para quienes están dedicados al
estudio de cómo dirigirse a las masas o cómo pronunciar
discursos forenses no es adecuado este estilo, pero que a los
que publican libros de historia, en los que sí debe haber
grandiosidad, gravedad y conmoción, les es del todo conve-
niente ejercitarse en esta forma de expresión insólita, arcai-

[213] No es seguro a quien se refiere Dionisio. ¿Quizá a Cecilio de Caleacte? (véase n. *ad locum* de G. Aujac).

zante, figurada y que se aleja de las expresiones habituales
3 para caer en un lenguaje extraño y preciosista; pues —afirman— no es conveniente componer estos discursos ni para los comerciantes, ni para los obreros, ni para los artesanos ni para nadie que no haya recibido una educación liberal, pero sí para hombres que, tras completar su formación académica, se dedican a la retórica y a la filosofía, a los que ninguna de estas cosas les sonará extraña.

4 Por otro lado ya algunos intentaron justificarlo diciendo que este historiador no pensaba en las generaciones siguientes cuando redactó así su historia, sino en sus contemporáneos, pues para ellos ese lenguaje era ⟨habitual y conocido ***⟩[214].

Sin embargo, ese estilo no es útil ni para los debates políticos ni para los judiciales, donde acuden asambleístas y miembros de los jurados que carecen de la capacidad que Tucídides les supone.

51 A los que creen que leer y entender el lenguaje de Tucídides está reservado para los que han recibido una buena educación, les tengo que refutar con lo siguiente: que retiran de la vida pública una obra necesaria y útil para todos (pues nada habría más necesario ni provechoso), dejándola en manos de un número absolutamente pequeño de personas, como ocurre con el poder en las ciudades gobernadas por oligarcas o tiranos. Se pueden contar con los dedos de la mano los que son capaces de comprender todo el texto de Tucídides, e incluso para ellos algunos pasajes permanecen incompresibles hasta que no se hace un análisis gramatical.

2 Y a los que ubican la lengua de Tucídides en la época antigua, alegando que era la habitual de sus contemporá-

[214] Laguna señalada por SYLBURG.

neos, los refutaré echando mano de un breve pero claro razonamiento: que habiendo muchos oradores y filósofos en Atenas durante la guerra del Peloponeso ninguno de ellos utilizó ese lenguaje —ni los oradores del círculo de Andócides, Antifonte o Lisias ni los socráticos de las escuelas de Critias, Antístenes o Jenofonte[215]—. De todos ellos es indis- 3
cutible que Tucídides fue el primero en utilizar esa expresión, y lo hizo para apartarse de los demás historiadores. Y, cuando sabe administrar su uso y lo hace con moderación, es admirable y nadie se puede comparar con él. Pero, cuando la utiliza hasta el hartazgo y sin gusto, porque no se da cuenta de cuáles son los momentos oportunos ni acierta con la dosis adecuada, es censurable.

En mi opinión la obra histórica no debería ser árida, 4
desgarbada y sin interés, sino que debería poseer cierta belleza poética. Pero no debe ser totalmente poética, sino solo apartarse un poco del lenguaje habitual. Pues enojoso es el hartazgo, incluso de las cosas muy agradables, mientras que la moderación es útil en cualquier circunstancia.

Los imitadores de Tucídides

Una sola cuestión me queda aún 52
por tratar: lo relativo a los oradores e historiadores que imitaron a este autor, un apartado (necesario) como ningún otro antes de poner fin a nuestro tema de estudio; pero que nos impone mucho respeto y precaución, no sea que demos pie a que nos acusen por calumnias quienes están acostumbrados a denunciar por todo

[215] Acerca de Andócides y Critias, cf. *Lis.* 2, 1 y notas; en cuanto a Antifonte véase *Iseo* 20, 2 y n. Antístenes de Atenas, discípulo de Sócrates y maestro de Diógenes el Perro, fue el fundador del cinismo; Diógenes Laercio le atribuye más de sesenta títulos sobre temas muy variados (VI 15-18). En cuanto a la opinión de Dionisio acerca del estilo de Jenofonte, cf. *Pomp.* 4 = *Im.* 3, 4-5 y n. (resumido).

—una acusación que no estaría en consonancia con la imparcialidad que hemos utilizado al tratar sobre los discursos
2 y el carácter de sus autores—. A esa gente de inmediato les parecerá que vamos a convertir este apartado en un asunto malicioso y perverso, si citamos a quienes no hicieron buen uso de la imitación y ofrecemos sus escritos, con los que pensaban que habían llegado a la cima más alta y con los que amasaron grandes fortunas y consiguieron ilustre fama.
3 Para no levantar ninguna sospecha de ese tipo contra nosotros, no vamos a censurarlos ni a recordarles sus errores. Por el contrario, vamos a terminar nuestro tratado añadiendo algunas breves consideraciones sobre sus aciertos en la imitación.

4 De los historiadores antiguos, por lo que yo conozco, no hubo ninguno que imitase a Tucídides en aquello que parece distinguirse de los demás: su expresión insólita, arcaizante, poética y extraña; sus ideas, expuestas mediante hipérbatos y de forma enrevesada, que quieren decir muchas cosas con frases truncadas, o que sólo después de mucho divagar llegan a las conclusiones; y, además, las figuras tortuosas y erráticas, construidas al margen de la concordancia natural y que ni siquiera tienen cabida en el lenguaje poético. A causa de estos desaciertos se cierne sobre sus discursos una oscuridad que desluce todos los bellos pasajes y ensombrece sus virtudes.

53 De los oradores, Demóstenes fue el único que, igual que emuló a los demás oradores que parecían haber hecho algo grande e ilustre en la oratoria, así también emuló a Tucídides en muchas cosas[216], y añadió al discurso público, to-

[216] Se decía que Demóstenes leyó, y copió ocho veces, toda la obra de Tucídides (cf. Luciano, *Contra el indocto* 4).

mándolas de aquel, las virtudes que no poseían ni Antifonte, ni Lisias ni Isócrates, figuras señeras entre los oradores de entonces: me refiero a la agilidad, la capacidad de síntesis, la tensión, la rudeza, la acritud y la vehemencia que despierta emociones.

En cuanto a la expresión Demóstenes dejó a un lado to- 2
do lo que había en aquel de insólito, extraño y poético por no considerarlo adecuado para los debates reales; y de sus figuras tampoco le agradaba lo que se salía de la concordancia natural y parecía solecismo, aunque sí mantuvo el uso de las figuras habituales, adornando la expresión con cambios, variedad y evitando exponer pensamientos despojados de
todo ornato. Pero aquellos pensamientos tan enrevesados 3
de Tucídides, que enseñaban muchas cosas en pocas palabras, mantenían la concordancia después de largas disquisiciones y aportaban argumentos sorprendentes, los emuló y los incorporó a los discursos políticos y judiciales; eso sí, eran más escasos en los discursos privados y más abundantes en los debates sobre temas de estado[217].

De ambos[218] presentaré ejemplos, sólo unos pocos aun- 54
que hay muchos, pero que serán suficientes para quienes han leído a este autor:

---

[217] Adviértase que Dionisio dice que Demóstenes imitó de Tucídides la forma confusa de exponer los pensamientos, pero no la expresión, que por su oscuridad resultaba incomprensible a los oyentes. En el § 54 Dion. Halic. ofrece como ejemplo unos pasajes de Demóstenes en los que los pensamientos están expuestos de forma enmarañada, pero se salvan por la expresión, que es lo suficientemente clara para que se entiendan a la primera.

[218] Dion. Halic. recurrirá a solo tres discursos, dos de carácter político, el *Sobre las sinmorías* XIV y el *Discurso tercero contra Filipo* IX, y otro de carácter judicial, el *Sobre la corona* XVIII.

Demóstenes, «Sobre las sinmorías»

Hay una arenga de Demóstenes, que tiene como tema la guerra contra el Rey[219], en la que exhorta a los atenienses a no levantarse a la ligera contra aquel, alegando que ni la fuerza de que disponían entonces era digna de enfrentarse a la del Rey ni la confederación[220] arrostraría los peligros con
2 convicción y firmeza. Los exhorta, pues, a que, reorganizando sus propias fuerzas, hagan ver a los demás griegos que están dispuestos a correr peligros por la libertad de todos si alguien los atacara. Hasta que no dispongan de esa fuerza no quiere que se envíen embajadores a los griegos para llamarlos a la guerra, pues cree que no iban a responder
3 a la llamada. Pues bien, tomando este pensamiento, lo elaboró y expresó así[221]:

> Entonces, si hacéis lo que ahora creemos que es mejor, sin duda ninguno de los griegos confiará tanto en sí mismo que, viendo mil jinetes, todos lo hoplitas que uno quiera y trescientas naves, no venga y nos pida unirse a nosotros, convencido de que con ese ejército tendrá la forma más segura de salvarse. Sin embargo, desde el momento en que los llaméis, significa que vosotros suplicáis y, si además no

[219] En este discurso, *Sobre las sinmorías* XIV, pronunciado en el año 354 a. C., Demóstenes propone reorganizar las sinmorías —grupos de unos 60 contribuyentes encargados de costear proyectos públicos concretos, en este caso el ejército que debía luchar contra el rey persa Artajerjes III Oco—. En Atenas había unos 1.200 ciudadanos ricos obligados a contribuir, divididos en 20 sinmorías, dos por tribu (cf. *Sobre las sinmorías* XIV 16-17).

[220] Esa confederación no existía entonces: era lo que pretendía Demóstenes, crear una alianza de griegos contra el rey persa (cf. *Sobre las sinmorías* XIV 12), pero en el fondo quizá Demóstenes ya pensaba en Filipo (cf. ibidem XIV 11).

[221] Demóstenes, *Sobre las sinmorías* (XIV) 13.

> tenéis éxito, será vuestro primer fracaso; pero el esperar mientras preparáis vuestro ejército significa que serán ellos los que supliquen que los salvéis y que tenéis la certeza de que todos acudirán.

Esta forma de expresarse se aparta de la forma común y habitual de comunicarse la gente, pues está por encima de lo que es capaz un particular; pero no es tan tenebrosa y oscura que necesite explicación.

Cuando comienza a hablar de los preparativos, añade es- 4
to[222]:

> En esos preparativos lo primero, hombres de Atenas, y lo más importante, es estar en una buena disposición anímica para que cada uno haga, voluntaria y resueltamente, lo que le toque hacer. Pues tened en cuenta, atenienses, que siempre que quisisteis algo y después cada uno pensó que le correspondía hacerlo a él, nunca nada os falló. Pero cuantas cosas deseasteis, y después os mirabais unos a otros como si ese deber no le tocara hacerlo a uno mismo sino al vecino, nunca vosotros obtuvisteis nada.

En verdad el pensamiento está formulado de una manera enrevesada, y la forma en que se ha expresado se aparta del lenguaje común para caer en una expresión inusitada; no obstante, la ornamentación del fondo y de la forma se salva gracias a la claridad.

Demóstenes, «Discurso tercero contra Filipo»

En la más importante de las aren- 5
gas contra Filipo, Demóstenes dispuso el comienzo directamente así[223]:

---

[222] Ibídem, 14-15.

[223] Demóstenes, *Discurso tercero contra Filipo* (IX) 1, ya ofreció este mismo pasaje en *Dem.* 9, 2, con ligeras variantes textuales.

> Muchos son, hombres de Atenas, los discursos, por no decir en casi cada asamblea, que tratan de lo que Filipo, desde que firmó la paz, nos agravia no solo a nosotros sino también a los demás. Y todos, lo sé, habrán dicho, aunque luego no lo hacen, que es necesario hablar y actuar para que aquel cese en su insolencia y responda de sus agravios. Pero la situación ha llegado a tal grado de resignación y de dejadez, según veo, que temo que voy a decir una barbaridad, pero cierta: si todos los oradores aquí presentes hubieran hablado, y vosotros votado, con la intención de que la situación fuera lo más desastrosa posible, no creo que pudierais haberla empeorado más de lo que está.

Semejante a este pasaje es el siguiente[224]:

> ¿O acaso creéis que, si a los que nada malo le hicieron, pues a lo sumo se habrían guardado de no sufrir nada de él, ha preferido engañarlos antes que advertirles que iba a utilizar la violencia contra ellos, a vosotros os iba a atacar con una declaración previa de guerra, y más cuando os estáis dejando engañar de buena gana?

Demóstenes, «Sobre la corona»

6 En el mejor de sus discursos judiciales, el titulado *Sobre la corona*, donde recuerda la habilidad con la que Filipo había maniobrado contra las ciudades griegas, expone así ese pensamiento[225]:

> Y no necesito añadir que su crueldad, que es posible ver en cualquiera de los sitios en los que Filipo se instaló definitivamente como señor, les tocó probarla a otros,

[224] Demóstenes, *Sobre las sinmorías* (IX) 13. Dionisio ya ofreció este mismo pasaje en *Iseo* 13, 2 y en *Dem.* 9, 8, siempre con pequeñas variantes textuales.

[225] Demóstenes, *Sobre la corona* (XVIII) 231.

mientras que los frutos de su filantropía, una cara que aquel os venía presentando mientras maniobra en los demás acontecimientos, hicisteis bien en recibirlos[226].

También vemos aquellas virtudes cuando a los traidores 7
a sueldo de Filipo los declara responsables de todas las desgracias que habían ocurrido a los griegos. Demóstenes lo escribe así textualmente[227]:

> Sin embargo, ¡por Heracles y todos los dioses!, si fuera necesario buscar sinceramente, dejando a un lado la mentira y las acusaciones motivadas por la enemistad, quiénes de verdad serían aquellos a los que de modo lógico y justo todos pondrían sobre sus cabezas la responsabilidad de lo que ha pasado, se encontraría que son los que en cada ciudad piensan como ese, no los que están de acuerdo conmigo: los que, cuando la situación de Filipo era débil y ciertamente insignificante, mientras nosotros muchas veces os advertíamos, os exhortábamos y os mostrábamos ⟨la mejor opción, ellos a causa de su propia avaricia⟩ rechazaban lo que era provechoso para la comunidad, cada uno engañando y sobornando a los de su propia ciudad, hasta que los hicieron sus esclavos.

Conclusión

Miles de ejemplos podría ofrecer 55
de los discursos políticos y judiciales de Demóstenes que están compuestos siguiendo ese estilo de Tucídides que contiene tantos cambios en el lenguaje
común y habitual. Pero, para que mi tratado no se haga más 2
largo de lo necesario, me contentaré con estos, que son sufi-

---

[226] Después de su victoria en Queronea en el 338 a. C. Filipo trató con gran benevolencia a los atenienses, mientras castigó duramente a los tebanos (véase la Sinopsis que anteponemos al *Dem.*).

[227] Demóstenes, *Sobre la corona* (XVIII) 294-295.

cientes para confirmar lo que decíamos antes[228]. Yo no vacilaría en recomendar a quienes se ejercitan en el discurso público, al menos a los que aún conservan su buen criterio sin pervertir, que tomen como guía a Demóstenes, pues estamos convencidos de que es el mejor de todos los oradores que han existido; y que imiten su forma de adornar la expresión cuando la brevedad, la vehemencia, la fuerza, la tensión, la grandiosidad y las virtudes emparentadas con estas son evidentes para todos los hombres; y, por el contrario, que no admiren ni imiten su lenguaje figurado cuando resulte enigmático, incompresible, necesitado de explicaciones gramaticales o rebosante de expresiones torturadas y de solecismos.

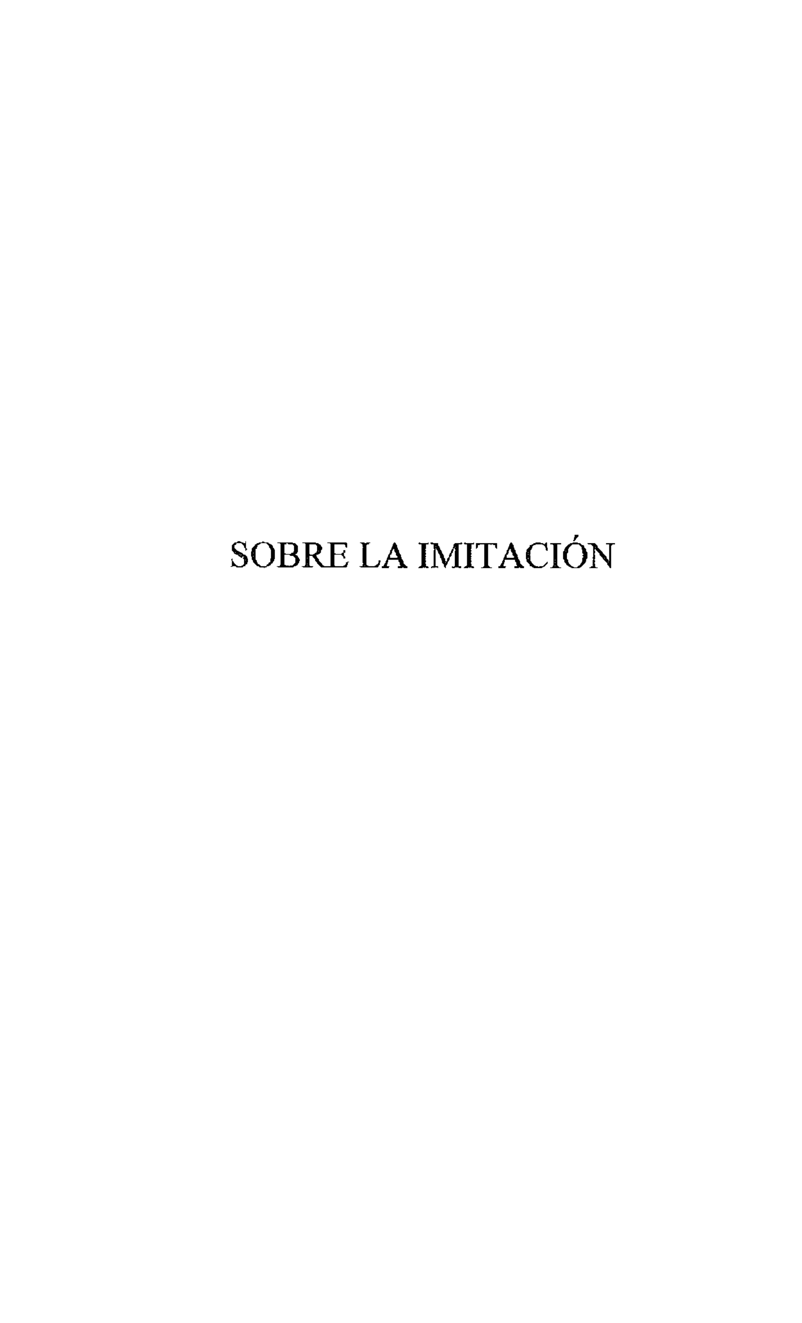
3 Para decirlo resumidamente: no tiene sentido afirmar que se deben imitar por igual esas dos clases de pasajes, tanto aquellos en los que el historiador no se expresa con claridad como aquellos otros en los que consigue la claridad junto con las demás virtudes. Porque es forzoso admitir que lo perfecto es mejor que lo imperfecto y que lo más claro es
4 mejor que lo más oscuro. ¿Por qué habíamos de alabar todas las expresiones de este historiador y vernos obligados a afirmar que Tucídides escribió su obra para los hombres de su tiempo y que a todos ellos les resultaba familiar e inteligible, pero que su mente no estaba puesta en nosotros, las generaciones futuras? ¿Y por qué hemos de expulsar de los tribunales y de las asambleas todo el estilo de Tucídides como si fuera inútil y no reconocer que la parte narrativa, con algunas pocas excepciones, es muy admirable y se adapta bien a todas las necesidades? ¿Y por qué no reconocer que no todo lo que hay en los discursos deliberativos es adecuado para ser imitado sino solo aquellos pasajes de este autor

[228] Cf. § 54, 3, donde Dionisio declara su admiración por ese estilo que se aleja del lenguaje corriente pero mantiene la claridad.

que pueden ser fácilmente comprendidos por todos los hombres, aunque no todos sean capaces de escribir con su estilo?

Cosas más agradables que estas podría haberte escrito acerca de Tucídides, mi queridísimo Quinto Elio Tuberón, pero no más verdaderas[229].

[229] Estas palabras finales parecen tomadas de la carta que Nicias escribe a los atenienses desde Sicilia, mencionada anteriormente por Dionisio (cf. § 42, 2), en la que dice: «Podría enviaros noticias más agradables que estas, pero no más útiles» (cf. Tucídides, VII 14, 4).



SOBRE LA IMITACIÓN

SINOPSIS

«En el ensayo que ya publiqué *Sobre la imitación* he abordado el estudio de los poetas y prosistas que consideraba más ilustres... Mi finalidad era que quienes desean aprender a escribir y a hablar bien dispongan de modelos bellos y admirables... en ese escrito conciso y resumido...» Así se expresaba el propio Dionisio sobre este tratado (cf. *Tuc.* 1, 1-3). Y en *Pomp.* 3, 1, antes de ofrecernos el capítulo de este tratado referido a los historiadores, dice: «Tú querías saber también qué opinión tengo yo de Heródoto y Jenofonte, y querías que escribiera algo sobre ellos. Lo he hecho ya ⟨en los⟩ ensayos *Sobre la imitación* que dediqué a Demetrio. De éstos el primero trata sobre el concepto mismo de la imitación, el segundo sobre qué autores deben imitar los poetas, los filósofos, los historiadores y los oradores, el tercero, todavía inconcluso, sobre cómo debe hacerse la imitación» (traducción de G. Galán Vioque, ob. cit., págs. 231-232).

Lo que hemos conservado del tratado *Sobre la imitación* (unos fragmentos de los dos primeros libros, un epítome del segundo y nada del tercero) nos ha llegado por cuatro fuentes distintas, pero siempre de forma muy incompleta:

a) Unas brevísimas citas de Siriano de Alejandría, filósofo neoplatónico de la primera mitad del s. v d. C., que vivió en Atenas y fue maestro de Proclo. Las citas proceden de sus comentarios a dos tratados de retórica de Hermógenes: Dionisio, *Sobre la imitación*, *Frs.* 1-6.

b) El extenso pasaje del libro II que nos ha trasmitido el propio Dionisio: *Pomp.* 3, 2 – 6, 11 = *Sobre la imitación, Fr.* 7.
c) Un *Epítome* del libro II, de autor desconocido, que no sólo se limitó a resumir el texto (a veces queda reducido a la décima parte), sino que también se permite bastante libertad en la redacción: *Sobre la imitación* 1 - 5.
d) El resumen que hizo Quintiliano del libro II para ofrecer una brevísima panorámica de los principales autores griegos: *Inst. orat.* X 1, 50-84 (por desgracia el resumen de Quintiliano es aún más breve que el del autor del *Epítome,* pues parece sacado del propio *Epítome).*

La datación de este tratado es muy dudosa. Unos se inclinan por una época tardía (entre la primera parte del tratado *Dem.*, conocida como *Demóstenes*-1, y el tratado *Tuc.)* y otros creen que hay que ubicarlo en una época temprana, anterior a los tratados *Sobre los oradores áticos* (esto último es lo que parece más probable; para más detalles véase la Introducción, apartado 3).

El primer libro trataba sobre qué es la imitación, un tema de capital importancia en las escuelas de retórica, pues la imitación era tanto el fundamento de toda obra de arte como el método de aprendizaje. Ya para Platón no solo el lenguaje es producto de la imitación (cf. *Crátilo* 423b-d; etc.), sino que el arte es en cierto modo una imitación. Así, de los tres estilos literarios que distingue Platón uno es el «narrativo simple» *(diḗgēsis haplê)* y otro el «imitativo» o dramático *(diḗgesis dià miméseōs),* en el que el narrador (o el actor o el poeta) no narra sino que imita en su exposición al personaje que habla; además había un tercer estilo, el mixto, en el que alternaban la narración simple y el diálogo imitativo (cf. *República* 394a ss.). Y en cuanto a la imitación, Platón distingue dos clases de copias: las que son copias de las realidades divinas y las que a su vez son simulacros de esas copias. Por ejemplo, el albañil, guiado por su «idea» de casa, construye una casa tangible, pero que en realidad es una copia de la casa «ideal»; y el pintor dibuja una casa que es tan solo un simulacro de la casa tangible y, a fin de cuentas, es solo la copia de la copia. En definitiva, es la misma dis-

tinción que hay entre el sofista y el orador: el sofista se ocupa de esas primeras realidades que proporcionan el verdadero conocimiento y habla sobre cosas que sabe, mientras el orador se ocupa de la mera opinión y habla sin saber verdaderamente (cf. *Sofista* 266c ss.). La imitación, en la medida que nos aleja del original, es negativa y, por tanto, todas las artes basadas en la imitación, entre ellas la retórica, poco valen en comparación con la filosofía.

Fue Aristóteles quien dio la máxima importancia a la imitación al declarar que la imitación es el principio del arte y del aprendizaje: todo arte es una copia y produce más placer en la medida en que se parezca más al original (cf. *Poética* 1448b 8-9; *Retórica* 1371b4-10). En definitiva, el poeta, y el orador, como cualquier artista, es un imitador (*mimētḗs;* cf. *Poética* 1460b8; Dion. Halic., *Lis.* 8, 7). Y también el aprendizaje se hace fundamentalmente por imitación, y esa inclinación natural del hombre por la imitación nos distingue de los animales (cf. *Poética* 1448b5-8). De ahí que el aprendizaje también sea causa de placer (cf. *Poética* 1448b13-14) y que todo hombre desee saber por naturaleza (cf. *Metafísica* 980a21).

En las escuelas de retórica la imitación fue el principio básico del aprendizaje: el mero contacto con el original, o simplemente la proximidad, hace que las virtudes pasen del creador al público (sea lector, oyente o espectador). El profesor de retórica se limitaba a señalar qué virtudes debía imitar el alumno y qué defectos debía evitar (cf. *Tuc.* 1, 2; 25, 2; etc.). El aprendizaje imitativo se transmite como por contagio y, aunque se ignoraba cómo obraba la imitación, se podía comparar con otros fenómenos conocidos: para unos era semejante al entusiasmo con que los participantes en la fiestas báquicas se contagiaban unos de otros, de una manera similar a como el imán transmite su fuerza a los objetos de hierro próximos (cf. Platón, *Ión* 533d-e); para otros la imitación actúa como el sol, pues la lectura de los autores clásicos colorea nuestro estilo del mismo modo que nos vamos poniendo morenos cuando paseamos bajo el sol (cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 60); otros creían que basta la simple contemplación del modelo para apropiarse de sus virtudes, como la mujer del campesino de la fábula

(cf. *Im.* 1, 2); en fin, otros pensaban que, cuando leemos a los clásicos, es como si las almas de los autores del pasado penetraran en nosotros, del mismo modo que el vapor divino que manaba de la grieta del templo de Apolo inspiraba a la Pitia de Delfos (cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 13, 2); etc.

En el segundo libro, Dionisio trataba de los autores que deben imitarse, porque ni las dotes naturales ni los preceptos y consejos de los manuales de retórica son suficientes para forjar un buen orador: lo más importante es la práctica diaria (cf. *Comp.* 26, 17-18), que consistirá básicamente en la lectura y en la escritura. Es una tarea ardua que requiere un largo aprendizaje (cf. *Dem.* 52, 2-6). El modelo que debe seguir todo artista es la propia naturaleza, pues el arte debe imitar la naturaleza (cf. Aristóteles, *Física* 194a 21-22; 199a 15-17; Dion. Halic., *Iseo* 16, 1; *Dem.* 54, 4; *Retórica a Herenio* III 36; etc.). Así pues, el estudiante debe imitar sólo aquellos autores que, por haber imitado la naturaleza, alcanzaron los estilos más perfectos —es decir, los que con un lenguaje habitual sabían reflejar mejor el carácter de los personajes, el dramatismo de las situaciones, etc.—; y, dentro de cada autor, imitar las virtudes y desechar los defectos. Dionisio parece desconocer el canon de los diez oradores: en el presente tratado son seis los oradores elegidos (Lisias, Isócrates, Licurgo, Demóstenes, Esquines e Hiperides). En el tratado *Or. ant.* 4, 5, que a nuestro juicio es posterior, proyectó escribir tratados más profundos y detallados sobre estos oradores, pero sustituirá a Licurgo por Iseo, que aquí ni siquiera es mencionado; y no escribirá los tratados sobre Esquines e Hiperides, al que tanto alaba en el presente tratado (§ 5, 6), sino un segundo tratado sobre Demóstenes, el *Demóstenes*-2 (véase la Introducción, apartado 3. y la Sinopsis al *Dem.).*

En el tercer libro Dionisio explicaría cómo debían los alumnos practicar la imitación, que podía ser de dos modos: uno natural *(physikós),* basado en la lectura y el «trato» continuado con los autores del pasado, y otro mediante las reglas de la técnica *(ek tôn tês téchnēs parangelmátōn),* que se mostraba como un método artificial y era fácilmente reconocible porque esos autores sólo lograban imitar los rasgos superficiales y no la gracia, la pasión, etc. de los

autores imitados (cf. *Din.* 7, 5-6). Pero no bastaba con leer, había también que escribir: «la pluma es la gran maestra de los oradores» (cf. Cicerón, *Sobre el orador* I 150). Los ejercicios escritos más frecuentes eran el resumen por escrito de discursos modélicos *(epitomé)* y las composiciones sobre un mismo tema cambiando cada vez la redacción *(metáphrasis)*. Pero Dionisio probablemente no llegó a escribir el tercer libro, pues cada vez se interesó menos por el aspecto docente y mecánico de los ejercicios de retórica y mucho más por el análisis en profundidad del estilo de los grandes oradores áticos.

Por último hay que señalar que la teoría de la imitación, comúnmente admitida en la antigüedad, afectó negativamente a la literatura griega en dos aspectos: por un lado, desdeñó la originalidad del artista, que no debía buscar algo nuevo sino algo más perfecto que el modelo; y, por otro, la imitación fue la causa de que las obras de los autores considerados de segunda categoría no hayan llegado hasta nosotros, puesto que, en cuanto un autor era superado por otro, dejaba de ser leído e imitado y, por tanto, sus obras ya no eran copiadas en nuevos papiros y códices.

El esquema de este tratado sería el siguiente:

Libro I. ¿Qué es la imitación?

Frs. 1-3 (Siriano).

Libro II. ¿Qué autores deben imitarse?

a) Frs. 4-6 (Siriano).

b) Fr. 7 = Dion. Halic., *Pomp.* 3 - 6 (resumido en el *Epítome* = *Im.* 3; véase *infra* Apéndice):

1. Heródoto frente a Tucídides *(Pomp.* 3).
2. Jenofonte *(Pomp.* 4).
3. Filisto *(Pomp.* 5).
4. Teopompo *(Pomp.* 6).

c) Epítome del libro II = *Sobre la imitación* (véase *infra* Apéndice).

Libro III. ¿Cómo debe hacerse la imitación? (No conservamos nada)

APÉNDICE

Epítome (del libro II) o *Sobre la imitación:*

1. Introducción (§ 1):
   Necesidad de leer a los autores antiguos; la fábula de la mujer del campesino; cómo pintó Zeuxis la Helena desnuda.
2. Los poetas que deben imitarse (§ 2, 1-8):
   Homero, Hesíodo, Antímaco, Paniasis, Píndaro, Simónides, Estesícoro y Alceo (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 50-64).
3. Los autores dramáticos que deben imitarse (§ 2, 9-14):
   Esquilo, Sófocles y Eurípides; Menandro (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 65-72).
4. Los historiadores que deben imitarse (§ 3) = Resumen del *Fr.* 7 (Dion. Halic., *Pomp.* 3 - 6):
   Heródoto y Tucídides; Jenofonte y Filisto; Teopompo (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 73-75).
5. Los filósofos que deben imitarse (§ 4):
   Los pitagóricos; Jenofonte y Platón; Aristóteles y sus discípulos (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 81-84).
6. Los oradores que deben imitarse (§ 5):
   Lisias, Isócrates, Licurgo, Demóstenes, Esquines e Hiperides (cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 76-80).

SOBRE LA IMITACIÓN

A. FRAGMENTOS

Libro I

De los tratados *Sobre la imitación* el primero está circunscrito a la propia investigación sobre qué es la imitación (Dion. Halic., *Pomp.* 3, 1).

1. (= 2 Usener[1]) Siriano, *Comentario al* Sobre los estados de la causa *de Hermógenes* II, pág. 4, 19 - 5, 9 Rabe.

> También Dionisio el Viejo[2], siguiendo al divino Platón, dice en el primer libro *Sobre la imitación:*

Tres son los principios que nos proporcionarán el mejor dominio técnico para la retórica y para cualquier arte o ciencia: una naturaleza bien dotada, un aprendizaje riguroso

[1] El *Fr.* 1 Usener no es de Dionisio de Halicarnaso, pues se trata en realidad de una cita que debe atribuirse a Dionisio el Tracio (= *Fr.* 53 Walz): «Dionisio el Tracio la define así: 'La retórica es la capacidad artística que, en el discurso que trata de asuntos públicos, tiene como fin el hablar bien'».

[2] *Sc.* Dionisio de Halicarnaso; véase n. a «Dionisio el Viejo» en las líneas iniciales del *Dem.* 1, 1.

y una práctica tenaz[3] [; y estas precisamente eran las cualidades que adornaban al de Peania[4]].

Pero ¿cómo puede surgir el conocimiento de las cosas verdaderas y justas y, más aún, la ciencia y la práctica de la belleza en un hombre que se dedica a hablar por hablar? Pues aturdir a su pandilla de seguidores es lo que hacía el célebre sofista[5].

---

[3] Este fragmento parece una clara alusión a ISÓCRATES, *Sobre el intercambio de haciendas (antídosis)* (XV) 187.

[4] El «peanieo» es Demóstenes, nacido en el demo ateniense de Peania (cf. DEMÓSTENES, *Sobre la corona* [XVIII] 29; 54; etc.). Para nosotros la frase que ponemos entre corchetes no salió de la mano de Dionisio, sino de Siriano. En primer lugar no parece propio de Dionisio referirse a Demóstenes como el «Peanieo», una forma pedante y tardía para designar a este orador; y, en segundo lugar, este libro primero, que trata sobre «qué es la imitación», no es el lugar adecuado para que Dionisio elogiara a Demóstenes, sino el libro segundo, donde se estudian los autores; pero allí parece que Dionisio hizo un resumen rápido y no mucho más elogioso que las líneas que dedica a Lisias o a Hiperides (cf. *Im.* 5, 1-6). En cambio SIRIANO, que en este momento está en el prólogo de su *Comentario al «Sobre los estados de la causa» de Hermógenes,* parece estar recordando un pasaje de otro tratado de HERMÓGENES en el que este hablaba también de los tres elementos de que se compone la imitación: *phýsis, empeiría* y *tribḗ* o *áskēsis* (cf. *Sobre las formas de estilo* 213-214). Y tanto HERMÓGENES (cf. ibídem, § 215 ss.) como SIRIANO (cf. ibídem, pág. 9, 2-6; etc.) son declarados admiradores de Demóstenes. Sin embargo, G. AUJAC, basándose precisamente en que Dionisio no elogia ya a Lisias sino a Demóstenes, fecha el tratado *Im.* después del *Demóstenes*-1 (véase n. *ad locum*, t. V, pág. 147). Sobre los problemas de datación de este tratado, véase la Introducción, apartado 3.

[5] Siriano acaba de hablar de un famoso sofista (desconocido para nosotros) que en tiempos del filósofo Evágoras (II-III d. C.), según cuenta el propio Evágoras, era seguido en Atenas por trescientos alumnos; pero nada les enseñaba, aconsejándoles simplemente que improvisaran, pues su máxima era esta: «hablar por hablar».

2. (= 3 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, pág. 3, 16-21 Rabe.

Dionisio, en el libro primero *Sobre la imitación,* define la imitación así:

La imitación es la actividad que mediante la contemplación continuada[6] reproduce el modelo.

(O, como decían los de la siguiente generación, es la palabra u obra que tiene una gran semejanza con el modelo).

La emulación es un impulso del alma provocado por la admiración de lo que le parece bello.

3. (= 5 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, p. 5, 24-6, 7 Rabe.

También Dionisio, hacia el final del libro primero *Sobre la imitación,* hablando del talento para componer discursos y del gusto literario, decía:

Del talento la parte más importante reside en la naturaleza, y no está en nosotros, al menos en la cantidad que creemos tener; pero en cuanto al gusto literario todo depende de nosotros.

El autor[7] de nuestro tratado, que había leído con atención aquellas obras, parece que también llamó a la naturaleza «lo que no depende de nosotros».

---

[6] Aunque *tà theōrēmata* suele traducirse como «las reglas (de la retórica)», preferimos su sentido primitivo de «observaciones, contemplación (continuada)», de acuerdo con la afirmación de Dionisio en *Im.* 1, 2.

[7] Siriano se refiere a Hermógenes, que en el tratado *Sobre las formas de estilo* 214 afirma: «Lo mejor es que poseyéramos las cualidades naturales... pero si no, lo que se puede aprender y enseñar, pues eso no depende de otros sino de nosotros mismos».

Libro II

El segundo libro trata sobre qué autores deben imitarse entre los poetas, filósofos, historiadores y oradores (Dion. Halic., *Pomp.* 3, 1).

4. (= 8 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, p. 10, 9-20 Rabe.

> Pero con mejor criterio los seguidores de Dionisio de Halicarnaso dicen que el discurso «poético» es el que está construido con una composición figurada, metafórica y ditirámbica, tal cual es la expresión del orador Gorgias. Pues, como dice Dionisio en el segundo libro *Sobre la imitación:*

Aquél fue el primero en introducir en el discurso público la expresión poética y ditirámbica.

> El otro discurso, «el que parece poético», es el que participa por igual del buen ritmo y de la armonía mediante una disposición que se adapta rigurosamente a los períodos y a las frases, a la vez que emula lo menos posible la composición ditirámbica y poética: tal es la expresión de Isócrates. De ella dice Dionisio en el libro primero del *Sobre los estilos:* «Trata de evitar el encuentro entre las vocales...» (Trata de... = *Isóc.* 2, 5).

5. (= 9 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, p. 11, 19 – 12, 3 Rabe.

> Todavía en el tratado *Sobre la imitación* él dice lo siguiente:

Gorgias tomó la expresión poética y la aplicó a la retórica, pues consideraba que el orador no debía hablar igual que los ciudadanos particulares. Pero Lisias hizo lo contrario: emuló lo más posible la expresión clara y utilizada por to-

dos, porque creía que un vocabulario común y sencillo era el más apropiado para persuadir al ciudadano particular. Pues muy rara vez podría uno encontrar a Lisias recurriendo al lenguaje figurado o metafórico. En efecto, con las palabras más corrientes y sin acudir a los recursos poéticos logra que los hechos adquieran un aspecto grave, distinguido e importante (Pues muy... = *Lis.* 3, 1-2).

6a. (= 10 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, p. 12, 4–15 H. Rabe.

Y en el mismo libro él llama «no elaborado» a lo que parece descuidado, aunque era mucho más hermoso llamarlo simplemente así, «descuidado», si quería decir eso, que era «no elaborado». Pues a propósito de Lisias dice lo siguiente:

Da la impresión que su estilo en cuanto a la expresión[8] carece de elaboración y de técnica; incluso muchos amantes de la literatura podrían forjarse la opinión de que compone no tras una elaboración previa y siguiendo una técnica, sino de forma espontánea y al azar. Sin embargo, su estilo está más elaborado que cualquier otra obra de arte. Esa aparente falta de trabajo es fruto de un largo trabajo, esa sintaxis suelta ha sido bien atada, y en el hecho mismo de que parezca que no compone hábilmente reside su habilidad (Da la impresión... = *Lis.* 8, 5-6).

6b. (= 10 Usener) Siriano, *Comentario al «Sobre las formas de estilo» de Hermógenes* I, p. 87, 15–21 H. Rabe.

Es del todo cierto, como dice Dionisio, que Lisias utiliza su habilidad, que está presente aunque no lo parece; y lo

[8] El término *hermēneía,* «expresión», que emplea aquí SIRIANO era en *Lis.* 8, 5 *harmonía* (véase n. *ad hoc).*

proclama expresamente en el tratado *Sobre la imitación* al hablar de este autor:

Esa aparente falta de trabajo es fruto de un largo trabajo, esa sintaxis suelta ha sido bien atada, y en el hecho de que parezca que no compone hábilmente reside su habilidad (Esa aparente... = *Lis.* 8, 6).

7. Dionisio de Halicarnaso, *Carta a Pompeyo Gémino* 3, 2 - 6, 11.

> 3, 1. En el libro segundo escribo lo siguiente sobre Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Filisto y Teopompo (pues considero a esos autores los más adecuados para ser imitados):

3, 2. Si debo también hablar sobre ellos, esto es lo que opino sobre Heródoto y Tucídides.

Lo primero ...

6, 11. ... Estos historiadores que he comparado aquí serán suficientes para proporcionar a los que se entrenan en oratoria política un conjunto asequible de ejemplos para cualquier estilo[9].

Libro III

El tercer libro trata de cómo debe hacerse la imitación (Dion. Halic., *Pomp.* 3, 1).

[9] Para este extenso fragmento, que ocupa aproximadamente la segunda mitad de la *Carta a Pompeyo Gémino*, remitimos a la traducción de G. Galán Vioque (op. cit.), págs. 232-246.

B. EPÍTOME DEL LIBRO II

Sobre la imitación

Es imprescindible leer las obras de los antiguos no sólo para procurarnos la materia de los temas, sino también la emulación de sus formas peculiares de la expresión. Pues el alma del que lee consigue la similitud del estilo con la observación continuada, como cuenta la fábula que le ocurrió a la mujer de un rústico[10]. «Un campesino de aspecto horroroso —dice la fábula— temía ser padre de unos hijos iguales a él.» El propio temor le señaló la técnica para conseguir una buena crianza. Modeló unas hermosas imágenes y acostumbró a su mujer a que las mirara. Después tuvo relaciones con ella, y se apropió felizmente de la belleza de las imágenes. Así es también como con la imitación de los discursos surge la similitud: si uno emula lo que le parece mejor de cada uno de los autores antiguos y, como si fuesen regatos que hace confluir en una sola corriente, la hace desembocar en el alma.
1
2
3

4 Me voy a permitir confirmar este razonamiento con un hecho real. Zeuxis era pintor, y entre los de Crotona[11] era

[10] Esta creencia, quizá convertida en fábula, parece muy antigua y extendida (cf. Empédocles, *Fr.* 81 DK = Aecio, V 12, 2: «¿Por qué los que nacen se parecen a otros y no a sus padres? Porque los niños adquieren la forma de las fantasías de la mujer durante la concepción: de ahí que muchas veces mujeres que se enamoraron de estatuas y pinturas engendraran hijos semejantes a ellas»).

[11] Ciudad de la Magna Grecia, como Heraclea, la patria de Zeuxis.

muy admirado. En cierta ocasión en que pintaba una Helena desnuda, le enviaron a las doncellas que tenían para que las viera desnudas; y no porque todas fueran bellas, sino porque, como es natural, tampoco eran feas del todo. Así pues, lo que era digno de dibujar de cada una, lo conjuntó en una sola imagen: con la reunión de muchas partes el arte compuso una sola figura perfecta.

5 Por consiguiente también a ti[12] te es posible, como en un teatro, observar las formas de los cuerpos bellos, libar lo mejor del alma de aquellos y modelar, puesto que has hecho acervo de una gran erudición, no una imagen que se borre con el tiempo, sino una bella obra de arte que sea inmortal.

⟨***⟩ a fin de que la copia posea elementos seleccionados que resulten perceptibles y claros para los oyentes.

Los poetas

2 De la poseía homérica[13] debes reproducir no solo una parte del cuerpo, sino absolutamente todo; e intenta emular los caracteres, las pasiones y la grandeza, y también la forma de distribuir la narración y todas las demás virtudes, hasta que, modificadas convenientemente, hagan que tu arte de imitar sea verdadero. A los otros solo hay que imitarlos en aquello en que sobresalgan por encima de los demás.

[12] Demetrio, personaje no identificado (cf. *Pomp.* 3, 1). Algunos quieren ver en él a DEMETRIO, el autor del tratado *Sobre el estilo,* olvidando que este nombre se debe a un error, al considerar a Demetrio de Falero (citado ibídem § 289) como autor del tratado *Sobre el estilo.* Por lo demás, Demetrio de Falero es tres siglos anterior a Dionisio de Halicarnaso (sobre Demetrio de Falero véase n. a *Dem.* 5, 6).

[13] HOMERO era para todos los griegos sin discusión, incluido DIONISIO, el primero y mejor poeta (cf. *Comp.* 3, 7-12; 15, 13 ss.; 16, 8 ss.; etc.). En cuanto al resumen de QUINTILIANO cf. *Inst. orat.* X 1, 46-51.

Hesíodo[14] prestó atención al placer, a la delicadeza de las palabras y a su disposición melodiosa. 2

Antímaco[15] buscó la tensión narrativa, la crudeza de los enfrentamientos y el alejamiento del lenguaje habitual. 3

Paniasis[16] tomó las virtudes de los dos anteriores y se distinguió por su modo de aplicarlas a la materia y por su forma peculiar de distribuir la narración. 4

Píndaro[17] también debe ser emulado por las palabras y los pensamientos, además de por la grandeza, tensión, extraordinaria ornamentación, fuerza, amargura no exenta de placer, densidad, gravedad, estilo sentencioso, viveza, figuras literarias, caracterización, amplificación y vehemencia. Pero sobre todo por modelar caracteres que nos inducen a la prudencia, la piedad y la magnanimidad. 5

Simónides[18] cuida la elección de las palabras y su disposición escrupulosa; y también algo en lo que se muestra incluso superior a Píndaro: el lamentarse no aparatosamente sino con sentimiento. 6

---

[14] HESÍODO DE ASCRA (Beocia), poeta épico que vivó en torno al 700 a. C., fue autor de la *Teogonía* y de los *Trabajos y Días*. Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 52.

[15] ANTÍMACO DE COLOFÓN (ca. 400 a. C.), poeta épico citado en otra ocasión por DION. HALIC. (cf. *Comp.* 22, 7), fue autor de una *Tebaida*. Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 53.

[16] PANIASIS DE HALICARNASO *(c.* 500 a. C.), tío de Heródoto, fue autor de un poema épico, la *Heraclia (FGrH* 440 JACOBY). Cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 54.

[17] Sobre Píndaro véase n. a *Or. ant.* 2, 1. Y cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 61.

[18] Simónides de Ceos *(c.* 557-468 a. C.), poeta lírico autor de cantos corales. DIONISIO cierra el tratado *Comp.* con unos versos del poema de Dánae de este poeta (cf. ibidem 26, 14-16). Y también cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 64.

7 Mira a Estesícoro[19], cómo acierta también en las virtudes más sobresalientes de los dos poetas antes mencionados; y no solamente eso, sino que incluso los derrota allí donde aquellos se descuidan: me refiero a la grandiosidad con que, de acuerdo con el tema, trata los acontecimientos, pues cuida los caracteres y la dignidad de los personajes.

8 De Alceo[20] fíjate en su grandeza de espíritu, brevedad y esa dulzura no exenta de vehemencia; y además en el lenguaje figurado y en la claridad —pero sólo allí donde no quede enturbiada por el dialecto—; y ante todo, en la forma de tratar los acontecimientos políticos: en muchas ocasiones, si uno suprimiera el metro, se encontraría con un texto de oratoria política.

Los autores dramáticos

9 Vayamos a los autores trágicos, no porque no sea bueno leer a todos los poetas sin excepción, sino porque en este momento no es oportuno recordarlos a todos: el elenco de los elegidos es suficiente.

10 El primero, Esquilo[21], es sublime, posee grandiosidad, sabe utilizar adecuadamente los caracteres y los sentimientos y se adorna mejor que nadie tanto con la expresión figurada como con la habitual; y muchas veces es creador y au-

---

[19] Estesícoro (*c.* 600 a. C.), nombre con el que fue conocido Tisias, poeta siciliano autor de cantos corales. Cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 62.

[20] Alceo de Lesbos (*c.* 600 a. C.), poética mélico contemporáneo y paisano de Safo; y, como ella, utilizó el dialecto lesbio. Cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 63. Nótese la omisión de Safo.

[21] Esquilo (*c.* 524-456 a. C.) nació en Eleusis (Ática) y fue el primer gran autor de tragedias. Escribió setenta tragedias de las que conservamos sólo siete. Aristófanes parodia en *Las ranas* los estilos de Esquilo y de Eurípides, que compiten en el Hades por el primer puesto en la tragedia. Cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 66.

tor de palabras y temas propios. Es más variado que Eurípides y Sófocles a la hora de introducir en escena nuevos personajes.

Sófocles[22] se distinguió en los caracteres y en los senti- 11
mientos, pues tiene en cuenta la dignidad de los personajes.
A Eurípides[23], sin embargo, le agrada la verdad íntegra tal 12
como la encontramos en la vida real: por eso muchas veces se le escapó la adecuación y el decoro, y tampoco acertó con los nobles y elevados caracteres y sentimientos de los personajes, al contrario de Sófocles. Pero si quieres algo indigno, cobarde y bajo, siempre es posible ver cómo Eurípides
lo describe con el mayor detalle. Sófocles adorna el discurso 13
sólo lo necesario. Eurípides, en cambio, es prolijo en las introducciones retóricas; y además es poético en las palabras, pero muchas veces salta de una extraordinaria grandeza a una sonoridad hueca hasta caer en una especie de simpleza absolutamente vulgar. Sófocles, por el contrario, no es ni sublime ni prosaico, pues utiliza una expresión que es una mezcla equilibrada de las otras dos.

De los comediógrafos[24] se deben imitar todas las virtu- 14
des de la expresión: utilizan un vocabulario puro y claro, y son breves, grandiosos, vehementes y buenos dibujantes de caracteres.

---

[22] Sófocles (Atenas, 496-406 a. C.) escribió más de cien tragedias, de las que solo conservamos siete. La misma confrontación de los estilos de Sófocles y Eurípides en QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 67-68.

[23] Eurípides nació en la isla de Salamina (*c.* 485-406 a. C.) y escribió noventa y dos tragedias de las que conservamos diecisiete y un drama satírico.

[24] Sabemos por QUINTILIANO que Dionisio también habló de Aristófanes, Éupolis y Cratino (cf. *Inst. orat.* X 1, 65).

Y en cuanto a Menandro[25], hay que fijarse en el tratamiento de los hechos.

Los historiadores

3 De los historiadores[26], Heródoto es el que mejor trabaja el aspecto relativo a los hechos. Pero en cuanto a la expresión unas veces Tucídides lo supera, otras veces es al revés y hay ocasiones en que están igualados[27]; pues en cuanto a la escrupulosidad del vocabulario, los dos, cada uno en el dialecto que ha elegido[28], respetan el significado propio de las palabras; pero a Heródoto hay que concederle, sin discusión
2 ninguna, el acierto en la claridad. La concisión la encontramos en Tucídides, pero la viveza en ambos. Sin embargo, en el dibujo de los caracteres vence Heródoto y en el despertar pasiones Tucídides. En cuanto a la belleza y grandiosidad de la expresión en nada difieren el uno del otro, sino que los dos sobresalen en estas y en las demás virtudes semejantes a
3 éstas. En cuanto a fuerza, vigor, tensión, engalanamiento y variedad de figuras Tucídides goza de más fama; pero en placer, persuasión, gracia y espontaneidad vemos que Heró-

[25] Menandro (*c.* 342-292 a. C.), comediógrafo ateniense, escribió más de cien comedias de las que apenas se conservaba nada; pero a lo largo del siglo xx han ido apareciendo numerosos fragmentos papiráceos. Cf. Quintiliano, *Inst. orat.* X 1, 69-72.

[26] Este parágrafo (§ 3) es un resumen del *Fr.* 7.

[27] En cuanto a la opinión de Dionisio sobre el estilo de Heródoto, cf. *Dem.* 41, 3-4 y n. Y para el estilo de Tucídides, véase la Sinopsis que anteponemos al tratado *Tuc.* En esta confrontación entre Heródoto y Tucídides el autor del *Epítome* ha reducido el texto de Dionisio (= *Pomp.* 3, 2-21) a la décima parte, pues no le interesa nada el tratamiento de los hechos. Desgraciadamente para nosotros, Quintiliano dedica al conjunto de los historiadores apenas quince líneas (cf. *Inst. orat.* X 1, 73-75).

[28] Heródoto escribió en jónico y Tucídides en ático (cf. *Tuc.* 5, 4 y n.; 23, 4 y n.).

doto se distinguió mucho más; y, además de esto, ha cuidado mejor la adecuación a los hechos y a los personajes.

De Filisto[29] y Jenofonte[30], ⟨que florecieron en la genera- 4
ción siguiente⟩[31], Jenofonte emuló a Heródoto en las virtudes referidas a los hechos ⟨y a la expresión: en el tratamiento de los hechos no fue inferior a Heródoto en cuanto se refiere a los temas elegidos⟩[32], la distribución y el dibujo de los caracteres; y en cuanto a la expresión unas veces está a
la misma altura y otras es inferior. Sabe elegir bien las pala- 5
bras y utiliza un vocabulario puro; también posee claridad y viveza; y dispone las palabras con dulzura y gracia, incluso mejor que Heródoto. Pero no consiguió la sublimidad, ni la grandiosidad ni un estilo enteramente histórico. Muchas veces ni siquiera acertó con la imagen más adecuada para los personajes, sobre todo cuando pone discursos filosóficos en boca de hombres particulares y de extranjeros, utilizando una expresión más propia de los diálogos filosóficos que de la soldadesca.

Filisto es imitador de Tucídides, excepto en el carácter; 6
pues Tucídides es libre y juicioso, mientras que Filisto es complaciente con los tiranos y esclavo de la ambición. Lo primero que ha emulado ha sido el dejar inconcluso el tema,

---

[29] Filisto de Siracusa (*c.* 430-356 a. C.) escribió una historia de Sicilia en trece libros (*FGrH* 556 Jacoby) y fue partidario de los tiranos de Sicilia (cf. Cicerón, *Sobre el orador* II 57). El autor del *Epítome* resume el texto de Dion. Halic. (= *Pomp.* 5) a la mitad (cf. *infra* § 3, 6-8).

[30] Jenofonte (Atenas, *c.* 428-354 a. C.) fue discípulo de Sócrates y autor de unas *Helénicas*, con las que continuó la narración histórica allí donde la dejó Tucídides, además de otras obras biográficas y filosóficas. El autor del *Epítome* desecha más de la mitad del texto de Dion. Halic. (= *Pomp.* 4), suprimiendo de nuevo todo lo referido al tratamiento de los hechos.

[31] Adición de G. Aujac según Dion. Halic., *Pomp.* 4, 1.

[32] Adición de Usener.

de la misma manera que Tucídides[33]; pero no solo eso, sino también ha imitado el desorden en la distribución de la materia y la confusión del relato al entremezclar cosas ya di-
7 chas antes. En cuanto a la expresión no ha emulado el lenguaje insólito y elaborado de Tucídides; sin embargo, sí se ha empapado cuidadosamente de la condensación, densidad, tensión y combatividad de Tucídides, pero no del mismo modo en cuanto a la belleza de la expresión, la solemnidad, la abundancia de razonamientos, la gravedad, la pasión y las
8 figuras. Filisto se muestra sumamente ridículo y humilde cuando describe los escenarios de los hechos, las batallas navales, los ejércitos de tierra en formación de combate o la fundación de ciudades. Tampoco los discursos están a la altura de la importancia de los hechos; sin embargo, se muestre diestro en la expresión. Pero es más útil que Tucídides para los debates reales[34].

9 Teopompo[35] de Quíos merece ser imitado en primer lugar por haber elegido tales argumentos para su historia; y, en segundo lugar, por su manera de distribuir la materia, pues su redacción es fácil de seguir y clara; y también por la variedad que encontramos en los hechos; pero no sólo por eso, sino también por la libertad con que habla sobre cada asunto y por no ocultar las causas más vergonzosas de los hechos que se han llevado a cabo o se han dicho, pues inten-

---

[33] Cf. *Tuc.* 12, 2 y n.

[34] Cf. *Tuc.* 49, 2.

[35] De la ingente obra de Teopompo de Quíos (s. iv a. C.) sólo conservamos fragmentos (*FGrH* 115 Jacoby). Escribió unas *Helénicas* sobre el fin de la guerra del Peloponeso, unas *Filípicas* en cincuenta y ocho libros, cartas, discursos, etc. La influencia de Isócrates, del que fue alumno, se deja ver en su obra histórica, en la que abundaban las piezas retóricas; para Dionisio, Teopompo es muy inferior al maestro (cf. *Iseo* 19, 4). El autor del *Epítome* ha reducido a la cuarta parte el texto de Dionisio (= *Pomp.* 6).

ta llegar a conocer con toda precisión el pensamiento de los
que hablaron o actuaron. Su lenguaje está próximo al de 10
Isócrates, excepto que es ácido y posee más tensión; pero,
por lo demás, su expresión es semejante: es común, clara,
grandiosa, grave y pomposa, y consigue una disposición de
las palabras que produce placer. La parte peor es la mucha 11
prevención que tiene con los encuentros de las vocales[36], los
períodos circulares minuciosamente construidos y las figu-
ras monótonas. También erró contra la continuidad narrativa 12
con la introducción de digresiones; pues algunas de esas di-
gresiones se relatan con frialdad e inoportunamente, como
la historia que narra sobre Sileno[37] en Macedonia o la de la
serpiente marina que lucha contra una trirreme[38].

Los filósofos

[De los filósofos habría que leer a 4
los pitagóricos por su gravedad, caracteres y enseñanzas, y además por el modo de exponer; pues, en cuanto a la expresión, son grandiosos y poéticos, y ni siquiera menoscaban la claridad, puesto que utilizan un lenguaje mixto.][39]

---

[36] Cf. CICERÓN, *El orador* 151.

[37] De este episodio sólo sabemos algo más por ATENEO (cf. *Banquete de los eruditos* II 23), que al hablar de los caprichos de los reyes con las aguas de ciertos ríos y fuentes escribe: «Heliodoro dice que Antíoco Epífanes… mezcló (el agua de) la fuente de Antioquía con vino, como cuenta Teopompo que hizo el (rey) frigio Midas, cuando quiso coger a Sileno emborrachándolo». Y, en efecto, Midas lo apresó y le hizo muchas preguntas (cf. TEOPOMPO, 115 *Frs.* 74a-75c JACOBY). Sileno, hijo de Pan, era una divinidad pastoril, con barba y cuernos de chivo y cola y patas de caballo, lascivo y amigo del vino. En general se llamaba silenos a los sátiros viejos.

[38] Nada sabemos de este fantástico episodio.

[39] Este parágrafo es con seguridad una interpolación tardía de un copista, pues en QUINTILIANO (cf. *Inst. orat.* X 1, 81-84), donde los filósofos

2 De los ⟨filósofos⟩ se deben imitar especialmente Jenofonte y Platón por los caracteres, el placer y la grandiosidad.

3 Habría que añadir también a Aristóteles, a fin de imitar su talento para expresarse, la claridad, la suavidad y sus muchos saberes: eso es lo que hay que tomar de este autor. Pero tengamos en gran aprecio el leer también a sus discípulos, que merecen igual atención[40].

Los oradores

4 Puesto que ya ha hemos concluido la recapitulación de las demás lecturas, queda por declarar lo que hay que tomar de cada uno de los oradores: precisamente lo más necesario para nosotros[41].

5 El discurso de Lisias es suficiente para aprender todo lo que es útil y necesario, rehúye la aridez y es muy simple y llano en la exposición. También es elegante, verídico y posee la gracia del dialecto ático. No es continuamente exagerado, y cuando exagera consigue que pase inadvertido a nuestra observación a causa del sumo placer que nos produce la gracia de su estilo: por eso cuando se lee a Lisias no parece difícil, pero sí lo encuentran difícil quienes intentan emularlo. Y es especialmente apropiado para las narraciones, que, por la llaneza de la expresión, logran que la exposición de los hechos sea clara y de una factura escrupulosa.

---

van detrás de los oradores, nada se dice de los pitagóricos y sí de los estoicos antiguos, a los que se alaba sin citar nombres.

[40] Dionisio mencionaba elogiosamente a Teofrasto (cf. QUINTILIANO, *Inst. orat.* X 1, 83).

[41] Sin embargo, tanto aquí, en el *Epítome*, como en QUINTILIANO (cf. *Inst. orat.* X 1, 76-80) el estilo de los oradores está tratado con suma brevedad. QUINTILIANO omite el nombre de Licurgo y añade el de Demetrio de Falero (cf. *Inst. orat.* X 1, 80); pero, probablemente, porque, como recuerda Quintiliano, fue muy admirado por CICERÓN (cf. *Bruto* 37 y 285; *Sobre el orador* II 95).

El estilo de Isócrates es elegante, pero también hay en él grandiosidad; y escribe más para las masas que para los tribunales. Emplea la ornamentación con viveza, pero cae en una pomposidad excesiva que va contra la eficacia y la utilidad. No es ciertamente combativo, porque reviste la exposición con largos períodos y menoscaba totalmente la gravedad con la simpleza, mientras que realza lo simple con la gravedad. Pero hay que imitar especialmente en él la elección de las palabras, su maestría para evitar momentos de decaimiento y el discurso epidíctico en su forma íntegra. 2

El estilo de Licurgo[42] es en todo exagerado, ampuloso y grave. Es un acusador puro, franco y explícito; y, aunque ciertamente no es educado ni agradable, es indispensable imitarlo: hay que emularlo especialmente en las muestras de indignación. 3

El estilo de Demóstenes es tenso en la expresión, moderado en el dibujo de los caracteres, se adorna con la expresión más acertada, utiliza el orden narrativo que más conviene, posee gracia acompañada de gravedad y no tiene momentos de decaimiento: son las virtudes con las que se domina a los jueces. 4

El estilo de Esquines posee menos tensión que el de Demóstenes, pero en la elección de las palabras es hinchado y vehemente; no es muy técnico, pero la naturaleza le ha obsequiado con la facilidad oratoria. Posee viveza y es grave, ampuloso y acre; y suave para el que lo lee sin detenimiento, pero, bien examinado, es corrosivo. 5

Hiperides es certero, y raramente ampuloso. Sobrepasa a Lisias por los recursos empleados en la expresión, y a todos en la habilidad que demuestra en la invención. En todo mo- 6

[42] De Licurgo de Atenas (*c.* 390-325 a. C), discípulo de Platón e Isócrates, conservamos únicamente el discurso *Contra Leócrates*. DIONISIO sólo citará de pasada en otra ocasión a Licurgo (cf. *Pr. Ameo* 2, 3).

mento se atiene al hecho que se juzga y aplica su talento natural sólo a los aspectos esenciales del asunto; está dotado de una gran inteligencia y además rebosa gracia; y, aunque parece simple, nunca se aleja del virtuosismo. De él hay que emular especialmente la delicadeza y comedimiento de las narraciones, pero también las insinuaciones a los jueces, en las que se atiene exclusivamente a los hechos.

7 Éstos son los oradores de los que he descrito y mostrado con qué virtud están adornados sus estilos, para que cada uno de los lectores, tomando esas virtudes, las utilice en su provecho.

Por ese motivo expliqué las formas de expresión de todos los autores antes mencionados, para enseñar la manera de hacer la lectura concienzuda de ellos, con la que podrán descubrir los aciertos de cada autor quienes han optado por leer atentamente a los autores antiguos y por esperar un provecho que saben, no al tuntún sino a ciencia cierta, que llegará en el futuro; y también quienes desean adornar su discurso con los mejores recursos que hay en todos esos autores. Pues si las cualidades de las que por naturaleza disfrutamos se ponen en el molde de una pieza retórica, sí de una sola, y se mezclan con las de esta mediante la técnica adecuada, la expresión mejora con la mezcla.

ÍNDICE DE PASAJES TRADUCIDOS Y OBRAS CITADAS

AGATÓN
T. G. F., Fr. 31 NAUCK: *Dem.* 26, 6.
ANAXÍMENES DE LÁMPSACO
Historias: Iseo 19, 3.
Sobre el Poeta: Iseo 19, 3.
Manuales de retórica: Iseo 19, 3.
CALÍMACO
Fr. 448 PFEIFFER: *Iseo* 6, 1.
CEFISODORO
Réplicas a Aristóteles: Isóc. 18, 4.
DEMETRIO DE FALERO
Fr. 170 WEHRLI: *Dem.* 5, 6.
DEMÓSTENES
Contra Aristócrates (XXIII): *Dem.* 45, 2.
65: *Dem.* 14, 4.
Contra Aristogitón (XXV y XXVI): *Dem.* 57, 3.
Contra Beoto en defensa del nombre (XXXIX): *Dem.* 13, 4.
Contra Conón (IV) 3-9: *Dem.* 12, 1.
Contra Eubúlides (LVII): *Dem.* 13, 4.
Contra Filipo: ver *Discurso(s) contra Filipo*
Contra Leptines o *Sobre la exención de impuestos* (XX): *Dem.* 45, 2.
68: *Dem.* 14, 5.
Contra Macártato (XLIII) (espurio): *Dem.* 13, 4.
Contra Midias (XXI) 69: *Dem.* 9, 9.
78-79: *Dem.* 58, 1.
Contra Neera (LIX) (espurio): *Dem.* 57, 3.
Contra Olimpiodoro (XLVIII) (espurio): *Dem.* 13, 4.

Defensa por supuesto soborno: *Dem.* 57, 3.
Discurso fúnebre (LX): *Dem.* 23, 10; 44, 3.
Discurso(s) contra Filipo o *Filípicas: Dem.* 21, 1; 43, 3; 45, 6.
Discurso tercero contra Filipo (IX) 1: *Dem.* 9, 2; *Tuc.* 54, 5.
3: *Dem.* 58, 1.
13: *Iseo* 13, 2; *Dem.* 9, 8; *Tuc.* 54, 5.
26 y 26-27: *Dem.* 54, 1 y 5-6.
Elogio a Pausanias = *Fr.* 9 Baiter y Sauppe: *Dem.* 44, 3.
En defensa de Ctesifonte: ver *Sobre la corona*
En defensa de Formión (XXXVI): *Dem.* 13, 4.
Filípicas: ver *Discurso(s) contra Filipo*
Olintíaco segundo (II) 22: *Dem.* 43, 3.
22-23: *Dem.* 43, 8.
Olintíaco tercero (III) 23-32: *Dem.* 21, 2.
34-35: *Iseo* 13, 1.
Sobre el Haloneso (VII): *Dem.* 9, 12.
1: *Dem.* 13, 6.
Sobre el Quersoneso (VIII) 48: *Dem.* 52, 6.
Sobre el tratado con Alejandro (XVII) (espurio): *Dem.* 57, 3.
Sobre la corona. En defensa de Ctesifonte (XVIII): *Dem.* 14, 1; 31, 1; 45, 2; *Tuc.* 54, 6.
60-61: *Dem.* 14, 6.
199-208: *Dem.* 31, 2.
231: *Tuc.* 54, 6.
294-295: *Tuc.* 54, 7.
Sobre la embajada fraudulenta (XIX) 258-259: *Dem.* 14, 3.
Sobre la exención de impuestos: ver *Contra Leptines.*
Sobre la no entrega del refugiado Hárpalo: *Dem.* 57, 3.
Sobre las sinmorías (XIV) 13-15: *Tuc.* 54, 3-4.

Dionisio de Halicarnaso
En defensa de la filosofía política: Tuc. 2, 3.
Sobre la disposición de las palabras o *Sobre la composición literaria*: *Dem.* 49, 2; 50, 10.
Sobre la imitación: *Tuc.* 1, 1.

Esquines
Contra Ctesifonte (III) 72: *Dem.* 57, 2.
142: *Dem.* 35, 6.
166-167: *Dem.* 57, 2.
229: *Dem.* 35, 6.

ESQUILO
Mirmidones, Fr. 139 RADT: *Dem.* 7, 6.
EURÍPIDES
Fr. 488 NAUCK: *Isóc.* 13, 1; *Dem.* 5, 6; 35, 1.
GORGIAS
Epitafio = *Fr.* 6 DK: *Dem.* 1, 1.
HELÁNICO
Historia del Ática: Tuc. 11, 3, 1.97.2.
HERÓDOTO
Historia: *Tuc.* 5, 5.
VII 8, α-δ: *Dem.* 41, 5.
HOMERO
Ilíada IV 320: *Dem.* 54, 8.
Ilíada V 428 - 430: *Dem.* 23, 5.
Odisea XIX 203: *Lis.* 18, 4.
ISEO
Contra Aristogitón y Arquipo = *Fr.* I ROUSSEL.: *Iseo* 15, 1.
Contra Euclides por la recuperación de un terreno: Iseo 14, 3.
Contra Hagnoteo: Iseo 14, 2.
= *Fr.* 3, 1 ROUSSEL: *Iseo* 8, 2.
= *Fr.* 3, 2 ROUSSEL: *Iseo* 12, 1.
Contra Hermón por una fianza: *Iseo* 14, 3.
Contra las gentes del demo, una disputa por un terreno: Iseo 14, 2.
= *Fr.* 5 ROUSSEL: *Iseo* 10, 2.
Contra Medón: Iseo 14, 2.
En defensa de Eufileto contra el demo de Erquia: Iseo 14, 3; 16, 4.
1-12: *Iseo* 17.
En defensa de Eumates por su libertad = *Fr.* 8, 1 ROUSSEL: *Iseo* 5, 2.
Fr. 13, 1 ROUSSEL: *Iseo* 13, 2.
Fr. 13, 2 ROUSSEL: *Iseo* 13, 3.
ISÓCRATES
Antídosis: ver *Sobre el intercambio de haciendas.*
Areopagítico (VII): *Isóc.* 8, 1.
Arquidamo (VI): *Isóc.* 9, 1.
Panatenaico (XII): *Isóc.* 1, 3.
Panegírico (IV): *Isóc.* 5, 1; 14, 2; *Dem.* 40, 12.
75-81: *Isóc.* 14, 2-6.
96-99: *Dem.* 40, 13.
Sobre el intercambio de haciendas (antídosis) (XV): *Dem.* 17, 1; 18, 2.
Sobre la Paz (VIII): *Isóc.* 7, 1; *Dem.* 17, 1.
1-16: *Isóc.* 16.
41-43 y 50-53: *Isóc.* 17, 1.
41-50: *Dem.* 17, 2.

41: *Dem.* 19, 2.
42: *Dem.* 19, 5.
43: *Dem.* 19, 7.
47: *Dem.* 20, 1.
48: *Dem.* 20, 4.
50-52: *Isóc.* 17, 1.
Sobre un asunto bancario: ver *Trapecítico.*
Trapecítico. Sobre un asunto bancario (XVII): *Isóc.* 18, 4.
1-12: *Isóc.* 19.

LISIAS
Contra Arquebíades = *Fr.* 16 THALHEIM: *Iseo* 10, 1.
Contra Diogitón (XXXII) 1-3: *Lis.* 23.
4-18: *Lis.* 25.
19-29: *Lis.* 27.
Contra los hijos de Hipócrates = *Fr.* 43 THALHEIM: *Iseo* 8, 3.
Contra Tisis: *Dem.* 12, 1.
1-6 = *Fr.* 75 THALHEIM: *Dem.* 11, 2.
Discurso olímpico (XXXIII) 1-9: *Lis.* 30.
En defensa de Ferenico por la herencia de Androclides = *Fr.* 78 THALHEIM: *Iseo* 6, 1.
En defensa de Ifícrates (espurio): *Lis.* 12, 6.
En defensa de Nicias (espurio) = *Fr.* 71 THALHEIM: *Lis.* 14, 4.
Sobre la Constitución 1-11: *Lis.* 33.
Sobre la estatua de Ifícrates (espurio): *Lis.* 12, 2.

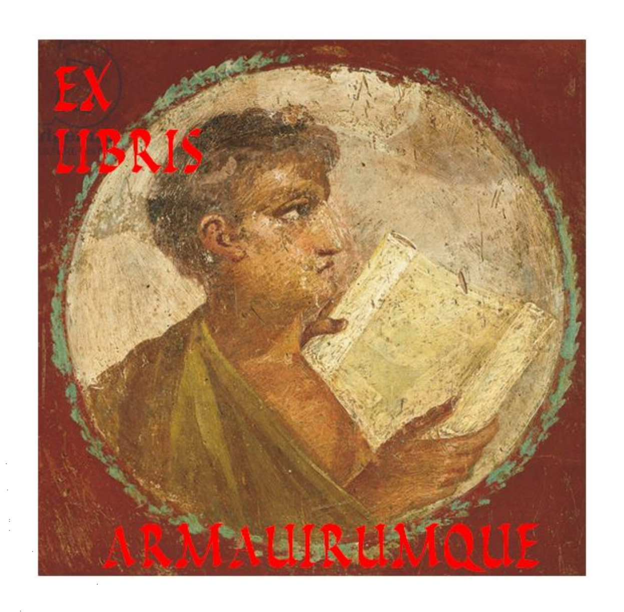
PÍNDARO
Encomio, Fr. 121 SNELL: *Dem.* 26, 3.
Fr. 159 SNELL: *Or. ant.* 2, 1.
Partenios: Dem. 39, 7.
Peán 9, *Fr.* 52k SNELL: *Dem.* 7, 7.

PÍTEAS
Fr. 3 BAITER-SAUPPE: *Iseo* 4, 4.

PLATÓN
Apología: Dem. 23, 8.
Banquete: Dem. 23, 9.
Fedro 227a: *Dem.* 7, 2.
237a: *Dem.* 7, 3.
238c: *Dem.* 7, 4.
238d: *Lis.* 3, 4; *Dem.* 7, 5.
246e - 247a: *Dem.* 7, 6.
Filebo: Dem. 23, 4.
Menéxeno: Dem. 23, 10.
236d: *Dem.* 24, 1-2 y 9.
236e: *Dem.* 26, 1 y 5.
237b: *Dem.* 27, 1-2.
237c-e: *Dem.* 28, 2 y 5-6.
238a: *Dem.* 29, 1-2 y 4.
238c: *Dem.* 26, 8.
239c: *Dem.* 26, 8.
243c: *Dem.* 26, 8.
245b: *Dem.* 26, 8.

246c - 248e: *Dem.* 30, 2.
247a y d: *Dem.* 26, 8.
248d y e: *Dem.* 26, 8.
TEOFRASTO
Sobre el estilo: Lis. 14, 2.
= *Fr.* 2 SCHMIDT: *Lis.* 14, 3-4.
= *Fr.* 3 SCHMIDT: *Lis.* 6, 1.
= *Fr.* 4 SCHMIDT: *Dem.* 3, 1.
= *Fr.* 5 SCHMIDT: *Isóc.* 3, 1.
TRASÍMACO
Sobre la constitución = *Fr.* 1 DK: *Dem.* 3, 4.
TUCÍDIDES
Historia: Tuc. 8, 3; 10, 1; 12, 2; 15, 4; 16, 1-3; 19, 1; 24, 13; 41, 4.
I: *Tuc.* 8, 2; 16, 4; 42, 1.
I 1, 1-2: *Tuc.* 20, 1.
I 1, 2 - 2, 2: *Tuc.* 25, 3.
I 5, 1: *Tuc.* 19, 3.
I 6, 5: *Tuc.* 19, 4.
I 21, 1 - 23, 5: *Tuc.* 20, 1.
I 22, 1: *Tuc.* 41, 4.
I 22, 4: *Tuc.* 7, 3.
I 23, 1-3: *Dem.* 39, 8.
I 23, 4 - 24, 1: *Tuc.* 10, 3.
I 88, 1 - 99, 1: *Tuc.* 10, 4.
I 97, 2: *Tuc.* 11, 3.
I 100, 1: *Tuc.* 13, 2.
I 114, 3: *Tuc.* 15, 4.
I 118, 1 - 2: *Tuc.* 10, 5.
I 140, 1: *Tuc.* 42, 1.
II: *Tuc.* 8, 2; 13, 2; 18, 1; 36, 1; 43, 1.
II 22, 1-2: *Tuc.* 18, 2.
II 27, 1: *Tuc.* 15, 4.
II 35-46 («Discurso fúnebre»): *Tuc.* 18, 1.
II 59, 1-2: *Tuc.* 14, 3.
II 60, 1 y 2-3: *Tuc.* 44, 1 y 3.
II 60, 5 y 6: *Tuc.* 45, 1 y 4.
II 61, 1-4: *Tuc.* 47, 2.
II 62, 3-5: *Tuc.* 46, 1.
II 63, 1-2: *Tuc.* 47, 3.
II 71, 1 - 75, 1: *Tuc.* 36, 1-2.
III: *Tuc.* 9, 6; 17, 2; 28, 2; 43, 1.
III 81, 2 - 82, 1: *Tuc.* 28, 2.
III 82, 3-7: *Dem.* 1, 2.
III 82, 3 - 83, 4: *Tuc.* 29 - 33.
IV: *Tuc.* 13, 3; 18, 3.
IV 34, 1: *Tuc.* 25, 3.
IV 38, 5: *Tuc.* 13, 4.
IV 54, 2: *Tuc.* 14, 1.
IV 57, 3: *Tuc.* 14, 2.
V: *Tuc.* 12, 3.
V 26, 3-6: *Tuc.* 12, 3.
V 32, 1: *Tuc.* 15, 4.
V 85-89: *Tuc.* 37-38.
V 91, 94 y 95: *Tuc.* 39, 2-6.

V 102-103: *Tuc.* 40, 1-2.
V 105, 1-2: *Tuc.* 40, 4.
V 111, 2-3: *Tuc.* 41, 1-2.
VI 76, 2 y 4: *Tuc.* 48, 3 y 4.
VI 77, 1-2: *Tuc.* 48, 1.
VI 78, 1: *Tuc.* 48, 5.
VI 78, 2: *Tuc.* 48, 2.
VI 78, 3: *Tuc.* 48, 6.
VI 80, 3-4: *Tuc.* 48, 2.
VII: *Tuc.* 26, 2.
VII 69, 4 – 72, 1: *Tuc.* 26, 2.
VIII: *Tuc.* 12, 2; 16, 4.



ÍNDICE DE TÉRMINOS TÉCNICOS*

abreviación vocálica, *systolḗ: Dem.* 52, 3.

aburrimiento, monotonía, *homoeídeia;* hartazgo, tedio, *kóros: Isóc.* 4, 2; *Dem.* 20, 7; *Tuc.* 51, 3-4; *Im.* 3, 11; v. «uniforme».

abuso, *pleonasmós: Isóc.* 13, 7; *Dem.* 55, 4; 56, 3; v. «pleonasmo».

acento agudo, *oxýtēs: Dem.* 48, 2; 52, 3; — a. grave, *barýtēs: Dem.* 48, 2; 52, 3.

acierto, logro, *katórthōma: Dem.* 32, 3; *Tuc.* 3, 1; 8, 3; 21, 1; 24, 12; 25, 1; 34, 7; 48, 1; 52, 3; *Im.* 3, 1; 5, 7; v. «defecto», «virtud».

acre, agrio, *pikrós:* pássim.

activo (verbo), *drastḗrion (rhêma): Tuc.* 24, 5.

acusación (discurso de), *katēgoría;* acusador, *katḗgoros: Lis.* 24, 1; *Iseo* 4, 4; *Dem.* 14, 3-4; 23, 4; *Tuc.* 43, 2; 45, 3; *Im.* 5, 3; v. «reproche».

* Se engloban bajo la misma entrada los términos que Dionisio suele emplear como sinónimos junto con los derivados, compuestos y antónimos, sin hacer distinción entre sustantivos, adjetivos, formas verbales, etc., puesto que en muchas ocasiones no se han podido mantener esas categorías gramaticales en la traducción (quedan excluidos los términos judiciales, de instituciones, etc.). Aparecen en cursiva los pasajes en los que se explica con más detalle un término. Para una visión global de la terminología griega, véase el esquema de la Introducción, apartado 4. Quienes deseen consultar un índice mucho más riguroso y exhaustivo de la terminología griega empleada por Dionisio pueden acudir al excelente «Léxico general» (griego-francés) de G. Aujac, *ob. cit.*, t. V págs. 185-290.

acusativo (caso), *aiatikḗ (ptôsis): Tuc.* 37, 5.
adecuación, *tò prépon;* conveniente, apropiado, *prosḗkōn, epitḗdeios: Lis. 9, 1-5*; 13, 3; *Isóc.* 3, 1; 11, 3-4; 13, 2; *Iseo* 3, 1; *Dem.* 13, 2; 18, 7; 24, 2; 34, 5; (*45, 3 ss.*); 47, 4; *48, 3-7*; 49, 1; 55, 4; *Tuc.* 26, 1; 34, 4; 36, 1; 41, 4; 44, 1-2; 45, 5; 50, 1-3; 53, 2; *Im.* 2, 12; 3, 3 y 5.
adjetivo, *epíthetos: Tuc.* 29, 5.
adorno, ornamentación, ornato, *kósmos, kallōpismós, kataskeuḗ;* a. superfluo, *epíthetos;* engalanamiento, *perittología;* adornar, embellecer, *epikosméō, kallōpízō, perilambánō;* adornado, recargado, engalanado..., *enkatáskeuos, perittós: Lis.* 3, 3-4 y 6; 11, 7; 13, 1; *Isóc.* 2, 7; 3, 1-4; 13, 3; 20, 1 y 3; *Iseo* 20, 1; *Dem.* pássim; *Tuc.* pássim; *Im.* 2, 5 y 10 y 13; 5, 2 ss.; v. «elaboración», «estilo», «recursos»; — sin adornos, escueto, *akósmētos, akatáskeuos, aperíergos: Dem.* 4, 3; 13, 1; *Tuc.* 23, 2.
agradable: v. «gracia».
alabanza, elogio, *épainos;* alabar, *epainéō:* pássim; v. «encomio».
alargamiento vocálico, *éktasis: Dem.* 52, 3; v. «sílaba (larga)»; — demasiado largo, *makróteros:* pássim.
alegoría, *allēgoría: Dem.* 5, 6; 7, 7.
alteración: v. «cambio», «figura».
amante de la literatura, *philólogos: Lis.* 8, 5; *Dem.* 23, 6; *Tuc.* 2, 4; 25, 2; *Im.*, *Fr.* 6a.
amplificación, exaltación, realce, gradación, *aúxēsis;* exageración, *deínōsis;* exagerado, ampuloso, *auxētikós: Lis.* 19, 5; *Isóc.* 11, 3; *Iseo* 16, 3; *Dem.* 48, 3; 54, 5; *Tuc.* 19, 2; *Im.* 2, 5; 5, 1 ss.
ampulosidad, *ónkos: Lis.* 3, 4 y 6; 8, 3.
anacoluto, *anakólouthon: Tuc.* 41, 7; 42, 1; 49, 1; v. «concordancia».
analogía, *analogía: Dem.* 5, 5.
análisis, examen, *exétasis, theōría;* investigación, *zḗtēsis;* analista, investigador, *exetastḗs*: *Or. ant.* 4, 3; *Lis.* 20, 2; *Isóc.* 12, 1; *Iseo* 5, 2; 19, 3; *Dem.* 9, 1; 11, 2; 19, 1; 23, 3 y 10; *Tuc.* 3, 2; 34, 1; 35, 1; 51, 1; 55, 2.
anticipación: v. «preámbulo».
antiguo: v. «arcaico».
antítesis, oposición, *antíthesis, antítheton;* oponerse, *antí-*

keimai: Lis. 14, 2; *Isóc.* 2, 7; 13, 6; *Dem.* 4, 4; 20, 4 y 6-7; 21, 1; 25, 4; 26, 2 y 6; 40, 10; *Tuc.* 24, 9.
añadido: v. «ripio».
aparato (discurso de): v. «epidictico».
apartado: v. «capítulo».
apología: v. «defensa».
apóstrofe, *apostrophḗ: Tuc.* 24, 7.
aprendizaje, *máthēsis: Or. ant.* 2, 4; *Im.*, *Fr.* 1.
arcaico, *archaîos;* antiguo, *palaiós:* de sabor arcaico, *archaioprepḗs;* arcaizante, *philárchaios: Or. ant.* 1, 2 y 6; 2, 2; 4, 2 y 5; *Lis.* 2, 1; 3, 10; 9, 1; *Isóc.* 13, 1; *Iseo* 4, 2-4; 19, 3; 20, 3; *Dem.* pássim; *Tuc.* pássim.
arenga: v. «deliberativo».
argumentación, prueba, argumento, *pístis: Lis.* 18, 3; *19, 1-5 y n.*; 26, 1; *Iseo* 14, 2-5; *Dem.* 45, 3; v. «partes (del discurso)»; — argumento, razonamiento, entimema, epiquerema, *enthýmēma, epicheírēma: Lis.* 12, 3; 15, 3 y 6; 17, 5 y 7; 24, 5; *Isóc.* 4, 1-2; 12, 2; 20, 1; *Iseo* 3, 5-6; *16, 3 y n.*; v. *Isóc.* 12, 2; *Iseo* 3, 5-6; *16, 3 y n.*; *Dem.* 46, 1; 55, 2; *Tuc.* 24, 8; 34, 2; 37, 7; 38, 2; 39, 6; 42, 1 y 4; 45, 5; 46, 1; *Im.* 3, 7; — argumento de una obra: v. «tema».
armonía, *harmonía;* armónico, *enarmónios: Lis.* 3, 8 y n.; 8, 5 y n.; 11, 3; *Isóc.* 2, 5; 3, 1; *Dem.* 18, 8; 24, 2 y 7; 35, 1 y 7; *36-37*; *42, 2*; 45, 2; 46, 1-2; 50, 5; 51, 4 y 6; *Tuc.* 36, 1; v. «disposición de las palabras»; — a. claveteada, áspera o sobria, *ha. austerá: Dem.* pássim y *38-39;* 45, 6; 47, 1 y 3; *Tuc.* 24, 2 y 11; — a. pulida, suave, *ha. glaphyrá, hēdeía;* pulir, *synxéō: Dem. 40, 1 ss.*; 47, 1 y 3; *Tuc.* 24, 2; — a. mixta, *miktḗ: Dem. 41-43.*
arquetipo: v. «original».
arte, técnica, *téchnē:* pássim; — *Arte retórica*: v. «tratadista (manual de retórica)»; — artista, *technítēs, dēmiourgós: Lis.* 10, 6; *Dem.* 50, 4; *Tuc.* 4, 2-3; v. «autor»; «técnica (dominio técnico)»; — artificial, artificioso, *technikós, poiētikós, períergos, peplasménos;* artificio, *epitéchnēsis: Lis.* 6, 4; 8, 3; 14, 1; 18, 4; *Isóc.* 3, 1 y 3; 11, 5; 20, 1 y 3; *Iseo* 3, 3-6; 4, 2-5; 9, 1; 11, 4; *Dem.* 9, 5-8; 35, 4; 56, 1 ss.; *Tuc.* 5, 4; 28, 1; 40, 1; 48, 3; v.

v. «elaboración (muy elaborado)», «poético»; — sin artificio, sin técnica, *aperíergos, atechníteutos: Lis.* 8, 5; 9, 4; 15, 4; *Im.*, *Fr.* 6a.

artículo, demostrativo, *árthron: Dem.* 39, 6; *Tuc.* 37, 5 y n.

asamblea, *ekklēsía:* pássim; v. «deliberativo», «panegírico».

asonancia, *paromoíōsis: Lis.* 14, 2; *Isóc.* 2, 7; 13, 6; 20, 3; *Dem.* 40, 10; *Tuc.* 29, 5.

aspereza, *trachýtēs;* áspero, *trachýs;* raer (el oído), *trachýnō: Dem.* 4, 4; 20, 5; 38, 4-5; 40, 3 y 5; 43, 4-9; *Tuc.* 24, 2 y 11; v. «resonancia», «armonía (claveteada)», «voz».

ático, aticismo: v. «dialecto».

atribuido, *anapherómenos: Lis.* 11, 6; 12, 1 y 6; *Dem.* 44, 3; — a. falsamente, *pseudepígraphos: Dem.* 57, 3; v. «título».

audición, auditorio: v. «oído».

autor, *poiētḗs, grapheús, anḗr:* pássim; v. «arte (artista)», «poeta».

belleza, *tò kállos;* bello, *kalós:* pássim; — b. de la expresión, *kallilogía, tò kalliepeîn;* recta elocución, *orthoepeía: Iseo* 9, 1; *Dem.* 3, 2; 4, 2; 5, 4; 13, 5; 25, 1; 26, 7; *Tuc.* 27, 1; *Im.* 3, 2 y 7; v. «adorno»; — b. de la dicción, b. de la elocución, elocuencia, *euépeia, kallirrēmosýnē: Isóc.* 2, 4; 18, 2; *Dem.* 4, 4; 25, 1; 40, 3; *Tuc.* 23, 6; 42, 4; v. «música (musicalidad del lenguaje)»; — b. de la construcción, *euschḗmōn*: *Tuc.* 38, 2; — falta de belleza: v. «(mal) gusto».

benevolencia (de los jueces), *eúnoia; Lis.* 17, 9; (19, 6 y n.;) 24, 4; *Tuc.* (44, 1 y n.;) 45, 3.

blando: v. «suave».

breve, *brachýs;* brevedad, *brachylogía: Lis. 4, 4 - 5, 2*; *Iseo* 13, 2; 16, 3; *Dem.* 9, 8; 58, 2-4; *Tuc.* 24, 10; 32, 2; 55, 2; *Im.* 2, 8; v. «concisión», «sílaba (breve)», «vocal (breve)».

búsqueda de las ideas: v. «invención».

cacofónico: v. «sonoridad».

cadencia, ritmo del período, *básis: Dem.* 39, 5; 43, 11.

cambio, *metabolḗ;* variedad, *poikilía: Isóc.* 4, 2; 9, 5; *Iseo* 3, 6; *Dem.* 20, 9; 47, 4; 48, 3 ss.; 49, 1; *Tuc.* 53, 2; v. «figura», «variado».

canción, canto: v. «lírica».

capacidad literaria: v. «talento».

capítulo, sección, apartado, *kephálaion, méros:* pássim; v. «enumeración».
carácter, *êthos: Lis.* 7, 3; 8, 1 ss.; 13, 3-4; 19, 1-4; 24, 4; *Isóc.* 4, 3; 5, 2; *Iseo* 9, 1; 11, 2; *Dem.* 2, 5; 13, 2; 18, 6; 22, 1; 24, 8; 43, 2; 53, 5; *Tuc.* 2, 3; 52, 1; *Im.* pássim; v. «pasión»; — caracterización, etopeya, *ēthopoiía;* que dibuja los caracteres, *ēthikós: Lis. 8, 1-4*; 9, 4; *Isóc.* 11, 4; *Iseo* 3, 2; 11, 2; *Im.* 2, 5 y 14; 3, 2 y 4; — sin carácter, *anēthopíētos:* Lis. 4, 1 y 3; 12, 3; — creador de un carácter noble, formativo, *ēthikós: Isóc.* 2, 2 y n.; *Iseo* 3, 2; *Dem.* 4, 2; 8, 2; 58, 3; v. «educación»; — ético, filosófico, *ēthikós: Dem.* 2, 2; — característico: v. «estilo (personal de un autor)».
cargante: v. «vulgar».
carta, *epistolḗ;* epistolar, *epistolikós: Lis.* 1, 5; 3, 7; *Dem.* 13, 6; 23, 9; *Tuc.* 42, 2.
caso, declinación, *ptôsis: Dem.* 9, 8; 39, 6; 52, 3; *Tuc.* 24, 6; 37, 4-5.
censura: v. «reproche».
charlatanería: v. «palabrería».
chocante: v. «paradójico».
circunloquio: v. «perífrasis».
claridad, *saphḗneia;* claro, *saphḗs, phanerós:* pássim y *Lis.* 4, 1-3.
clase: v. «(formas de) estilo», «géneros (del discurso)».
claveteado: v. «armonía».
coloquial: v. «habitual».
coloración: v. «matiz», «semitono».
combativo: v. «debate», «tensión».
comedia, *kōmōidía;* comediógrafo, *kōmōidós: Dem.* 41, 2; 53, 2; *Im.* 2, 14.
comparación, confrontación (de dos autores, pasajes, etc.), *sýnkrisis: Isóc.* 17, 1; *Dem.* 17, 2; 21, 1; 23, 11; 33, 4.
compasión, *éleos: Lis.* 19, 6; *Isóc.* 12, 4; *Dem.* 22, 2.
compendiar, *syspáō: Dem.* 15, 1; 21, 3.
composición de la frase, c. estilística, c. literaria: v. «disposición»; — arte o modo de componer y crear: v. «estilo», «desarrollo», «recursos»; — composición, obra literaria: v. «escribir», «obra», «poema», «tratadista».
común: v. «habitual», «nombre (común)».
concertar: v. «concordancia».
concisión, *syntomía, tmētikḗ;* conciso, *sýntomos, brachýs: Lis.* 9, 4; 13, 2; 17, 5; 18, 3;

Isóc. 2, 3; 11, 3; *Iseo* 3, 1; 14, 2; *Dem.* 13, 1; 18, 3; 19, 3; 34, 7; 58, 2; *Tuc.* 1, 3; 5, 4; 23, 6; 28, 2; 36, 1; *Im.* 2, 14; 3, 2; v. «breve».
concordancia, *akolouthía, syzygía;* concertar, *epizeúgō: Dem.* 9, 5; 27, 5; 39, 6; *Tuc.* 24, 5-6; 37, 5; 52, 4; 53, 2-3; v. «anacoluto».
condensado, *strongýlos;* denso, *pyknós;* comprimido, retorcido, *ankýlos: Lis.* 5, 1; *6, 1-4;* 9, 4; 13, 2; *Isóc.*, 2, 3; 11, 3; *Iseo* 3, 1; 20, 3; *Dem.* 4, 5; 18, 4; 19, 6; 20, 2; 24, 7; 43, 11; *Tuc.* 24, 11; 31, 1; 32, 2; 35, 3; *Im.* 2, 5; 3, 7; v. «sintetizar».
confrontación: v. comparación.
confuso, difícil de seguir, *dysparakoloúthētos: Iseo* 14, 4; *Tuc.* 9, 4; 27, 3; 29, 1; 47, 3; *Im.* 3, 6.
conjugación, *énklisis: Dem.* 52, 3.
conjunción, partícula, *sýndesmos, syndetikós: Dem.* 9, 8; 39, 6; 48, 1; 52, 3; *Tuc.* 22, 1; 24, 6.
conmover: v. «impresionar».
consonante: v. «fonema».
construcción: v. «composición».
conveniente: v. «adecuación».
convincente, creíble, *pithanós;* credibilidad, *pithanótēs: Lis.* 8, 4; 9, 4; *10, 1-2;* 13, 3-4; 18, 3-4; 20, 1; *Isóc.* 2, 2; 11, 4-5; *Iseo* 3, 1; *Dem.* 4, 2; 13, 2; 15, 6; 34, 7; v. «persuasivo»; — poco convincente, inverosímil, *apíthanos: Lis.* 17, 7; 18, 3; *Iseo* 19, 3.
copia, *apógraphos: Iseo* 11, 1; 20, 4; v. «original», «imitación».
coro de las tragedias (propio de la entrada en escena del), *parodikós: Dem.* 54, 6.
correlación, *paraplḗsion, akolouthía: Dem.* 4, 4; 50, 9; v. «paralelismo».
corriente: v. «habitual».
crasis (formar), *synchéomai: Dem.* 38, 5; v. «sinalefa».
credibilidad: v. «convincente».
criterio, *kritḗrion;* crítico, que sabe discernir, juez, *kritḗs, kritikós;* juzgar, *krínō;* juicio, *krísis: Lis.* 10, 3; 11, 3; 15, 3; 19, 2; 20, 2; *Isóc.* 13, 1; *Iseo* 16, 5; 18, 2; 19, 4; *Dem.* 23, 6; 24, 11; 50, 3; *Tuc.* 2, 1 y 4; 4, 2-3; 27, 1 y 4; 34, 7; 35, 4; 55, 2; 56, 6; v. «reproche».
crítica: v. «reproche».

debate judicial o político, pleito, proceso, juicio, *agṓn: Lis.* 12, 5; 16, 2; 17, 3; 24, 1-2; 32, 2; *Isóc.* 2, 3 y 6; *Iseo* 8,

2; 9, 1; 16, 4; 19, 3; 20, 3; *Dem.* 4, 1; 9, 12; 20, 6; 23, 10; 32, 3; 45, 5; 56, 4; *Tuc.* 45, 2; 50, 1 y 4; 53, 3; — d. dialogado, diálogo, *diálogos: Tuc.* 16, 1 y 3; 37, 1-2; 38, 1; 41, 7-8; v. «diálogo filosófico», «dramático»; — propio del debate, combativo, pronunciado en un debate, *enagṓnios: Isóc.* 2, 4; *Iseo* 3, 6; 19, 3; 20, 2 y 7; *Dem.* 4, 5; 10, 3; 18, 4; 20, 4; 30, 3; 34, 5; 45, 1 y 4; 53, 3; 58, 3; *Tuc.* 23, 6 y 8; 48, 1; *Im.* 3, 7; 5, 2; v. deliberativo», «judicial», «tensión»; — d. verdadero, d. real, *alēthinòs agṓn: (Or. ant.* 1, 1 y n.;) *Lis.* 6, 1 y 3; *Isóc.* 11, 3; *Iseo* 20, 3; *Dem.* 22, 4; 32, 3; *Tuc.* 42, 3; 53, 2; *Im.* 3, 8; v. «(discurso) literario».

debilidad en la expresión: v. «fuerza».

declamación, entonación, gesticulación, *hypókrisis: Isóc.* 13, 3 y 5; *Dem.* 13, 6; 22, 5-6; *53-54*; v. «interpretación».

declinación: v. «caso».

decoro: v. «adecuación».

defecto, vicio, *kakía;* vicio por defecto, carencia, *élleipsis, élleimma;* error, fallo, *hamártēma;* errar, *hamartánō: Dem.* 4, 4; 6, 2-5; 10, 2; *18, 2 ss.*; 20, 9; 29, 2; 35, 4; 55, 4; 56, 3 y 6; 58, 1 y 3; *Tuc.* 3, 1-2; 9,1; 21, 1; 25, 1; 28, 1-2; 34, 7; 52, 3; *Im.* 3, 12; v. «acierto», «virtud».

defensa (discurso de), *apología: Lis.* 12, 6; *Isóc.* 18, 4; *Iseo* 5, 2; 6, 1; 8, 2; 14, 3; *Dem.* 14, 1 y 6; 23, 4 y 8; 57, 3; *Tuc.* 42, 4; 43, 1-2; 44, 1.

deliberativo, político, *symbouleutikós, dēmēgorikós, politikós;* arenga, discurso ante la asamblea, *dēmēgoría, paramythētikòs lógos: Lis.* (1, 5 y n.;) 3, 5-7; 16, 2-3; 28, 1; 31, 1; *Isóc.* 3, 3; 15, 1-2; 18, 1; 20, 1; *Iseo* 19, 3; 20, 3; *Dem.* pássim; *Tuc.* pássim; *Im.*, *Fr.* 4; v. «público (discurso)», «géneros (del discurso)», «debate (dialogado)».

delicado, *leptós, glaphyrós: Isóc.* 3, 6; *Iseo* 20, 3; *Dem.* 5, 2; 13, 6; 27, 1; 29, 5; 36, 5; 39, 4; 40, 8; *Im.* 5, 6; v. «(sin) fuerza», «suave».

demostración, *apódeixis;* propio de la d., *apodeiktikós: Lis.* 17, 5; 26, 1; *Iseo* 12, 1; 14, 2 n. y 5; *16, 3 ss.; Dem.* 13, 8; 43, 2; *Tuc.* 25, 1; v. «partes (del discurso)», «demostrativo».

demostrativo: v. «artículo», «epidíctico (discurso)», «demostración».
denso: v. «condensado».
desagradable: v. «gracia».
desarrollo, procedimiento, *agōgḗ: Isóc.* 12, 3; 15, 3; 20, 1; *Dem.* 2, 8; 42, 1; 44, 1; v. «directriz», «estilo (modo de componer)».
desleído, *hýptios: Isóc.* 2, 3; 15, 3; *Dem.* 18, 3; 43, 11.
destreza: v. «hábil».
dialecto, *glôtta;* lengua, lenguaje, *diálektos;* dialectal, insólito, *glōttēmattikós, katáglōssos: Lis.* 2, 2; 3, 3; 13, 2; *Isóc.* 2, 1; 11, 2; 12, 3; *Dem.* pássim; *Tuc.* pássim; *Im.* 2, 8; 3, 7; 4, 1; v. «escrupulosidad (dialectal)», «expresión»; — d. ático, *Atthís, attikismós, glôtta tês Attikês: Lis.* 2, 1; *Dem.* 41, 5; *Im.* 5, 1; — d. jónico, *Iás: Tuc.* 23, 4; — lengua extranjera, *alloethnês glôssa: Tuc.* 49, 3.
diálogo filosófico, *diálogos: Dem.* 2, 2; 6, 4; 23, 4-5 y 8; *Im.* 3, 5; v. «dramático»; — d. político: v. «debate (dialogado)»; — d. imaginario de preguntas y respuestas, *eperṓtēsis: Iseo* 13, 1; — d. imaginario en el que el orador pregunta y se responde a sí mismo, *(hypophorá);* la autopregunta, *peûsis;* la autorrespuesta, *anthypophorá: Dem.* 54, 5.
diesi, *díesis: Lis.* 11, 3 y n.
directriz, procedimiento literario, *aphormḗ: Lis.* 15, 2; 18, 2; 19, 4; *Iseo* 13, 1; 16, 3; *Dem.* 32, 3; v. «desarrollo».
discurso, *lógos:* pássim; v. «elaboración», «expresión», «géneros», «literario», «partes», «retórica», «virtud», etc.
disposición de las palabras, composición de la frase, *sýnthesis: Lis.* 8, 2 y 5; 13, 3; *Isóc. 2, 4 ss.;* 11, 5; 18, 1; 20, 3; *Iseo* 3, 3; 9, 2; 11, 4; 12, 1; 13, 2-3; *Dem.* pássim y *35, 1 ss.; Tuc.* 22, 1-2; 23, 5 y 7; 24, 2; 42, 1 y 4; *Im.* 2, 2 y 6; 3, 5 y 10; v. «armonía», «estilo (modo de componer)», «sintaxis»; — d. de los pensamientos: v. «distribución», «orden».
distribución, disposición de los pensamientos, economía, *oikonomía: Lis.* 15, 5-6; *Isóc.* 4, 2; 12, 2; *Iseo* 14, 1; *Dem.* 51, 4-5; *Tuc. 9, 1 ss. y n.;* 10, 1; 11, 1; 12, 1; 35, 2 y 4; *Im.* pássim; v. «orden», «disposición».

ditirambo, *dithýrambos: Lis.* 3, 4 y n.; *Dem.* 6, 4; 7, 4-7; 29, 4-5; *Tuc.* 29, 4; *Im.*, *Fr.* 4.
división (de la materia), *diaíresis: Tuc. 9, 1-5.*
doria (melodía), *dṓrion (mélos): Dem.* 22, 1 y n.
dramático, (diálogo) teatral, *(diálogos) dramatikós: Tuc.* 37, 2; 38, 1.

economía: v. «distribución».
editar: v. «publicar».
educación, formación: *paideía, agōgḗ;* educar, *paideúō: Lis.* 1, 1; 9, 2; *Isóc.* 1, 1 y 5; 8, 4; *Dem.* 15, 4; *Tuc.* 27, 3; 50, 3; v. «enseñanza», «carácter (formativo)»; — bien educado, culto, *eupaídeutos: Or. ant.* 3, 1; *Lis.* 20, 2; *Dem.* 15, 6; *Tuc.* 51, 1.
ejercitarse, practicar, *askéō;* práctica, entrenamiento, *áskēsis: Or. ant.* 4, 2; *Lis.* 18, 5; *Isóc.* 1, 4; *Iseo* 2, 1; *Dem.* 13, 9; 47, 1; 52, 1 y 4; *Tuc.* 55, 2.
elaboración del discurso, *érga toû rhḗtoros: (Lis.* 15 1 y n.;) v. «invención», «distribución», «expresión», «declamación»; — e. de los hechos, e. de la materia: v. «(tratamiento de los) hechos»; — e. de las ideas, e. de un pasaje, *exergasía: Lis.* 15, 4 y 6; *Isóc.* 4, 2; 12, 2; *Iseo* 3, 5-6; *Tuc.* 9, 1; 13, 1; 16, 1; 19, 1; 22, 3; — muy elaborado, recargado, artificioso, *períergos, pepoiēménos, kataskeuazómenos: Lis.* 6, 4; 8, 6; 11, 8; 14, 1; *Isóc.* 2, 4; 3, 1-6; 11, 5; *Iseo* 3, 3; 4, 2; 7, 2 y 4; 11, 1; *Dem.* 1, 3; 9, 5-8; 26, 4; 35, 4; 48, 10; *Tuc.* 23, 2; 28, 1; 48, 5; *Im.*, *Fr.* 6a-b; 3, 7; v. «adorno», «artificial», «figura (figurado)»; — no elaborado, descuidado, natural, improvisado, *apoíētos, akatáskeuos, anepitḗdeutos: Lis.* 8, 5-6; *Iseo* 7, 1 y 3; 15, 2; 16, 2; *Dem.* 6, 2; 9, 6; 39, 5; *Tuc.* 27, 3; *Im.*, *Fr.* 6a-b; v. «artificial (sin artificio)».
elección (de las palabras), *eklogḗ: Isóc.* 3, 1; *Dem.* 18, 8; 24, 6; 35, 6 y 8; 45, 3; 51, 5; *Tuc.* 22, 1; 23, 7; 24, 1; *Im.* 2, 6; 3, 5; 5, 2 y 5; v. «selección (de las ideas)».
elegante, distinguido, primoroso, exquisito, *euprepḗs, kompsós, perittós:* pássim; v. «adorno».
elevado, *hypsēlós, meteōros;* sublimidad, *hýpsos: Lis.* 13, 4; 28, 2; *Isóc.*, 3, 5; *Iseo* 7, 2; 19, 2; *Dem.* 5, 1; 7, 1; *10, 4*;

18, 2; 28, 3; 33, 3; 34, 2-3; 39, 1; *Tuc.* 18, 4; 23, 6; *Im.* 2, 10 y 13; 3, 5; v. «expresión», «llano», «mixto».
elocución: v. «expresión», «belleza (de la elocución y de la expresión)».
elogio: v. «alabanza», «encomio».
emoción: v. «pasión».
emulación, *zêlos;* emular, *zēlóō: Lis.* 2, 3; 3, 1 y 10; 4, 3; 15, 6; *Dem.* 4, 4; 8, 2; 33, 3; 35, 2 y 5; 36, 4; 49, 2; *Tuc.* 27, 1; 42, 5; 48, 2; 53, 1 y 3; *Im.* pássim; v. «imitación».
enálage, *enallagḗ: Dem.* 9, 8; *Tuc.* 24, 7.
enarmónica (melodía), *enarmónion (mélos): Dem.* 22, 1 y n.
encomio, elogio, *enkṓmion: Isóc.* 17, 1; *Dem.* 23, 4 y 9; 28, 6; 31, 1; 44, 3; 45, 2; 55, 2; 56, 6; *Tuc.* 8, 2; 40, 3; v. «alabanza».
engalanado: v. «adorno».
enigma, *aínigma;* enigmático, *ainigmatṓdēs: Tuc.* 48, 5; 55, 2.
enrevesado: v. «tortuoso».
ensayo: v. «tratadista (tratado técnico)».
enseñanza, *didachḗ;* enseñar, *didáskō: Isóc.* 4, 3; 7, 3; 15, 2; *Dem.* 4, 3; 18, 9; 22, 6; 24, 11; 53, 5-6; 54, 2 y 6; *Tuc.* 34, 2 y 7; v. «educación».
entimema: v. «argumentación (argumentos)».
entonación, tono, *tónos: Isóc.* 13, 3 y 5; *Dem.* 54, 2 y 4-5; v. «declamación», «voz», «acento».
enumeración, *arithmós: Dem.* 54, 1; — e. por apartados, *merismós: Lis.* 15, 5; *Isóc.* 4, 2; *Iseo* 3, 5-6; 15, 3; v. «capítulo».
epanáfora, *epanapherómenon: Dem.* 40, 10.
épica (autores de), *épôn (poiētaí): Dem.* 18, 9; 41, 2; v. «poeta».
epidíctico, de aparato, demostrativo, *epideiktikós: Lis.* (1, 5 y n.;) 16, 2; 28, 1; *Isóc.* 20, 1 y 3; *Iseo* 20, 3; *Dem.* 1, 1; 44, 2; *Im.* 5, 2.
epílogo, *epílogos: Lis. 19, 6 y n.; Dem.* 45, 3.
epiquerema: v. «argumentación (argumentos)».
episodio, *epeisódios: Isóc.* 4, 2; *Tuc.* 7, 2.
epístola: v. «carta».
epitafio: v. «(discurso) fúnebre».
error: v. «defecto».
escribir, *gráphō;* escritor, autor, *grapheús;* escrito, *grapheís,*

graphḗ: pássim; v. «obra», «poema».
escrupulosidad (dialectal); *akríbeia;* riguroso, *akribḗs: Lis.* 13, 2 y n.; *Isóc.* 11, 2; 18, 1; *Iseo* 3, 1; 19, 3; *Dem.* pássim; 4, 1; 5, 2; 6, 2 y 4; 11, 1; 13, 1 y 5-6; 15, 3; 18, 1; 27, 1; *Im.* 3, 1; 2, 6; v. «dialecto», «propio (significado)», «pureza».
espondaico (ritmo musical), *spondaîos: Dem.* 22, 1.
espontáneo, *autophyḗs, autourgós, autómatos, eleuthérios, euthýs: Lis. 8, 5-7;* 15, 5; *Iseo* 7, 2; 11, 1; 16, 2; *Dem.* 9, 3 y 7; 19, 9; 39, 4-5; *Im., Fr.* 6a; 3, 3; v. «natural».
estilo: v. «expresión»; — e. personal de un autor, *charaktḗr;* característico, peculiar, *charaktērikós:* pássim; v. «expresión (peculiar)»; — forma de construir y componer las frases, *agōgḗ, kataskeuḗ, sýnthesis, schēmatízō: Lis.* 8, 6-7; *Iseo* 7, 4; 18, 1; 20, 1; *Dem.* 9, 4; 10, 1; 13, 1 y 5; 20, 7; 23, 1; *Tuc.* 25, 4; 55, 2; *Im., Fr.* 6a-b; v. «desarrollo», «disposición»; — formas o clases de, *idéai léxeōs, génē l., plásmata l.: Dem.* (1, 3 y n.;) 8, 4; 33, 3; 34, 1-6; v. «elevado», «llano», «mixto», etc.
estrofa, *strophḗ: Dem.* 50, 8; — antístrofa, *antístrophos: Dem.* 50, 8.
ético: v. «carácter», «filosofía».
etopeya: v. «carácter (caracterización)».
eufonía: v. «sonoridad».
exceso, *hyperbolḗ: Dem.* 15, 7; *Tuc.* 15, 3; v. «hipérbole», «(vicio por) defecto».
exhortación, invocación, *paráklēsis: Lis.* 19, 6; *Dem.* 31, 1; *Tuc.* 42, 2.
exordio, *prooímion: Lis.* 16, 4-5; *17, 1-10; 24, 1-7; Iseo* 5, 2; 6, 1; 7, 1; 8, 1 y 3; 11, 3; *Dem.* 13, 8; 45, 3; v. «partes (del discurso)», «preámbulo».
explicación, *exḗgēsis;* análisis gramatical, *grammatikḕ exḗgēsis: Tuc.* 46, 2; 51, 1; 54, 3; 55, 2.
exposición, *próthesis: Lis.* 17, 5-6; *Tuc.* 20, 1; v. «partes (del discurso)»; — exponer, enunciar, *ekphérō, epangéllō:* pássim.
expresión, elocución, estilo, *léxis, hermēneía, phrásis, eirēménē;* lenguaje, *diálektos:* pássim y *Dem. 33, 3; Tuc. 22, 1 ss.; 24, 1-13;* v. «elevado», «estilo», «forma», «llano»,

«mixto»; — e. informal: v. «sintaxis (suelta)»; — forma de expresarse: v. «lenguaje»; — expresión peculiar, *idíōma: Im.* 1, 1; v. «estilo (personal)».
extranjerismo: v. «préstamo».
extraño: v. «figura (lenguaje figurado)».

fábula, *mŷthos: Im.* 1, 2; — fabuloso: v. «mito».
fallar: v. «defecto».
femenino (género), *thēlykón (génos): Dem.* 27, 5; *Tuc.* 24, 5; 37, 5; v. «género».
figura del lenguaje, tropo, forma de la expresión, esquema, *schêma, schēmatismós, idéa: Lis.* 3, 3; 14, 2, 15, 5; *Isóc.* pássim; *Iseo* pássim; *Dem.* pássim y *39, 3; 40, 10; Tuc.* pássim y 22, 2 n.; *Im.* 2, 5; 3, 3 y 7 y 11; v. «tropo»; — lenguaje figurado, alterado, alejado de la lengua habitual, *tropikós, exēllagménos, exallagḗ;* extraño, exótico, *xénos:* pássim; v. «adorno», «cambio», «dialecto», «tropo»; — alteración gramatical, *metagōgḗ: Tuc.* 48, 5; — lenguaje no figurado: véase «habitual».
filosofía, *philosophía;* filosófico, *philósophos: Or. ant.* 1, 2-4 y 7; 2, 3; 3, 2; *Isóc.* 1, 6; 4, 4; 7, 5; 12, 2; *Tuc.* 3, 4; 9, 1; 50, 3; *Im.* 3, 5; — filosofía política, *politikḕ philosophía: Or. ant.* 4, 2; *Tuc.* 2, 3; — filósofo, *philósophos: Isóc.* 1, 1; 9, 10; 13, 3; *Iseo* 1, 2; *Dem.* pássim; *Tuc.* 2, 2; 3, 4; 8, 1; 51, 2; *Im., Fr.* 3; 4, 1-2; — sofista, *sophistḗs: Isóc.* 1, 3-4; *Dem.* 44, 3; *Tuc.* 50, 2.
florido, *anthērós: Isóc.* 3, 4; *Dem.* 18, 7.
fondo: v. «hechos».
fonema, *grámma: Dem.* 4, 4; *38, 2-5 y n.;* 40, 4-6; *Tuc.* 24, 2; v. «oclusivo», «vocal», «semivocal».
forma, expresión, *tò lektikón: Dem.* 32, 4; 35, 3; 51, 5; *Tuc.* 1, 1; 21, 2; 25, 1; 26, 1; 34, 1; 47, 2; *Im.* 2, 14; 3, 1 y 4 y 10; v. «estilo», «expresión», «figura»; — belleza formal o de composición, *eumorphḗ: Dem.* 18, 2; 32, 2.
formativo, educativo: v. «carácter (formativo)».
frase, oración simple, *kólon: Isóc.* 14, 2 y n.; 20, 3; *Dem.* 9, 10-11; 19, 2; 24, 6-8; 39, 1 y 5; 40, 8; 43, 10; 48, 5; 50, 11; 51, 2; *Tuc.* 22, 2; 29, 2; v. «período».

frío, *psychrós:* pássim.
fuerza, energía, *dýnamis, krátos;* vigor, *ischýs, alkḗ:* pássim; — capacidad literaria, maestría: v. «hábil»; — sin fuerza, débil, *asthenḗs, átonos, malakós: Lis.* 19, 5; 28, 1; *Iseo* 19, 3; *Dem.* 13, 8; 19, 9; 20, 1 y 5; 27, 2; 28, 6; *Im.* 5, 5.
fúnebre (discurso), *epitáphios: Lis.* 3, 6; *Dem.* 23, 10; 26, 9; 44, 3; *Tuc.* 18, 1 ss.

genealogías (escritos de), *genealogíai: Dem.* 2, 2.
género gramatical, *génos: Dem.* 52, 3; v. «masculino», «femenino», «neutro»; — géneros del discurso, *génē toû lógou, idéa t. l.: Lis.* 1, 5 y n.; *16, 2-3; Isóc.* 20, 1; *Iseo* 19, 3; *Dem.* 14, 1; 33, 3.
genitivo (caso), *genikḗ (ptôsis): Tuc.* 37, 5.
giro (estilístico): v. «tropo».
gracia, encanto, *cháris;* con gracia, agradable, ameno, *charíeis, eucháris, kecharisménos, philánthrōpos;* agradar, *handánō:* pássim y *Lis. 10, 3-12, 6;* v. «(buen) gusto», «placer», «suave»; — sin gracia, soso, *ácharis: Lis.* 12, 3; *Iseo* 20, 3; — desagradable, hosco, *aēdḗs;* molesto, tedioso, *ochlērós: Or. ant.* 1, 4; *Dem.* 5, 4 y 6; 10, 2; 20, 7; 24, 11; 35, 4; 38, 6; 55, 1; 57, 1-2; *Tuc.* 16, 2; 30, 1; 41, 7; 46, 1; 49, 3; v. «(mal) gusto».
gramática, *grammatikḗ: Dem.* 49, 1; 52, 2; *Tuc.* 51, 1; 55, 2.
grandilocuente: v. «grandioso».
grandioso, grandilocuente, *mégas, mégethos, megaloprepḗs, megalēgoría, aúxēsis:* pássim.
grave: v. «solemne», «acento».
griego (hablar), *hellēnízō: Dem.* 5, 4.
gusto: v. «preferencias»; — con buen g., con agrado; *hēdéōs: Lis.* 11, 8; *Iseo* 7, 3; 9, 1; *Dem.* 40, 7; 43, 1 y 4; *Tuc.* 47, 2; v. «gracia»; — mal gusto, ramplonería, *apeirokalía: Isóc.* 2, 2; *Dem.* 5, 5; 6, 4; 7, 3; 23, 4; *Tuc.* 46, 2; 51, 3.

hábil, experto, diestro, portentoso, *deinós;* talento, capacidad literaria, habilidad, maestría, *dýnamis, deinótēs, eutechnía:* pássim; v. «técnica (dominio)», «vehemente»; — falta de talento, incapacidad literaria, *astheneía, adynasía: Lis.* 4, 3; 5, 1; *Dem.* 26, 9;

Tuc. 15 1; v. «(sin) fuerza», «(pobreza de) vocabulario».
habitual, coloquial, lengua h., lenguaje no figurado, *synḗtheia;* común, usual, *koinós;* corriente, particular (persona, lenguaje), *idiṓtēs:* pássim y *Lis. 3 1-10;* v. «figura (lenguaje figurado)»; — inusitado, inusual, *asynḗthēs: Dem.* 9, 8; *Tuc.* 54, 4.
hacinar: v. «sintetizar».
hallazgo: v. «invención».
hartazgo: v. «aburrimiento».
hechos, fondo, *tà prágmata;* relativo a los hechos, *pragmatikós:* pássim; v. «tema»; — tratamiento de los hechos, *ho pragmatikós (tópos): Lis.* 15, 1 y n.; *Isóc.* 4, 1; 12, 2; *Dem.* 51, 5; *Tuc.* 8, 3; 9, 1; *Im.* 2, 14; 3, 4.
hiato, *anakopḗ;* choque, encuentro (de vocales), *synkroúō, symbolḗ, parállēloi théseis: Isóc.* 2, 5 y n.; *Dem.* 4, 4; 38, 4; 40, 3; 43, 4 y 9; *Im.* 3, 11; v. «vocal».
hipérbaton, *hyperbatón: Tuc.* 31, 4; 52, 4.
hipérbole, *hiperbolḗ: Lis.* 3, 3; v. «exceso».
hiporquema, *hypórchēma: Dem.* 7, 7; 43, 13.
historia, obra histórica, *historía, historikḕ pragmateía;* narrativo, *historikós: Or. ant.* 3, 2; *Iseo* 19, 3; *Dem.* 18, 4; 24, 7; 54, 6; *Tuc.* pássim; *Im.* 3, 9; v. «narración», «prosa»; — historia local, *topikḕ historía: Dem.* 2, 2; *Tuc.* 7, 1-2; 9, 3; — historiador, *syngrapheús, historiográphos: Or. ant.* 4, 2 y 4; *Lis.* 3, 6 y 10; *Isóc.* 13, 7; *Dem.* 2, 1 y 6; 10, 3; 37, 3; 39, 7; 41, 2-3; 42, 1; *Tuc.* pássim y *5, 1 ss.*; *Im. 3, 1 ss.*
hueco: v. «vacío».
humor, *eutrapelía: Dem.* 54, 8.

idea: v. «pensamiento».
imitación, acción de imitar, *mímēsis;* imitar, *miméomai, zēlóō;* imitador, *mimētḗs, zēlōtḗs: Lis.* 2, 2 y 3; 4, 5; 5, 2; 6, 4; 8, 7; 10, 2-4; 13, 1; 18, 6; *Iseo* 2, 2; 16, 1; 19, 4; 20, 5; *Dem.* 1, 3; 10, 4; 23, 10; 36, 4; 39, 5; *Tuc.* 1, 1-2; 8, 3; 25, 2; 27, 1; 42, 5; 45, 6; 52, 1 ss.; 2-4; 55, 2-4; *Im.* pássim; v. «emulación»; — objeto imitado: v. «modelo»; — imitación, copia, representación, *mímēma, eídōlon: Dem.* 32, 1; *Tuc.* 42, 5; *Im.*, 1, 5.
impresionar, conmover, *kataplḗttō: Lis.* 3, 3 y 5; 13,

4; *Dem.* 2, 5; 4, 3; *Tuc.* 50, 2.
indicio: *tekmḗrion: Lis.* 11, 9; 12, 8; 14, 6; 19, 2 y n.; *Isóc.* 20, 3; *Iseo* 15, 2; v. «señal».
indignación (muestras de), *deínōsis*: *Lis.* 19, 5; *Im.* 5, 3.
informal (expresión): v. «sintaxis (suelta)».
innovación, *neōteropoiía: Dem.* 2, 6; v. «neologismo».
insinuación (a los jueces), *éphodos: Lis.* 15, 5; *Iseo* 3, 6; *Im.* 5, 6.
insólito: v. «dialecto».
inspirado por los dioses, *theophórētos: Tuc.* 34, 3.
intensidad: v. «tensión».
interpretación, *hypókrisis: Dem.* 53, 2; 54, 4; v. «declamación».
intrincado: v. «tortuoso».
invención, búsqueda y hallazgo de las ideas, *heúresis: Lis.* 5, 1; *15, 1-3;* 15, 5-6; *Isóc.* 4, 1; 12, 1; *Iseo* 20, 3; *Dem.* 51, 5; 55, 3; *Tuc.* 34, 2; 35, 2; 45, 5; *Im.* 5, 6; — invención, creación (de palabras): v. «neologismo».
investigación: v. «análisis».
invocación: v. «exhortación».
ironía, *eirōneía: Dem.* 22, 6; 23, 3; 54 2.
irracional: v. «sensibilidad».
jonio (ritmo), *Iōnikós: Dem.* 43, 13; v. «dialecto (jónico)».
judicial, pronunciado ante un tribunal, *dikanikós*, *enagṓnios:* pássim; v. «géneros (del discurso)»; — juez, *dikastḗs:* pássim; v. «insinuación (a los jueces)», «benevolencia»; — juzgar como crítico literario: v. «criterio (literario)».

largo: v. «alargamiento», «sílaba (larga)».
leer, *anagignṓskō*, *entynchánō:* pássim.
lengua, lenguaje: v. «dialecto», «expresión», «figurado (lenguaje)», «habitual (lenguaje)».
letra, *grámma: Dem.* 52, 2-3; v. «fonema».
librero, *bibliopṓlēs: Isóc.* 18, 2.
libro, rollo de papiro, *biblíon: Dem.* 7, 1; 22, 7; 52, 4; *Tuc.* pássim.
licencia (poética, retórica), *exousía: Tuc.* 8, 1; 24, 6.
línea (escrita), *stíchos: Dem.* 57, 2; *Tuc.* 10, 4; 13, 3; 19, 1 y 3; 33, 1; v. «verso».
lírica, poesía cantada, canción, canto, *mélos;* lírico, *melikós;* lírico (poeta), *melopoiós: Dem.* 18, 9; 39, 7; 40, 10; 41, 2; 50, 7-8; 54 6; *(Im.* 2, 5-8).

liso: v. «armonía (pulida)», «uniforme».
literario, discurso que nunca fue pronunciado, *politikòs lógos:* *(Or. ant.* 1, 1 y n.;) *Dem.* 23, 10; 30, 3; *Tuc.* 2, 2; v. «amante de la literatura», «debate (real)», «habilidad (literaria)», «retórica»; — literalmente, textualmente, *katà léxin: Tuc.* pássim.
llano (estilo), *ischnós, leîos;* humilde, mediocre, *tapeinós: Lis.* 24, 7; *Dem. (2, 1-8;)* 5, 1-2; 6, 2 y 4; 11, 1; 15, 1; 28, 3; 33, 3; 34, 4; *Tuc.* 6, 1; *Im.* 5, 1; 3, 8; v. «elevado», «mixto», «simple».
lozanía, plenitud, *hṓra: Lis.* 11, 2; *Dem.* 5, 3; 7, 2; 26, 7; 38, 6; 48, 3; *Tuc.* 5, 4.
lugar común, tópico; *topikḗ (téchnē), koinòn prâgma: Dem.* 28, 1; *Tuc.* 24, 7.

maestría, maestro: v. «hábil».
manual (de retórica): v. «tratadista».
martilleo: v. «sonoridad».
masculino (género), *arrenikòn (génos): Dem.* 27, 5; *Tuc.* 24, 5.
matiz, coloración, *chrôma: Dem.* 22, 5; 46, 2; *Tuc.* 24, 11; 42, 4; v. «semitono».
medida, *métron;* mesurado, comedido, moderado, *métrios:* pássim — desmesura, desproporción, *ametría: Dem.* 10, 2; 22, 4.
medio: v. «mixto».
melodía de la música, *mélos: Lis.* 11, 2; *Dem.* 7, 7; 22, 1; 48, 4; 49, 1; v. «doria», «enarmónica», «música», «lírica»; — melodía del lenguaje: v. «música (musicalidad del lenguaje)».
metáfora, *metaphorá: Lis.* 3, 3; *Dem.* 5, 5; *Im., Fr.* 5.
metalepsis, *metalḗpsis: Tuc.* 31, 1.
metonimia *(sc.* sustitución de una palabra por otra), sinónimo, *metōnymía, metōnomázō: Dem.* 5, 5; 26, 2; 28, 7.
metro, verso, *métron;* métrico, en verso, sometido al verso, *émmetros: Lis.* 3, 8; *Isóc.* 2, 5; *Dem.* 36, 3; 37, 1; 47, 2; 48, 3; *50, 6-10;* 51, 2; *Im.* 2, 8; v. «pie», «ritmo», «tratadista (de métrica)»; — de hermoso ritmo métrico, cadencioso, *eúmetros: Dem.* 50, 7 y 9.
mito, *mŷthos*; fabuloso, *mythṓdēs: Tuc.* 5, 3; 6, 5; 7, 1-2.
mixto (estilo, armonía), *miktós, memigménos;* intermedio, me-

dio, *mésos, mesótēs, metaxý: Dem. 3, 1 ss.*; 8, 4; *14, 3 ss.*; *15, 1 ss.*; 33, 3; 34, 5; 36, 5; *41, 1 ss.*; 44, 1; v. «elevado», «llano», «(formas de) estilo».
modelo, *kánōn, plásma;* ejemplo (digno de ser imitado), paradigma, *parádeigma: Lis.* 2, 1 y 3; 12, 2; 18, 1 y 5; 24, 1; *Isóc.* 10, 1; *Iseo* 11, 1; 20, 4; *Dem.* 1, 3; 8, 1; 23, 1; 26, 7; 34, 1-6; 41, 2; *Tuc.* 1, 2; 2, 2; 9, 10; *Im. Fr.* 2; v. «imitación»; — modelar, *pláttō, kataskeuázō: Lis.* 19, 3-4; *Isóc.* 18, 3; *Iseo* 11, 1; *Dem.* 46, 2; v. «imitación».
modulación: v. «música (musicalidad de lenguaje)».
monótono: v. «aburrimiento», «uniforme».
multitud, reunión festiva: v. «panegírico».
música, *mousikḗ;* músico, musical, *mousikós: Lis.* 11, 3; *Dem.* 2, 4; 38, 3; 40, 6-7; 48, 4-9; 49, 1; 50, 8; 51, 2; v. «lírica»; — musicalidad del lenguaje, *mélos, mousikḗ;* hablar melódicamente, *ligaínō;* bella musicalidad, *euméleia, eumousía, euphōnía, mousikḗ;* modulación, *emméleia;* de bella modulación, melódico, *emmelḗs, énaulos: Isóc.* 3, 1; *Dem.* 26, 4; 35, 8; 40, 1-2; 44, 2; 47, 4; *48, 1-9;* 49, 1; 50, 3 y 5; 51, 2 y 6; *Tuc.* 36, 1; *Im.* 2, 2; v. «belleza (de la dicción)», «melodía», «nota», «sonoridad».

narración, relato, *diḗgēsis;* narración breve, *diḗgēma:* pássim y *Lis. 18, 1-5; Iseo 14, 2 ss.*; v. «partes (del discurso)», «historia»; — estilo narrativo, *historikòn schêma: Tuc.* 44, 1.
natural, *physikós, apoíētos, apérittos:* pássim; v. «artificial», «(sin) elaboración», «espontáneo»; — naturaleza, *phýsis: Lis.* 7, 3; 8, 7; 11, 5; 13, 5; *Isóc.* 1, 2; 3, 4 y 6; 12, 3-4; *Iseo* 16, 1; *Dem.* 2, 7; 9, 3; 33, 1; 40, 4; 44, 2; 47, 2; 53, 4; *Tuc.* 2, 1; 3, 2; 12, 1; *Im., Frs.* 1 y 3; 5, 5; v. «técnica».
negación, *apóphasis: Dem.* 9, 5.
neologismo, *pepoiēménos;* invención de palabras, *kainótēs onomátōn, poiētikòn tôn on.: Dem.* 4, 1; 5, 5; 35, 4; *Tue.* 24, 11 y 13; 35, 3.
neutro, *oudéteros: Tuc.* 24, 5; 37, 5.

noble (estilo), *eugenés, gennaîos, eleuthérios:* pássim.
nombre, *ónoma: Dem.* 48, 1; 52, 2-3; *Tuc.* 22, 1; v. «palabra»; — nombre común, sustantivo, *(onomatikós); Tuc.* 24, 4 y 6; — nombre propio, *prosēgorikós: Tuc.* 24, 4.
nominativo, *onomatikós: Tue.* 37, 5.
nota prima, *nḗtē: Dem.* 2, 4 y n.; — bordón, *hypátē: Dem.* 2, 4; — todas las notas, octava, *diapasôn: Dem.* 2, 4.
número (gramatical), *arithmós: Dem.* 52, 3; *Tuc.* 37, 4.
obra, escrito, *érgon, graphḗ, graphómenon, grapheís, grámma, sýngramma, poíēma:* pássim; v. «historia», «poema», «publicar», «tratadista (tratado)».
ocasión: v. oportunidad.
oclusivo, *áphōnos: Dem.* 38, 5; 40, 3; 43, 5-9.
oído, audición, *akoḗ;* oír, *akoúō: Lis.* 11, 3; *Isóc.* 2, 7; 14, 1; *Dem.* 8, 3; 15, 3; 18, 8; 20, 5; 38, 4-6; 39, 2; 40, 3-10; 43, 2; 55, 3; *Tue.* 24, 2; 29, 3; 42, 1 y 4; — oyente, auditorio, público, *akroatḗs, akroómenos, akoúōn: Lis.* 3, 5; 9, 2; 17, 4-5; 18, 4; 24, 5-6; 28, 2; *Isóc.* 3, 4; 17, 1; *Dem.* 4, 3; 15, 6; 18, 6; 20, 6-7; 22, 1 y 4; 43, 2; 48, 9; *Tuc.* 16, 2; 24, 10; 45, 2; *Im.* 1, 5.
oportunidad, ocasión, *kairós, eukairía, hṓra:* pássim; — inoportuno, intempestivo, *ákairos: Lis.* 4, 4; 5, 1; *Dem.* 5, 5-6; 26, 7; 56, 3; *Im.* 3, 12.
oración simple: v. «frase»; — o. compuesta: v. «período»; — partes de la oración: v. «partes (de la oración)».
orador, *rhḗtōr:* pássim.
oratoria: v. «retórica».
orden, ordenación, *táxis: Lis.* 11, 2; *15, 4-6; Isóc.* 4, 2; 12, 2; *Iseo* 3, 5; *Tuc.* 9, 1; *10, 1 ss.*; *Im.* 5, 4; v. «disposición»; — desorden, *ataxía: Im.* 3, 6.
organización de la palabras: v. «disposición»; — o. de las ideas: v. «distribución».
original, arquetipo, *archétypos: Iseo* 11, 1; 20, 4; v. «modelo», «copia».
ornamentación, ornato: v. «adorno».
oscuro, *skoteinós, asaphḗs, aphanḗs: Lis.* 4, 2 y 4; *Dem.* 5, 4; 10, 2; 35, 4; *Tuc.* 24, 10 y 12; 32, 1-2; 33, 1; 46, 2; 48, 5; 52, 4; 54, 3; 55, 3.
oyente: v. «oído».

palabra, vocablo, *ónoma:* pássim; v. «vocabulario».
palabrería, charlatanería, *lálon, lêros: Dem.* 5, 4; 7, 6; 25, 4; 44, 3.
palinodia, *palinōidía: Dem.* 7, 6.
panegírico, *panēgyrikós;* multitud festiva, *panḗgyris: Lis.* 1, 5; 3, 7; 9, 2; 16, 2-3; 29, 1; *Isóc.* 2, 6; 5, 1; 14, 2; *Dem.* 4, 5; 22, 1; 40, 12; 44, 2-3; 45, 2; v. «epidíctico».
paradójico, sorprendente, chocante, *parádoxos: Lis.* 15, 3; 16, 3, 24, 6; *Iseo* 3, 6 y n.; 13, 2; *Tuc.* 2, 2; 34, 2; 53, 2.
paralelismo, *parísōsis, párisos: Lis.* 14, 2; *Isóc.* 2, 7; 13, 6; 14, 6; 20, 3; *Dem.* 4, 4; 20, 6; 25, 4; 26, 2 y 6; 40, 10; *Tuc.* 24, 9; 29, 5; v. «correlación».
paronomasia, *paronomasía, parōnomasménon: Dem.* 40, 10; *Tuc.* 24, 9; 48, 3.
partes del discurso, *idéai, mérē toû lógou: Lis.* 16, 4-5 y n.; *Dem.* 51, 5; — partes de la oración, *toû lógou mória, stoicheîon: Dem.* 48, 1 y n.; 52, 3; *Tuc.* 22, 1.
participio, *metochikós: Tuc.* 24, 6.
partícula: v. «conjunción».
particular: v. «habitual».
pasaje, *léxis, periochḗ: Dem.* pássim; — pasaje retórico: v. «retórica (pasaje)».
pasión, sufrimiento, emoción, sentimientos, *páthos;* pasional, patetismo, *pathētikós;* levantar pasiones, conmover, *pathaínō:* pássim; v. «carácter»; — sin pasión, impasible, *apathḗs: Dem.* 4, 5; 54, 7.
pasivo (verbo), *pathētikón (rhêma): Tuc.* 24, 5.
pensamiento, idea, sentido, *nóēma, nóēsis, nooúmenon, diánoia, gnṓmē:* pássim; v. «hechos», «razonamiento», «significado»; — ideas halladas en la invención, *tà heurethénta: Lis.* 15, 5-6; *Tuc.* 34, 2; v. «invención»; — modo de pensar: v. «carácter».
perfecto, *téleios:* pássim.
perífrasis, circunloquio, *períphrasis: Dem.* 5, 5; 7, 5; 29, 4; *Tuc.* 29, 2 y 4; 31, 3-4; 46, 2.
período, oración compuesta, subordinación, *períodos: Lis.* 8, 4; *Isóc.* 2, 5-6; 3, 3; 12, 3; 13, 6; (14, 2 y n.;) 14, 4 y 5; 15, 3; 20, 3; *Dem.* pássim; *Tuc.* 22, 2; 31, 1; *Im.* 3, 11; 5, 2; v. «oración».
peripecia (del teatro), *peripéteia: Tuc.* 5, 3.

persona gramatical, *prósōpon: Tuc.* 48, 5.
personaje, *prósōpon: Lis.* 7, 2; 8, 1; 9, 2; 13, 3; 15, 2; 19, 4; *Dem.* 9, 13; 13, 2; *Tuc.* 34, 4; 36, 1; 37, 2; 41, 4; 45, 5; *Im.* pássim; v. «carácter (caracterización)».
persuasión, *peithṓ;* persuasivo, *peistikós;* persuadir, *peíthō: Lis.* 10, 1; 13, 3-4; 18, 4; 29, 1; *Isóc.* 7, 1; 9, 1; *Dem.* 13, 2; 15, 6; 24, 8; *Tuc.* 23, 7; 43, 1, 44, 1; *Im.*, *Fr.* 5; 3, 3; v. «convincente».
pie: v. «metro»; — pie guía, *rhythmòs hēgēmṓn: Dem.* 48, 2; — golpe de pie, *thésis: Dem.* 48, 2; — pie alzado, *ársis: Dem.* 48, 2.
placer, deleite, *hēdonḗ:* pássim; v. «gracia».
plenitud: v. «lozanía».
pleonasmo, redundancia: *pleonasmós: Dem.* 58, 3-4; v. «abuso».
plural, *plēthyntikós: Dem.* 27, 5; *Tuc.* 24, 5; 37, 5; 48, 5.
poema, poesía, versos, *poíēma: Dem.* 7, 7; 40, 8; 48, 10; 50, 7; 53, 2; — poeta, creador, *poiētḗs: Lis.* 3, 8; *Dem.* 8, 2; 18,9; 26, 3; 37, 3; 39, 7-8; 40, 11; 41, 2; *Tuc.* 1, 1; 24, 6; *Im.* (2, 1 ss.;) 2, 9; v. «autor»; — el Poeta, Homero, *ho Poiētḗs: Iseo* 19, 3; — poético, no en prosa, *poiētikós:* pássim; v. «artificial»; — recitado, no cantado, *poiētikós: Dem.* 40,10; v. «lírica»; — ciencia poética, *poiētikḗ: Dem.* 51, 2.
pomposo: v. «solemne».
práctica retórica, entrenamiento, *áskēsis, tribḗ: Lis.* 11, 4; *Isóc.* 1, 4; *Dem.* 13, 9; 47, 1; 50, 3; 52, 1; *Im.*, *Fr.* 1; v. «ejercitarse».
preámbulo de una obra, *prooímion: Tue.* 4, 3; 7, 3; 10, 2; 12, 2; 19, 1 ss.; 20, 1; 25, 3; 41, 4; — preámbulo de un discurso: v. «exordio»; — preámbulo de la narración del discurso, anticipación, *prokataskeuḗ: Lis.* 15, 5; *Iseo* 3, 6; 15, 1 y 3; — sin preámbulos, *aprokataskeúastos: Iseo* 14, 2.
predisposición (del oyente), *paraskeuḗ: Lis.* 17, 5; *Iseo* 15, 3; v. «insinuación».
preferencias (estilísticas), gusto, forma de expresión (adoptada), *proaíresis: Or. ant.* 4, 2; *Lis.* 3, 10; 12, 8; 20, 2; *Iseo* 2, 1; *Dem.* 2, 3; 3, 3; 16, 1; 36, 4; 41, 1; *Tuc.* 1, 1; 2, 2; 3, 1-2; 5, 1-3; 16, 4; 23, 4; 24, 12; 46, 2; *Im.*, *Fr.* 3.

preguntas y respuestas (diálogo de): v. «diálogo».
preposición, *prothetikós: Tuc.* 24, 6.
préstamo (lingüístico), extranjerismo, *xénos: Lis.* 3, 3; *Dem.* 5, 5.
privado (discurso), *idiōtikòs lógos: (Or. ant.* 1, 1 y n.;) *Dem.* 13, 4; 56, 4; v. «público (discurso)».
proceder (forma literaria de): v. «desarrollo», «directriz».
pronombre, *antonomasía: Tuc.* 37, 5.
pronunciación: v. «declamación».
propio (significado), no figurado, habitual, *kýrios: Lis.* 3, 1 y n.; 3, 10; 4, 3; 8, 3; 13, 2; *Isóc.* 11, 2; *Iseo* 3, 1; *Dem.* 5, 5; 13, 1; *Tuc.* 22, 1; 29, 6; *Im.* 2, 10; v. «escrupulosidad (dialectal)».
prosa, *pezḗ (léxis);* en prosa, *pezós: Dem.* 37, 1; 40, 11; 48, 9; *Tuc.* 23, 7; — prosista, *syngrapheús: Tuc.* 1 y 3; v. «historiador».
pruebas: v. «argumentación».
publicar, editar, *ekphérō, ekdídōmi: Or. ant.* 3, 2; *Dem.* 2, 2; 6, 1; 32, 3; 36, 3; 51, 4; *Tuc.* 1, 1; 2, 3; 5, 3-5; 7, 1-2; 9, 3; 50, 2.
público, discurso público: v. «retórica»; — discurso literario, d. que nunca fue pronunciado: v. «literario (discurso); — (discurso) sobre asuntos de estado, público, *dēmósios: Dem.* 4, 1; 9, 12; 13, 5; 14, 1; 45, 6; 56, 4; *Tuc.* 53, 3; — público, auditorio: v. «oído (oyente)», «publicar».
pulido: v. «armonía (pulida)», «uniforme».
pureza (del lenguaje), escrupulosidad dialectal, *katharótēs;* puro, *katharós: Lis. 2, 1-3*; 13, 2 y n.; *Isóc.* 2, 1; 11, 1; *Iseo* 3, 1; 20, 3; *Dem.* 4, 1; 5, 2; 7, 3; 11, 1; 13, 1; 18, 1; 23, 1; 27, 1; *Tuc.* 5, 4; 23, 6; 36, 1; 41, 7; 42, 3; 48, 1; *Im.* 2, 14; 3, 5.

ramplonería: v. «(mal) gusto».
razonamiento: v. «argumentación (argumentos)».
recapitulación, resumen, *kephalaiṓdēs (lógos): Lis.* 9, 4; 13, 2; 19, 6; *Isóc.* 1, 6; *Iseo* 14, 1; 16, 1; 18, 1; *Tuc.* 1, 3; 10, 4; 12, 3; 13, 4; 23, 1; 25, 1; *Im.* 4, 4.
recursos, r. estilísticos, ornamentación, *kataskeuḗ:* pássim; v. «adorno», «composición», «estilo»; — r. favoritos: v. «preferencias».
redundancia: v. «pleonasmo».

relleno (palabra o frase de), *paraplḗrōma: Isóc.* 3, 2; *Dem.* 19, 4; 39, 4.
reproche, censura, crítica, acusación, *katēgoría, epitímēsis, katamémphomai: Lis.* 14, 2 y 5; *Isóc.* 7, 4; 13, 2 y 7; *Iseo* 4, 3-4; *Dem.* pássim; *Tuc.* pássim; — irreprochable, *anepílēptos, anénklētos: Dem.* 33, 3; *Tuc.* 8, 1; 35, 4.
respiración (del orador), *pneûma: Dem.* 39, 4; 43, 11.
resumen: v. «recapitulación».
retorcido: v. «tortuoso», «condensado».
retórica, oratoria, discurso público, *rhētorikḗ, politikòs lógos, politikḕ léxis;* retórico, propio de un orador, *rhētorikós:* pássim y *Or. ant.* 1, 1 y n.; v. «géneros (del discurso)», «privado (discurso)», «público»; — pasaje retórico, discurso, *rhētoreía: Tuc.* 16 1 y 3-4; 17, 1; 25, 1; *Im.* 2, 8.
riguroso: v. «escrupuloso».
ripio, añadido (superfluo), *prosthḗkē: Dem.* 24, 5 y 8; 39, 2; 42, 3.
ritmo, r. métrico, *rhythmós, chrónos: Lis.* 8, 4; *Isóc.* 2, 5; 3, 2-3; 12, 3; 13, 6; *Dem.* 7, 7; 26, 4; 39, 1-4; 40, 9; 43, 10 y 13; 47, 4; *48, 1-0;* 49, 1; *50, 2-10*; 51, 2 y 6; v. «espondaico», «jonio»; — belleza rítmica, *eurythmía, eúrythmos;* sometido al ritmo, rítmico, *érrythmos: Lis.* 11, 2; *Isóc.* 3, 2; *Dem.* 4, 4; 18, 8; 39, 5; 48, 5; 50, 5 y 7-9; 58, 3.

selección (de las ideas), *krísis: Isóc.* 4, 1; 12, 1; v. «elección (de las palabras)».
semitono, *chrôma: Dem.* 48, 7; v. «diesi».
semivocal, *hēmíphōnos: Dem.* 38, 3 y 5; 40, 3; 43, 5 y 9.
sencillo, simple, *aphelḗs:* pássim.
sensibilidad, sentido, *aísthēsis: Lis.* 7, 1; 11, 3; 13, 2; *Dem.* 32, 1; — sensibilidad irracional, *álogos aísthēsis;* juicio irracional, *álogon kritḗrion: Lis.* 11, 4 y 8; *Dem.* 24, 11; 50, 3; *Tuc.* 4, 3; 27, 1 y 4; 50, 1; — insensible, *anaísthētos: Dem.* 54, 7; *Tuc.* 35, 2.
sentido: v. «sensibilidad»; — sentido: «significado».
sentimiento: v. «pasión».
señal, rasgo, *sēmeîon, parásēmon, mḗnyma: Lis.* 11, 6; 19, 2 y n.; *Iseo* 15, 2; *Dem.* 9, 12; 31, 1; 34, 1; 50, 1; v. «indicio».
significado, sentido, *sēmainómenon, noûs, boúlēsis; dý-*

namis: Dem. 7, 4; 19, 2; 53, 2; *Tuc.* 24, 6; 31, 3; 32, 1-3; 33, 1; 40, 4; v. «pensamiento», «propio (significado)».
significante, *tò sēmaînon: Tuc.* 24, 6; v. «significado».
sílaba, *syllabḗ: Dem.* 38, 5; 52, 3-4; — s. breve, *brachýtēs: Dem.* 48, 2; — s. larga, *mêkos: Dem.* 48, 2; — (palabra) de sílabas largas, *makrosýllabos: Dem.* 38, 1.
simple, sencillo, *haploûs, litós:* pássim.
sinalefa (formar), fundirse en una misma sílaba, *synaleíphomai: Dem.* 38, 5; 43, 5-7.
singular, *henikós: Dem.* 27, 5; *Tuc.* 24, 5; 37, 5; 48, 5.
sinónimo: v. «metonimia».
sinuoso, *kolpṓdēs*, *enkolpizómenos: Dem.* 4, 5; 18, 4; 19, 6.
sintagma, *kómma: (Isóc.* 14, 2 y n.;) *Dem.* 39, 5; 43, 10; *Tuc.* 22, 2.
sintaxis, *sýnthesis: Dem.* 40, 8; v. «disposición de las palabras»; — sintaxis suelta, informal, *léxis dialelyménē: Lis.* 8, 4 y 6; 9, 4; *Iseo* 13, 1 y n.; *Im.*, *Fr.* 6a-b.
sintetizar (los pensamientos), expresarlos con densidad, hacinar, *systréphō, syntíthēmi: Lis.* 6, 3; 13, 2; *Isóc.* 11, 3; *Iseo* 13, 2; 15, 2; *Dem.* 5, 4; 18, 4; 19, 9; *Tuc.* 24, 10; 53, 1; v. «condensado».
sobrio: v. «armonía (claveteada)».
sofista: v. «filósofo».
solecismo, *soloikismós: Tuc.* 24, 7; 29, 1; 33, 2; 37, 4; 53, 2; 55, 2.
solemne, pomposo, grave, circunspecto, *semnós, pompikós, embrithḗs, barýs:* pássim.
sonido: v. «sonoridad», «voz».
sonoridad, sonido, *kómpos, êchos;* sonoro, *ligyrós: Dem.* 5, 4; 7, 4; 36, 5; 40, 2-3 y 5-6; 43, 5 y 12; *Tuc.* 24, 2; *Im.* 2, 13; — s. de la voz: v. «voz», «fonema»; — bella s., eufonía, *eustomía, euphōnía: Lis.* 12, 1; *Isóc.* 3, 1; *Dem.* 13, 7; 18, 8; 24, 6; 40, 1 y 4; 43, 4; — de mala s., cacofónico, *kakóphōnos: Dem.* 38, 6; — de blanda s., *malakóphōnos: Dem.* 40, 8; — gran s., rimbombancia, *psóphos: Dem.* 7, 4 y 6; 18, 5; — martilleo, *antítypon: Dem.* 38, 5; 40, 5; *Tuc.* 24, 2; — sonido atronador, *êchos: Dem.* 22, 3.
sorprendente: v. «paradójico».
suave, *hēdýs;* pulido, liso, *glaphyrós;* blando, *malakós:*

pássim; v. «armonía (pulida)», «delicado», «gracia (agradable)».
sublimidad: v. «elevado».
subordinación: V. «período».
superfluo: v. «ripio».
sustantivo: v. «nombre (común)».

talento literario: v. «hábil».
técnica, arte, *téchnē:* v. «arte»; — dominio técnico, *héxis: Lis.* 11, 5; *Dem.* 52, 1 y 5; *Im., Fr.* 1; v. «hábil».
tedio: v. «aburrimiento», «gracia (desagradable)».
tema, argumento, *hypóthesis, prâgma, pragmateía, tópos: Or. ant.* 4, 1; *Lis.* 20, 3; 22, 1; 24, 5; 29, 2; 32, 1; *Isóc.*, 4, 2; 12, 2; 13, 4; 18, 2; *Iseo* 4, 5; 14, 4; *Dem.* 9, 13; 16, 1; 20, 7; 23, 4; 32, 3-4; 45, 3; 56, 4; *Tuc.* 5, 3-5; 6, 4; 9, 1; 11, 2-3; 17, 1-2; 25, 1-2; 52, 1; 54, 1; *Im.* 1, 1; 2, 7; 2, 10; 3, 4 y 6.
tensión, tono de voz: v. «entonación»; — tensión narrativa, intensidad, *epítasis, sýntonos, tónos, eutonía: Lis.* 13, 4; *Isóc.* 13, 4; *Dem.* 2, 5; 8, 2; 13, 8-10; 18, 5; 21, 3; 29, 5; 34, 4; 37, 1; 43, 2; 44, 1; 46, 2; *Tuc.* 23, 6; 24, 12; 48, 1; 53, 1; 55, 2; *Im.* 2, 3 y 5; 3, 3 y 7 y 10; 5, 4; v. «debate», «fuerza», «tono»; — distensión, *ánesis;* relajado, *aneiménos, átonos: Isóc.* 13, 4; *Dem.* 8, 2; 13, 10; 20, 1; 37, 1; 43, 2; 44, 1; 46, 2; *Im.* 5, 6.
testigo, *mártys;* testimonio, *martýrion:* pássim.
tiempo verbal, *chrónos: Tuc.* 24, 7.
título, *epigraphḗ;* titularse, *epigráphomai: Lis.* 20, 3; *Isóc.* 9, 1; *Iseo* 2, 2; 6, 1; *Dem.* 7, 1; 13, 3 y 6; v. «atribuido (falsamente)»; — sin título, *anepígraphos: Dem.* 13, 3.
tono: v. «entonación», «música», «tensión».
tortuoso, intrincado, *skoliós;* enrevesado, *polýplokos;* retorcido, *ankýlos, períergos: Iseo*; 13, 2; *Dem.* 9, 8; 35, 6; 55, 1; *Tuc.* 24, 8; 25, 4; 27, 3; 29, 1; 32, 1; 35, 3; 39, 6; 40, 2; 46, 1; 52, 4; 53, 3; 54, 4.
tragedia, *tragōidía: Dem.* 18, 9; 41, 2; 53, 2: *Tuc.* 18, 4; 28, 2; — autor de tragedias, *tragōidós: Im.* 2, 9.
tratadista de retórica, *technográphos: Lis.* 24, (1 y) 4; *Iseo* 14, 5; *Dem.* 34, 7; — tratadista de métrica, *metrikós: Dem.* 38, 3; — manual

de retórica, *Arte retórica, téchnē, technographikós: Lis.* 17, 1; 18, 2; 24, 1; *Iseo* 19, 3; 20, 3; *Dem.* 1, 1; *Tuc.* 19, 3; — tratado técnico, estudio, escrito, composición, *sýntaxis, sýntagma, graphḗ, grapheís, lógos, pragmateía;* ensayo, *hypomnēmatismós:* pássim.
tratamiento de los hechos: v. «hechos».
tribunal, *dikastḗrion:* pássim; v. «judicial».
tropo, giro, *exēllagmenon, trópos: Dem.* 20, 9; 48, 5 y 10; 50, 11; v. «figura».

uniforme, liso, suave, *leîos: Isóc.* 2, 5; 13, 4; 18, 1; *Dem.* 20, 5; 40, 1 y 3; 43, 7; *Im.* 2, 2; v. «armonía (pulida)».

vacío, hueco, *kenós;* vacuidad, *kenótēs: Isóc.* 13, 2; *Iseo* 19, 2; 20, 3 y 6; *Dem.* 5, 5; 44, 3.
variado, variopinto, abigarrado, *poikílos: Lis.* 15, 5; *Isóc.* 2, 4; *Iseo* 3, 3 y 6; 12, 1; *Dem.* 8, 2; 20, 6 y 9; 34, 5; 48, 4-5; 50, 11; *Tuc.* 23, 7; 53, 2; *Im.* 2, 10; 3, 9; v. «cambio».
vehemente, portentoso, *deinós:* pássim; v. «hábil».
verbo, *rhêma: Dem.* 26, 6; 29, 3; 48, 1; 52, 3; *Tuc.* 22, 1; 24, 4-5.
verdad, *alḗtheia;* verdadero, real, *alēthḗs;* verídico, sincero, *alēthinós:* pássim; v. «debate (verdadero)».
verso: v. «metro»; — verso aislado, *katà stíchon: Dem.* 50, 8; v. «estrofa».
vigor: v. «fuerza».
vicio: v. «defecto».
virtud, *aretḗ:* pássim y *Lis. 13, 2-5; Tuc.* 22, 2 y n; 23, 6; v. «brevedad», «claridad», «pureza»... «acierto».
vituperio, *psógos: Dem.* 23, 4.
viveza, *enárgeia: Lis. 7, 1-3; Isóc.* 2, 2; 11, 3; *Iseo* 3, 1; *Dem.* 58, 3: *Im.* 2, 5; 3, 2 y 5; 5, 2 y 5.
vivo, lleno de vida, *émpsychos: Lis.* 17, 7; *Isóc.* 13, 4; *Dem.* 53, 3; — sin vida *ápsychos: Lis.* 8, 1; 13, 3; *Dem.* 4, 5; 20, 3.
vocabulario, lenguaje, *onomasía, tà onómata: Dem.* 18, 7; 34, 3; 35, 6; 55, 1; 56, 5; *Tuc.* 47, 3; *Im., Fr.* 5; v. «palabra»; — pobreza de v., *asthéneia toîs onómasi: Lis.* 12, 6; — riqueza de v., *ploûtos onomátōn: Dem.* 5, 5; 28, 3.

vocal, *phōnḗeis: Isóc.* 2, 5; *Dem.* 4, 4; 38, 2-3; 40, 3; 43, 4-9; v. «fonema», «hiato»; — vocal breve, *brachỳs ph.: Dem.* 43, 6.

voz, sonoridad de la voz, sonido vocal, *phōnḗ, phthóngos, êchos: Lis.* 11, 2; 12, 3; *Isóc.* 1, 2; 2, 5; 13, 3 y 5; *Dem.* 38, 5; 40, 2-5; 43, 5 y 9; 52, 2; 54, 2 y 6; v. «fonema», «aspereza»; — inflexión de la voz, *páthos tês phōnês, morphḕ t. ph., énklisis: Dem.* 53, 4; 54, 4-5; v. «declamación», «entonación»; — voz gramatical: v. «activo», «pasivo».

vulgar, cargante, pesado, *phortikós: Or. ant.* 1, 4; 2, 4; *Lis.* 3, 4 y 8; 12, 9; 14, 1; *Isóc.* 3, 1 y 3; 13, 2; *Iseo* 20, 3; *Dem.* 29, 5; 44, 3; 55, 1; 57, 1-2; *Tuc.* 27, 3.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS*

Acusilao, *Tuc.* 5, 2.
Adriático (Mar), *Lis.* 27, 32.25.
Afareo, *Isóc.* 18, 2-3.
Afrodita, *Dem.* 23, 5.
Agatarco, *Tuc.* 26, 2, 7.70.1.
Agatocles, *Lis.* 12, 7.
Agatón, *Dem.* 26, 6.
Alcámenes, *Dem.* 50, 4.
Alceo, *Im.* 2, 8.
Alcibíades (personaje desconocido), *Dem.* 12, 1, 54.7.
Alcibíades (célebre político y general ateniense), *Tuc.* 8, 2.
Alcidamante, *Iseo* 19, 2.
Alcístenes, *Lis.* 12, 5.
Alejandro (I de Macedonia), *Dem.* 26, 4.
Alejandro (Magno), *Ora. ant.* 1, 2; *Dem.* 57, 3.
Alexis, *Lis.* 27, 24 y 26.
Ameleságoras, *Tuc.* 5, 2.
Ameo, *Or. ant.* 1, 1; *Dem.* 49, 2; 58, 5.
Aminocles, *Tuc.* 19, 4.
Ampracia, *Dem.* 54, 6, 27.
Anacreonte, *Dem.* 40, 11.
Anaxímenes, *Iseo* 19, 3; *Dem.* 8, 1.
Andócides, *Lis.* 2, 1; *Tuc.* 51, 2.
Androclides, *Iseo* 6, 1 y 1, 4.
Andrómenes, *Dem.* 12, 1, 7-8.
Anfípolis, *Tuc.* 12, 3, 5.26.5; 41, 3.
Antifonte, *Iseo* 20, 2-3; *Dem.* 8, 1; *Tuc.* 51, 2; 53, 1.

* No se han incluido los gentilicios. Cuando un nombre propio no aparezca en el texto griego, pero sí en la traducción para que el significado quede más claro, se incluirá entre paréntesis la referencia del pasaje.

Antímaco (ciudadano ateniense), *Dem.* 11, 2, 5-6.
Antímaco (poeta épico), *Im.* 2, 3.
Antístenes, *Tuc.* 51, 2.
Apeles, *Tuc.* 4, 2.
Apolo, *Tuc.* 19, 4.
Apolodoro, *Dem.* 13, 4.
Apolonia, *Dem.* 54, 1, 9.26.
Areópago, *Dem.* 14, 4, 65.
Ares, *Dem.* 1, 1.
Argos (de Anfiloquia), *Tuc.* 9, 7.
Aristágoras, *Dem.* 41, 5β.
Aristeo, *Tuc.* 23, 3.
Arístides, *Dem.* 21, 2, 26.
Aristócrates, *Dem.* 14, 4; 45, 2.
Aristódico (padre de Alexis), *Lis.* 27, 24.
Aristódico (hermano de Alexis), *Lis.* 27, 26.
Aristogitón (personaje de un discurso de Iseo), *Iseo* 15, 1.
Aristogitón (personaje de dos discursos de Demóstenes), *Dem.* 57, 3.
Aristóteles, *Isóc.* 18, 2-4; *Dem.* 48, 1; *Tuc.* 3, 3-4; *Im.* 4,3.
Aristóxeno, *Dem.* 48, 2.
Arquebíades, *Iseo* 10, 1, 1.
Arquidamo II, *Tuc.* 36, pássim; 41, 7.
Arquidamo III, *Isóc.* 9, 1 y 3.
Arquino, *Dem.* 23, 10.
Arquipo (personaje de un título de Iseo), *Iseo* 15, 1.
Arquipo (personaje de en un discurso de Lisias), *Dem.* 11, 2, 1-6.
Artafernes, *Dem.* 41, 5β.
Artemisio, *Dem.* 31, 2, 208.
Asia, *Or. ant.* 1, 7; *Lis.* 21, 1; *Isóc.* 17, 1, 42; *Dem.* 17, 2, 42; *Tuc.* 5, 5.
Astiages, *Dem.* 41, 5α.
Atenas, *Lis.* 1, 1; 1, 4; 3, 5; 32, 1; *Isóc.* 1, 1 y 5; *Iseo* 5, 2; 6, 1, 3. *Dem.* 41, 5β; 54, 5, 26; *Tuc.* 10, 3; 15, 1; 16, 3; 17, 2; 42, 1-2; 51, 2.
Atenea, *Dem.* 28, 4; 29, 4.
Ática, *Dem.* 28, 4-5; *Tuc.* 18, 5; 36, 1, 2.71.1.

Beoto, *Dem.* 13, 4.
Bión, *Tuc.* 5, 2.
Bizancio, *Isóc.* 19, 8.

Cabrias, *Dem.* 45, 2.
Cadmo, *Tuc.* 23, 3.
Cálamis, *Isóc.* 3, 6.
Calias, *Lis.* 1, 4.
Calímaco (escultor), *Isóc.* 3, 6.
Calímaco (poeta y bibliotecario), *Iseo* 6, 1; *Dem.* 13, 6.
Cambises, *Dem.* 41, 5α.
Carón, *Tuc.* 5, 2.
Céfalo, *Lis.* 1, 1; *Dem.* 2, 3; 7, 2.
Cefisodoro, *Isóc.* 18, 4; *Iseo* 19, 4.

Cefisódoto (arconte), *Iseo* 5, 2, 2; 7, 4.
Cefisódoto (padre de Ferenico), *Iseo* 6, 1, 2; 7, 3.
Cimón, *Tuc.* 13, 2, 1.100.1.
Cinosema, *Tuc.* 12, 2.
Ciro, *Dem.* 41, 5α.
Círsilo, *Dem.* 31, 2, 204.
Cleómbroto, *Tuc.* 36, 1, 2.71.2.
Cleón, *Tuc.* 43, 1.
Clinias, *Tuc.* 8, 2.
Clístenes, *Isóc.* 8, 2.
Cólito (demo de Atenas), *Lis.* 25, 14.
Conón (personaje del *Contra Conón* de Demóstenes), *Dem.* 12, pássim.
Conón (famoso general ateniense), *Dem.* 14, 5, 68; 45, 2.
Corcira, *Tuc.* 9, 6; 10, 4.
Cratipo, *Tuc.* 16, 2.
Cresfontes, *Isóc.* 9, 4.
Critias, *Lis.* 2, 1; *Iseo* 20, 2-3; *Tuc.* 51, 2.
Ctesias, *Dem.* 12, 1, 7.
Ctesifonte, *Dem.* 14, 1 y 6; 31, 1.

Damastes, *Tuc.* 5, 2.
Darío, *Dem.* 41, 5α-β.
Datis, *Dem.* 41, 5β.
Deigma, *Dem.* 11, 2, 6.
Delos, *Tuc.* 9, 7.
Demarato, *Iseo* 17, 6.
Demetrio de Falero, *Dem.* 5, 6; 53, 4.
Democles, *Tuc.* 5, 2.
Demóstenes (el orador), *Or. ant.* 4, 5; *Lis.* 4, 2; 28, 2; *Iseo* 1, 1-2; 3, 3; 4, 4-5; 7, 4; 13, 1, 2 y 3; 14, 1; 16, 3; 20, 5 y 7; *Dem.* pássim; *Tuc.* 1, 4; 53, 1; (54) 55, 1-2; — «demosténico», *Dem.* 34, 2; — «de Peania», *Im.*, *Fr.* 1; 5, 4-5.
Demóstenes (general), *Tuc.* 8, 2; 9, 7; 18, 3 y 5; 26, 2, 7.69.4.
Déyoco, *Tuc.* 5, 2.
Diódoto (comerciante ateniense), *Lis.* 21, 1; 25, 32.4, 5 y 7.
Diódoto (político ateniense), *Tuc.* 43, 1.
Diogitón, *Lis.* 20, 3; 21, 1-2; 23, 2; 25, pássim; 27, pássim.
Dión, *Dem.* 23, 10.
Dionisio (tirano de Sicilia), *Lis.* 29, 1-2.
Dionisio (ciudadano ateniense), *Iseo* 5, 2, 3.
Dioniso, *Tuc.* 28, 2, 3.81.5.

Éfeso, *Lis.* 21, 2; 25, 7.
Éforo, *Iseo* 19, 4.
Élide, *Dem.* 54, 6, 27.
Elio Tuberón, Quinto, *Tuc.* 1, 1; 55, 5.
Epidamno, *Tuc.* 10, 3, 1.24.1; 10, 4.

Elpines, *Lis.* 12, 7.
Epígenes, *Iseo* 5, 2, 3.
Esfacteria, Pilos, *Tuc.* 13, 3.
Esparta, *Isóc.* 9, 2 y 6; *Tuc.* 10, 4; 14, 3; 15, 1.
Espíntaro, *Dem.* 12, 1, 7.
Esquilo, *Dem.* 39, 7; *Im.* 2, 10.
Esquines, *Or. ant.* 4, 5; *Iseo* 20, 7; *Dem.* 14, 3; 31, 2, 18. (199 y) 208; 35, 3 (y 8); 55-57; *Im.* 5, 5.
Estesícoro, *Im.* 2, 7.
Estoico, *Dem.* 48, 1.
Eubea, *Dem.* 54, 5, 26; *Tuc.* 10, 3, 1.23.4; 20, 1, 1.23.4.
Eubúlides, *Dem.* 13, 4.
Eubulo, *Dem.* 12, 1, 7.
Euclides, *Iseo* 14, 3.
Eudemo, *Tuc.* 5, 2.
Eufemo, *Tuc.* 43, 1.
Eufileto, *Iseo* 14, 3; 16, 4; 17, pássim.
Eugeón, *Tuc.* 5, 2.
Eumates, *Iseo* 5, 2, 1-2; 7, 2 y 4.
Eurimedonte (río), *Tuc.* 13, 2, 1.100.1
Eurimedonte (general ateniense), *Tuc.* 28, 2, 3.81.4.
Eurípides, *Im.* 2, 10-13.
Europa, *Dem.* 41, 5β-γ; *Tuc.* 5, 5.
Eutidemo, *Tuc.* 26, 2, 7.69.4.

Fanóstrato, *Dem.* 12, 1, 7-8.
Fedro (personaje de un discurso de Lisias), *Lis.* 25, 14.
Fedro (amigo de Sócrates), *Dem.* 7, 1-2.
Ferenico, *Iseo* 6, 1, 1 y 4; 7, 1.
Ferrefatio, *Dem.* 12, 1, 8.
Fidias, *Isóc.* 3, 6; *Dem.* 50, 4; *Tuc.* 4, 2.
Filebo, *Dem.* 23, 4.
Filipo, *Isóc.* 1, 6; 6, 1; *Iseo* 1, 1; *Dem.* 9, pássim; 13, 6; 14, 1 y 6; 21, 1 y 2, 3.28; 31, 2, 18.200-201; 43, 3-5; 45, 6; 54, 2; 58, 1; *Tuc.* 54, 5-7.
Filisco, *Iseo* 19, 4.
Filisto, *Im.* 3, 4-8.
Filomelo, *Isóc.* 19, 9.
Filonico, *Isóc.* 13, 2.
Formión, *Dem.* 13, 4
Formisio, *Lis.* 32, 1.

Glaucipo, *Lis.* 21, 1
Gorgias, *Lis.* 3, 4-5; *Isóc.* 1, 2 y 4; *Iseo* 19, 2; *Dem.* (1, 1); 2, 3; 4, 2-4; 6, 4; *Tuc.* 24, 9; 46, 2; *Im.*, *Fr.* 5; — «gorgiano, de Gorgias», *Dem.* 5, 6; 25, 4.
Grecia, *Or. ant.* 1, 4; *Lis.* 1, 2; 29, 2; 30, pássim; *Isóc.* 1, 5; 4, 3; 5, 2 y 4; 6, 1; 9, 8; 19, 4; *Dem.* 14, 3, 258; 19, 6; 39, 8, 1; 40, 13, 98; 41, 5β; 54, 6, 27; *Tuc.* 10, 4, 1.88.1; 19, 3; 20, 1, 1.23.1; 36, 1, 2.71.2.

Hagnoteo, *Iseo* 8, 2, *Fr.* 3.1.1; 9, 1; 14, 2.

Haloneso, *Dem.* 9, 12; 13, 6.
Hárpalo, *Dem.* 57, 3.
Hecateo, *Tuc.* 5, 2.
Hegemón (personaje de un discurso de Lisias), *Lis.* 25, 12.
Hegemón (personaje de un discurso de Iseo), *Iseo* 17, 6.
Hegesipo, *Iseo* 17, 12.
Hélade, véase Grecia.
Helánico, *Tuc.* 5, 2; 6, 1; 9, 3; 11, 3, 1.97.2.
Helena, *Im.* 1, 4.
Helesponto, *Dem.* 41, 5, 7.7.β; 54, 6, 9.27.
Heracles, *Lis.* 30, 1 y 3; *Isóc.* 6, 2; *Tuc.* 54, 7, 18.294.
Hereo, *Tuc.* 28, 2, 3.81.2.
Hermipo, *Iseo* 1, 2.
Hermócrates, *Tuc.* 43, 1-2; 48, 1.
Hermón, *Iseo* 14, 3.
Heródoto, *Dem.* 41, 3-4; *Tuc.* 5, 5; 6, 1; 9, 3; 23, 6-7; *Im.* 3, 1-5.
Hesíodo, *Dem.* 40, 11; *Im.* 2, 2.
Hestia, *Dem.* 7, 6.
Hilaico, *Tuc.* 28, 2, 3.81.2.
Hiperides, *Or. ant.* 4, 5; *Iseo* 20, 7; *Im.* 5, 6-7.
Hipócrates, *Iseo* 8, 3; 9, 2.
Homero, *Lis.* 18, 4; *Iseo* 20, 2; *Dem.* 23, 5; 41, 2; — «homérico», *Im.* 2, 1.

Ifícrates, *Lis.* 12, 2-9.
Iseo, *Or. ant.* 4, 5; *Iseo* pássim; *Dem.* 8, 1.
Isócrates, *Or. ant.* 4, 5; *Lis.* 2, 2; 3, 10; 16, 5; 28, 2; 34, 1; *Isóc.* pássim; *Iseo* 1, 2; 4, 5; 19, 2 y 4; 20, 1; *Dem.* 3, 2; 4, pássim; 14, 1; 16, 1; 17, 1; 18, 1 (y pássim); 19-20; 21, (1 y) 3; 22, 1; 32, 1; 33, 4; 40, 11; 51, 4; *Tuc.* 53, 1; — «isocrático», *Im.* 5, 2.
Italia, *Isóc.* 9, 8.

Janto, *Tuc.* 5, 2.
Jenomedes, *Tuc.* 5, 2.
Jenofonte, *Tuc.* 51, 2; *Im.* 3, 4; 4, 2.
Jerjes, *Dem.* 41, 4; *Tuc.* 10, 5, 1.118.2.
Jerónimo, *Isóc.* 13, 3.
Jonia, *Tuc.* 16, 3.

Leocorio, *Dem.* 12, 1, 7-8.
Leptines, *Dem.* 45, 2.
Léucade, *Tuc.* 9, 7.
Leuctra, *Isóc.* 9, 2.
Licimnio, *Lis.* 3, 4; *Dem.* 26, 6; *Tuc.* 24, 9.
Licurgo, *Im.* 5, 3.
Ligures, *Dem.* 7, 3.
Lisias, *Or. ant.* 4, 5; *Lis.* pássim; *Isóc.* 1, 1; 2, 1, 2 y 4; 3, 4-6; 4, 1; 10, 1; 11, 3-5; 12, 2; 18, 1; *Iseo* 2, 2 y 4; 3, 1, 3 y 5; 4, 2 y 5; 5, 1; 6, 1; 7, 1 y 3 ; 8, 3; 9, 2; 10, 1;

11, 1; 12, 1; 13, 1 y 3; 14, 1; 16, 1; 16, 1 y 3; 18, 1; 20, 2, 4 y 5; *Dem.* 2, pássim; 4, 3; 7, 2; 11, 2; 12, 1; 13, pássim; 15, 1; *Tuc.* 51, 2; 53, 1; *Im.*, *Fr.* 5; 5, 6; — «lisíaco, de Lisias», *Lis.* 12, pássim; *Dem.* 4, 1; 7, 2; 11, 1; 13, 2 y 6; 15, 1; *Im.* 5, 1.
Lisímaco, *Isóc.* 1, 1.

Macártato, *Dem.* 13, 4.
Macedonia, *Im.* 3, 12.
Maratón, *Dem.* 31, 2, 208.
Marsella, *Tuc.* 19, 4.
Medón, *Iseo* 14, 2.
Megaclides, *Isóc.* 18, 2.
Mélite, *Dem.* 12, 1, 7.
Menandro (general ateniense), *Tuc.* 26, 2, 7.69.4.
Menandro (comediógrafo), *Im.* 2, 14.
Menéxeno (personaje desconocido), *Isóc.* 19, 9 y 12.
Menéxeno (discípulo de Sócrates que da título a un diálogo de Platón), *Dem.* 23, 10.
Mesenia, *Isóc.* 9, 1, 2 y 4.
Metone, *Dem.* 54, 1, 9.26.
Midas, *Dem.* 58, 1.
Milciades, *Dem.* 21, 2, 26; *Tuc.* 13, 2, 1.100.1
Mirón, *Tuc.* 4, 2.
Musas, *Dem.* 7, 3.

Náucrates, *Iseo* 19, 4.
Naupacto, *Tuc.* 9, 7.
Nausinico, *Lis.* 12, 4.
Neera, *Dem.* 57, 3.
Nicérato, *Tuc.* 8, 2.
Nicias, *Lis.* 14, 2, 4 y 6; *Tuc.* 8, 2; 14, 1 y 4.54.2; 18, 5; 42, 2.
Nicón, *Lis.* 12, 4.
Nicóstrato, *Iseo* 17, 6.

Olimpia, *Lis.* 29, 1.
Olimpíada, *Isóc.* 1, 1.
Olimpiodoro, *Dem.* 13, 4.
Olinto, *Dem.* 54, 1, 26.

Panacto, *Dem.* 12, 1, 3.
Panfilia, *Tuc.* 13, 2, 1.100.1.
Pánfilo, *Dem.* 12, 1, 7.
Paniasis, *Im.* 2, 4.
Paques, *Tuc.* 17, 2.
Parménides, *Tuc.* 3, 4.
Parrasio, *Dem.* 50, 4.
Pasión, *Isóc.* 18, 4; 19, pássim.
Pausanias (personaje sin identificar), *Dem.* 44, 3.
Pausanias (rey regente espartano), *Tuc.* 36, 1, 2.71.2 y 4 y 36, 2, 2.72.1.
Pélope, *Dem.* 41, 5γ.
Peloponeso, *Dem.* 54, 6, 27; *Tue.* 9, 7, 14, 1; *Tuc.* 42, 1, 6.77.1.
Pericles, *Tuc.* 8, 2; 14, 3, 2.59.2; 15, 4, 1.114.3; 18, 2, 4 y 7; 42, 1; 43, 1-2; 44, 1; 45 pássim.

Persia, *Dem.* 41, 5, 7.7γ.
Pilos, *Tuc.* 13, 3; 18, 3; 26, 2, 7.71.7.
Píndaro, *Or. ant.* 2, 1; *Dem.* 7, 7; 26, 4; 39, 7; *Im.* 2, 5-6.
Pireo, *Lis.* 25, 8; 32, 1; 33, 2, *Dem.* 14, 5, 68.
Pitagóricos, *Im.* 4, 1.
Píteas (oligarca y orador ateniense), *Iseo* 4, 4.
Píteas (personaje de un discurso de Lisias), *Dem.* 11, 2, 1.
Pitén, *Tuc.* 26, 2, 7.70.1.
Pitodoro (personaje de un discurso de Isócrates), *Isóc.* 19, 4.
Pitodoro (personaje de un discurso de Demóstenes), *Dem.* 12, 1, 7.
Platea, *Dem.* 31, 2, 208; *Tuc.* 36, pássim.
Platón, *Lis.* 2, 1; *Isóc.* 12, 2; *Dem.* 2, 2; 3, 2; (5, 1 y 4;) 6, 1; 7, 5-7; 8, 1; 14, 1; 16, 1; 23, 1, 2 y 8; 24, 1-5; 26, 4 y 6; (27, 1;) 28, 1-5; 29, 6; 30, 3; 31, 1; 32, 2-4; 33, 4; 41, 3; 42, 1; 51, 4; *Tuc.* 3, 3-4; *Im.* 4, 2; — «platónico, de Platón», *Dem.* 5,1; 28, 7; 32, 3.
Policleto, *Isóc.* 3, 6; *Dem.* 50, 4; *Tuc.* 4, 2.
Polícrates (sofista ateniense), *Iseo* 20, 2-3; *Dem.* 8, 1.
Polícrates (tirano de Samos), *Tuc.* 19, 4.
Polignoto, *Dem.* 50, 4.
Polo, *Lis.* 3, 4; *Tuc.* 24, 9.
Ponto, *Isóc.* 19, 3 y 5.
Posidón, *Dem.* 28, 4.
Potidea, *Tuc.* 10, 4.
Pródico, *Isóc.* 1, 2.
Protágoras, *Isóc.* 1, 4; *Tuc.* 3, 4.
Proteo, *Dem.* 8, 2.
Protógenes, *Tuc.* 4, 2.

Queronea, *Isóc.* 1, 6.
Querónides, *Isóc.* 1, 6.
Quersoneso, *Lis.* 25, 6 y 15.

Renea, *Tuc.* 19, 4.
Roma, *Or. ant.* 3, 1.

Safo, *Dem.* 40, 11.
Salamina, *Dem.* 31, 2, 208; 40, 12.
Samos, *Tuc.* 19, 4.
Sardes, *Dem.* 41, 5β.
Sátiro, *Isóc.* 19, pássim; 20, 2.
Sicano, *Tuc.* 26, 2, 7.70.1.
Sicilia, *Lis.* 1, 2; 29, 1; 30, 5; *Iseo* 9, 8; *Tuc.* 9, 6-7; 18, 5-7; 42, 1, 6.77.1 y 3, 6.76.2.
Sileno, *Im.* 3, 12.
Simónides, *Im.* 2, 6.
Sirenas, *Dem.* 35, 7 y 8.
Sócrates, *Dem.* 7, 1, 2 y 6; 23, 8-9; — «socrático», *Dem.* 2, 2; 3, 2; 6, 4; 23, 4-5; *Tuc.* 51, 2.

Sófocles, *Im.* 2, 10-13.
Sol, *Dem.* 7, 7.
Solón, *Isóc.* 8, 2.
Sopeo, *Isóc.* 19, 3.

Tebas, *Iseo* 6, 1, 2; 7, 3; *Dem.* 7, 7; 54, 5, 26.
Temístocles, *Dem.* 31, 2, 204; *Tuc.* 8, 2.
Teodectes, *Iseo* 19, 4; *Dem.* 48, 1.
Teodoro (padre de Isócrates), *Isóc.* 1, 1.
Teodoro (de Bizancio), *Iseo* 19, 3; *Dem.* 8, 1.
Teodoro (personaje de un discurso de Demóstenes), *Dem.* 12, 1, 7.
Teofrasto, *Lis.* 6, 1; 14, 1 y 3; *Isóc.* 3, 1; *Dem.* 3, 1.
Teógenes, *Dem.* 12, 1, 7.
Teopompo, *Iseo* 19, 4; *Im.* 3, 9-12.
Terámenes, *Isóc.* 1, 2.
Tesalia, *Dem.* 54, 5, 26.
Timantes, *Dem.* 50, 4.
Timeo, *Lis.* 3, 5.
Tirea, *Tuc.* 14, 1-2.
Tisias, *Isóc.* 1, 2.
Tisis, *Dem.* 11, 2, 1-6; 12, 1.
Tracia, *Dem.* 54, 1-2; *Tuc.* 41, 3.
Trasilo, *Lis.* 21, 1; 25, 5 y 7.
Trasímaco, *Lis.* 6, 1; *Iseo* 20, 2-3; *Dem.* 3, pássim; 14, 1.
Treinta (los), *Isóc.* 1, 2; *Iseo* 20, 2.
Tuberón, véase Elio.
Tucídides, *Lis.* 2, 1; 3, 6; 4, 2; *Dem.* 1, 3; 2, pássim; 4, 2; 6, 4; 9, 2-3; 10; 15, 1-2; 23, 10; 39, 7-8; *Tuc.* pássim; *Im.* 3, 1-3 y 6-8.
Turios, *Lis.* 1, 2.

Zenón de Citio (fundador del estoicismo), *Dem.* 48, 1.
Zenón de Elea (discípulo de Parménides), *Tuc.* 3, 4.
Zeus, *Or. ant.* 2, 1; 3, 2; 4, 2; *Lis.* 1, 5; 5, 1; *Iseo* 4, 4; 11, 3-4; 12, 1, 2; *Dem.* 1, 1; 7, 6 y 7; 10, 1; 18, 2; 23, 5; 24, 8; 28, 7; 31, 2, 18.199 y 201; 35, 6; 41, 5γ; 54, 8; *Tuc.* 2, 1; 36, 1, 2.71.2.
Zeuxidamo, *Tuc.* 36, 1, 2.71.1.
Zeuxis, *Tuc.* 4, 2, *Im.* 1, 4.
Zoilo, *Iseo* 20, 2-3; *Dem.* 8, 1.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

1. Dionisio en Roma: las corrientes literarias y filosóficas de su época 7
2. Dionisio como crítico literario y profesor de retórica 21
3. Los tratados de crítica literaria: cronología 28
4. Estructura de los tratados y terminología 39
5. Tradición y originalidad de los tratados: las armonías 46
6. Manuscritos y ediciones 51
7. Traducciones 53
8. Variantes textuales 54

BIBLIOGRAFÍA 57

SOBRE LOS ORADORES ANTIGUOS 61

Sinopsis 63
Sobre los oradores antiguos 65

SOBRE LISIAS 75

Sinopsis 77
Sobre Lisias 81

Sobre Isócrates 131
Sinopsis 133
Sobre Isócrates 137

Sobre Iseo 179
Sinopsis 179
Sobre Iseo 185

Sobre Demóstenes 221
Sinopsis 223
Sobre Demóstenes 229

Sobre Tucídides 365
Sinopsis 367
Sobre Tucídides 371

Sobre la imitación 474
Sinopsis 476
Sobre la imitación 483
A. Fragmentos 483
B. Epítome del libro II 489

Índice de pasajes traducidos y obras citadas ... 501

Índice de términos técnicos 507

Índice de nombres propios 533